JUAN ESLAVA GALÁN

ENCICLOPEDIA ESLAVA

Todo (o casi todo) lo que debes saber para ser razonablemente culto

Índice

Portada

Sinopsis

PRÓLOGO

1. ¿CÓMO LO HACÍAN EN LA PREHISTORIA?
2. LA TORRE DE BABEL
3. EL HOMBRE DE PILTDOWN
4. ¿FUIMOS CANÍBALES?
5. EL ENIGMA DE LA MESA DE SALOMÓN
6. LA VENERACIÓN DE LAS PIEDRAS SANTAS
7. LA ATLÁNTIDA
8. TARTESO Y ARGANTONIO, SEÑOR DE LOS METALES
9. LOS TRES GUERREROS ETRUSCOS
10. CNOSOS, ¿TUMBA O PALACIO?
11. EL PECADO GRIEGO
12. LOS PRÍNCIPES IBEROS
13. UN RITO INSÓLITO
14. SU MAJESTAD, EL CERDO
15. ¿DE DÓNDE SALIERON LOS GRIFOS?
16. ¿ES FALSA NUESTRA PRIMERA DAMA?
17. LA INVENCIÓN DE LA CERVEZA
18. CRUCIFIXIÓN ROMANA
19. EL BANQUETE ROMANO
20. EL SANTO GRIAL

21. PROSTITUTAS SAGRADAS EN LA ANTIGUA IBERIA
22. EL KÉTCHUP ESPAÑOL QUE CONQUISTÓ ROMA
23. PUTAS EN ROMA
24. HISTORIAS DE OCIO Y VICIO
25. LAS CUALIDADES DEL ROMANO
26. USTEDES DISFRUTEN DE LA VIDA QUE PAGA EL ESTADO DEL BIENESTAR
27. UNA DE GLADIADORES
28. LA REPRODUCCIÓN ARQUEOLÓGICA DEL ROSTRO DE CRISTO
29. EN EL CIRCO ROMANO
30. UNA TARDE EN LAS TERMAS
31. LUCIO CORNELIO A ROMA CON EL ACEITE BÉTICO
32. LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS
33. UN CALVO NO PUEDE REINAR
34. MONJES Y FRAILES
35. ONCE MIL VÍRGENES (Y SANTA ÚRSULA)
36. EL MILAGRO DE LA LICUEFACCIÓN DE LA SANGRE
37. ALQUIMIA
38. EL REY ARTURO Y LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA
39. LA VIOLACIÓN DE FLORINDA
40. EL PALACIO DE LOS CERROJOS EN TOLEDO
41. EL REY QUE MURIÓ A PLAZO FIJO
42. EL GALLO DEL VIENTO
43. MACHISMO CALIFAL
44. BERENJENAS Y COMPARACIONES ODIOSAS
45. LOS ALBIGENSES Y LA HISTORIA
46. DE CAÑONES Y ORACIONES PONZOÑOSAS
47. EL DERECHO DE PERNADA Y OTRAS CUESTIONES DE LA ENTREPIERNA
48. AMOR CORTÉS Y AMOR CARNAL
49. REMEDIOS PARA EL AMOR
50. LOS ENIGMAS TEMPLARIOS
51. FRAILES Y CURAS GRANUJAS
52. EL VUELO DE LAS BRUJAS
53. CHARTRES Y LAS VÍRGENES NEGRAS
54. LA PESTE NEGRA

55. CANTABRIA ERÓTICA
56. BANDERAS DE NUESTROS PADRES
57. EL «TANTO MONTA, MONTA TANTO» DE LOS REYES CATÓLICOS
58. UNA MOMIA ILUSTRE, DOÑA MARÍA CORONEL, «LA DAMA DEL TIZÓN»
59. MOROS Y CRISTIANOS
60. GENTES DE FRONTERA
61. ¿DESCENDEMOS DE LOS MOROS?
62. FERNANDO EL CATÓLICO Y LA VIAGRA
63. EL SECRETO DE CRISTÓBAL COLÓN
64. LA COCINA DE LOS NAVEGANTES
65. EL ARMA SECRETA DE LOS CONQUISTADORES
66. MANEJARÉIS TETAS
67. CHOCOLATE, PATATA, TOMATE, PIMIENTO
68. UN PÍCARO ANDALUZ
69. INDIAS DE BUEN ACATAMIENTO
70. EL JOVEN CARLOS PREÑA A SU ABUELASTRA
71. LA ESTAFA DE LOS LIBROS PLÚMBEOS
72. EL PROGNATISMO DE LOS AUSTRIAS
73. EL HORROR DE LA SANTA INQUISICIÓN
74. LOS VIKINGOS NO TENÍAN CUERNOS
75. LOS ILUMINADOS
76. EL HONOR DE DIOS
77. ESPAÑA CONCEPCIONISTA
78. PATAPALO Y MEDIO HOMBRE
79. EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA TIRA LA CASA POR LA VENTANA
80. OTRA DE BRUJAS Y AQUELARRES
81. EL REY ALBAÑIL
82. CUANDO LOS ALEMANES EMIGRABAN A ANDALUCÍA
83. EL INFIERNO DE ISLA CABRERA
84. FELIZ CUMPLEAÑOS, QUERIDA: AQUÍ TENÉIS EL GARROTE
85. ¿DESAMORTIZAR LAS AUTONOMÍAS?
86. 1860: LA IGLESIA EXPOLIADA
87. 1898: ¿QUIÉN VOLÓ EL MAINE?

88. NUEVE REYES SE RETRATAN
89. ¿POR QUÉ SE APARECIÓ LA VIRGEN DE FÁTIMA?
90. LA FÁTIMA ESPAÑOLA, MALOGRADA POR CULPA DE LOS BILBAÍNOS
91. EL MILICIANO MUERTO ESTABA BIEN VIVO
92. MANOLO EL SERENO Y LOS SANTOS LUGARES DE LA SIERRA SUR
93. EL TITULAR DE PRENSA QUE NUNCA LEÍMOS: «¡FRANCO RECUPERA GIBRALTAR!»
94. DULCE ET DECORUM EST PRO PATRIA MORI
95. ESPAÑOLES EN EL BURDEL NAZI
96. EL DÍA EN QUE FRANCO PUDO MORIR
97. HIMMLER EN LOS TOROS
98. LA MADRE DE LOS POBRES DE LOS POBRES
99. CENA DE NOCHEBUENA
100. DESMEMORIAS DE ÁFRICA
101. EL TESORO DE RENNES

EPÍLOGO
BIBLIOGRAFÍA

Notas
Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

El prolífico divulgador y escritor Juan Eslava Galán reúne en estas más de 600 páginas un compendio de la sabiduría y cultura general que todos debemos y estamos obligados a conocer. Desde geografía, filosofía e historia de España hasta ciencias o literatura. Un amenísimo manual accesible para todo tipo de público que se regodeará con el estilo claro y directo de Eslava Galán y, de paso, recordará cosas ya olvidadas y prenderá muchas otras más.

PRÓLOGO

¿Es la historia maestra de la vida?

Venía conversando sobre el tema con mi amigo Amiano Marcelino por la calle Barquillo de Madrid, la de las tiendas de música, cuando una voz femenina preguntó a nuestra espalda:

—¿Me dejáis pasar?

El tono era más perentorio que amable. Le cedimos el paso, claro, y ella pasó de largo por la estrecha acera. En cuanto nos rebasó, le lanzamos un vistazo de tasador al trasero, esa palpación visual, ese sucio hábito machista que los españoles de mi generación hemos heredado de la España gris, zaragatera y triste que nos precedió y que no logramos eliminar del todo a pesar de nuestros denodados esfuerzos.

Era una grácil veintañera*tamquam meretrix ornata*, o sea, vestida y maquillada con cierta reiteración.

—Debe de ser que llega tarde al botellón —dije. Y añadí—: *¡Oh tempora, o mores!* —repitiendo la locución latina con la que Cicerón se lamenta de la mudanza de los tiempos en la primera *Catilinaria:* «¡Qué tiempos, qué costumbres!».

Se sonrió Amiano.

—Lo creas o no —me dijo—, el botellón no es nada nuevo. Ya existía en mi tiempo.

—¿Es posible?

—¿Qué es el botellón? Una reunión multitudinaria de jóvenes y *jóvenas,* en plazas públicas, con objeto de beber y escuchar música chunda-chunda. Esa chocante forma de socialización que se suele prolongar hasta la madrugada, cuando los participantes, más borrachos que sobrios, y algunas de las chicas escocidas, se dispersan y regresan a casa para dormir la cogorza,

sin que sus progenitores osen molestarlos, hasta la hora del almuerzo, ya existía en Roma. Los ociosos jóvenes se pasaban las noches en las plazas tocando el tambor, se dejaban el cabello largo como los bárbaros *(crines maiores),* y vestían extravagantemente con chaquetones de piel *(indumenta pellium).* No les preocupaba el futuro. Unos confiaban en vivir de sus padres hasta que pudieran hacerlo de sus hijos, y otros pensaban vivir de los subsidios estatales, la *Annona,* la seguridad social romana. Los emperadores se aseguraban la lealtad de la plebe urbana mediante repartos gratuitos de alimentos y con espectáculos públicos, o sea *panem et circenses,* que hoy vendría a ser seguridad social y televisión, con sus retransmisiones deportivas y sus programas basura. Yo lo denuncié, así como denuncié que la indolencia, la falta de respeto y el hedonismo habían sustituido a las antiguas virtudes romanas, la laboriosidad *(industria),* la cortesía *(comitas)* y la austeridad *(frugalitas).* En fin, dije que todo aquel admirable tinglado milenario de nuestra civilización estaba a punto de ceder y de irse al carajo, pero, naturalmente, no me hicieron caso.

—O sea, que tú no crees que la historia sea maestra de la vida —deduje.

—Nuestro venerado Cicerón la consideraba testigo del tiempo, luz de la verdad, memoria y maestra de la vida, y mensajera de la antigüedad, pero probablemente exageraba[1]. La historia puede ser también una lectura amable que nos hace más cultos y desvía nuestra atención de los asuntos más enfadosos.

—Enfadosos, ¿cómo qué? —pregunté.

—Como esas cabezas de bárbaros que asoman por encima de las bardas de nuestro apacible jardín occidental dispuestos a invadirnos y a arrebatárnoslo todo. Ya lo viví una vez.

En fin, aquí está la lectura amable, querido lector.

1
¿CÓMO LO HACÍAN EN LA PREHISTORIA?

En aquellos remotos tiempos de la Edad de Piedra, nuestros primitivos antepasados, en su adánica inocencia, considerarían el sexo como uno de los escasos placeres que les brindaba la aperreada vida. Es admisible, dada su inmersión en la naturaleza y la desinhibición imperante, que en un principio practicaran la postura del perrito. Más adelante descubrirían que la postura del misionero es igualmente práctica y, además, permite reconocer y mirar a los ojos a la pareja, lo que añade un elemento romántico.

El coito de la cueva de los Casares.

La primera representación de coito frontal español se encuentra en la cueva de los Casares (Guadalajara, entre 23000 y 13000 a. de C.). ¿Qué vemos en esta cueva? Un sujeto introduce frontalmente su descomunal pene en una dama de ópimo trasero[2]. Ella parece concentrada en la faena, pero a él se le ve un tanto distraído, dado que vuelve la cabeza para observar el entorno. ¿Teme la súbita aparición de algún rival, quizá con mayores derechos a la cohabitación con la dama objeto de su solicitud? Si se trata de eso, como nos es lícito sospechar, estamos ante un documento sociológico de excepcional importancia que nos muestra la venerable antigüedad del matrimonio[3] y la consecuente aparición del triángulo amoroso, del sentimiento de culpa y de la cornamenta. Es fácil imaginar el contexto: mientras el sufrido esposo ha salido a cazar por esos montes de Dios a fin de mantener a la exigente esposa, el otro se refocila con ella y quizá le engendra un hijo como el cuco parásito que pone los huevos en nido ajeno para que un memo le críe la progenie.

Otros grabados de la cueva de los Casares representan a una mujer embarazada (¿consecuencia de la escena anterior?), una Venus paleolítica de abultado vientre, la típica representación de la fecundidad, y una gran cantidad de vulvas abultadas y prestas, más que en un concierto del Sabina.

Todo induce a pensar que allí se celebraban ritos de fertilidad. ¿Eran estas cuevas picaderos sacros en los que se ayuntaban hombres y mujeres? ¿Eran esos casquetes votivos el modo que tenían de rezar, por así decirlo, o de honrar al numen del lugar o a la divinidad?

No es para tomarlo a chacota. Probablemente se trate de eso. Tenemos motivos de sobra para pensar que en la remota prehistoria el fornicio fuera cosa santa y transida de espiritualidad trascendente. De hecho, esta sacralización del acto se prolonga hasta etapas históricas con la prostitución sagrada de distintas culturas[4].

Parece que el sexo lúdico representaba un papel importante entre los esparcimientos de aquella sociedad primitiva todavía desprovista de radio, partidos televisados, bares, reuniones sociales y todos esos pasatiempos que hoy nos distraen del débito conyugal.

En los miles de años de evolución cultural de nuestros primitivos ancestros, lo que sobraba era tiempo para idear y experimentar nuevas sensaciones. En los grabados paleolíticos europeos existen indicios de prácticas masturbatorias[5], *bondage*[6], voyeristas (en una placa grabada de Enlene, Francia) y de sexo oral[7].

Ítem más, las escenas zoofílicas abundan en el arte paleolítico portugués[8], pero el español tampoco se queda atrás: en Solana de las Covachas (Nerpio, Albacete), cinco mujeres «tocan a ciervos machos de pobladas cuernas»; en Abrigo Grande (Minatea, Hellín, Albacete), varios arqueros «se superponen a ciervos»; en Arroyo Hellín (Chiclana de Segura, Jaén), un ciervo se relaciona con una pareja humana en un contexto «de connotaciones eróticas»[9].

Es posible que parte de los rituales consistieran en el apareamiento del jefe o del sacerdote con el animal totémico (una yegua, una cerda), representativo de la divinidad, y que este animal fuera luego sacrificado y comido por la comunidad en una especie de banquete ritual.

Se ha sugerido que ciertos artefactos en forma de pene, bruñidos, lisitos, con el extremo redondeado, son consoladores, lo que nos plantea un interesante dilema: ¿existían ya, en aquellos remotos tiempos, mujeres desconsoladas?

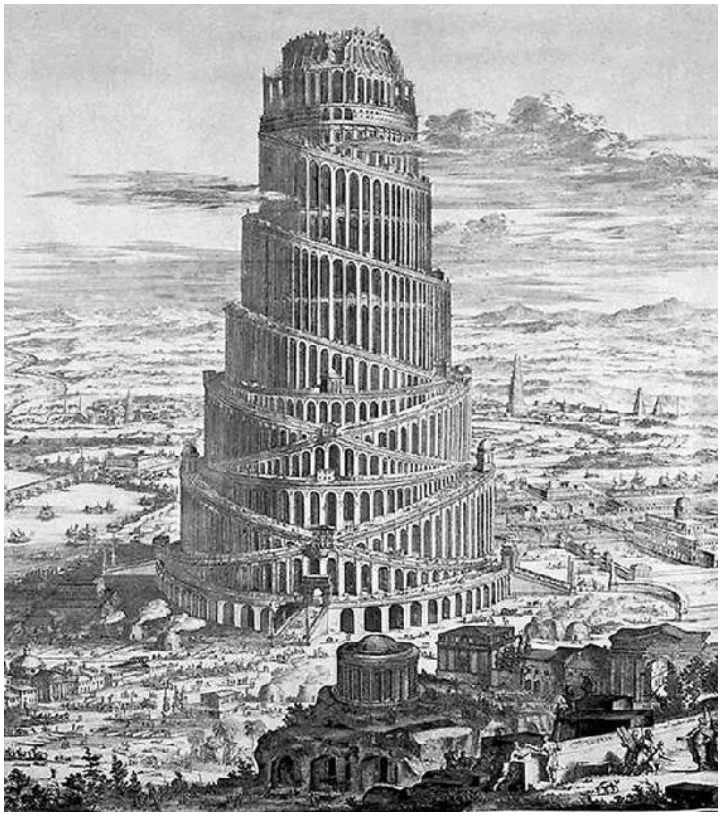
Quizá sólo los empleaban para la desfloración ritual. Algunos pueblos primitivos actuales los siguen usando para ese fin[10].

El consolador más antiguo conocido (de hace 28.000 años) se halló en la cueva de Hohle Fels (Ulm, Alemania). Es de piedra pulimentada y mide 20 centímetros de longitud por 3 centímetros de grosor, y presenta el fuste y el glande perfectamente delimitados.

Estos instrumentos suelen figurar en algunos museos con la indicación «Bastón de mando», que no compromete a nadie. Pura poesía, si uno se para a pensarlo.

2
LA TORRE DE BABEL

Cambiemos de tercio. El tema religioso nos lleva necesariamente a la Biblia. Los que hemos crecido a la sombra del libro santo a menudo nos hemos formulado una pregunta: ¿dónde demonios estuvo la famosa Torre de Babel, aquel rascacielos ancestral que levantaron los descendientes de Noé para alcanzar las moradas celestes?



La torre de Babel, según un grabado antiguo.

Existen varias candidaturas, casi todas en el entorno de Mesopotamia, aquella región donde florecieron y se desarrollaron las primeras culturas; hoy, debido a la mudanza de los tiempos, triste exportadora de barbaries y fanatismos.

En una región remota del noreste de Siria, cerca del triángulo de río Khabur y de la aldea de Tell Brak (probable lugar de la antigua ciudad de Akkad), en medio de una extensa llanura roturada por explotaciones agrícolas, se levantan las probables ruinas de la torre de Babel, un *tell* o difusa colina que, examinada de cerca, resulta ser un informe montón de ladrillos carcomidos por el tiempo.

Hoy se acepta que la leyenda bíblica de la torre de Babel se inspira en uno de aquellos zigurats que los hebreos encontraron en la región mesopotámica.

Zigurat: edificio de origen sumerio y asirio consistente en una pirámide escalonada de base cuadrada y muros inclinados que tiene en su cúspide un santuario, al que se accede a través de una serie de rampas. Se calcula que a lo largo de Mesopotamia debieron de existir unos treinta, quizá más. Se han conservado mal debido a los expolios de que han sido objeto al utilizarlos durante más de dos milenios como cantera para extraer materiales de construcción.

Recordemos la historia bíblica: después de que Yahvé castigara a los hombres con el Diluvio Universal, los descendientes de Noé, el del arca, «en su marcha hacia Oriente encontraron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí» (Génesis, 13: 1, 2).

Los hebreos, pueblo de pastores, debieron de apartarse poco de las riberas del río Éufrates a lo largo de las cuales se alzaron las grandes ciudades de la civilización mesopotámica: Sumer, Akkad, Uruk y Babilonia. Es posible que, al ver aquellos zigurats, pensaran en construirse el suyo, dedicado a Yhavé o, preferentemente, al Dios más placentero y menos celoso al que adoraban aquellos pueblos culturalmente más avanzados. El caso es que Yhavé, que todo lo ve, se lo tomó muy a mal y decidió castigar la soberbia de su pueblo: «confundamos su lengua, de manera que no se entiendan unos con otros» (Génesis, 11: 7). Eso hizo, sembró toda clase de lenguas en los constructores, y como no se entendían (uno decía pásame el palustre y el compañero le tendía una esportilla), no hubo manera de avanzar la obra. Al final la abandonaron inconclusa «y se dispersaron por toda la tierra».

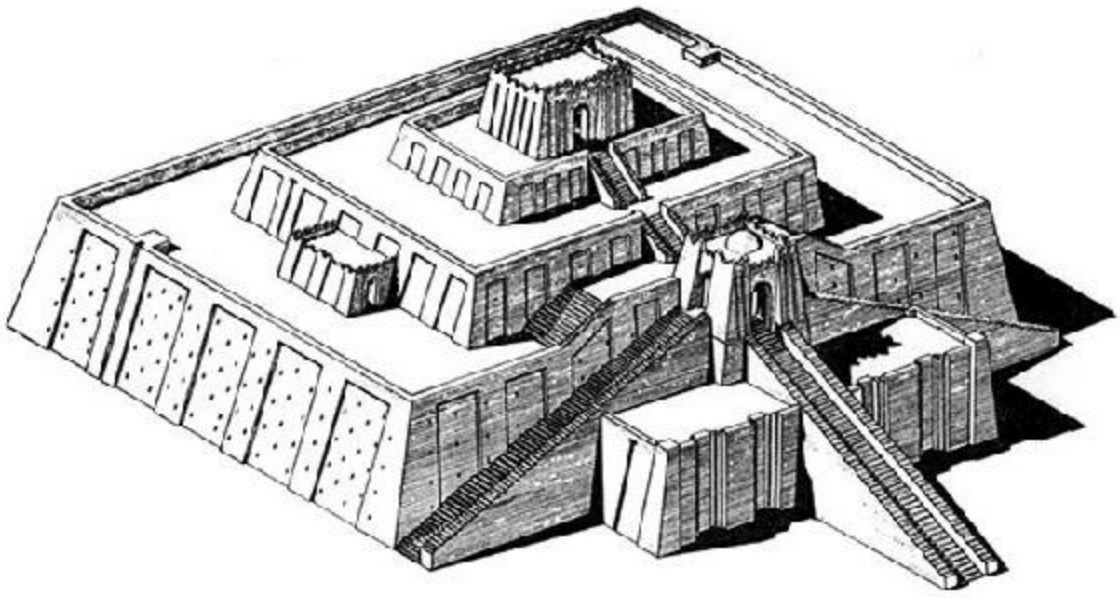
Si la torre de Babel era realmente un zigurat, el observatorio-templo de las

paganas religiones babilónicas, se entiende el enfado del Dios de Israel. No quería que su pueblo apostatara para pasarse a la, sin duda, más atractiva religión de los babilonios.

Se ha especulado bastante sobre la altura de los zigurats. El edificio supuestamente inspirador de la torre de Babel tiene como base un cuadrado de 90 metros de lado. Teniendo en cuenta la resistencia del suelo arcilloso de la zona y el peso del adobe utilizado, el historiador Juan Luis Montero, de la Universidad de La Coruña, cree que la torre podría alcanzar unos 60 metros de altura (seis terrazas de 48 metros de altura total más un templo de 12 metros en la cúspide). No está muy claro si el camino de acceso a ese templo, de unos tres metros de ancho, discurriría por rampas en zigzag o en espiral. Un edificio de esas características estaría compuesto de unos 25 millones de unidades de adobe y ladrillo que supondrían unas 400.000 toneladas de peso, el máximo que los materiales y la base podrían soportar sin colapsar.

El caso es que la pirámide escalonada es una construcción común a varias culturas muy diferentes: además de las mencionadas en Mesopotamia, las hay en la India, en Egipto y hasta en la América precolombina. Las funciones de estas construcciones eran religiosas: morada de los dioses o escalera para ascender hasta ellos, además de panteones reales.

Los zigurats mesopotámicos pudieran haber inspirado a los egipcios sus pirámides. De hecho, la primera pirámide, obra del arquitecto Imhotep, en Saqqara, hacia 2700 a. de C., era escalonada como un zigurat.



Reconstrucción ideal de un zigurat.

Un siglo después de la pirámide de Saqqara, el faraón Snefru completó una pirámide escalonada que había heredado de su antecesor y rellenó las siete gradas hasta darle la apariencia piramidal que en adelante caracterizaría a los monumentos egipcios.

3
EL HOMBRE DE PILTDOWN

Cuando, en 1859, Charles Darwin publicó su teoría de la evolución, el mundo académico se dividió en dos bandos: los que, fieles a la Biblia, defendían que Dios creó al hombre totalmente evolucionado (Adán y Eva) y los que, aceptando las teorías de Darwin, apoyaban la evolución, es decir, que el hombre desciende del mono, según se enuncia en términos simplistas. Hoy tal polémica es una anécdota del pasado, puesto que toda la comunidad científica acepta que Darwin tenía razón, pero por aquel entonces las cosas no estaban tan claras.

En 1912, un abogado y agente de la propiedad inglés aficionado a la arqueología, Charles Dawson, realizó un descubrimiento sensacional en unas terrazas fluviales cercanas a su casa: una mandíbula enorme y simiesca que encajaba perfectamente en un cráneo humano.

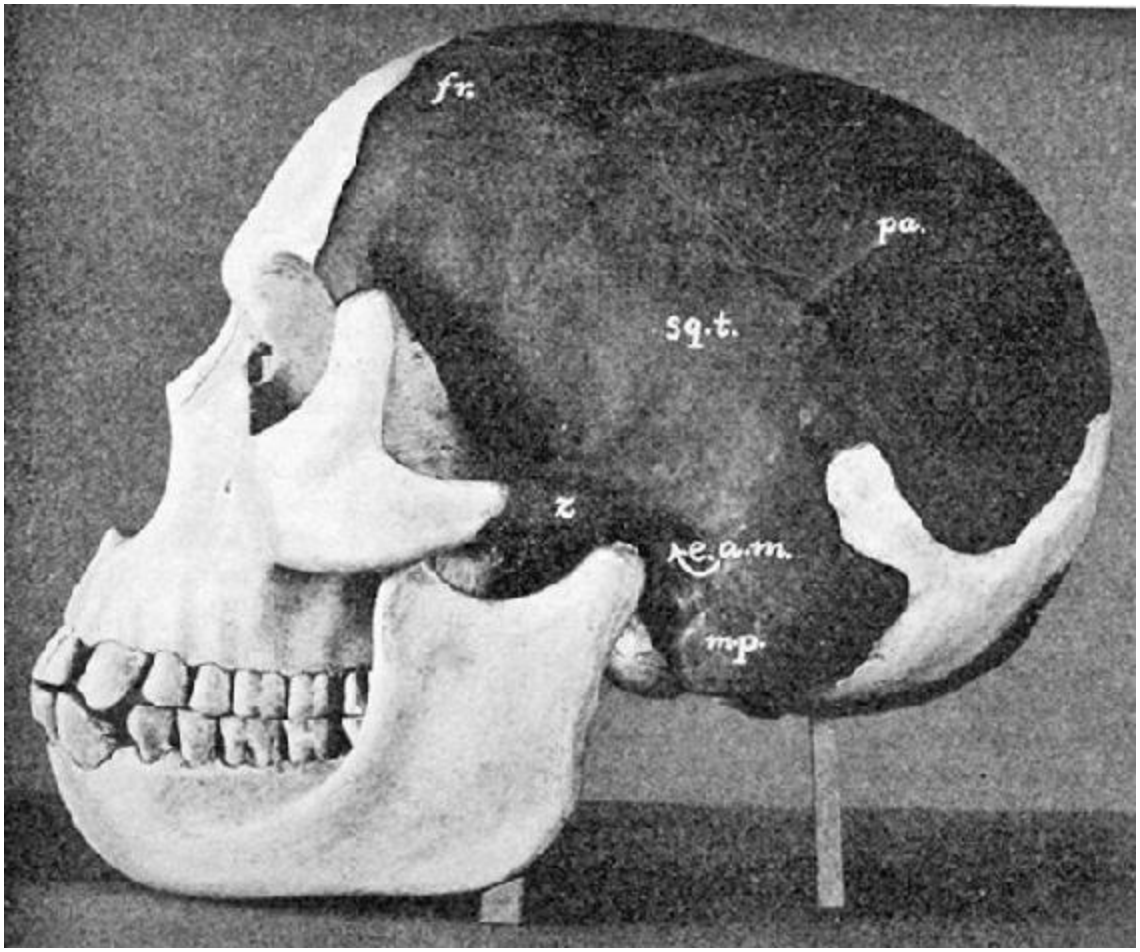
La prensa echó las campanas al vuelo: se había descubierto, precisamente en Inglaterra, el eslabón perdido, el estadio intermedio entre el hombre y el simio, lo que demostraba el acierto de las teorías evolucionistas. Se calculaba que el cráneo del *Eoanthropus Dawsoni* (así llamado en honor a su descubridor), tenía una antigüedad de, al menos, 900.000 años. Poco después aparecieron en el mismo yacimiento las toscas herramientas de piedra que usaba el simpático homínido.

Nadie prestó atención a la débil voz de un catedrático de anatomía de Oxford al que aquella mandíbula le parecía de chimpancé, aunque el resto del cráneo perteneciera, evidentemente, a la especie humana.

Otros argumentaban que a la mandíbula le faltaban los colmillos y, en esas circunstancias, no se podía asegurar que fuese humana, dado que la diferencia

esencial entre la mandíbula humana y la simiesca radica precisamente en los colmillos. Fue providencial que, al año siguiente, el paleontólogo y filósofo jesuita Teilhard de Chardin encontrase en Piltdown un flamante colmillo de *Eoanthropus* que «tanto práctica como teóricamente se adaptaba exactamente a la mandíbula y venía a representar una fase de transición en el paso del modo de morder del mono al modo de morder del hombre».

El *Eoanthropus Dawsoni* conquistó su puesto en la galería de grandes hallazgos científicos. Dawson recibió distinciones honoríficas y vio su fotografía y la de su descubrimiento reproducidas tanto en publicaciones científicas como en revistas mundanas. Un breve baño de gloria, cierto es, puesto que falleció a los cuatro años. Y, cosa extraña, después de su fallecimiento cesaron los hallazgos en Piltdown. Sus colaboradores siguieron excavando durante un tiempo, pero sin resultado, así que, decepcionados, abandonaron la empresa. Pero ya Piltdown había conquistado un lugar en los textos científicos y en los manuales de las escuelas.

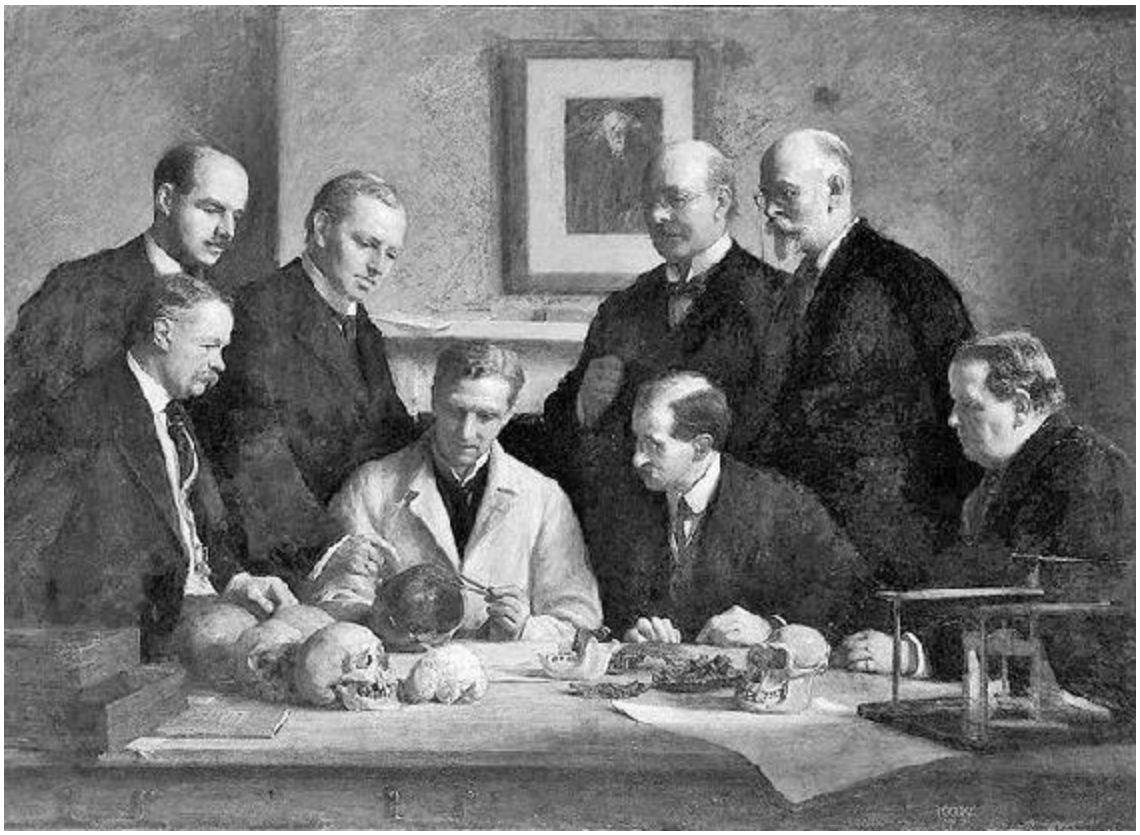


El cráneo de Piltdown.

Pasó el tiempo y la tecnología avanzó lo suficiente como para confirmar plenamente el fraude. El dentista y antropólogo A. T. Marston, al que el famoso colmillo nunca había convencido, consiguió en 1949 que el cráneo de Piltdown fuese sometido a examen por radiocarbono. La superchería resplandeció como un sol de mayo: el famoso cráneo era falso, una «tergiversación irresponsable e inexplicable que no tiene parangón en la historia de la paleontología». El cráneo no tenía 900.000 años, ni siquiera 500.000, como creían otros, sino, como mucho, 50.000, que es la edad del *Homo Sapiens.* Además, la mandíbula resultó ser, en efecto, de orangután o chimpancé, aunque había sido hábilmente limada para que encajase en el conjunto y luego envejecida con bicromato potásico.

El escándalo creció, si cabe, cuando un examen exhaustivo de las pruebas involucró en la falsificación al mismísimo Teilhard de Chardin, el famoso paleontólogo y avispado jesuita. Resulta que los huesos de hipopótamo y elefante hallados en el mismo nivel del hombre de Piltdown que ayudaron a fechar el conjunto procedían de Malta y Túnez, donde Teilhard había excavado con anterioridad. El epistolario del sabio jesuita no dejaba lugar a dudas. Una carta suya anterior a 1914 relata el hallazgo del segundo hombre de Piltdown que sólo fue descubierto oficialmente en 1915.

A estas alturas, todavía se discute el número y calidad de los cómplices de Dawson. Uno de los implicados pudo ser Arthur Conan Doyle, el creador de Sherlock Holmes.



Dawson y sus colegas con el cráneo.

4
¿FUIMOS CANÍBALES?

Hasta en las mejores familias hay tachas o esqueletos en el armario, como dicen los ingleses, que de eso saben un rato largo.

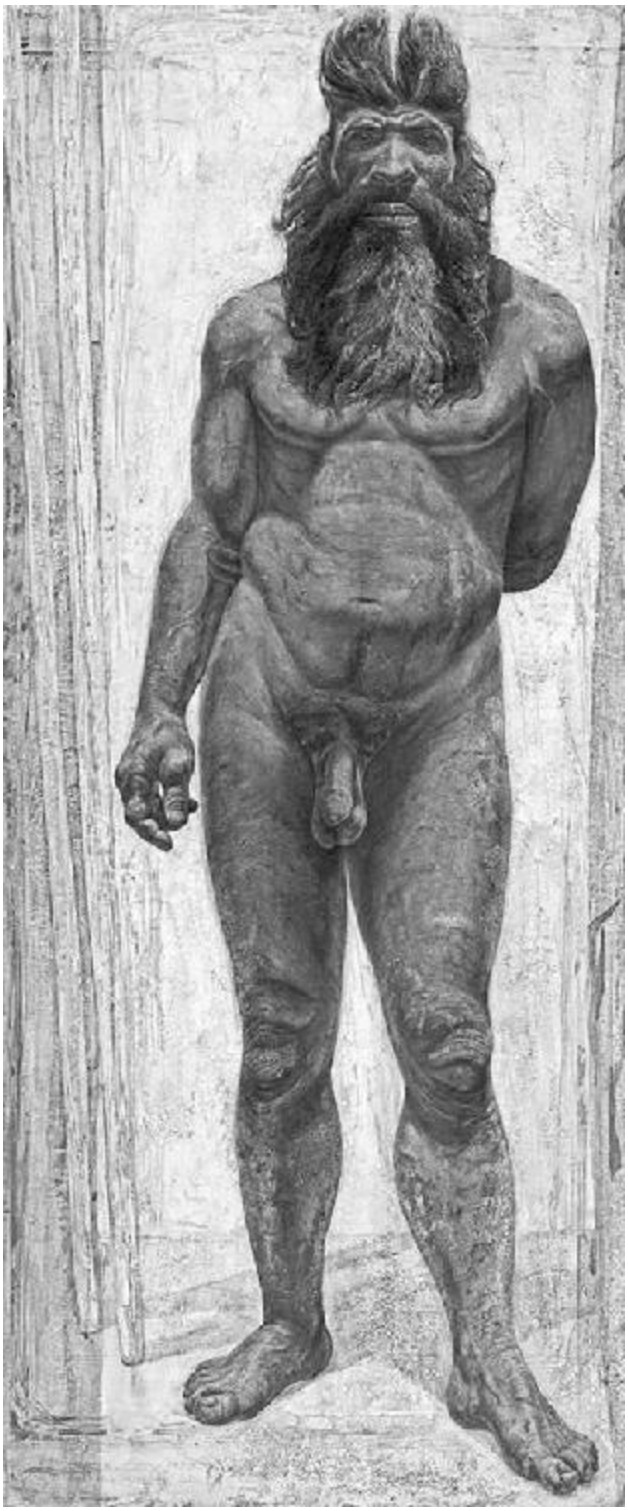
La especie humana, en su penosa evolución, incurrió en el canibalismo, como enseguida veremos. Bueno, primero unas notas sobre el origen del hombre, para complemento de lo dicho más arriba.

¿Desciende el hombre del mono? Maticemos: no es que descienda del mono directamente, sino que el mono y el hombre descienden de un tronco común, o sea, somos primos lejanos. Hubo un tiempo, hace millones de años, en que todavía no había hombres ni monos; había *homininos* (homínidos bípedos). De ese tronco ancestral partieron multitud de brotes, de los que los únicos vivos actualmente somos los seres humanos y los chimpancés.

Los primeros fueron los *Australopithecus,* que habitaban las sabanas arboladas del este de África hace entre 4 y 2,5 millones de años (a esta familia pertenece la famosa Lucy). Uno de ellos, el *Australophitecus afarensis,* tenía un cerebro de unos 500 centímetros cúbicos, apenas la cuarta parte del hombre actual. A partir de él se desarrollaron, a lo largo de millones de años, varias familias de *Australopithecus,* entre ellas la de los *Homo,* de los que descendemos. La única que perduró fue el *Homo habilis,* o «ser humano diestro», hace unos dos millones de años, mes arriba mes abajo. Éste era ya un hombre hecho y derecho, a pesar de su aspecto simiesco. Su aventajado cerebro (de unos 700 centímetros cúbicos) le permitía servirse del fuego y hasta fabricar toscas herramientas de sílex o cuarzo, con filo cortante.

No era fácil la vida del *Homo habilis*. Al evolucionar se hizo omnívoro. Vagaba por la sabana devorando todo lo que le venía a mano: raíces, frutos,

tallos tiernos, huevos, larvas, lagartos… ¿Se imaginan lo hambreado que debía de estar el primer hombre que comió percebes? No le hacía ascos a nada, por repugnante que pareciera, ni siquiera a los cadáveres, porque el cuitado era todavía mal cazador y tenía que contentarse con la carroña que abandonaban los félidos de grandes colmillos y otras fieras que señoreaban la llanura. También él era, a menudo, víctima de estos terribles predadores.



Uno de los hombres de Atapuerca.

Del *Homo habilis* se derivaron, por anagénesis, las sucesivas especies posteriores: el *Homo erectus*, el*Homo antecessor* y el *Homo sapiens*. Los más

antiguos homos, hace unos 1,6 millones de años, eran fornidos, de hasta 170 centímetros de estatura y, a pesar de sus facciones bestiales, alcanzaban un setenta por ciento del cerebro del hombre actual (o sea, entre 850 y 1.250 centímetros cúbicos). Se extendieron paulatinamente por África y pasaron a Asia y a Europa hace 1,5 millones de años. En la sierra de Atapuerca, cercana a Burgos, han aparecido restos de un ancestro del *Homo antecessor* de hace 1,2 millones de años[11]. Del *antecessor* derivaron las dos especies que se extendieron por Asia y Europa, el *Homo neandertalensis* y el *Homo sapiens*.

El *Neandertal* era un cachas que, sin duda, habría encontrado trabajo como portero de discoteca: esqueleto robusto, aunque algo achaparrado, musculoso, una mandíbula enorme, aunque desprovista de mentón, y una frente en visera sobre los ojos; o sea, cara de bestia, lo que no quiere decir que fuera tonto. Su cerebro era parecido al nuestro, e incluso algo mayor, lo que no deja de causar perplejidad. Su origen no está muy claro. Algunos opinan que es una especie de híbrido, entre el *erectus* y el *sapiens*.

El *Neandertal* era un sujeto de reposadas costumbres que cualquier madre hubiese aceptado como yerno: sepultaba a sus muertos, cuidaba a sus enfermos y fabricaba con esmero herramientas de piedra. Lo malo es que no le hacía ascos a nada y también, cuando se terciaba, practicaba el canibalismo.

Calma. No me tuerzan el gesto: aunque los neandertales evolucionaron en Europa, no son nuestros remotos antepasados.

Entonces, ¿de dónde procedemos los europeos actuales? De África, querido lector. Incluso los arios alemanes vienen de allí, de la especie *Homo sapiens*. En Etiopía se han encontrado restos del *sapiens* de hace unos 150.000 años. El hombre de Cromañón es un *Homo sapiens* de origen africano que llegó a Europa hace unos 40.000 años y se encontró aquí con el *Neandertal*. Durante algunos miles de años coexistieron las dos especies, pero el Cromañón, más listo, fue arrinconando al *Neandertal*, más torpón, que acabó por extinguirse. Ley de vida, dirán algunos.

¿Por qué no se fusionaron mediante casamientos mixtos? Vaya usted a saber. Parece que procuraban evitarse. ¿Se agredían? Es posible. De hecho, se ha sugerido que quizá los cromañones se comieron a los neandertales.

O sea, los refinados cromañones, que, éstos sí, son nuestros antepasados, también nos salieron caníbales. ¿Existe una explicación racional que los exculpe?

Veamos. El hombre se ha desarrollado sobre el resto de los animales gracias a su cerebro mejor dotado. Ese cerebro ha ido creciendo con el tiempo en tamaño y complejidad. Pero a ese cerebro cada vez más perfeccionado había que alimentarlo con ácidos grasos omega 3 (sí, el de los pescados azules y las nueces). El problema era que en la última glaciación, hace 50.000 años, en una Europa tan helada como la Siberia más siberiana, escaseaban los nutrientes ricos en omega 3.

Los inviernos duraban diez meses y la caza más abundante, el reno, es deficitario en omega 3. Sin el aporte del precioso ácido graso, tan necesario para el buen funcionamiento del corazón y la reducción de placas en las arterias, el hombre estaba condenado a extinguirse o a evolucionar negativamente. ¿Qué hacer? *Do fuir?*

Forzados por la situación, y guiados por un instinto de supervivencia, que probablemente tenían más aguzado que nosotros, incurrieron en el canibalismo. ¿Por qué? Porque la mejor fuente de DHA que existe es el cerebro humano.

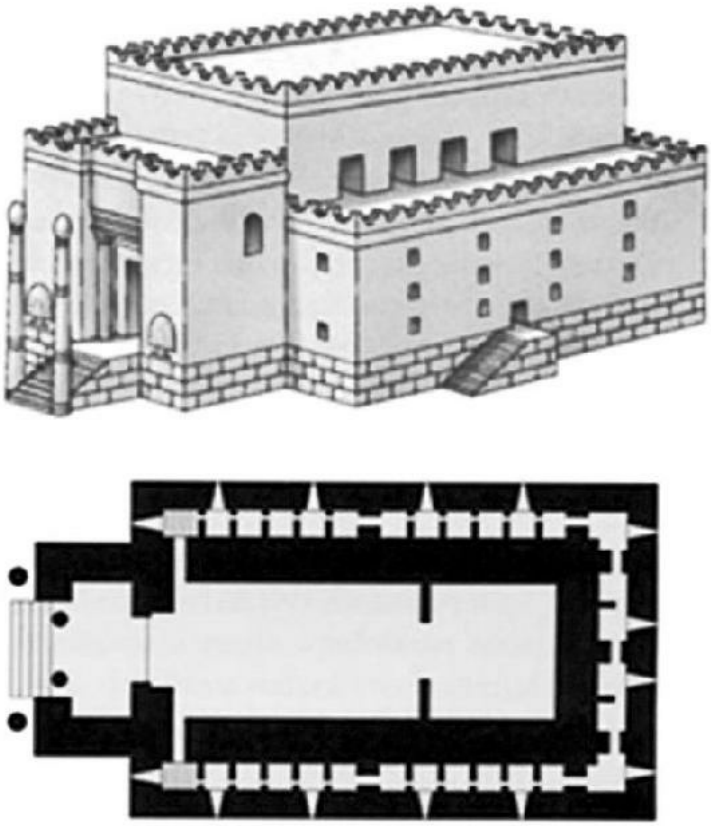
El cerebro humano contiene casi veinte veces más cantidad de ácidos grasos que el de los animales disponibles en la última glaciación[12]. La opción estaba clara.

Era cuestión de supervivencia. Recurrieron al canibalismo y estuvieron comiéndose a sus semejantes hasta que la glaciación comenzó a ceder, hace unos 12.000 años, lo que permitió la aparición de una mayor variedad de alimentos, algunos de ellos ricos en ácidos grasos. Pasado el apuro, el canibalismo fue desapareciendo, y éste es el día en que sólo lo practicamos por trastorno mental o por mera supervivencia (hambrunas, naufragios, etc.).

5
EL ENIGMA DE LA MESA DE SALOMÓN

En el año 711 conquistaron Hispania los moros que habían de señorearla durante ocho siglos. El estímulo principal que los atrajo fueron los dos tesoros de la monarquía visigoda, el tesoro real y el tesoro sagrado.

Se creía que este último se encontraba en la misteriosa cueva de Hércules, o Palacio Encantado, que estaba bajo la iglesia de San Ginés de Toledo, hoy desaparecida, y que sus galerías se prolongaban fuera de la ciudad hasta una distancia de tres leguas[13].



El Templo de Salomón (reconstrucción ideal).

Parte de este tesoro sagrado, quizá su pieza principal, era una mesa de oro y piedras preciosas que había pertenecido al bíblico rey Salomón[14].

Salomón, el rey de Israel, del que la Biblia asegura que alcanzó la sabiduría absoluta[15], y del que ahora algunos historiadores ponen en duda su mera existencia, diseñó, según una antigua tradición, una mesa de oro y pedrería de incalculable valor y la depositó en el Templo de Jerusalén, residencia de Dios.

Con ser en sí un tesoro, el valor espiritual de la Mesa de Salomón era superior al material: un jeroglífico dibujado en su tapa cifraba el nombre secreto de Yahvé, el *Shem Shemaforash*, la palabra escondida y santa que, una vez al año, en fecha señalada, el sumo sacerdote de Israel susurraba ante el Arca de la Alianza, para renovar la alianza entre Yahvé y la Humanidad.

El Arca de la Alianza y la Mesa de Salomón estaban confinadas en el *Devir*, *Kodesh HaKodashim* o *sancta sanctorum* del Templo, una estancia sin ventanas, de techo bajo, a la que el sumo sacerdote accedía, tras revestirse

con el pectoral de las doce piedras (las tribus de Israel), para untarse con la sangre de un cordero sacrificial y envolverse en una nube de incienso, precauciones necesarias para que la *shekiná,* o presencia de Dios, en aquélla su morada no lo aniquilara.

Además del sumo sacerdote, una segunda persona conocía el *Shem Shemaforash:* el Maestro del Nombre, o *Baal Shem,* que el sumo sacerdote habría designado para sucederlo. De este modo se evitaba que la mágica palabra se perdiera si el sumo sacerdote perecía. No obstante, como se vivían tiempos inseguros, y el pequeño Israel estaba constantemente amenazado por vecinos poderosos, el precavido Salomón comprendió que alguna vez podían morir simultáneamente los dos portadores del Nombre divino, llevándose al otro mundo la palabra secreta de su pacto con Yahvé.

Para evitar la pérdida del Nombre, del que dependía la Alianza de su pueblo, el sabio rey ideó un complejo entramado geométrico que contenía las claves del *Shem Shemaforash,* aunque descifrarlo requería una entrega tal a la contemplación de Yahvé que sólo estaría al alcance de un místico capaz de meditar sobre el misterio divino hasta el punto de merecer ese último secreto. Ése sería el origen y la meta última de la cábala, la ciencia de Dios.

La mesa portadora del *Shem Shemaforash* era el único objeto santo que, debido a su carácter, compartía con el Arca de la Alianza la *shekiná,* o presencia de Dios.

Salomón murió hacia el año 922 a. de C. Después, el Reino de Israel decayó y no faltaron ocasiones para que los atribulados judíos tuvieran que disponer del tesoro del Templo. El expolio comenzó durante el reinado de Roboam, hijo de Salomón, que tuvo que aplacar a los egipcios (1 Reyes 14, 26) y prosiguió en años posteriores (1 Reyes 15, 18; 2 Reyes 16, 8, etc.). A ello hay que sumar las desviaciones paganas (2 Reyes 16, 17; 21, 4; 23, 1-12), flaquezas de los propios judíos en el mantenimiento de su Alianza sagrada. En resumen, que en cuatrocientos años de azarosa historia hay amplio espacio para dudar de que una mesa de oro y pedrería se conservara intacta.

En 586 a. de C. el rey Nabucodonosor II conquistó Israel y destruyó el Templo. Cabe dentro de lo posible que los sacerdotes pusieran a salvo los objetos del *sancta sanctorum* antes del asalto de los caldeos (aunque nadie nos asegura que fueran los originales que hizo forjar Salomón).

A partir de la destrucción del Templo, la Biblia no vuelve a mencionar el

Arca de la Alianza, la sede de Dios, aunque una fuente tardía (2, Macabeos, 4-10) asegura que el profeta Jeremías la puso a salvo en una cueva del monte Nebo.

En 535 a. de C. los judíos repatriados del exilio babilónico levantaron el denominado Segundo Templo en las ruinas del primero. Sobre esta construcción, seguramente modesta, Herodes el Grande remodeló un templo magnífico con amplios edificios auxiliares en el año 19 a. de C[16].

El historiador Flavio Josefo, testigo presencial y cronista de la conquista romana de Jerusalén, escribe: «Entre la gran cantidad de despojos, los más notables eran los del Templo de Jerusalén, la mesa de oro, que pesaba varios talentos, y el candelabro de oro»[17].

¿Se refería Josefo a la Mesa de Salomón? Es posible, pero también podría tratarse de otro objeto, la llamada «mesa de los panes», que a veces se menciona entre el mobiliario del Templo.

Cuando el general vencedor, Tito, regresó a Roma, exhibió este tesoro en su procesión triunfal inmortalizada en su famoso arco. Entre los relieves que decoran el monumento distinguimos la *menorah,* o candelabro de los siete brazos, y una mesa de la que sólo podemos apreciar las largas patas y el perfil del tablero, cuadrado y de unos cuatro palmos de lado.

Después del desfile triunfal, los objetos del Templo se depositaron en el templo de Júpiter capitolino y, posteriormente, en los palacios imperiales o en el templo de la Paz, especie de almacén donde los romanos guardaban los objetos sagrados expoliados a diferentes pueblos.

En su condición de politeístas, los romanos creían que el poder de los objetos sagrados de los pueblos sometidos se transmitía al conquistador. Depositando esos objetos en el templo de Júpiter capitolino, su templo máximo, acrecentaban la protección mágica de Roma y, por consiguiente, su poder.

En el siglo V, ya en plena decadencia de su Imperio, Roma sufrió dos saqueos, el primero a manos de los godos de Alarico I, en el año 410, y el segundo por los vándalos en 455[18].

Parece que los godos trasladaron el tesoro romano a Toulouse, su capital. El reino godo abarcaba desde el sur de la península Ibérica hasta el norte de la actual Francia[19]. Éste sería el llamado «tesoro antiguo», integrado por objetos sagrados cuya virtud supuestamente fortalecía al poseedor. Era, por

tanto, un legado inalienable, estatal, distinto del tesoro real, la reserva monetaria del monarca reinante.

La fama del tesoro godo, acrecentada por la de los objetos del Templo de Jerusalén, estimuló la codicia de los pueblos del entorno, e incluso la de otros bastante alejados[20]. En 507 los francos invadieron la tierra de los visigodos y conquistaron la parte francesa del reino. El derrotado rey Gesaleico puso a salvo el tesoro en Carcasona. Tras dos años de reinado calamitoso, el rey de los ostrogodos, Teodorico, lo depuso, lo ejecutó, entregó el trono vacante a su nieto Amalarico (hijo de Alarico II y de su hija Tindigota) y desempeñó la regencia en su nombre. Una de sus primeras disposiciones fue trasladar el tesoro de los godos a Rávena, la capital de su reino.

El joven Amalarico accedió al gobierno de los visigodos en el año 526, tras la muerte de su abuelo, y decidió llevarse el tesoro godo a Toledo, aunque él no pasó de Barcelona, donde fue asesinado[21].

En el siglo y medio que se extiende entre la obra de Procopio de Cesarea y la de los cronistas árabes de la conquista de España, la Mesa de Salomón no vuelve a mencionarse, pero es presumible que permaneciera en Toledo con el resto del tesoro[22].

Así llegamos al año 711, cuando los moros desembarcaron en las playas de Cádiz, derrotaron al ejército godo del rey Rodrigo y conquistaron España.

Como hemos dicho al principio, el estímulo principal de los moros en la conquista de España fue los dos tesoros de la monarquía visigoda (el real y el sagrado). ¿Dónde se guardaban estos tesoros? El tesoro real, del que la corona podía disponer, acompañaba al monarca en sus desplazamientos. El tesoro sagrado era intocable y se guardaba, como ya se ha apuntado, según la persistente leyenda, en una casa cerrada con muchos cerrojos, o sea, el Palacio Encantado.

¿Dónde estaba el Palacio Encantado? Algunos historiadores suponen que estaría en Toledo, la capital del reino, pero otras fuentes no se muestran tan seguras. En *Las Mil y una Noches*, colección de cuentos que transmite diversas noticias históricas, se habla de «un país al que llamaba Lepta que pertenecía al reino de los cristianos». Según otras fuentes, aquella casa, palacio o cueva del tesoro era una construcción antigua, obra de Hércules.

Casi todos los autores suponen que la famosa cueva de Hércules estaría en Toledo, pero existe una arraigada tradición que la sitúa cerca de Jaén, en la peña de Martos, donde, como escribe Francisco Delicado en 1524: «Puso

Hércules la tercera piedra o columna que al presente es puesta en el templo»[23]. Jorge Luis Borges, hombre versado en lecturas cabalísticas, escribe en *La cámara de las estatuas:* «En los primeros días había en el reino de los andaluces una ciudad en la que residían sus reyes y que tenía por nombre Lebit, o Ceuta, o Jaén»[24].

Las noticias sobre la Mesa de Salomón proceden de dos fuentes, una egipcia y otra andalusí. Se citan tres posibles edificios toledanos donde el sagrado objeto se encontró: en la Casa de los Reyes, en la casa de los Cerrojos y en una iglesia[25].

No hay unanimidad entre los cronistas árabes sobre el aspecto del vetusto artefacto forjado por Salomón: para la mayoría es una mesa, o sea, un tablero horizontal con patas, pero para otros es un arca *(tabut),* o un espejo. No falta quien lo considera el *missorium aureum,* una bandeja votiva de oro, donada por el patricio Aecio. Mesa, espejo y *missorium* nos remiten, en cualquier caso, a una superficie pulida, presumiblemente metálica.

Según el historiador Aben al-Hakam, «la Mesa tenía tanto oro y aljófar como jamás se vio nada igual. Tarik (el otro caudillo moro) le arrancó un pie con el oro y perlas que tenía y le mandó poner otro semejante. Estaba valorada en doscientos mil dinares, por las muchas perlas que contenía»[26].

El historiador al-Maqqari escribe: «la Mesa estaba hecha de oro puro, incrustado de perlas rubíes y esmeraldas, de tal suerte que no se había visto otra semejante […] los musulmanes la encontraron sobre el altar de la iglesia de Toledo, y pronto voló la fama de su magnificencia. Temeroso Tarik de que el envidioso Muza lo obligara a devolver su botín, ocultó en su casa uno de los pies de la mesa. Ésta fue una de las causas de que Tarik y Muza disputasen ante el califa sobre sus respectivas conquistas, disputa en la que Tarik quedó vencedor»[27].

Con ser de un valor material incalculable, el verdadero valor de la Mesa estribaba en el ideograma geométrico de sus dibujos que ocultaba el Nombre Oculto de Dios, el *Shem Shemaforash*, revelado por Dios a Moisés en el Sinaí[28].

A la historia, muchas veces nutrida de leyendas que acaban siendo respetables en razón de la antigüedad de los textos que las sustentan, se añaden los mitos creados en torno al maravilloso objeto de Salomón. Es evidente que muchos componentes de la religión y de los ritos hebreos proceden de Egipto, donde los judíos recibieron la influencia de una cultura

superior durante varias generaciones. El monoteísmo hebreo (tan parecido al de Akenatón, el faraón hereje) es de inspiración egipcia[29]. El Arca de la Alianza, las Tablas de la Ley y otros objetos sagrados del Templo reproducen objetos rituales egipcios en los que Moisés se había iniciado cuando era un príncipe a orillas del Nilo.

Dijimos más arriba que el previsor Salomón intuyó que adversos avatares políticos de su reino amenazarían la transmisión oral del secreto, y esa incertidumbre le aconsejó reducir el Nombre Secreto de Dios a un ideograma geométrico y transmitirlo en el objeto que llamamos Mesa de Salomón.

Los dos caudillos de la conquista, Tarik y Muza, se disputaron la mesa, pero el califa de Oriente, la máxima autoridad islámica, zanjó la cuestión reclamándola. Según la tradición, la Mesa de Salomón se extravió en el trayecto entre Toledo y los puertos andalusíes donde debía embarcar. Desde entonces, diversos personajes, en épocas distintas, han buscado el famoso talismán en varios lugares, especialmente en Toledo y Jaén[30].

Para acabar de enredar el asunto, la realidad se empeña en respaldar la leyenda: en 1858 se encontró un tesoro visigodo cerca de Toledo, en Guarrazar; y en 1924 se encontró otro en Jaén, en la finca Los Majanos de Garañón, término de Torredonjimeno, a pocos kilómetros de la cueva de Hércules que la tradición sitúa en la peña de Martos[31].

LA MESA DE SALOMÓN EN TOLEDO

La leyenda de la cueva de Hércules arraigó profundamente en Toledo. Con el tiempo, la mítica cueva se consideró un espacio sagrado dedicado a prácticas de magia. Los toledanos creían que la cueva estaba bajo la iglesia de San Ginés, demolida en 1841, y que sus galerías se prolongaban fuera de la ciudad hasta una distancia de tres leguas. La pretendida cueva de Hércules explorada en nuestros días ha resultado ser una gran cisterna construida en época romana para almacenar las aguas.

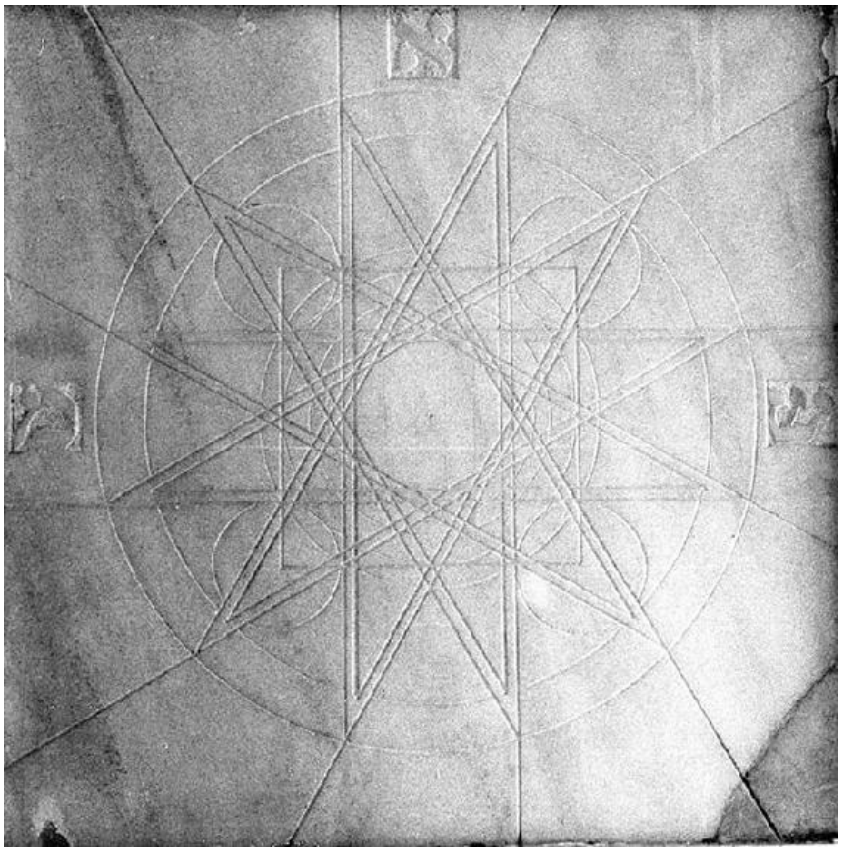
LA MESA DE SALOMÓN EN JAÉN

En 1937, Joaquín Morales, un joven funcionario encargado de inventariar los tesoros artísticos de la catedral de Jaén por cuenta de la Dirección General de Bellas Artes, descubrió casualmente unos documentos pertenecientes a cierta sociedad secreta, Los Doce Apóstoles, integrada por destacados miembros del clero y la burguesía local de fines del siglo XIX y principios del XX.

De las actas halladas se deducía que el objetivo de Los Doce Apóstoles era la búsqueda de la Mesa de Salomón, supuestamente oculta en la ciudad o en sus inmediaciones. Joaquín Morales, cuyas actividades fueron meramente burocráticas, fue fusilado en 1940, pero sus apuntes, traspapelados en el archivo catedralicio, se descubrieron en 1968.

Según Los Doce Apóstoles, cuando se produjo la invasión árabe, la Mesa de Salomón estaba depositada en Ossaria, una diócesis de la iglesia visigoda correspondiente a la demarcación de la colonia romana Augusta Gemela. Esta diócesis, formada por Torredonjimeno y Martos, perduró nominalmente hasta 1558. En Ossaria existía una iglesia consagrada a san Nicolás en cuya cripta se encontraba supuestamente la Mesa de Salomón. Quizá no resulte casual que san Nicolás sea, en el cristianismo antiguo, el custodio de los tesoros.

En 1906 Los Doce Apóstoles acordaron costear dos contrafuertes monumentales para la ermita-santuario de las reliquias de Arjona con el propósito de mimetizar este santuario con el Templo de Jerusalén, flanqueado por las dos columnas, Jakim y Boaz, tan importantes en los rituales masónicos.



La Mesa de Salomón en la lápida del ayuntamiento de Arjona.

En estos años primeros del siglo XX, el arquitecto Antonio Flores, uno de los miembros de Los Doce Apóstoles, construyó una cripta funeraria neobizantina en el subsuelo de la iglesia de San Juan, en Arjona, por encargo de uno de sus consocios, don Fernando Ruano y Prieto, barón de Velasco, rico terrateniente y diputado a Cortes por Albarracín durante el reinado de Alfonso XIII, y adornó el altar con una copia en mármol del jeroglífico de la Mesa de Salomón que contiene el *Shem Shemaforash.* La cripta fue saqueada y destruida en 1936, pero aún se pueden admirar consistentes restos de su belleza original. Durante las obras de reconstrucción de la iglesia, realizadas en 1956, apareció entre los escombros de la cripta una enigmática lápida de mármol que representa un complejo mandala formado por círculos concéntricos y una estrella de doce puntas circundada por tres letras hebreas, un laberinto de trazos ordenados en torno a un dodecágono.

La lápida, que hoy se puede admirar empotrada en un muro del patio del ayuntamiento de Arjona, ha resultado ser un libro mudo, de lectura sólo

geométrica para iniciados en la cábala hebrea, como parece significar la presencia de sólo tres letras hebreas, las que los cabalistas llaman «madres».

No parece admisible que los componentes de Los Doce Apóstoles, todos ellos personas mundanas, y algunas hasta frívolas, dedicaran sus vigilias al estudio y la comprensión de una disciplina tan ardua como la cábala. Más bien hemos de pensar que tomaron la presunta Mesa de Salomón de algún manuscrito antiguo, obra de un cabalista auténtico, y que nunca intentaron descifrar el verdadero significado del talismán, la única representación conocida de la Mesa de Salomón.

6
LA VENERACIÓN DE LAS PIEDRAS SANTAS

Arribé a la Costa da Morte gallega en busca de reposo y de soledad. Según uno cumple años le va apeteciendo salirse de vez en cuando del tráfago mundano y refugiarse en algún lugar donde se representen espectaculares puestas de sol, la vida sea tranquila, la gente amable, los percebes gruesos como dedo de carpintero y los mejillones jugosos como chichi de quinceañera.

O sea, Galicia.

El santuario de la Virgen de la Barca, en Muxía, está a 93 kilómetros de La Coruña, cerca de Finisterre, en una pequeña península rodeada de acantilados que se asoman al mar.

Declinando el día, este viajero llega a un roquedal de granito sobre el que se alza el santuario de la Virgen de Muxía. Cincuenta metros más abajo baten furiosas las olas. ¡El mar! ¡La mar! Θάλαττα*!* θάλαττα*!*, exclama Jenofonte; *la mer, la mer, toujours recommencée!*, suspira Valéry; *the cradle endlessly rocking*, murmura Whitman; *La mer qu'on voit danser le long des golfes clairs a des reflets d'argent*, canturrea Charles Trenet; *el mar, que es morir*, remata Manrique, el de las *Coplas*.

El viajero, que tira algo a cursi y arrastra variadas sentimentalidades ajenas, producto de sus desordenadas lecturas, aún divaga unas cuantas citas más recorriendo cuantas culturas confusamente se conciertan en la fatigada mochila de su memoria. Confrontada su insignificancia con la inmensidad del mar que se manifiesta a sus pies, se reconforta en la docta compañía. La belleza reside tanto en la puesta de sol que contemplamos, piensa con Borges, como en las puestas de sol que hemos leído.

Sopla un viento recio que regala los castigados pulmones del urbanita con los benéficos efluvios del mar, salitre, yodo, algas. De ahí brotó la vida, o sea, yo mismo, considera el viajero, y acompañando a ese pensamiento siente un irreprimible deseo de elevar sus preces al Creador por cuantos bienes continuamente derrama sobre sus criaturas, lo merezcan o no. Por eso se dirige al templo, pero lo encuentra cerrado, mínima contrariedad que le muda el pensamiento a orar en el inmenso templo de la naturaleza que a sus pies se ofrece con toda su restallante belleza. Con ese propósito nuestro viajero, yo mismo, deja atrás al mundo con sus engañosos espejismos y va a sentarse en una peña de granito lisa.

Este lugar tan solitario se ve muy acompañado y multitudinario el día de la romería en que los devotos de los pueblos de la comarca y aun de lugares más lejanos acuden a la devoción de la imagen. Incluso en las vísperas es de notar que una muchedumbre de jóvenes sobradamente provistos de bebidas pasa la noche socializando en un relajado ambiente de alegre camaradería y mutuo conocimiento.

Bien, al grano, basta de evocaciones. He venido a ver las piedras.

Entre el santuario y el mar se despliegan varias losas de granito que el mar y la erosión han desprendido de la roca madre en la que se asientan.

Las losas de variadas formas son, según la tradición, los restos petrificados de la nave tripulada por ángeles en la que Nuestra Señora de la Barca llegó al lugar con la intención de visitar a Santiago, que se encontraba en Galicia convirtiendo a los paganos que allá habitaban.

El viajero, después de meditar en el firme suelo de granito y hacer examen de conciencia sobre las cambiantes circunstancias de su vida, se dirige a la piedra de Abalar. *Abalar*, en gallego, significa «mover». Las *pedras de abalar* o *abaladeiras* son piedras oscilantes que se mueven por la mano del hombre o por la fuerza del vendaval. Cuando se mueven solas presagian desgracias, generalmente naufragios.

Con ánimo resuelto, el viajero se encarama en la enorme laja de granito y aguarda, el rostro azotado por el viento, a que la piedra emita el profundo suspiro que suele cuando siente el peso de un penitente libre de pecados. Bien se ve, en su obstinado silencio, que ha detectado los muchos que abruman el alma del visitante.

Se apea el viajero de la piedra. Sobre esta dura cama copulaban en otro tiempo, y quién sabe si también en éste, las parejas que ardientemente

deseaban concebir. El padre Sarmiento hablaba de otra piedra, la *Cama do Home*, al pie de la ermita de San Guillerme, en Fisterra (Coruña), sobre la que hacían lo propio las parejas estériles (se deduce que de esas piedras hay varias en Galicia).

El viajero encamina ahora sus pasos a la *pedra* de Cadrís, la que cura los males renales (a buenas horas mangas verdes, piensa, trasplantado como está de riñón). También cura el lumbago a condición de que pases diez veces por debajo de ella.

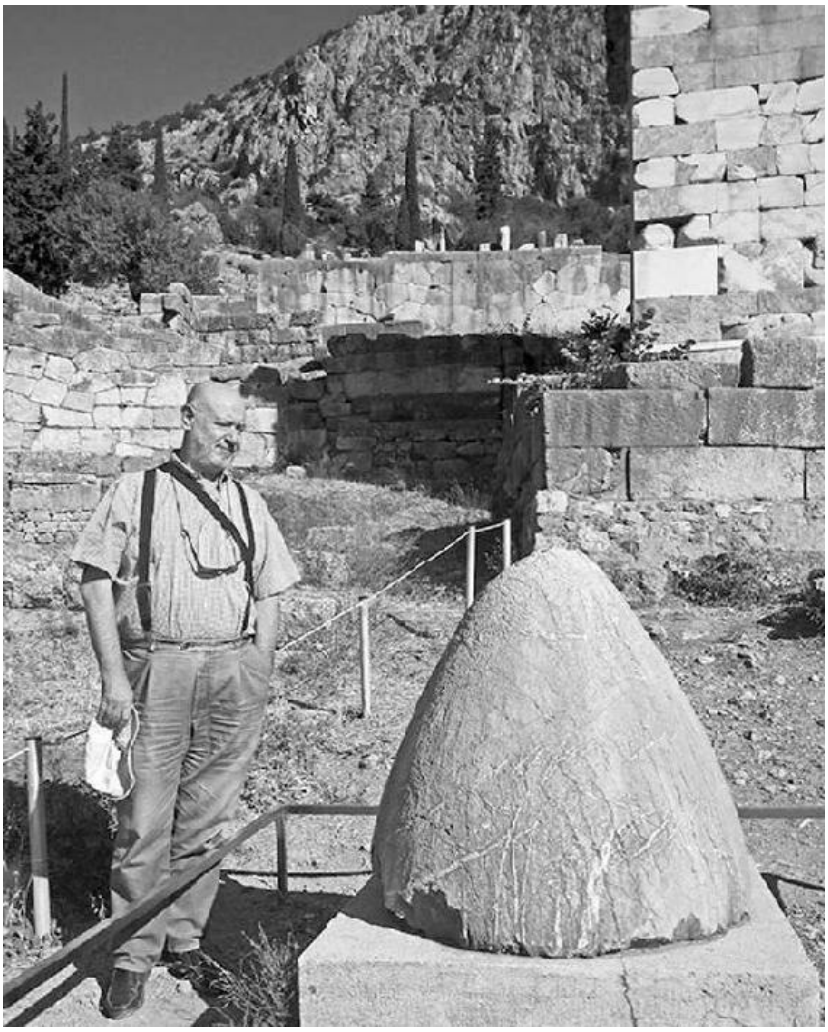
Piedras *abaladeiras* y curanderas de una u otra forma hay unas cuantas en Galicia, y más que abundaban cuando la gente era menos descreída y buscaba en las piedras las virtudes mágicas o curativas o el consuelo espiritual que también prestan a las almas torturadas.

Sentado frente al mar, el viajero se pone a considerar lo que a lo largo de su vida ha ido aprendiendo de las piedras santas.

La adoración de *betilos*, o piedras sagradas, es universal. La piedra sagrada identifica el santuario que la alberga como centro del mundo y se considera morada del alma.

Muchos pueblos de la antigüedad adoraron piedras sagradas: en Mesopotamia, el *abadir;* en Egipto, el Ben-ben, o piedra sagrada de Heliópolis; en Israel, el betel (del hebreo *Beth-El:* «La casa de Dios»); en Grecia, el *omphalos* (ombligo, o centro del mundo) del santuario de Delfos; en Roma, los primitivos dioses penates familiares, representados por piedras redondas.

Las primeras diosas madre se representaban por piedras esféricas. Las piedras eran, a la vez, imagen de la Diosa Madre fecunda, el huevo primordial depositado en el interior de la caverna, la matriz de la tierra, junto a un manantial que representa su sangre vivificadora.



El *omphalos* de Delfos.

La Diosa Madre proyectaba su fertilidad en las cosechas, los rebaños y las parturientas. Era la diosa de la que dependía la prolongación de la vida.

La fusión de dos conceptos religiosos, el dios masculino de los pastores nómadas y el femenino de los agricultores sedentarios, relegó a la Diosa Madre a la condición de esposa del dios, subordinada a él. En este papel la encontramos transformada en Isis, Gea-Cibeles, Tanit, Astarté, Artemisa, Deméter, Ceres, Hécate, Diana, Noctiluca y otras deidades[32]. A Gea-Cibeles, diosa de la Tierra, se la veneraba en diversos templos bajo la forma de un meteorito negro y de superficie pulida. Igualmente se adoraban las piedras cónicas de Elagalabus de Emessa y de Heliópolis-Baalbek; y la «piedra negra sin labrar con cuatro cuernos» que representaba al dios nabateo Ushara[33].

En la literatura romana se mencionan muchas piedras sagradas o *silex religiosa*[34].

Una piedra negra era la imagen hitita de la Diosa Madre que se veneraba en un santuario oracular de Pesimunte, Anatolia. Los libros sibilinos aconsejaron a los romanos que la llevaran a Roma si querían enderezar la suerte de la República en las guerras púnicas. Desde entonces se veneró en el Capitolio y representó a la diosa Cibeles, señora de la tierra.

Otra piedra sagrada venerada en Roma, la *lapis niger,* o piedra negra,hoy recobrada después de su hallazgo en 1898 en el Foro romano, tiene forma de losa recorrida por antiguas inscripciones[35]. La *lapis niger* se veneraba en el *volcanal*, el santuario de Vulcano, dios de los fuegos interiores de la tierra[36].

Cuando el Imperio romano se convirtió al cristianismo, los obispos intentaron desarraigar los cultos relacionados con las piedras y las cuevas sagradas. Circunscribiéndonos tan sólo a España, en 681 y 682, los concilios de Toledo excolmulgaron a los *veneratores lapidum*, «adoradores de piedras», una medida que no surtió el menor efecto.

En vista del fracaso, la Iglesia tuvo que admitir una solución de compromiso, un sincretismo cristiano-pagano. Ya que el pueblo sencillo continuaba aferrado a aquellas toscas representaciones de la Diosa Madre, lo mejor era cristianizarlas, adaptarlas a las nuevas creencias. Así fue como, a partir del siglo XII, una multitud de Vírgenes Negras se instaló en los antiguos santuarios de la Diosa Madre. Por doquier los dólmenes y cuevas sagradas se convirtieron en iglesias o ermitas consagradas a Nuestra Señora[37].

La cristianización de las piedras sagradas paganas mediante adición de una Virgen Negra se mantuvo vigente incluso en la época de la conquista de América, en pleno siglo XVI. La mexicana Virgen de Guadalupe no es más que la cristianización de la divinidad nahua de la tierra y la fertilidad, la diosa Coatlicue (en náhuatl, *cóatl-cuéitl)* que los aztecas veneraban en el monte Tepeyac en la figura de una piedra[38]. Esta conversión no es un fenómeno exclusivo del cristianismo. Recordemos la piedra negra Kaaba, venerada en La Meca, un antiguo símbolo de fecundidad y de fertilidad[39].

Las imágenes antiguas de las Vírgenes Negras suelen presentarlas sobre una descomunal peana, casi siempre esférica y desproporcionada respecto a la imagen misma, que suele ser minúscula[40].

En realidad, la peana era, al principio, la gran esfera de piedra del santuario precristiano que unas veces se destruyó y otras se disimuló como peana de la

imagen, a menudo cubierta con un ostentoso manto.

En cualquier caso, las piedras consagradas a la Diosa Madre sirvieron para soportar una Virgen Negra o, más raramente, una cruz o la imagen de un santo. Una oportuna leyenda justifica cualquier asociación: la Virgen del Pilar se apareció a Santiago encima de un pilar de piedra o columna que está expuesto al beso de los fieles (como la *Kaaba* de La Meca). De este modo no había reparo en que los fieles adorasen la piedra que era sustento y peana de Nuestra Señora.

La jerarquía eclesiástica confiaba en que, con el tiempo, la adoración se transmitiría a la imagen superior, humana y maternal, mucho más atractiva que la arcaica e inexpresiva piedra. Sin embargo, el monolito esférico siguió constituyendo parte muy especial de la nueva representación de la Diosa Madre, convertida ahora en Madre de Cristo. Y, como tal, más o menos disimulada, perdura hasta nuestros días, aunque a veces la esfera se ha convertido en peana de la Cruz como vemos en el exterior de la iglesia de El Salvador, antigua mezquita mayor de Sevilla.

El origen pagano de estas advocaciones marianas se observa todavía en el rito que cumplen las personas piadosas. En la antigüedad los devotos de la deidad daban la vuelta al betilo o, al menos, lo tocaban. En el «Promontorio sacro» *(Hierón Akroteríon),* identificable con el cabo de San Vicente, cuenta Estrabón que «se ven unas piedras a las que dan la vuelta los que se acercan al lugar, siguiendo la costumbre del país»[41].

Hoy, en los santuarios de la Virgen (y en los de algunos santos), los devotos ascienden por unas escaleras angostas hasta el camarín de la imagen y bajan por otro tramo en el lado opuesto después de tocar la imagen o santiguarse al pasar por el lugar sagrado, el camarín propiamente dicho, que está fundado sobre la roca.

En la ermita de san Frutos de Duratón (Segovia), el devoto entra por una puertecita abierta a un lado del altar, gatea en torno al betilo cobijado en aquella estrechura y sale por otra puertecita en el lado opuesto.

La clerecía explotadora del santuario se ha esforzado por borrar los elementos paganos del antiguo culto a la piedra. Por eso han revestido de amplios mantos o han cubierto con aparatosos frontales de plata las piedras santas sobre las que habían colocado la diminuta virgen (así lucen, por ejemplo, la Virgen de la Cabeza, de Andújar, o la de la Asunción, en Elche) [42].

En todos estos casos la piedra ha desaparecido después de siglos, pero perdura su cubrimiento, que con el tiempo se había transformado en un elemento identitario de la imagen.

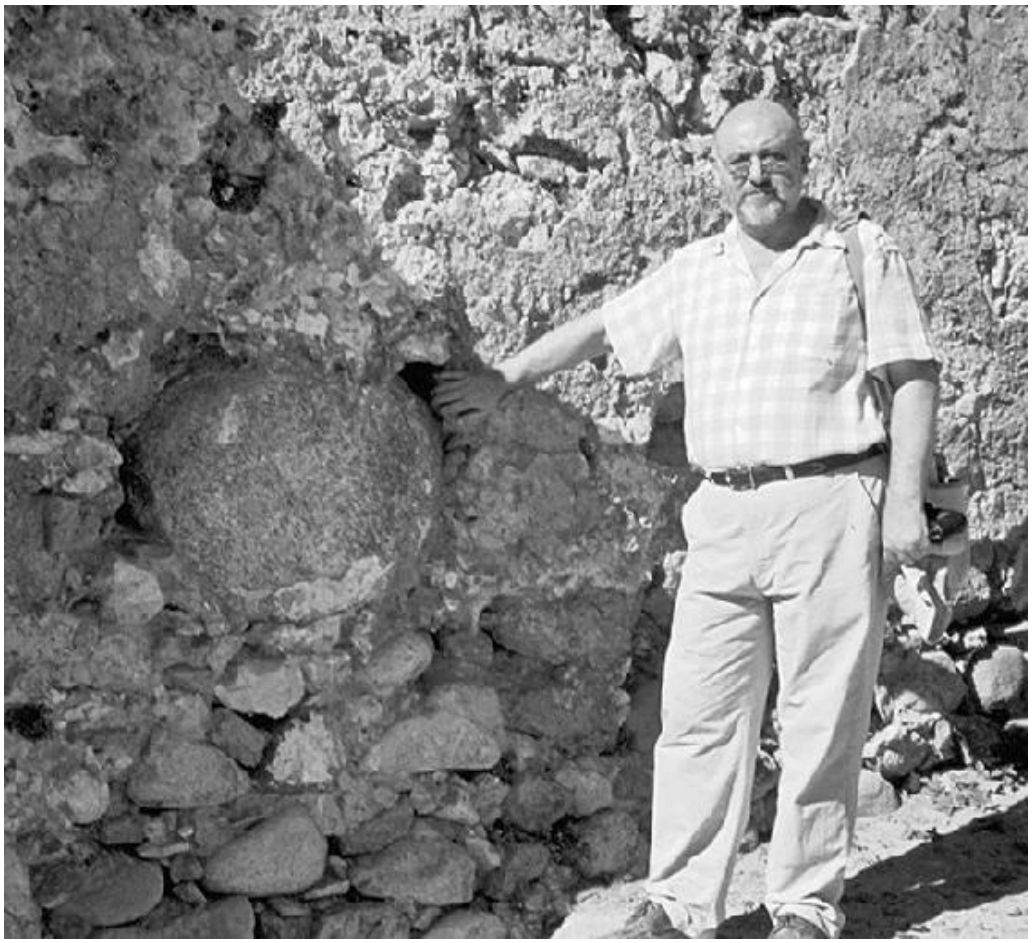
Por todas partes, las antiguas imágenes y cruces se yerguen sobre monolitos a veces disimulados por el tiempo o transformados en pesados pedestales cúbicos o fustes de columnas que sostienen cruces o imágenes.

En casi todos los santuarios de Nuestra Señora, y en algunos de otras advocaciones, existen pozos o manantiales sagrados, las Fuensantas, Aguas Santas o Pozos Santos, tan abundantes en España.

La Diosa Madre cristiana es la Virgen. Hemos visto que la asociación piedra sagrada-Virgen explica que muchas imágenes medievales de la Virgen presenten una enorme peana esferoide desproporcionada si la comparamos con la exigua estatura de la imagen. Son el recuerdo de la piedra primitiva que ya ha desaparecido[43]. En distintos templos españoles encontramos piedras sagradas que, a veces, se incorporan a la advocación de la Virgen[44].

Piensa el viajero, confrontado con el mar del Finisterre, en las variadas piedras santas que ha ido reconociendo y quizá secretamente venerando a lo largo de su dilatada vida. Piensa en la piedra santa que ha ido a parar al muro de la catedral de Cefalú en Sicilia, en compañía de un exvoto que la representa de tamaño natural en bajorrelieve. ¿Qué virtudes tendría esta piedra que los novios acarician cuando salen de casarse?

Por excusar prolijidad mencionaremos sólo algunas piedras santas veneradas en santuarios españoles:



Piedra santa de Cefalú.

*Piedra santa de la catedral de Toledo.*Se custodia en un edículo de mármol rojo no mayor que un buzón de correos, adosado a la Capilla del Descendimiento (o la Descensión de la Virgen). La piedra sólo es visible a través de dos ventanitas enrejadas por las que las devotas introducen un dedo para tocarla e impregnarse de santidad. Según la tradición, se trata de la misma piedra sobre la que la Virgen María posó sus plantas cuando descendió del cielo para imponer una casulla a san Ildefonso, arzobispo de aquella diócesis.

Piedra santa del santuario de Guadalupe. A ambos lados de la escalera de entrada a la basílica de Guadalupe hay unas rejas de un par de palmos de ancho, tras las cuales se conservan fragmentos de la piedra sagrada sobre la que, según la tradición, la Virgen posó los pies en su visita a aquel santuario.

*Pilar de Zaragoza.*La Virgen del Pilar se apareció a Santiago Apóstol encima de un pilar de piedra o columna, lo que justifica la veneración de esta

piedra que hoy está protegida por una funda de plata.

*Piedra santa de San Frutos de Duratón.*En elsantuario de San Frutos de Duratón (Segovia) la piedra santa es un bloque cuadrangular que las devotas acarician y besan con unción. Se conserva debajo del santo, aunque oculto por un altar de madera, lo que obliga a los devotos a arrodillarse y reptar por un angosto deambulatorio, entrando por una puertecita y saliendo por otra, como queda dicho, para cumplir el ancestral rito de rodear la piedra[45].

*Piedras santas en el Sacromonte de Granada.*En el monasterio del Sacromonte de Granada, durante las fiestas de san Cecilio, uno de los míticos Siete Varones apostólicos que ostenta el patronazgo de la ciudad, las devotas entran en las catacumbas (la cueva sagrada) a probar la virtud de dos grandes piedras, una negra y otra blanca, que, según la creencia popular, ayudan a encontrar marido (la blanca) o a librarse de él (la negra)[46].

Piedra santa de la catedral de Jaén.En la catedral de Jaén, espacio sagrado que sucesivamente fue santuario prehistórico, templo romano y mezquita musulmana, se veneraba una piedra esférica que sirvió de peana, en época medieval, a la llamada Virgen del Soterraño (hoy «de la Antigua», patrona del templo). La esfera de piedra apareció en la década de 1970, en el subsuelo de la primitiva catedral gótica de Jaén (de planta más amplia que la actual). Hoy se conserva junto a la iglesia de Santa María de Arjona, donde es conocida como «piedra de los deseos», y recibe visitas durante todo el año y especialmente en la noche de San Juan. Tiene fama de ser generosa con los que se acercan a ella. En su parte superior se observa una entalladura en la que se encastraba la imagen de la Virgen del Soterraño.

*San Miguel de Arretxinaga.*Llamar ermita a San Miguel de Arretxinaga (Markina, Guipúzcoa) despista mucho porque los devotos vascos han levantado un edificio de proporciones catedralicias para cobijar dignamente las tres enormes rocas sagradas que conforman el abrigo bajo el que se cobija la imagen del santo.

Piedra de los deseos de Arjona.

7
LA ATLÁNTIDA

Tengo entendido que los nacidos bajo el signo de Piscis tenemos la debilidad de los monumentos que se combinan con el agua, tipo Fontana di Trevi.

Aquí me tienen, sentado en un banco corrido de, por lo menos, veinte metros de longitud frente a una de mis fuentes favoritas, el *Neptunbrunnen*, o sea, la fuente de Neptuno de Berlín, la ciudad del oso sin madroño.

La fuente adorna el centro de un cuidado parque enfrente del Rotes Rathaus (el ayuntamiento rojo). Antes estaba en la Schlossplatz, donde el Palacio de los Deportes *(Stadtschloss),* donde Hitler celebraba los multitudinarios mítines, pero la trasladaron aquí cuando demolieron las ruinas de aquel edificio que había quedado hecho unos zorros después de los bombardeos aliados.

El *Neptunbrunnen* representa a Neptuno majestuoso con su tridente sobre una gigantesca concha, la mano en el cuadril como diciendo «aquí estoy», o sea, señoreando sus dominios. A sus pies, en los cuatro puntos cardinales, sentadas al borde de la fuente, despliegan sus encantos cuatro esculturales señoras igualmente de bronce, a cual más apetitosa, modelo antiguo, o sea de buena alzada y carnes generosas, que representan a los cuatro ríos de Prusia: el Elba (la señora sostiene diversas frutas), el Rin (con una red en su regazo y racimos), el Vístula (con troncos de sus apretados bosques) y el Óder (con pieles de animales).

El *Neptunbrunnen* de Berlín.

¡Lecciones de la historia! Los prusianos fundieron el monumento a finales del siglo XIX en plena euforia imperial, después de haber derrotado a la poderosa Francia y de haber fundado un pujante Segundo Reich al que la salud le reventaba las costuras. El exceso de confianza en ellos mismos los llevó después a enfrentarse a Inglaterra y a casi el resto del mundo y, consecuencia de los dos escarmientos que conocemos como guerras mundiales, han perdido dos de los ríos del monumento, porque la antigua Prusia casi ha desaparecido, lo que determina que, sin haber cambiado su curso, el Vístula discurra ahora por Polonia y el Óder sea medio polaco, ya que Polonia adelantó su frontera hasta la orilla.

He sacado de la fuente una botellita de Riesling, el vino del Rin, adquirida en un supermercado cercano y puesta un rato a enfriar en sus aguas, y me he puesto a considerar los asuntos familiares de Neptuno.

El dios de las aguas, o sea, Neptuno, estaba formalmente casado con la nereida Anfitrite, pero arrastrado por los malos ejemplos de su hermano mayor, Zeus, se prodigó con no menos de cien amantes certificadas, de las que conocemos nombre, filiación y descendencia[47]. De todas ellas, la que más cautivó su corazón debió de ser Clito, a la que instaló divinamente en

una *bombonnière* digna de su divino estatus: nada menos que una isla del tamaño de Groenlandia entre Europa y América, la famosa Atlántida[48].

En realidad, la Atlántida nunca existió. Es una invención de los imaginativos griegos que daban en inventar dioses mientras apacentaban sus rebaños de cabras. No obstante, con el tiempo, esta fabulosa Atlántida se ha convertido en una industria de la que vive una respetable cantidad de autores cuyo oficio consiste en alimentar los sueños de lectores ilusionados con la idea de que tal lugar haya existido y de que nos espere en el fondo del mar para que la exploremos y descubramos en ella no sé qué secretos que nos harán más felices.

Ese caudaloso río de tinta que es la Atlántida mana de un único y remoto manantial: unas breves referencias en los diálogos *Timeo* y *Critias* de Platón, el filósofo griego que vivió hace 2.500 años.

Nos cuenta Platón que su noticia de la Atlántida la había recibido de un amigo suyo cuyo padre la había oído de labios de un viajero al que un sacerdote egipcio le había narrado la historia de la Atlántida.

Un poco lioso, ¿no? Un amigo me dijo que su padre tenía un amigo al que un viajero le contó que un sacerdote egipcio le había contado… ¡Cómo para fiarse! Sumemos a ello que Aristóteles, el discípulo de Platón y mejor conocedor del maestro, declaró que lo de la isla en medio del océano «no era más que una fábula de su maestro y que el hombre que la soñó la hizo desvanecerse»[49].

¿Por qué entonces nos obstinamos en creer que la Atlántida existió? Es posible que sea porque necesitamos soñar. Esto lo han estudiado los psicólogos: las fantasías nos ayudan a vivir, a escapar de las asperezas de la vida o, por lo menos, a soportarlas.

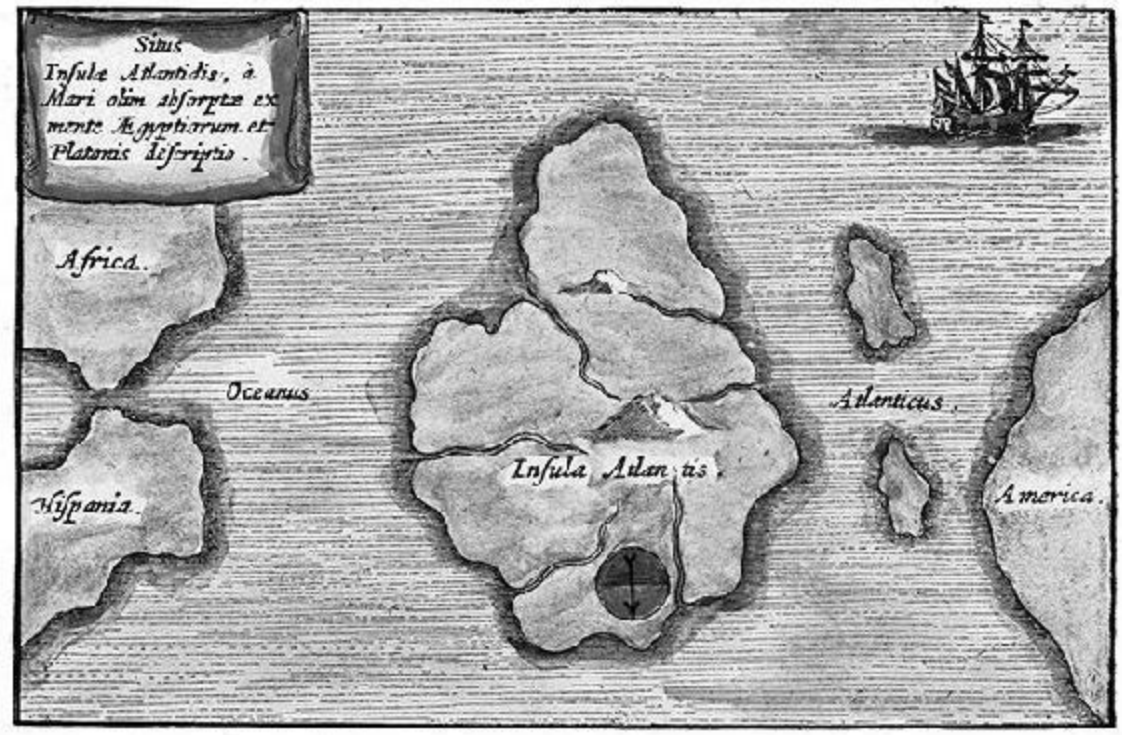
Recapitulemos: de una noticia que nos llega de tercera o cuarta mano, y que a lo mejor es sólo una invención de Platón, procede todo el piélago de tinta y papel que se ha invertido en especular sobre la existencia de la Atlántida.

Esto sentado, vayamos a la historia. Neptuno, el Poseidón griego, dios del mar, creó la Atlántida para instalar dignamente a su amada Clito y a su numerosa descendencia, las cinco parejas de gemelos que había engendrado en ella.

Poseidón, en su calidad de dios del mar, tenía la facultad de hacer que emergieran islas a voluntad. Como el padre adinerado que le compra un

chalecito a cada hijo que casa, Poseidón instaló a su progenie con la dignidad que correspondía a su rango. Nada más natural.

La isla era un paraíso terrenal: el clima, apacible; los campos, ubérrimos; el subsuelo, rico en metales, especialmente en oricalco, un metal desconocido en el resto del mundo, parecido al oro. Además, estaba poblada por muchos animales tanto de tiro como de caza. De sus bosques se extraían excelentes maderas para la construcción de palacios y de barcos.



La supuesta isla de la Atlántida en un imaginativo mapa antiguo.

En medio de esta privilegiada naturaleza habitaban los descendientes de Poseidón, los atlantes, un pueblo justo, culto e industrioso que vivía en ciudades maravillosamente urbanizadas y dotadas de cómodas viviendas; gente civilizada aficionada al agua —de familia les venía— que frecuentaba los baños fríos en verano y los templados en invierno. Y piadosos: capturaban toros y los sacrificaban en el templo (recordemos que para los griegos, pueblo pobre, la hecatombe o sacrificio de cien toros[50], era el no va más que se puede ofrecer a los dioses. Eso suponiendo que alguna vez existieran cien toros en Grecia, lo que es dudoso, no hay hierba para tanto rumiante).

La capital de los atlantes era la ciudad ideal. Situada en una fértil llanura, en el centro de la isla, participaba tanto de la tierra como del mar puesto que estaba formada por anillos de tierra y agua en torno a una isla central que, a su vez, comunicaba con el mar a través de un canal. Varios recintos sucesivos protegían la ciudad: el exterior blanco y negro; el segundo, rojo; el tercero, forrado de bronce por fuera y de estaño por dentro, y el de la acrópolis, revestido de oricalco brillante como el fuego.

El palacio real de la Atlántida, en la cima de la colina, rodeado por un muro de oro, era, al propio tiempo, el santuario donde se habían engendrado los diez hijos de Poseidón. Estas diez estirpes reales gobernaban sobre otros tantos reinos confederados.

La Atlántida nunca padeció el azote de la guerra. Sabias leyes prohibían a sus reyes guerrear entre ellos y los obligaban a auxiliar a cualquiera que estuviese en peligro.

Los primeros reyes atlantes fueron pacíficos y piadosos, pero sus sucesores se volvieron tiránicos y codiciosos y emprendieron la conquista del mundo. Al principio todo fue bien. Los ejércitos atlantes sometieron fácilmente el norte de África y Europa, pero Zeus, el padre de los dioses, decidió aniquilarlos para castigar su soberbia. En sólo un día y una noche, un violento terremoto seguido de un enorme tsunamianiquiló la brillante civilización. La isla misma, se hundió en el océano.

Fin de la historia. Esto es lo que Platón cuenta de la Atlántida. El resto son añadidos de cuantos se han ocupado del tema a lo largo de dos milenios y medio. Los que se obstinan en probar la existencia de la Atlántida señalan la existencia de «una memoria humana común a todas las culturas, que se inicia precisamente en la Atlántida». Al menos eso es lo que sostiene Thor Heyerdahl, aventurero noruego padre de la teoría difusionista que pretende explicar las similitudes existentes entre culturas remotas del planeta con la existencia de una civilización «madre» hoy desaparecida. De hecho, a los dos lados del Atlántico existen leyendas que hablan de un gran cataclismo marino y del hundimiento de una pujante civilización[51].

Un arqueólogo alemán, Eberhard Zagger, piensa que el mito de la Atántida se inspira en la caída y destrucción de Troya, la famosa guerra que cantó Homero en su Ilíada. Argumenta el alemán que en la antigüedad no hubo uno sino dos estrechos denominados Columnas de Hércules: el de Gibraltar y el de los Dardanelos, que separa Europa de Asia, en la actual Turquía.

Otra teoría sostiene que el mito de la Atlántida se inspiró en el imperio marítimo de la Creta minoica, la civilización que dominó el mar Egeo en la Edad del Bronce.

¿Pudo la pequeña pero poderosa Creta inspirar el mito de la Atlántida? El Imperio cretense se arruinó de repente y de modo inexplicable hace unos 3.500 años. Ese repentino final de un imperio marítimo concuerda con el mito de la Atlántida, pero ¿por qué decayeron tan bruscamente los cretenses?

EL TSUNAMI DE CRETA

La súbita destrucción del Imperio cretense, en un día y una noche, como la Atlántida de Platón, se debió a un tsunami provocado por la explosión volcánica de la isla de Thera (hoy Santorini).

Antes de la explosión, Thera era una isla de unos dieciséis kilómetros de diámetro. La explosión, hacia el año 1470 a. de C., voló dos tercios de la isla, unos 110 kilómetros cuadrados. Más de 22 kilómetros cúbicos de rocas saltaron por los aires, que se dice pronto. La gigantesca ola que provocó —unos 110 metros de altura, se calcula— impactó en Creta y arrasó los puertos y ciudades costeras[52].

Seguramente, esta catástrofe debió de ser el toro venido del mar que, según la leyenda, derrotó a los reyes minoicos. La arqueología atestigua que, a partir de la explosión del volcán, la actividad comercial del imperio, antes tan floreciente, se redujo a un nivel insignificante. Con las cosechas arrasadas, los campos improductivos, a causa de las cenizas, y los puertos y la escuadra destruidos por el impacto de la ola gigante, los cretenses no volvieron a levantar cabeza y fueron dominados fácilmente por sus rivales, los griegos de Micenas.

Pudiera ser, pero también podría ser que el mito de la Atlántida sea el producto de esas tres tradiciones (Tarteso, Troya y Creta) amalgamadas en la parábola platónica.

No faltan aficionados a los misterios que hurgan en los fondos marinos en busca de restos atlántidos. En balde, me temo, pero siempre será mejor y más

sano que quedarse en casa, en bata y pantuflas, tirado en el sofá, a ver los deportes en la tele con una lata de cerveza en la mano.

8
TARTESO Y ARGANTONIO, SEÑOR DE LOS METALES

Hace casi tres mil años, una tempestad arrastró hacia mares desconocidos a una nave griega que se dirigía a Egipto. Fueron seis días de borrasca continua y los pobres marineros encomendándose a Poseidón sin resultado alguno, ignorantes de que la devoción verdadera es la de la Virgen del Carmen.

Seis días con sus noches de vendaval. Cuando, al séptimo, el viento amainó, descubrieron que la tormenta los había arrastrado más allá de las Columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar), considerado hasta entonces el fin del mundo.

Cuando se atrevieron a mirar por encima de la borda encontraron un mar tranquilo y la costa de una tierra desconocida, verde y arbolada, con playas de doradas arenas bajo un limpio cielo azul.

Movidos por la curiosidad, esa gran virtud de los antiguos griegos, se armaron de valor y desembarcaron en aquella tierra ignota. Nada más tocar la playa se les acercaron unos nativos hospitalarios e ingenuos que nunca habían visto un barco. Los griegos, con aquel olfato comercial que tenían (y tienen) no dejaron de notar que algunos llevaban colgantes de plata. Plata, o sea, negocio.

—¿Hay mucho de esto por aquí? —inquirieron, hay que suponer que por señas.

En unos cuantos días apareció mucha plata, que los entusiasmados helenos comenzaron a intercambiar por la quincalla que transportaban en la nave. Todo lo que traían en el barco llamaba la atención de los nativos.

Baratijas. Trapicheo. La misma escena que se repetiría siglos después cuando los españoles y los portugueses se lucraban con el trueque de espejitos o piezas de lino basto por oro en Guinea o en América: los mercaderes procedentes de culturas superiores entregan a los indígenas objetos de poco valor a cambio de metales preciosos.

Los griegos regresaron a su país con la nave cargada de metales. Hasta habían sustituido el contrapeso de plomo de las anclas por sendos bloques de plata.

En Grecia se divulgó la noticia de la existencia de un reino más allá de las Columnas de Hércules llamado Tarteso, rico en toda clase de metales, oro, plata, estaño y hierro, una tierra cubierta de árboles frutales y de espesos yerbazales en los que pastaban manadas de bueyes de pingües lomos (para los griegos, habitantes de una tierra pobre, en la que las cabras prosperaban más que los bóvidos, la posesión de bueyes era sinónimo de riqueza).

«Los habitantes de Focea fueron los primeros griegos que llevaron a cabo navegaciones lejanas —escribió el historiador Heródoto—. Amistaron con Argantonio, el rey de Tarteso, que reinó ochenta años y vivió ciento veinte. Ganaron de tal forma su amistad que los invitó a dejar Jonia para establecerse en su país». Además, cuando supo que los persas los amenazaban, les financió las murallas de la ciudad.

¿Existió realmente Tarteso, aquella tierra privilegiada regida por un rey venerable, hospitalario, rico y generoso, o es solamente un mito griego?[53].

La noticia de Tarteso quedó archivada en los escritos griegos. En el siglo XIX, los sensacionales descubrimientos de Babilonia, Troya, Creta y Micenas estimularon al arqueólogo alemán Adolf Schulten a localizar la fabulosa capital del rey Argantonio.

Schulten era obstinado. Sin más base que una interpretación de algunos textos tardíos de Avieno (un autor del siglo IV a. de C.), excavó y excavó en el Coto de Doñana, cerca de la desembocadura del Guadalquivir. No encontró nada, aparte de algún espárrago triguero, mucho barro y culebras. Obsesionado como estaba con la idea de añadir su nombre a los de Koldewey, Schliemann y Evans, no se paró a pensar que los griegos contemporáneos de los tartesios mencionan un Estado o una región, nunca una ciudad.

Schulten murió sin resolver el enigma al que había consagrado buena parte de su vida. Una gran contrariedad si bien se piensa. Mayor la tendría si

levantara la cabeza y viera que casi todas sus tesis se ven ahora desacreditadas por la nueva y joven hornada de arqueólogos e historiadores españoles. Al maestro, cuchillada.

¿Dónde estuvo la ciudad de Tarteso, suponiendo que estuviera en alguna parte?[54].

La cruda realidad es que no existen pruebas fehacientes de que existiera una capital de los tartesios. Lo que hay son indicios de una sociedad consumista que comerciaba con griegos y fenicios, intercambiando metales por productos elaborados. ¿Cómo es que se encuentran en Almuñécar y en Cádiz jarros de alabastro egipcios robados en las tumbas de la orilla oeste del Nilo? Es evidente que estas tierras ricas en minerales fueron un ávido mercado para los productos de lujo. Los objetos robados en las necrópolis egipcias eran la moneda con que los fenicios y los griegos pagaban a los tartesios sus metales. Objetos condenados a la oscuridad eterna en las tumbas hipogeas del Valle de los Reyes resucitaban a la vida en el salón de un acaudalado propietario de minas y almacenes de plata y estaño.

Quizá Tarteso fue solamente el río Guadalquivir y su cuenca[55]. Lo único seguro es que existió un germen de Estado nacido de la aceptación de una autoridad central que coordinaba la explotación de las minas y el comercio de los metales entre las cuencas fluviales del Guadiana y el Segura, o sea Andalucía y el Levante, desde Huelva hasta Cartagena.

Un reino extenso y rico, una entidad política tan importante, debiera haber dejado algún monumento que atestiguara su prosperidad, pero lo cierto es que no existe rastro arquitectónico relevante de época tartésica entre los años 1000 y 500 a. de C.[56]. Sin embargo, esta pobreza monumental contrasta con los otros vestigios materiales que reflejan la riqueza y el refinamiento tartesio. ¿Cómo explicar que Tarteso no haya dejado arquitectura alguna de cierta importancia, pero sí tesoros?

Quizá los tartesios seguían viviendo en las moradas de sus humildes ancestros, apenas chozas, pero lucían preciosas joyas barroquizantes, petos, collares, brazaletes, pendientes, marfiles, objetos exóticos procedentes de los mejores talleres del Mediterráneo y se permitían el lujo de comer en estupendas vajillas orientales, de airear el vino (producto de lujo) en cráteras griegas, de beberlo en jarras cinceladas…

En conclusión: Tarteso debió de ser no una ciudad sino sólo un territorio regido por una aristocracia que dominaba las minas, los medios de

producción y los caminos por los que los preciosos metales llegaban a los puertos.

Tarteso producía metales y, a cambio, recibía objetos manufacturados, a veces de esos mismos metales, objetos de lujo, joyas. Y la acumulación de joyas producía tesoros[57].

Tesoro de El Carambolo.

En el siglo V a. de C., Tarteso desaparece del mapa bruscamente. Schulten supuso que los púnicos (cartagineses más concretamente) la arrasaron.

¿Tarteso arrasada? ¿Por qué motivo? Se ha formulado una posible explicación. Los púnicos, habían arribado a sus costas siglos atrás como meros clientes interesados en los metales, pero después llegaron a monopolizar el comercio y la industria. Quizá el rey Argantonio, molesto por este sometimiento, se echó en brazos de los griegos, los competidores de los fenicios, lo que desencadenó su perdición.

Si fue arrasamiento o decadencia gradual el tiempo y la arqueología lo dirán. Lo cierto es que la ciudad de Tarteso, si la hubo, y su Estado se esfumaron por completo y sólo quedó rastro de ellos en la infiel memoria de los hombres.

Algunos historiadores sugieren que la leyenda de la Atlántida se inspira en Tarteso. Si uno lo piensa, existen muchas similitudes entre la mítica Atlántida

y la histórica Tarteso: la situación, en el extremo de las Columnas de Hércules (o sea, el estrecho de Gibraltar), las fabulosas riquezas en metales y productos agrícolas, la intensa actividad comercial, el templo central con dos fuentes de agua, caliente una y fría la otra (en la Atlántida sería el santuario dedicado a Poseidón; en Tarteso, el santuario gaditano de Hércules).

El mar de barro que amenazaba a los navegantes que se arriesgaban en aguas atlántidas podría aludir a las barras arenosas de la desembocadura del Guadalquivir que tantos naufragios han provocado. Además, la Atlántida parece corresponder a una cultura del Bronce que coincidiría con la de Tarteso y los tartesios que aparecen en los mitos griegos como gigantes.

Las similitudes no sólo se encuentran en el mito. La capital atlántida extrañamente diseñada en forma de anillos concéntricos de agua y tierra podría parecer producto de la viva imaginación de Platón o del sacerdote egipcio, si no fuera porque a las afueras de Jaén, en el paraje llamado Marroquíes Bajos, se han encontrado vestigios de un poblado formado por anillos concéntricos de tierra y canales de agua. ¿Pudo reflejarse esa imagen tartésica tan en el interior de Andalucía? Sin duda pudo. Tengamos en cuenta que el Guadalquivir era un río navegable aguas arriba de Córdoba y que las tierras del Alto Guadalquivir eran ricas en metales.

Reconstrucción del poblado de Marroquíes Bajos (dibujo de A. Miralles).

¿Mi opinión sobre el asunto? Bueno, a veces no tengo opinión y por eso me limito a exponer la de otros y los datos más o menos fiables. No obstante, si me piden que exponga mi pensamiento, les diré como el asturiano del cuento:

—Por una parte, *ya lu ves;* por la otra ¿qué *quies* que te diga?, pero lo más seguro es que quién sabe.

9
LOS TRES GUERREROS ETRUSCOS

Viajamos y, como somos gente culta y sensible, visitamos museos y admiramos las obras de arte de la antigüedad traídas a Occidente desde la cuna de antiguas civilizaciones.

Los objetos arqueológicos se aprecian, los museos y los coleccionistas se los disputan, los precios suben, y en torno a ese mercado surgen falsificadores que a menudo (disculpen la vulgaridad de la expresión) se la dan con queso a los expertos.

Uno, que es de natural receloso en materia de interpretaciones de los vetustos objetos arqueológicos, se acerca siempre a las vitrinas con cierta suspicacia. ¿Esta curiosa pieza que el museo cataloga como «objeto de culto» porque el arqueólogo responsable de la catalogación no sabe exactamente para qué servía, será genuina o la habrán fabricado hace dos días en algún cuartucho de Nápoles o en cierto taller clandestino de Osuna?

Esta reflexión me trae a la memoria la historia de mi falsificación favorita. En 1915 el director del Museo Metropolitano de Nueva York recibió una carta urgente. John Marshall, su comisionado en Italia, estaba entusiasmado. «He encontrado algo que le hará estremecerse: la mayor terracota jamás vista».

Se refería a la estatua que luego sería conocida como *El guerrero viejo:* la estilizada figura de un hombre de edad ya avanzada con el torso protegido por una coraza y la cabeza por un casco de esbelto penacho. Aunque algo deteriorada y hecha pedazos, la estatua estaba completa a falta del brazo derecho.

Marshall estaba de enhorabuena. A los dos años del hallazgo consiguió hacerse con otra pieza excepcional, la llamada *Cabeza con casco*, otra obra de terracota de 1,40 metros de altura, perteneciente a una estatua gigantesca de la que, desgraciadamente, no quedaron otros vestigios.

Pero la obra cumbre del arte etrusco estaba por aparecer todavía. En 1921 el Museo Metropolitano pudo completar su colección con el *Gran guerrero*, una monumental estatua de 2,45 metros de altura que muestra a un guerrero armado de modo parecido a *El guerrero viejo*, pero en la plenitud de su forma física.

El *Gran guerrero* adelanta resueltamente una pierna y se nos muestra en ademán de lanzar una jabalina. Una espléndida obra a la que el tiempo había maltratado como a las anteriores, pero que, afortunadamente, pudo recomponerse por completo, a falta del pulgar de la mano izquierda.

El Museo Metropolitano de Nueva York había pagado una suma fabulosa, quizá 40.000 dólares de entonces, pero podía enorgullecerse de poseer una colección etrusca superior a la de los mejores museos de Europa.

Los restauradores del Metropolitano aderezaron primorosamente aquellas joyas excepcionales. En 1933 se expusieron al público en un lugar de honor de la sala etrusca. Decenas de miles de personas acudieron a contemplar a los famosos guerreros.

El falso guerrero etrusco.

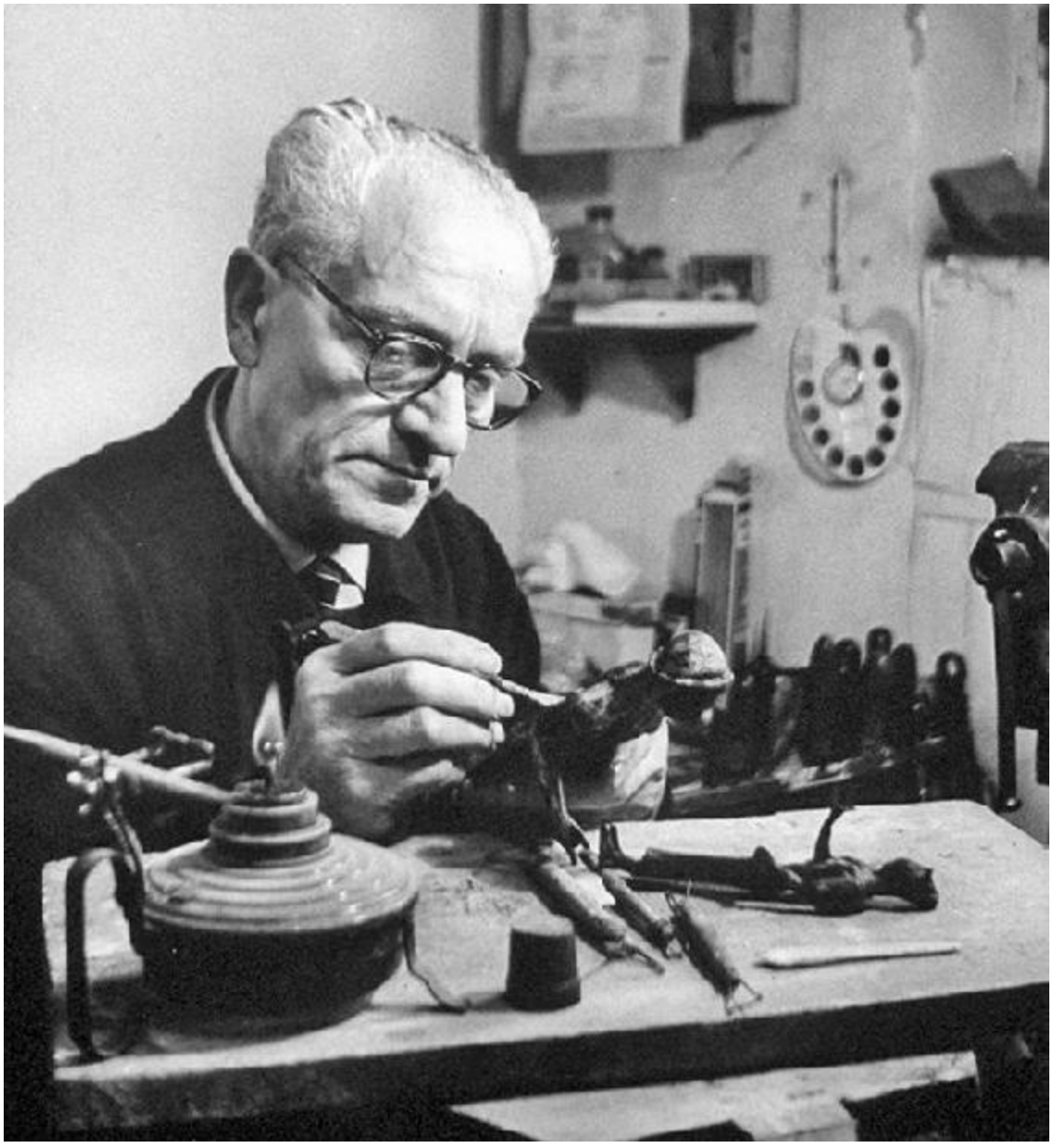
En 1937, el etruscólogo Massimo Pallottino declaró en un artículo que, a su juicio, las terracotas eran falsas. Pero todavía no era Pallottino la reputada autoridad que después sería, así que su observación no se tuvo en cuenta. En 1940 otra autoridad en la materia, Harold W. Parsons, apoyó la tesis de la falsificación.

¿Qué hacía sospechar la falsedad de las piezas? Un elemental detalle: los etruscos, maestros en el arte de cocer barro, practicaban grandes agujeros en las partes menos visibles de sus estatuas para permitir la entrada del calor, de modo que el barro se cociese uniformemente por dentro y por fuera. De este modo se evitaba que se resquebrajara. Las estatuas del Metropolitano no presentaban huella de tales orificios. ¿Cómo se explicaba la anomalía?

El director del Museo Metropolitano empezó a preocuparse. Indagando en el origen de las terracotas concluyó que, en efecto, eran falsificaciones

perpetradas por cuatro ceramistas, los hermanos Angelino, Teodoro y Virgilio, y Ricardo Riccardi, en connivencia con Alfredo Fioravanti, un sastre que completaba sus ingresos en el negocio de la restauración y la falsificación.

En 1961, Fioravanti, ya anciano y único superviviente del grupo, recibió al director del Metropolitano y le explicó los detalles que durante muchos años habían intrigado a los especialistas. ¿Qué postura tenía el brazo desaparecido de *El guerrero viejo?* Ninguna: los falsificadores no se pusieron de acuerdo sobre cómo colocárselo y al final decidieron que no tuviera brazo.



Alfredo Fioravanti, el autor de los guerreros etruscos.

¿Cómo se explicaba que las estatuas no dispusieran de agujeros de ventilación? Porque no los necesitaban, ya que los falsificadores cocieron los fragmentos por separado (sólo disponían de un horno de modestas proporciones).

¿A qué se debía la desproporción observable en el cuerpo del *Gran guerrero?* A la falta de perspectiva, puesto que lo modelaron en una habitación tan pequeña que cuando lo tenían acabado hasta la altura del pecho se percataron de que no quedaba espacio para la cabeza.

La prueba definitiva la aportó el viejo Fioravanti. Encariñado con aquella obra de juventud, había conservado en una cajita el dedo pulgar que faltaba a la estatua. El director del museo, advertido de este hecho, llevaba consigo un molde de escayola de la mano mutilada. El dedo que le mostraba Fioravanti encajaba perfectamente: era el suyo.

El asunto de la falsificación de las terracotas etruscas del Metropolitano quedó aclarado. En cualquier caso, y aun sin confesión de Fioravanti, los análisis químicos hubieran revelado el manganeso del esmalte, un elemento propio de las falsificaciones modernas.

EL BROCHE DE PRENESTE

Otra falsificación famosa fue la del broche de Preneste. Descubierto en 1887, causó sensación porque contenía la más antigua inscripción latina conocida: *Manios med fhefliaked Numasioi*, que, en latín clásico, habría sido *Manivs me fecit Nvmerio* («Manio me hizo para Numerio»).

La fíbula o broche de Preneste.

El afortunado descubridor de la fíbula que disipaba las dudas sobre la antigüedad del latín escrito, el arqueólogo Wolfgang Helbig (1839-1915), la había hallado en una tumba del siglo VI a. de C. El descubrimiento sirvió para promocionarlo a la dirección del Instituto Alemán en Roma, del que había sido vicedirector hasta entonces.

Interesante personaje este Helbig. Era ya uno de los más prestigiosos arqueólogos de Europa cuando sucumbió a la tentación de enriquecerse traficando con los venerables objetos de los museos, a pesar de lo cual los honores le llovían. Incluso se le permitió permanecer en Roma, por deseo expreso de la familia real, cuando el Gobierno italiano expulsó de Italia a los súbditos alemanes al inicio de la Primera Guerra Mundial.

En el caso de la falsificación del broche de Preneste, Helbig contó con un cómplice igualmente cualificado: el comerciante Martinetti, un antiguo restaurador enriquecido con el tráfico de obras de arte. Martinetti facilitó el broche auténtico y Helbig le añadió la arcaica inscripción que lo haría famoso[58].

Helbig murió en 1915. Ha tenido que pasar casi un siglo para que su falsificación sea desenmascarada gracias al exhaustivo estudio que la epigrafista Margarita Guardicci hizo de la famosa fíbula en 1980.

10
CNOSOS, ¿TUMBA O PALACIO?

Estamos en Creta, la bella isla mediterránea, patria del Greco, de Nikos Kazantzakis, del poeta y premio Nobel Odyseas Elytis y de Nana Moscouri, esa voz de golondrina, gafas, siempre atildada, sin sombra de bigote.

Después de una apacible travesía en el transbordador que une la isla con Atenas, nos hemos alojado en el hotel Mirabello, al lado del puerto de Heraklion, un remanso de paz aseado y tranquilo, lejos del turismo de sol y menú barato que invade las coquetas calitas y los pueblecitos blancos de la isla.

—¿A disfrutar del sol y del mar? —pregunta el recepcionista en esmerado español.

—No, señor, venimos por las piedras.

Para los que amamos las culturas antiguas, Creta es un cofre que guarda en su interior los vestigios de la antigua civilización minoica, especialmente el palacio de Cnosos.

Desayunamos un café espeso, bueno, y una rebanada de *dakos* (pan denso, con pulpa de tomate, aceite y queso). En la mesa comunal, que ocupan también dos parejas de españoles, un matrimonio de Sabadell y unos novios de Segovia, surge la discusión de si lo que estamos desayunando es *pa amb tomàquet*, lo que demostraría la intensa irradiación de la cultura catalana en el ámbito mediterráneo. Unos que sí, otros que no, la discusión sube algo de tono, lo propio entre españoles, y el dueño del hotel se ve en la necesidad de intervenir con la autoridad que le da el ser hombre bastante viajado y dominar cinco idiomas con sus correspondientes culturas.

—Estimados amigos: este plato debe considerarse mediterráneo, sin que ningún pueblo de nuestras riberas esté autorizado a apropiárselo. El pan con aceite y tomate se toma en todas partes donde hay olivos que den aceite y huertas que den tomates. Dicho esto, tengo entendido que a Cataluña lo llevaron los trabajadores extremeños, murcianos y andaluces que en los años veinte del siglo pasado excavaron el metro de Barcelona. Dado que procedían de un medio rural, plantaban tomateras a lo largo de los desmontes de las vías y, de este modo, se proveían de esa solanácea, entonces sípida, con la que humedecían y saborizaban los tristes mendrugos del almuerzo. En probanza del origen extracataláunico de la feliz combinación, podría añadir, si quisiera echar leña al fuego, lo que está lejos de mi intención, que el aceite menos adecuado para el *pa amb tomàquet* es precisamente el arbequina catalán, que resulta bastante insípido si lo comparamos con el aromático hojiblanca, el contundente picual, o ese exquisito kalamata griego que ustedes tienen en esas aceiteras. ¡Cualquiera de ellos mejora notablemente el sabor del pan con tomate!

Terminamos de desayunar y tomamos el autobús que nos llevará a las ruinas de Cnosos, distantes cinco kilómetros o así.

Antecedentes legendarios: hace casi 4.000 años reinó en Creta un poderoso soberano llamado Minos. Metió la pata el hombre en el ejercicio del cargo y molestó al dios marino Poseidón, el cual, en venganza, hizo que Pasífae, la reina, se enamorase de un toro, se ayuntase con él y diese a luz al Minotauro, un monstruo con cuerpo humano y cabeza de Miura.

No me vengan con preguntas capciosas: las cosas sucedieron así, por extraño que parezca.

Minos se resignó a hacerse cargo de la criatura, pero como tampoco quería airearla mucho, le encargó a su ministro de Fomento, el industrioso Dédalo, la construcción de un laberinto donde encerrar al monstruoso mozibecerro. Creció el monstruo en aquel complicado convento, y en alcanzando la edad adulta se manifestó más carnívoro que herbívoro, con la peculiaridad de que sólo le gustaba la carne humana. O sea, caníbal como el doctor Lecter.

Para satisfacer la voracidad del monstruo, los pueblos sometidos a Minos debían entregar cada año siete muchachos y siete muchachas. Le llegó el turno a Atenas, con la consiguiente tribulación de su rey, el anciano Egeo. ¿Cómo escoger a los desventurados que había que sacrificar al monstruo? En

esa tesitura, su joven hijo, el príncipe Teseo, se postuló como voluntario para el sacrificio.

—¿Estás loco? —le dijo el padre.

—Loco, no —repuso el joven—. Es que me pienso cargar al engendro y acabar con el tributo. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Entre aliviado y contrito, el anciano Egeo le dio su bendición y lo dejó partir con el consiguiente disgusto de la madre.

Teseo había madurado un plan. Antes de penetrar en el laberinto, sedujo a la hija de Minos, Ariadna («la más pura»), que le entregó un ovillo de hilo y quizá algo más íntimo. Teseo se aventuró por los vericuetos del laberinto sin más equipo que una espada de bronce y el ovillo de lana que iba desenrollando según avanzaba por la maraña de pasillos y cámaras del siniestro edificio.

La presencia del Minotauro se anunciaba en forma de pestilencia y por una especie de respiración sofocada. Teseo compareció ante el monstruo.

—Aquí me tienes, presto al sacrificio.

El hijo de Minos inclinó la pesada testuz que apenas podía sostener sobre sus hombros de hombre.

—Termina pronto —le dijo, y cerró los ojos.

Teseo mató al Minotauro, y volviendo sobre sus pasos con ayuda del hilo lanar, salió del laberinto, regresó al puerto donde lo esperaba la remera nave y puso rumbo a Atenas, dejando a la joven Ariadna compuesta y sin novio, *sedotta e abbandonata*.

¡Ay, Ariadna, si caballero en el tiempo pudiera regresar a tu lado a enjugar esas lágrimas!

CNOSOS, «DISNEYLANDIA ARQUEOLÓGICA»

En estas ensoñaciones mitológicas llego al pueblecito turistizado que ha crecido junto a las ruinas y al espacioso aparcamiento que precede al palacio.

En 1900, el arqueólogo británico Arthur Evans compró los terrenos que contenían los despojos del presunto laberinto (un mero amontonamiento de piedras que afloraba sobre un terreno invadido de yerbajos).

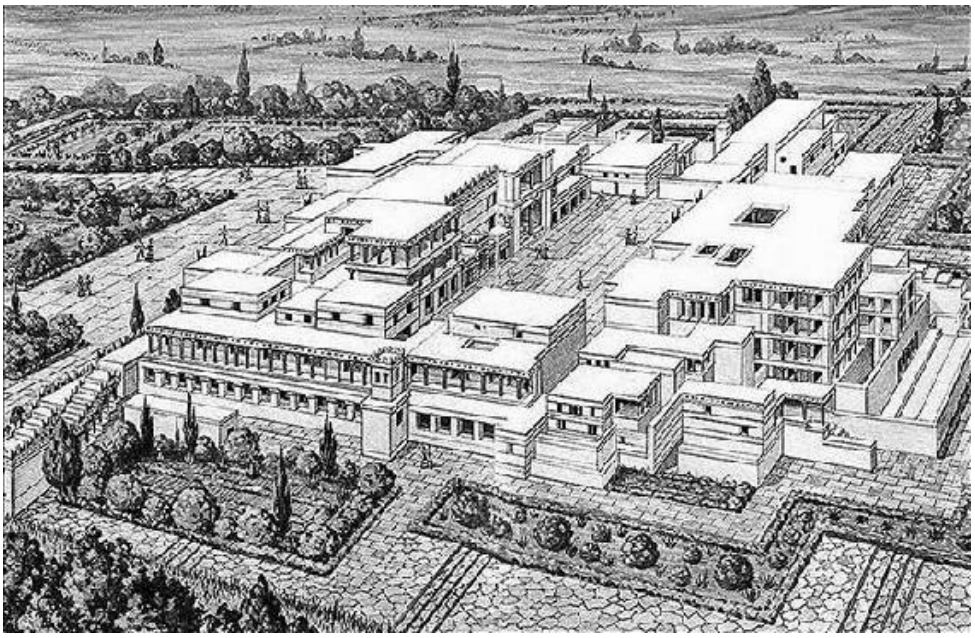
El británico excavó sistemáticamente aquellas ruinas y sacó a la luz los pretendidos palacios cretenses. Su monumental obra *El palacio de Minos*, publicada entre 1922 y 1935, lo revalidó como pontífice indiscutido de la civilización cretense o minoica.

Hoy conocemos aquella civilización especialmente a través de lo que han escrito de ella Evans y sus discípulos, que, a su vez, se basaron en la interpretación de las ruinas de Cnosos.

«La gente de principios de siglo vio a los cretenses como Evans los veía —escribe C. W. Ceram—. Pero ¿es correcta su visión? Hoy son cada vez más numerosos los arqueólogos que rechazan las restauraciones de Evans. No cabe duda de que Evans permitió a su imaginación más iniciativa de la que los hallazgos justificaban».

«En Cnosos caminamos a través de hipótesis de cemento armado», apunta el arqueólogo Camillo Praschniker.

Para un profano en arqueología que visita Cnosos, estos fallos no son reconocibles. La reconstrucción de Evans fue tan radical que es prácticamente imposible distinguir lo original de lo moderno.



Reconstrucción ideal del palacio de Cnosos.

Evans ofreció una pintura idílica de los cretenses: una talasocracia regida por una familia real que habitaba un hermoso palacio en una isla paradisiaca.

Una nación cuya escuadra ostentaba la indiscutible hegemonía del mar. Diseminadas por el campo, múltiples mansiones pertenecientes a la aristocracia.

El paralelo con la Inglaterra victoriana es evidente.

Penetremos en la obra de Evans. Dentro del palacio, hermosas pinturas en las que se observan —reconstruidas como están— abundantes elementos del *art nouveau* de moda en la época victoriana.

¿Más similitudes? Los cretenses eran cultos, civilizados y prósperos: hasta disfrutaban de artefactos tan sofisticados como bañeras y retretes con cisterna (el último avance del confort europeo, recientemente alcanzado en la propia época de Evans).

En 1967, un turista alemán, el doctor Hans Georg Wunderlich, catedrático de Geología y Paleontología, visitó las ruinas y no quedó convencido con las explicaciones oficiales sobre el monumento. Cuando regresó a Alemania siguió estudiando el tema y años después publicó sus conclusiones en un libro: *El secreto de los palacios minoicos* (1971): «Los palacios de Cnosos, Festo, Hagia Triada, Malia y Kato Zakro […] no eran las alegres residencias de gobernantes pacíficos y aficionados al arte, como se pretende, sino complejas edificaciones levantadas para el culto y la sepultura de los difuntos […] un conjunto de construcciones cuyo objeto era la veneración ritual y la conservación de miles de cadáveres de la nobleza cretense»[59].

EL PALACIO DE CNOSOS

Hoy, las ruinas de los palacios están rodeadas por fértiles tierras de cultivo y la mano del hombre ha suavizado el paisaje. Sin embargo, teniendo en cuenta las limitaciones de la agricultura en la época minoica, estos parajes debieron ser montes sin roturar cuando los palacios se construyeron. La belleza de las vistas desde el palacio debió de ser mayor entonces. Aparentemente, sin embargo, los arquitectos de Cnosos desdeñaron la construcción de ventanas y galerías al exterior y cerraron su palacio con altos muros condenándose a vivir en tinieblas, como dentro de una cueva.

El elemento básico en torno al que se ordena la arquitectura del palacio es el gran patio central. La escasez de ventanas unida a la abundancia de presuntos pozos de luz, dudosamente eficaces en este cometido, sugiere que la ventilación del edificio era importante, pero no así su iluminación. Estas condiciones podrían, sin duda, ser las idóneas para la conservación de las momias.

El diseño general del edificio es absurdo desde el punto de vista funcional: en la fachada del oeste no hay ninguna puerta. Para entrar había que dar un rodeo por el sur, donde una puerta comunicaba con un corredor de 35 metros de largo por 3,5 de ancho, sin ventanas ni puertas (el llamado «corredor de la procesión»). El pasillo tuerce bruscamente en ángulo recto. Unas escaleras conducían al piso alto donde, según Evans, estaba la residencia. En el bajo estaría el almacén, compuesto por más de veinte habitaciones largas y estrechas, sin luz, en las que aparecieron grandes ánforas *(pithoi).*

En la zona de los almacenes, un pasillo enfila el norte para torcer abruptamente y continuar hacia el sur. Una simple puerta en el muro habría evitado un rodeo de más de veinticinco metros.

Otro delito de lesa funcionalidad es el de las escaleras: hasta tres distintas se acumulan en el espacio de diez metros. Da la impresión de que el arquitecto cretense se anticipó al sueño de Tevye, el lechero judío de *El violinista en el tejado,* que cuando fuera rico quería hacerse una mansión con una escalera para subir y otra para bajar *(If I were a richman).*

Más fallos: el supuesto cuarto de estar de la reina comunica con su dormitorio por otra escalera, puesto que están en planos distintos.

¿No parece un extraño derroche arquitectónico, impropio de una civilización avanzada y amante de la vida cómoda como se supone que fue la cretense?

NO ES ALABASTRO SINO YESO

No fueron, sin embargo, estos detalles los que inclinaron al profesor Wunderlich a formular su teoría, sino uno mucho más revelador para un geólogo. El material de suntuosa apariencia que reviste suelos y paredes no es

alabastro, como se creía, sino simple yeso. Una variedad hermosa y de buen tono que se confunde fácilmente con el alabastro, miembro noble de la familia mineral, pero yeso al fin y al cabo; un yeso que se puede marcar presionándolo con la uña.

El salón del trono abusivamente reconstruido.

Después de un siglo de visitas turísticas, el piso de los sectores del palacio abiertos al público se ha deteriorado considerablemente. Este desgaste es más notorio en los peldaños de las escaleras. En las partes expuestas a la lluvia se han formado las típicas acanaladuras de la erosión.

A Wunderlich le pareció imposible que se construyera un palacio con un material tan frágil y deleznable, máxime cuando los prósperos cretenses tenían tan cerca los mármoles de la isla de Paros.

Sólo cabe una explicación: estaban interesados en la apariencia, no en la solidez de la obra. Ya preveían que aquel edificio no se iba a usar mucho, puesto que se trataba de una construcción funeraria. Incluso las pilas de abluciones de los presuntos «cuartos de baño», donde el agua corriente hubiera sido inevitable, están revestidas con una capa de yeso. ¿Es posible

que los cretenses no supieran que el agua disuelve el yeso? Debieron de advertirlo en las mismas canteras de las que lo extraían.

Las «bañeras» y ánforas, tan abundantes en el palacio, podrían haber sido, sugiere Wunderlich, simples sarcófagos, y las celebradas cerámicas «de cáscara de huevo», tan finas y frágiles, serían copias funerarias de objetos valiosos usados en vida por los difuntos. En las tumbas etruscas se encuentran interesantes paralelos de estas cerámicas, y nadie discute que su papel fuera simbólico y sólo funerario.

Los muros de las tumbas etruscas están decorados con alegres escenas de la vida diaria. ¿Reflejan alguna tradición funeraria mediterránea, también compartida con Creta y Egipto? Para Wunderlich, las ánforas cretenses eran sarcófagos, las abundantes estatuillas femeninas con los pechos desnudos representarían plañideras que acompañan al difunto y las tablillas que supuestamente recogen la contabilidad de los palacios no son sino listas de las ofrendas hechas a los difuntos o por los difuntos a los dioses, listas de pagos por servicios funerarios de embalsamadores, etc.

Para Wunderlich, los cretenses desarrollaron un culto a los muertos tan sofisticado que sólo tiene parangón en la civilización de sus contemporáneos egipcios.

Los magníficos palacios funerarios se abandonaron cuando el culto de los muertos decayó. La cremación de los ajuares determina hoy que las pruebas arqueológicas del paréntesis entre lo minoico y lo clásico sean escasas. Sólo los pobres, que no podían costear una pira funeraria, enterrarían a sus muertos en lugar de quemarlos.

Wunderlich rechaza la idea de que los palacios fueran destruidos por devastadores terremotos. Abandonados y en desuso, no tardarían en desplomarse, particularmente si tenemos en cuenta que su construcción distaba mucho de ser sólida. El empleo de columnas de madera en los pisos bajos, prescindiendo de todo sistema de aislamiento de la humedad del suelo y recubriéndolas, además, de una capa de empaste que impedía la ventilación, favorecería la ruina. Tal como estaban construidos, no podían durar eternamente.

Si aceptamos que los palacios eran construcciones funerarias, ¿dónde estaban los verdaderos palacios? Es lógico que estuvieran en las ciudades costeras. Sus restos deben yacer debajo de las poblaciones actuales o cerca de ellas. Es posible que no fueran tan imponentes como las tumbas, tal como

ocurre en el caso de los egipcios, de los que conocemos muchos enterramientos pero pocos palacios, ya que, al estar construidos en las ciudades o en sus proximidades, fatalmente fueron expoliados para aprovechar sus materiales en nuevas construcciones.

EL PARALELO EGIPCIO

Creta y Egipto mantenían estrechas relaciones comerciales y culturales. Objetos manufacturados en un país abundan en yacimientos arqueológicos del otro. Procesiones cretenses de ofrendas, como la mencionada en el corredor de Cnosos, aparecen en los frescos de algunas tumbas egipcias de la dinastía XVIII. El profesor Wunderlich está convencido de que las técnicas de embalsamamiento y ceremonias funerarias cretenses influyeron poderosamente en Egipto.

En Medinet y el Fayum, el faraón Ammenemes (o Amenemhet) III (dinastía XII, hacia 1800 a. de C.) construyó un templo laberíntico junto a la pirámide de Hawara que podría haber servido de modelo a los cretenses. Heródoto lo describe pormenorizadamente: «Por dentro, el edificio es de dos plantas y contiene tres mil habitaciones de las que la mitad son subterráneas y la otra mitad está sobre ellas. Me condujeron a través de las habitaciones de la planta superior, por lo tanto, lo que digo de ellas procede de mis propias observaciones, pero de las subterráneas sólo puedo hablar de oídas porque los encargados egipcios no me permitieron verlas ya que contienen las tumbas de los reyes que construyeron el laberinto y también las tumbas de los cocodrilos sagrados […], los intrincados pasillos de una habitación a otra y de un patio a otro eran una interminable sorpresa para mí, porque íbamos de patios a habitaciones, de habitaciones a pasillos, de pasillos a otras habitaciones y de allí a otros patios […]. Cada patio está excelentemente construido en piedra blanca y rodeado por una columnata».

Fuera de contexto parecería que Heródoto esté describiendo Cnosos.

En sus líneas generales, la hipótesis del geólogo demuestra consistentemente que los pretendidos palacios cretenses pudieron ser santuarios y panteones, con lo que la civilización minoica se conjuntaría

armónicamente con otras civilizaciones del periodo —la egipcia— y otras del periodo que sucederá —la etrusca— en el esquema general de unas culturas mediterráneas que observan parecidas tradiciones.

11
EL PECADO GRIEGO

Algunos lectores provectos recordarán que en su juventud, bajo la égida del dictador Franco, los españolitos éramos rehenes de una Iglesia abusona que, conchabada con el Régimen, perseguía a los homosexuales bajo la Ley de Vagos y Maleantes.

Los homosexuales, o gays, entonces llamados «maricones», arrastraban una vida miserable, de disimulos y ocultaciones, que incluía, en algunos casos, incluso contraer matrimonio, consumarlo y tener hijos a fin de disipar las sospechas sobre su condición.

Advino la democracia, se aplicó la ley del péndulo —tan española—, fueron saliendo del armario y hoy es el día en que su relevancia pública es notable, con desfiles de Orgullo Gay y todo. Incluso la legislación protectora ha avanzado bastante más que en algunos otros países de Europa supuestamente liberales. Felicitémonos por ello. España estará casi a la cola de la comunidad europea en educación e índices de lectura, pero a progres no nos gana nadie.

La homosexualidad se ha perseguido históricamente en los países sometidos a las religiones monoteístas. Sin ir más lejos, en el islam se castiga con la pena de muerte y, entre nosotros, mientras la Iglesia mantuvo el poder de decidir sobre nuestras vidas, la costumbre era quemar en la hoguera al bujarrón o, si era cura o fraile, meterlo a hacer penitencia en algún convento y mudarlo de parroquia. Es lo que la Iglesia ha seguido haciendo hasta antes de ayer, o ayer, con los curas pederastas.

En el siglo XIX, los estudiosos de la civilización griega se enfrentaron a un arduo problema. ¿Cómo compaginar la racionalidad y la perfección de

aquella admirable cultura, en la que reconocíamos el inicio de la civilización occidental, con el hecho de que los griegos fueran bisexuales e incluso pederastas? ¿Cómo justificar que estuvieran más inclinados a los muchachitos en flor que a las mujeres? ¿Cómo silenciar una realidad tan evidente reflejada en vocablos tan específicos y comprometedores como *erastés*, que significa «pederasta activo, adulto», y *erómenos,* que designa al muchacho que se le entrega, es decir, al chapero, dicho en la abominable jerga que hoy se usa?

El *erastés* acaricia al *erómenos* en una cerámica griega.

El dilema estaba claro. O lo silenciaban o informaban a la opinión pública de sus descubrimientos. Pero ¿cómo reconocer que Platón, Aristóteles y otras

veneradas figuras de la filosofía, del arte, de la historia griega, incluidos los héroes de las Termópilas, pudieron ser pederastas?

Incapaces de disculpar la pederastia desde la moral cristiana, los eruditos optaron por ocultar la basura debajo de la alfombra: durante casi un siglo silenciaron la bisexualidad de la sociedad antigua o, todo lo más, la despacharon en vergonzantes notas a pie de página.

Hasta que Eric Bethe se atrevió a romper el tabú en un artículo publicado en 1909. A partir de entonces se habló libremente de la pederastia griega, aunque presentada no como una característica consustancial de la cultura egea, sino como el resultado de una lamentable adaptación a las costumbres del pueblo dorio que conquistó aquellas tierras hacia el año 1100 a. de C. Se acuñó entonces la expresión eufemística «amor dorio» para aludir finamente a las relaciones entre personas del mismo sexo. Los guerreros dorios —explicaron— tutelaban la formación militar de los jóvenes reclutas a cambio de favores sexuales.

Aceptado que la pederastia era una costumbre extranjera, los investigadores no tuvieron dificultad para suponer que sólo algunos griegos, más bien pocos, sucumbirían a ella. J. A. K. Thomson se refirió a «un pecado dorio, practicado por una exigua minoría en Atenas»; A. E. Taylor señaló que «los que lo practicaban se veían como desgraciados tanto ante la ley como […] por la opinión pública»; para Rodríguez Adrados, «la pederastia griega […] ha atraído demasiado la atención […]: la han confundido con la homosexualidad»[60]; «la pederastia es propia de regiones dorias como Esparta, Creta, Élide y de ciudades jonias como Eretria, Cálcide y Atenas. En Esparta y Creta, entre la clase doria superior; en general, entre las aristocracias. Además, en el ejército y en las clases intelectuales de Atenas, Cos y Alejandría»[61]; «en Atenas no pasó de ciertos círculos […] era tolerada»[62]; el amor pederástico «no era deseado en Atenas por los padres, que buscaban alejar a sus hijos de los admiradores»[63].

LIEBRES PARA UN MANCEBILLO

En su afán por exculpar al griego del pecado nefando, los especialistas tergiversaron las pruebas hasta el punto de malinterpretar escenas de contenido claramente sexual. Por ejemplo, en la cerámica ática aparece a menudo un adulto barbado que regala una liebre a un jovencito imberbe. Era lo acostumbrado cuando un adulto quería seducir a un jovencito. Pues bien, los eruditos que comentaban la repetida escena cerraron los ojos a lo evidente y lo describieron durante mucho tiempo como una discusión sobre caza. Otras veces quisieron ver a dos púgiles enzarzados en una llave de lucha grecorromana donde la explícita escena representaba a un adulto copulando entre los muslos de un adolescente.

Sólo a partir de los años cincuenta del pasado siglo algunos autores admitieron que la pederastia estaba muy extendida en Grecia, incluso antes de la invasión de los dorios, y que ya en el siglo VI a. de C. alcanzaba el rango de verdadera institución, lo que explicaba la abundancia de parejas homosexuales en la mitología griega, especialmente pederásticas (adulto con jovencito, Zeus y Ganímedes), y las sospechosas amistades de algunos héroes homéricos, especialmente Aquiles y Patroclo.

Los griegos justificaban la pederastia por razones históricas. Aristóteles sugiere que comenzó en Creta, donde el propio Estado la regulaba y toleraba para evitar la superpoblación de una isla que disponía de limitados recursos. Sin embargo, los propios cretenses le atribuían un origen mitológico. Para ellos, la historia del rapto y violación del mancebo Ganímedes por Zeus se inspiraba en un suceso real acaecido entre su mítico rey Minos y un atractivo muchacho del que estaba prendado. Este ilustre precedente ennoblecía la institución.

En Creta, las relaciones entre un *erastés* y su *erómenos* comenzaban con el secuestro ritual.

> El *erastés* comunicaba a sus amigos su intención de secuestrar al muchacho con unos días de anticipación para asegurarse de que la noticia llegaría a oídos del padre del muchacho, que debía otorgar su consentimiento tácito. Lo ideal era que el pretendiente perteneciera a una clase social más alta o, al menos, similar a la del muchacho. Además, se apreciaba que fuera valeroso y honrado, virtudes que, transmitidas al muchacho lo convertirían en un ciudadano ejemplar. Lo acostumbrado era que los familiares fingieran perseguir al secuestrador hasta su casa y allí cesaba la pantomima.
>
> Si el pretendiente no agradaba a la familia, bastaba con que el muchacho no saliera de casa el día fijado para el secuestro, o que estuviera ausente de la ciudad.
>
> Consumado el secuestro, el amante entregaba al efebo un regalo […], a continuación celebraban un solemne banquete con los testigos y regresaban a la ciudad. Pasados dos meses, el secuestrador

liberaba al muchacho con ricos regalos consistentes en un equipo militar, un buey y una copa, además de otros objetos valiosos adquiridos con la contribución de los amigos. El equipo militar es un símbolo claro de que, satisfecho el singular noviciado, el joven ingresaba en el estado adulto.

El buey se ofrece a Zeus y con su carne el chico invita a un banquete a sus amigos. Pero si un muchacho guapo y de buena familia no encuentra quien lo quiera, esto se considera una deshonra porque tal rechazo debe obedecer a su mal carácter.

Los chicos que han sido secuestrados (es decir, los ya iniciados) reciben tratamiento honorífico y se les ceden los mejores lugares en bailes y carreras, se les permite que lleven los vestidos que les regaló el amante y de esta forma se distinguen del resto. Además, cuando crecen llevan una prenda especial por la que cualquiera que haya sido *kleinós* puede ser fácilmente distinguido. El amado se llama *kleinós*, es decir, «el famoso, el celebrado»; y el amante, *philétor*[64].

Un *erastés* se ocupa de la instrucción de un muchacho, pero cumplida esa etapa de su vida, más o menos a los treinta años, renuncia a las actividades pederásticas para casarse y engendrar hijos para la ciudad.

El *erastés* comienza su tutoría cuando el muchacho tiene unos trece o catorce años. Puede ser algo mayor, pero si ya va encañando barba puede dar que hablar porque sus conciudadanos pueden sospechar que sea un invertido, un homosexual pasivo socialmente despreciable. Un término peyorativo, *philoboúpais*, designaba al adulto inclinado a los mocetones granaditos o *boúpaís*. Las clases bajas, del todo ajenas a las funciones pedagógicas de la institución pederasta, no la diferenciaban de la homosexualidad corriente.

Entre la edad límite de los *erómenoi* y la del comienzo de los *erastaí* existía un periodo intermedio de inmadurez sexual, el de los *neanískoi*, entre los dieciocho y los veinticinco años aproximadamente, en el que el individuo debía abstenerse de toda actividad pederasta. Para evitar tentaciones ni siquiera se les permitía frecuentar el gimnasio. Esta prohibición resulta lógica. El estado adulto, al que se accedía a los dieciocho años, significaba dejar de ser un objeto pasivo de sexualidad para pasar a serlo activo, pero es evidente que este cambio no se producía de la noche a la mañana.

Cuando los hombres rebasaban la edad de la prohibición, ya cumplidos los veinticinco, era de esperar que fueran ya plenamente adultos y, superada la posible ambivalencia sexual propia de la etapa pasiva, se sintieran más inclinados a los roles sexuales activos. Aparte de que a esta edad ya habrían acumulado suficiente experiencia de la vida como para desempeñar dignamente el papel instructor con el joven *paîs* que escogieran.

La pederastia militar fomentaba tanto la bravura del *erómenos* como la del *erastés*. Cada uno de ellos tenía que hacerse merecedor del otro, como en los

torneos medievales, en los que el caballero ansiaba lucirse ante su dama. Los cretenses y los espartanos llevaron esta camaradería hasta sus últimas consecuencias, sustituyendo la familia por el cuartel. La población masculina vivía en cuarteles, incluidos los hombres casados, quienes, no obstante, cuando les apetecía, escapaban de noche del campamento e iban a visitar a la esposa con fines procreativos. Eran, evidentemente, familias atípicas, en las que la autoridad paternal se había transferido al Estado, que se instituía como verdadero educador del individuo.

La vida cuartelera estimulaba los encuentros homosexuales. Durante siglos, los otros griegos hicieron chistes subidos de tono a costa de los espartanos. En la escena de reconciliación de *Lisístrata*, cuando las mujeres, obtenido su objetivo, desconvocan la huelga sexual, el ateniense dice: «Ahora quiero desnudarme y labrar el campo», en clara referencia al coito heterosexual, mientras que el espartano replica: «Y yo, primero quiero estercolar», lo que alude al acto homosexual. La comedia ateniense del siglo IV a. de C. está repleta de referencias parecidas. De hecho, a nivel popular, los espartanos eran considerados inventores del coito anal, incluso del practicado con las esposas.

PINTADAS EN EL TEMPLO

A la luz de la institución pederasta adquieren pleno sentido ciertos *grafitti* hallados por los arqueólogos en la isla de Thera (hoy Santorini), que hasta hace poco se tenían por groseramente obscenos (y así los sigue considerando K. J. Dover)[65].

Los *grafitti*, fechados en el siglo VI a. de C., aparecieron en las proximidades del templo de Apolo Karneios, lo que al principio se interpretó como indicio de que el desprecio que los gamberros sienten hacia los recintos sagrados no es cosa de hoy. Son inscripciones de este jaez: «Aquí Krimón dio por el culo a Amotión»; «Por Apolo, aquí Krimón dio por el culo a su *paîs*, el hermano de Bathyclés» (la expresión «su *paîs*» —plural, *paîdes*— puede traducirse por «su chico», pero también podía significar «chica», «hijo», «hija», «esclavo»).

Algunos estudiosos creen que tales inscripciones distan de ser soeces. Teniendo en cuenta que muchas de ellas mencionan a divinidades educadoras de la juventud, las consideran auténticos exvotos conmemorativos de la iniciación ceremonial, lo que nos lleva directamente al escabroso tema del alcance de las relaciones entre el tutor adulto y el educando adolescente, entre el *erastés* y el *erómenos*. ¿Les daban o no les daban por el culo? Para algunos, la sexualidad no pasaba de coitos interfemorales, es decir, entre los muslos. Sir Kenneth Dover, defensor de la tesis que excluye la penetración anal, aduce la ausencia de representaciones sodomíticas entre las miles de escenas amorosas que la cerámica griega nos ha legado. A tenor de éstas, las fases del coito eran dos: en la primera, el adulto se aproximaba al muchacho y le acariciaba el rostro con una mano y los genitales con la otra. A continuación, si el chico se mostraba receptivo, el adulto le practicaba un coito interfemoral. Sir Kenneth Dover está convencido de que la cosa no pasaba de ahí.

Otros autores opinan que la evidente existencia de coitos interfemorales no excluye que la prolongación del romance pederástico culminara en la consumación del coito anal. Es posible que los dibujantes de escenas de cortejo evitaran la representación explicita del coito anal, del mismo modo que cuando representan coitos heterosexuales, las mujeres dibujadas son invariablemente heteras o putas, nunca esposas. Sin embargo, es evidente que los griegos también copulaban con sus esposas.

El análisis lingüístico, parece confirmar que se practicaba el coito anal. Incluso puede deducirse de ciertos pasajes que el *erastés* asía el pene del *erómenos*, mientras lo penetraba analmente[66]. Teócrito de Siracusa (hacia el año 300 a. de C.), un escritor nada sospechoso de sodomía, menciona claramente una penetración anal:

> Lacón: ¿Y cuándo, que recuerde, aprendí u oí de ti algo bueno, hombrecillo envidioso y deforme?
> Comatas: Cuando te culeaba, y tú sentías dolor, y estas cabrillas balaban y el macho cabrío las cubrió.
> Lacón: ¡Ojalá te entierren no más profundo que ese culeamiento, so jorobeta![67].

Y más adelante:

> Comatas: ¿Acaso no te acuerdas de cuando yo te monté y tú, sonriendo, bien te retorcías, agarrado a esta encina?[68].

Para los defensores de la teoría de la penetración anal resulta esclarecedor que el verbo dorio que aparece en los *grafitti* de Thera, *oíphein*, entrañe copular con penetración, es decir, «encular», dado que los sujetos implicados son hombres. Por si este argumento no fuera suficientemente demostrativo, aducen una serie de bellas metáforas alusivas al ano, que es llamado «capullo» *(proktós)* y otras veces «higo» *(sykon)*, una palabra que normalmente designa el sexo femenino. Si no se tratara de un objeto de deseo, argumentan los defensores de esta teoría, los griegos no describirían tan poéticamente un elemento anatómico que no se caracteriza precisamente por su belleza. Por su parte, Martin F. Kilmer deduce de la reiterada presencia de aceiteras *(lekyzos)* en las escenas eróticas y llega a la conclusión de que es un indicador de copulación anal[69]. Finalmente, Eric Bethe y Ruppersberg señalan, transfiriendo al caso griego préstamos antropológicos de otras sociedades de iniciación pederástica y algunas pruebas de psicología clínica, que es bastante probable que los griegos creyeran que el semen que el *erastés* eyaculaba en el recto del *erómenos* transfería las virtudes viriles del donante[70].

En cualquier caso, los papeles pasivo y activo no eran intercambiables. El amado que es educado por el amante debe retribuirlo con afecto *(philía)* y prestación sexual paciente, sin complacerse en ella, porque ésta *(Éros)* sería censurable.

La antropología comparada acude en auxilio de los estudios clásicos para explicar el origen de la pederastia griega. Es un rito de paso, una especie de padrinazgo o tutoría, similar a los que todavía se observan en ciertas sociedades poco evolucionadas o primitivas: antes de integrarse oficialmente en el mundo adulto, el adolescente debe observar un noviciado iniciático durante el cual permanece un tiempo alejado de la comunidad, lo que los antropólogos denominan «segregación». Es evidente que en la Grecia arcaica, la anterior a la organización política en ciudades-estado, la «segregación» implicaba que un adulto, que hacía las veces de tutor y amante, instruyera al novicio en las virtudes necesarias para ingresar en el mundo de los adultos.

12
LOS PRÍNCIPES IBEROS

Está hermosa la mañana, y el viajero, dejando las ociosas plumas, se dispone a visitar el santuario ibero del poblado de Plaza de Armas, a cinco kilómetros de Jaén, sobre un cerro amesetado de más de cinco hectáreas de superficie, a cuyo pie discurre el río Guadalbullón con su fértil vega y un vado que permite cruzarlo.

Remontando la cuesta que conduce al poblado, el viajero admira los poderosos bastiones de las torres contrafuertes levemente ataludadas que defienden el cerro, y se imagina la vida bullendo en su interior, la calle animada, gentes que salen y entran, niños que corren, señoras que charlan con el cántaro al brazo, hombres que regresan con la capacha del almuerzo, del campo de abajo, quizá con un borriquillo, algún guerrero que cruza, orgulloso, de la guardia de la muralla, la falcata al cinto, porque se le ha antojado saludar a su mujer sin aguardar a la siesta.

Estos poblados funcionaban como verdaderas ciudades-estado. El territorio de su *hinterland* dependía de la importancia del lugar y limitaba con el territorio de los poblados vecinos, con los que las relaciones no siempre eran buenas, incluso sin el pretexto de clubes de fútbol rivales. De hecho, en esas fronteras marcadas por arroyos, divisorias de aguas u otros accidentes del terreno, se levantaban unos castillejos que antiguamente se conocieron como Torres de Aníbal y los modernos arqueólogos suelen denominar recintos. Delante de cada uno de estos recintos, los del poblado vecino solían levantar otro, de manera que se vigilaban mutuamente. Para el poblado de las Atalayuelas, otro de esta comarca, el *hinterland* de unos 63 kilómetros cuadrados, precisaba de no menos de 25 recintos de vigilancia, un notable

esfuerzo, lo sé. Es lo que pasa cuando gobierna una aristocracia guerrera. Si preparas la guerra, acabas guerreando, y si acabas guerreando tienes que mantenerte listo para la guerra. Roma terminó con esas malas vecindades e implantó, más o menos, la *Pax* romana y el progreso aunque, para alcanzar esa concordia, previamente tuviera que eliminar a algunos caudillos iberos, celtíberos o celtas.

Llegamos a una de las dos puertas monumentales de acceso, la que llamaremos Puerta del Sol por su orientación al este. En su ruina aparece sólo un corredor de catorce metros de largo por cuatro de ancho, aunque al llegar a la puerta propiamente dicha, que era cubierta y defendida por dos torreones, se estrecha a sólo dos metros.

Este paso, además de dispositivo defensivo, era una zona sagrada. En el centro se abría un habitáculo que guardaba una gran piedra cúbica y los restos sacrificiales de siete cerdas preñadas y tres cabras. Más al interior, en un espacio abierto que coincide con el centro del corredor, se encontró la diosa del poblado, un betilo o piedra sagrada antropoide con los brazos apenas marcados juntos sobre el vientre, con el tocado picudo de las damas ibéricas.

Ahora viene lo bueno: en el equinoccio, cuando amanece y sale el sol, la luz entra por el corredor e ilumina plenamente a la diosa durante unos momentos para oscurecerla enseguida en cuanto el sol naciente proyecta la sombra del dintel de la puerta. Todo perfectamente calculado para provocar el prodigio, como en los templos egipcios. Esta coincidencia no tiene nada de extraño: las religiones mediterráneas comparten ciertas características comunes. Lo que prueba es la existencia en este poblado de un príncipe o sacerdote con ciertos conocimientos de astronomía, un aspecto hasta ahora no muy conocido de la cultura ibera.

Hace 2.500 años, los iberos poblaban una amplia franja de territorio que se extiende desde el río Ródano (al sur de Francia) hasta el Algarve portugués.

Los iberos no constituían una unidad política o cultural coherente[71]. El mundo ibero es muy variado y, a veces, contradictorio. Lo que digamos de una región puede no valer para otra.

En sus primeros tiempos, sobre el siglo VI a. de C., algunos poblados del valle del Guadalquivir se asentaban en llanos fluviales cerca de los cultivos y del agua, pero luego los abandonaron para trasladarse a los cerros vecinos de fácil defensa, en especial los de meseta plana o aplanada *(oppida)*. Cuanto más imponente era la posición del poblado, señoreando el paisaje, visible

desde lejos, mayor prestigio alcanzaba como centro político y administrativo, económico y religioso.

Para el siglo IV a. de C., todos los poblados abiertos habían desaparecido. ¿Indicio de inestabilidad social o es que prescindieron de estos poblados de poca monta porque ya los *oppida*, los poblados fortificados, producían lo necesario para alimentar a sus habitantes? Vaya usted a saber.

Los poblados iberos constituían verdaderas ciudades-estado con territorio propio del que obtenían su riqueza agropecuaria y mineral. Cada poblado contaba con un número de caseríos y asentamientos menores, dependientes de él, en los que habitaba una numerosa población rural.

Entre los iberos la autoridad se basaba en la fuerza militar. Tenían que defenderse tanto de la codicia de los comerciantes púnicos, como de las incursiones de sus belicosos vecinos del interior peninsular.

Algunos poblados eran independientes; otros se agrupaban en una especie de miniestado bajo la autoridad de un príncipe (Cerdubeles, rey de Cástulo; Edeco, rey de los edetanos; Luxinio, rey de Carmona y de Bardo). No eran, en cualquier caso, poderes estables. El príncipe Colchas, que en el año 206 a. de C. regía veintiocho ciudades, nueve años más tarde sólo dominaba diecisiete (lo que muestra las fluctuaciones del poder).

PRÍNCIPES GUERREROS

Los poblados iberos estaban sometidos a una minoría dominante de aristócratas-guerreros. En algunos lugares dominaría un único príncipe, quizá descendiente de otro más antiguo al que habían divinizado y suponían protector de la comunidad; en otros, una coalición de príncipes ligados por un tratado o *fides.* En este caso es posible que se repartieran el poder por barrios o manzanas, como las cinco familias mafiosas de Nueva York (salvando las distancias, claro)[72]. Quizá uno de ellos ostentaba la jefatura del conjunto y se consideraba *primus inter pares,* el primero entre sus iguales; como los reyes medievales, quizá rotaban en el poder o se elegían cada cierto tiempo. No lo sabemos. Lo que está claro es que competían en ostentación y lujo: carros, caballos, armas, vajillas importadas… Entonces, como hoy, la

posesión de objetos valiosos era signo de poder. Los más importantes se hacían sepultar en ricos mausoleos adornados con esculturas o con figuras de animales totémicos, lobos o leones[73].

A partir del siglo IV a. de C. se destruyeron algunos de estos mausoleos. ¿Como resultado de una revolución? ¿Se rebelaron los humildes contra los poderosos? El caso es que, a partir de entonces, la riqueza y el poder parecen más repartidos, los humildes conquistan mayores derechos y el sistema clientelar se mitiga. Se nota la influencia democratizadora de la cultura griega que irradia primero a través de los cartagineses y después de los romanos.

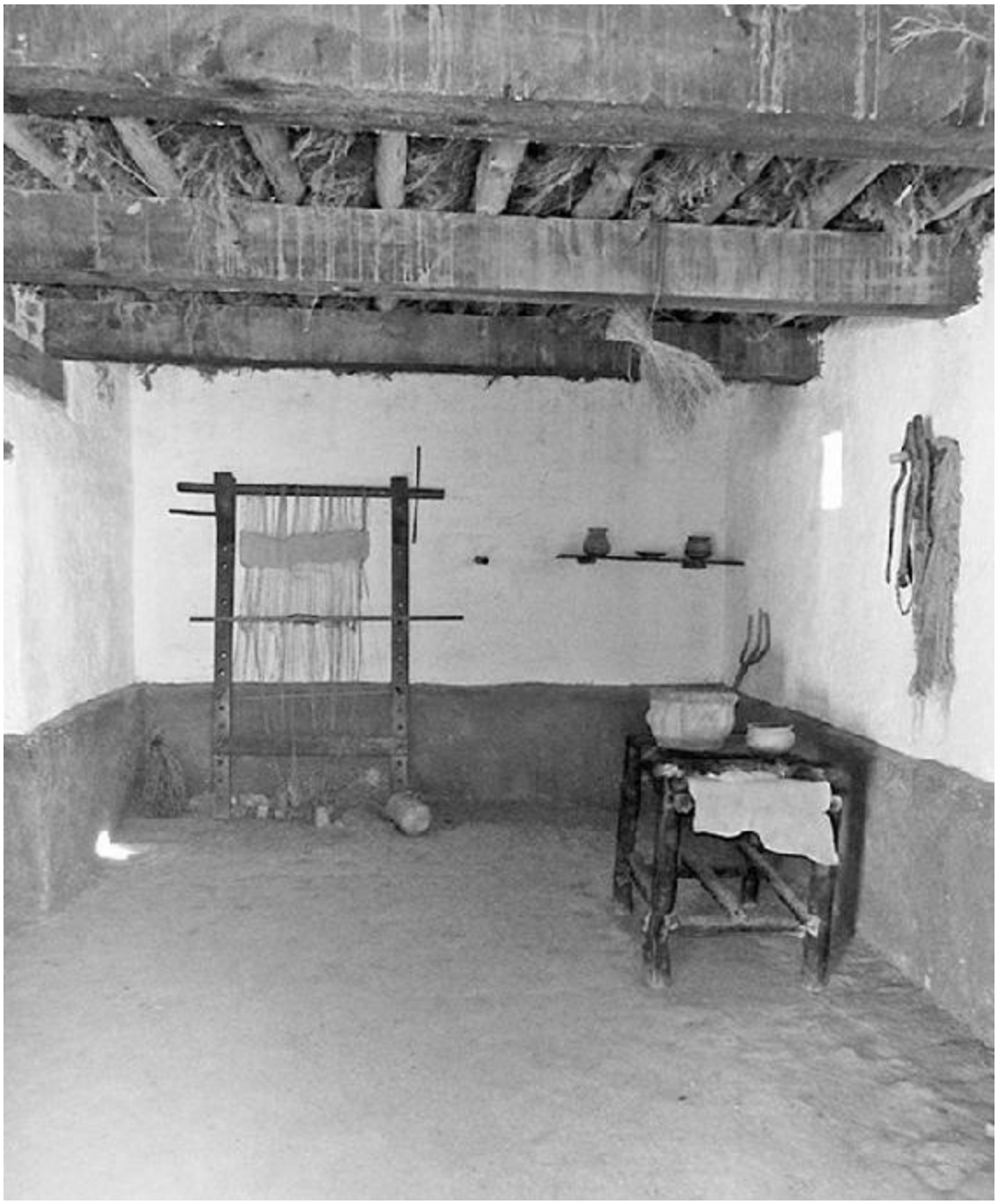
LA VIDA COTIDIANA

Los poblados ibéricos no se diferenciaban mucho en su urbanismo de los pueblos mediterráneos actuales. Calles estrechas, más o menos rectas, adaptadas a la configuración del terreno y cruzadas por alguna transversal menos importante. Pocos edificios destacaban sobre la medianía general.

La casa ibera oscilaba entre los veinticinco y los cien metros cuadrados construidos. Solía constar de habitación central, de unos cinco metros de lado, alguna secundaria y un patio, a veces con porche, todo ello en una sola planta. A veces se añadía un altillo para almacenar víveres o enseres.

El fuego del hogar servía para cocinar, calentar e iluminar la sala principal que era, a la vez, cocina, sala de estar y dormitorio.

Los iberos vestían con sencillez y comodidad. Les bastaba una túnica de lino con mangas hasta medio brazo, la de las mujeres hasta los pies y la de los hombres hasta las rodillas.



Interior reconstruido de una casa ibera.

Para combatir el frío se envolvían en una capa de lana (los romanos la llamaron *sagum).* En ocasiones especiales, las mujeres se ponían una toca o mantilla que se echaban por la cabeza sobre una especie de peineta, como la que luce la Dama de Elche.

Los iberos cultivaban cereales y leguminosas en las llanuras fluviales y apacentaban rebaños en los montes. Sólo roturaban las llanuras cercanas a los poblados. El resto del paisaje lo señoreaba el bosque mediterráneo, encinas, acebuches y alcornoques.

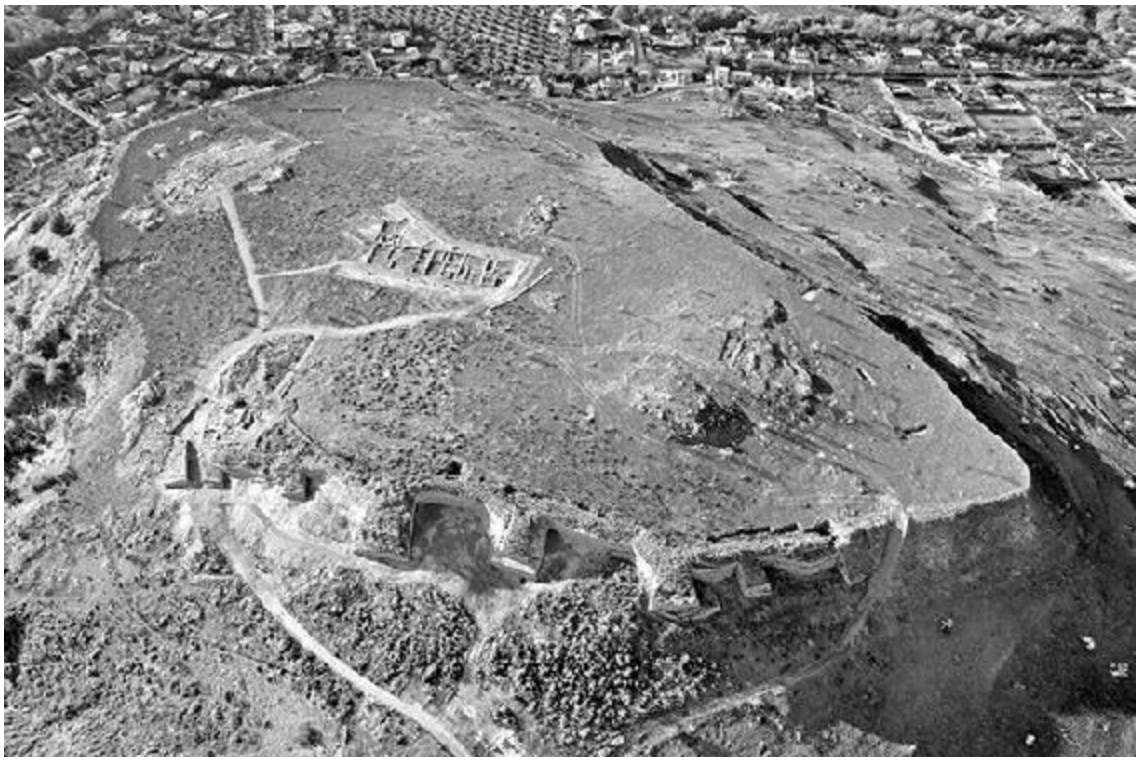
A partir del siglo V a. de C. progresaron las técnicas de cultivo con la incorporación del arado de reja metálica tirado por bueyes o por mulos (el llamado «arado romano», que ha permanecido inalterado hasta la aparición de los arados de hierro a principios del siglo XX).

Los iberos solían combinar en sus sembrados cebada vestida *(hordeum vulgare)* y trigo desnudo *(triticum aestivum),* que alternaban, en espacios de una o dos cosechas, con distintas leguminosas: habas *(vicia faba),* guisantes *(pisum sativum)* o lentejas *(lens culinaris),* especialmente desde que descubrieron su capacidad de generar nitrógeno[74]. También conocían otros cereales más bastos, la escanda *(triticum dicoccum),* el mijo y la avena.

Los iberos comían cotidianamente cereales cocidos o molidos en forma de harina gruesa (en gachas o migas), como casi todos los pueblos de la antigüedad, hasta que descubrieron la panificación.

La ganadería ibera era la propia de un país mediterráneo: caballos, mulos, asnos, ovejas, vacas, cerdos y gallinas. Apreciaban los ganados que proporcionan productos secundarios (leche, fuerza de trabajo, lana, estiércol) y sólo los sacrificaban cuando eran viejos e improductivos, o excedentes de rebaño. También cazaban ciervos y jabalíes, conejos y perdices.

Los iberos mantuvieron cierta cohesión cultural entre los siglos VI y II a. de C., pero a partir de la conquista romana fueron perdiendo su identidad, costumbres, idioma y escritura, se romanizaron y constituyeron (junto con los otros pueblos de la Península, los celtíberos y los celtas) el sustrato hispanorromano del que, en última instancia, procedemos los actuales españoles.



Poblado ibérico de Puente Tablas.

13
UN RITO INSÓLITO

—Esta vergüenza no debería estar aquí, tan a la vista, que luego vienen los niños de las escuelas en visita guiada y lo ven.

—Señora, esto es ciencia y no hay por qué ocultarlo, aparte de que los niños de hoy día vienen bastante enseñados y no piensan que los bebés vengan de París, como nosotros cuando teníamos su edad.

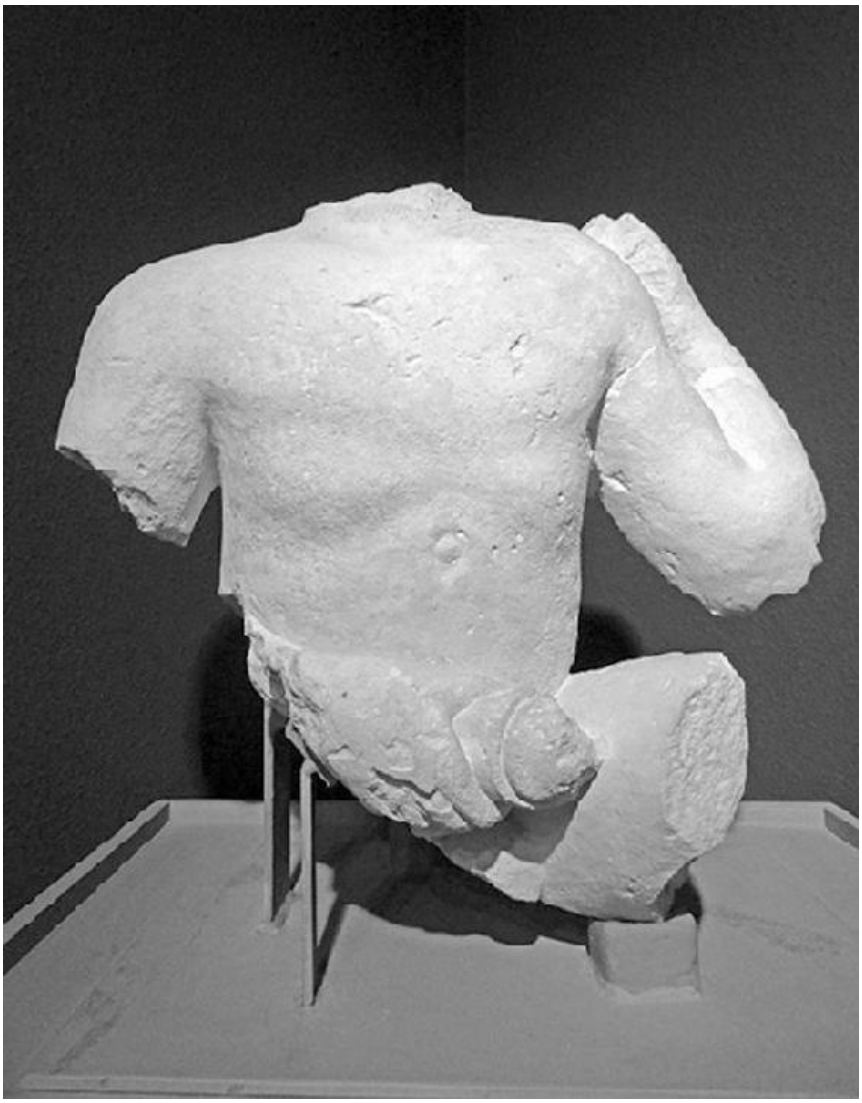
El objeto de la discusión es el famoso masturbador del Museo de Jaén. Vayamos por partes.

En el Cerrillo Blanco, cerca de Porcuna, Jaén, apareció entre 1975 y 1979 un extraordinario conjunto de esculturas ibéricas que hoy se expone en el Museo Ibero de Jaén.

Las esculturas se habían labrado hacia la primera mitad del siglo V a. de C., pero poco después (hacia el año 400 a. de C.) fueron destrozadas y sus pedazos sepultados en una zanja[75].

¿El mausoleo de Cerrillo Blanco fue destruido por los cartagineses durante su lucha para someter a los jefes iberos, o en el curso de una revuelta social? Esto último parece más probable. De hecho, a partir del siglo IV a. de C. dejan de construirse lujosos mausoleos, lo que parece indicar que se había producido una redistribución de la riqueza y el poder, que los pobres no eran tan pobres y los ricos no eran tan ricos.

La escultura más desconcertante del conjunto funerario representa a un masturbador en plena comisión del acto. Para el catálogo oficial, «lo más sobresaliente de esta figura es el gran falo que sujeta firmemente con la mano derecha. Es demasiado grueso y en él se aprecia parte del bálano y está claro que le ha sido practicada la circuncisión».



La insólita escultura de Porcuna.

Dejando al margen el hecho de que la valoración negativa del calibre del instrumento es, quizá, desacertada, podemos preguntarnos: ¿qué pinta un masturbador en un contexto religioso y funerario? Para explicarlo hay que recurrir a paralelos culturales mediterráneos e incluso más lejanos.

En un texto sagrado egipcio leemos: «En el principio era el caos. Caos era la oscuridad. El primer dios, Ammón, surgió de las aguas usando tan sólo su fuerza para formar su cuerpo. Solo, empuñó su pene y copuló con su puño. Alcanzó el placer con sus dedos y con la llama de la ráfaga de fuego que surgió de su mano, creó el universo».

Un dios se masturba y crea el universo. Éste es el alcance religioso de esa acción, aunque religiones posteriores la hayan condenado como

pecaminosa[76]. Un dios primordial se masturba y de su semen esparcido nace la Vía Láctea y el mundo con todo cuanto contiene. Una explicación mucho más poética que la verdadera, en la que el Dios primigenio crea al hombre del barro y a la mujer de una costilla del hombre.

¿Un mito egipcio entre los iberos del siglo V a. de C.? ¿Por qué no? Objetos egipcios se encuentran, incluso en fechas más antiguas, en contextos ibéricos, traídos por los fenicios[77]. Los mitos bien pudieron llegar también con aquellos comerciantes. Los habitantes de las riberas del Mediterráneo participaban de muchas tradiciones culturales comunes desde mil años antes.

Los piadosos cristianos que señorearon el país del Nilo durante siglos eliminaron a martillazos las imágenes del dios masturbador, como muchas otras representaciones sexuales. Ni siquiera los más remotos templos del desierto se libraron cuando san Antonio y sus anacoretas buscaron aquellas secas soledades para consagrarse a Dios. Tal barbarie contra el patrimonio se justifica porque, como es sabido, la principal preocupación de aquellos santos varones consistía en escapar de las tentaciones del «demonio del mediodía», todas carnales.

En ciertos santuarios egipcios se suponía que el dios realizaba actos sexuales para garantizar la creación y renovarla. En un pequeño santuario, al final de la gran avenida de Karnak, una sacerdotisa conocida como «La esposa de Dios» o «La mano de Dios» (lo que sugiere su papel en la ceremonia) masturbaba ritualmente la estatua del dios Ammón antes de la salida del sol. De esta forma el dios renovaba la creación.

«Algunas imágenes de Karnak pueden parecer algo desagradables (largos penes erectos, jóvenes deidades succionando sus propias partes y otros exhibiéndolas impúdicamente) —escribe el arqueólogo Gay Robbins de la Universidad de Emory (Estados Unidos)—, pero eso formaba parte del concepto del mundo según los egipcios». El poder del faraón procedía también de este rito de masturbación. Una vez al año, al inicio de la crecida del Nilo, el monarca navegaba desde su residencia en Menfis a Karnak, recogía en su barca la estatua de Ammón itifálico (o sea en posición de presenten armas) cubierta con una tela de lino blanco y la llevaba a Luxor, donde el faraón, su esposa y la estatua se quedaban en una cámara oscura del gran templo.

No tenemos indicios de la clase de ceremonia que realizaban la pareja divina y la estatua itifálica, pero sabemos que el faraón reafirmaba su

posición participando solemnemente en el rito.

En todo el Mediterráneo quedan indicios de la antigua adoración al falo. En el mundo griego y romano es frecuente la representación fálica, primero una simple columna de piedra con terminación redondeada, a la que tiempo después se añade un pene erecto esquemático y una cabeza. Estas columnas, al evolucionar, se transforman en el sátiro o sileno, una criatura selvática de orejas puntiagudas y cola de caballo que acosa a las ninfas de los bosques.

El bululú del amor, el hombre orquesta de la pasión, el extraño sujeto amancebado con su mano, no se circunscribe al ámbito mediterráneo. También aparece en las culturas americanas de la península de Yucatán, vinculado a cultos fálicos (el templo de Uxmal)[78]. Según los arqueólogos, el hecho de que el norte del área maya carezca de ríos que corran en superficie y presente un escaso régimen de lluvias explicaría la profusión de falos y de mascarones de Chaac, dios de la lluvia.

En fin, que mientras por todas partes rehabilitan y sacan a la luz a sus correligionarios, la escultura del masturbador del Museo de Jaén, una de las cumbres de la estatuaria ibérica, el héroe o dios que empuña el falo más rotundo del arte español, por otra parte tan mojigato, sigue relegada al anonimato en su rincón mal iluminado. ¡Ay, España!

14
SU MAJESTAD, EL CERDO

Dos veces he acudido a lo largo de mi asendereada vida a las Jornadas de la Matanza en Burgo de Osma, la bella villa catedralicia en la provincia de Soria. Allí, en el antiguo pósito que almacenaba los trigos, cientos de alegres convivientes acomodados en largas mesas, sin mantel, estilo medieval, degustan hasta veintidós preparaciones porcinas a cual más sabrosa, y entre ellas consumen frescos sorbetes de limón, lo adecuado para desengrasar el bajante.

Los españoles actuales, tributarios como somos de la cultura romana y hechura suya, gracias a Dios, no le tenemos mucha simpatía a los fenicios y a sus primos los cartagineses, los grandes enemigos de Roma. Sin embargo, como en lo culinario no caben odios, que el mantel puesto debe ser campo de paz para tirios y troyanos, hay que reconocer que debemos a los fenicios los dos productos esenciales de nuestra mesa: el vino y el cerdo. Son dos motivos suficientes para estarles eternamente agradecidos. Si a ello se suma el garbanzo, que también lo aportaron ellos, no hay más que pedir, aunque quizá el lector prefiera consignar el garbanzo en el capítulo de los agravios.

El cerdo que los fenicios introdujeron en la Península era de raza mediterránea que, cruzado con los jabalíes autóctonos, dio la raza ibérica, la de las patitas negras y las muñecas finas. Este cochino mulato se ganó el corazón de las poblaciones indígenas de España. ¿Intuyeron que es un animal sanísimo cuya carne contiene menos elementos nocivos, es decir ácidos grasos saturados, que la de la vaca o la del cordero? Pudiera ser. ¿Advirtieron, con sólo paladearlo, que el cerdo contiene mayor riqueza de

saludables ácidos grasos poliinsaturados que las otras carnes antes citadas? Eso parece.

El cerdo es, como el hombre, profundamente filosófico, un ser para la muerte. El trascendente y melancólico cerdo, no el toro, debiera ser el animal totémico de España. Quizá el lector argumente: es que España es como una piel de toro extendida… Tonterías. ¿Y por qué no una piel de cerdo extendida? Simplemente porque el cerdo no se despelleja, porque la piel constituye también un bocado exquisito, corruscante. Por ese motivo nunca lo vieron despellejado. Desde muy temprano comprendieron que la piel, esa mínima cortecilla dorada, es el refuerzo que entiba el torrezno, la agarradera sutil que evita la disgregación de la panceta del cocido, con sus dos o tres pelillos cerdales brotando delicadamente como en un *ikebana* japonés.

España, que dio al Imperio romano filósofos como Séneca, emperadores como Adriano, y poetas como Lucano, también produjo marranos ilustres que alcanzaron nombradía en las mesas de la opulenta Roma. «En la Lusitania —dice Atilius— fue sacrificada una cerda, de la que enviaron al senador Lucius Volumnis un trozo de carne y dos costillas, con un peso de veintitrés libras y que desde la piel hasta el hueso medía un pie y tres dedos (¡unos 33 centímetros de tocino y magro!).

¿Existía ya el jamón ibérico curado? En los Pirineos orientales, especialmente en las regiones de Cerdaña y Puigcerdá, vivían los cerretanos, tribus iberas que según Estrabón fabricaban «excelentes jamones comparables a los cantábricos, lo que proporciona ingresos no pequeños».

Probablemente, cuando se descifren satisfactoriamente los textos ibéricos nos llevemos la sorpresa de saber que algunos de ellos, en lugar de las invocaciones mágicas que se les suponen, contienen alabanzas al jamón. ¿No sería estupendo que los bronces de Botorrita loaran la curación del pernil de Teruel, tan vecino? ¿Y si las lápidas de la región occidental contuvieran alabanzas a la estupenda chacina de la dehesa extremeña? Todo puede ser y hasta que la ciencia no diga la última palabra, esta hipótesis es tan válida y razonable como cualquier otra. Incluso más razonable.

Conocemos los productos de la tierra ibera y nos podemos imaginar su cocina, pero lamentablemente no nos han llegado recetas completas. Los iberos eran grandes comedores de lentejas y hay que suponer que cuando los cartagineses aportaron el garbanzo se transformarían también en buenos degustadores de la controvertida legumbre. Al puchero se le han rastreado

orígenes medievales pero quién sabe si es más antiguo. Se ha supuesto también que, en los crudos amaneceres de la tierra leonesa, los guerreros vacceos entraban en calor echándose a pechos una buena sopa de ajo antes de cargar contra la Séptima Legión Romana profiriendo espantables alaridos. Hay que imaginárselos ya armados, con la hierba helada crujiendo a cada paso, nerviosos, esperando que el cocinero retire la caldera de hierro de la fogata y les sirva el hirviente y sustancioso líquido con el cazo capaz, comenzando por los sargentos. Los caudillos no se arrimarían al rancho comunal, que ya vendrían desayunados para dar ejemplo.

La pasión romana por las aves no desbancó al cerdo de su privilegiada posición. El cerdo se consumía de las más variadas maneras: asado, guisado, frito, curado y en forma de embutidos: longaniza *(longano),* salchichas y morcillas de muchas maneras (de nueces, de pimienta, de incienso, de cebolla…). Las morcillas ahumadas de Lucania gozaban de justa fama. Sobre todas estas variantes brillaba, como es natural, el jamón curado *(perna),* al cual atribuye Horacio decorosa prosapia: «Los antiguos alaban el jabalí rancio». El severo Catón nos transmite la receta precisa para su preparación: «Se corta la pata, se mete en sal durante cinco días, luego se saca y se cuelga por espacio de dos días donde se oree y otros dos en el humero de la chimenea. Finalmente se coloca en la despensa de la carne».

La bondad del buen jamón reside, como es sabido, en la sublime comunión de grasa y fibra muscular que es propia del cerdo criado en libertad, debajo de encinas, y engordado por las bellotas, las castañas, las trufas y otros manjares naturales o artificiales. Lo más importante de este cerdo pastueño que la naturaleza y el hombre unidos elevan a obra de arte era, para los entendidos romanos, la *porculatio,* o sea, el engorde final. Los cerdos con pedigrí al terminar de comer se tumban a reposar sobre la pierna izquierda, «motivo por el cual acumulan mejor la grasa y el jamón de la pata izquierda resulta mejor». La suprema excelencia hecha jamón resulta cuando al echarse el cerdo a la invitadora sombra de la encina o el castaño donde acaba de comer molesta a una víbora medio dormida cuya presencia le pasó inadvertida (el cerdo, como todo ser sensible, es corto de vista y algo confiado). La víbora le pica y el cerdo, aunque de natural pacífico, tiene un mal pronto, la mata y se la come. Según el abuelo de Víctor Márquez Reviriego, ningún jamón resulta tan bueno como el picado de víbora.

Su majestad el cerdo en una carnicería de Madrid. Años 1920.

Los impacientes incapaces de aguardar a que el cerdo se hiciera podían consumirlo en forma de tostones *(porci lactantes)*, cuyas recetas figuran, junto a las del gazapillo, el adobo y los guisos de liebre o conejo, entre las más practicadas de la antigüedad.

Yo, ¿qué quieren que les diga? Creo que los menoreros gastronómicos deberían pensárselo. Dejemos crecer a la criatura, que así tocamos a más.

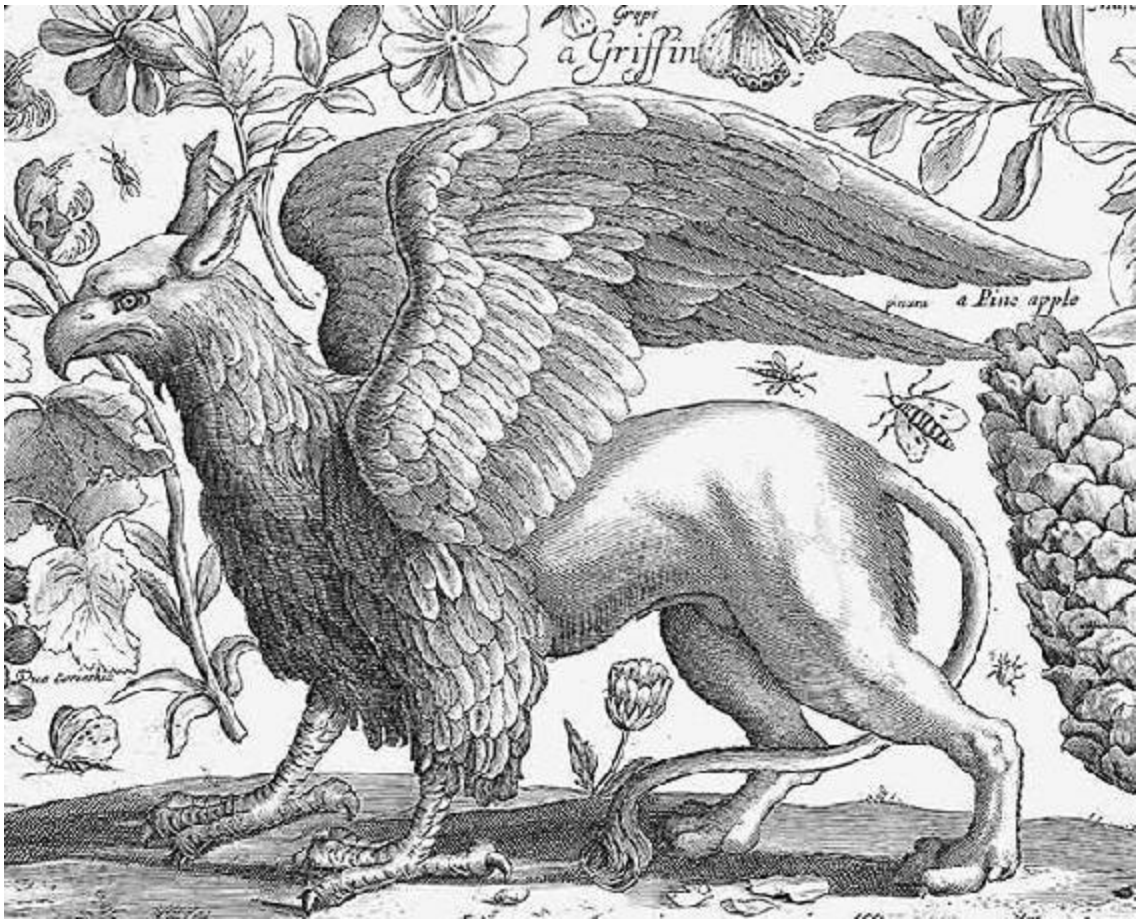
15
¿DE DÓNDE SALIERON LOS GRIFOS?

Grifo: mecanismo provisto de una llave que sirve para abrir o cerrar el paso de un líquido. Vale, vale, de acuerdo, pero la familiar palabra tiene otra acepción más culta, no siempre al alcance de los fontaneros.

Los griegos de la antigüedad llamaban «grifo» (γρυφος) a un animal mitad águila y mitad león[79]. O sea, la conjunción de los dos animales que dominan la tierra y el aire. Los que visitamos museos o simplemente deambulamos por la calle observando los adornos escultóricos de edificios antiguos, especialmente *art nouveau,* estamos familiarizados con el aspecto de estos grifos: cabeza de águila real de vistoso plumaje, pico corvo y carnicero, y cuerpo de león de fuertes patas y aceradas garras. Y a ello se añade una cola de reptil.

Un mito de lucha frecuente en la antigüedad clásica era la grifomaquia, o sea, la lucha de un héroe humano con un grifo.

La imagen del grifo llegada a la península Ibérica desde Oriente con los colonizadores micénicos, fenicios o griegos seguramente tuvo un sentido funerario. Desde los tiempos de Tarteso se repite en la Península el tema de la lucha del hombre contra el monstruo, generalmente un león, a veces un lobo. Es una de las pruebas que debe sufrir el caudillo para divinizarse o heroizarse. Podría ser un vestigio del ritual de iniciación. En algunos pueblos primitivos el individuo que pasa de la pubertad a la plena hombría tiene primero que enfrentarse a una fiera, o exponerse a ser devorado por ella, o soportar con entereza dolores difícilmente tolerables. A los aficionados al cine que ya tenemos cierta edad nos recordará el ritual de iniciación apache en la película *Un hombre llamado caballo.*



El grifo en una representación renacentista.

Los helenos incorporaron el grifo a su mitología en la historia de la lucha de los *arimaspos*, un pueblo fabuloso de Asia cuyos naturales tenían sólo un ojo, contra los grifos que guardaban el oro de Escitia.

Los comerciantes griegos que traficaban con el oro escita desde el siglo VII a. de C. estaban convencidos de que el grifo era un animal real que abundaba en el desierto de Gobi, y que el altísimo precio del dorado metal era consecuencia de lo difícil que se había puesto extraerlo de allí.

Algunos naturalistas piensan, y quizá no anden muy descaminados, que la creencia en los grifos se basó en observaciones de fósiles erróneamente interpretados. En el desierto de Gobi, los esqueletos de *Protoceratops* y *Psittacosaurus*, que vivieron hace cien millones de años, se encuentran a veces en superficie. El pico y los huesos de las caderas del *Protoceratops* son tan parecidos a los de las aves rapaces que los griegos pudieron confundirse. Cresias (400 a. de C.) estaba convencido de que eran unas «aves con cuatro

patas» y Esquilo los llama «silenciosos perros de caza con picos crueles y puntiagudos».

Mientras tanto, los inquietantes grifos nos vigilan desde las gárgolas de las catedrales, desde los bestiarios medievales y desde las patas de los muebles renacentistas, esos estilos remordimiento que eran obligados en los despachos de los notarios antiguos.

El esqueleto fósil del Protoceratops inspiró el grifo (dibujo de E. Heck).

16
¿ES FALSA NUESTRA PRIMERA DAMA?

Hoy he visitado el Museo Arqueológico Nacional y, una vez más, me he parado a contemplar, inaccesible en su gesto severo y en su urna de cristal blindado, a nuestra primera Dama. LaDama de Elche, naturalmente.

Esta Dama, como tantas otras de carne y hueso, tiene un pasado. Apareció el 4 de agosto de 1897, al abrir una zanja, el sol estallando entre las palmeras, en el paraje de La Alcudia, junto a Elche, en las ruinas de la antigua Ilici.

La Dama de Elche.

Por una de esas extrañas casualidades de la vida, el hispanista francés Pierre Paris, llegó a Elche pocos días después del hallazgo (para asistir a la representación del *Misteri),* y cuando le mostraron la escultura, comprendió su enorme importancia y le faltó tiempo para contactar con los banqueros galos, Salomón y Bardac, que le giraron cuatro mil francos para que adquiriera aquella maravilla con destino al Museo del Louvre.

La Dama se nos fue a París en plena *belle époque*. ¡París! La ciudad del placer, de la *joie de vivre*, la urbe cosmopolita, aristocrática, libertina, refinada, la ciudad de la luz que no dormía: ópera, cafés, salones de la aristocracia, famosos restaurantes en los que afamados chefs competían por servir complejos platos, avenidas adoquinadas por las que se deslizaban los millonarios en coches de punto charolados, también bohemia de Montparnasse, plena eclosión del expresionismo, el fovismo, el modernismo…, francachelas en el Salón de la *rue* des Moulins, el Moulin de

la Galette, el Moulin Rouge, Le Chat Noir o el Folies Bergère, absenta y champán bebido en el zapatito de la hermosa, que ayer fue *demi-vierge*…

¡Nuestra Dama en París! Es fama que después de ver amanecer, reconfortados con una sopa de cebolla de las tascas del *marché* Les Halles, los señoritos calaveras que trasnochaban se encaminaban al cercano Louvre y sobornaban a los vigilantes nocturnos para que los dejaran pasar a contemplar la conmovedora e hierática belleza de aquella reina mora española.

La Dama permaneció en París cuarenta y tres años hasta que, en 1941, el general Petain, jefe del Estado francés, se la devolvió a Franco como gesto de buena voluntad y hermandad entre Francia y España[80]. Desde entonces, recibe a sus admiradores en la sala ibérica del Museo Arqueológico Nacional.

En periodos de exaltación nacionalista (española) o regionalista (valenciana), la Dama de Elche se ha convertido en el tótem cultural que representa la nacionalidad española antes de Roma, o sea, la cultura autóctona.

«La misma Dama de Elche aparece con la cabeza y el cuello pudorosamente cubierto de paños —escribe Pemán—. Parece que las primitivas mujeres españolas estaban nada más que esperando que se levantara la primera iglesia de Cristo, preparadas ya con sus tocas para asistir a la primera misa».

Otro admirador, el marqués de Lozoya, reflexiona de este modo: «El escultor (de la Dama de Elche*)* copiaba, sin duda, directamente, pues las nobles facciones de su modelo se ven todavía en las huertanas de Valencia y Murcia, y el adorno […] recuerda en su traza general la peineta, los rodetes y las joyas de filigrana de las *llauradoras* actuales».

Abundando en esos testimonios ilustres, y con la debida humildad, el que suscribe también lleva quebrada alguna lanza en defensa de la españolidad de la Dama*:* «El lector perdonará si dejándonos arrastrar por los sentimientos damos en creer que los rasgos de esta virgencita de pómulo alto, boca fina, mirada soñadora y griega y gesto serio y solemnemente hierático reproducen los de alguna princesa […] la Dama es sólo un busto, pero nada cuesta imaginar que la infanta era de buena alzada, un punto caballona y corpulenta, algo escurrida de tetas pero potente de muslos, con un trasero de doce palmos de latitud y el pubis crespo y prieto como una macetica de albahaca».

¿Quién es la Dama de Elche? ¿A quién representa? La han querido identificar con una encopetada dama ibera, con una diosa e incluso con una

sacerdotisa ataviada con ropajes y adornos rituales, pero también pudiera ser una novia, no demasiado joven, a punto de pasársele el arroz, vestida con los abalorios y perejiles del tocado nupcial. Opiniones hay para todos los gustos, pero entre ellas la que parece más en razón es la que la considera un retrato de alguna venerada Diosa Madre cuyo original, probablemente tallado en madera y lujosamente enjoyado, se venerara en un santuario local. Es posible que la imagen original fuese sedente, aunque se han hecho esfuerzos por imaginarla de pie, al estilo de sus primas y vecinas, las esculturas oferentes del Cerro de los Santos (Albacete). Lo cierto es que cerca del lugar donde la Dama se encontró existen trazas de un antiguo templo al que pudo pertenecer la imagen, así como otras esculturas que decoraban el mismo conjunto.

La datación de la Dama de Elche ha sido un asunto controvertido. Hoy se considera que la esculpieron a finales del siglo IV a. de C., hacia el año 475 a. de C., pero no faltan opiniones discordantes[81]. Dejémoslo en que es una escultura indígena con influencias griegas.

Desde su aparición, la Dama de Elche ha tenido que soportar dudas acerca de su honestidad. ¿Es auténtica o es falsa? ¿Es un hombre, es una mujer o ni lo uno ni lo otro?

El profesor norteamericano John F. Moffit sostenía que la Dama de Elche es falsa, y la creía obra del escultor valenciano Francisco Pallás y Puig, que la esculpiría hacia 1897. Moffit sospechaba que las circunstancias del descubrimiento estaban preparadas para que el doctor Campillo, propietario del terreno y arqueólogo aficionado, hiciera un buen negocio al vender la pieza al gabacho.

Para Moffit, la oportuna aparición de la Dama en el contexto del desastre de la pérdida de Cuba y Filipinas, en 1898, sugería una lectura política al demostrar la avanzada civilización que había alcanzado España antes de los tiempos de Roma: «De ahí lo oportuno que resultó el hallazgo de la Dama de Elche, la cual pudo verse, en fin, como la prueba palpable de ese ideal elusivo que muchos españoles finiseculares habían estado persiguiendo con tanto ahínco. […] su aspecto era maravillosamente moderno, con un punto de exotismo a lo Gustave Moreau, y no pocas evocaciones a la Salambó de Flaubert. La estatua sugería un cierto optimismo histórico, como si anunciara una nueva grandeza para un futuro inmediato […]».

Excuso decir que casi todos los prehistoriadores españoles han reaccionado airadamente contra la tesis de Moffit. Sin embargo, algún historiador del arte

apoya la tesis del americano: «La Dama de Elche tendría que estar en el Reina Sofía y no en el Arqueológico —opina Juan Antonio Ramírez—; es una pieza importante del arte contemporáneo que tuvo mucha influencia en artistas como Picasso y Brancusi».

Por su parte, el profesor José M. Gómez-Tabanera escribe: «El descubrimiento del busto ilicitano en 1897 coincide, sospechosamente, con la emergencia del modernismo y su expresión en los países catalanes del llamado *noucentisme* (noucentismo) y después *novecentismo* formulado por Eugenio d´Ors *(Xenius),* que llega a su plenitud en la Diosa del escultor José Clará —imagen de la mujer mediterránea— llamada a representar la estética oficial»[82].

Es cierto que resulta algo sospechoso que la Dama se descubriera pocos días antes de la llegada de Pierre Paris al pueblecito en el que se encontró. No obstante, no sería la primera vez que una hermosa escultura se rescata porque una persona entendida anda cerca en el momento del hallazgo. La famosa Venus de Milo, del siglo II a. de C., se salvó por una coincidencia parecida[83].

Entonces, ¿en qué quedamos, la Dama de Elche es legítima ibera o es falsa e imitación? Los patriotas afectos a la Dama podemos respirar tranquilos: tanto el análisis de pigmentos realizado por un equipo del CSIC (que ha demostrado que la escultura estuvo pintada de rosa y azul, a usanza griega), como el análisis estilístico parecen confirmar la legitimidad de la Dama. Las nuevas esculturas iberas que van saliendo a la luz coinciden en ese aire arcaico de la Dama, especialmente en su nariz recta que enlaza directamente con los arcos supraciliares, los ojos entreabiertos y algo prominentes y los labios de comisuras separadas.

Esos estudios de arcanos métodos no siempre infalibles no disipan las dudas de los conspiranoicos que prefieren seguir pensando que la Dama es tan falsa y traidora como las mujeres de los tangos, esas composiciones lunfardas que mi buen amigo Torrente Ballester definía como «lamentos de cornudo».

17
LA INVENCIÓN DE LA CERVEZA

España se ha convertido, en sólo una generación, en una nación de cerveceros. Hemos dejado de beber vino, aquel peleón que se compraba en frascas en la taberna del barrio, y ahora bebemos cerveza a todo pasto. La rubia *lager*, se entiende.

El caso es que, hurgando en la historia, descubrimos que en España la cerveza precedió al vino. Nuestros antepasados prerromanos ya la consumían. El primer vino lo trajeron los fenicios hacia el siglo VI a. de C. y, debido a su escasez, se convirtió en una bebida de lujo sólo accesible a los más pudientes. Hubo que aguardar a la romanización para que el cultivo de la vid arraigara y se extendiera por la Península (hasta completar la trilogía mediterránea: trigo, vid, olivo). Sólo entonces cedió terreno la cerveza frente al vino.

A los griegos y a los romanos les parecía que el vino era una bebida civilizadora, mientras que la cerveza era propia de pueblos bárbaros. «Los pueblos de Occidente —escribe Plinio— se embriagan con bebidas de granos mojados». Cuenta Polibio, con cierta socarronería, el caso de un jefecillo español, un nuevo rico, que disponía de cráteras de oro y de plata, pero las llenaba de «vino de cebada», es decir, de cerveza. Cuando vemos abrevar esas grandes jarras de cervezas a los *hooligans* ingleses que vienen a España a disfrutar del sol y de los precios, tentado está uno de compartir el prejuicio de los clásicos sobre que la cerveza sea bebida de bárbaros, pero luego te tomas una fresquita y bien tirada y se te pasan esos malos pensamientos.

Las bebidas de trigo fermentado eran bastante comunes en el Mediterráneo. El historiador griego Estrabón llama *zythos* a una cerveza que fabricaban los pueblos del centro y norte de la Península, pero en Plinio ese

mismo nombre designa a la cerveza egipcia, mientras que a la española la llamaba *caelia* o *cerea*. En la vecina Galia, la misma bebida se llamaba *cervesia*, de donde procede el nombre.

Lo que difería, además de los nombres, eran los procedimientos de fabricación. «Por medio del fuego —explica Orosio de la cerveza española— se extrae este jugo del grano de la espiga humedecida, se deja secar y, reducida a harina, se mezcla con un jugo suave cuyo fermento le da un sabor áspero y un calor embriagador». También resultó un estimable producto de tocador, dado que «su espuma suaviza el cutis femenino» (nuevamente Plinio).

En la cerveza más antigua se usaba indistintamente trigo o cebada, pero más adelante la experiencia les hizo decantarse por la cebada. La más productiva se cultivaba en la zona de Cartagena. Los celtíberos la sembraban en abril, según Plinio, y obtenían dos cosechas al año.

En la antigüedad existió una variedad de licores obtenidos mediante fermentación de cereales o frutos (higos, manzanas, dátiles, peras…), a veces con añadido de plantas aromáticas, agua, miel e incluso vinagre. El hidromiel celtíbero, mezcla de agua y miel fermentada al sol, se reforzaba con diversos jarabes de plantas y frutos cocidos. Los romanos los despreciaban como vinos falsos *(vina ficticia).* «Todos estos vinos han sido condenados por Temistio, una de las mayores autoridades —asegura Polibio—. Así debe ser: la naturaleza no ha creado los arbustos para que nos los bebamos».

¡Ay, si Polibio levantara la cabeza!

Los vinos españoles más famosos fueron los de Turdetania, que rivalizaron con el de Quíos y el Falerno, en tiempos de Roma. «Los viñedos lacetanos (barceloneses) de Hispania —alaba Plinio— son famosos por el mucho vino que de ellos se obtiene, pero los tarraconenses (Maestrazgo) y los lauronenses (Valencia) lo son por su finura así como los baleáricos, que se comparan con los mejores de Italia».

Para el gusto moderno, es posible que estos vinos dejaran mucho que desear: les añadían especias para mejorarlos porque incluso el vino más puro adquiría un cierto sabor a resina procedente del ánfora en la que lo almacenaban.

Existieron en Hispania otros licores de graduación alcohólica cuya receta se ha perdido. «En los alegres convites —escribe Plinio— se sirve una bebida de cien hierbas a la que se añade vino mielado, bebida que se tiene por muy

sana y agradable. Se ignora, empero, la clase de ingredientes que entran en su composición así como su preparación. Sólo se conoce su número que es el que delata su nombre». (¿Sería una especie de vermut?).

Andando el tiempo, el vino alcanzó para todos y alcanzó la consideración de alimento fundamental, generador de la sangre, más que bebida meramente placentera. El auge del vino acarreó un paulatino olvido de la cerveza. Es notable que uno de los integrantes de la embajada que envío la ciudad de Sevilla a Flandes (para exponer unas quejas ciudadanas al jovencísimo Carlos V) denunciara, a su regreso, que les habían dado a beber un brebaje pestilente más parecido a meados de yegua que a bebida de cristiano: la cerveza, claro.

Era Flandes la única región europea donde no se producía vino, lo que explica que sus habitantes fueran más inclinados al consumo de cerveza. Precisamente de la corrupción del nombre del antiguo conde de Flandes, *Jan Primus* (es decir Juan Primero), procede Gambrinus, el patrón de la cerveza, ese hombre que vemos en el anuncio de Cruzcampo, alegre y coloradote, abrazado a un barril casi tan grande como su panza. Del *Jan Primus* de Flandes se decía que vivió trescientos años y murió lamentando no haber bebido más cerveza.

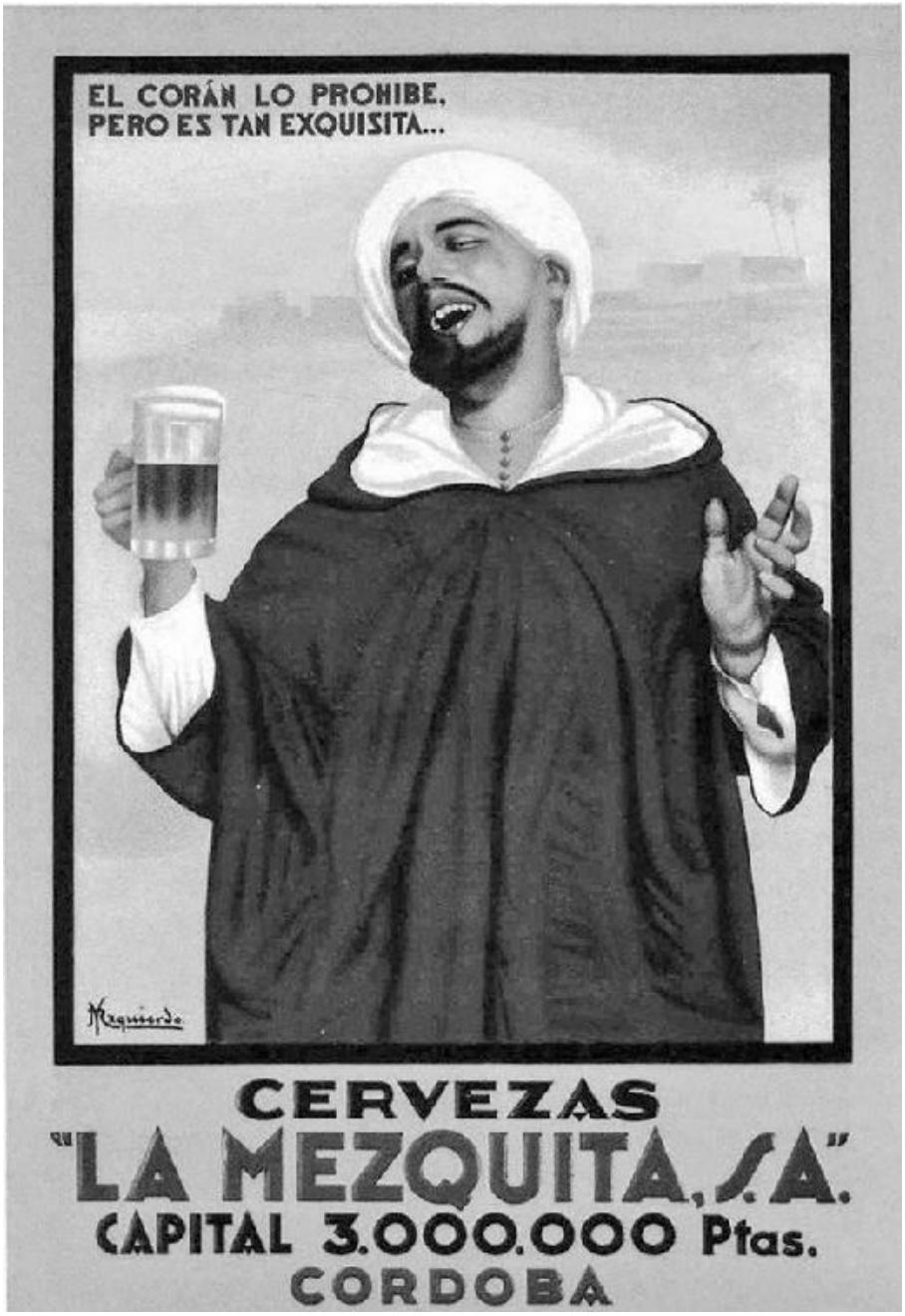
Fueron precisamente los maestros cerveceros llegados de Flandes con el séquito de Carlos V los que reintrodujeron el rubio brebaje en España. Al principio, con alguna dificultad debido al rechazo con que la nobleza autóctona acogía todo lo flamenco.

Los nacionalistas castellanos, es decir, los comuneros, nunca apreciaron la cerveza. Quizá la hubieran admitido, espumosa y fresca, de haber sabido que había sido la bebida autóctona española antes de que el cultivo de la vid la desplazara, en tiempos de Roma. Pero de aquella *caelia* que bebían los antiguos iberos nadie conservaba ya noticia y la espumosa rubia tuvo que ganarse nuevamente la voluntad y los paladares de los españoles a fuerza de paciencia y perseverancia.

Parece que las primeras fábricas de cerveza se instalaron en Madrid, debido a la calidad de las aguas del río Manzanares, y en Sevilla, donde, debido a su condición de puerto de las Indias, existía una crecida colonia de bebedores de cerveza flamencos y alemanes. Fue creciendo la afición, aunque sin desbancar al vino, y a finales del siglo XVII, ya había en Madrid varias fábricas que exportaban el dorado brebaje a distintos lugares. Tras la guerra de la Independencia la producción de cerveza dejó de estar en manos de

algunas familias que la monopolizaban y su fabricación y consumo se extendió a las principales ciudades del reino.

Todavía en mi infancia (posguerra española, en una provincia andaluza) la cerveza se consideraba una bebida elegante que la gente humilde consumía solamente en contadas ocasiones. Ahora se ha popularizado, alcanza a todo el mundo y nuevos tipos de cerveza (los propiamente denominados *ale* y *beer)* se van incorporando al aprecio de los paladares españoles. En esto *Spain* ha dejado de ser *different* y se ha sumado a las corrientes europeas. Ahora tenemos incluso talleres de elaboración de cerveza y cursos de cata, y el que no sabe recitar de memoria dos docenas de marcas de cervezas exquisitas pasa por un rústico.



Anuncio de cerveza. Años 1920.

18
CRUCIFIXIÓN ROMANA

¿Alguna vez ha pensado el lector que si los romanos hubiesen ejecutado a Jesús en la horca, ahora las iglesias estarían presididas por una soga? ¿Y si lo hubieran decapitado con un hacha o, más complicado todavía, con una guillotina?

La crucifixión de Cristo nos ha familiarizado con su imagen en la cruz, y la contemplación cotidiana de imágenes de Jesús en el madero resta dramatismo a la escena hasta hacernos olvidar lo terrible del caso. Sumemos a ello que, desde que el concilio Vaticano II optó por modernizar a la Iglesia, apenas quedan predicadores leptosomáticos y halitosos, de voz cavernosa y adjetivación sombría, que aflijan a las beatas más ancianas y sensibles con la descripción detallada de los suplicios de Cristo. Consciente de esta carencia permítanme que rellene ese hueco refrescando la memoria de los cristianos antiguos o exponiendo en qué consistía la crucifixión a los más recientemente incorporados.

Era la crucifixión, en tiempos de Cristo, «la pena más cruel y dolorosa y extrema»[84], la *mors aggravata* (en competencia con la muerte en la hoguera o devorado por las fieras, que eso iba en gustos).

La crucifixión era, tradicionalmente, el *supplicium servile* reservado a esclavos y bandoleros[85], jamás a un ciudadano romano (salvo que incurriera en un delito de sedición o lesa majestad, *laesa maiestas populi romani).* ¡Quién les iba a decir a los romanos que aquel odioso *arbor infelix*, como lo llamaban, se convertiría andando el tiempo en símbolo de una de las religiones más divulgadas en el mundo!

El origen de la crucifixión se desconoce. Probablemente lo inventaron los asirios, aquel imaginativo pueblo que tantas aportaciones punitivas legó a la humanidad. También la practicaron con entusiasmo egipcios, persas, griegos, fenicios y cartagineses e incluso pueblos ajenos a nuestro entorno histórico[86].

En la crucifixión romana, el condenado no cargaba con la cruz entera, como reproduce erróneamente la iconografía cristiana (y la visión de sor Ana Catalina Emmerich, la inocente, o taimada, embaucadora[87]), sino solamente con el travesaño horizontal *(patibulum),* que pesaba entre 30 y 50 kilos, porque el vertical *(stipes)* estaba fijo en el lugar de las ejecuciones[88]. Incluso, a veces, no había madero horizontal, sino sólo el vertical, al que se clavaban los brazos levantados del reo.

Llegados al lugar de la ejecución, los verdugos desnudaban al condenado y le clavaban los brazos al *patibulum* introduciendo el clavo entre los huesos cúbito y el radio[89] y lo izaban sobre el *stipes,* cuyo extremo superior estaba rebajado para que se machihembrara con una escotadura del travesaño. Después clavaban o ataban las piernas del crucificado al madero vertical. A los pies colocaban un estribo o reposapiés, el *suppedaneum lignum,* ese taco triangular que observamos en casi todas las representaciones de Jesús crucificado[90].

La cruz es, en su aparente simplicidad, una compleja máquina de tormento en la que el reo tardaba a veces varios días en morir, tras una agonía atroz (Jesucristo, fallecido a las nueve horas, fue una excepción, por algo era Hijo de Dios). La tensión en los músculos pectorales y abdominales obliga al crucificado a respirar con el diafragma, de modo bastante incompleto. Esto conduce fatalmente a una progresiva falta de oxígeno, que acaba provocando la muerte por asfixia o por insuficiencia coronaria (estimulada por reducción de la presión arterial, que disminuye el caudal de sangre que llega al corazón y al cerebro). No obstante, cuando el crucificado sentía que le faltaba el aire, descansaba instintivamente el peso del cuerpo sobre el *sedile* o *cornu,* un clavo grueso que sobresalía de la cruz a la altura de su entrepierna, sobre el que podía acomodarse a horcajadas si es que no se lo introducían por salva sea la parte para redondear el suplicio. Ese apoyo le aliviaba los músculos del tronco e inmediatamente la sangre volvía a ascender y la sensación de asfixia se mitigaba, pero el dolor que el *sedile* provocaba al presionar en el sensible perineo era tan insoportable que, nuevamente, el crucificado elevaba su peso

para calmarlo, lo que otra vez ponía en marcha el proceso que conducía a la asfixia o al infarto[91].

En el antiguo Israel, las mujeres de familia noble desempeñaban la piadosa tarea de administrar a los reos bebidas anestésicas, por lo general mirra disuelta en vino. Cristo rechaza en principio estos alivios[92], pero, ya puesto en la cruz, la pérdida de sangre le produce una sed devastadora y suplica que le den de beber: «Tengo sed». Los guardianes romanos se apiadan de él y le acercan a la boca una esponja con agua y vinagre, no para aumentar sus sufrimientos, como explicaban curas mendaces o deficientemente informados[93], sino justo al contrario, para mitigárselos. Los legionarios romanos combatían la sed con la *posca,* una mezcla de agua y vinagre[94].

Cuando al *exactor mortis*, el verdugo que dirigía la ejecución, le interesaba acelerar la muerte del reo, le fracturaba los huesos de las piernas *(crurifragium)* con una barra de hierro, lo que le impediría apoyarse sobre el *sedile* cuando sobrevinieran la asfixia o el paro cardiaco[95]. Por el contrario, podía prolongar la agonía y el suplicio de un crucificado que estuviera demasiado débil perforando su costado de una lanzada para que el aire penetrara directamente en el pulmón, a modo de rudimentario y brutal neumotórax (éste pudo ser el propósito de la lanzada de Cristo y no el de asegurarse de que ya estaba muerto, como interpretan los victimistas Evangelios).

Los romanos practicaron la crucifixión hasta que el emperador Constantino la abolió en el año 337, por respeto a la memoria de Jesucristo, lo que seguramente le mereció el aplauso de los delincuentes. Sin embargo, pasado un tiempo se recuperó el suplicio. La Edad Media está llena de cruces, especialmente en el islam, pero también, ocasionalmente, en países cristianos[96], donde se crucificó a enemigos especialmente odiosos[14].

[97] Las representaciones artísticas de Cristo en la cruz han idealizado el terrible suplicio. Los primeros artistas tuvieron que imaginar una forma de ejecución ya en desuso y dieron en representar la cruz mucho más alta de lo que en realidad solía ser. También, siguiendo el texto evangélico, imaginaron la lanzada en el costado derecho, a la altura del hígado (que se suponía el órgano vital antes de que se divulgara la circulación de la sangre)[98].

El número de clavos planteó otro problema: ¿cuántos sujetaron a Cristo en la cruz? La costumbre de representar a Cristo con tres clavos, dos en las

manos y otro en los pies, parece acertada a la luz de los restos del crucificado Yohanan, mencionado en las notas 6 y 7[99].

Restos del crucificado Yohanan (derecha) y su reconstrucción ideal (izquierda).

Una última observación: algunas crucifixiones pintadas o talladas por encargo de gremios o asociaciones representaban a Cristo ataviado con motivos alusivos al donante que encargaba la imagen, lo que a veces puede provocar equívocos[100].

19
EL BANQUETE ROMANO

Banquetes memorables he conocido algunos a lo largo de mi apacible vida, pero así, a bote pronto, sólo recuerdo unos cuantos: el del adinerado Trimalción, en el que compartí mesa con mi admirado Petronio; el de las bodas de Camacho, en cuyas cocinas escudriñé de la mano del amigo Sancho; el de las bodas de Gargamelle con Grangosier, en el que no pudimos acabarnos los entremeses, tan abundoso fue, y el de la consagración imperial de Carlos I, entre salvas atronadoras y chirimías que no te permitían hablar con el vecino. Por cierto que en éste degustamos el famoso relleno imperial aovado, una extravagancia de la culinaria vienesa.

Desde que el mundo es mundo el mejor modo de socializar es comiendo, aunque ahora lo de comer juntos se ha desvirtuado mucho desde que existen los almuerzos de negocios, los *brunch* y las comidas de empresa.

Entre las muchas costumbres griegas y etruscas que Roma adoptó figuraba la del banquete o *convivium,* una cena para hombres muy regada de vinos generosos. Los romanos, nuevos ricos que nunca perdieron del todo el pelo de la dehesa, hicieron del banquete una exhibición del poder económico del anfitrión. Y como a menudo este poder económico era inmenso, muchos banquetes romanos resultaron disparatados. Es lo que parece indicarnos el adusto Séneca cuando critica a sus conciudadanos acomodados que «vomitan para comer y comen para vomitar y no quieren perder el tiempo en digerir alimentos traídos para ellos desde todas las partes del mundo». «El castigo de la gula es inmediato —leemos en Juvenal—: cuando en el excusado arrojas un pavo entero sin digerir […]. De aquí se siguen las muertes repentinas de viejos sin hacer testamento».

Mosaico que representa un banquete romano. Obsérvense los restos en el suelo.

El banquete clásico constaba de aperitivos *(gustum* o *gustatio),* unos platos principales *(mensa prima* o *caput cenae)* y un postre *(mensa secunda).* Sobre esta base sólida iban cayendo sucesivas libaciones de vino y licores que prolongaban la sobremesa a lo largo de la joven noche hasta altas horas de la madrugada. En los banquetes más rumbosos, aunque quizá no en los más elegantes, intervenían bufones *(derisores),* juglares *(aretalogi)* e incluso bailarinas de varietés que eran, al propio tiempo, prostitutas, las alegres chicas de Cádiz *(puellae gaditanae)* cuyas canciones eran tan desvergonzadas que «no osarán repetirlas las desnudas meretrices».

En los banquetes de cierto nivel existía un esclavo *(scissor, carptor, structor)* que trinchaba la carne y la reducía a trozos del tamaño de un bocado mediano para que el comensal pudiera cogerla con dos o tres dedos, que era lo educado, sin pringarse en exceso. Entre plato y plato, otros esclavos acercaban aguamaniles para que los comensales se lavaran los dedos. Además, cada cual tenía a su alcance una servilleta de cumplidas proporciones que no sólo servía para secarse los labios y los dedos, sino también para enjugar el sudor y hasta para sonarse las narices. Por cierto, no se consideraba incorrecto traer la servilleta de casa para que al término del banquete sirviera para envolver las sobras si el comensal quería llevárselas. Andando el tiempo, parecería poco elegante concurrir con la servilleta, como un saqueador, y los más refinados prescindieron de ella. Marcial, bromista,

señala que un tal Hermógenes es de los que no llevan servilleta…, pero luego roba el mantel.

El alma del banquete era el vino, que el mundo romano consumía en grandes cantidades. Para nuestro gusto, los caldos romanos serían acres, fuertes y con sabor a humo, porque hasta la divulgación de los toneles, en el siglo II, solían envasarlo en ánforas cuyo interior acondicionaban con una mano de hollín de mirra o de resina. Parte de esta capa pasaba al vino, que tenía que filtrarse antes de escanciarlo. Ya podemos imaginar que la calidad dejaba bastante que desear pues los vinos se agriaban fácilmente. Entonces se bebían especiados con pimienta, hinojo y hierbas aromáticas que les disimularan el repunte. También era frecuente servirlos calientes y aguados, a la manera griega. A este efecto, en la cabecera del banquete se disponía un recipiente de agua caliente *(caldarium).* En verano, sin embargo, el vino se refrescaba sumergiéndolo en pozos o cubos de hielo picado que a veces eran de vidrio *(vasa nivaria)* y otras veces metálicos *(colum nivarium).* Nos estamos refiriendo, claro está, al vino de los banquetes elegantes. El ciudadano de a pie, mucho menos exigente, tomaba vino peleón, o *deuterio,* que al menor descuido daba en vinagre.

El vino melado *(mulsum, aqua mulsa)* procedía de un primer mosto endulzado con miel y fermentado en tinajas de barro y aclarado con ceniza, polvo de mármol o resina. A veces se concentraba hasta formar un jarabe que servía como fondo de salsa en diversos platos.

Fue una suerte que los romanos respetaran la honorable institución griega del moderador del banquete, el *arbiter bibendi*o *rex convivii*, una persona de respeto que indicaba al copero la proporción de agua y vino que debía servir a cada comensal para mantenerlo, a lo largo de la noche, en su punto de euforia etílica, algo achispado y gracioso, pero sin consentir que se emborrachara. De este modo se evitaba que un aguafiestas con dos copas de más desluciera la reunión con actitudes agresivas o con lloriqueos sentimentales. A pesar de lo cual muchos comensales se nublaban de tal manera que necesitaban ayuda para ir al retrete. Entonces recurrían a un criado personal, el *puer at pedes*, cuya función, como su propio nombre indica, era hacer guardia al pie del triclinio atento a los requerimientos del patrón.

El anfitrión solía ser un hombre importante *(patronus)* que invitaba a cenar a sus amigos y a sus protegidos *(clientes).* A otros no los invitaba pero les

enviaba de vez en cuando una cesta de comida *(sportula).* Invitación y cesta no son sino reminiscencias de la redistribución de alimentos en los tiempos antiguos, cuando el débil se ponía al servicio del poderoso a cambio de su protección. Con la creciente complejidad de la sociedad romana llegó a ser normal que el invitado llevase a su vez a otro invitado que permanecía a su lado o sentado a sus pies y recibía el revelador nombre de *umbra*, sombra. Hay que tener en cuenta que, en el contexto cultural antiguo, el gorrón o parásito es una institución honorable. Ya lo dice Sócrates con gran desparpajo: «Un hombre honrado va a cenar a la casa de otro hombre honrado sin que le hayan invitado».

La pasión romana por apurar los placeres de la vida, el *carpe diem*, no era sino la resignada aceptación de la brevedad del placer y de la insignificancia del hombre abocado al abismo de la muerte. ¿Cómo entender, si no, que en las mesas y divanes de las salas de banquetes se dibujaran o esculpieran esqueletos o calaveras con inscripciones similares a ésta: «Mírame: bebe y diviértete, porque en esto has de acabar?».

Recuerdo de la muerte en un mosaico romano en Antioquía.

20
EL SANTO GRIAL

Bueno, aquí el jubiloso jubilado reconoce que ha visto por tercera vez la película de Steven Spielberg *Indiana Jones y la última cruzada* (1989) y que ha disfrutado como un crío con la sucesión trepidante de ocurrencias del film calificado en su momento por el crítico David Elliott, del periódico *The San Diego Union*, como «ruidosa, brutal e infantil declaración de imbecilidad artística, e inclusive moral, relato sin historia, y pura acción sin nada de esencia».

¿Sin nada de esencia, desgraciado? ¿No es esencia suficiente ver trabajar al insuperable Sean Connery y contemplar los contoneos y los morritos de Alison Doody, que está que cruje en sus papeles de fanática nazi?

Aspirantes a ser el Santo Grial, el presunto vaso o cáliz en el que Cristo consagró en la Santa Cena, existen varios. Solamente en España hay dos, uno en Valencia y otro en León. Eso si no contamos el de El Cebrero, en Galicia.

A finales del siglo XII, en tiempos de las cruzadas, se puso de moda el coleccionismo de reliquias, especialmente las relacionadas con la pasión de Jesús. Todo el que era alguien tenía un armario lleno de huesos de san Juan, piedras de la lapidación de san Esteban, pellejos ensangrentados de san Bartolomé, carbones de la parrilla de san Lorenzo, muelas de santa Oria o un cráneo de una de las diez mil vírgenes de Colonia.

En la distancia del tiempo, uno comprende que la siniestra afición quizá mereciera dos hostias bien dadas, pero en descargo de aquellas generaciones hay que apuntar que, privados de fútbol y de tele, en algo tenían que entretenerse.

Una piadosa leyenda aseguraba que uno de los discípulos del Señor, José de Arimatea, había recogido, al pie de la cruz, la sangre de Jesús en el mismo cáliz que sirvió para instituir la eucaristía en la Última Cena.

Otra leyenda certificaba que, años después, José de Arimatea evangelizó Gran Bretaña, al frente de otros doce misioneros, e instituyó su diócesis en Glastonbury o Ávalon.

José de Arimatea, obispo de Glastonbury, solía oficiar misa con el sagrado cáliz de Cristo, el Grial. Cuando falleció, le sucedió su cuñado Bron, apodado «el Rey Pescador» porque, con ayuda del Grial, repitió el milagro de los panes y los peces.

Según otra versión, el Grial quedó depositado en un castillo situado en la cima del monte Muntsalvach, o Monte de la Salvación, bajo la custodia del Rey Pescador. En este templo o castillo del Grial se custodiaban, además del Santo Cáliz, la Sagrada Lanza del romano Longinos, la misma que traspasó el costado de Cristo en la cruz, y una bandeja igualmente sagrada, la que contuvo el pan de la Santa Cena.

El Rey Pescador resultó herido en el muslo, no sabemos cómo, con la Sagrada Lanza. La supurante herida infligida con el hierro que traspasó el costado de Cristo sólo podría curarse mediante un milagro, pero, mientras éste llegaba, en el reino del Rey Pescador no maduraría el cereal ni los árboles darían fruto alguno[101]. O sea, hambre y miseria.

Pasemos ahora al segundo acto de esta maravillosa historia. Cuando los romanos se retiraron de las Islas Británicas, surgieron espontáneamente una serie de reinos, entre ellos el del rey Arturo que reunía a sus principales caballeros en torno a la gran mesa que afrancesadamente conocemos como Tabla Redonda.

Uno de los temas recurrentes en las historias de los caballeros de la Tabla Redonda es la búsqueda del Grial. El milagroso cáliz se había presentado ante la asamblea de los caballeros del rey Arturo cubierto por un velo, de modo que ningún caballero pudo contemplarlo directamente. Cuando la aparición se desvaneció, todos quedaron tan prendados de aquella experiencia que prometieron consagrarse a la búsqueda del precioso talismán. Esta resolución entristeció a Arturo, que preveía la disolución de la hermandad de la Tabla Redonda si sus componentes se dispersaban en busca del Grial.

El Grial, heredero de muchas tradiciones religiosas precristianas, sufrió una intensa reelaboración en manos de los poetas, principalmente de Chrétien

de Troyes, a fines del siglo XII, y de Wolfram von Eschenbach y los autores de la *Queste del Saint Graal*, a principios del siglo XIII. Enriquecido en su significado esencial, acabó simbolizando la unión mística con Dios.

En distintos poemas se narran las aventuras de los caballeros Lanzarote, Gawain, Bors, Perceval y Galahad en su búsqueda del Grial. El éxito final quedaba reservado, por la gracia divina, a sólo tres de ellos: a Galahad, porque preservó su pureza; a Perceval, porque mantuvo su inocencia, y a Bors, porque nunca dejó de ser humilde. Los otros caballeros fracasaron a causa de sus pecados: Lanzarote, porque cometió adulterio con la reina, por lo que sólo alcanzó a ver el Grial en sueños, y sir Gawain porque no se percató del aspecto místico de la empresa y siguió un camino equivocado.

La leyenda del Grial inspiró al poeta Chrétien de Troyes (hacia 1180) su obra *Perceval*, *el cuento del Grial* que le añadió nuevos detalles de gran contenido simbólico según la moda de la época. Perceval, un joven e inexperto galés que es la inocencia personificada, porque se ha criado apartado de todo contacto con el mundo, marcha en busca de aventuras. En la ribera de un río encuentra a un pescador tullido y poco después llega a un valle maravilloso en cuyo centro se alza un castillo. Recibido en la fortaleza con todos los honores, el joven descubre con sorpresa que el señor del lugar no es otro que el Rey Pescador, aquel tullido al que había encontrado horas antes. Llegada la hora de la cena, un misterioso cortejo atraviesa el salón.

> Las antorchas daban luz a la sala con tal resplandor que no podría hallarse en todo el mundo una estancia iluminada de modo semejante. Mientras estaban charlando con placer, apareció un paje que salía del aposento contiguo. Sujetaba por la mitad del astil una lanza blanca y resplandeciente. […] Una gota de sangre perlaba la punta del hierro de la lanza y se deslizaba hasta la mano del paje. […] Aparecieron entonces otros dos pajes, robustos y bien parecidos, cada uno de los cuales portaba una lámpara de oro con incrustaciones: en cada lámpara brillaban no menos de diez cirios. Luego apareció un Grial que llevaba entre sus manos una bella y gentil doncella, ricamente ataviada. La seguían dos criados. Cuando entró portando el Grial, invadió la sala tan gran claridad que la luz de los cirios palideció como ocurre con la Luna y las estrellas cuando sale el Sol. Detrás de la doncella iba otra que portaba una bandeja de plata. El Grial que iba delante era del oro más puro, adornado con una variedad de ricas piedras preciosas como no se encontrarán otras en la tierra o en el mar: ninguna gema podía compararse con el Grial.

El extraño cortejo desfila tres veces ante los asombrados ojos de Perceval, pero el muchacho reprime su curiosidad recordando que su tutor le aconsejó abstenerse de formular preguntas indiscretas. Si hubiese preguntado a quién sirve el Grial, se le hubiese desvelado el misterio y hubiese devuelto la salud

al Rey Pescador y la prosperidad de su reino. El joven Perceval se acuesta con esta duda y cuando despierta encuentra el castillo deshabitado. Después de esto, tanto Perceval como otros caballeros de la corte del rey Arturo emprenderán, en diversos autores, la búsqueda del Grial.

EL VASO Y LA PIEDRA

La leyenda del Grial compendia un conjunto de mitos y creencias paganas heredadas de la antigüedad. El Grial o cáliz de Cristo adopta, en las versiones paganas más antiguas, muy diversas formas: bandeja, piedra, copa, caldero, mesa o piedra preciosa. Es posible que la primera representación griálica fuera el círculo, representación de la bóveda celeste interpretada como un cuenco invertido. Un sentido similar pueden tener los círculos pintados o esculpidos que aparecen en algunos monumentos prehistóricos, así como las esferas de piedra y las estelas redondeadas que suelen asociarse a las culturas megalíticas. Muchas de ellas, vestigio de una religión matriarcal, han recibido culto en tiempos cristianos.

El vaso o recipiente, como representación de matriz de la creación, se utiliza en muchos ritos. Entre los celtas es un caldero en el que se renace o que inagotablemente dispensa alimentos a los guerreros, como el cuerno de la abundancia de otras mitologías (sueño muy acariciado por los famélicos celtas); en los cultos de Dionisos se bebía de un vaso sagrado; algo parecido era el *Kernos* de los misterios de Eleusis. Otras veces la función griálica descansa en una piedra sagrada como la saturnina que los griegos adoraban en el monte Helicón o la que los musulmanes veneran en la *Kaaba*. En la mitología cristiana puede ser también una esmeralda de extraordinarias proporciones, procedente del cielo, quizá la que adornaba la frente de Lucifer antes de su caída (Lucifer significa «que lleva la luz»). Esta piedra podría ser el tercer ojo que en la tradición oriental concentra la sabiduría, el conocimiento iniciático y la perfección.

En cualquier caso, el Grial significa la unión con lo divino, el conocimiento, la ascensión a una esfera superior de conocimiento en que se

comprende directamente a Dios y su creación y el hombre alcanza su máxima perfección y plenitud espiritual.

Se ha especulado mucho sobre el sentido de los mitos griálicos cristianos. Para algunos son el reflejo tardío de un antiguo ritual pagano de culto a la fecundidad. El Rey Pescador sería una especie de Adonis cuya herida acarrea la esterilidad de la tierra. El Grial, y la lanza que lo precede, serían símbolos sexuales igualmente relacionados con el culto a la fecundidad. La pregunta que el inocente caballero no se atreve a pronunciar sería la fórmula mágica requerida por esa iniciación. Es una explicación ingeniosa, aunque difícil de aceptar en todos sus extremos. Lo más probable es que no exista una intención clara y consciente detrás de las leyendas del Grial. Se formaron a partir de un brumoso entramado de tradiciones y mitos irlandeses y galeses y recibieron indudables influencias orientales cuyos caminos son difíciles de precisar. Eso es todo.

Los mitos del Grial no parecen haber muerto en nuestros días. Antes bien, gozan de excelente salud y menudean las obras que pretenden divulgarlos y explicarlos.

La exaltación del sagrado cáliz en algunas óperas de Wagner y la admiración por la obra de este contundente músico, profesada por los jerarcas nacional-socialistas, produjo en la Alemania hitleriana el rebrote de una remozada mitología del Grial, considerado ahora como el libro sagrado depositario de la tradición aria.

Ya en nuestros días, se ha pretendido identificar a María Magdalena con la mujer que porta el Grial. María Magdalena habría sido la esposa terrenal de Cristo (sabido es que los judíos ortodoxos, y Cristo fue uno de ellos, estaban obligados a casarse). Después de la muerte de Cristo, María Magdalena habría emigrado a Francia y habría transmitido la sangre de Cristo *(sang real,* es decir el Grial) a ciertas dinastías europeas[102].

ESPAÑA, TIERRA DE GRIALES

La leyenda del Grial cristiano se divulgó en el siglo XIII, al tiempo que algunas iglesias y santuarios pretendían poseer la preciada reliquia.

El más famoso Grial peninsular se encuentra en la catedral de Valencia. Sus devotos sostienen que el papa Sixto II, en el siglo III, lo confió a su diácono Lorenzo, quien lo envió a su Huesca natal. Cuando los musulmanes invadieron España, el obispo Auduberto ocultó la preciada reliquia en el monasterio de San Juan de la Peña. Está probado que en 1134 los monjes poseían, en efecto, un cáliz de piedra. Este cáliz pasó en 1399 a Martín el Humano, que lo depositó en la Aljafería de Zaragoza. Durante el reinado de Alfonso el Magnánimo fue a parar a la catedral de Valencia.

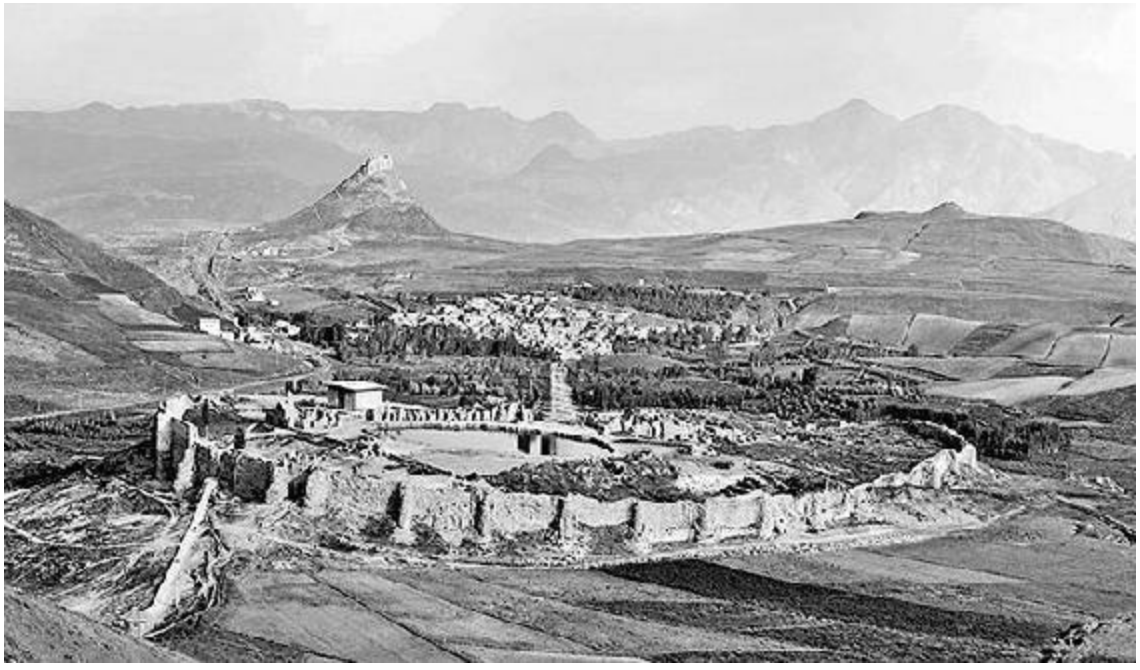
El Santo Grial español.

Otro supuesto Grial, el *sacro catino,* se conserva en la catedral de San Lorenzo, Génova, llevado de Tierra Santa por cruzados genoveses. Es un plato hexagonal de cristal verdoso que se pensaba tallado en una esmeralda gigantesca, hasta que un examen reciente demostró que sólo es un cuenco de cristal tintado, de origen islámico, datable en el siglo X.

El Grial británico, a falta de títulos históricos, los tiene arqueológicos: es una bandeja de cristal de piedra hallada en Glastonbury.

Según los poemas griálicos, la montaña donde estaba enclavado el santuario que atesoraba la prodigiosa copa se llamaba Muntsalvach, o Monte de la Salvación. Se ha especulado mucho sobre su localización, particularmente después de su mención en la ópera de Wagner *Lohengrin*. Últimamente goza de cierta fortuna su identificación con el santuario catalán de Montserrat, pero otros hablan del monasterio gerundense Sant Pere de Roda, del Mont Saint-Michel de Francia, e incluso de Montsegur, el último bastión de los cátaros.

La montaña maravillosa que albergaba el Grial era de acceso difícil y lleno de obstáculos. La crítica moderna cree descubrir el origen de este castillo del Grial en un monumento que construyó el rey persa Cosroes hacia el año 600. Había en la tradición iraní una montaña sagrada en la que se decía que había nacido Zaratustra, el profeta del mazdeísmo. Cosroes edificó en esta montaña un espléndido castillo-santuario de planta circular al que llamó Trono de los Arcos *(Takab Takht e Soleyman).* En este santuario se veneraba el Fuego Sagrado de la religión irania y se celebraban diversas ceremonias que tenían por objeto estimular la fecundidad de la tierra al principio de la primavera.



El Trono de los Arcos o *Takab Takht e Soleyman.*

Cuando Cosroes conquistó Jerusalén, en el año 614, se apoderó de diversos objetos sagrados, entre ellos la pretendida Cruz de Cristo. Antiguamente se

pensaba que los objetos sagrados emanan una energía mágica que se transmite a su poseedor y al lugar donde se depositan. Fiel a esta creencia, Cosroes agregó los santos objetos conquistados a las reliquias atesoradas en el Trono de los Arcos. Allí estuvieron hasta que en 629 el emperador de Bizancio, Heraclio, invadió Persia, destruyó el Trono de los Arcos, rescató la Santa Cruz y la llevó a Constantinopla.

Cabe dentro de lo posible que la minuciosa descripción que el poeta Albrecht von Scharfenberg hace en su obra *Titurel*, a principios del siglo XIII, del castillo del Grial, en todo coincidente con el testimonio arqueológico que aportan las ruinas del Trono de los Arcos, proceda de alguna crónica bizantina que describiera el santuario. En cualquier caso, la mención cristiana de un monumento pagano situado en los confines del mundo y destruido en el siglo VII es la que ha venido a inspirar el santuario del Grial.

El castillo del Grial resulta ser, por tanto, el histórico santuario de la religión mazdeísta, remota inspiradora de las herejías dualistas medievales. Y, sorprendentemente, el tema del cáliz sagrado reaparece en la mitología de nuestro tiempo con una vertiente cátara relacionada con el castillo de Montsegur. Indiana Jones lo busca, y lo encuentra, en una mítica ciudad cinematográficamente representada por las ruinas de Petra. ¡Lástima que en la realidad, detrás de la fachada de aquel palacio-tumba, sólo encontremos la roca viva de la montaña nabatea!

Es que, después de todo, el Grial sólo pertenece al mundo de los sueños.

21
PROSTITUTAS SAGRADAS EN LA ANTIGUA IBERIA

Después de la excursión mística a los terrenos griálicos, retomemos el tema del fornicio, ya que veo que despierta la atención del lector.

El historiador griego Heródoto escribe:

> La costumbre más ignominiosa de los babilonios es la siguiente: toda mujer del país debe, una vez en su vida, sentarse en el santuario de Afrodita y yacer con un extranjero. […] se sientan en el santuario con una banda de cuerda en la cabeza […] y no regresan a su casa hasta que algún extranjero les echa dinero en el regazo y yace con ellas en el interior del santuario. Y al arrojar el dinero basta con que diga: «Te reclamo en nombre de la diosa Milita» (como llaman los asirios a Afrodita). La mujer sigue al primero que la requiere, sin despreciar a nadie. Tras la relación sexual, cumplido el deber para con la diosa, regresa a casa y observa una vida honesta. Como es lógico, las mujeres guapas y hermosas no tardan en cumplir el precepto, pero las feas han de aguardar mucho tiempo sin poder cumplir la ley, algunas hasta tres y cuatro años.

Desde la perspectiva cristiana, esta asociación de religión y sexo puede resultar sorprendente, pero, como se sabe, a distintas culturas corresponden distintas formas de adorar a Dios, y en esto, como en todo, el que la lleva la sabe.

La prostitución sagrada era un vestigio de un rito propiciatorio de origen neolítico, o puede que anterior, encaminado a estimular la fecundidad de la naturaleza vegetal y animal. El sorprendente rito arribó a nuestra Península con los cultos de Astarté, la diosa fenicia del amor y de la fecundidad.

En Cádiz, el principal enclave fenicio de la Península, existió un famoso templo de Astarté, donde probablemente el sacerdote desfloraría a las niñas con un cuchillito de oro, como se hacía en la metrópolis Fenicia. Ya crecidas,

cuando llegaban púberes a su punto de sazón, aquellas muchachas ejercerían la prostitución sagrada sobre lechos rituales profusamente decorados con escenas eróticas. Algún lector verriondo pensará que cualquier tiempo pasado fue mejor. No es por llevarle la contraria a nadie, pero tengo para mí que hasta la aparición de la aspirina y de la democracia todos los tiempos fueron malos.

Del templo gaditano no han quedado vestigios, pero celdas individuales aptas para el ejercicio de la prostitución sagrada se han detectado en los laterales del santuario de Cancho Roano (Badajoz) y en otro santuario similar excavado en la ciudad iberorromana de Cástulo (Jaén).

Sin abandonar la Península, contamos con otros indicios arqueológicos que avalan la relación ancestral entre el sexo y lo sagrado. En la bella localidad leridana de El Cogul, comarca de la Garriga, existe un conjunto de pinturas rupestres fechadas unos 10.000 años antes de Cristo *(la Roca dels Moros)* [103]. En estas pinturas destaca una escena de danza en la que nueve mujeres bailan una paleosardana no en torno a sus bolsos apilados, sin distraer su vigilancia, como se hace actualmente, sino alrededor de una figura masculina que exhibe un falo pendulón de envidiable tamaño.

En Cieza (Murcia), otra pintura parietal representa a diecisiete hombres desnudos, con el mondongo al aire, y ocho mujeres con faldas acampanadas y en *topless* que levantan los brazos como si bailaran la jota o por sevillanas[104].

En el *heroon* o mausoleo de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), construido hacia el año 500 a. de C. para albergar las cenizas de un príncipe ibero, un relieve representa a un personaje fornido, de potentes piernas, bien dotado, que copula vigorosamente con una dama de la que sólo se ha conservado la parte frontal (faltan los muslos y el trasero, que presumimos ópimos si han de corresponderse con los de la otra parte actuante).

La cópula sagrada en el monumento de Pozo Moro.

El mausoleo de Pozo Moro reproduce un modelo de enterramiento neohitita o arameo bastante frecuente en el norte de Siria hacia el siglo VII a. de C. La escena copulatoria representa un pasaje de la *Epopeya de Gilgamesh*, un poema de origen sumerio, tablilla, I, columna IV, que narra el acoplamiento de Enkidu con la prostituta sagrada Shamhat, sacerdotisa de la diosa Ishtar enviada para civilizar al héroe y refinar un poco su rusticidad. El texto dice:

> La ramera vio a aquel salvaje, al hombre bárbaro que habita los confines del llano. «¡Ahí está la ramera! ¡Muestra las tetas, desnúdate y que posea tu belleza toda! ¡No seas melindrosa! ¡Acoge su ardor! En cuanto te vea se llegará a ti, quítate el vestido para que se eche sobre ti. ¡Procúrale el placer que pueda dar la mujer! […]». Mostró así al salvaje el amor de una mujer y el amor de él entró en ella. Durante seis días y siete noches, Enkidu en celo copuló con la ramera y cuando se hubo saciado salió a buscar su manada.

Impresionante, ¿no? Y eso que en aquellos tiempos no intentaban hacer literatura, sino narrar derechamente situaciones y sentimientos.

Es posible que los iberos realizaran rituales fecundantes como tantos otros pueblos mediterráneos. ¡Quién sabe si esas danzas bastetanas o las que retratan las cerámicas levantinas no terminaban en revolcón! Pruebas no tenemos, lo admito, pero es lícito suponer que la celebración estaría en la

línea de tantas otras fiestas mediterráneas como las grecorromanas de Dionisos, en las que, tras la *phalephoria* o alegre procesión del falo, se practicaba una orgía ritual, el rito sagrado que estimulaba la fecundidad de la tierra.

Danza bastetana. Relieve hallado en Fuente del Rey (Jaén). Siglos I-II a. de C.

22
EL KÉTCHUP ESPAÑOL QUE CONQUISTÓ ROMA

El presidente Trump puede levantar muros en la frontera con México y suprimir la versión en español del blog informativo de la Casa Blanca, pero la pacífica conquista latina de los Estados Unidos de Norteamérica es ya imparable, como lo muestra el hecho de que los americanos estén abandonando las hamburguesas, los perritos calientes, las pizzas y el kétchup por las ricas especialidades que los emigrantes de habla española les aportan, especialmente las picantes y especiadas salsas mexicanas. Los tacos, burritos, enchiladas, quesadillas o chorizo con huevos revueltos, acompañado por frutas exóticas y queso fresco están derrotando, en el paladar norteamericano, a toda la comida tradicional y al novedoso y pijo sushi.

Uno, que es amante de lo suyo, no puede dejar de trazar un paralelismo con la conquista del paladar romano por una salsa ibérica o hispánica o española, como ustedes quieran llamarla, dependiendo de su posición política. Me refiero al garo (latín *garum).*

El *garum* era una especie de pasta de anchoas de consistencia casi líquida que llegó a ser tan imprescindible en las mesas del Imperio romano como la mostaza y el kétchup lo son en una hamburguesería o la salsa agridulce en un restaurante pseudochino.

Albercas romanas para la elaboración del *garum.*

La elaboración del *garum* era relativamente simple: tripas, hocicos, paladares, gargantas y otros desperdicios de peces grandes (atunes, murenas, caballas, esturiones…) se vertían en pequeñas albercas de salmuera expuestas al sol y se dejaban fermentar durante meses hasta que las bacterias disolvían las partes más sólidas y la evaporación concentraba los líquidos. Cuando aquella podredumbre se había reducido a la mitad, la prensaban y obtenían un líquido oscuro: el precioso *garum*. Los residuos sólidos que quedaban en la pila se regaban con salmuera y se volvían a prensar para que destilaran *garum* de segunda categoría, y así sucesivamente, porque había *garum* de varios precios y calidades. En el fondo de las albercas quedaba un residuo exprimido y seco que emulsionado con aceite de oliva resultaba ser una especie de pasta de anchoas, el *allec*.

Quizá al lector le repugna pensar en el sabor que pudo tener un jarabe de pez putrefacto, pero a los romanos se les hacía la boca agua de sólo mencionarlo. El *garum* era la salsa comodín que combinaba con todo, ya fuera carne, pescado o verdura. Sus más fervientes aficionados incluso la añadían al vino *(oenogarum),* al agua *(hidrogarum)* y al aceite *(oleogarum).*

«Actualmente el mejor *garum* —leemos en Plinio— se obtiene del pez escombro (caballa) en las pesquerías de Cartagena. Se conoce con el nombre de *sociorum*. Dos congios (unos tres litros) no se pagan con menos de mil

monedas de plata. A excepción de los perfumes, no existe ningún licor que se pague tan caro, dando su nombre a los lugares de donde procede». (O sea, incluso tenía denominación de origen).

El *garum* vivió su época dorada en los primeros tiempos del Imperio, pero el ocaso de Roma acarreó también su decadencia. Quizá la nueva clase aristocrática, los conquistadores bárbaros llegados del norte, no supieron apreciarlo, dado que no se habían acostumbrado a él desde la infancia. Quizá la decadencia del comercio y el deterioro de las comunicaciones dificultaron el suministro desde los centros de producción a los de consumo. Quizá el consumidor se aficionó tanto al *garum* a la pimienta *(garum piperatum)* que acabó quedándose sólo con la pimienta y rechazando el *garum*. Vaya usted a saber. También pudiera ser que pereciera simplemente por la reñida competencia de otras salsas. Animados por sus extravagantes amos, los cocineros del decadente Imperio romano dieron en experimentar con las exóticas especias que llegaban de las cuatro esquinas de su territorio[105]. Es legítimo comparar a aquellos cocineros romanos con ciertos cocineros actuales que llaman cocina creativa a la mezcla de sabores inarmónicos o creen que cocinar a la francesa consiste en profanar un honrado solomillo con una gachuleta de crema y queso azul danés (lo he sufrido recientemente y aún respiro por la herida).

El abandono del *garum* fue, en todo caso, paulatino. En el siglo IV, *garum* procedente de Barcelona seguía llegando a Burdeos. Incluso en el siglo VI hay noticias de que se seguían produciéndolo en Montpellier. Su consumo se redujo drásticamente en el siglo VIII, y aunque todavía Rondelet lo cite en el siglo XVI, es evidente que lo hace a título testimonial y que la antigua salsa ya había cedido su terreno a la pimienta, que todavía sigue reinando en nuestra cocina (junto con el aromático ajo).

Algunos autores creen que el *rajihe* que se fabricaba en Turquía hasta hace un siglo pudo estar emparentado con el antiguo *garum*. Es posible. En Filipinas, Tailandia y Vietnam usan aún hoy un concentrado de pescado, el *nouc-mam*, que, por lo que se cuenta de él, tiene todas las trazas de parecerse al *garum*. Podemos imaginar que para el educado (o flaco) gusto occidental de hoy aquella salsa resultaría nauseabunda y excesivamente fuerte. De hecho, el aliento de los que la consumían apestaba: «Si recibes una tufarada de aliento pestilente —escribe el poeta Marcial— *ecce, garum est*».

Ánforas para *garum.*

23
PUTAS EN ROMA

Noto que el lector insiste en apartarse del tema gastronómico para regresar al erótico. Bien. Sea. Aquí estamos para darle gusto. Veamos ahora como se organizaba el puterío en la civilizada Hispania romana.

Escojamos un municipio cualquiera, o sea, un núcleo urbano independiente, regido por un Ayuntamiento o Senado, sujeto a leyes precisas, con territorio y recursos propios de aprovechamiento comunal, con una estructura económica compleja y una organización social que integra a los ciudadanos en un marco jurídico avanzado, superando las limitaciones de las antiguas tribus: eso es la *civitas*[106]. Pensemos en la bullente ciudad como núcleo civilizador, con su división del trabajo, con sus tiendas, almacenes, posadas, médicos, boticarios, carpinteros, abogados, alfareros, profesores, herreros, músicos, artistas, gimnasios, bibliotecas y todo lo necesario para la vida moderna, lo que, para los ciudadanos hispanorromanos, desprejuiciados como eran, incluía también los prostíbulos de meretrices, que estaban censados y pagaban sus impuestos, no como ahora.

Es curioso porque la palabra *meretrix* al principio sólo quería significar chica liberal en lo suyo, no necesariamente profesional, pero luego la palabra las abarcó a todas.

En algunos burdeles trabajaban esclavas que producían buenos dividendos a sus dueños, pero también mujeres libres que escogían voluntariamente la antigua profesión. Las había de muchas clases y categorías, comenzando por las *famosae*, que eran *escorts* de lo más fino, las que fingían ser de buena familia y practicar aquello por pura afición y terminando por las *cuadrantarias*, las más tiradas, que sólo cobraban un cuadrante, algo así

como medio euro. Éstas solían ser putas envejecidas que habían tenido que tirar las tarifas. En fin, había de todo.

Las putas eran aceptadas en aquella sociedad mucho más tolerante, en lo sexual, que la nuestra. *Lucrum gaudium* (en la ganancia está la felicidad). La única señal de discriminación era que, en distintas épocas, tuvieron que salir a la calle con algún elemento que las diferenciara de las matronas decentes, como túnicas azafranadas o pelucas amarillas.

¿Por qué?

Siempre el legislador ha intentado distinguir a las putas para evitar que contaminaran a las decentes. Muchas residían en burdeles sometidos a una disciplina conventual, en los que incluso se adquiría una ficha a la entrada *(spintria)* para evitar usar las monedas con la venerada imagen del César en una transacción carnal. Estas curiosas fichas de prostíbulo, las *spintriae,* solían reproducir una postura sexual. Tengo entendido que el rey Faruk de Egipto, gran aficionado al refocile, reunió una colección muy completa de ellas, una especie de *Kamasutra* romano.

Aparte de estos prostíbulos, digamos semioficiales, existía una gran variedad de lupanares encubiertos, se puede decir que cada venta del camino y cada taberna expedidora de vino, tenía sus mozas de partido (las *copae)* que servían al cliente en lo que se terciara. Lo mismo seguía ocurriendo en tiempos de Cervantes, como aprendemos en el *Quijote*. Las que el pobre hidalgo manchego confunde con princesas en la venta no son sino humildísimas putas polivalentes (verdaderas criadas para todo).

Monedas para uso en el lupanar que representan el Kamasutra romano.

Volviendo a la ciudad romana, también había chicas que ejercían por libre, las que hacían la calle, las *ambulatorae* o *prostibulae* o incluso *scorta errática.* A veces se les prohibió aparecer antes de la hora novena, por lo que se denominaron también *nonariae*.

Dependiendo de los lugares donde ejercían su oficio recibían otros nombres: *lupae,* las que buscaban la clientela en parques y jardines (de *lupae* procede el vocablo lupanar); las *busturiae,* que frecuentaban cementerios o funerales, y, finalmente, las *forariae*, putas de carretera. Ya se ve que no hay nada nuevo bajo el sol en el asunto de las chicas de placer. Ni siquiera faltaban las mantenidas fijas *(delicatae)* ni los gigolós que atendían a las mujeres por dinero. Ésos se llamaban *spadonii,* espaderos, ya podemos imaginar por qué.

El burdel romano de Pompeya, la ciudad sepultada por la ardiente lava del Vesubio, nos da idea de cómo serían estos establecimientos en el resto de las provincias: un vestíbulo provisto de asientos para los clientes que esperaban, decorado con sugerentes frescos de escenas amorosas, que se abre a un estrecho pasillo jalonado a uno y otro lado por camaretas angostas *(cellae),* con las paredes decoradas con un catálogo de posiciones sexuales y las camas de sólida mampostería cubiertas con una colchoneta. En cada puerta solía colgar una tablilla con el nombre de la pupila por un lado y la palabra *occupata* en el reverso.

Los establecimientos del fornicio solían ser bastante céntricos. La Suburra, el barrio de las putas en Roma, estaba junto al foro.

En las ciudades importantes hemos de suponer que la oferta prostituticia abarcaba a chicas de todas las razas y orígenes. Juvenal decía de Roma: «Esta ciudad se me hace insoportable. En el Tíber ha desembarcado el Orontes (río sirio) trayendo consigo la lengua y las costumbres de aquellas gentes y, además, flautistas, liras, tímpanos, su instrumento nacional, y esbeltas muchachas». O sea, como ahora: globalización que oculta la decadencia y el acabamiento de una cultura forjada con esfuerzo a manos de generaciones laboriosas. *Nihil novum sub sole*. Incluso había anuncios que, a falta de periódicos, se escribían en las paredes, en forma de *graffiti:*

«Eutique, griega. Dos ases. Deliciosas habilidades» (C.I.L., IV, 4592); «Pitane saluda a sus clientes. Tres ases de bronce» (C.I.L., IV, 4439); «Logas, esclava del país, nacida en casa. Ocho ases» (C.I.L., IV, 5203); «Parte. Chica simpática. Seis ases» (C.I.L., IV, 4398); «Yo, Lidé, puedo satisfacer a la vez a tres hombres. A uno con mi boca, a otro con mi coño y al tercero con mi culo. Recibo al sodomita, al amante y al fantasioso. Aunque tengas prisa y vengas con dos colegas, no dejes de entrar»[107]; «Soy tuya por dos ases de bronce»; «Lais chupa por dos ases»; «Félix chupa por un as»; «Esperanza, de complacientes maneras, nueve ases»… Otros *graffiti* expresan la opinión de los clientes (notable antecedente de los foro-lumis de Internet). En la pared del prostíbulo de Pompeya leemos: *Arphocras hic cum Drauca bene futuit denario* («Aquí Harpocras echó un buen casquete a Drauca por un denario»)[108]. Otras anotaciones: *Myrtis bene felas* («Myrtis la chupa la mar de bien»). En el cuartel de los gladiadores encontramos la inscripción: *Suspirium puellarum Celadus thraex*[109](«Las chicas suspiran por Celadus, el tracio»). Ya se ve que los gladiadores, chicos brutotes pero bien musculados, eran tan famosos y cotizados como los futbolistas de ahora. Incluso damas encopetadas los perseguían siguiendo el dictado que tan agudamente enunciara cierta dama cervantina. Recordemos la cita del *Quijote*, capítulo XXV:

> Has de saber, amigo Sancho, que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo; alcanzólo a saber su mayor y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal reprehensión: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos

maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: “Éste quiero, aquéste no quiero”. Mas ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: “Vuestra merced, señor mío, está muy engañado y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece; pues para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles”».

En los establecimientos hoteleros, los *graffiti* eran bastante frecuentes y a veces nos ilustran sobre las comodidades que ofrecían a los clientes. Hay una que dice: *Miximus in lecto. Fateor, peccavimus, hospes. Si dices: Quare? Nulla fuit matella*. O sea: «Nos hemos meado en las camas. Hotelero, reconozco que no está bien. Si preguntas ¿por qué? Porque no había orinal».

Escena erótica en un prostíbulo de Pompeya.

24
HISTORIAS DE OCIO Y VICIO

Una vez trabé conversación con un jubilado que tomaba el sol en la plaza de un pueblecito castellano. El anciano era casi analfabeto, pero me dio una lección de historia que no he olvidado: «Las casas (se refería a las familias) tienen tres pasos: los abuelos se desloman trabajando y juntan un capital; los hijos, como están acostumbrados a pasar estrecheces al lado de sus padres, lo mantienen, pero ya no lo acrecientan, sino que, como les sobra el dinero, procuran vivir bien y evitarse malos ratos. Luego llegan los nietos, y como han nacido en una casa donde había dinero, quieren disfrutar más todavía, se compran un coche caro, se van de fiestas, se envician y acaban arruinándose. Los biznietos tienen que partir de cero, y vuelta a empezar […]».

Tomé nota: el abuelo construye la fortuna, el hijo la mantiene y el nieto la dilapida.

El anciano pertenecía al grupo de esas personas adustas que creen que cada generación debe aplazar su bienestar a la generación siguiente. No consideraba vicio el tabaco (él era empedernido fumador), pero todo lo que veía en la generación de sus nietos le parecía vicioso: las motos de los jóvenes, las discotecas, los canutos, la falta de respeto a los mayores, la indolencia, el despilfarro de tener más de dos pares de zapatos.

El anciano ignoraba quiénes eran Ibn Jaldún, Spengler y Toynbee, pero tenía su propia opinión sobre el auge y la decadencia de los pueblos: «Como no queremos trabajar ni hacer la mili ni nada, vienen otros extranjeros de países más pobres a hacernos el trabajo, pero acabarán quedándose con todo», vaticinaba.

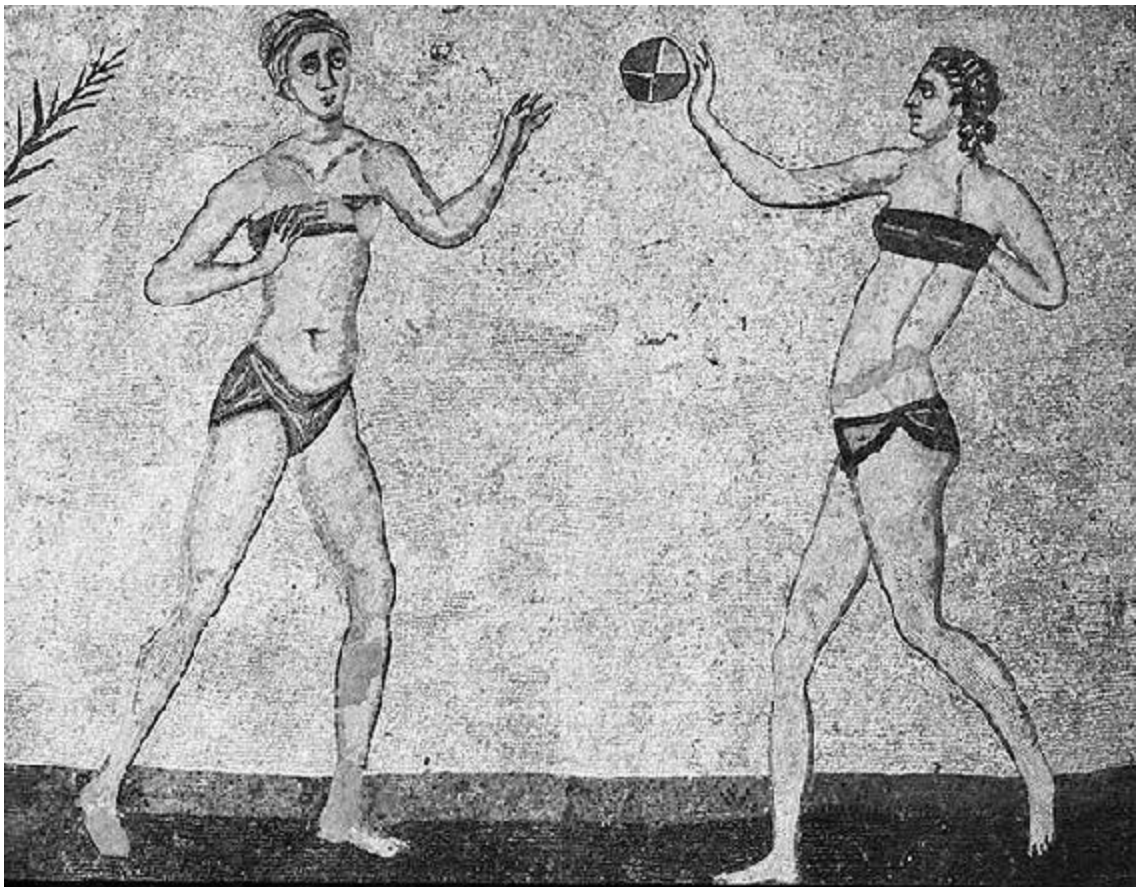
La culpa, naturalmente, la tenían el vicio y la vagancia.

«El vicio, que hay mucho vicio», repetía.

Me dio que pensar. Según el diccionario, vicio es toda aquella práctica o hábito que se considera inmoral, depravado y/o degradante en una sociedad. Esto quiere decir que es un concepto cambiante, que dependerá de las sociedades, de las épocas e incluso de los individuos. En lo que casi todo el mundo está de acuerdo es en que las épocas hedonistas y desenfrenadas suelen coincidir con bruscos virajes y descalabros en la historia.

Ya vimos que el historiador romano Amiano Marcelino (muerto hacia 391) atribuía la decadencia de Roma, a la que asistía consciente y dolorosamente, a la indolencia, degradación y hedonismo de los romanos de su tiempo que se habían apartado de las virtudes de sus antepasados, las que engrandecieron a Roma: responsabilidad ciudadana *(auctoritas)*, autoestima *(dignitas)*, tenacidad *(firmitas)*, austeridad *(frugalitas)*, laboriosidad *(industria)*, buena educación *(comitas)*, discreción *(prudentia)* y algunas más.

Como comenté al principio de estas páginas, Amiano Marcelino criticaba a los viciosos jóvenes romanos de su tiempo, que, además de no dar palo al agua, pasaban las noches en las plazas tocando el tambor, se dejaban el cabello largo como los bárbaros *(crines maiores)*, y vestían extravagantemente con una especie de chalecos de piel *(indumenta pellium)*. ¿No nos recuerda algo a los jóvenes occidentales de hoy? Continuando con el paralelismo entre Roma y nosotros apuntemos que otra virtud fundamental romana, la honestidad *(pudicitia)*, estaba en entredicho en tiempos de Amiano Marcelino después de que cada generación relajara un poco más las costumbres sexuales de la anterior…



Insólita visión de chicas romanas en bikini en un mosaico de Sicilia.

Unos siglos antes de Amiano Marcelino, en pleno auge del Imperio romano, el primer emperador, Augusto, abroncaba a sus ciudadanos, especialmente a los de las clases dirigentes, porque se habían entregado de tal manera a la molicie y a la comodidad que ni siquiera querían tener hijos, por no contraer las obligaciones cívicas que su educación comportaba. Augusto afeaba a los romanos que perdieran sus valores morales y se entregaran al lujo y al sexo desenfrenado (lo que incluía la prostitución, la homosexualidad y el adulterio). Como sabemos, predicó con el ejemplo desterrando a su hija Julia y después a su nieta del mismo nombre. «Roma no son las columnas ni las estatuas —clamaba el emperador en vista del descenso de la natalidad entre la aristocracia—: son los romanos, sus hijos».

Para redondear la similitud entre el tiempo viejo supuestamente virtuoso y el nuevo depravado, regresemos a Amiano Marcelino: en sus tiempos, el ejército romano, que una vez fue invencible y extendió el dominio de la pequeña ciudad por casi todo el orbe conocido, estaba prácticamente

integrado por mercenarios procedentes de los pueblos sometidos que, primero se pusieron a sueldo de Roma para hacerle el trabajo sucio y después se alzaron con el santo y la limosna (las invasiones bárbaras).

La idea de que las sociedades decaen cuando sus individuos se entregan a la molicie para dar paso a jóvenes bárbaros que heredan el mundo se transmite en la literatura insistentemente hasta nuestros días. En su novela *Aita Tetauen*, Benito Pérez Galdós sugiere su propia teoría sobre el impacto del vicio en las viejas civilizaciones:

> Decaen los imperios, se desmedran las razas, los fuertes se debilitan y la hermosura perece entre arrugas y canas. Mas no suspende la vida su eterna función, y con las causas que descienden hacia la vejez, se cruzan los caminos de la juventud que van hacia arriba. Siempre hay imperios potentes, razas vigorosas, ideales y bellezas de original frescura; que junto al sumidero de la muerte están los manantiales del nacer continuo y fecundo…

Un filósofo anónimo que firma Elsicario lo expresaba así hace años en una hoja volandera:

> Los imperios decaen por dos circunstancias: la ineptitud y corrupción a nivel humano y moral de sus líderes y el despilfarro y la falta de austeridad en sus sociedades, corrompidas con el sustento fácil que proporcionan sus dirigentes. Evidentemente, una actitud vigilante contra estos vicios de la sociedad es misión imposible dado el carácter humano de las mismas, que más pendiente del «bien vivir» que de otras preocupaciones de mayor altura moral, prefiere relajarse hasta la extinción, antes de afrontar el esfuerzo que supone superarse.

Si la historia fuera cíclica, como mantienen ciertos filósofos, cabría preguntarse: suponiendo que Occidente esté en decadencia, ¿qué barbarie sana se vislumbra que pueda suplantarlo a medio o largo plazo?

El historiador Amiano Marcelino.

25
LAS CUALIDADES DEL ROMANO

La redacción del apartado anterior deja cierta mala conciencia. ¿No estaré dando una impresión negativa de los romanos, tan admirables y dignos de imitación por otra parte? Desde luego, si hubieran sido tan puteros y viciosos, no habrían levantado aquel Imperio que ocupaba el Mediterráneo y buena parte del mundo conocido.

Los nietos de Roma, los últimos herederos del negocio, fueron los relajados que se dieron a vivir de las rentas, a los vicios, al hedonismo y a la buena vida. Sus abuelos se hicieron de una pasta muy distinta. Durante la República, Roma y su imperio fueron propiedad de un número reducido de familias nobles pertenecientes a la clase senatorial, cuyos descendientes heredaban este privilegio, por línea masculina, hasta la cuarta generación. Alcanzar un asiento en el Senado dependía del prestigio social alcanzado por el individuo: «El pueblo ve las cosas a través de los ojos de las estirpes ilustres», dice Tácito.

El aristócrata romano estaba tan orgulloso de su origen campesino que esta vinculación al campo le parecía garantía de rectitud moral. No obstante, distaba mucho de ser un mero terrateniente: su máxima aspiración era hacer carrera política ejerciendo sucesivamente cargos cada vez más importantes, el *cursus honorum.* De este modo adquiría dignidad para él y para sus descendientes.

Hacer carrera en la administración significaba dinero y honor, a veces honor antes que dinero, eso iba en conciencias. Al romano le importaba mucho la censura colectiva *(reprehensio)*, que venía a ser, bien mirado, el único recurso en manos de un pueblo despojado de derechos políticos. El

aristócrata debía cultivar su prestigio. La expresión *Romanum non est* estaba continuamente en la boca del padre noble que fomentaba en su hijo las virtudes exigibles en un romano[110]: la fidelidad a su ciudad o a su clan *(fides);* la devoción *(pietas);* el valor *(virtus);* la independencia *(libertas);* y, sobre todo, la subordinación del individuo a la ley *(lex),* fundamento del derecho romano, que es todavía la más valiosa aportación de Roma a la cultura occidental.

Mosaico que representa una escena doméstica en Roma.

A estas virtudes ciudadanas, el romano unía estimables virtudes privadas: integridad *(probitas);* juicio ponderado *(consilium);* circunspección *(diligentia);* autodominio *(temperantia),* y tenacidad *(constantia).* A los jóvenes se les educaba en la obediencia *(obsequium);* el respeto *(verecundia)*

y la pureza *(pudicitia).* Aun conviene añadir ciudadanía *(auctoritas);* responsabilidad *(gravitas);* autocontrol *(severitas);* autoestima *(dignitas);* tenacidad *(firmitas);* laboriosidad *(industria);* previsión *(prudentia);* honradez *(veritas);* austeridad *(frugalitas);* cortesía *(comitas);* discreción *(clementia);* civilidad *(humanitas);* amor a la cultura, respeto al orden natural, patriotismo *(pietas).*

¡Cuántas y qué hermosas cualidades que se echan de menos en los occidentales actuales, herederos como somos, en última instancia, de la gloriosa Roma!

26
USTEDES DISFRUTEN DE LA VIDA QUE PAGA EL ESTADO DEL BIENESTAR

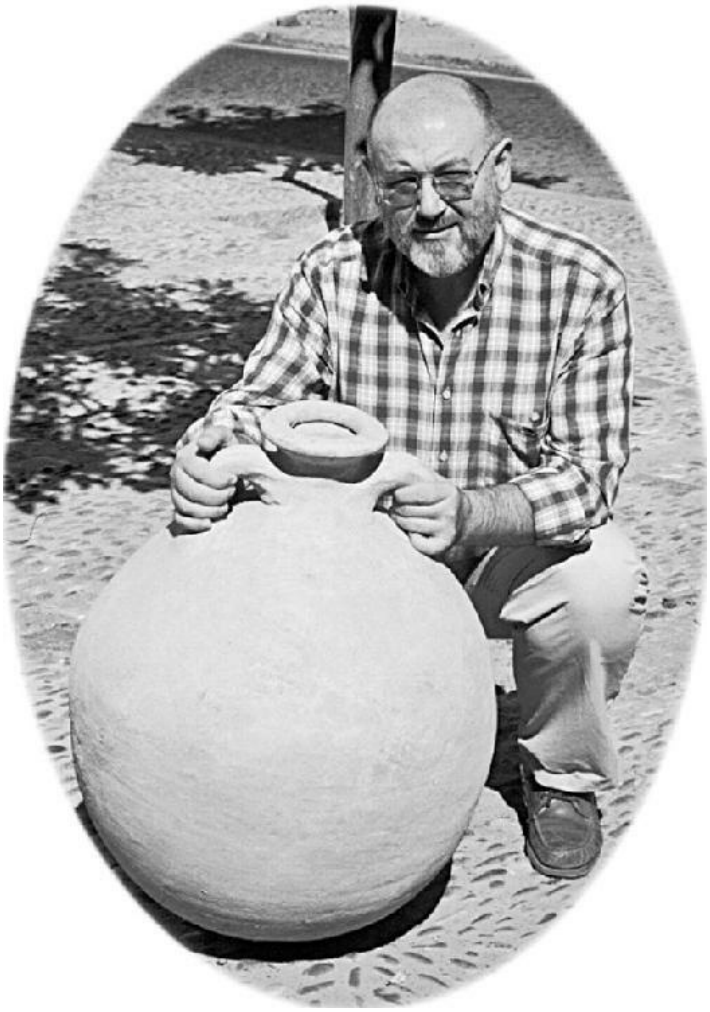
De vuelta del madrileño mercado de la Cebada, tirando del carrito de la compra, me siento a descansar y a tomar el solecito de la mañana en un banco de la plaza de Fray Luis de León y pego la hebra con un jubilado.

—Toda la vida he trabajado como un cabrón —se queja el hombre— y he cotizado no sé cuánto dinero para que ahora me vengan con que el Estado del bienestar es inviable y con que la evolución del IPC me va a dejar la pensión en una mierda y a mi mujer, cuando yo muera, la mitad. Aquí me tiene usted lleno de achaques, expuesto al copago de las medicinas y más cabreado que un mono de ver que los políticos que han robado millones salen de rositas o con un tironcillo de orejas de los jueces todo lo más. Y uno indefenso, sin más arma que el voto.

De vuelta a casa, siempre tirando del carrito, me da en pensar que esto de que el Estado vele por sus ciudadanos, después de esquilarlos e incluso sangrarlos, viene desde la constitución del Estado prusiano a finales del siglo XIX, aunque sólo se manifiesta en pleno desarrollo con el pacto keynesiano de la posguerra. No obstante, cabe recordar, puestos a hurgar en la historia, que existió una especie de seguridad social en Roma, la *Annona*, por la que los emperadores se aseguraban la lealtad de la plebe urbana mediante repartos gratuitos de alimentos y con espectáculos públicos, el *panem et circenses*.

Al principio, la *Annona* consistía principalmente en trigo, pero a partir de Adriano el aceite bético se incorporó a los repartos.

Roma tenía entonces millón y medio de habitantes. Aunque a cada romano sólo le correspondieran unos doce litros al año, la cantidad era considerable. El caso es que entre los siglos II y III el aceite bético ganó tal reputación que se hizo imprescindible en Roma. A Marcial le parecía que era insuperable y Plinio admitía que sólo lo igualaba el de Istria, una comarca entre Italia y Serbia. Casi toda la cosecha se transportaba por vía marítima en ánforas olearias desechables. Ese comercio originó una industria auxiliar de envases cerámicos. A lo largo del Guadalquivir y el Genil se han encontrado unos ochenta alfares fabricantes de ánforas y ocho puertos fluviales para el embarque del aceite. Posiblemente, las fabricaban cuadrillas de alfareros itinerantes que iban de alfar en alfar, porque son casi idénticas, con mínimas diferencias en la boca, que pueden atribuirse al tamaño de la mano del alfarero. Cuando se sistematice toda la información que vamos reuniendo, seguramente podremos identificar a cada alfarero, sólo nos va a faltar el nombre.



Un ánfora olearia en la que Roma recibía el aceite bético.

Los almacenistas transportaban el aceite en pellejos hasta el embarcadero y, una vez allí, lo trasvasaban a las ánforas olearias y lo enviaban en barcas de fondo plano hasta el puerto de Hispalis, actual Sevilla, donde se trasladaban a las bodegas de unas grandes naves de carga u onerarias, que llevaban el aceite a Ostia, el puerto de Roma, su último destino. Al vaciarlas, como el envase no era retornable, los almacenistas rompían las ánforas y arrojaban los tiestos a un descampado cercano al puerto. El montón de tiestos rotos fue creciendo entre los siglos I y III, y al cabo de ese tiempo, los restos de unos veinticinco millones de ánforas rotas formaron el *Testaccio*, o monte de los tiestos, una colina artificial de 22.000 metros cuadrados de base, 45 metros de altura y un volumen de más de medio millón de metros cúbicos[111].

En realidad, no era un avance social. La *Annona* se limitaba a Roma y era el soborno con el que los emperadores contentaban a la plebe para que no diera problemas. El mundo romano había decaído y las cosas no eran ya como antes. Los pequeños artesanos se habían arruinado debido a la incorporación de mano de obra esclava que abarataba los productos. La antigua excelencia se había perdido, los controles de calidad fallaban, la firmeza y la laboriosidad de los antiguos era sólo un añorado recuerdo y eso, claro, afectaba también al ejército, a las invencibles legiones que habían conquistado el mundo.

Una resignada melancolía se instaló en el alma de los ciudadanos más clarividentes. Cipriano de Cartago, un obispo del siglo III, escribe:

> El mundo ha entrado ya en su senectud, pues la decadencia de las cosas prueba que se aproxima a su ocaso. En invierno no llueve lo suficiente para que grane la cosecha; el verano no calienta para granar la espiga. Las montañas, exhaustas, producen menos mármol; las minas, agotadas, dan menos metales. Faltan campesinos en los campos, marinos en el mar y soldados en los campamentos. Faltan magistrados justos, artesanos diestros, disciplina y buenas costumbres.

Como el toro lidiado, Roma boqueaba cansada y arrimada a las tablas, en espera de que el mundo bárbaro la apuntillara. Las invasiones bárbaras significaron una calamidad y un gran retroceso para la cultura grecorromana. Todos los avances aportados por Roma a su dilatado Imperio, aquella Europa unida bajo la ley y la paz romanas, se fueron por el desagüe de la historia. Se trastocaron las funciones del Estado. Dejaron de funcionar los tribunales, la policía y las escuelas. Las carreteras y los edificios se arruinaron por falta de mantenimiento; la industria retrocedió, las ciudades se despoblaron y los caminos se tornaron peligrosos. A la radiante civilización urbana que Roma había impuesto sucedió una sociedad rural, atrasada, que malvivía sin moneda ni comercio, otra vez en una economía de subsistencia basada en el trueque. La propia Roma que, en sus buenos tiempos, había rebasado el millón de habitantes quedó reducida a una población de no más de veinte mil… Fue un retroceso de siglos (así funciona la Historia, no siempre se avanza). Con el declive de la industria y el comercio, se terminó la cultura del ocio. El cristianismo había clausurado los teatros y los circos. Los gimnasios eran lugares sospechosos de cobijar ofensas a la moral. Las tabernas y los prostíbulos cerraban; las bibliotecas, también (cuando no las quemaban para

destruir la cultura pagana como seguramente hizo el virtuoso obispo Teófilo con la de Alejandría)[112].

Las tristes e inseguras ciudades se despoblaron: la gente emigraba a lugares donde fuera más fácil subsistir. Los ricos dejaron arruinarse sus palacios urbanos y se mudaron al campo, a sus grandes fincas, donde construyeron lujosas *villae* fortificadas, protegidos por sus propios guardias. Los artesanos y los artistas, faltos de compradores, tuvieron que reciclarse en campesinos. Creció el analfabetismo. La sociedad se ruralizó.

El retroceso general también afectó a la agricultura. Se araba con arado romano, de palo, tirado por bueyes cansinos, con un yugo en los cuernos, y en cultivos de año y vez que apenas rendían cinco veces lo sembrado. Los más humildes debían complementar su escasa dieta con productos recogidos en los bosques. La cultura, en manos de la Iglesia, se refugió en los monasterios, donde pacientes monjes copiaron y preservaron el legado clásico, ciertamente, pero también destruyeron todo lo que incomodaba a la Iglesia y falsificaron muchos textos para favorecer su negocio o justificar sus abusos. Esa minoría de clérigos cultos (san Agustín, san Isidoro, san Jerónimo…) fue como una lamparita que apenas alcanzaba a iluminar el vasto océano de tinieblas de una mayoría analfabeta, en la que también se incluyen nobles e incluso reyes (el propio Carlomagno, que apadrinaría cierto renacimiento cultural, era analfabeto y firmaba los documentos con gran trabajo, sacando aplicadamente la lengua mientras se concentraba en la faena).

En fin, dejémoslo aquí, que hoy tengo el día melancólico.

Copistas trabajando en el *scriptorium* de un monasterio. Miniatura medieval.

27
UNA DE GLADIADORES

He visto por segunda vez la película *Gladiator*. La historia me parece estupenda, aunque su realización no acaba de convencerme. ¿Qué necesidad tenía nuestro venerado Ridley Scott *(Blade Runner)* de introducir esa estética prestada de *Star Wars* en las armaduras de los gladiadores, especialmente en los cascos? Los originales eran mucho más impresionantes.

Las luchas de gladiadores eran el espectáculo favorito de la plebe romana, sin que esto quiera decir que desagradara a la gente más fina. Tan sólo algunos filósofos protestaban que era execrable, y lo mismo lo decían con la boca pequeña, como los intelectuales de hoy, que presumen de no tener aparato de televisión, pero luego no se pierden *Sálvame* en el cuarto del servicio.

Eso de ver morir a la gente (un niño de diez años ha visto más de cien mil muertes en la tele y en el cine) es que, por lo visto, descarga adrenalina y eso es beneficioso. Los romanos, a falta de efectos especiales o más brutos que nosotros, veían las muertes y la sangre en directo.

La adrenalina es la droga más natural, la que nosotros mismos producimos. Por eso corremos delante de los toros en los sanfermines, hacemos *puenting*, recorremos una autovía por el carril equivocado o asistimos a un partido de fútbol con la cara pintada como los indios en pie de guerra (especialmente si pertenecemos a la hinchada más elemental). La técnica progresa mucho más rápida que la sensatez.

En el circo romano se mataban muchas fieras procedentes de los cuatro puntos cardinales del Imperio, al menos, de dos de ellos. Los toros bravos, los ciervos, los jabalíes y los osos, de la propia España; los leones, los elefantes y

los leopardos, del norte de África. Sí, del Magreb: todavía quedan en las montañas del Atlas algunos leopardos, pocos, pero el último león se cazó allí en 1922. Y los elefantes eran de la especie norteafricana o del Atlas *(Loxodonta africana pharaoensis),* no mayores que un caballo percherón, unos pigmeos comparados con los de la sabana subsahariana o con los asiáticos. Con estos elefantes cruzó Aníbal los Alpes. La especie se extinguió debido a la sobreexplotación. Los leones a los que quiso enfrentarse Don Quijote seguramente procedían de Marruecos o de Argelia. Supongo que el número de caza más barato del anfiteatro sería el que entrañaba ciervos o muflones acorralados y despedazados por perros o por osos y el más caro el que enfrentara a cazadores con leones. En Roma se hizo famoso el *bestiarius* Carpóforo, que se enfrentaba a los leones sólo con una lanza.

El gladiador enfrentado a la fiera en un mosaico romano.

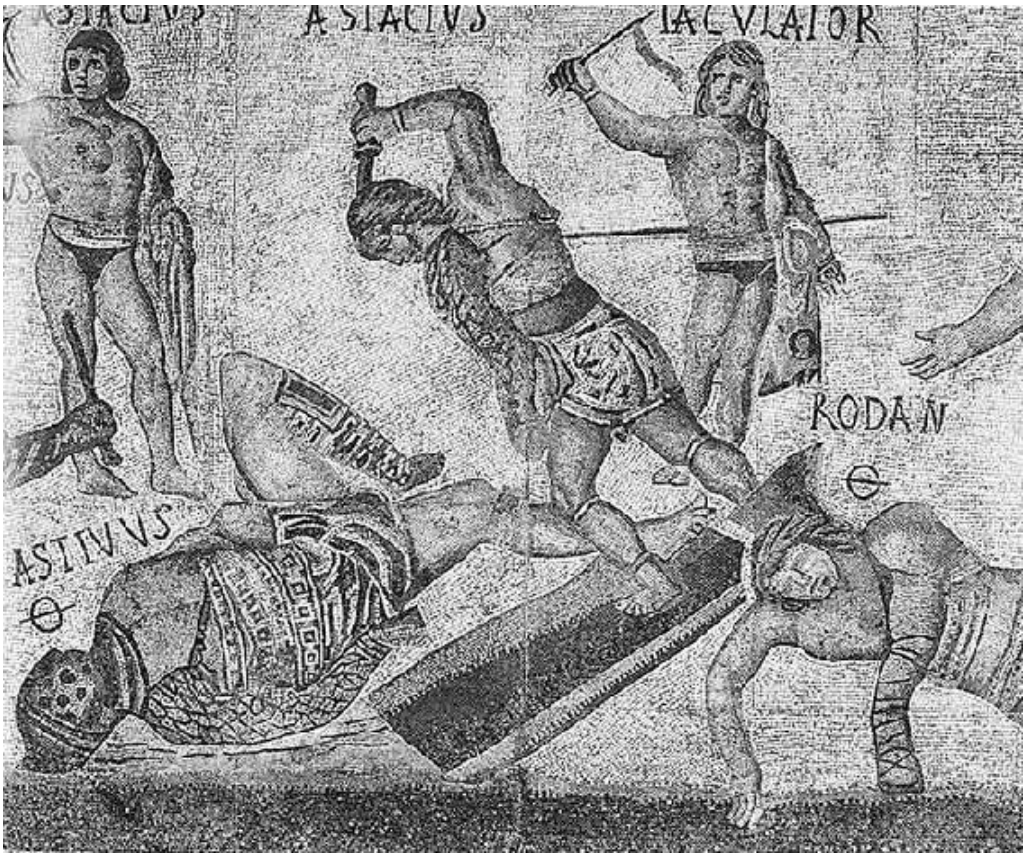
Fieras aparte, los gladiadores eran el plato fuerte del espectáculo. Entre ellos había de todo: muchos eran esclavos fornidos adquiridos por el *lanista,* o empresario de gladiadores; otros, esclavos alquilados por sus dueños; otros, prisioneros de guerra. Tampoco faltaban los hombres libres entrampados hasta el cuello que se vendían para pagar las deudas, ni los voluntarios *(auctorati),* que se comprometían a luchar en el ruedo durante un cierto tiempo o un cierto número de combates a pesar del descrédito *(infamia)* que

para un romano conllevaba renunciar a sus derechos ciudadanos y aceptar bajo contrato «dejarse azotar con varas, quemar con fuego y matar con hierro»[113].

Es fácil imaginar que los primeros gladiadores voluntarios fueron aventureros, malhechores, soldados licenciados sin oficio ni beneficio y gente así, pero andando el tiempo creció tanto el prestigio de los campeones de la espada y decreció tanto el sentido de la decencia del romano que la práctica gladiatoria tentó a individuos pertenecientes a la clase ecuestre e incluso a la senatorial[114]. El colmo fue cuando varios emperadores (Calígula, Nerón, Cómodo) descendieron a la arena para ejercitar sus armas en combates desvergonzadamente amañados: los huesos de los antiguos romanos se removerían en sus tumbas ante el grado de perversión y chabacanería que se había alcanzado.

En el momento de la decadencia de Roma, algunos gladiadores llegaron a ser tan populares como los futbolistas o los deportistas actuales. Hablo naturalmente de los que escalaban los primeros puestos del escalafón, los «figuras» en vocabulario torero. Otros muchos, la mayoría, no sobrevivían a sus primeros combates. Me imagino que los que escogían la profesión voluntariamente lo hacían con ese sueño de triunfar, aun a sabiendas de que no envejecerían en ella. Cuando la edad media de un romano estaba en torno a los cuarenta y cinco años, pocos gladiadores superaban los treinta, pero algunos vivían lo suficiente como para hacerse con un nombre y ascender de categoría. Incluso los que entraron en la profesión como esclavos podían comprar su libertad y retirarse del oficio con una decorosa fortuna. Una marca de este ascenso era el conocimiento de sus apodos en los círculos de los aficionados. «Destructor», «Terror», «Furor»… Éstos eran los *meliores*, veteranos luchadores, robustos, ágiles y conocedores de todos los trucos del oficio, que cobraban —o sus amos— hasta quince mil sestercios, cuando la tarifa normal de los gladiadores ordinarios *(gregarii)* no pasaba de los dos mil. La ley establecía que el *editor* (o patrocinador de los juegos) estaba obligado a presentar igual número de *meliores* que de *gregarii*.

El caso es que los combates de gladiadores tenían un origen sagrado y, por tanto, respetable, como tantas instituciones romanas que luego fueron degenerando.



Lucha de gladiadores. Algunos llevan la marca de la muerte.

Al igual que otros pueblos de la antigüedad, los primitivos romanos solían sacrificar prisioneros sobre la tumba de sus caudillos para que los acompañaran y sirvieran en la otra vida. Eso explica que, en su origen, las luchas gladiatorias se denominaran regalo o tributo *(munus)*, porque eran ofrendas de sangre para algún difunto ilustre y contaban entre las ceremonias del sepelio[115].Con el tiempo, cuando perdieron su carácter sagrado y se convirtieron en mero espectáculo, comenzaron a llamarse juego *(ludi gladiatori).* En época imperial estos juegos cobraron tanta importancia que el Estado se hizo cargo ellos *(ludi stati)* y designó funcionarios de festejos que los organizaran *(curatores ludorum).*

Desde nuestra perspectiva de ciudadanos del siglo XXI lo comprendemos. Todos los Estados fomentan cuanto entretenimiento ayude a que sus ciudadanos se desentiendan de los problemas sociales y de la política, justo lo que hoy ocurre con el fútbol, la televisión basura y demás entretenimientos populares[116].

Aun así, el sentido religioso de los duelos gladiatorios nunca se perdió del todo. Por eso era obligado asistir a los juegos con la cabeza descubierta, como a los sacrificios religiosos. Otro vestigio de la sacralización del combate gladiatorio era el uso medicinal de la sangre de los caídos. En el *spoliarium*, a donde iban a parar los muertos, solían aguardar enfermos de epilepsia, la enfermedad divina, para beber un poco de sangre del moribundo o aplicarse friegas con ella[117]. También la consideraban un afrodisiaco eficaz (una especie de Viagra).

En el anfiteatro, existía una especie de capilla, el *sacellum*, en la que se veneraba a Némesis, diosa de la venganza, y a *Dea Caelestis*, la diosa del cielo, representante de la justicia divina, dos devociones muy gladiatorias. El caso es que la venganza y la justicia divina, que imaginamos misericordiosa, parecen diosas incompatibles, pero eso es porque somos cristianos adoctrinados en la mansedumbre y en poner la otra mejilla. Antes del cristianismo, la venganza se consideraba parte de la justicia y las dos diosas se confundían, en una especie de sincretismo.

Las imágenes de las diosas que había en las capillas gladiatorias se han perdido, pero se han encontrado los exvotos que testimonian la función de esos recintos: unas huellas de pies talladas en las losas de suelo *(vestigia)* y la inscripción con el nombre del oferente. Los pies simbolizan la presencia constante del devoto ante la divinidad.

¿Cómo se preparaba un hombre para ser gladiador? ¿Había entrenadores como los que salen en las películas?

En efecto. Los gladiadores se entrenaban en ciertos cuarteles o escuelas donde residían en régimen de internado. Al principio, estas escuelas eran privadas, propiedad de un contratista *(lanista);* después, en época imperial, el Estado se hizo cargo de ellas, al menos de las más importantes, de las que estaban en la propia Roma. Las más famosas estuvieron en Capua y fueron creación de César y de Nerón *(ludus gladiatorius Iulianus* y *Neronianus*, respectivamente). También las hubo en Egipto, en Hispania y en las Galias. Los instructores *(doctores)* solían ser antiguos gladiadores ya retirados, viejas glorias trinchadas de orgullosas cicatrices que intentaban transmitir a los nuevos reclutas la experiencia de toda una vida jugándose la piel en el anfiteatro.

El *editor* suscribía un contrato con el *lanista*. Muchos ciudadanos adinerados que aspiraban a una magistratura organizaban juegos pagados de

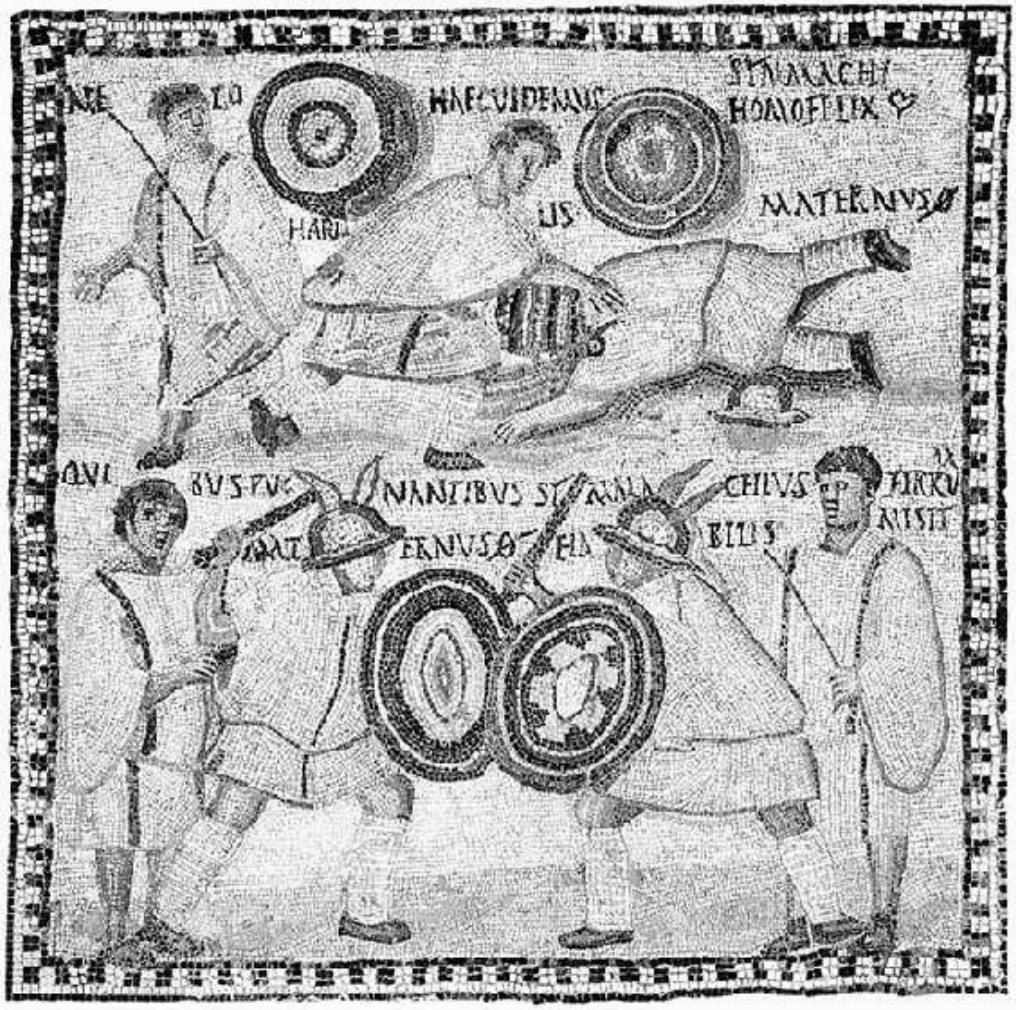
su bolsillo para atraerse el voto de la plebe, algo parecido a esos festivales gratuitos que se organizan en las campañas de los políticos de nuestro tiempo o como las fiestas patronales de los pueblos que costean generosamente nuestras concejalías de festejos. Ya vimos más arriba que al pueblo hay que atraerlo con pan y circo *(panem et circenses),* subsidio y diversión.

Muchos días antes de la celebración de los juegos se fijaban carteles anunciadores en los lugares más concurridos de la ciudad y de las poblaciones del entorno. Ésta y otras muchas peculiaridades nos resultan familiares a los españoles porque recuerdan a la fiesta de los toros. Los carteles explicaban el motivo de los juegos, el nombre del empresario, el número de parejas de gladiadores, la fecha y la hora en punto *(sine ulla dilatione)* si el tiempo no lo impide *(qua dies permittat)*[118]. Incluso se especificaba si se tenderían los toldos *(vela erunt)* y, el colmo del refinamiento, si se nebulizaría *(sparsio)* agua perfumada para crear un ambiente húmedo y agradable.

Como ocurre en el mundo de los toros, había forofos de tal o cual famoso gladiador que no se perdían una actuación. Incluso algunos participaban, con permiso del *lanista,* en el banquete *(cena libera)* que el *editor* ofrecía a los gladiadores la víspera del combate. Esta cena, ocioso es decirlo, que podía ser la última para muchos, obedecía a una finalidad práctica: restaurar las fuerzas de los luchadores y criarles la sangre que iban a perder al día siguiente en el tajo. Los gladiadores solían ser gente muy fornida, porque su rancho básico *(cibus gladiatorum)* consistía en gachas de harina de cebada. Por eso se les conocía como *hordearii,* o cebaderos. En estos establecimientos los gladiadores consumían cotidianamente sopas de huesos tostados que les aportaban grandes cantidades de calcio. Todo esto lo sabemos por el estudio de los sesenta enterramientos hallados en un cementerio de gladiadores a las afueras de Éfeso (en la actual Turquía). La dieta esencial se componía de potaje de habas, pan, frutos secos y algo de carnes rojas en respetables cantidades. Naturalmente, con semejante dieta engordaban. Ésa era la idea. En las heridas superficiales, y ellos procuraban que casi todas lo fueran, la capa de grasa actuaba como un cojín aislante para que el corte no afectara a nervios, arterias u órganos vitales, al tiempo que la efusión de sangre colmaba las sádicas expectativas de los espectadores.

A una hora prudencial, cuando ya el bullicioso público se impacientaba, aparecía el editor en el palco presidencial y la plebe lo aclamaba o lo

abucheaba, dependiendo de su aceptación. El anfiteatro era un buen barómetro político en un tiempo en que no existían las encuestas. A veces, el abucheo se dirigía al *editor* sospechoso de estafar al pueblo con un programa más bien flojo. En fin, acallada la plebe, los músicos acometían la primera pieza. Cuando el espectáculo era sólo de gladiadores, los músicos se instalaban en la propia arena, arrimados al podio.



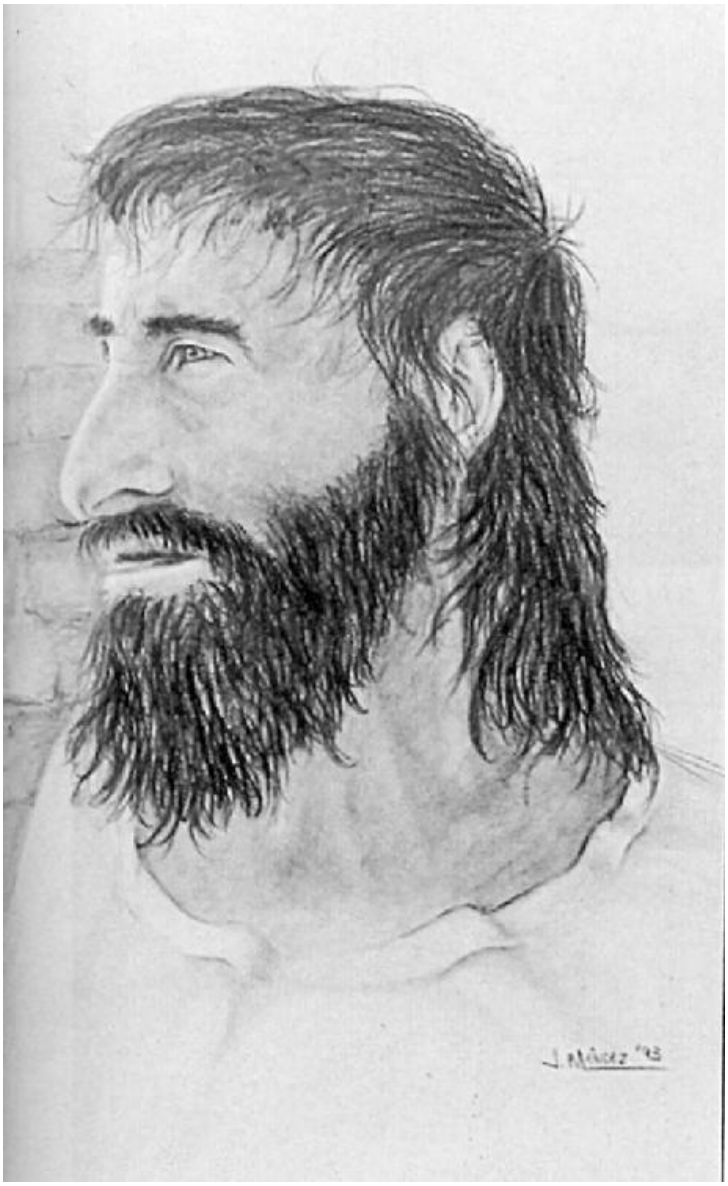
Lucha de gladiadores en un mosaico romano. Obsérvense los árbitros.

28
LA REPRODUCCIÓN ARQUEOLÓGICA DEL ROSTRO DE CRISTO

Es Semana Santa y otra vez andan a vueltas los de la secta sindonológica (los forofos de la Sábana Santa) con que la verdadera imagen del rostro de Cristo es la que ellos reproducen según se adivina en el famoso trapo de la catedral de Turín, lo que nos lleva a preguntarnos: ¿cómo era, en realidad, Jesús, el Jesús maduro que murió en Jerusalén brutalmente torturado por los romanos? ¿Era alto, rubio, ojos azules, atlético, de anchas espaldas, aunque sin exagerar, y el culo en su sitio, un tipo nórdico como nos lo pintan las estampas, los cuadros y últimamente las películas o, por el contrario, respondía a lo que sería un campesino galileo del siglo I, no muy alto, moreno, ojos melados, pelo hirsuto, barba y bigote poblados y la cara un poco de alelado, como nos propone el estudio recientemente realizado por un equipo de la BBC y Discovery Channel tras analizar antropométricamente calaveras de judíos compatriotas y coetáneos del Salvador «a partir de pruebas científicas y arqueológicas» con ayuda del forense Richard Neave (Universidad de Manchester), reputado especialista en reconstrucciones faciales? [119].

Las fuentes que refieren la vida de Jesús no nos lo describen físicamente[120]. Si acudimos al socorrido Antiguo Testamento en busca de testimonios de los profetas sobre el físico del futuro Mesías (suponiendo siempre que Jesús lo fuera, naturalmente) no nos aclaran nada, porque son contradictorios, el viejo truco divino para cubrir todas las posibles opciones: por una parte nos lo pintan guapo: «Eres la más hermosa de las personas»

(Sal 44, 3), pero, por otra, más feo que Picio: «No tenía apariencia ni presencia; y no tenía aspecto que pudiésemos estimar» (Is 53, 2).



Una de las reconstrucciones propuestas del verdadero rostro de Cristo (dibujo de J. Méndez).

Abundando en lo mismo, el mártir Justino describe a Jesús como un sujeto deforme y de aspecto penoso *(aeidouz);* Clemente Alejandrino asegura que era francamente feo *(oyin aiscron);* Tertuliano que «no era siquiera de forma verdaderamente humana» *(nec humanae honestatis corpus fuit);* san Irineo lo describe como *informus, inglorius, indecorus;* Orígenes, «pequeño y

desgarbado», en lo que se muestran de acuerdo Teodoro, san Cipriano, san Cirilo de Alejandría y san Basilio.

En la estatura hay menos acuerdo. El monje Epifanio (hacia el año 800) indica que Jesús medía seis pies de altura (unos 182 centímetros), pero la más autorizada Carta Sinodal de los Obispos de Oriente (839) afirma que no excedía los tres codos (unos 135 centímetros.), o sea, un redrojo en las lindes de la enanez, un desperdicio humano que, además, si creemos a san Agustín, sería hasta deforme: «La deformidad de Cristo os forma… Su deformidad es nuestra belleza». Algunos autores antiguos incluso aseveran que era leproso.

Nos hemos limitado a los autores cristianos, pero si recurrimos a los paganos, enemigos del cristianismo, constatamos que el juicio difiere poco: ninguno le dedica lindezas ni lo tiene por guapo. El más influyente de ellos, Celso, lo describe como «bajito, feo e innoble».

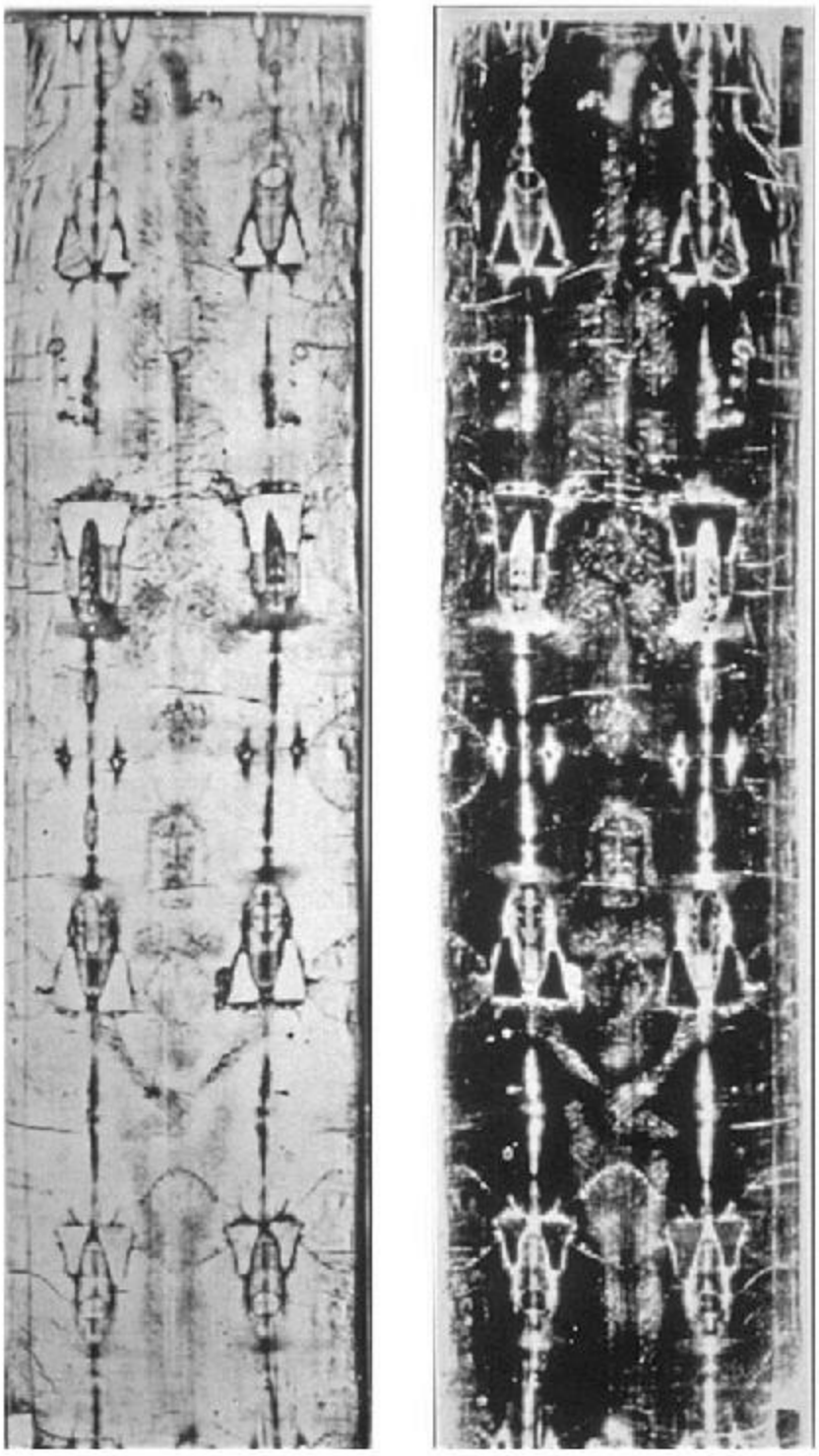
¿Cómo se armoniza ese Jesús nada agraciado con su condición de Hijo de Dios? ¿Es que Dios no pudo hacer a su Hijo (o sea, a Él mismo) un tipo resultón, guapo, simpático y cachas? San Isidoro nos brinda una justificación teológica de la fealdad de Jesús: era feo «porque ocultó la condición de maestro para revestir la del esclavo». El santo parece sugerir que los ricos son guapos y los pobres feos. Quizá no vaya del todo descaminado, de hecho, las beldades suelen decantarse por los ricos.

Esta tradición del Jesús feo y deforme se suaviza en siglos sucesivos a medida que crece la certeza dogmática en que era Dios encarnado. En el año 710, el cretense Andrés describe un supuesto retrato fidedigno de Jesús pintado por el evangelista Lucas en términos no tan desfavorables: aunque es cejijunto *(sunojrun)* tiene los ojos bonitos, el rostro alargado y es alto aunque algo chepudo *(epicujon).* Poco a poco van embelleciéndolo.

El único documento fidedigno que nos permite conocer la verdadera apariencia de Jesús es la Sábana Santa. Los laboratorios del radiocarbono que analizaron el tejido concluyeron que se trata de un lienzo del siglo XIV, o sea, que es falso como una moneda de corcho, pero aunque este veredicto de la ciencia sea inapelable (las objeciones científicas de los sindonólogos la verdad es que no se sostienen) sin embargo, cabe pensar que Dios, en su omnipotencia, pudo permitir que un cadáver del siglo I, el Suyo, fuera envuelto en una sábana del siglo XIV[121].

¿Qué encontramos en la Sábana Santa? La impronta del cuerpo de un atleta de 185 o 190 centímetros de altura, un tiarrón de anchas espaldas, cintura

estrecha y musculados miembros[122]. Es evidente que responde más al Cristo apolíneo de las estampas modernas que al judío palestino bajito y moreno que debió de ser.



Sábana Santa. Presunta imagen de Cristo difunto.

29
EN EL CIRCO ROMANO

Si uno se puede enamorar de una ciudad como de una mujer, servidor se confiesa enamorado de Florencia. La he visitado media docena de veces, quizá alguna más, en una ocasión con una estancia de dos meses, y nunca me canso de ella. No sólo del centro histórico, donde se acumula el arte, sino de los barrios más modernos y humildes que, sin embargo, no desmienten su pertenencia a la eterna Florencia.

¡Ah, Florencia, la ciudad del Dante y de Boccaccio, de Leonardo y de Miguel Ángel, de Américo Vespucio y de Maquiavelo, la ciudad de los Médici y de Oriana Fallaci, la valerosa mujer siempre políticamente incorrecta, voz que clama en el desierto de la cobardía, la que se atrevió a denunciar la islamización de Occidente!

Como con la relectura de los libros clásicos, en las repetidas visitas a Florencia siempre descubres algo nuevo o facetas de lo conocido que no percibiste antes. Incluso pequeñas variaciones en el menú de la *trattoria* Zà zà, en la *piazza* del Mercato Centrale para cuando te apetece completar con algo nuevo la inexcusable tripa *alla fiorentina*.

En esta adorable Florencia perdura un antiguo deporte que es hoy lo más parecido a los juegos gladiatorios de la antigua Roma, el *calcio fiorentino* una especie de fútbol a lo bestia que pudiera ser la degradación del *harpastum* de la antigua Roma.

En la tercera semana de junio se enfrentan en la amplia *piazza* de Santa Croce dos equipos de veintisiete jugadores cachas a los que se permite usar pies y manos, cabezazos, puñetazos, codazos y estrangulación del oponente.

Lo único prohibido son los golpes en el aparato reproductor y las patadas en la cabeza.

La emoción y la adrenalina que genera presenciar un partido de *calcio fiorentino* nos da idea de lo que sería asistir a un espectáculo de gladiadores.

La costumbre era dividir el espectáculo en tres partes que, juntas, duraban todo el día, merienda incluida. Por la mañana se escenificaba la cacería *(venatio),* que a veces admitía una variante especialmente truculenta: la condena a las bestias *(damnatio ad bestias)* como forma de ejecución[123]. Ya puede imaginarse el lector que si había un león en la arena, el condenado se resistía a salir. Algunas veces lo sacaban a empujones los servidores del anfiteatro y cerraban la puerta detrás de él. Otras veces salía en una especie de carretilla, atado a un poste, que dejaban a la vista del león. Los empleados del circo, por si las moscas, se ataviaban con una especie de vestimentas de cuero y procuraban no permanecer en la arena más tiempo que el estrictamente indispensable.

Las fieras solían estar ayunas desde el día anterior, pero aun así se daban casos de fieras inapetentes o irresolutas a las que los empleados debían azuzar con pinchos. Todo ello favorecía el espectáculo, claro, porque la gente se partía de risa antes de que la fiera ejerciera su oficio de verdugo y les pusiera el corazón a cien.

El condenado a las fieras devorado por un tigre. Mosaico romano.

En los últimos y decadentes tiempos de Roma, cuando no sabían que inventar, dieron en reproducir cruentas escenas mitológicas (o si no eran cruentas, ellos las hacían): un jabalí hambriento que se cebaba en un Prometeo atado a una roca (el cochino en sustitución del águila original); un Dédalo con alas de cera y plumas que se estrellaba desde un elevado trampolín…, incluso un toro berriendo que violaba a una condenada disfrazada de Pasífae[124]. Para entonces, había degenerado el espectáculo y ya se ofrecían hasta charlotadas: veladas nocturnas en las que gladiadoras con las ubres al aire luchaban contra enanos o contra eunucos y otras extravagancias semejantes[125].

A mediodía se hacía un alto para almorzar, lo que los humildes hacían en las propias gradas con lo que trajeron de casa, acaso pan, higos secos y nueces, y los privilegiados de las filas de abajo, en los aposentos interiores del edificio donde sus servidores les habían preparado un refrigerio. En esa hora, a manera de entremés, solían sacar al ruedo a los *gladiatorii meridiani*, como llamaban a los delincuentes condenados a morir combatiendo en el anfiteatro *(noxi ad gladium ludi damnati).*

¿Cómo podían obligarlos? Había fustigadores *(lorarii)* que les propinaban latigazos o les arrimaban hierros candentes si los veían indecisos. Por otra parte, tenían poca elección: les entregaban armas y los sacaban a la arena. Si alguno se negaba a usarlas, el contrincante, que era otro condenado, lo mataba directamente. Los enfrentamientos eran bastante torpes, hay que suponer. El que salía vencedor luchaba con otro, y así sucesivamente, como en la liga de fútbol, hasta que sólo quedaba uno, al que también ajusticiaban.

Estas representaciones del dolor tendrían también una intención disuasoria. Los ciudadanos revoltosos presenciaban en vivo lo que la autoridad reservaba al delincuente y se volvían más cautos.

Hoy hemos ganado en humanidad y creemos que al delincuente multirreincidente hay que tratarlo con delicadeza y devolverlo al camino recto mediante breves estancias en centros penitenciarios equipados como hoteles de cuatro estrellas, con su piscina, su gimnasio, su calefacción y su tele de pantalla gigante, pero en tiempos de Roma el sistema penal era así de punitivo y desconsiderado[126].

El último tercio, el más emocionante, era el de la tarde: la lucha entre gladiadores profesionales que antes habían desfilado solemnemente por las calles de la ciudad, ataviados con mantos de colores vistosos.

A los acordes de la música se abría el portón principal, y los gladiadores desfilaban como en el paseíllo taurino hasta el palco presidencial[127].

Sorteadas las parejas, el *editor* examinaba las armas para asegurarse de que estaban bien afiladas y aguzadas *(probatio armorum).* Los gladiadores se repartían por la arena y realizaban ejercicios de calentamiento: fintas, carreras, flexiones, estocadas reglamentarias, lanzamiento de redes, etc. Trataban de ganarse la simpatía de los aficionados. En el espacio dedicado a esta especie de toreo de salón algunos espectadores saltaban al ruedo y se enfrentaban a sus campeones favoritos en el combate simulado con espadas de madera o romas *(arma lusoria),* quizá para lucirse entre el auditorio

femenino. Bien sabían que los gladiadores no se emplearían a fondo. Tenían que reservar las fuerzas, porque les quedaba por delante toda la tarde, a pleno sol, la cabeza encerrada dentro de un yelmo caliente como una plancha, sobre la candente arena y desangrándose por las inevitables heridas.

A un toque de trompeta militar *(tuba)* se despejaba la arena y quedaban sólo los gladiadores y los músicos. El *lanista,* con un bastón, marcaba sobre la arena el espacio donde combatiría cada pareja. Como es natural, a los favoritos los colocaba delante de la presidencia.

Existían distintos equipos de gladiador, que recordaban las armas de los pueblos que en el pasado se habían enfrentado a Roma (samnitas, tracios, galos, etc.). Para que los combates fueran más emocionantes se enfrentaban armas y estilos de lucha distintos pero equilibrados. Los buenos aficionados conocían las ventajas y los inconvenientes de cada armamento, así como sus fintas y trucos característicos.

Hay que tener en cuenta que en más de quinientos años de ejercicio, el oficio de gladiador evolucionó. En la época imperial, hacia el año cien, cuando el Estado se hizo cargo de los juegos, quedaron establecidos los tipos de gladiadores que divulga el cine y la literatura: se mantuvieron los tradicionales *samnitas* armados de espada corta y protegidos por un enorme casco con visera y cresta, un escudo oblongo, y el brazo dentro de una manga acolchada o protegida por una malla de hierro *(manica)* que cubría hasta el hombro derecho y una espinillera metálica en la pierna izquierda, la más expuesta[128].

Aparte de estas sucintas defensas los gladiadores estaban bastante desprotegidos, podemos decir que casi desnudos, sólo con un taparrabos *(subligaculum)* que les ocultara las vergüenzas y no decepcionara a las damas ya que, como es sabido, cuando uno está en peligro el chisme genésico viril tiende a contraerse y se minimiza. En la literatura medieval es frecuente llamar al miedo «encogimiento de ombligo», porque todo el paquete intestinal se contrae, no sólo el adminículo genital.

Los tradicionales *samnita* y *galo* cedieron protagonismo en la época imperial al *mirmillón,* llamado así porque su aparatoso casco remataba en una cresta pisciforme[129]. El mirmillón usaba gran escudo y espada corta, y las consabidas protecciones de pierna izquierda y brazo derecho. Solían enfrentarlo con el tracio, que se caracterizaba por el casco de cresta alta, pequeño escudo rectangular *(parmula),* no mayor que el tapacubos de un

coche, y una espada curva, casi una hoz *(sica)*, apropiada para herir la espalda del contrario, lo que comportaba acercársele peligrosamente. Lo invariable es el yelmo enorme, monumental, de más de cuatro kilos, dotado con mirillas circulares que sólo permitían una vista frontal por lo que había que andarse con cuidado para no perder de vista al adversario[130].

La pareja más popular en el tiempo de la decadencia la formaban el *secutor* (perseguidor) y el *retiario* (el de la red y el tridente). El *secutor* usaba un casco liso, en forma de cabeza de pez, sin crestas ni aristas que pudieran engancharse en la red que le lanzaba su oponente. El *retiario* sólo se protegía el brazo izquierdo, y sus armas eran la red para envolver al contrario, el tridente *(fuscina)* y un cuchillo con el que cortar la correa que ataba la red a la muñeca si el otro se la atrapaba. Hacia el final del Imperio apareció una variante de los reciarios, los *laquearii*, que usaban un lazo en lugar de la red, a estilo vaquero.

Hay que imaginarse el entusiasmo de un público incluso más desinhibido y ruidoso que el que hoy llena los estadios. Se cruzaban apuestas *(sponsiones)*, animaban a uno, imprecaban al otro, insultaban, aconsejaban, jaleaban, se desesperaban, exigían sangre: *Verbera, iugula, ire!* («Pégale, degüéllalo, quémalo!», «¿Por qué va hacia el hierro vacilante?», «¿Por qué muere de tan mal gana?»). No invento nada, que conste. Esos gritos de los espectadores nos los transmiten Séneca y otros[131].

Existían reglas, por supuesto. Cada pareja de gladiadores se acompañaba con otra pareja de árbitros vestidos de túnica blanca, con dos cintas rojas verticales, que observaban la lucha e intervenían cuando era necesario. A pesar de ello, si tardaba en brotar la sangre o se sospechaba tongo, no faltaban energúmenos que empezaban a gritar: «¡Están peleando como en la escuela!», «¡Hasta los condenados a las fieras derrochan más valor que ellos!», «¡Parecen polluelos!».

La suerte suprema, la de morir dignamente, debía afrontarse con entereza. A menudo el gladiador vencido representaba su propia muerte de manera gallarda y heroica. «Detestamos a los gladiadores débiles y suplicantes —escribe Cicerón—, los que con las manos extendidas ruegan que les permitamos vivir». Plinio, por su parte, alaba «las bellas heridas y el desprecio de la muerte que hacen aparecer incluso en los cuerpos de esclavos delincuentes el amor a la gloria y el deseo de triunfar».

Podemos imaginar la emoción del combate y la continua descarga de

adrenalina que sus distintas suertes provocaban en los espectadores. Con razón había tantos aficionados, incluso entre personas de juicio y sensibilidad. El combate podía durar unos minutos o prolongarse hasta el agotamiento de los combatientes. Cuando uno caía herido o agotado pedía clemencia levantando la mano, y el graderío gritaba entusiasmado *Hoc habet, hoc habet* («¡Lo pilló, ya es suyo!»). En este punto, los árbitros detenían el combate a la espera de que el *editor* que presidía el acto dictaminara lo que había que hacer, si matar al vencido o indultarlo.

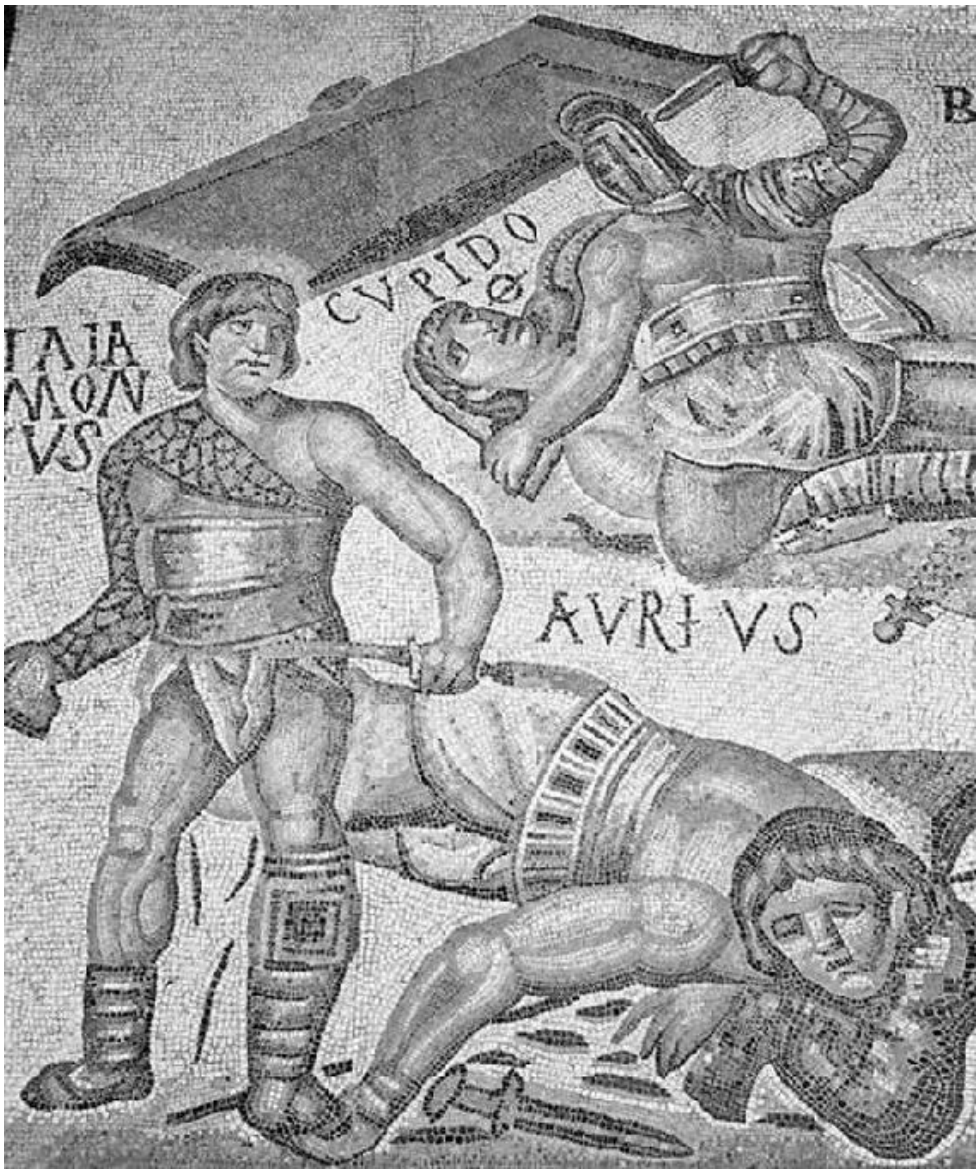
Hollywood nos ha transmitido la idea de que cuando los espectadores del circo romano extendían la mano con el pulgar hacia abajo pedían la muerte del gladiador vencido. Todo lo contrario. El dedo hacia abajo quiere indicar que el vencedor deponga las armas. Cuando los espectadores pedían la muerte del vencido se hacía ese gesto tan universal de llevarse el pulgar a la garganta (degüello) o simplemente al pecho. El presidente decidía en vista de la opinión del público. El gladiador que mataba a un colega condenado solía hacerlo buscándole el corazón desde encima de la clavícula, lo que aseguraba una muerte rápida. También se sacrificaba a los heridos irrecuperables, de un mazazo en la sien, para ahorrarles sufrimientos.

El cine nos ha transmitido una falsa imagen de muchos gladiadores muriendo en la arena. En realidad, los enfrentamientos a muerte eran la excepción cuando el *editor* de los juegos le pedía expresamente al *lanista* un enfrentamiento a muerte *(sine missione),* para que el espectáculo fuera especialmente memorable, y eso tenía otro precio, claro.

Normalmente se indultaba al gladiador vencido, aunque no fuera por motivos humanitarios, sino económicos, para usarlo de nuevo, porque formar a un gladiador era caro y el *lanista* debía recuperar la inversión o ser compensado por ella.

Muchos mosaicos romanos nos han conservado escenas de combate de gladiadores, como en la inocencia de un comic torpemente dibujado. En casi todos ellos apreciamos que se trata de hombres robustos, bien alimentados, de anchas espaldas y poderosa musculatura. Algunos tienen el potente cuello más ancho que la cabeza y una expresión perfectamente brutal en el rostro, lo que nos trae a la memoria unas palabras del malhumorado Séneca: «¡Qué músculos y qué hombros tienen los atletas, pero qué vacías están sus cabezas». Uno entiende que la vida que arrastraban estos desgraciados no

fuera la más idónea para el cultivo de las facultades del intelecto. En cualquier caso, tan incultos no eran: sabían latín.



La muerte del gladiador. Mosaico romano.

Los abundantes mosaicos de gladiadores que se han encontrado por todo el mundo romano nos transmiten nombres de famosos campeones y episodios memorables. En uno de ellos, un *secutor* ha esquivado la red de su oponente y lo persigue. El *retiarius* da un traspié y cae al suelo, herido. Esto o perder el arma son las dos situaciones en que un gladiador queda a merced de su adversario. Reconociéndolo, arroja la defensa de su mano izquierda, sea red o

escudo, y levanta el pulgar hacia la presidencia. El árbitro se interpone. El otro gladiador aguarda. Cada espectador consulta el caso con el de al lado. Algunos vecinos de asiento discuten acaloradamente sobre los méritos y defectos del que solicita gracia. Los que piensan que ha luchado bien sacan señuelos y los agitan al aire mientras gritan: *Missum!* («¡sálvalo!»); pero si están descontentos y no quieren indultar a tan flojo luchador, hacen el gesto antes descrito y gritan: *Iugula!* («¡degüéllalo!»). El *editor* decide a sabiendas de que no contentará a todos, como suele ocurrir también en las corridas de toros. Un proverbio del oficio deja poco espacio para la misericordia: «Mata al vencido, sea quien sea» *(ut quis quem uicerit occidat).* En los mosaicos se señalan los gladiadores muertos, con la letra griega zeta[132]. En algunos grafitos pompeyanos, el grafitero, con vocación de periodista deportivo, enumera los gladiadores actuantes en un espectáculo y junto al nombre pone la inicial que expresa el resultado: *V(icit),* venció; *M(issus),* perdonado; *P(eriit),* pereció.

Los indultados abandonaban la arena por la Porta Sanavivaria; los muertos o malheridos por la Porta Libitinaria (consagrada a Libintina, la diosa de los muertos) que conducía al depósito de cadáveres *(spoliarium).* Unos esclavos al servicio del anfiteatro los retiraban arrastrándolos con ganchos, como las mulillas taurinas. El *spoliarium* se denomina así porque es la dependencia donde despojaban a los difuntos de las armas.

A los gladiadores muertos se les trataba con más respeto que cuando vivían. Se han encontrado un par de fosas que lo prueban y existen muchas lápidas sepulcrales que indican entierros honorables[133]. En cuanto a los vencedores, daban la vuelta al ruedo *(discurrere)* con la palma de la victoria en la mano. También recibían propinas en metálico y en casos excepcionales se les entregaba una espada roma *(rudi),* que significaba la libertad si el luchador era esclavo, normalmente a gladiadores que ya habían ofrecido muy buenas tardes a la afición. Algunos de estos liberados, muy pocos, preferían seguir en la profesión y morir en ella. Muchos eran sujetos embrutecidos que no hubieran sabido qué hacer fuera del oficio. Otra recompensa de los vencedores, y de los gladiadores en general, eran las mujeres.

Muchas mujeres, incluso damas encopetadas, se prendaban de gladiadores. Los muros exteriores de la escuela de gladiadores de Pompeya están llenos de pintadas *(tituli picti)* de mujeres enamoradas. «Celadio, anhelo y rompecorazones de las jovencitas» *(Celadius, suspirium et decum*

puellarum), «Cresces, el señor de las chicas» *(Cresces puellarum dominus);* «Cresces, el que caza a las chicas de noche con su red» *(Cresces, ret(iarius) puparum nocturnarum)*[134].

¡Coño con el tal Cresces! Se dieron casos de lo más chusco: una tal Epia, perteneciente a la más encumbrada aristocracia, abandonó marido e hijos para fugarse con un gladiador llamado Sergio, no porque fuera un guaperas, sino más bien por el morbo de la profesión, porque lo había visto actuar y se había prendado de él[135].

Tengamos en cuenta que la palabra *gladius,* espada, de la que procede el nombre del gladiador significaba también pene, en lenguaje vulgar, lo que no dejaba de estar presente en el subconsciente de las que se encaprichaban con el luchador. Debemos añadir una precisión lingüística: el *gladius* solía ser corto, la típica espada legionaria, porque cuando era largo se llamaba más bien *spatha,* por eso los gigolós buscados por las señoras romanas eran los *spadonii.*

Al margen de los magnos espectáculos oficiales, existieron modestos juegos funerarios ofrecidos por ciudadanos privados en plazas de tercera, para seguir con el símil taurino. *Lanistas* humildes suministraban cuatro o cinco parejas de remendados gladiadores, llamados *sestertarii* por su baratura, auténtica carne de cañón. Era raro que muriera uno de éstos porque en el contrato se especificaba una cifra por el alquiler y otra mucho más elevada por la muerte. El público se mofaba de sus calculados golpes y se ensañaba con ellos insultándolos y gritándoles las expresiones de tongo al uso, mientras los pobres diablos aguantaban el chaparrón y procuraban herirse levemente, con profesional destreza, sobre los callos de anteriores heridas, de manera que la pérdida de sangre fuera lo suficientemente escandalosa como para aplacar las iras del respetable.

La posteridad ha rechazado, horrorizada, estos sangrientos espectáculos que deleitaban al pueblo romano. «No logramos siquiera comprenderlos —escribe un historiador moderno—. Es una mancha de oprobio que no se borra». Sin embargo, curiosamente, los intelectuales romanos no se mostraron contrarios a los juegos, con la posible excepción de nuestro compatriota Séneca.

Cicerón admiraba el estricto código profesional de los gladiadores: «Prefiere recibir un golpe a esquivarlo contra las reglas —escribe—. Lo que le interesa en primer lugar es complacer tanto a su amo como al espectador.

Cubiertos de heridas, preguntan a su amo si está satisfecho; si les dice que no, están dispuestos a dejarse degollar».

El caso es que estos hombres, intelectuales romanos, nos muestran en sus escritos que no eran insensibles. Ellos no pertenecían, desde luego, a la plebe embrutecida y ciega a la que se daba pan y circo para que se mantuviese alejada de posibles reivindicaciones sociales. Quizá si alguno de aquellos autores romanos hubiese vivido hoy se habría atrevido a justificar de algún modo los juegos, dándoles, podemos presumir, una explicación psicológica. Parece que existe en el hombre un impulso de violencia que es la raíz de una tensión biológica, emotiva y espiritual. Es lo que a veces se ha llamado, por seguir patrones culturales antiguos, violencia dionisíaca. Por supuesto, se trata de algo inaceptable para nuestro código cultural, en el que la cólera y la agresividad son tendencias malignas. Ese código no tiene en cuenta que la agresividad, como la sexualidad, están, por así decirlo, programadas genéticamente. Es una pulsión que los romanos y los otros pueblos antiguos tuvieron en cuenta. En lugar de reprimir la violencia se esforzaron en encauzarla ritualizándola, para que surtiera el efecto catártico de toda representación simbólica.

En el ritual religioso primitivo, el sacrificio de la vida humana es básico: para que la vida siga debe primero destruirse. De aquí proceden los ritos sacrificiales y la tendencia compulsiva al derramamiento de sangre. En realidad se contraponen dos impulsos elementales: vida-muerte (Eros-Thanatos, amor y discordia), que se ritualizan y se consagran a la divinidad. De este modo liberamos los aspectos ingobernables de la naturaleza instintiva.

El hombre moderno, por el contrario, ha optado por la represión del sentimiento: anulamos el impulso destructor declarándolo malvado y nos reprimimos psicológicamente con complejos de culpa. Pero como la pulsión subyace, sustituimos el combate verdadero del anfiteatro romano por la violencia en el cine o en los telediarios. ¿A cuántas escenas de violencia asistimos a lo largo de nuestra vida, aunque sean ficticias? ¿Por qué cuando se produce un accidente, los transeúntes curiosean, morbosos, hasta que llega la ambulancia?

30
UNA TARDE EN LAS TERMAS

Con la deriva hedonista que padecemos en la sociedad occidental (por cierto, mientras los bárbaros saltan nuestros indefensos muros), se han puesto de moda los *spas,* esos establecimientos que —define la RAE— ofrecen tratamientos, terapias o sistemas de relajación, utilizando como base principal el agua, generalmente corriente, no medicinal.

Servidor, como cada hijo de vecino, se considera estresado por la vida moderna, con esa carga de afanes que nos acarrea cada día, trabajando como subsaharianos para poder pagarnos las fruslerías y comodidades de que disfruta el vecino, así que de vez en cuando me lío la manta a la cabeza, cierro el ordenador y paso unos días en un balneario o, si no lo hubiere a mano, acudo a un *spa,* que ofrezca el catálogo completo: inmersión en piscina de chorros, *jacuzzi,* quizá con cromoterapia, tao musical o pijadas semejantes, natación moderada y masaje.

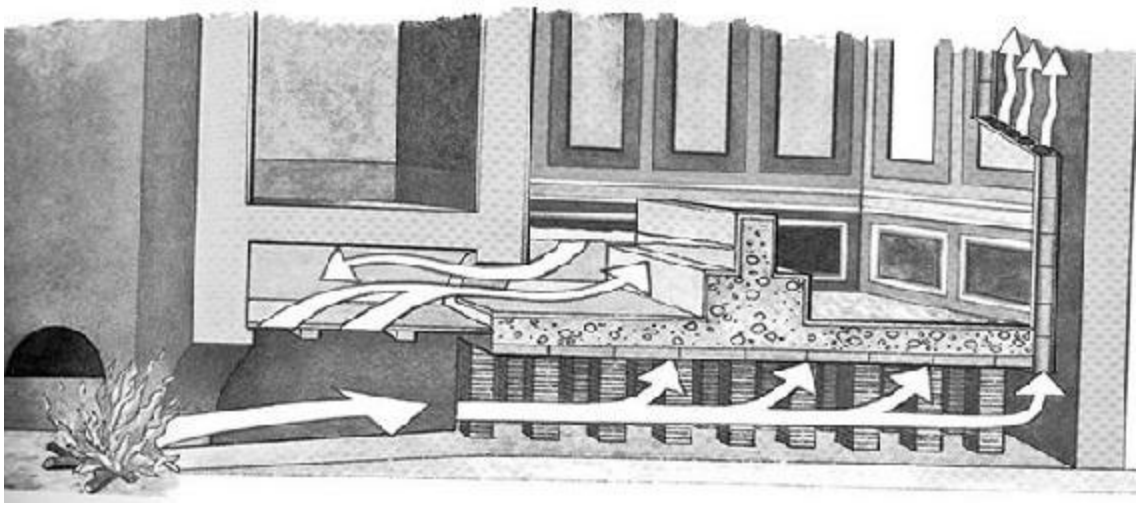
Hoy los *spas* se suponen un lujo, pero en tiempos de Roma su equivalente, las termas, eran establecimientos populares, el equivalente al casino o al club social moderno. Además de su higiénico cometido, estos baños públicos (a menudo construidos y decorados con gran boato, para prestigiar a la ciudad) eran mentidero, club social, lugar de tertulias, barbería, sala de masajes, centro cultural y polideportivo.

Los ricos tenían sus propias termas, más pequeñas, claro, en casa y preferían no mezclarse con la plebe que frecuentaba las públicas.

El usuario de las termas pasaba por cuatro salas sucesivas: la primera era una especie de sauna donde se sudaba *(sudarium);* en la segunda se daba un baño caliente *(caldarium),* y a continuación rebajaba su temperatura en la sala

templada *(tepidarium),* antes de darse un baño en agua a temperatura normal en el *frigidarium.*

Las termas, y algunas casas especialmente lujosas, disponían de ingeniosos sistemas de calefacción *(hipocausto)* que hacían pasar el aire caliente procedente de las calderas por canalizaciones dispuestas bajo el suelo y a lo largo de los muros. Eso mantenía calentito el *tepidarium.*



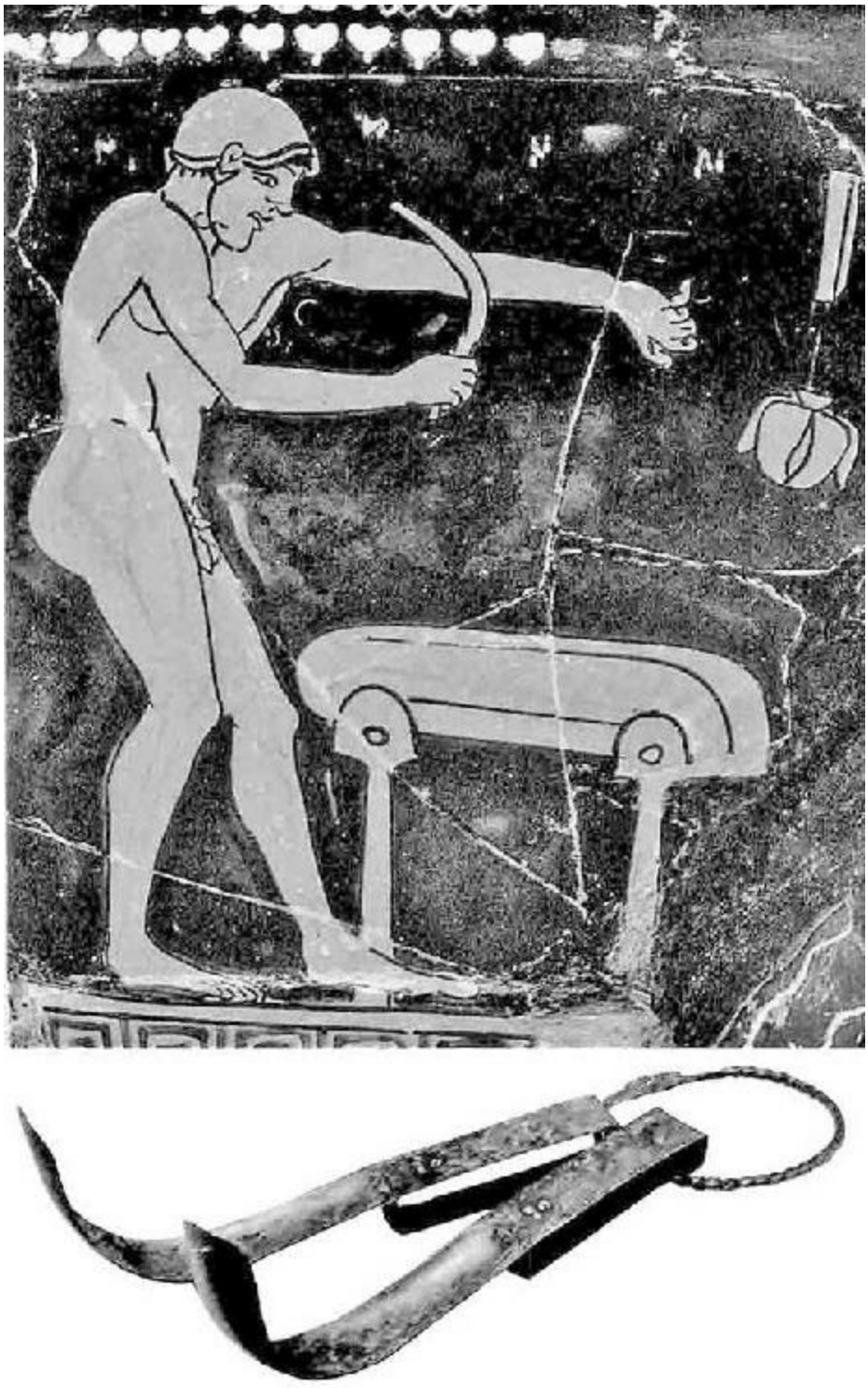
Sistema de calefacción romano por aire caliente que caldeaba suelos y paredes.

Muchos romanos aprovechaban la visita a las termas para aliviar el vientre. Frecuentemente había en ellas, o cerca, urinarios públicos, a veces muy lujosos, con asientos de mármol convenientemente horadados y en forma de bancos corridos, lo que, lejos de procurar la intimidad que hoy buscamos para ese acto, fomentaba la convivencia entre los usuarios, que frecuentemente conversaban entre ellos y hacían tertulia mientras defecaban. Debajo de los asientos circulaba agua corriente que arrastraba las deposiciones a la cloaca central y delante de los asientos también circulaba agua por un canalillo junto al que de disponían esponjas atadas a un palito que hacían las labores de nuestro papel higiénico.

A vueltas con el tema de las termas y los baños conviene advertir que los romanos no conocieron el jabón. Cuando se ejercitaban en la palestra o en algún trabajo duro, se limpiaban el sudor frotándose con aceite y retirándose la pringue resultante de la mezcla oleosa de suciedad y sudor con una especie de rascador de hierro, el estrígilo.

¿Lavar la ropa? Bueno, el detergente de los romanos consistía en orina humana y ceniza, empleadas como mordientes y blanqueantes. El amoniaco que contiene la orina es, además de desengrasante, desinfectante. Los esclavos pisaban la ropa en grandes pilas de orina con ceniza previamente hervida y greda, y después la aclaraban abundantemente en una alberca y la ponían a solear y secar en las terrazas, sobre armazones de vareta de olivo.

El emperador Vespasiano, un hombre con una mente comercial que sacaba dinero de debajo de las piedras, le vendía la orina de las letrinas públicas a los propietarios de las lavanderías. Cuando se lo afearon, olisqueó unas cuantas monedas y comentó: *Pecunia non olet,* o sea, «el dinero no huele». Una de las marcas exteriores de las lavanderías era precisamente la existencia de ánforas o urinarios que daban a la calle para invitar a los viandantes a que se aliviaran.



Atleta griego aseándose con el estrígilo.

31
LUCIO CORNELIO A ROMA CON EL ACEITE BÉTICO

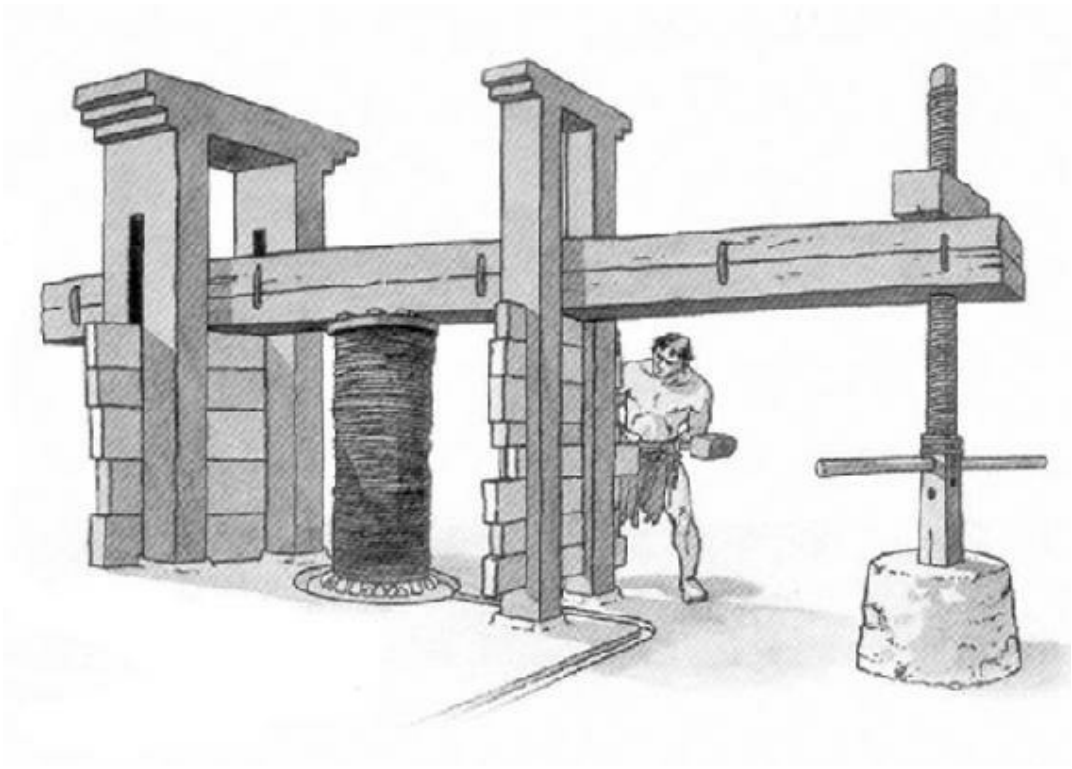
Año 120 de nuestra Era, hace casi dos mil años. Jaén es un territorio salpicado de florecientes colonias romanas. En una soleada y fría mañana de diciembre, un muchacho llamado Lucio Cornelio asciende por el sendero de piedra que corona el cerro.

A medio camino hay una pequeña gruta en cuyo interior nace, potente, un manantial «tan ancho como el cuerpo de un buey» (así lo describen las fuentes antiguas). Rodea el manantial una arboleda que alberga un ninfeo, una leve construcción, casi una ermita, un espacio sacralizado consagrado a las deidades acuáticas al que peregrinan los devotos.

Lucio Cornelio tiene catorce años y nunca ha viajado más allá de una legua. Ahora se le ha presentado la ocasión de visitar Roma, la capital del Imperio y del mundo, en compañía de su padre, el noble tribuno Marco Cornelio. Por consejo de su piadosa madre, Lucio Cornelio sube al ninfeo de la Malena para hacer una libación e implorar a los dioses locales que los caminos de la tierra y del mar le sean propicios.

Lucio Cornelio llega al templete, apenas dos columnas toscas que enmarcan una oquedad natural. En el centro hay un pequeño depositorio para las ofrendas y un candelero del que penden tres candiles. El joven lleva consigo una cantarilla de hierro con aceite nuevo. Llena uno de los candiles, le extiende la torcida y lo enciende. Frente a la vacilante llama reza sus oraciones y pide a las ninfas salud y fortuna. Moja un dedo en el aceite y se traza el signo mágico en la cabeza.

El sol está remontando y luce en todo su esplendor. Sentado en un peñasco, al solecito tibio del invierno, Lucio contempla el caserío: los muros rojos, los tejados ocres, los jardines verdes, los cipreses, las higueras, los emparrados y en el campo alrededor, las tierras del pan, los viñedos, los olivos, las huertas feraces del Poyo y de la Ribera que el manantial de la Magdalena riega abundante. Entonces, la tierra de Jaén se repartía entre estos cultivos, aunque ciertamente su olivar destacaba ya en toda la región, como lo prueban los contrapesos de molino de viga hallados en Marroquíes Bajos, los mayores que se conocen en el orbe romano. Es evidente que en Jaén hubo un centro importante de captación y distribución de aceite y que buena parte del aceite que iba a Roma y al Imperio procedía de estas tierras.



Prensa romana de viga y contrapeso (dibujo de A. Miralles).

En las noches de invierno, al amor de la lumbre de olivo, en la chimenea familiar, Lucio ha escuchado de labios de su abuelo la historia de Hércules. Éste llevó a Grecia el primer olivo y lo plantó en el monte Olimpo, en la morada de los dioses. El herrero divino, Hefaistos, le regaló unas armas de hierro, pero él prefería la clava o estaca de olivo. La clava de Hércules es un instrumento de civilización, más que un arma, porque cuando golpea el suelo

brota un olivo. La clava nudosa es el emblema que adoptaron los griegos para simbolizar finamente la virilidad y la fecundidad que, en tiempos más antiguos, se sugerían más explícitamente. Todo romano medianamente avisado sabe que el aceite favorece mucho la coyunda, abre las ganas y despierta la sangre. Es lo que indica el decimotercer trabajo de Hércules, el de Tespio, que casi todos los autores silencian pudorosamente. El joven Lucio se sonríe recordándolo. Tespio era rey de una ciudad cercana a Tebas donde un buen día apareció un león que devoraba al personal. Tespio, alarmado, le aseguró a Hércules que si mataba al león y lo sacaba del apuro le concedería los favores de su hija Procris durante cincuenta noches. Esta Procris era de una belleza y hermosura tales que los que la veían se quedaban prendados de ella, dioses incluidos. Engolosinado con la oferta, Hércules mató al león y recibió a la bella Procris la primera noche, tal como estaba pactado, pero en las noches sucesivas, al amparo de la oscuridad, Tespio le fue introduciendo en la alcoba a sus otras cuarenta y nueve hijas, todas vírgenes, y a todas dejó embarazadas el hombre de la clava. De esta manera, el astuto Tespio se aseguró una caterva de nietos emparentados con la divinidad puesto que descendían del héroe Hércules.

Otros griegos atribuían la creación del olivo a Atena, la diosa de la inteligencia. Cuando el dios Poseidón y la diosa Atena se disputaron el patronazgo de la ciudad, los demás dioses decidieron otorgárselo al que creara la criatura más bella y útil para la Humanidad. Poseidón hendió una peña con su tridente e hizo surgir un caballo; Atena acarició la tierra que pisaba y surgió un olivo. Los atenienses declararon vencedora a Atena, le pusieron su nombre a la ciudad y veneraron aquel primer olivo dentro de un recinto de piedra, entre los templos de la Acrópolis.

En realidad, todos los pueblos mediterráneos veneraban al olivo. Era, y en cierto modo lo sigue siendo, un árbol sagrado. No es casual que después del Diluvio Universal, la paloma que soltó Noé regresara con una ramita de olivo en el pico.

El olivo ha sido sagrado en todo el Mediterráneo y cada pueblo atribuía su creación a un dios especialmente sabio. Los egipcios lo creía un don de Thot y llamaban al olivo *tat*. Los hebreos lo consideraban el rey de los árboles: «Los árboles celebraron una asamblea para elegir a olivo por su rey», leemos en el Libro de los Jueces, 9, 8-9. Al comunicarle la noticia, el olivo contestó:

«¿Cómo voy a renunciar a mi aceite, que es mi gloria ante Dios y ante los hombres, para ir a mecerme sobre los árboles?».

Lucio comprueba que el candil votivo arde correctamente, recoge la aceitera vacía y regresa a su casa. Su padre, que es oleicultor y comerciante, le ha relatado muchas veces cómo llegó el olivo a España. Hace más de mil años, antes de la conquista romana, cuando todavía esta tierra estaba por descubrir, un comerciante fenicio llamado Herón se aventuró hasta las costas andaluzas en busca de nuevos mercados para sus telas y sus cerámicas y desembarcó en una tierra nueva, en Cádiz, donde se quedó pasmado al ver que el bosque natural era el acebuche, o sea, el olivo silvestre *(Olea oleaster)*, asociado al alcornoque y al lentisco. A su regreso a Grecia, Herón dijo que había descubierto *Kotinoussa*, o sea, «la isla del acebuche»[136].

«Si ésta es tierra de acebuches, aquí se tiene que dar bien el olivo», pensó Herón, y en el siguiente viaje se trajo unas cuantas plantas de olivo cultivado *(Olea europea)* que, en efecto, arraigaron bien y fueron la base del olivar hispano.

Nuestro amigo Lucio ignora que, siglos antes de que los fenicios trajeran el olivo cultivado, los andaluces aprovechaban el aceite de acebuchina en sus ritos y es posible que también en su cocina. En la cueva de Nerja, en Málaga, se han encontrado huesos de acebuche de hace doce mil años.

Algunos creen que el aceite de acebuche se usó al principio para la iluminación, como alternativa de la grasa animal. Lo que tardó en extenderse el cultivo del olivo por Andalucía está todavía por averiguar, pero en Montefrío se han encontrado posibles candiles de hace cuatro mil años.

Regresemos al lado de nuestro amigo Lucio Cornelio. El muchacho vive en una villa de las afueras, el antecedente de las modernas caserías, y, como es época de plena recolección, al cruzar el campo va encontrando cuadrillas de esclavos aceituneros en plena faena.

El agrónomo romano Columela enumera las tres clases de aceite que consumían en su tiempo. El más corriente era el *oleum viride*, un aceite amarillo oro de la aceituna fresca, procedente de aceitunas pintonas recolectadas en diciembre. Luego estaba el aceite de lujo, o sea, el *oleum astivum acerbum*, verdoso, algo amargo y aromático. Como lo sacaban de las aceitunas todavía verdes, recolectadas antes de diciembre, su rendimiento era bajo y, por tanto, resultaba muy caro. Finalmente, estaba el *oleum maturum*, el más basto, sacado de aceitunas muy pasadas o atrojadas. Ése era el que

consumían los pobres y el que se usaba para el alumbrado, o sea, el aceite lampante, como lo llamamos ahora. Lampante viene de lámpara, ese candil de barro, o lucerna, que iluminaba los hogares romanos.

Lucio conoce otros usos del aceite. Como muchos chicos de su edad, es aficionado al deporte y acude diariamente al gimnasio para ejercitarse en la carrera, el salto, la lucha y el lanzamiento de jabalina. Cuando termina, cubierto de polvo y sudoroso, se lava usando como jabón aceite lampante perfumado que luego retira con ayuda del estrígilo.

La madre de Lucio, la noble matrona Livia, usa también aceite en su tocador, un aceite extrafino de cosmética y perfumería, denominado *oleum omphacium*, que procede de la aceituna verde, molida a mano sin partir el hueso, en capachos nuevos y con mil cuidados.

Antes de regresar a su hogar, Lucio pasa a despedirse de su amigo Constancio, que vive en el arrabal. Constancio pertenece a una familia humilde que fabrica su aceite del año por el procedimiento denominado *canalis et solea* (o sea, canal y zueco), que consiste en meter las aceitunas en un saco de trama ancha y pisarlas con un calzado de madera. El aceite resultante de la pisada chorrea por un vertedero del dornajo y va a parar a un recipiente. Siglos después, los moros seguirían practicando este pisado en zafariches.

El padre de Lucio es un hombre adinerado que tiene un molino industrial en un anejo de su casería o villa rústica. Durante la época de la recolección todo el campo resuena con el murmullo cansino de las piedras rodaderas aplastando aceitunas sobre las balsas de piedra *(mortarium).*

El padre de Lucio exporta a Roma gran parte de su aceite. Las leyes sobre el suministro de aceite del Imperio son muy precisas. En la ciudad iberorromana de Cástulo se ha encontrado el pedestal que sostenía el Rescripto imperial, o edicto del emperador, posiblemente de Adriano, para que tanto los productores como los difusores o agentes fiscales supieran a qué atenerse. La zona de Jaén debió de ser un gran centro de recaudación de aceituna, como sugiere el hallazgo de cinco piedras de molino tan grandes que no se conocen otras semejantes en todo el Imperio. Probablemente, el Estado molturaba allí la aceituna tributaria.

El noble Marco Cornelio le ha explicado alguna vez a su hijo que antes de la colonización romana no había grandes excedentes de aceite en Hispania. De hecho, los funcionarios romanos tenían que importar de Italia el aceite

que consumían, como se deduce del hallazgo en Andalucía de ánforas olearias del tipo Baldacci I procedentes de Abulia y Calabria, las regiones italianas productoras de aceite. Estas ánforas fueron fabricadas en el siglo I a. de C., lo que indica que, en esa época, la Bética no producía mucho aceite y tenía que importarlo.

En menos de un siglo la situación cambió y la Bética se convirtió en el principal proveedor de aceite del Imperio. En el reverso de algunas monedas de Adriano (117-138), la matrona que representa a España tiene en la mano una rama de olivo, y a los pies, un conejo. España era famosa por la abundancia de conejos. De hecho, el nombre de España proviene del fenicio *i-shepharim*, es decir, el país de los conejos.

A la mañana siguiente, Lucio, su padre y los esclavos que los sirven y acompañan se ponen en camino por la carretera empedrada que enlaza con el arrecife ancho que sigue el curso del río Betis, el Guadalquivir, que da nombre a la Bética. No hacen el camino solos. Los acompaña una expedición de carros cargados de pellejos de aceite. Los secretarios han tomado nota del contenido de cada pellejo y de cada carro. Dentro de unos días, cuando lleguen a su destino, en un embarcadero cercano a Córdoba, transferirán la preciada carga y la documentación a otros funcionarios imperiales, quienes, después de consignar el montante y calidad del aceite recibido, extenderán los correspondientes albaranes. En aquel punto, otros esclavos imperiales transvasarán el aceite a grandes ánforas y las expedirán río abajo en barcazas de fondo plano hasta el puerto de Híspalis, donde serán embarcadas en una de esas naves enormes llamadas onerarias que navegan por el mar de las que hablamos más arriba.

A fin de controlar la calidad, cada ánfora lleva la *figlina* o sello del alfarero en un asa. Las ánforas selladas en la Bética se encuentran en puntos tan distantes como Inglaterra y la India, lo que prueba que el aceite bético llegaba hasta los confines del Imperio.

Lucio sabe que el vino, el aceite, las conservas de pescado y hasta el grano se transportan en esas vasijas de barro que llegadas a su destino simplemente se rompen y se tiran a la basura. No puede sospechar que, dos mil años después, esos tiestos rotos nos sean tan valiosos para estudiar el comercio en la antigüedad. Lucio sabe distinguir perfectamente las dos clases de ánforas que ve acumularse a centenares en el campo del alfarero: las panzudas, casi esféricas, llamadas olearias porque sirven para envasar el aceite, y las

vinarias o de vino, que son estilizadas y acaban en una punta que sirve para inmovilizarlas, clavadas sobre el lastre de arena de las bodegas de los barcos. Como el diseño de las ánforas varía según los alfares y, además, evoluciona con el tiempo, los arqueólogos pueden determinar la época y el lugar de procedencia de cada ánfora.

Curioseando en el embarcadero, Lucio ve a los esclavos que llenan las ánforas, las taponan con una tapadera de barro cocido y las pesan frente a un funcionario que, con ayuda de tinta y pincel, escribe en letra cursiva, sobre la propia ánfora, sus *tituli picti*, en los que se consigna el peso del aceite, el nombre del productor y otros datos fiscales.

Lucio y su padre embarcan en Híspalis. La travesía, que dura varios días, da tiempo más que sobrado para que el noble Marco le explique a su hijo y heredero los entresijos del comercio aceitero imperial.

Las exportaciones de aceite bético alcanzaron su máximo desarrollo durante el reinado del sucesor de Adriano, Antonino Pío. Roma contaba entonces con un millón y medio de habitantes. Aunque a cada romano sólo le correspondieran unos doce litros al año, la cantidad era considerable. El caso es que entre los siglos II y III de nuestra Era, el aceite andaluz ganó tal reputación que se hizo imprescindible en Roma.

Después de unos días de tranquila travesía, Lucio y su padre desembarcan en Ostia, el puerto de Roma. Mientras aguardan el coche de caballos que los ha llevar a casa de un pariente, Lucio observa cómo los esclavos del puerto descargan las pesadas ánforas en forma de nuez y las transportan a un gigantesco almacén paralelo al muelle. También observa cómo detrás del almacén otros esclavos transportan carros de ánforas rotas en dirección a un monte cercano de extraño aspecto.

—¿Sabes qué es aquello? —le pregunta Marco—. Es un montón de ánforas rotas. A lo largo de decenas de años ha ido creciendo y tiene ya el tamaño de una montaña.

Nuestro amigo Lucio, con los ojos llenos de las maravillas de Roma, regresó a su hogar bético y encendió lamparicas de aceite en el ninfeo para agradecer a los dioses el viaje sin sobresaltos y el mundo visto. Luego sucedió a su padre en el gobierno de la casa y vivió muchos años como próspero olivicultor y oleicultor, rodeado de hijos y sirvientes a los que inculcó el amor al aceite y al Imperio.

Tiestos de ánforas olearias en el monte Testaccio.

32
LOS TRABAJOS Y LOS DÍAS

Escribo esto un 26 de marzo, el día de sólo veintitrés horas, porque anoche, a las dos de la madrugada, tuvimos que adelantar los relojes hasta las tres, sabia decisión del Gobierno, que, en su desvelo por hacernos más felices, dispone estos sobresaltos de reloj para ahorrarnos no sé cuánta energía. Los adultos, sometidos como estamos al imperio de la ley e incluso al capricho de los gobernantes, nos adaptamos bien a esa mudanza, pero tengo dos nietas bebés, Jimena y Victoria, que han dado la tabarra a la hora del desayuno cuando el reloj biológico les avisó de que llegaba la hora de comer y no aparecía el biberón.

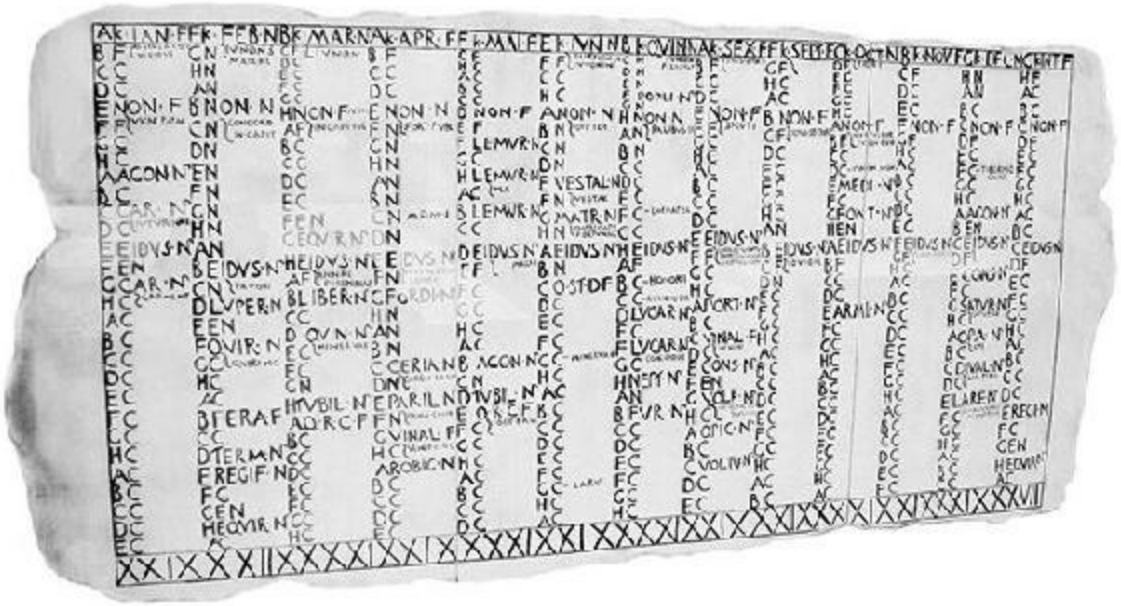
Buena parte de nuestros agobios, los de la vida moderna quiero decir, son culpa del reloj. Los romanos, felices ellos, no lo conocían.

Bueno, en realidad, tenían relojes de sol e incluso relojes de agua *(clepsidras),* pero, a pesar de ello, lo de calcular las horas del día era materia ardua. Las doce horas del día y las doce de la noche, variaban según la estación del año. La *hora prima* comenzaba con el alba, después seguían la *secunda*, la *tertia* y las demás hasta la *duodecima,* que era la del ocaso. La hora *sexta,* correspondía al mediodía. Algunos aficionados creen que nuestra palabra «siesta», deriva de *sexta;* servidor en eso no se manifiesta, se limita a practicarla sin preocuparse de si se mantiene en la fase no-rem o si, metido en harina, alcanza la fase rem.

Con un horario tan elástico, los romanos vivían con el sol: de día se trabajaba hasta pasado mediodía, y la tarde se dedicaba a las termas o a actividades más personales. O sea que disfrutaban de jornada continua con unas cuantas horas dedicadas al ocio, a las que cabía sumar los días festivos

que con la decadencia fueron en aumento. No estaban tan obsesionados con el trabajo como los occidentales actuales. Bueno, para eso tenían a los esclavos, pilar básico de la economía romana, y en provincias, además de esclavos, a las clases explotadas. Ésos trabajaban de sol a sol, como los orientales que se hacinan en los talleres de las subcontratas que sirven bienes de consumo a las grandes compañías occidentales (es nuestra moderna y aséptica forma de esclavitud, *nihil novum sub sole).*

En cuanto al calendario romano cabe decir que en cierto modo es el que seguimos usando. Al principio se basaba en el año agrícola y, como el romano era pragmático, no contaba el invierno, en el que la tierra está muerta, así que se conformaba con diez meses que sumaban 305 días. Comenzaba en marzo (consagrado a Marte, dios de la guerra); abril *(aprilis),* así llamado por la floración vegetal (porque *aperire* es «abrir»); *maius*, mayo, por la pléyade Maia; *junius*, junio, por la diosa Juno, esposa de Júpiter, y ya está. Los seis meses restantes carecían de denominación y se designaban por el ordinal correspondiente: quinto *(quintilis),* sexto *(sextilis),* séptimo *(september),* octavo *(october),* noveno *(november)* y décimo *(december).*



Calendario romano.

En un principio ahí acababa el año. Enero y el resto de los meses los añadió Julio César cuando reformó el calendario para integrar el invierno:

enero fue *januarius* por Jano, el dios de los dos rostros, uno que mira al año anterior y otro que mira al año que empieza; y el mes siguiente se llamó *februarius* (febrero), por los ritos de purificación *(februalia)* que se practicaban en esas fechas. Después de la muerte de Julio César, Augusto decidió honrar su memoria dando su nombre a un mes: *quintilis,* el quinto, se llamó desde entonces *julius,* julio, y por la misma razón *sextilis* se llamaría *augustus*, agosto, en memoria de Augusto. Al sucesor de Augusto, Tiberio, le propusieron denominar *september,* septiembre, con su nombre, pero él, que era un hombre inteligente y no tan perdido como se dice, rechazó la idea: «¿Qué haréis cuando se acaben los meses y siga habiendo emperadores?». Por eso el mes séptimo romano siguió llamándose *september,* y el octavo *october,* y el noveno *november* y el décimo *december*.

Calendario romano con expresión de días festivos.

33
UN CALVO NO PUEDE REINAR

Lo del pelo y la barba va en modas, ya se sabe. Los griegos gastaban barba, los romanos acomodados preferían afeitarse, aunque las navajas de afeitar que usaban, faltas de filo, requerían los servicios de un esclavo barbero especializado en el rasurado relativamente indoloro.

Después de los romanos llegaron los bárbaros, que eran gente barbada y melenuda. La mayor ofensa que se podía inferir a un godo era pelarlo al cero, pena que se aplicaba a los condenados por diversos delitos. El historiador Jordanes *(Getica* XI, 72) señala, citando a Diucineo, que los godos se enorgullecían de ser «cabelludos» *(capillatos;* variante, *capillutos).* La decalvación *(turpiter decalvare,* o «tresquilar en cruces») era un castigo severo que se aplicaba a diversos delincuentes y revestía pública humillación. No está muy claro si sólo se trataba de un afeitado del cráneo o de la más dolorosa escalpación, o sea, arrancar también la piel (como hacían ciertos pieles rojas en América, no por ancestral costumbre, como se cree, sino porque los franceses pagaban por enemigo muerto y ésa era la prueba).

El código legal castellano Fuero Juzgo lo describe como «desfollar toda la fronte muy laidamientre». Boquiabiertos se quedarían los visigodos ante la moda de los cráneos mondos que se ha impuesto recientemente en Occidente y que tanto nos favorece a los calvos.

El caso es que el principal atributo de la realeza germánica era la cabellera. El derecho visigodo excluía del trono a todo hombre tonsurado o decalvado. Cuando destronaban a un rey solían tonsurarlo y encerrarlo en un monasterio. Y ya podía darse por satisfecho por haber escapado al veneno o al puñal. El más famoso tonsurado de nuestra historia es el rey Wamba, un hombre que

podría haber vivido holgadamente, pero cometió la torpeza de limitar los privilegios de la Iglesia, lo que le granjeó la enemistad del poderoso arzobispo de Toledo, Julián II[137]. Al poco tiempo, alguien vertió un narcótico en la copa del rey, y cuando despertó del profundo sueño, se encontró tonsurado y vestido con hábito de monje. Resignado, renunció a la corona e ingresó en un monasterio donde tuvo sobrado tiempo de meditar sobre la inconsistencia de los asuntos mundanos y de acordarse de la santa madre y de los benditos difuntos del arzobispo.

Retrato imaginario del rey Wamba.

Entre los godos franceses el asunto de la tonsura acarreó incluso un cambio de dinastía, de los merovingios a los carolingios, cuando, animado por el

Papa, el mayordomo de palacio, Pipino, depuso al rey Childerico III, un pobre hombre, lo tonsuró y lo encerró en el monasterio de San Bertín.

34
MONJES Y FRAILES

Algunas noticias te ponen el alma a los pies. Hoy me entero de que las mujaidinas del Estado Islámico se entrenan para combatir en lucha callejera en las venerables ruinas del antiguo monasterio de San Simón el Estilita, en Siria, cerca de Alepo, que visité hace años. Ya se ve que los musulmanes islamistas se han propuesto no sólo erradicar de aquellas tierras todo vestigio del cristianismo, sino también de la milenaria cultura grecorromana que precedió a la instalación del islam en aquellas tierras. Y de femineidad, me temo, si siguen entrenando a sus mujeres en esos menesteres tan violentos.

Rumiando la noticia me he puesto a considerar las vueltas que da el mundo con su carga de fanatismos. El fanatismo islámico, que es sangriento y destructivo, se conjura para erradicar en aquellas tierras las huellas de otro fanatismo cristiano, éste nada agresivo y, si acaso, sólo autodestructivo, que tuvo su vigencia en los primeros siglos del cristianismo. Me refiero a los anacoretas o eremitas, aquellos sujetos transidos de Dios que se retiraban a un lugar solitario para entregarse a la oración, a la penitencia y a la punición de unos pecados que ni siquiera habían cometido.

¿Estaban locos de atar? Podemos preguntarnos desde nuestra cómoda posición hedonista de occidentales del siglo XXI que no creemos en nada. Pudiera ser, sí, que estuvieran locos, «los locos de Dios» los llamaban, pero al menos no causaban mal a nadie, sólo a ellos mismos.

¿De dónde procedía aquella locura que llevó a san Simón, el santo titular de nuestro mentado monasterio, a encaramarse en una columna para vivir sobre el abismo como las casas colgadas de Cuenca?

Jesús, el Jesús histórico, creyó que el fin del mundo era inminente y aconsejó a sus seguidores: «Vende cuanto tienes, dáselo a los pobres y sígueme».El hombre —Jesús, digo— estaba convencido, como otros visionarios de su tiempo, de la inminencia del Juicio Final y, por tanto, convenía prepararse para ese evento desprendiéndose de los bienes terrenales, que, de todos modos, no iban a servir para nada.

Venderlo todo y dárselo a los pobres, una solución radical para una situación extrema.

Lo malo es que después resultó que el fin del mundo no estaba cerca, que el mundo prolongaba su existencia y que este ideal de vida, desprenderse de todos los bienes, calculado para la emergencia del Juicio Final, era francamente difícil de observar para los cristianos normales. Por tanto, para aliviar sus conciencias por desobedecer a Jesús tuvieron que considerarlo una metáfora que no podía tomarse al pie de la letra.

Eso hicieron casi todos. Sin embargo, algunos creyentes, los más inflamados de fervor cristiano, los fundamentalistas diríamos ahora, decidieron acatar ese exigente principio al pie de la letra, se desprendieron de sus bienes y escogieron vivir en la pobreza y en la oración. Ésos fueron los anacoretas, que dieron principio al monacato.

También es posible que se inspiraran en las comunidades esenias del Mar Muerto, en Qumram, las de los manuscritos bíblicos.

Según la tradición, el primer anacoreta fue san Antonio, un joven que repartió sus riquezas entre los pobres y se retiró a vivir en un sepulcro abandonado, en las afueras de la ciudad, sin ingerir otra cosa —tomen nota los dietistas— que pan, agua y sal.

La fama de santo que pronto ganó san Antonio con su rigurosa vida atrajo a muchos devotos que querían verlo y hasta tocarlo, lo que le causaba gran contrariedad porque lo distraía de sus oraciones. Trasladémonos a un lugar desierto e inaccesible, se dijo el santo varón, y se mudó al desierto de la Tebaida, lejos de toda comunidad humana, aunque no del demonio, que lo tentaba a menudo con la figuración de mujeres hermosísimas.

Todos hemos visto esos cuadros de las tentaciones de san Antonio en los que, bajo el pretexto de retratar al santo, el pintor (el Bosco, Grünewald, Piero della Francesca, Cézanne, Dalí, y, más que todos juntos, Lovis Corinth) aprovecha para sacar unas suculentas carnes femeninas, dispuestas sobre hembras de tronío que supuestamente son el propio demonio disfrazado.

¿Sucumbía san Antonio a aquellas tentaciones mundanas, como seguramente haría cualquiera de nosotros, gente débil y pervertida?

No, jamás.

Fraile solicitante en una ilustración del siglo XVIII.

San Antonio perseveró en la virtud, y para apartarse de tentaciones dio en castigar sus carnes con azotes, restregar el miembro viril en los espinosos zarzales y hasta —eso sostienen los libros piadosos— con hierros al rojo vivo, más o menos como la dama del Tizón, que glosaremos más adelante.

Muchos anacoretas y cenobitas que siguieron el ejemplo de san Antonio tenían por objetivo alcanzar la *apatheia* o *imperturbatio,* una especie de nirvana, la paz profunda, la aniquilación del deseo, la impasibilidad que se consigue cuando se dominan las pasiones humanas. Para ellos, el camino consistía en vivir en soledad, encerrarse en el cenobio y superar las tentaciones.

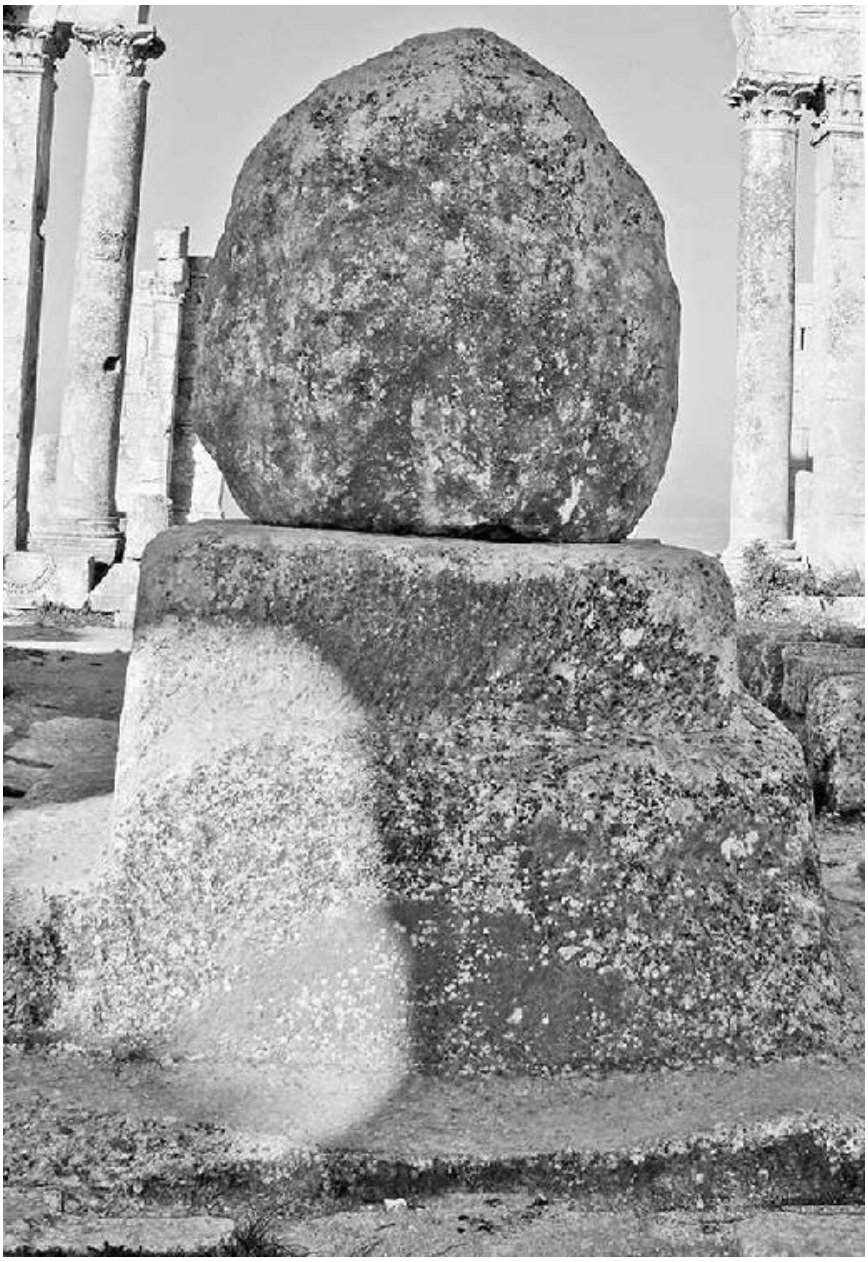
Los cenobitas desarrollaron una demonología compleja para explicar las tentaciones que padecían. El más peligroso era el «demonio del mediodía». Así llamaban al sentido común, el poquito que les quedaba, que les infundía dudas acerca de la sensatez de la vida ermitaña y, a veces, no siempre, conseguía la *inrationabilia confusio mentis,* o confusión irracional de la mente.

¿Qué ocurría cuando un monje sucumbía? Que ahorcaba los hábitos, como se diría aquí, en España, y se reintegraba a la vida seglar, a la vida de una persona normal, aunque pecadora. Entonces sus compañeros oraban por el *desertor Christi miles,* o el «soldado desertor de Cristo», el desventurado que se estaba entregando a la buena vida, al vino y a las mujeres para resarcirse de las escaseces pasadas mientras ellos quedaban allí felicísimos de perseverar en las privaciones que les ganarían el cielo.

Este asunto me trae a la memoria unas palabras de Gibbon, el gran historiador inglés. Según él, los conventos y monasterios se convirtieron en «refugios de hombres pusilánimes, holgazanes, derrochadores o cobardes que preferían no enfrentarse con la vida». Recordemos que Gibbon atribuye al cristianismo, entre otras cosas, la caída del Imperio romano.

No diré que no haya algo de verdad en eso. En unos papeles de cierto convento carmelita recuerdo haber leído la disposición del superior: «Que no se reciban más frailes legos, que está la providencia llena de ellos y casi todos vienen huyendo del trabajo».

En fin, que la noticia de que un rebaño de analfabetas mujaidinas tapadas de negro de la cabeza los pies, que han cambiado la escoba por el kalasnikov, se ha enseñoreado del monasterio de San Simón, me trae a la memoria mis merodeos por aquellas melancólicas ruinas en las que se resume la arquitectura de Grecia, Roma, Bizancio y Persia.



Restos de la columna de san Simón. Monasterio de San Simón (Siria).

35
ONCE MIL VÍRGENES (Y SANTA ÚRSULA)

Fui a Colonia, la bella ciudad renana, en mi anual periplo para visitar lugares donde se desarrollaron episodios de la Segunda Guerra Mundial (en este caso, el duelo entre un tanque Panther alemán y un Shermann americano el 6 de marzo de 1945 en la misma plaza de la catedral), y aprovechando que no sólo de evocaciones históricas vive el hombre, almorcé en la tasca Lommerzheim, en el número 18 de la Siegesstraße, donde trasegué no sé cuántas jarras de cerveza Kolsch, una salchicha abundosa y el contundente *kotelett* de la casa: cerdo asado con patatas y cebollas.

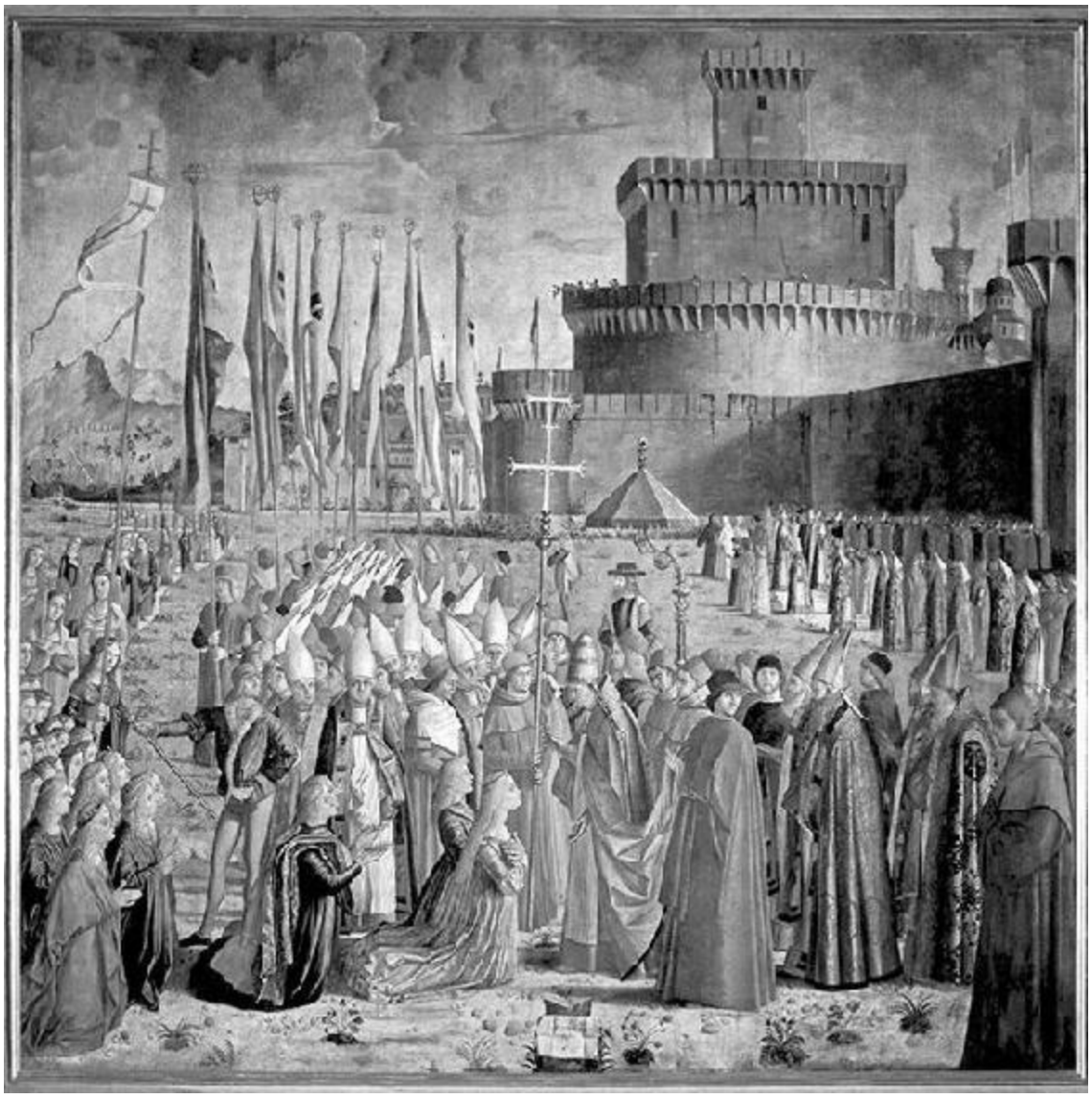
Levantados los manteles, arrastré mi humanidad, con la diligencia de la anaconda que ha tragado un novillo, hasta la primera de las doce iglesias románicas de la ciudad. Me había propuesto visitar una tras otra, sin saltarme ninguna.

La primera resultó ser la basílica de Santa Úrsula o *Ursulakirche*, como allá la llaman, cuya joya, la capilla Goldene Kammer, o sala áurea, atesora una notable colección de cráneos de santos a los que cabe unir el artístico y ordenado osario de las once mil vírgenes de Colonia.

Enrique Jardiel Poncela se preguntaba en 1931: «Pero… ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?»[138].

Lo del número tan crecido es de temer que se trate de una pequeña confusión que convendría aclarar en beneficio de la verdad. Según la piadosa leyenda medieval, un príncipe bretón o británico llamado Ereo solicitó la mano de una joven cristiana de su nación, Úrsula, que había hecho voto de virginidad.

Huyendo del enamorado, que era más pesado que las moscas, Úrsula se embarcó en una peregrinación a Roma con la intención de que el papa Ciriaco consagrara sus votos. Eso hizo y confortada por el verbo cálido del pontífice que la animó a perseverar en su virginidad, que tanto consuelo esparce en el cielo, la muchacha emprendió el camino de regreso a su patria, Britania.



Las once mil vírgenes en Roma ante el Papa.

No llegó. Al pasar por Colonia, los bárbaros que señoreaban la comarca atacaron a los peregrinos, y Úrsula cayó en poder de Atila, rey de los hunos,

junto con las diez doncellas igualmente cristianas y vírgenes de su séquito. Esto ocurría en el año 451.

Prendado de la hermosura de Úrsula, el feroz Atila le hizo propuestas deshonestas (concretamente, la consumación de un coito rápido, gallináceo, aquí te pillo aquí te mato, sin romanticismo alguno y sin mediar cortejo, ni arras, ni promesa alguna de matrimonio).

Úrsula se negó en redondo.

Atila intentó tomarla por la fuerza, expeditivamente, pero Dios hizo el milagro de que la gurrumina, que habitualmente se le ponía como el pescuezo de un cantaor flamenco en cuanto venteaba mujer, se le redujo al tamaño de una bellota.

Pensó el bárbaro que en aquel humillante desfallecimiento mediaba brujería y medio asustado depuso su intención estupradora, pero entregó al verdugo a Úrsula y a las doncellas de su séquito.

—Podíamos catarlas primero —le sugirió su lugarteniente, un tracio tuerto.

—Yo sé lo que me hago —zanjó la cuestión Atila—. Y no sabes el disgusto que os evito.

Las decapitaron. En el lugar del martirio se erigió una basílica con una inscripción en la que se detallaban los nombres de las vírgenes y mártires: Úrsula, Aurelia, Brítula, Cordola, Cunegonda, Cunera, Pinnosa, Saturnina, Paladia, Odialia de Britannia y Ximillia.

Ahora viene lo bueno. El nombre de esta última, Ximillia, confundido con la abreviatura numeral romana XI.M.V., se interpretó como *undecim millia virginum*, «once mil vírgenes»[139], y de ahí la confusión de las once mil vírgenes cristianas asesinadas por los hunos, cifra del todo increíble.

Santa Úrsula es la patrona de las doncellas que mueren con la virginidad intacta, tengan la edad que tengan. La Orden de las Ursulinas, fundada en 1535, se consagra a la educación de las jovencitas y, más concretamente, a la preservación de sus virginales hímenes; por eso a veces se dice, o por lo menos se decía, «inocente como una ursulina» para encomiar la inocencia de una joven.

36
EL MILAGRO DE LA LICUEFACCIÓN DE LA SANGRE

Uno, por su edad y por su origen agropecuario, ha asistido en su infancia unas cuantas veces a la matanza del cerdo.

La matanza del cerdo, o sea, la matanza por antonomasia, era día de gran fiesta en la casa de mis abuelos, aunque, desde luego, una fiesta muy laborable y laboriosa, entiéndase, porque ese día trabajaba todo el mundo, incluso los niños, que íbamos de un lado a otro haciendo mandados o acarreando leña del corral para la caldera del agua hirviendo.

En la matanza propiamente dicha, cuando los hombres de la casa levantaban al cerdo para ponerlo sobre la mesa, en alto, a fin de que el matarife le entrara con el cuchillo hasta el corazón (no veas cómo chillaba el desgraciado, intuyendo próxima su muerte), los niños teníamos nuestro papel, que consistía en remover continuamente la sangre, que manaba en chorro sobre un gran lebrillo, a fin de evitar que se cuajara.

El tema de la coagulación de la sangre me lleva a considerar los variados milagros relacionados con la coagulación o licuefacción que la Iglesia acepta o, por lo menos, consiente. El más famoso es el de la sangre de san Jenaro, patrón de Nápoles, pero tengo para mí que el de san Pantaleón, el santo de Madrid, no se queda atrás.

Dicen las hagiografías, esas entrañables historias edificantes casi siempre falsas que nuestras abuelitas daban por buenas, que Jenaro era a la sazón obispo de Benevento, en la región de Campania, cuando el emperador Diocleciano dio en perseguir a los cristianos y decretó su decapitación el año 305.

El prodigio de la sangre de san Jenaro ocurre puntualmente cada 19 de septiembre, aniversario de la muerte del santo, en la iglesia napolitana donde se venera su reliquia. Con el templo atestado de fieles, el sacerdote extrae de su depositorio la reliquia, una redomilla de cristal que contiene la sangre seca del santo, y la expone ante el altar donde se venera la cabeza decapitada del patrón.

Los devotos rompen a rezar con acendrada devoción, las voluntades concentradas en provocar el prodigio mediante la proyección de la energía, lo que efectivamente ocurre al poco rato, la sangre que estaba seca y pegada a las paredes del bote se licúa y se presenta roja y líquida. Es el emocionante momento en que las devotas del santo, de ordinario pacatas y recogidas, se desmelenan y prorrumpen en alaridos de *¡Scopami, trombami!* , o sea, «¡Fóllame, fóllame!», mientras un coro de monjitas dispuesto al efecto se desgañita entonando a voz en cuello himnos litúrgicos en un intento, casi siempre fallido, de ahogar las comprometedoras expresiones de devoción popular. Imaginamos que san Pedro, en el cielo, le dará con el codo a san Jenaro y éste se sonrojará mientras el Padre Eterno se sonríe y acoge la transgresión de sus ovejitas con pastoral benevolencia.

El cardenal Sepe muestra la sangre de san Jenaro.

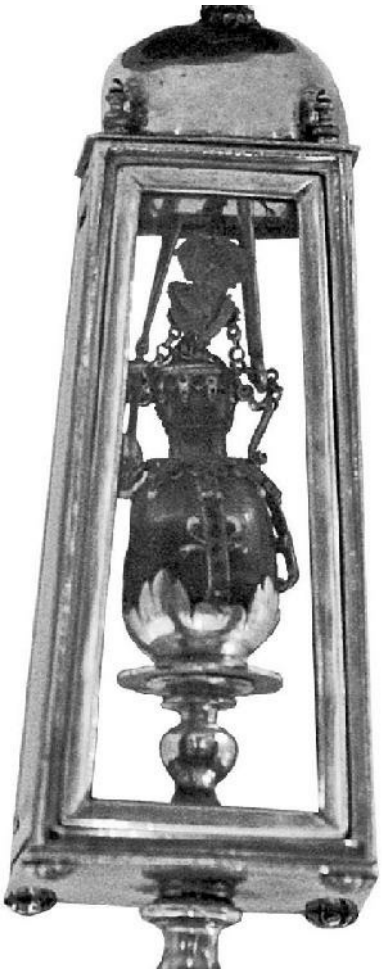
Algo parecido ocurre en Madrid con la sangre de san Pantaleón, otra víctima de la persecución diocleciana, que se venera en el monasterio de la Encarnación.

El prodigio madrileño acaece entre los días 26 y 27 de julio, aniversario del santo, si bien las devotas resultan más contenidas y se muestran menos proclives a las expresiones de amor mundano que sus colegas napolitanas.

Sin desmerecer la condición prodigiosa del milagro, que como cristiano cabal acato con la fe del carbonero, he intentado informarme sobre el procedimiento para fabricar un líquido que parezca sangre, que permanezca

sólido y que se pueda licuar a voluntad del prestidigitador. Existen varios procedimientos entre los que citaremos dos.

Primero: usando una sustancia dotada de un punto de fusión muy bajo (por ejemplo, el esperma de ballena convenientemente teñido de rojo), de manera que el calor de las manos de la persona que sostiene la ampolla de cristal provoque el prodigio.



Relicario con la sangre de san Pantaleón.

Segundo: mediante una sustancia tixotrópica. La tixotropía es la facultad que tienen ciertos geles de licuarse cuando se agitan volviendo a su estado original al quedar en reposo. Un ejemplo próximo es la salsa kétchup.

Entre las diversas recetas de sangres milagrosas existentes reproduciremos la que ofrecen Garaschelli, Ramaccini y della Salla[140]: se diluyen 25 gramos de cloruro férrico en 100 mililitros de agua y se añaden lentamente 10 gramos

de carbonato cálcico. El resultado se somete a diálisis durante cuatro días. Se deja evaporar hasta que se llega a un volumen de unos 100 mililitros y se añaden 1,7 gramos de cloruro sódico. La sustancia finalmente obtenida es un gel tixotrópico que presenta un gran parecido con un cuajarón de sangre. No parece casual que el cloruro férrico se encuentre en el mineral llamado molisita muy abundante, y esto resulta revelador, en el entorno volcánico de Nápoles.

La Iglesia, en su prudencia, nunca ha permitido el análisis científico del contenido de las variadas ampollas de sangre milagrosa que reciben culto en sus templos (san Jenaro, san Pantaleón, san Lorenzo y otras), pero los trucos que permiten fingir el milagro son bien conocidos por sus competidores, los ilusionistas seglares.

La hipótesis sobrenatural también encuentra dificultades para explicar algunas fusiones a destiempo (las fusiones habituales se producen siempre en las fiestas correspondientes). Es fama que la sangre de san Jenaro se licuó fuera de temporada ante el general napoleónico Championnet en 1799. El general, un militarote que no era especialmente conocido por su delicadeza, insistió en que le mostraran la ampolla, y como el milagro no se produjera, advirtió a los curas que si no se manifestaba inmediatamente allí iban a rodar cabezas. Mano de santo: fue proferir la amenaza y la sangre de san Jenaro se avino a razones y se licuó como si le hubieran inyectado un quintal de anticoagulante. Esto es inexplicable desde la hipótesis sobrenatural, salvo que alguien sostenga que san Jenaro sentía debilidad por los generales napoleónicos. Sin embargo, desde un punto de vista natural, todo ello tiene una explicación plausible: la sangre milagrosa se licúa cuando la ampolla que la contiene se mueve, independientemente de la fecha del evento. No entraremos en la discusión de si se trata de un milagro o es un mero truco de la Iglesia para estimular devociones y dádivas de devotos crédulos.

37
ALQUIMIA

Después de tratar lo de la no tan misteriosa licuación de la sangre me ha quedado el gusanillo de tratar el tema de la alquimia. Yo soy del bachillerato antiguo de letras y, por tanto, profesé sólo un curso de química y muy elemental, pero después, por mis lecturas de historia, me he topado continuamente con el tema de la alquimia, ese sueño de la humanidad que es transversal en distintas culturas, de convertir el plomo en oro.

Para el hombre moderno, engallado en su dominio de la naturaleza y tendente a no creer en casi nada, la alquimia es una falsa ciencia o una hija prematura y espuria de la química que debe clasificarse como ocultismo y superstición. Es fácil descalificarla si nos basamos en nuestros conocimientos actuales, pero quizá debamos pensar que puede haber otros caminos que la ciencia actual ignora porque nunca los ha recorrido. Isaac Newton, el científico por antonomasia, padre de la física y de la ley de la gravitación universal, fue devoto alquimista y escribió unos cuantos tratados del arte espagírico con el pseudónimo de Jeova Santus Unus (lema antitrinitario que se explica porque el sabio era arriano, o sea, rechazaba la idea de la Santísima Trinidad)[141].

Hace más de treinta años me topé en la Biblioteca Nacional con el informe manuscrito que el rey Felipe II le solicitaba a un químico irlandés, Richard Stanihurst, componente del Círculo de El Escorial. Se trata de un informe técnico en el que el perito expone el estado de la cuestión en un lenguaje sorprendentemente moderno, preciso y claro[142]. Como es natural, quise publicar aquella joya todavía inédita, y la englobé en el libro *Cinco tratados españoles de alquimia* (Madrid, 1987). La preparación de aquel libro me

obligó a informarme sobre la alquimia y sus operaciones, así que aprovecharé aquellos conocimientos (y aquellos desconocimientos) para intentar explicarle al lector en qué consiste la alquimia y así, de paso, a lo mejor me entero yo.

¿Qué es alquimia? ¿Se trata solamente de una técnica ilusoria con la que los antiguos pretendían fabricar oro o el elixir maravilloso que sana todos los males y concede la inmortalidad?

Para los alquimistas, el universo está formado de una única materia que se manifiesta bajo muchos aspectos o elementos. «La naturaleza tiene una sola forma —dice Ibn Arabí— que se refleja en múltiples espejos». «Todas las cosas del mundo —agrega Alfonso X el Sabio— están como trabadas y reciben virtud unas de otras, las más viles de las más nobles». Por tanto, es posible alterar las combinaciones de la materia única en un elemento para obtener otro. Por ejemplo, para obtener oro a partir del plomo o del mercurio.

Durante milenios, la creencia en la unidad de la materia ha sido universalmente compartida incluso por aquellos que desconfiaban de su aplicación práctica en la transmutación alquímica de los metales. Sólo desde que Boyle enunció, en el siglo XVII, su teoría de los elementos químicos, se ha sabido que esas transmutaciones que pretendían los alquimistas eran imposibles. Si alguna vez hubo entre ellos alguna persona que actuara de buena fe, pensaban los discretos, es seguro que fracasó en su empeño de fabricar oro artificial. Pero los alquimistas estaban, en cualquier caso, tan desprestigiados ya en la época de Boyle que la opinión común los consideraba estafadores y falsarios que timaban a los crédulos con promesas irrealizables.

El acelerado progreso de la ciencia en estos tres últimos siglos no hizo sino confirmar el severo juicio de los contemporáneos de Boyle. La alquimia quedó condenada como una más de las ignorantes supersticiones de los tiempos oscuros.

Hoy, sin embargo, parece conveniente una revisión desapasionada de la alquimia. La ciencia actual contradice a Boyle y confirma la unidad de la materia al admitir que es posible crear nuevos cuerpos operando sobre las estructuras de los átomos. Un acelerador de partículas ha conseguido obtener oro a partir del mercurio. Las transmutaciones atómicas (cambio cualitativo en el peso y número atómicos) dan la razón a los alquimistas. Algunas

publicaciones científicas modernas ven en ellos a los precursores, al menos teóricos, de la investigación del átomo.

Pero el objetivo de los alquimistas no era la fabricación del oro; ellos buscaban algo más trascendente y profundo. El aspecto físico de la transmutación de los metales viles en oro no era más que la apoyatura de la propia transmutación interior del Adepto o iniciado en la alquimia: el acceso de su alma a un estado superior de conocimiento y percepción, su aproximación a la sabiduría divina, un ennoblecimiento esencial de su espíritu que se operaba paralelamente al de la materia manipulada en el crisol.

Los verdaderos alquimistas despreciaron siempre a aquellos que, ignorando los aspectos espirituales del Arte Regio —otro de los muchos nombres de la alquimia—, se entregaban a la experimentación sin otra finalidad que la de obtener oro por afán de lucro. A éstos los llamaban despectivamente «sopladores», «carboneros» o «cocineros», y para defenderse de su intromisión en el cerrado círculo de los iniciados o Filósofos que ellos formaban, procuraban transmitir sus conocimientos solamente por vía oral, a discípulos de toda confianza o, en el caso de ponerlos por escrito, lo hacían recurriendo a oscuros símbolos y complejas alegorías que solamente fueran comprendidas por los sabios.

PAPIROS EN LA TUMBA DE TEBAS

Sobre el origen de la alquimia existen opiniones variadas. Las muchas historias de la alquimia existentes suelen ser obras de químicos, versión moderna de los denostados «sopladores» de antaño, no de historiadores. Estas historias ignoran, o no estudian con la necesaria objetividad, una serie de aspectos fundamentales de la materia.

Algunos historiadores de la alquimia sitúan su origen a finales del siglo III en Alejandría, Egipto. Tal aseveración se basa en el hallazgo de ciertos papiros de contenido químico en una tumba de Tebas (los llamados papiros de Leyden y Estocolmo).

Texto alquímico egipcio en el papiro de Leyden.

Otros, por el contrario, remontan los orígenes de la alquimia a la Mesopotamia del siglo VII a. de C., y aducen como prueba el hallazgo de tablillas de barro cocido con formulaciones de contenido evidentemente alquímico entre las ruinas del palacio de Assurbanipal en Nínive.

Es obvio que tanto unos como otros sólo han tenido en cuenta la fecha de aparición de los primeros documentos escritos, es decir, la *historia*, pero no la *prehistoria*. Es evidente que en una materia de contenido tan sutil y probadamente transmitida por vía oral, la prehistoria debió de ser muy larga y fecunda. Los historiadores de la alquimia han pasado por alto la persistente tradición secreta del arte hermético. También han ignorado las claves interpretativas que encierra una persistente mitología asociada al Arte Regio en los distintos pueblos de la antigüedad que lo practicaron.

Para los egipcios, casi unánimemente tenidos por remotos creadores de la alquimia occidental, un espíritu llamado Amnael habría revelado sus secretos a Isis, y ella a su hijo Horus, al que obligó a guardar secreto mediante solemne juramento. La fórmula del juramento aludía a las tres diosas de la fatalidad. Este mito, por tanto, remonta los orígenes de la alquimia al tiempo en que la religión predominante era matriarcal. Isis viene a ser la versión

egipcia de la Diosa Madre del Neolítico. Las tres diosas del juramento son vestigio de la trinidad originaria.

Otros mitos de culturas diferentes vienen a confirmar el origen neolítico del Arte Regio. Una versión algo tardía, transmitida por Juan de Antioquía (hacia el año 700), pero sin duda inspirada en alguna antiquísima tradición, nos revela que el vellocino de oro que Jasón y sus compañeros argonautas buscan tan esforzadamente en la Cólquida, no era sino un pergamino escrito sobre la piel de un carnero que contenía el secreto del Magisterio filosofal. Recordemos que, en el mito griego, Jasón consigue el vellocino con ayuda de la maga Medea, lo que nos devuelve a la figura de la Diosa Madre en el estadio cultural todavía matriarcal del Neolítico.

La propia abundancia, en época alejandrina y romana, de manuscritos y tratados alquímicos atribuidos a mujeres (Isis, Cleopatra, María la judía…), parece confirmar el origen matriarcal. Por cierto que el primer nombre de alquimista histórica que nos lega la tradición es el de María la judía, un personaje identificado a veces con una supuesta hermana de Moisés. En una interpretación mítica de estos datos, Moisés sería el Rey Sagrado, y su hermana la esposa real, o sea, la Diosa Madre primigenia.

Finalmente, la propia simbología alquímica parece que apunta a ese origen matriarcal neolítico. El alquimista coloca su trabajo bajo el patrocinio de la divinidad femenina propia de cada época, religión y cultura: la Inmaculada Concepción de los alquimistas barrocos que beben en fuentes medievales cristianas (franciscanos y lulistas), y la «dama del cielo» de los *nasib* beduinos, que, a través de la dama de los trovadores árabes y luego provenzales, inspira a la «dama que mora en el cielo» de las octavas de Centelles —uno de los textos que presentaremos más adelante— y alcanza, con su último eco, el «ánima» de Jung.

Aquel secreto juramento de Horus ante Isis abarcaba, además de los secretos de la materia, otros ámbitos espirituales tales como el nombre verdadero y secreto de Ra, lo que asocia la alquimia, ya en sus orígenes, a la aritmética cabalística.

Es evidente que la alquimia antigua forma un cuerpo inseparable con otras disciplinas observables en las cosmologías de las culturas que la sustentan. Esto explica que, hasta bien entrado el siglo XVI, su estudio y práctica estuvieran estrechamente ligados al de la astrología. La alquimia entendía de

los asuntos de la tierra y la astrología de los del cielo. Eran dos caras de una misma moneda.

El mito nos permite conjeturar razonablemente el origen temporal de la alquimia, pero no nos explica su desarrollo en esos milenios que la separan de nosotros. Es evidente que el hombre observa y estudia la transformación de la materia desde que descubre el fuego. Incluso algunos fenómenos naturales lo persuadirían de que la transmutación es un hecho cotidiano. Por ejemplo, la obtención de plata a partir de la galena cuando aún se ignoraba que la galena contiene plata en su estado natural; o la metalurgia del bronce a partir del cobre y del estaño, toda una revolución cultural. Los antiguos solían colocar en la lista de los siete metales al *electrum* o electrón, que en realidad era una aleación de otros metales.

Desde sus inicios conocidos, las operaciones de la metalurgia y de la alquimia se apoyan en un complejo calendario astral. Esa influencia del cosmos en la materia persiste entre los fundamentos de la alquimia a lo largo de su historia. Los babilonios del siglo VII a. de C. consideraban a los minerales «embriones divinos» y sometían a determinados ritos de purificación a las «gentes del horno». Su dios máximo, Marduk, era el señor del oro, y Gibil era el herrero divino. Incluso el nombre del horno alquímico, el atanor, procede del vocablo babilonio *utunu* a través del árabe *tannur*.

Partiendo de una misma tradición, aunque siguiendo las inevitables variaciones regionales, se desarrolla la primitiva alquimia en Egipto y Babilonia. Esta alquimia, siempre sacralizada, genera, con el tiempo, una serie de aplicaciones meramente prácticas y artesanales relacionadas con aleaciones, colorantes, tinturas y fermentos, lo que podríamos denominar primitiva química experimental, que son las que han dejado los primeros testimonios escritos en esos papiros de Leyden y Estocolmo en los que basan sus conclusiones los historiadores de la alquimia[143].

Otro interesante texto de época alejandrina que circuló profusamente es el *Physica kay Mystika,* probable obra de Bolos de Mendes[144]. Aunque su composición es algo tardía, algunos fragmentos podrían ser copia de escritos del siglo I hoy perdidos. En cualquier caso, constituye el más antiguo texto alquímico occidental conocido.

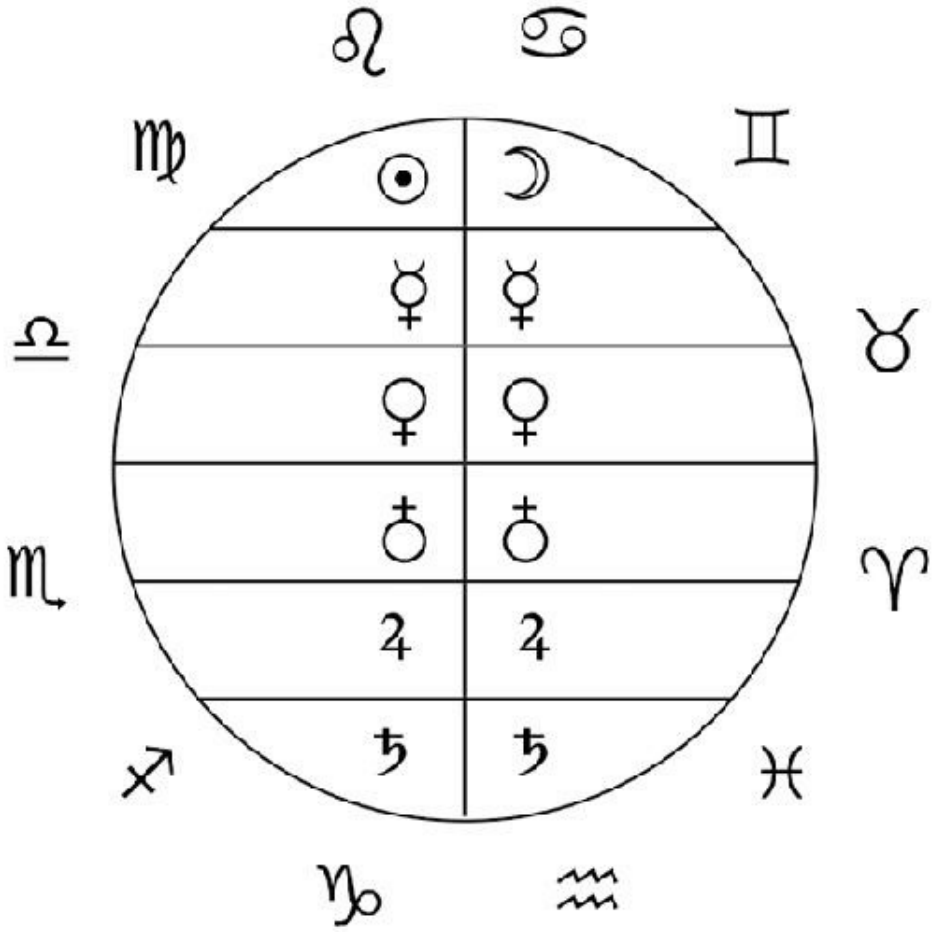
Para los babilonios, el mundo habría sido creado a partir del agua. La Creación se organizaría según un sistema de opuestos: calor-frío; humedad-sequedad; día-noche, etc. En la cosmología babilónica dioses, planetas y

metales están íntimamente relacionados sobre la base del número siete. De Babilonia parte la correlación que constituirá la raíz misma de la alquimia tal como la conocemos:

Sol Luna Marte Venus Saturno Júpiter Mercurio
oro plata hierro cobre plomo *electrum* estaño

No sabemos de qué época datará esta identificación, que, por otra parte, no es rígida, puesto que a veces se advierte cierta vacilación a la hora de adscribir un metal determinado a un planeta. Es probable que dos mil años antes de nuestra Era se hubiera constituido ya en un corpus doctrinal que aceptaron los alquimistas posteriores.

Los planetas se organizaban según una serie de niveles o «mansiones» que se ordenan a lo largo del eje del Zodíaco de aquella época, cuando el punto del solsticio pasaba entre Leo y Cáncer, según el siguiente esquema[145]:



Alejandría, la colonia griega fundada por Alejandro Magno en la desembocadura del Nilo, es un hito de capital importancia en el desarrollo de la alquimia occidental. En aquel crisol se acaban fundiendo, a partir del siglo II, la cultura griega helenística y la autóctona heredada del antiguo Egipto. A esta base se añadieron las aportaciones culturales de las distintas comunidades orientales, particularmente judíos, que poblaban la ciudad. Sobre tan rico conglomerado de tradiciones se mantiene la lengua griega como vehículo de expresión. Durante seis siglos, Alejandría detenta la supremacía cultural en el Mediterráneo y en el mundo antiguo. Su famosa Biblioteca llegó a contar con casi un millón de volúmenes. Lamentablemente, en el año 389, el patriarca Teófilo hizo quemar una parte de este legado, y dos siglos más tarde, los árabes entregaron a las llamas el resto. La preciosa

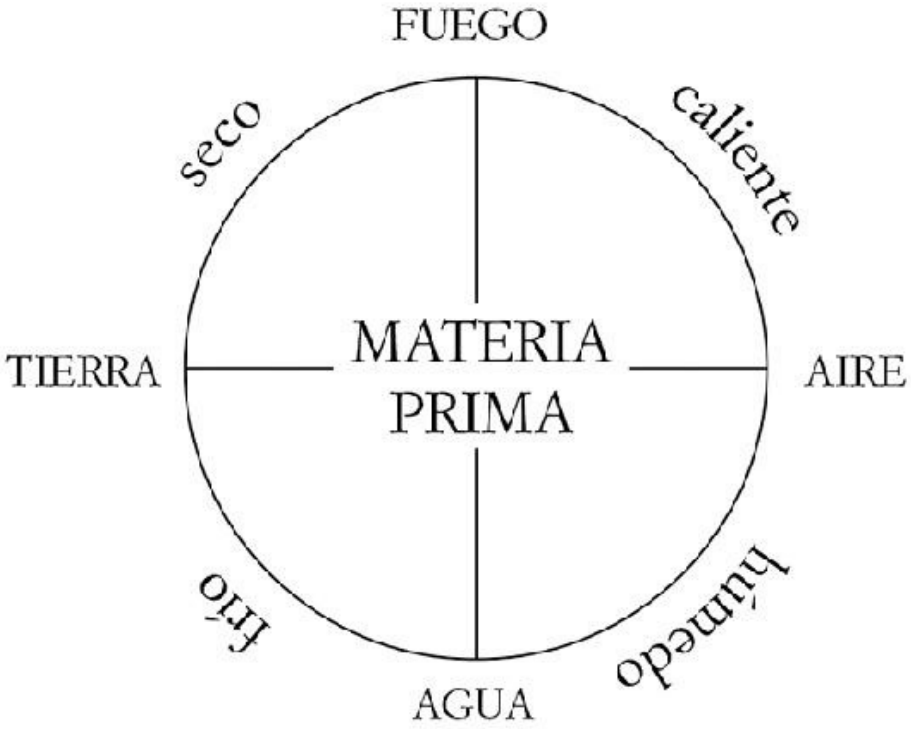
codificación de los saberes del antiguo Egipto se fue en humo y con ella, probablemente, la más preciosa documentación alquímica.

La predominancia de la cultura griega alejandrina acarrea el olvido de conocimientos y técnicas del antiguo Egipto conservados durante milenios en los templos del país. De estos conocimientos se salvó la alquimia, debido a que sus conceptos esenciales se adaptaban a las teorías formuladas por los sabios griegos del periodo precedente. Esta coincidencia movió a los dominadores griegos a respetar e incluso aceptar las doctrinas alquímicas. Muchos historiadores actuales, hijos de la cultura occidental, que es predominantemente de inspiración griega, tienden a sobrevalorar el elemento griego en los comienzos de la alquimia occidental e incluso sostienen que ésta se desarrolla en Alejandría como fruto del contacto entre la técnica química egipcia y la filosofía griega. En tal concepción se atribuye a los griegos la más alta y noble cualidad, una concepción típicamente eurocentrista. La alquimia existía en Egipto y otros lugares del Oriente Medio mucho antes de la llegada de los conquistadores griegos.

¿Cuál fue la aportación griega a la alquimia alejandrina? Desde algunos siglos atrás, los sabios griegos habían teorizado sobre el origen de la materia. Para Tales de Mileto, el origen de todo lo que existe estaba en el agua; para Anaxímenes, en el aire; para Heráclito, en el fuego; para Empédocles, en la tierra. Con ello se va conformando la teoría de los cuatro elementos (agua, aire, fuego, tierra), que prevalecerá en su formulación aristotélica durante casi dos milenios. Finalmente, Demócrito establece que el origen de todo son los átomos, o últimas partículas indivisibles, una concepción sorprendentemente moderna que coincidía sustancialmente con las doctrinas alquímicas y con las ideas de los pensadores hindúes del periodo anterior.

Toda esta herencia filosófica fue recogida y sistematizada por Aristóteles, cuya obra será la autoridad indiscutida en los campos de la filosofía y la ciencia occidentales hasta el Renacimiento.

Aristóteles se refiere a una materia prima *(prote hyle)* y enumera sus cuatro cualidades fundamentales: caliente, seco, frío y húmedo. Las combinaciones de estas cuatro cualidades forman los cuatro elementos: Fuego, Aire, Agua y Tierra con arreglo al siguiente esquema:



A estos elementos se puede añadir un quinto, el éter (materia prima o quintaesencia), que está libre de los procesos que afectan a los otros cuatro (rarefacción y condensación).

Los materiales existentes en la naturaleza son meras combinaciones de las cuatro cualidades aristotélicas. Es decir, el plomo y el oro son esencialmente la misma cosa; lo que los diferencia es que contienen las cualidades en distinta proporción. Lo único que cambia es la forma exterior, la materia sigue siendo la misma.

Para Aristóteles, existen en la tierra dos tipos de exhalaciones: la vaporosa y la fumante. De la vaporosa (húmeda) se originan los metales o «aguas» y de la fumante (seca) se originan las rocas. La naturaleza tiende a la perfección. Ahora bien, ¿cuál es la perfección de los metales? Sólo cabe una respuesta: el oro. El oro es perfecto porque es el único metal incorruptible, inatacable e inalterable. Los demás metales son esencialmente oro impuro mezclado con otras sustancias que lentamente evoluciona hacia la perfección en el interior de la tierra. Basándose en este pensamiento, la alquimia renacentista consideraba el magisterio como una imitación que precipitaba artificialmente, en el laboratorio, un proceso natural que se producía cotidianamente en la

naturaleza. Los metales estaban vivos y ascendían lentamente, en un continuo proceso de purificación, hacia la perfección ideal representada por el oro.

Partiendo de la formulación aristotélica, los griegos aceptaron la idea básica de la alquimia y, a partir del siglo I, incorporaron una serie de términos egipcios y babilónicos más antiguos. La leyenda recoge en términos poéticos esa deuda de la alquimia griega con su antecesora egipcia: cuando Alejandro Magno, el conquistador de Egipto, encontró en la gran pirámide la cámara sepulcral de Hermes Trimegistos, el mítico fundador de la alquimia. La momia de Hermes sostenía entre sus manos una esmeralda gigantesca, la célebre Tabla Esmeralda, en la que estaba inscrito el más famoso y prestigioso texto alquímico que existe.

Los griegos heredan y vulgarizan las técnicas egipcias. El Hermes griego se identifica con Thot, el dios egipcio de los números, de la escritura y de la ciencia en general, el patrón de los alquimistas. En cuanto a la Tabla Esmeralda, se trata de un texto de origen evidentemente preislámico, aunque sus más antiguas versiones existentes sean algo tardías, del siglo VIII la árabe, citada por Ibn Hayyán. La más difundida en Occidente es la latina, algo distinta, la que conoció Alberto Magno. El texto es tan breve y revelador que no nos resistimos a la tentación de reproducirlo íntegro:

> *Tabula Smaragdina, Revelación mistérica del Tres Veces Grande.* I: Es verdad, sin mentira e inequívoco. II: Lo de abajo es como lo de arriba y lo de arriba como lo de abajo, para obrar los milagros de una sola cosa. III: Y así como todas las cosas han sido y devienen de Uno, así todas las cosas han nacido de este Uno, por adaptación. IV: El sol es el padre, la luna es la madre, el viento lo llevó en su seno, la tierra es su nodriza; V: el Padre de todo, el Thelesma, está aquí; Su fuerza es plena si se transmuta en tierra. VI: Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso, dulcemente, con gran maestría. VII: Él sube de la tierra al cielo y de nuevo desciende sobre la tierra, y recibe la fuerza de las cosas inferiores y superiores. VIII: Por este medio poseerás toda la gloria del mundo y toda oscuridad se alejará de ti. IX: Ésta es la fuerza fuerte de toda fuerza, pues vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida. X: Así se ha creado el mundo. XI: De esto serán y surgirán innumerables adaptaciones cuyo método está aquí. XII: Por ello he sido llamado Hermes Trismegisto, poseyendo las tres partes de la filosofía del mundo[146].

En cuanto los griegos sacan la alquimia del secreto ámbito de los templos egipcios y la introducen en la democrática ágora de sus ciudades, los falsificadores de metales comienzan a rondar a los verdaderos alquimistas. Estos falsos alquimistas, en realidad falsificadores de metales y muy a menudo ni siquiera eso, sino meros estafadores y charlatanes, proliferaron tanto que en el año 292 el emperador ordenó la quema de libros alquímicos.

Al margen de los *sopladores* que desprestigiaban el Arte Regio, van surgiendo relevantes figuras que serán veneradas por la alquimia medieval: el hoy conocido como Falso Demócrito (en realidad Bolos de Mendes, como queda dicho), recopilador de una serie de fórmulas antiguas, es el primero en citar el cambio de color de los metales durante el proceso de la Obra, una observación que será básica entre los alquimistas posteriores. Parece que es suya también la primera alusión a la piedra filosofal, «una piedra que no es piedra alguna, pero que, no obstante, lleva en sí los gérmenes de los dos metales nobles por lo que también puede engendrarlos de nuevo».

La otra figura básica de la tradición hermética occidental es María la judía, que algunos sitúan en el siglo I y otros en el III. A esta mítica mujer se atribuyen invenciones básicas para la alquimia tales como el *kerotakis,* o estufa, el alambique, el atanor, diversos vasos destilatorios y el procedimiento del «baño María» hoy de uso más culinario que alquímico. Para algunos alquimistas medievales, María la judía fue la primera que «enseñó que el hombre se forma mediante la fusión de la oscura sangre de la menstruación con el esperma blanco», lo que suministra fundamento a otro mito antiguo: la creación de un hombre artificial, el *homunculus* o golem.

Finalmente, cabe citar a Zósimo de Panópolis (hacia el año 300), autor de una enciclopedia alquímica en veintiocho tomos que recopilaba textos y formularios más antiguos.

LA ALQUIMIA CHINA

Antes de que las alquimias egipcia y babilónica se refundieran en la Alejandría helenística, la alquimia china se desarrolla sobre la base de la contraposición de dos principios: el *ying*, la Luna, y el *yang*, el Sol. Ésta es la base doctrinal del taoísmo. Cabe señalar que el pensamiento subyacente en la cosmología babilónica también alude a esta división del mundo entre principios opuestos. ¿Simple coincidencia o vestigio de un posible origen común?

La alquimia china tiene, como su contrapartida occidental, un corpus doctrinal que identifica la experiencia espiritual del Adepto con el cambio de

la materia que se opera en el crisol de sus operaciones. La diferencia entre las dos alquimias reside en el aspecto físico del Arte. En la china, el Magisterio no atiende tan sólo a la consecución de oro, sino que va más lejos: el oro obtenido se hace base del elixir de la vida, la medicina de oro *(Chip Tin),* el «oro potable», sede de toda virtud. Esta idea medicinal pasará a Occidente por la Ruta de la Seda e influirá en la alquimia árabe y, a través de ella, en la cristiana medieval dando el elixir o la quintaesencia. Arnaldo de Vilanova asegura que «el oro cura todas las lepras, transmuta el cuerpo humano, lo purifica y rejuvenece. Calienta el estómago frío y vuelve valientes a los cobardes». En última instancia, esta inversión medicinal de la Obra prepara el camino de la utilización de compuestos químicos en la farmacopea, una práctica impuesta en Occidente precisamente a partir de las doctrinas del alquimista Paracelso.

Al igual que ocurriría en Europa, la alquimia china acabó corrompiéndose y originó dos escuelas igualmente heterodoxas: la *wai tan* o exotérica, que correspondería a los sopladores occidentales, es decir, a los que desdeñaban los aspectos espirituales del Arte, y la *nei tan* o esotérica que, por el contrario, despreciaba las operaciones físicas en favor de la experiencia mística y de la mera especulación filosófica.

LA ALQUIMIA ÁRABE

Los árabes toman el relevo en los estudios alquímicos cuando conquistan Alejandría y entran en contacto con la cultura griega. La alquimia árabe constituye el estadio intermedio entre la alejandrina y la medieval cristiana con influencias de la alquimia china en ciertos conceptos fundamentales.

Parte de los manuscritos que escaparon a la quema de la biblioteca de Alejandría fueron traducidos al árabe por el equipo de Hunain Ibn Ishak (809-877). De estas traducciones, cuyas copias circularon por el mundo islámico, se derivó un cuerpo doctrinal que hacia el siglo x aparece sistematizado y divulgado. Volveremos sobre el tema más adelante, cuando hablemos de los inicios de la alquimia en España.

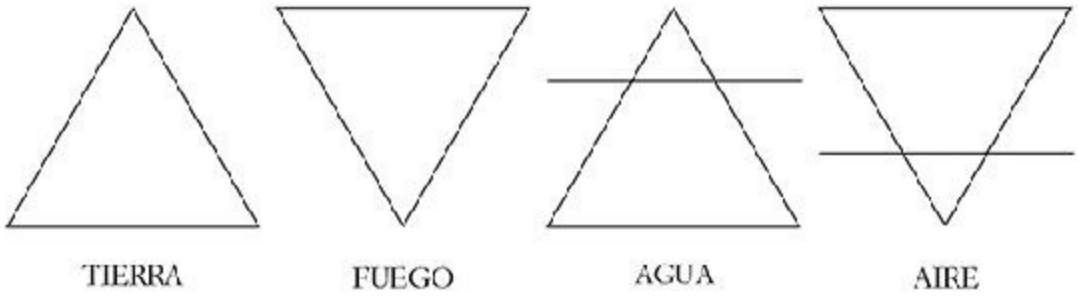
EL MÉTODO EXPERIMENTAL ALQUÍMICO

Intentaré exponer a grandes rasgos las teorías básicas que informan a la alquimia práctica, entendida como ennoblecimiento del metal imperfecto, aunque un Adepto haría siempre la salvedad de que el alma está embebida en esta materia y su suerte va inseparablemente unida a ella.

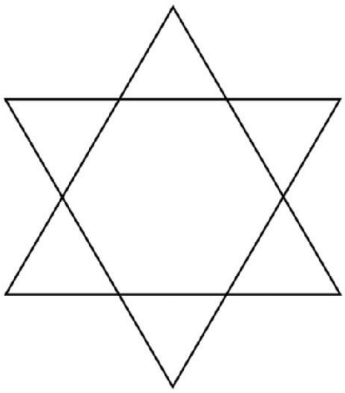
Todo lo que existe en la naturaleza deriva de un principio común, eléter (materia prima o quintaesencia), que es el origen de los cuatro elementos. Estos elementos constituyen las manifestaciones físicas del éter o estados básicos de la materia, sus diferentes modos de presentarse en la naturaleza.

Los cuatro elementos presentan una serie de propiedades que el alquimista ha de tener en cuenta en sus operaciones: expansión, contracción, disolución y solidificación.

Los cuerpos y metales que encontramos en la naturaleza son meras combinaciones de esos cuatro elementos, con distinta proporción. Los elementos se ordenan de acuerdo con los siguientes símbolos:



Estos símbolos superpuestos forman el sello salomónico, que viene a ser la síntesis de los elementos:



Los dos triángulos entrelazados representan también las formas esenciales del espíritu y el alma, conceptos que los alquimistas diferencian, así como la materia que ha de manifestarse en el proceso de la Obra. En este sentido, la Tabla Esmeralda viene a ser el desarrollo del ideograma salomónico.

A los cuatro elementos de la naturaleza corresponden los cuatros humores del cuerpo humano, de cuyo perfecto equilibrio depende la salud:

Fuego-Bilis
Aire-Sangre
Agua-Mucosidad
Tierra-Atrabilis

SIETE METALES

Los metales son siete: oro, plata, cobre, estaño, hierro, plomo y mercurio. Cada uno de ellos corresponde a un planeta. Al propio tiempo, cada metal es representación abstracta de una serie de metales y aleaciones que se interrelacionan. Esto debe entenderse en el sentido cosmológico, que trasciende lo meramente físico, porque, como dice Alfonso X el Sabio, «todas las cosas que están bajo los cielos se mueven y se enderezan por el movimiento de los cuerpos celestiales».

La naturaleza tiende al equilibrio, puesto que en el equilibrio reside su perfección. La perfección de los metales es el incorruptible e inatacable oro.

Todos los otros metales son formas imperfectas del oro que, a través de un lento proceso de ennoblecimiento, van transmutándose en las entrañas de la tierra hasta que se convierten en oro. El alma del hombre, paralelamente, tiende a su propia perfección personal. Este doble proceso es el que el alquimista intenta sincronizar y activar con sus operaciones. Lo que lleva a la tierra un tiempo incalculable se puede acelerar en el laboratorio y lo que lleva muchas generaciones al alma que transmigra —según el pensamiento oriental — lo puede lograr el Filósofo en el plazo de una vida.

La obra del alquimista en su laboratorio consiste en elevar la naturaleza del metal hasta la perfección del oro. El oro es el Sol en esencia, es luz solidificada o sol terrenal, es la perfecta unión de cuerpo y alma, de materia y espíritu. La Luna es el alma receptiva que acompaña al Sol.

Los siete metales se conocen por sus distintos símbolos que son ideogramas de su grado de pureza respecto a la perfección absoluta que representa el Oro-Sol. Cada uno de ellos está relacionado con un planeta de cuyas radiaciones es fruto, lo que en textos alquímicos medievales se expresa como acuerdo u oposición del planeta y los elementos:

Mercurio: mercurio
Saturno: plomo
Júpiter: estaño
Sol: oro
Luna: plata
Venus: cobre
Marte: hierro

La atribución del estaño a Júpiter es tardía. En la antigüedad el estaño correspondía más bien a Mercurio y Júpiter regía el *asem* egipcio o electrón, probable aleación de oro y plata.

Cada metal consta de alma, espíritu y cuerpo, que corresponden, en la alquimia medieval, a tres elementos: azufre, mercurio y sal. El azufre determina la calcinación; el mercurio la evaporación y la sal es la ceniza resultante que cobija el espíritu volátil. Del metal hay que extraer primero el alma, después se purifica el cuerpo por fuego y, finalmente, se le devuelve de nuevo el alma. Es imagen de las reencarnaciones sucesivas que devuelven su

pureza ideal a la materia y corresponde a lo que en ciertos manuscritos alquímicos se denomina «Sublimación, Separación y Conjunción».

UN LABERINTO DE OPERACIONES

La literatura alquímica de distintas épocas o incluso de distintos autores de una misma época no siempre coincide en la descripción de los procesos necesarios para obtener el oro o la piedra filosofal el catalizador perfecto de la materia. Muchas veces un mismo proceso recibe varios nombres, que corresponden a distintas etapas en su progresión. El libro de Morienus, traducción de un manuscrito árabe datable hacia 1142, enumera cinco partes en la Obra: coito, concepción, gravidez, nacimiento y nutrición. Algunos se refieren a nueve operaciones sucesivas y otros solamente a siete o incluso las reducen a las tres que citábamos más arriba. Es evidente que en cada caso se ha producido una cierta adecuación a valores numéricos significativos. Enrique de Villena, uno de los autores de nuestra antología, señala siete fases: Rubificación, Purificación, Disolución, Aumentación, Congelación, Purgación y Formación. El árabe al-Razi enumera nueve procesos: Destilación, Calcinación, Disolución, Evaporación, Cristalización, Sublimación, Filtración, Amalgama y Ceración. A veces, los siete posibles grados del *magisterium* se relacionan con los siete metales: Calcinación a Mercurio; Putrefacción a Saturno; Sublimación a Júpiter; Solución a la Luna; Destilación a Venus; Coagulación a Marte, y Extradición al Sol, e incluso a los doce signos del zodíaco. No debemos olvidar que la alquimia está, desde sus mismos orígenes, íntimamente ligada a la astrología:

Aries: Calcinación
Tauro: Coagulación
Géminis: Fijación
Cáncer: Denigración
Leo: Digestión
Virgo: Destilación
Escorpión: Sublimación

Libra: Separación
Sagitario: Ceración
Capricornio: Fermentación
Acuario: Multiplicación
Piscis: Proyección

Por lo que se deduce de la compleja praxis alquímica, el fermento básico sobre el que el Filósofo opera consiste en una mezcla de tres sustancias: un mineral, un metal y un ácido. El mineral constituye la mayor parte de la mezcla y puede ser algún compuesto de hierro que contenga impurezas de arsénico y antimonio. El metal suele ser mercurio o plomo. Después de majar y mezclar perfectamente estos elementos se calientan en un crisol a fuego moderado. Más adelante se disuelve la mezcla resultante con un ácido, bajo luz polarizada (la de la luna o la del sol reflejado en un espejo). A continuación se evapora el líquido y se calcina el sólido restante una y otra vez. Es la parte central de la operación, lo que los alquimistas denominan *solve et coagula* («disuelve y coagula»). Se ha especulado mucho acerca del sentido que puede tener repetir indefinidamente esta operación. Algunos sugieren que se trata de aguardar a que se produzca la acción de ciertos rayos cósmicos que resultan fundamentales en el proceso. Otros creen que se trata de alcanzar lo que podríamos denominar «fatiga del material»; otros, finalmente, se inclinan por la posibilidad de que sea la propia energía emanada del Adepto la que influya sobre la mezcla del crisol y la eleve a un nuevo estado de la materia. Aseguran que cierta energía espiritual influye sobre el mundo físico y citan como prueba algunas contrastadas experiencias del budismo Zen: el iniciado dispara un arco, manteniendo los ojos cerrados después de concentrarse y concentrar su energía espiritual en la distante diana: la flecha se clava indefectiblemente en el centro mismo del blanco.

El *solve et coagula* del alquimista podría corresponder, en el plano místico, a un ejercicio repetitivo que depura el alma del Filósofo por la meditación y la ejercitación de la autodisciplina y la paciencia, al modo de la oración, de las letanías mecánicamente recitadas o de las diversas técnicas de autodominio y concentración desarrolladas en Oriente. En cualquier caso, todas estas especulaciones no tienen por qué ser mutuamente excluyentes.

Regresemos al crisol del alquimista. El siguiente paso consistiría en añadir una sustancia oxidante a la mezcla resultado de los anteriores procesos (por

lo general, nitrato de potasa), y nuevamente se disuelve y calcina repetidamente el contenido del recipiente hasta que se advierte un cambio. La literatura alquímica no es muy explícita cuando se refiere a este cambio. Puede ser la «estrella blanqueada», especie de cristalización que se forma en la superficie.

El análisis de las manipulaciones que corresponden a cada una de las partes de la Obra resulta igualmente confuso. La Sublimación consistiría en destilar en seco separando lo evaporable para obtener su esencia (caso del azufre). La Clarificación sería la separación de lo fundible. La Calcinación correspondería a la tostación y fusión del material y su oxidación, a la transformación de un metal en cal (óxido soluble). La Putrefacción, a la separación del espíritu del cuerpo. La Solución a la licuación, cuando se añade el mercurio. La Destilación, a la evaporación y condensación de la materia *(solve et coagula),* a la separación de lo soluble. La Coagulación sería la vuelta al estado metálico de un óxido. La Cristalización puede ser la mezcla del azufre y el mercurio. La Extracción, la transmutación propiamente dicha de la materia, obtenida en la cristalización. La Ceración es la transformación de la materia quebradiza en otra cerosa o fundible.

AZUFRE Y MERCURIO

Los cuatro elementos se proyectan en dos sustancias: el mercurio, volátil y femenino, que es fruto del frío y la humedad, y el azufre, fijo y masculino, que procede del calor y de la sequedad.

Todos los metales contienen estas dos sustancias. Los alquimistas sostienen que el fuego no afecta al azufre: lo sublima y continúa siendo azufre. En cuanto al mercurio, la evaporación tampoco lo afecta: se evapora y continúa siendo líquido.

El mercurio es la materia prima que lleva en sí todas las formas, es la matriz de todos los metales. De su perfecta unión con el azufre fecundador nace el oro, es decir, la inocencia y la pureza del alma, en su estado original. Para que esto se produzca hay que sujetar al volátil mercurio y someterlo al león solar del azufre. Es entonces cuando la naturaleza del azufre se

desarrolla en el mercurio y éste puede representarse cabalmente por el símbolo Solar-Lunar A, punto de partida de la Obra, el *aqua vitae* de los tratados medievales.

Para que se produzca generación y la Obra tenga éxito es necesario que las propiedades del azufre se compenetren con las del mercurio. La fuerza expansiva del azufre y la astringente del mercurio tienen que equilibrarse para que de su compenetración surja la creación. Entre los dos elementos debe producirse un casamiento químico que, en el plano espiritual, equivaldría a la integración de las fuerzas psíquicas inconscientes con la conciencia individual. En este casamiento, el mercurio es femenino y representa la fuerza generatriz de la materia, mientras que el azufre es masculino y representa la fuerza activa de la esencia solar. El oro es azufre estático y la plata mercurio solidificado[147].

En el plano espiritual, el alma del alquimista es crisol donde se fusionan y equilibran los elementos contrarios de la condición humana. También ella se convierte en «fuego fluido» y «agua ígnea».

La alquimia medieval atribuye al azufre el espíritu de la Obra y al mercurio el alma. El espíritu es la fuerza que une al alma con el cuerpo físico. El alma es la forma esencial e inmutable del hombre. El corpus luliano atribuye al azufre el calor natural y al mercurio la sustancia material y la humedad radical de todas las sustancias que pueden licuarse.

Ya en la alquimia helenística el mercurio, obtenido entonces por tostación del cinabrio, era considerado elemento central por su propio prestigio metalúrgico, al ser capaz de platear otros metales. No obstante, se consideraba todavía «agua», es decir, líquido. No debemos confundirlo con lo que entonces se denominaba «segundo mercurio», que corresponde al arsénico y recibía este nombre por su facultad de transmutar el cobre en plata (en realidad, la materia resultante era algodonita, que es blanca). Sólo hacia al año 600 empieza a considerársele metal y adopta el símbolo A, que antes se había asignado al estaño. En época árabe, la doctrina del azufre-mercurio, que antes hemos expuesto, está ya plenamente establecida y se la considera componente fundamental del elixir que curará a los metales enfermos.

El primer autor que formula el principio del sulfuro-mercurio es Geber. Para él los metales son uniones de estos dos elementos y de la condensación del sulfuro hipotético (o destilación de lo caliente-seco) con el mercurio hipotético (o destilación de lo frío-húmedo) nace el mercurio filosofal. Este

planteamiento de la alquimia árabe informa a la alquimia cristiana medieval, escasamente original, que tiende a sobrevalorar el mercurio y a minusvalorar el azufre como elemento esencial de la piedra filosofal. Un texto atribuido a Raimundo Lulio dice: «Yo sería capaz de convertir en oro mares enteros si tuviera suficiente mercurio»; otro del corpus de Geber asegura: «Bendito sea el Altísimo que creó este mercurio y le dio una naturaleza a la que nada se resiste, pues sin él la labor de los alquimistas sería inútil». Arnaldo de Vilanova lo denomina «esperma de los metales», porque se une a la matriz pasiva de la materia sedienta de perfección. No obstante, debemos advertir que este mercurio filosofal no es el que se da en la naturaleza, sino el que «aparece tras las operaciones del Arte», como indica un apócrifo luliano. «El mercurio absorbe al azufre metálico y lo retiene con tal fuerza que la unión no puede ser ya vencida». El cuerpo resultante es el mercurio filosófico. Y otro texto añade: «El mercurio y azufre se obtienen reduciendo oro y plata a sus constituyentes». La piedra filosofal sería, por tanto, «la congelación del vapor de azufre que se contiene en el mercurio».

Será la alquimia renacentista (siglos XVI-XVII) la que invierta los términos y valores al azufre por encima del mercurio, particularmente a partir de la difusión del corpus luliano. Aunque entonces estará plenamente establecida la teoría de la tría prima (el azufre o alma es el gas; el mercurio o espíritu, el agua; y la sal o cuerpo, lo sólido). Esta doctrina de la tría prima es la que se expresa en el corpus atribuido a Basilio Valentín, supuesto monje benedictino cuya obra se podría remontar al siglo XV si fuese original, lo que es dudoso. Lo más probable es que la más clara formulación de la tría prima sea obra del alquimista Paracelso, cuya existencia histórica es indudable.

La complejidad de los distintos nombres que reciben las fases de la Obra puede ser consecuencia del complicado proceso que intentan ocultar. Tomemos la Putrefacción, por ejemplo, y veamos lo que sobre ella nos dice Le Breton: «Existen cuatro putrefacciones en la Obra Filosófica: la primera en la primera separación; la segunda en la primera conjunción; la tercera en la segunda conjunción, que se produce entre el agua pesada y la sal; por último, la cuarta en la fijación del azufre. En cada una de estas putrefacciones se produce negrura».

TRES COLORES

Una guía fundamental en la praxis alquímica era la observación de los colores que se van formando en el crisol. Eugène Canseliet llama al color «la llave del arcano mayor». Tradicionalmente se señalan tres colores o etapas en la transmutación o tinción:

1. Negro (melanosis, nigredo).
2. Blanco (leucosis, albedo).
3. Rojo (iosis, rubedo) o, a veces, amarillo (xantosis).

El negro es la Putrefacción o descomposición de la materia. La materia «muere» y pierde sus cualidades metálicas. Esta putrefacción viene además señalada por un olor hediondo *(odor tetor)* que denota la fijación.

El cambio a blanco señala la purificación y limpieza. Ahora el olor es agradable, como un perfume, e indica volatilidad y proximidad a la vida.

El rojo señala la nueva forma alcanzada. En la fabricación del elixir, según Geber, los tres procesos son: calcinación, o quema del metal que se mezcla con el mercurio y se calienta junto a la destilación del vitriolo, alumbre y sal de amoníaco; tratamiento del espíritu, en que la mezcla se pone roja con la solución impura del sulfuro de calcio, y blanqueamiento del alma.

Geber describe el «agua roja», que es condensación del cuerpo, espíritu y alma en lo que parece corresponder a una solución de vitriolo en vinagre con partículas de óxido de hierro y sulfuro arsenioso.

Es evidente que la alquimia práctica conoció diversos caminos de acceso a la Gran Obra, aunque el proceso seguido venga a coincidir, a grandes rasgos, en las distintas versiones que nos ofrecen los textos. De hecho, cada alquimista parece seguir sus propios procedimientos. Cyliani, en *Hermes desvelado* (1832), asegura que existen dos caminos posibles: la vía húmeda y la vía seca. Esta última es más breve y fácil pues reduce considerablemente el tiempo de las operaciones. Empero, el alquimista devoto prefiere la más larga. La vía seca alcanza su objetivo en ocho días, la húmeda puede ocupar hasta año y medio. El Adepto que sigue la vía seca ha de cocer la sal celeste, que es el mercurio de los filósofos, con un cuerpo metálico terrestre a fuego simple durante cuatro días. El mismo texto asegura que, siguiendo esta vía

más breve, el Arte puede aprenderse en menos de doce horas y ser llevado a la perfección en menos de ocho días[148]. ¿No se percibe ya, en la descripción de estos plazos, al apresurado y expeditivo hombre moderno, tan poco acorde con la calma y espiritualidad que debieran caracterizar al Filósofo? Esta sorprendente celeridad de las vías de Cyliani nos asombra si la comparamos con el tiempo que algunos Filósofos antiguos invertían en coronar la Obra. De Nicolás Flamel se dice que la alcanzó exactamente el 25 de abril de 1382 después de veinticuatro años de proceso en su laboratorio. Solamente para preparar la piedra necesitó seis años, y después «había que invertir el reloj y dejarla cocer durante otros seis años». De todo ello se deduce que, aunque las operaciones de los alquimistas sean similares, los procedimientos pueden variar grandemente. Al menos esto es lo que sugieren los textos. Para acabar de complicar las cosas, algunos autores distinguen entre dos posibles variedades de la Gran Obra: la roja, que transmuta en oro, y la blanca, que transmuta en plata. Pero esta distinción parece un desarrollo algo tardío de la doctrina alquímica. Lo que nuevamente nos lleva al problema de los textos y a la dificultad de distinguir las falsificaciones o, simplemente, las interpolaciones que enturbian el sentido de los que se escribieron de buena fe.

Otro elemento de capital importancia es el calor. De hecho, los textos alquímicos dan al atanor u horno casi tanta importancia como al crisol y a lo que en su interior se desarrolla. En la simbología hermética se hace del atanor imagen simplificada del cosmos que se apoya en cuatro soportes, correspondientes a los cuatro principios de la naturaleza, y que se estructura en tres sucesivas envolturas o grados constituyentes: el barro, las cenizas y el cristal.

El calor podía aplicarse, según la etapa de la Obra lo requiriese, de muy distintas maneras y gradaciones: directo, a partir del carbón de madera, o indirecto: arena recalentada, cenizas, rescoldo, procesos químico-orgánicos de distintos tipos de estiércol o al baño maría. Incluso algunos tratados describen las propias reacciones de los compuestos del crisol como fuentes de calor de la Obra.

LA ALQUIMIA COMO ACTO MÍSTICO

El hombre moderno está habituado a separar tajantemente el mundo espiritual del material. Para los antiguos no eran sino aspectos indivisibles de un todo único. La cosmología hermética participa de la teoría del ser que conformaba el pensamiento antiguo. Para el alquimista un acto material sólo tiene sentido si sus repercusiones son espirituales. Paralelamente, la actividad espiritual se apoya en manipulaciones materiales. La materia es manifestación divina unida inseparablemente al espíritu de Dios. Materia y espíritu son conceptos que no pueden diferenciarse sin perturbar gravemente el equilibrio de la razón. Todo lo que existe en el universo que nos rodea, tanto en el plano físico como en el psíquico, no es sino el cambiante aspecto de una sustancia original y única que podemos denominar Dios.

La primera ciencia humana es panteísta y de ella se va derivando el amplio catálogo de las otras que, de acuerdo con diversas épocas y culturas, etiquetamos como religiones.

El alquimista cree en la unidad esencial del Ser. Todo lo que existe bajo los diversos aspectos de la realidad, visible o invisible, deviene de un principio único y, en última instancia, la divinidad está contenida en todo. Por tanto, puede accederse a ella, a la perfección del alma, por medio de la perfección de la materia. Y el mundo espiritual y el material vienen a tener un mismo origen y sustancia y están igualmente relacionados entre ellos. Esto es lo que el pensamiento antiguo denominaba «unidad del ser» (la *wahdat-al-wudjûd* de los textos árabes). Cada alquimista alude a su propio Dios cultural y temporal pero en el fondo de su operación subyace el credo panteísta que hemos enunciado.

Dios es la luz y la perfección absoluta. El hombre tiende a la luz por medio de la purificación de su alma. El oro es la luz, la pureza absoluta de la materia. Los metales tienden a la luz y a la perfección por medio de sucesivas purificaciones. El hombre, representación central del espíritu divino, tiende a la purificación de su alma con la apoyatura externa de la purificación de la materia. Por eso el alquimista se entrega a las operaciones místicas y materiales que lo llevarán a alcanzar el Oro de la perfecta unión con la divinidad en el plano psíquico de su alma y en el físico de su Obra.

Los metales son manifestaciones impuras de la materia. Todos tienden a la perfección, que es el Oro, como el alma humana tiende a la unión con Dios. Pero los metales no pueden llegar a ser oro si antes no son reducidos a su materia prima. El alma es igual que la materia prima del mundo. Su

perfección se percibe al aproximarse la Obra a su culminación. Y su culminación, el oro del crisol, equivale a un estado de gracia y beatitud perfectas.

En este sentido, la alquimia o Arte Mayor es el arte de las transformaciones del alma. Los alquimistas no se cansan de repetir «la Obra está en vosotros y con vosotros», «la verdadera materia es la naturaleza del hombre». Es la idea que lleva a Roger Bacon a contradecir a san Agustín cuando escribe: «No salgas al exterior, vuelve dentro de ti mismo […]. En el interior del hombre habita la verdad». Bacon era franciscano y, como veremos después, los franciscanos medievales tuvieron un cierto protagonismo en la aproximación mística a la alquimia.

Alquimistas y místicos tienden a los mismos fines aunque sus caminos sean distintos. Quieren dominar la condición humana por medio del fortalecimiento de las potencias espirituales, recuperando la nobleza de los orígenes, fundiéndose con la bondad divina. Por este motivo el ejercicio del arte hermético hace al hombre «generoso, manso, piadoso, creyente y temeroso de Dios». El hombre se encuentra dividido entre dos fuerzas en discordia, a veces polarizadas en lo masculino y lo femenino. La unión de su alma con Dios es el andrógino que simboliza la Gran Obra.

La cosmología hermética distingue dos conceptos fundamentales: macrocosmos, u objeto, y microcosmos, o sujeto. Vienen a ser reflejos distintos de la existencia. El hombre es microcosmos, morada del espíritu universal y divino, es el *nous* que emana de la *ousis* o sustancia divina. En esta perspectiva, el alma puede tratarse como si fuera una materia susceptible de manipulación como el contenido del crisol alquímico: disolviéndose, purificándose y cristalizándose de nuevo en un estado superior. Esta operación sólo es realizable mediante la conjunción de dos fuerzas psíquicas, masculina y femenina, cuya muerte conjunta posibilita la transmutación del hombre en su nueva identidad. En la operación alquímica del crisol son el mercurio y el azufre herméticos los que se funden y mueren para crear una entidad nueva y con ellos, paralelamente, la conciencia del Adepto que, cumplida la Gran Obra, se convertirá en un «hombre despierto».

Esta elevación del hombre a una nueva consciencia parece equivaler a lo que con otras técnicas pretenden alcanzar distintas culturas: la mística contemplativa musulmana o cristiana o los estados de compenetración con la esencia divina que preconizan el budismo o el Zen.

A la luz de la moderna antropología cabe considerar la experiencia alquímica como una técnica de iniciación. La obtención de la piedra filosofal o del elixir puede ser comparada al tránsito de los misterios iniciáticos que hacen al sujeto partícipe de la agonía, muerte y resurrección del Dios. En el caso del alquimista ese Dios podría identificarse con la materia. De hecho, la alquimia histórica que podemos conocer a través de los textos tiene, en su época alejandrina, muchos puntos de contacto con el gnosticismo, aquel corpus filosófico-religioso que alcanzó su máxima expansión hacia el siglo II y que tanta influencia ejerció sobre el desarrollo del primitivo cristianismo. La gnosis o iluminación quiere ser un estado de perfección que libera al iniciado de las influencias de la materia y del mal encarnado por la materia. La alquimia, por su parte, aniquila a la materia transformándola en salvífica, elevándola a la perfección divina. Precisamente, la veneración a Hermes de la alquimia alejandrina tiene una fuerte orientación gnóstica. Hermes es el *logos*, el espíritu puro.

La personalización del dios universal que subyace a la experiencia panteísta del origen de la alquimia es evidente. Aunque este pensamiento concreto se pueda relacionar con el ambiente cultural alejandrino, lo cierto es que las raíces son mucho más antiguas, pues el origen de la gnosis está, sin duda, en el pensamiento babilónico. Entre otros muchos rasgos, nos lo indica la pervivencia del número siete en las operaciones alquímicas. El número clave se manifiesta en los siete metales, que son siete planetas, que son siete colores (dorado, plateado, azul, verde, blanco, rojo, negro), que son siete vocales sagradas (alfa, épsilon, eta, iota, ómicron, ípsilon y omega), que son los siete peldaños de acceso de la religión de Mitra, cada uno fabricado de un diferente color, que son las siete terrazas de los zigurats mesopotámicos, cada una consagrada a un color y a un planeta.

Una moderna y deseable revisión de la literatura hermética debería comenzar por el escrutinio de su simbología a la luz de la propia del orfismo y gnosticismo. Los escritos alquímicos de Zósimo (finales del siglo III), están ya impregnados de fuertes dosis de gnosticismo. Este simbolismo sería aceptado por los neoplatónicos del periodo posterior, junto con otras concepciones heredadas de Oriente. Los gnósticos influirían poderosamente sobre el cristianismo como los sufíes en el islam del periodo siguiente.

Volveremos a encontrar la concepción de microcosmos y macrocosmos en las doctrinas de la secta de los ismaelitas que predomina en los siglos X al XII

y que con tanto interés se acerca al hermetismo, a la astrología y a la numerología.

Una serie de movimientos espirituales, que sucederán en la Europa cristiana entre los siglos XII y XV, responden a idéntica concepción dualista. Algunos de ellos, como el catarismo, fueron violentamente reprimidos por la Iglesia. En la raíz del pensamiento cátaro, que es el principio maniqueo de unas fuerzas de la luz apresadas por las tinieblas y el mal, alienta el pensamiento gnóstico, tan ligado a cierto periodo del desarrollo de la alquimia occidental.

Aunque la alquimia no constituye un movimiento en sí, en lo que tiene de cosmovisión naturalista coincide esencialmente con estos movimientos espirituales. Esto explica la asociación de algunos líderes y simpatizantes de tales movimientos con lo que podríamos denominar credo básico de la alquimia, lo que, en última instancia, provoca la aparición de una alquimia espiritual más o menos desligada de las operaciones del crisol que intentan ennoblecer la Obra, y por tanto, tan desvirtuada a su manera como la denigrada labor de los sopladores que, mientras tanto, continúan existiendo.

Algunos alquimistas cristianos del periodo llegan a considerar la Gran Obra como una posibilidad meramente teórica, es decir, como un don superior que Dios puede conceder a modo de milagro o señal al que ha alcanzado la santidad. Junto a esta visión excesivamente espiritualista, algunos Filósofos, como Guillermo el Aurífice, identifican el proceso de la Gran Obra con los poderes superiores de la mente. En el siglo XIV, la evolución de este pensamiento desemboca en la asociación del contenido simbólico de los tratados herméticos con una metafísica idealista que rechaza la operación material en favor de la experiencia interior. Los espiritualistas ven en la alquimia un medio de provocar experiencias de tipo místico.

Las sectas espirituales (joaquinistas, beguinas, bigardos, fraticelli…) preconizan un retorno a la pureza del cristianismo, a la espiritualidad, al conocimiento y a la pobreza. En este último aspecto coinciden con el nuevo ideal franciscano y con el de los verdaderos Filósofos que observan una existencia secreta, devota y ascética. De hecho, la señal externa de aceptación de la pobreza como ideal de vida irá desde este tiempo indisolublemente unida al Adepto, lo que suministrará munición a los que se mofan de las operaciones de la alquimia. La asociación de la alquimia con tales sectas místicas cristianas conlleva, en algunos periodos, la persecución de los

alquimistas. La alquimia, que siempre fue considerada por la Iglesia una actividad cuanto menos sospechosa, será acusada de pacto implícito con el demonio.

La lectura providencialista de la operación alquímica que hacían los espirituales en la Edad Media desembocará posteriormente en la creencia de que lo que hace el alquimista no es transmutar el metal, sino preparar a la materia de modo que se favorezca, acelerándolo, un proceso natural. Tanto la mística como la que podríamos denominar opción científica son, a fin de cuentas, desviaciones de la genuina concepción cosmológica de los Filósofos. Pero estamos ya en el Renacimiento, que con la divulgación de la imprenta posibilitará la multiplicación de los textos alquímicos, así como de las historias de estafadores y charlatanes que han hecho de la alquimia un medio de vida, lo que fatalmente conlleva la definitiva vulgarización y descrédito del Arte Magna.

El actual interés por la alquimia podría explicarse por el anhelo del hombre moderno por una creencia superior en el momento en que las religiones tradicionales están en crisis. El auge del ocultismo y de la parapsicología que observamos en nuestros días apunta a la búsqueda de una nueva religión, en el sentido etimológico del término, como atadura, vínculo, e incluso tabla de salvación que el hombre anhela. Ya decía Bachelard que «la alquimia debe tener muy hondas raíces en el alma cuando se ha mantenido a pesar de las burlas de todas las épocas».

La moderna psicología intenta también penetrar el íntimo sentido de la alquimia. Esto no es nada nuevo. Ya en el pasado, algunos alquimistas se percataron de la naturaleza psíquica de los fenómenos herméticos. Aunque ninguno de ellos llegó tan lejos como Jung que ha intentado explicar que lo que el alquimista cree ver en la materia es la proyección de su propio subconsciente. Esto equivaldría a una concepción neurótica de la realidad que confunde lo objetivo y lo subjetivo. Pero la tarea de sustituir sus símbolos por conceptos científicos equivalentes nos parece imposible porque en la operación se pierde la inefable cualidad espiritual que estos símbolos conllevan. La alquimia flota por encima del tiempo y de los intentos humanos de explicarla desde afuera. Es una revelación espiritual que sólo puede entenderse desde dentro.

Volviendo a Felipe II y al informe que le encargó a Stanihurst, es preceptivo señalar que Felipe II creía en la posibilidad de convertir el plomo

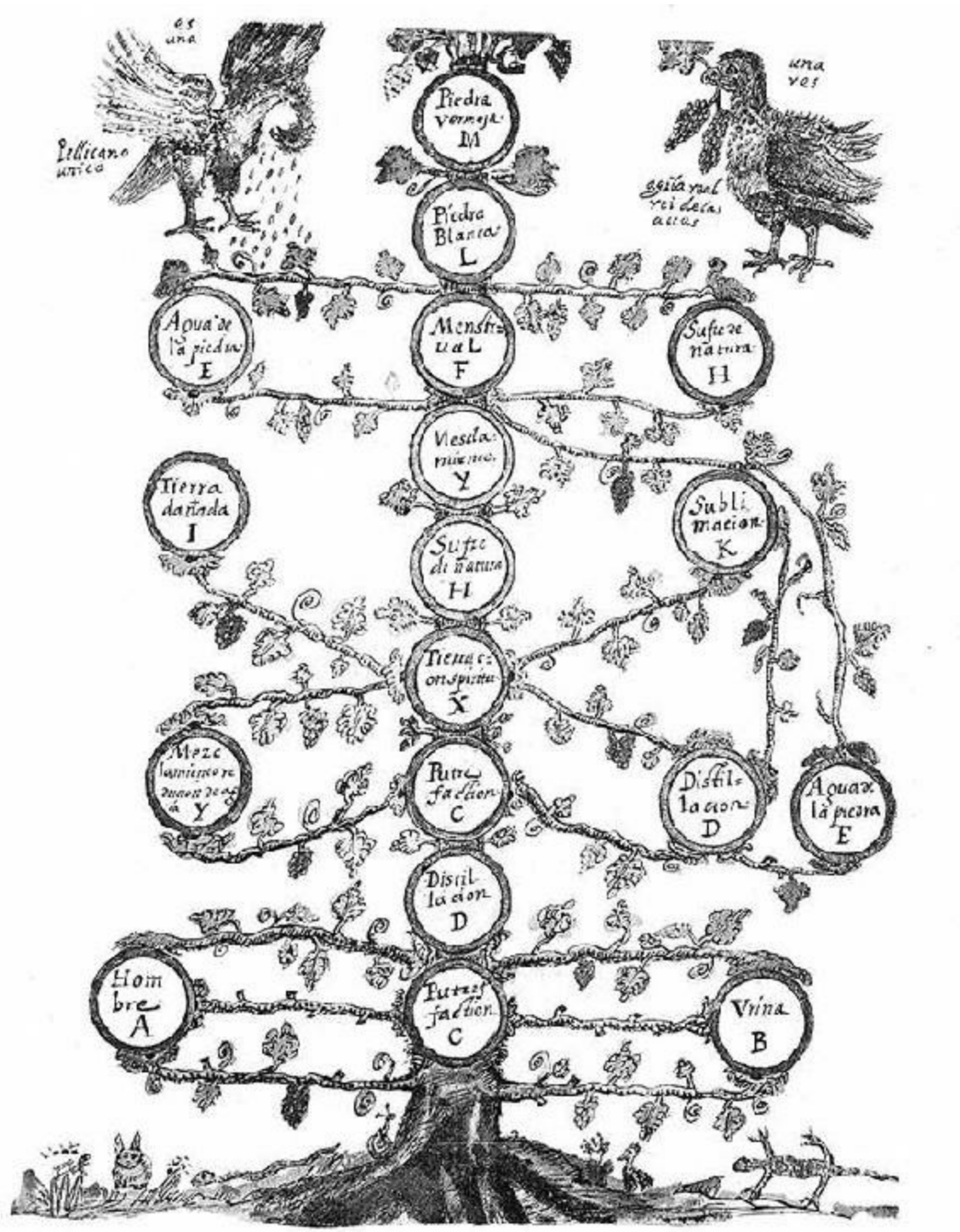
en oro, como todos sus contemporáneos. Era el dueño del mundo, más o menos, pero casi siempre estaba sin blanca, o digamos que tenía muchos gastos (la Armada Invencible, El Escorial, etc.), por lo que a lo largo de su reinado incurrió en cuatro bancarrotas.

Este interés del rey por el Arte explica la abundancia de textos herméticos entre los códices que atesora la Real Biblioteca de El Escorial. Debido a la situación económica del país, Felipe II se endeudó con usureros italianos y alemanes (los Fúcares) y, al menos en tres ocasiones (1557, 1559 y 1560), el Rey Prudente (más bien Imprudente) contrató los servicios de alquimistas para que le fabricaran plata. Cuando se encontraba en Malinas (Flandes), contrató al alquimista Tiberio da Rocca. El embajador de Venecia, Marcantonio da Mula, informaba a su República que los españoles pagaban a sus tropas con una plata alquímica que colaba por buena en algunas pruebas, pero se delataba como metal ilegítimo en otras.

De los experimentos alquímicos desarrollados a lo largo de 1567 tenemos noticia cierta por las ocho cartas intercambiadas entre el rey y su secretario, Pedro del Hoyo, supervisor de los alquimistas. Felipe II les había acondicionado una casa con los hornillos y trebejos propios de un laboratorio. En una carta, el rey había expresado su esperanza de que «con buena diligencia» le fabricaran siete y ocho millones al año. Apremiado por Pedro del Hoyo, el alquimista da más crecidas esperanzas: «Respondióme muy en sana paz que y aun veinte». Poco después la correspondencia se interrumpe y vemos al rey más pobre que nunca.

A pesar de estas adversas experiencias, Felipe II nunca dejó de creer en la verdad última del magisterio filosofal. Como algunos ilustrados de la época, diferenciaba la alquimia como filosofía integradora del universo, de la que predicaban los «sopladores», o sea, los alquimistas prácticos, los que se ponían a los fogones para obtener oro.

Hacia 1584, el llamado Círculo de El Escorial, un grupo de estudiosos que trabajaba bajo protección real, estudiaba textos herméticos atribuidos a Raimundo Lulio y otros sabios, creando obras relevantes. El boticario Diego de Santiago escribió *Dos libros de Arte separatoria* (Sevilla, 1593); Lorenzo Gozar, escribió *De medicine Fonte,* y Jerónimo Gracián, *Diálogo de Alquimia*.



El proceso alquímico en un manuscrito del siglo XVII.

38
EL REY ARTURO Y LOS CABALLEROS DE LA TABLA REDONDA

En mis años británicos visité unas cuantas veces la ilustre ciudad de Winchester, condado de Hampshire, lo uno, por la sopa de berros local (notable cocimiento de este humilde vegetal en caldo de gallina con su acompañamiento de patata, cebolla y mantequilla) que, a los que somos de cuchara, nos deleita sobremanera, y lo otro, porque tenía allí una amiga cuyo nombre, Chastity, me recordaba aquellos versos apócrifos del *Juan de Mairena* machadiano: «¡Qué bien los nombres ponía / quien puso Sierra Morena / a esta serranía!».

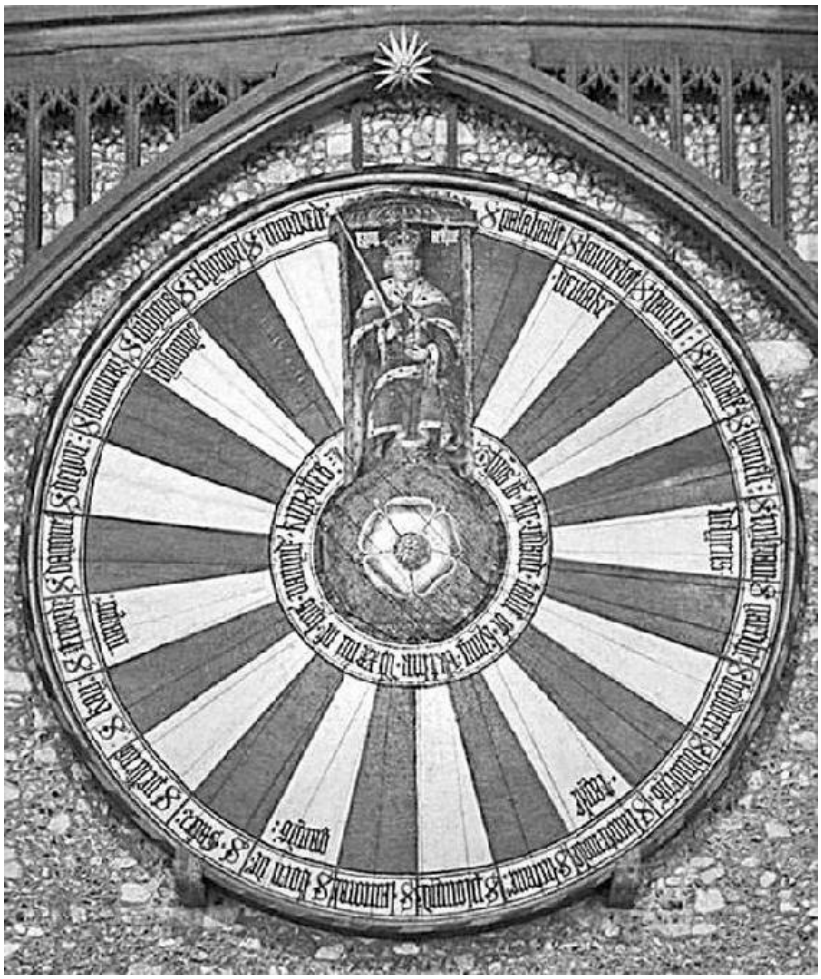
Conocedora Chastity de mi afición a los cementerios, romántico que es uno, me llevó al que rodea la catedral para enseñarme una tumba curiosa y escarmentadora, la del soldado Thomas Thetcher, que falleció en 1764, a la temprana edad de veintiséis años, no a resultas de combate alguno en servicio de su patria, sino en periodo de paz y retreta, después de ingerir una cerveza que le produjo una intensa fiebre a consecuencia de la cual espichó, ustedes disculpen mi expresión cuartelera que he querido acomodar al lenguaje que seguramente usaba el difunto, lo que en inglés se dice *to kick the bucket*, literalmente darle una patada al cubo.

En España también tenemos un caso parecido, le dije a Chastity, el de nuestro príncipe Felipe el Hermoso, marido tarambana de Juana la Loca, que bebió un vaso de agua helada (de las nieves de Guadarrama sería) después de un disputado partido de pelota hispánica (hoy pelota vasca) y le entraron los consabidos sudores que se lo llevaron al otro mundo sin remisión.

Parece una tontería, pero beber en frío cuando estás acalorado te puede pasaportar a mejor vida. Yo mismo he sufrido esa experiencia. Fue en una excursión a Granada con Welf y Meike, dos amigos alemanes a los que llevé a visitar la Alhambra. Quizá abusamos previamente de los churros en la obligada parada de Campillo de Arenas (veníamos de Jaén) y llegábamos en exceso sedientos y acalorados. Nos sentamos a tomar cerveza en una terraza de la plaza de Bib-Rambla, yo trasegué la mía en dos tragos, se me cortó la digestión y, afortunadamente, no fue a más y todo se quedó en el susto y en unos sudores fríos.

Volviendo a lo del desventurado Thomas Thetcher, quizá antepasado de la primera ministra y sargentona *mistress* Thatcher (los cambios vocálicos son normales en apellidos ingleses), es el caso que su tumba se ha convertido desde 1939 en lugar de peregrinación de los Alcohólicos Anónimos después de que el fundador de la benemérita cofradía, Bill Wilson, la citara en la primera página del vademécum de la asociación.

Cosa de ver: los borrachines arrepentidos de todo el mundo acuden a su asamblea anual en la catedral de Winchester atraídos por el ejemplo que difunde desde su lápida sepulcral el desventurado Thomas Thetcher. «Es una experiencia inolvidable —me explicaba la gentil Chastity— cuando una vez al año la catedral se llena de alcohólicos en el camino de la enmienda», o sea, *recovering alcoholics* en sus propias palabras.



La Tabla Redonda en el castillo de Winchester.

Aparte de la tumba del soldado Thomas, la otra atracción popular de Winchester es la mesa en torno a la cual, supuestamente, se reunían el mítico rey Arturo y sus caballeros «de la Tabla Redonda».

Refresquemos la historia o la leyenda. En un lugar de Bretaña conocido como Camelot existió una vez un rey poderoso llamado Arturo, en cuya corte brillaba un grupo de caballeros que se reunían alrededor de una enorme mesa: la Tabla Redonda. En aquel tiempo y en aquella tierra ocurrían prodigios y maravillas sin cuento.

Del rey Arturo y de sus caballeros de la Tabla Redonda partió una caudalosa mitología que nutriría, narrada o leída, la fantasía de muchas generaciones medievales. Esta mitología, lejos de haberse extinguido, sobrevive hoy y es capaz de inspirar creaciones tan distintas como las óperas de Wagner o los dibujos de Walt Disney.

El comienzo de la leyenda parece que está en el siglo IX, cuando un tal Nenius compuso una historia de los antiguos habitantes de Inglaterra en la que se mencionaba a un caudillo celta, Arturo, que luchaba contra los invasores sajones y los derrotaba en la batalla de Mons Baldonicus. De esta batalla se hacían eco las crónicas tres siglos antes, aunque no mencionaban a ningún rey Arturo. Los *Anales Cambriae*, obra de fines del X, ofrecen dos fechas artúricas: la de su victoria sobre los invasores, en el año 516, y la de su muerte en el combate de Camlann, en 537.

Éstos son los más antiguos documentos referidos al personaje, pero también sabemos que Arturo era, ya en el siglo X, una figura familiar del folklore galés. Ignoramos hasta dónde se remontaban las raíces de estas leyendas célticas galesas. No existen datos fiables que garanticen la existencia histórica del mítico rey. Todo lo que tenemos son conjeturas más o menos razonables.

En el siglo XII, dos culturas coexistían en Gran Bretaña: la inglesa, autóctona, y la francesa, importada por los conquistadores normandos que se habían apoderado de la isla en 1066. Los normandos gustaban de recitar las historias y hazañas de Carlomagno y sus famosos pares, el llamado ciclo francés. Los ingleses reaccionaron patrióticamente potenciando la figura de Arturo y sus caballeros para llenar el vacío de su propia historia.

La cuestión de si el fabuloso rey había existido o no resultaba irrelevante: los ingleses echaron mano de aquella brumosa figura que emergía del folklore y la elevaron a la categoría de héroe nacional añadiéndole los atributos necesarios para que de ella brotara el frondoso árbol de lo que se dio en llamar ciclo bretón que con el tiempo llegaría a eclipsar al ciclo francés[149].

EL CICLO BRETÓN

El ciclo bretón agrupa poemas compuestos por autores franceses, ingleses y alemanes entre los siglos XII y XVI. Su principal artífice fue Geoffrey de Monmouth, autor de una historia de los reyes de Britania basada en la de Nenius y en la tradición oral inglesa. Esta obra, muy influida por las figuras

de Carlomagno y Alejandro Magno, hace de Arturo un poderoso rey que se cubre de gloria derrotando a un ejército romano en Francia.

Al principio, el rey Arturo acaparaba todo el interés, pero después cedió protagonismo a algunos de sus caballeros, principalmente a Lanzarote, quien, de acuerdo con la moda del momento, encarnó el amor cortés. Un amor, por cierto, adulterino, pues su enamorada era la reina Ginebra, esposa de Arturo.

Pasada la primera fiebre del amor cortés, surgieron romances que recreaban temas místicos. Entonces adquirió protagonismo el casto Galahad, hijo de Lanzarote, y brilló con luz propia el más fascinante tema de las leyendas artúricas: el Santo Grial.

Como es natural, en este conjunto de historias interrelacionadas, cuya composición abarca casi cinco siglos y es obra de un dispar grupo de autores, no hay que esperar una narración coherente, sino una intrincada floresta de personajes y episodios. Es posible que la concurrencia de episodios contradictorios preste encanto y valor literario al conjunto, puesto que deja al lector la posibilidad de soñar con la solución que más le plazca. No debemos escandalizarnos si en un poema se nos presenta Gawain como caballero intachable y de atento trato y en otro aparece poco menos que como un bandido sin escrúpulos.

EL QUE SERÍA REY

En un lugar de Cornualles llamado Tintagel, vivía el rey Gorlois, que estaba casado con la bella Ingerna. Un rey vecino, Uther Pendragón se prendó de ella y consiguió que el mago Merlín le confiriese la exacta apariencia de Garlois. Disfrazado de esta guisa pudo poseer carnalmente a la honesta Ingerna, que a los nueve meses dio a luz a Arturo. Al poco, Ingerna enviudó y Uther Pendragón la desposó legitimando al niño[150].

Siendo Arturo un mozalbete, una hazaña suya confirmó que estaba destinado a reinar: consiguió arrancar la mágica espada Excálibur de la roca donde permanecía clavada desde generaciones atrás, hazaña nunca antes conseguida por ningún otro caballero. Otras versiones aseguran que un hada, la Señora del Lago, le entregó esta espada al muchacho que sería rey.

Arturo instaló su corte en Camelot, modernamente identificado con el castillo de Cadbury, en Somerset. Su esposa, la inquieta reina Ginebra, que era dama apetecible, no le guardó la fidelidad debida y mantuvo amoríos con el apuesto caballero Lanzarote[151].

Los caballeros del rey Arturo se reunían en torno a la Tabla Redonda, diseñada por el mago Merlín para que todos pudieran instalarse democráticamente, sin sitiales preferentes. Esta mesa simboliza la personalidad colectiva del grupo, su cohesión y su hermandad militar. Tan famosa institución inspiró gran parte de las órdenes de caballería creadas por los monarcas europeos.

Arturo luchó contra los invasores sajones y los derrotó en Badon hacia 516. En aquella memorable batalla «llevó la cruz de Nuestro Señor Jesucristo sobre sus hombros por espacio de tres días y tres noches, y los bretones salieron victoriosos».

Arturo llegó a ser tan poderoso que conquistó tierras en Noruega y Francia, donde derrotó al ejército romano que pretendía obligarlo a pagar tributo. Se disponía a proseguir sus conquistas cuando recibió noticias de que en Gran Bretaña se le había sublevado Mordred. Regresó para defender su reino y se enfrentó a los rebeldes en la batalla de Camlann, en la que los dos caudillos perecieron. En su agonía, el rey llamó a su lado al fiel caballero Bedivere y le encomendó que devolviese la espada Excálibur al lago. Sir Bedivere titubeó antes de arrojar al abismo tan maravillosa arma, pero finalmente cumplió la orden de su señor. Cuando la espada se abatía sobre las aguas, una mano misteriosa emergió, la empuñó, la levantó tres veces y finalmente desapareció en el lago.

Otras versiones sostienen que Arturo sólo resultó herido en el combate. Trasladado a la mágica isla de Ávalon, morada y señorío del hada Morgana y de sus ocho hermanas, todas versadas en magia y pociones curativas, allí permanece, convaleciente y achacoso, apartado del mundo, pero alguna vez regresará de este retiro para volver a reinar.

Los temas del Grial afectan también a la Tabla Redonda, que a veces se dice diseñada por José de Arimatea para conmemorar la Santa Cena. El sitio de Judas quedaba libre y era el llamado *siége perilous* (el asiento peligroso). Sólo podía ocuparlo sin peligro un caballero intachable, el héroe del Grial, que resultó ser Galahad.

Es posible que la exaltación del tema del Grial en algunas óperas de

Wagner, y la admiración que algunos jerarcas nazis sintieron por el músico y por los aspectos esotéricos de su obra se conjugaran para favorecer, en plena Alemania hitleriana, el resurgir de una nueva mitología del Grial, considerado ahora como el libro sagrado depositario de la tradición racial aria.

LAS PÁGINAS EN BLANCO DE LA HISTORIA INGLESA

¿Qué porción de historia contienen estas leyendas artúricas? Gran Bretaña fue fugazmente conquistada por Julio César en el año 54 a. de C., aunque sólo cabe hablar de verdadera conquista romana entre los años 44 y 96. Tres siglos y medio permanecieron los romanos en la isla ocupando su parte más fértil, que dotaron de buenas calzadas y campamentos fortificados, amén de poblaciones de una cierta entidad.

A mediados del siglo IV, con el debilitamiento del Imperio, los romanos abandonaron la isla dejando que los caudillos locales, celtas y galeses se defendieran de los invasores anglosajones que intentaban colonizarla.

El avance sajón sufrió un estancamiento a mediados del siglo VI que los arturistas atribuyen a la derrota sajona en la batalla de Badon.

Es costumbre situar el reinado de Arturo en el siglo VI de nuestra Era y datar su nacimiento hacia el año 470. La tradición oral sólo se refleja en documentos fiables unos tres siglos más tarde. Al principio, Arturo ni siquiera aparece como rey, sino como *dux bellorum*, es decir, como caudillo militar, una especie de don Pelayo inglés. Dado que Arturo no es nombre celta sino latino, algunos se preguntan si no sería un general romano que luchó valientemente contra los sajones y fue devotamente recordado por la tradición. Otros sugieren que quizá la clave de su éxito militar estribaba en que empleaba ventajosamente la caballería acorazada, una innovación tardorromana, contra los invasores anglosajones que carecían de caballería. Esta superioridad táctica habría permitido a Arturo contener el avance anglosajón por un tiempo. El caso es que la conquista anglosajona progresó lentamente debido a la enconada resistencia de los nativos. Cuando los

invasores alcanzaron Cornualles, en 825, detuvieron su avance. Jamás conquistaron Gales.

SE ENCUENTRA LA TUMBA DE ARTURO

Hacia 1125, un tal William de Malmesbury visitó la abadía benedictina de Glastonbury y escuchó de labios de un monje la historia de Arturo. Tiempo después, un colega suyo, Geoffrey de Monmouth, historiador propenso a la fábula, divulgó las leyendas artúricas. Después de esto, la manipulación política del mito era inevitable. Enrique II, empeñado en prestigiar la monarquía después de una gran crisis de autoridad, concibió la idea de entroncar su dinastía con la del mítico rey. La idea no era muy original: también sus colegas los reyes de Francia se consideraban herederos de Carlomagno. Si el nieto de Enrique II hubiese llegado a reinar lo habría hecho con el nombre de Arturo II, pero parece que la suerte no acompañaba a los vástagos de sangre real bautizados con el augusto y legitimador nombre del legendario rey. Enrique VII Tudor bautizó como Arturo a su primogénito y heredero, precisamente en Winchester, donde se pensaba que había estado la corte legendaria de Camelot. Este Arturo contrajo matrimonio con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, pero falleció antes de subir al trono. De nuevo Inglaterra perdía la oportunidad de tener un rey Arturo II. Como es sabido, la corona fue a parar a Enrique VIII, al que algún poeta cortesano llamó «Arturo redivivo». Este rey, famoso por su reincidencia matrimonial, vivió una juventud atlética, pero pasada la flor de la edad, como era bastante glotón, engordó y se dejó barba para disimular la doble papada. Es posible que el rey barbudo pintado en el centro de la Tabla Redonda de Winchester no sea otro que Enrique VIII.

En 1150 comenzó a identificarse la abadía de Glastonbury con la isla Ávalon de la leyenda. En 1184, un devastador incendio arruinó parte de los edificios monásticos. Durante los trabajos de reconstrucción, unos obreros encontraron, a dos metros de profundidad, una losa de piedra y una cruz de plomo con la inscripción *HIC IACET SEPULTUS INCLITUS REX ARTURIUS IN INSULA AVALONIA* («Aquí yace sepultado el famoso rey Arturo, en la isla de Ávalon»).

Debajo de la losa, un enorme tronco ahuecado contenía un esqueleto cuyo cráneo presentaba señales de heridas. Al lado yacían unos huesos más delicados, presumiblemente de mujer, y restos de cabello rubio. ¿La reina Ginebra? El rey Eduardo I examinó los presuntos restos de Arturo y Ginebra y los hizo sepultar frente al altar mayor, aunque las calaveras se dejaron en un relicario para que los peregrinos pudieran contemplarlas. Al poco tiempo, la identificación de Glastonbury con Ávalon era universalmente aceptada y nadie discutía que José de Arimatea, el legendario portador del Grial, se hubiese afincado en aquel convento. Incluso se emprendieron nuevas excavaciones con la esperanza de encontrar su sepultura.

Todo el asunto del hallazgo de las reliquias artúricas en la abadía de Glastonbury despide un tufillo de falsificación, quizá alentada, cuando no tramada, por los monjes (ya se sabe cómo son cuando olfatean ganancia) para vincular al monasterio con la legendaria Ávalon, la isla maravillosa, y atraerse beneficios de la monarquía.

La manipulación política de la leyenda artúrica se hizo evidente en el mismo reinado de Eduardo, que invocando la autoridad de Geoffrey de Monmouth conquistó Gales y reclamó sus derechos sobre Escocia, como sucesor legítimo de Arturo, cuya corona ceñía. La mítica conquista de las Galias por el rey Arturo legitimó que su sucesor Eduardo III intentase conquistar Francia.

Por toda Inglaterra aparecieron falsas reliquias artúricas sobre la pauta marcada por Glastonbury. En el castillo de Dover se guardaba la calavera de Gawain; en el de Winchester, la mismísima Tabla Redonda, que todavía hoy admiran los turistas, un grueso tablero circular de cinco metros y medio de diámetro que data del siglo XIII, aunque las pinturas que lo adornan son muy posteriores. En la orla aparecen los nombres de los caballeros del rey Arturo, señalando el asiento de cada uno[152].

La manipulación política del mito resultó ser un arma de dos filos, como ulteriores acontecimientos demostrarían. En tiempos de los Estuardo, los parlamentarios enfrentados a la corona desprestigiaron los mitos artúricos motejándolos de fantasías monárquicas. No obstante, a pesar del descrédito, la siempre remozada imagen de Arturo continuó inspirando a versificadores y novelistas, particularmente en el siglo XIX, con la confluencia de apasionado romanticismo e imperialismo victoriano que cristaliza en la obra de Tennyson.

LOS LUGARES ARTÚRICOS

Desde el siglo XII se habla del nacimiento de Arturo en Tintagel. En este lugar, que comprende una pequeña península rodeada de acantilados, se levantó poco después de 1141 un castillo al que sólo se accedía a través de un angosto sendero. El estrecho istmo está limitado por un talud que, en tiempos, estuvo defendido por una muralla y un foso. Desde finales del siglo XIX, el sugerente y pintoresco lugar, escenario a propósito para soñadores artúricos, viene concitando un creciente interés que hoy lo convierte en uno de los lugares turísticos más frecuentados de Gran Bretaña[153].

La abadía de Glastonbury se arruinó en el siglo XVI, pero los turistas continúan afluyendo en bulliciosos y coloristas rebaños y se esparcen por las ruinas del monasterio que se enorgullecía de atesorar los restos de Arturo.

Desde 1908, sistemáticas excavaciones en sus ruinas han detectado restos de un santuario celta, que probablemente determinó el establecimiento del templo cristiano. En 1931 se encontró la huella de la tumba de los reyes frente al altar mayor, hoy señalada con un rectángulo de hierba. El agujero de la tumba primitiva, en el cementerio de la abadía, se encontró en 1962. También se ha señalado con una chapa. Otras placas prohíben a los turistas hozar en las melancólicas ruinas del monasterio.

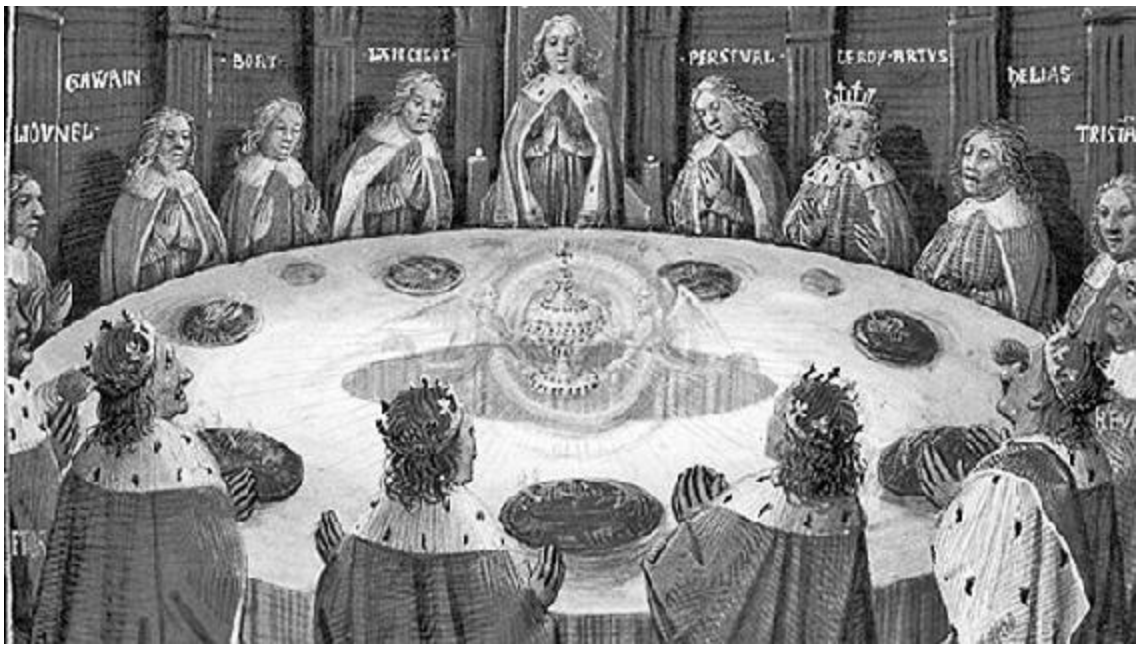
CADBURY: LA CORTE DEL REY ARTURO

Varios lugares de Inglaterra se disputan el honor de haber sido la corte del rey Arturo: Caerleon, Cornualles y Winchester, entre otros, pero el candidato más favorecido por los arturistas es Cadbury Castle, en Somerset.

Cadbury Castle es una colina coronada por los restos de uno de los numerosos fuertes prerromanos existentes en Inglaterra y de cuatro sucesivos perímetros defensivos. Parece que su posible identificación con el Camelot

artúrico data tan sólo de 1542. Una leyenda sostiene que en la noche de San Juan o en la de Navidad se percibe el rumor de Arturo y sus caballeros que descienden de la colina para abrevar sus cabalgaduras en una fuente vecina[154].

La tozuda realidad se muestra mucho menos entusiasta que la arqueología subvencionada por asociaciones artúricas. Un elevado porcentaje de lo que consideramos rey Arturo y su reino es un producto puro y simple de la imaginación acumulativa y convincente de muchas generaciones de literatos, conocidos o anónimos, que se inspiraron en la mitología artúrica. Ciertamente, la fórmula del éxito de lo artúrico sería difícil de explicar sin aludir al ingrediente histórico que sin duda contiene, pero, en cualquier caso, éste parece cuantitativamente insignificante y está tan diluido en lo literario que con dificultad podremos depurarlo. Lo que, si bien se piensa, no deja de ser una suerte en ésta y en otras mitologías. Seguramente favorece tanto al Arturo histórico, suponiendo que existiera, como al inventado por el ciclo bretón.



Los caballeros de la Mesa Redonda en una tabla medieval.

39
LA VIOLACIÓN DE FLORINDA

Anoche, después de no sé cuántos años, regresé a la lectura de la novela, o lo que sea, de Juan Goytisolo *Reivindicación del conde don Julián*. Abrí el volumen al azar y leí el pasaje en el que don Julián, o su alter ego, castiga a España despojándola de las palabras árabes del léxico castellano y con ellas de aquello que designan. La idea del maurófilo autor avecindado en Marrakech, la fascinante capital del Imperio almohade, donde se siente más cómodo y mejor acompañado que en la degenerada Europa, es demostrar que sin los moros no seríamos nada, lo cual sobre exagerado es engañoso, como sobradamente han demostrado algunos más profundos conocedores del asunto[155].

¿Por qué entonces regreso a la lectura del fementido opúsculo? Sin descartar una posible tendencia masoca, lo que me ocurre es que su adormecedor estilo sonajero me acuna y me devuelve a la placenta cálida del mejor castellano. Sí. Eso debe de ser. La brillante explosión de fuegos artificiales de la lengua de Goytisolo me sigue pareciendo un festín estético al margen de lo errado que esté en su planteamiento. Escribe, por ejemplo:

> Vehículo de la traición, hermosa lengua mía: lenguaje pulido y cortante, ejército de alfanjes, idioma cruel y brusco a mí, beduinos de pura sangre: guerreros que afrontáis diariamente la muerte con desdeñosa sonrisa, jinetes de labios ásperos, abultadas yugulares, rostro bárbaramente esculpido contemplad el tentador Estrecho con vuestros perspicaces ojos cetreros: la sucesión de olas blancas que impetuosamente galopan hacia la costa enemiga: crestadas de espuma, como sementales que relinchan con furia al zambullirse: playas ansiosas de Tarifa, roca impaciente de Gibraltar.

Ya me parecía que estaba tardando mucho en aparecer la palabra «semental».

Prosigue el texto:

> Hay que rescatar vuestro léxico: desguarnecer el viejo alcázar lingüístico: adueñarse de aquello que en puridad os pertenece: paralizar la circulación del lenguaje: chupar su savia: retirar las palabras una a una hasta que el exangüe y crepuscular edificio se derrumbe como un castillo de naipes y galopando con ellos en desenfrenada razzia saquearás los campos de algodón, algarrobo, alfalfa vaciarás aljibes y albercas, demolerás almacenes y dársenas, arruinarás alquerías y fondas, pillarás alcobas, alacenas, zaguanes cargarás con sofás, alfombras, jarros, almohadas devastarás las aldeas y sacrificarás los rebaños, despojarás a la ilusionada novia de su ajuar, a la dama aristócrata de sus alhajas, al rico estraperlista de su fulana, al hidalgo provecto de su alcurnia retirarás el ajedrez de los casinos, el alquitrán de las carreteras prohibirás alborozos y juergas, zalemas y albricias, abolirás las expansivas, eufóricas carcajadas el recio comensal de sanchopancesca glotonería que aborda su bien surtida mesa con un babador randado y, tras la oración de rigor, se dispone a catar los manjares que le sirven maestresalas y pajes, lo amenazarás con tu varilla de ballena, impuesto de la autoridad y el prestigio de tus severos diplomas lexicográficos no se ha de comer, señor carpeto, sino que es uso y costumbre en las otras ínsulas donde ya he morado[156].

En fin. Ahí está Goytisolo. Le dieron el premio Cervantes, y él condescendió a recogerlo, pero se presentó sin el chaqué protocolario, ataviado con una chaqueta raída y un pantalón desfondado, como despreciando todo aquello. Habría quedado mejor rechazando el premio, pero, claro, es que eran veinte millones y pico de pelas (125.000 euros) y no hay que llevar los desprecios hasta tales extremos.

Una lección de humildad es la que nos dio. Haciendo de tripas corazón, Goytisolo vino a Madrid a trincar la pasta. Tuvo que someterse, como exigía el protocolo, a la pamema de pergeñar un discurso que despachó en diez minutos sin desaprovechar la oportunidad de denunciar «la realidad inicua que nos rodea» y piropear al partido de Pablo Iglesias («Digamos bien alto que podemos»), en el que tiene puestas todas sus complacencias. No disimuló su asco por la pseudodemocracia española, cuyas corrupciones contempla con un perpetuo mohín de repugnancia desde el limpio espacio de libertad y decencia que le proporciona vivir a la sombra de la monarquía alauita.

Pasado el trance del paraninfo de Alcalá de Henares, lo vi departir con la reina en un sofá del Palacio Real. Letizia desviviéndose por darle conversación y hacerle la estancia agradable, como buena anfitriona; él distante, retraído, como molesto, a ver si acaba pronto este paripé, podría adivinarse que pensaba, y regreso a mi hogar de chilabas, zoco, patio con chorrito de agua y un pollancón que me da compaña y me acerca a la hamaca el té con yerbabuena: la verdadera vida.

Regresemos al conde don Julián. Poco sabemos del personaje. ¿Era godo, era bizantino, era beréber, qué era? Lo único más o menos probado es que era gobernador de Ceuta en el año 711 y que a su traición se le achacó la pérdida de España.

El conde es una figura de contornos históricos mal definidos: es posible que fuera el jefe de los cristianos beréberes de la región de Tánger y que hubiera conseguido cierta independencia de los poderes dominantes en el Estrecho, los visigodos a un lado y los bizantinos al otro. Otros autores creen que era godo y lo hacen gobernador de Ceuta o de Cádiz.

Según la tradición, pero la verdad sólo Dios la sabe, lo que condujo a este noble a traicionar a su señor y a su país fue el despecho. Julián tenía una hija bellísima, Florinda, o la Cava, a la que había enviado a pulirse en la corte de Toledo. Un día el rey don Rodrigo la observó en el baño y quedó tan prendado de ella que la sedujo, según unas versiones, o la violó, según otras.

Una imagen contemporánea del rey Rodrigo en Siria.

Cuando el conde don Julián supo que el rey le había desgraciado a la niña, tramó una cumplida venganza: facilitar a los moros el cruce del Estrecho, lo que fatalmente acarrearía también la pérdida del reino godo.

Otra posible explicación excluye la traición de don Julián y culpa de la pérdida de Hispania a los familiares de Witiza, el último rey godo, que solicitaron la ayuda de Muza para derrotar a Rodrigo y recuperar el trono. Muza derrotó a Rodrigo, en efecto, pero después se quedó con el reino.

El caso es que los moros conquistaron Hispania en poco más de un año y a los cristianos les llevaría cerca de ocho siglos reconquistarla.

Según una tradición cordobesa, el alma en pena del conde don Julián, se aparecía a veces en figura de caballero para confesar sus culpas a algún viandante. Otra leyenda asegura que un alguacil llamado Morales, que se dirigía al pueblo de Pedroche, al norte de Córdoba, se extravió en Sierra Morena y fue a dar en unas chozas en las que habitaba un anciano matrimonio al cuidado de unas colmenas. Caía ya la noche y Morales solicitó permiso para pernoctar en un cobertizo exterior, ya que en la choza no había espacio, ni cama. Entonces el anciano apicultor le dijo:

—No haga eso, señor, y siga su camino hasta que se aleje de aquí por lo menos un par de leguas, porque aquel castillo en ruinas que ve usted al otro lado de esta nava perteneció al conde don Julián y su fantasma vaga por la noche a penar arrastrando cadenas y profiriendo unos aullidos que hielan la sangre.

Morales no era hombre que se asustara fácilmente. Por tanto, decidió que el aviso del anciano era razón de más para quedarse y probar su valor.

Lo que Morales vio y oyó aquella noche nadie lo ha contado. Sólo sabemos que cuando regresó a Córdoba colgó la espada y en adelante fue un hombre temeroso de Dios y muy devoto.

En el mismo pueblo de Pedroche existe un antiguo convento en el que, según la tradición, pasó la vida la hija del conde don Julián, Florinda, o La Cava, cuya hermosura fue causa involuntaria de la pérdida de España. En otro tiempo lo visité asiduamente tan sólo por atisbar las blancas manos de la novicia tornera y oír su vocecilla melodiosa responderme «Sin pecado concebida». (¿Qué sabrás tú de pecado, virgencita mía, tentadora inocente, turbadora de mis sueños?).

Hay en el convento un patio empedrado, con una fuentecilla de chorrito cristalino en cuyas salpicaduras crece la hierba y el verdín. En los arriates,

por primavera, brotan rosas rojas, blancas, rosadas. Una parra vieja, retorcida, da uvas bermejas con sabor a fresa.

En cuanto al rey don Rodrigo, el rijoso que corrompió o violó a la muchacha, desapareció en la batalla de Guadalete y no se volvió a saber de él, pero diversas tradiciones nos lo retratan expiando sus culpas como ermitaño e incluso, más crudamente, enterrado vivo en un sepulcro con dos grandes serpientes:

Ya me comen, ya me comen
Por do más pecado había:
A tres cuartas del pescuezo
Y a una de la barriga.

Todos, alguna vez, hemos sido don Rodrigo y acaso también don Julián.

40
EL PALACIO DE LOS CERROJOS EN TOLEDO

Sigo con don Rodrigo, el desventurado rey godo.

Cuentan las crónicas que había en Toledo una casa o una cueva que permanecía cerrada desde tiempo inmemorial[157]. Era tradicional que cada nuevo rey añadiera un cerrojo y un candado a la puerta, por lo que la casa se conocía como «la de los cerrojos». Nadie se atrevía a abrir aquella puerta y ver lo que encerraba la casa porque, según la leyenda, cuando eso ocurriera fatalmente se perdería la monarquía goda.

Fatalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir: un rey, don Rodrigo, sucumbió a la curiosidad y rompió los candados de la puerta para ver qué contenía la casa. Nada. Una serie de habitaciones vacías y polvorientas. Sólo en la última estancia, la más oscura y angosta, había un viejo y desvencijado arcón. Lo abrió. Vacío excepto por un viejo pergamino extendido en el fondo. Lo examinó. En tintas de varios colores, algo desvaídas por el tiempo, estaban representados unos guerreros a caballo tocados con turbantes y armados de espadas, lanzas y arcos. Y una inscripción en letra antigua: «Hombres como éstos están a punto de conquistar tu reino».

Subterráneos de San Ginés, en Toledo. Supuesta Casa de los Reyes.

Arrepentido de su acción, don Rodrigo cerró el arcón de golpe. Demasiado tarde. Ni siquiera un rey podía atrasar un minuto el reloj del ensalmo. En aquel preciso instante la primera patera embarrancaba en la soleada playa de Tarifa.

La pérdida de España había comenzado.

41
EL REY QUE MURIÓ A PLAZO FIJO

Este sexagenario ha subido, una vez más, y que sea la última, a la peña de Martos, el famoso peñasco calcáreo a mil metros de altitud que cobija el pueblo de Martos y se distingue, como un jalón en el paisaje, desde muchas leguas de distancia.

Todo no es cuesta para el excursionista. El coche puede dejarse a media altura para terminar de ascender a pie, como kilómetro y pico de sendero zigzagueante entre peñas que apenas dejan crecer algún matorral. Vale la pena el esfuerzo porque la panorámica desde la cima es impresionante: mar de olivos, sierras grises y azules y, al pie de la peña, el blanco caserío, los tejados rojos, las manchas verdes de los patios y las ocres de las iglesias y conventos.

Iniciamos, pues, el ascenso con paso tranquilo, intentando encontrar entre la maleza el sendero medieval con algún que otro peldaño tallado en la roca.

Se supone que en algún recoveco de esta montaña se oculta la entrada de la cueva de Hércules (una de las varias que señalan los antiguos). El erudito y protoarqueólogo Jimena Jurado la dibujó hacia 1630, con el altarcico y la inscripción latina que guardaba en su interior, pero éste es el día en que ni yo ni amigos montañeros a los que consulté el asunto hemos podido encontrarla.

Sobre la peña, ocupando casi todo el espacio que permite su irregular meseta, se levantan las imponentes ruinas de un fuerte castillo construido por los frailes calatravos que desde aquí defendían la frontera contra el moro. Aire puro para los fatigados pulmones. Descanso de las fatigas de la ascensión sentado en la hierba a la sombra de la torre del homenaje y le doy

un par de tientos a la botella de plástico que he rellenado en el pilar de santa Lucía.

Después de deambular por las soledades del castillo arruinado me asomo al precipicio desde el que, según la tradición, despeñaron a los hermanos Carvajales, quinientos metros de caída libre, si no más.

El rey de Castilla Fernando IV el Emplazado (1285-1312) debe su extraño sobrenombre a esta leyenda que quizá contenga algo de historia.

Se disponía el joven rey a sitiar el castillo moro de Alcaudete, en tierras de Jaén, cuando al pasar por Martos comparecieron ante su justicia los hermanos Juan Alfonso de Carvajal y Pedro Alfonso de Carvajal, dos caballeros calatravos a los que acusaban de haber asesinado al caballero don Juan de Benavides, un suceso que había conmocionado a la corte.

Los Carvajales juraban que eran inocentes, pero no convencieron al rey, que los condenó a morir despeñados desde la peña dentro de sendas jaulas de hierro.

Los condenados, «viendo que los mataban con tuerto», como dice el cronista, o sea, injustamente, emplazaron al monarca para que a los treinta días justos de cumplirse la sentencia compareciera ante el tribunal divino para dar cuenta de aquella arbitrariedad (o sea, un «juicio de Dios», procedimiento bastante usual en la época). En efecto, Fernando IV el Emplazado no se hizo de rogar y falleció de repente al mes justo de la ejecución de los Carvajales, el 7 de septiembre de 1312, cuando aún no había cumplido los veintisiete años.

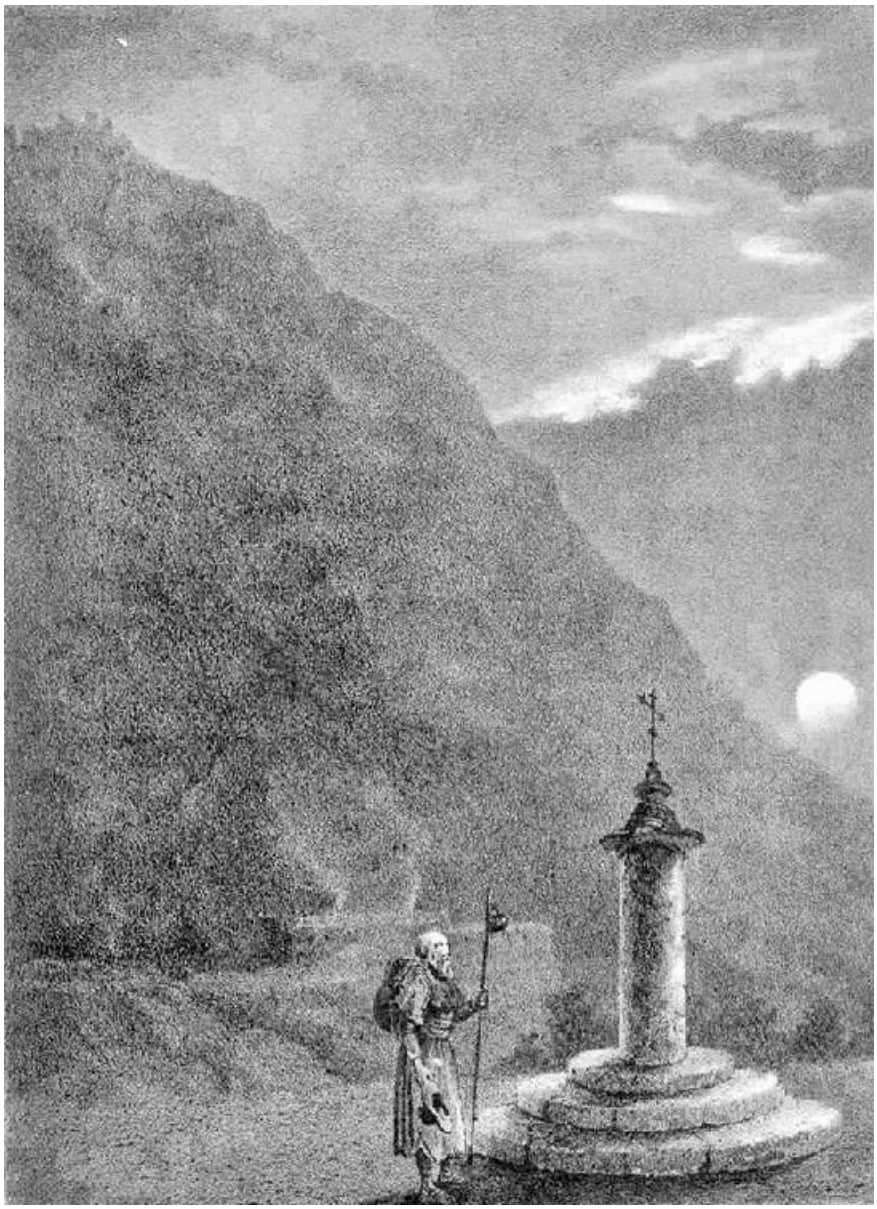
Fernando IV y los hermanos Carvajal.

El padre Mariana apunta en su *Historia* que el rey moriría víctima de sus excesos, «entendiéndose que su poco juicio en comer y beber le acarrearon la muerte». O sea, el buen jesuita atribuye el deceso a la glotonería. Probablemente se basa en una anotación de la antigua crónica, según la cual el rey «non se queriendo guardar comía carne cada día y bebía vino», desatendiendo los consejos de los galenos.

Un médico moderno ha diagnosticado que la muerte pudo deberse «a una pleuresía con absceso de origen cavitario y abundante supuración», notable precisión si pensamos que el óbito se produjo hace seis siglos.

Servidor prefiere la romántica explicación de la leyenda, aunque ello implique la existencia de un ente Todopoderoso que exige que creamos en Él sin dar pruebas fehacientes de su existencia. Eso es la fe.

Por cierto, en el lugar donde las jaulas de los despeñados Carvajales se detuvieron, ya en el llano que circunda la peña, se levantó una columna de piedra rematada en cruz, la llamada Cruz del Lloro, que existe todavía. Gustave Doré la dibujó durante su famoso viaje a España.



La Cruz del Lloro dibujada por Gustavo Doré

La pena de muerte por despeño no era desconocida en tiempos delEmplazado. El Fuero de Sepúlveda reservaba la ejecución por despeñamiento al judío que matara a un alcalde. Quizá el legislador tenía en cuenta el ilustre precedente de Roma, donde el parricidio *(parricidium)* y la traición *(perduellio)* se castigaban por despeño desde la roca Tarpeya, el punto más elevado de la ciudad. Incluso cuando otras formas de ejecución se impusieron en Roma, el despeñamiento se siguió usando con los desertores hasta que, con el progreso de los tiempos, hubo más cultura y se sustituyó por la amputación de las manos[158].

En la guerra de Granada, epílogo y despedida de los moros en la Península, se volvió a despeñar a la gente. Cuenta el cronista que los moriscos sublevados en las Alpujarras «inventaban nuevos géneros de tormentos: al cura de Mairena hinchieron de pólvora y pusiéronle fuego; al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugáronle a las saetadas; a otros (hicieron) lo mismo dejándolos morir de hambre. Cortaron a otros miembros, y entregáronlos a las mujeres, que con agujas los matasen; a quien apedrearon, a quien acañaverearon, desollaron, despeñaron»[159].

Seguramente, aquellas señoras se vengaban en los indefensos prisioneros por la frustración y las desatenciones en las que las mantenían sus barbados maridos.

42
EL GALLO DEL VIENTO

¿A quién desagradan esas leyendas medievales que encierran fatales profecías?

Había en el Albaicín de Granada, al otro lado del río Darro, frente a la Alhambra, un edificio antiguo, visigodo quizá o aún anterior, al que conocían como la casa del Gallo del Viento porque en el tejado, sobre las tres esferas del *yâmûr*, tenía una veleta que representaba a un jinete armado y la inscripción árabe: «Dice el sabio Aben Habuz / Que así se defiende el andaluz».

Aben Habuz fue el capitán de Tarik que ocupó Granada cuando los musulmanes conquistaron la Península.

Los moros consideraban esta veleta un talismán milagroso e interpretaban su leyenda como un aviso de que Granada debía mantenerse armada y fuerte como el caballero representado, pero, al propio tiempo, dúctil y atenta a girar según aconsejaran los vientos dominantes. Y, ciertamente, esa combinación de fuerza y diplomacia fue lo que permitió al Reino musulmán de Granada sobrevivir durante dos siglos y pico en la vecindad de castellanos o magrebíes más fuertes que él.

Un día, reinando Muley Abu Hassan, una tormenta descargó sobre la ciudad tal tromba de agua que el río Darro se desbordó y ocasionó cuantiosos daños en los barrios humildes de la ciudad. Cuando escampó, el rey contempló el destrozo desde el mirador de la sala del trono de la Alhambra y reparó en que el turbión había arrancado la veleta del Gallo del Viento.

—El reino está condenado —murmuró.

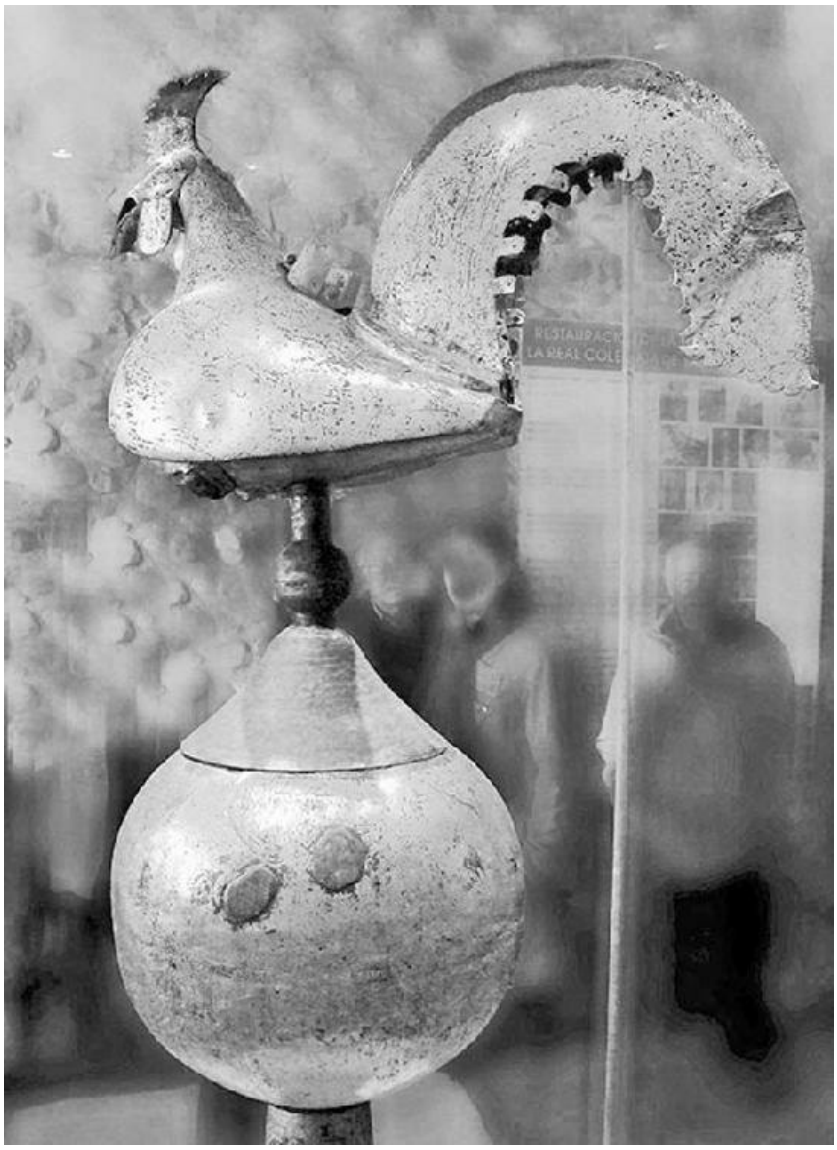
Al poco tiempo, las tropas de los Reyes Católicos invadieron el reino y llegaron a la vega de Granada con unos cañones cuyo estampido concertado imitaba la tempestad que derribó el jinete talismánico.

El final de la historia todos lo sabemos: Boabdil, el último rey moro, tuvo que restituir a los cristianos la ciudad y el reino que habían pertenecido al islam durante ochocientos años.

Las veletas con el perfil airoso de un gallo que presta la gran superficie del plumaje al viento y señala la dirección con el pico son objetos ciertamente misteriosos, de los que con el tiempo hemos perdido el significado.

La veleta profética granadina tenía una hermana en la basílica de San Isidoro de León y otra en la cúpula de la torre de la Catedral Vieja de Salamanca.

La veleta de León, de cobre bañado en oro de buena ley, pudiera proceder del Golfo Pérsico a juzgar por los restos de pólenes alojados en su interior. Los peritos que la han estudiado determinan que por su estilo es persa-sasánida, quizá del siglo VI, o sea, anterior incluso al islam. Es muy posible que sea una de esas veletas con las que el rey Cosroes II sustituía las cruces bizantinas en las iglesias de las ciudades que conquistaba. El gallo era su símbolo personal como animal que señorea el corral y desafía al sol mañanero con su potente kikiriquí como diciendo: «Aquí no hay más macho que yo».



El Gallo del Viento de San Isidoro de León.

Sabido es que un sólo gallo puede cubrir hasta cincuenta gallinas al día con eyaculaciones de hasta cien millones de espermas. Un campeón, vaya. De hecho, se pone como ejemplo del llamado «efecto Coolidge», un fenómeno observado por biólogos y psicólogos del comportamiento animal en virtud del cual el cambio de pareja estimula la libido del sujeto.

¿Por qué denominamos Coolidge esta pauta de comportamiento? En memoria de Calvin Coolidge, que presidió Estados Unidos entre 1923 y 1929. En una ocasión, el presidente y su esposa visitaron una granja avícola y la señora, al notar las inquietudes amatorias del gallo, se interesó por la frecuencia con que copulaba el fogoso animal.

—¡Ah, señora, docenas de veces! —le dijo el avicultor.

—Por favor, dígaselo al presidente —respondió ella medio en broma.

El aludido preguntó a su vez:

—¿Y siempre lo hace con la misma gallina?

—No, señor presidente —respondió el granjero—, lo hace cada vez con una distinta.

—Por favor, dígaselo a mi señora —le sugirió el presidente.

O sea, que uno se cansa de hacerlo con la misma (y la misma con el mismo, ciertamente).

Volviendo al rey Cosroes, el que se identificaba con el gallo rojo, se dice que recibió una carta de Mahoma exhortándolo a convertirse al islam, la nueva religión que acababa de fundar. Se la hizo leer al portador con un gesto de displicencia y se la pasó por salva sea la parte (es metáfora) como diciendo: «Si alguien tiene que convertirse que sea él, que yo ya estoy en la religión verdadera, la mía».

La veleta salmantina que da nombre a la airosa torre del Gallo pudiera datar del siglo XII. Sólo se ve desde el Patio Chico, porque la envergadura de la Catedral Nueva la oculta de casi todas las vistas. Tengo entendido que fascinaba a Franco en su etapa salmantina. El incipiente Caudillo, cuando cruzaba el Patio Chico, invariablemente buscaba con la mirada el gallo. Es posible que le guardara alguna superstición de su alma gallega. El caso es que la que Franco veía era sólo una copia, porque la veleta original, la románica, se reservó cuando restauraron la torre en 1927. Hoy se guarda en la capilla de Santa Catalina de la Catedral Vieja.

43
MACHISMO CALIFAL

Los que entienden del caso opinan que la civilización árabe, la misma que en su edad dorada alcanzó un refinamiento desconocido en Europa, ha venido degenerando a lo largo de los siglos hasta dar en lo que es ahora, una pálida sombra de lo que fue.

Alegres bebedoras en una miniatura medieval.

Si es o no cierto, en eso no me meto. Lo que sí me atrevo a defender es que ciertos rasgos culturales que parecen propios de las sociedades islámicas se

han mantenido inalterados, pongo por caso la consideración de la mujer.

Remontándonos a los moros españoles, a los del sucesivo emirato-califato de Córdoba, y no digamos a los gobiernos almorávides y almohades que sucedieron, cabe decir que el pensamiento masculino dominante era machista.

Graves autores cuya palabra se oía en la asamblea de los sabios y cuyas posaderas tenían asiento reservado en el consejo de los prudentes consideraron de palabra y por escrito que la mujer padece un deficiente desarrollo psíquico motivo por el cual le atribuían malas inclinaciones congénitas.

Si uno repasa esa literatura encontramos que cuando no se prodiga en elogios al cuerpo femenino y a su utilidad en la procura de orgasmos, la mujer se revela como una criatura sospechosa, una deficiente mental inclinada a la lujuria, a la que hay que vigilar y atar en corto.

Ibn Hazn aconseja: «Jamás pienses bien, hijo mío, de ninguna mujer. El espíritu de las mujeres está vacío de toda idea que no sea la de la unión sexual […] de ninguna otra cosa se preocupan, ni para otra cosa han sido creadas».

Otra flor del mismo tratadista: «Nunca he visto, en ninguna parte, a una mujer que al advertir que un hombre la mira o escucha no haga meneos superfluos, que antes le eran ajenos, o diga palabras de más, que antes no le parecían necesarias».

El sagrado Corán abunda en la misma idea cuando ordena a las mujeres «bajar los ojos, conservar su pureza, no mostrar sus cuerpos sino a aquellos que deban verlos. Que tengan cubierto el seno, que no dejen ver sus rostros más que a sus padres, a sus abuelos, a sus maridos, a sus hijos, a los hijos de sus maridos, a sus hermanos, a sus sobrinos, a sus mujeres, a sus esclavas, a los servidores que les son de absoluta necesidad y a los niños que no distinguen todavía lo que debe ser cubierto. Que no crucen las piernas de manera que se vean sus adornos ocultos» (Sura XXIV, 31).

Naturalmente, algunos perspicaces ingenios protestaron contra el envilecimiento institucional de la mujer, pero ¿qué fueron estas denuncias sino breve gota de agua en el abrasado arenal del fanatismo machista?

Leamos a Averroes: «Las mujeres parecen destinadas exclusivamente a dar a luz y amamantar a los hijos y ese estado de servidumbre ha destruido en ellas la facultad de las grandes cosas. He aquí por qué no se ve entre nosotros

mujer alguna dotada de virtudes morales; su vida transcurre como la de las plantas, al cuidado de los maridos».

Esta mujer musulmana socialmente postergada se rebelaba echando mano de las escasas armas que tenía a su alcance, superaba al marido con ingenio y astucia y se convertía en una criatura despótica e intrigante que cifraba su desquite en herir al marido allá donde más le podía doler; es decir, se las arreglaba para eludir su vigilancia carcelaria y cometer adulterio.

Para hacer frente a esta pavorosa eventualidad, la del adulterio, el dueño y señor recurría a veces a un drástico remedio: extirparle el clítoris para privarla de toda posibilidad de experimentar placer sexual. De esta manera, la mujer quedaba reducida a lo que funcionalmente era: un orificio destinado a procurar el placer del varón y una matriz destinada a darle descendencia.

Otras veces la bárbara cirugía se justificaba con fines estéticos, en mujeres afectadas de hipertrofia. Un cirujano cordobés del siglo X escribe: «Algunas tienen un clítoris tan grande que al ponerse erecto semeja un pene viril y hasta logran copular con él» (lo que alude a la homosexualidad femenina tan frecuente en los harenes, aunque el islam la prohíbe).

¿TIENEN ALMA LAS MUJERES?

No es que la tradición cristiana que precede al islam fuera precisamente feminista.

Por la misma época, en el bando contrario, el cristiano, las mujeres también eran objeto de sospecha. Los padres de la Iglesia llegaron a la conclusión de que la mujer no está hecha, como el hombre, a semejanza de Dios y que, por tanto, debe ocupar un puesto subalterno, poco más que una esclava del varón.

Incluso deliberaron —en el concilio de Macón, siglo VI— si la mujer tiene alma. Cuando el asunto se puso a votación, ganó la moción que le concedía alma, pero por muy escasa mayoría. La autoridad bíblica establecía claramente que la mujer está maldita («Parirás con dolor»), que el probo hombre no debe fiarse de ella («Vale más maldad de hombre que bondad de

mujer / la mujer cubre de vergüenza y oprobio», Eclesiastés 42, 14), y que la subordinación femenina es recomendable («Y él dominará sobre ti»).

Los padres de la Iglesia amplían estos conceptos con inspiradas y muy ajustadas metáforas. La mujer es puerta del infierno, manifestadora del árbol prohibido, primera transgresora de la divina ley (Tertuliano); es naufragio en la tierra, fuente de maldad, cetro del infierno (Anastasio Niseno); es un ser débil e inconstante, psíquicamente inferior, un hombre malogrado (santo Tomás de Aquino); el instrumento más eficaz que el demonio ha tenido y tiene para engañar a los hombres (Gerónimo Planes).

Al final de la Edad Media, los dominicos alemanes Sprenger y Kramer, autores del célebre tratado *Malleus maleficarum*, pusieron la guinda en el pastel de la misoginia eclesiástica al preguntarse: «¿Qué otra cosa es la mujer sino enemigo de la amistad, castigo insoslayable, mal necesario, peligro doméstico, mal de la Naturaleza pintado con colores hermosos?». Y más adelante: «La mujer fue formada de una costilla torcida […] y debido a este defecto es animal imperfecto, engaña siempre».

Evidentemente, esta satanización de la mujer sólo puede explicarse si admitimos que la frustración sexual de estos clérigos se proyectaba sobre la mujer erigiéndola en chivo expiatorio[160].

La Revolución francesa (y las que la siguieron) arrebataron a la Iglesia el magisterio social y ello permitió que la mujer occidental recuperara lentamente su dignidad y su igualdad con el hombre. El islam no ha conocido su revolución y a ello se debe principalmente que la mujer siga tan sometida como siempre.

44
BERENJENAS Y COMPARACIONES ODIOSAS

Ambrosio de St. Bertevin fue un clérigo francés muy andariego (era leptosomático y padecía el síndrome de piernas inquietas) que acompañó a los cruzados a Tierra Santa. Dejó escrita una relación de chismes que, si no añaden guiso a la gran historia, por lo menos lo salpimentan. Leo en sus crónicas que Unfredo IV, el rey de Ultramar, «tenía una natura tal que, al quitarse el calzón en la sala de tablas, era como si se le descolgara un raposo muerto y sus gónadas no eran menores que berenjenas de simiente».

Los que dudan si Ambrosio anduvo o no en Tierra Santa se rinden ante la mención de las berenjenas, dado que estas solanáceas eran todavía desconocidas en Europa cuando el de St. Bertevin escribió su crónica. Hoy los lectores entienden bien la comparanza, pero quizá no entiendan la mención de la sala de tablas.

La sala de tablas es el baño de los castillos medievales, un cuarto pegado a la cocina, paredaño con la chimenea y caldeado por su irradiación, en el que se aseaban por turnos, sin cambiar el agua, primero las damas y luego los caballeros, a veces hasta tres en el mismo barreño.

Es cosa probada que en estos precursores del *spa* los hombres conversaban sobre las excelencias de la estrategia sarracena o bizantina, y las damas de intimidades conyugales. Aquí cobró fama la natura de Unfredo IV hasta el punto de que más de media docena de casadas parieron pelirrojos durante el sitio de San Juan de Acre, un lance militar que duró tanto que las golondrinas anidaron en las copas de las tiendas y sacaron sus crías a volar.

Nefertiti, la reina que comía berenjenas.

El mismo caso (me refiero a lo de las golondrinas) lo recogen crónicas castellanas del Miramamolín, cuando sitió la fortaleza manchega de

Salvatierra, en medio de grandes calores.

Volviendo a la sala de tablas de don Unfredo, cuando tocaba el turno de bañera a los donceles enamorados, algunos llenaban la copa con los lavajes de la amada y la bebían por galantería, un homenaje más meritorio que el de los libertinos de París, *belle époque,* bebiendo champán en el zapato de la *demimondaine* cortejada.

En cuanto a las berenjenas, el lector cocinilla apreciará saber que la receta de cocina más antigua que se conserva es un guiso de berenjenas. Nefertiti, la bella egipcia, le escribe a su faraón ausente: «Me alimento de berenjenas para mantenerme ardiente esperando tu regreso, amado mío. Tu ausencia se me hace cada día más cruel».

Ya se ve que los egipcios consideraban las berenjenas alimento afrodisiaco. Nefertiti explica que las pone en agua para que pierdan el amargor y luego se las hace freír y aderezar con ralladuras de jengibre y ajo picado.

Volviendo a don Unfredo IV, a su mujer, Isabela, la instó el Papa para que se anulara de él alegando *matrimonium ratum non consummatum* y se casara con Conrado de Sicilia, que ese enlace era muy cumplidero para los intereses de la Santa Sede. Ya tenían prevenido a Ubaldo, arzobispo de Pisa, con el acta de anulación (entonces, como ahora, la Iglesia era muy divorciera, previo pago), pero Isabela se resistió, terca como un mulo, y declaró ante el legado pontificio y tres notarios que el matrimonio con Unfredo estaba consumadísimo y avisó que si le calentaban más los cascos defenestraría al primer cura que hubiera a mano (ella tenía la sala de costura en el quinto piso de la torre David, a treinta metros del suelo, menudo talegazo).

Total: el Papa hubo de esperar a que enviudara para casarla con Conrado, que le duró un año escaso. Luego la dama transitó por otros tres maridos, que se le fueron muriendo a los pocos meses del casorio.

Asevera el cronista Ambrosio que la dama se asomaba a los muros de Jerusalén y suspiraba recordando a Unfredo, al que se representaba en sueños armado de todas sus armas, el gentil caballero «con su maza que era como el badajo de la campana maestra de Notre-Dame». Eso dice el cronista, aunque esté feo señalar.

Hace unos días visité París y subí a la torre de Notre-Dame, pero no pude examinar el badajo porque andaban de obras y habían tapado la campana.

Luego, a la hora de almorzar, entré en el bistró La Fontaine y pedí un *ratatouille niçoise* con *aubergines* de Provenza. ¡Vaya cosa rica!

Hablando de verduras, debo mencionar la coliflor, especialmente cuando se prepara al ajillo, plato sabroso y simple que ayuda mucho a los que desde que alcanzamos uso de razón estamos a dieta y guardamos en nuestro fondo de armario prendas de tres tallas distintas para acomodarnos a las sístoles y diástoles de nuestra mismidad personal.

En Granada, en mis tiempos de estudiante, la coliflor rebozada te la ponían de tapa acompañando a la bebida en la tasca Los Lebrillos. Los estudiantes teníamos el corazón escindido entre acudir a ella y salir cenados u optar por el bar Calipso, en la plaza del Gran Capitán, donde atendían la barra dos francesas minifalderas que al inclinarse a cambiar el barril de cerveza te mostraban las túrgidas cachas hasta una altura prometedora y cuando pagabas te daban la vuelta en la mano, lo que te aseguraba un leve y fugaz contacto epidérmico.

Hoy os parecerá ridículo, y probablemente lo sea, pero así de reprimidos estábamos. A cambio de tan magra remuneración carnal salíamos calientes pero en ayunas, porque la tapa raramente excedía los dos o tres cacahuetes rancios (a mí una vez me pusieron cuatro y pensé que ya tenía a las francesas en el bote).

En fin, tonterías de juventud ¡Anda que si llega a ser ahora me hubiera yo perdido por nada del mundo la dorada coliflor rebozada!

45
LOS ALBIGENSES Y LA HISTORIA

La novela histórica sigue estando de moda en España. El pasado más o menos remoto se ha convertido en un bien de consumo, en un negocio que da dinero a los editores y a los cineastas e incluso a los autores.

Existe, sin embargo, un gremio quejoso que despotrica de la novela histórica y no digamos del ensayo de divulgación histórica: el de los historiadores profesionales.

Los historiadores profesionales, es decir, los profesores universitarios que viven de la historia, protestan contra los novelistas y los divulgadores ajenos a la docta institución académica y los acusan de intrusismo, de falta de rigor, de quebrantadores de la verdad (iba a escribir de embusteros, pero he preferido un circunloquio para acercarme al remilgado estilo que suelen usar).

¿Por qué andan tan molestos los historiadores profesionales? ¿Es que les han ocupado alguna finca de la que tuvieran las escrituras de propiedad?

El maestro de arqueólogos y prehistoriadores Luis Pericot, en el prólogo al famoso libro de divulgación *Dioses, tumbas y sabios* de Ceram, lo explicó con esa sinceridad y claridad de estilo que usaban los académicos de su generación: «El investigador especialista suele mirar con recelo toda intrusión, en su campo de trabajo, del aficionado, del literato o del reportero. No debe culpársele de este sentimiento receloso. Es natural que sea un poco egoísta y un mucho vanidoso, pues sin este contrapeso de la vanidad y el egoísmo no se explicarían los esfuerzos, la paciencia, la renunciación a una vida normal muchas veces, a que se ve obligado el que cultiva con pasión una ciencia».

No es sólo cuestión de vanidad herida; también —¿por qué no confesarlo? — hay un punto de españolísima envidia. El historiador cultiva trabajosamente un árbol del que un intruso que no se ha quemado las cejas descifrando polvorientos folios escritos en enrevesada letra procesal entra a saco en su libro o en sus artículos (aparecidos en revistas o colecciones de breve tirada, sólo para colegas y especialistas), y con sus manos limpias se lleva los frutos de tanto trabajo.

¿Quiere esto decir que estamos asistiendo a una batalla entre historia académica y novela histórica? En absoluto. Para que se dé una batalla hacen falta dos bandos enfrentados. El novelista o divulgador no se enfrenta al historiador. Se limita a utilizarlo y después lo ignora. «Nos entran por la puerta de atrás en la fortaleza de los hechos y nos roban el baúl del tesoro», se queja Simon Jenkins aludiendo a la famosa novela *El código da Vinci,* que hizo rico a su autor.

Este conflicto nos lleva a preguntarnos: ¿acaso tiene dueño el árbol de la historia? ¿Es la historia una parcela acotada en la que sólo deben entrar académicos, titulados universitarios?

No, la historia, como el aire, nos pertenece a cuantos la hacemos o padecemos.

Hace años participé en un coloquio que contrastaba opiniones de académicos y divulgadores. Un campanudo historiador que alardea de ser discípulo del prestigioso Duby (aunque Duby, ya difunto, nunca se confesó, que yo sepa, maestro de él) se mostró radicalmente contrario a los ensayos divulgativos: «El que se interese por la historia —argumentaba— que lea lo que producimos los historiadores profesionales» («y laureados», le faltó añadir).

Hubiese sido bueno relativizar el asunto con una medida de humildad, pero eso no entraba en sus premisas. Ya advertía Don Quijote a Sancho que «hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas o averiguadas, no importan un ardite al entretenimiento ni a la memoria»[161].

Contrastando opiniones, argumenté que el carnicero, el bancario, la enfermera, el tractorista, el bombero, el gerente de un hotel, el ingeniero a los que les gusta la historia no entenderían esa historia académica sembrada de términos como epipaleolítico o alcabalas que usan los especialistas. Sugerí la conveniencia de apearse de la pedantería de llamar «estructura defensiva» a la «muralla» para hacerse entender por las personas corrientes, o sea, por los

contribuyentes que pagan unos crecidos impuestos para mantener las cátedras de las universidades. Por no hacer sangre dejé de citar a Serafín Fanjul, un prestigioso historiador y arabista que sabe escribir en llano excelentes libros de divulgación, y se refiere a esos rencorosos colegas suyos como «gremio esquivo y apartadizo, ajeno a los intereses de la comunidad humana que les paga el sueldo»[162].

Como casi siempre ocurre con los encuentros en los que se contrastan opiniones, la discusión subió de tono y al final el historiador campanudo se encastilló en su postura y desdeñó mi invitación a que iluminara, con todo su prestigio, esa parcela divulgativa que la universidad española descuida dejándola al arbitrio de personas no especializadas. Sugerí, en el calor de la discusión, que si los especialistas explicaran la historia con lenguaje asequible, riguroso pero sin academicismos, verían como los frutos del árbol alcanzarían también a sus cuentas corrientes, puesto que el agravio comparativo que subyace al problema es, no nos engañemos, el maldito parné. Incluso cité el caso de solventes historiadores como José Luis Corral, o Calvo Poyato, que al propio tiempo son novelistas de gran éxito.

En fin, todo esto venía a colación porque ahora descubro que el historiador en cuestión se ha esmerado en llegar al gran público en un libro reciente (no quiero incurrir en la vanidad de pensar que mis razonamientos de marras hicieran germinar en él la semilla de la duda). He acudido al citado libro y he leído las páginas que dedica a los albigenses o cátaros, esos herejes que provocaron una cruzada en el sur de Francia en el siglo XIII.

Éste de los cátaros fue uno de los temas que concitó mi curiosidad en otro tiempo, cuando era joven y no vacilaba en meterme en jardines espiritualistas.

Lo de los albigenses me interesó hasta el punto de que un verano recorrí a pie la ruta de la cruzada que Roma organizó contra ellos y visité lugares tan apartados como las *spoulgas* o grutas (Bouan, Fontanet, l´Hermit, Belén…) que el visionario Otto Rahn exploró en los años treinta buscando no se sabe qué.

Quiero con esto indicar que he puesto sobrado interés en la lección de historia del académico que, de pronto, se rebaja a escribir «historia narrativa» introduciendo microhistoria dentro de la doctoral historia global con la intención de alcanzar a un público más amplio aunque menos selecto.

Con tristeza debo admitir que no me he enterado de nada. El historiador en

cuestión se ha esmerado en demostrar que, además de historiar, sabe escribir, o sea, ha perpetrado su libro para el gran público con voluntad de estilo. El resultado es deplorable, me temo. A su consustancial pedante ha unido una cursilería que hasta ahora permanecía inédita entre sus registros, amén de cierto abuso del diccionario de sinónimos que tenemos al alcance de una tecla en Internet y que tantos desastres causa entre los autores noveles. En fin, a la vejez viruelas: mucho estilo sonajero, ése del que tanto abomina Juan Marsé, mucho dato innecesario y, al final, puro fuego de artificio. En su deseo de vulgarizar (así lo llamaría él) ha incurrido en el defecto opuesto, en el palabreo sin sustancia.

Moraleja: que uno sea un excelente historiador, que sin duda lo es, no significa que esté dotado para divulgar la historia con sencillez.

En fin, seguramente insistirá en su nueva faceta divulgadora. Esperemos que con un poco de práctica consiga algún resultado potable, lo que sin duda redundará en bien de los buenos aficionados que nos desvivimos por alcanzar aunque sea un destello de su cegadora sabiduría.

Volviendo al tema del principio, he tenido que recurrir a otros historiadores, divulgadores éstos, para enterarme medianamente de lo que fueron los cátaros. Es el caso que hacia el año 1150 unos extraños misioneros barbudos aparecieron por los caminos del Languedoc, en el sur de Francia. Solían viajar en parejas y vestían un humilde sayo negro o azul marino, ceñido con una cuerda. Eran castos y frugales, en contraste con los curas y monjes católicos, que tenían fama de glotones y rijosos. La gente se acercaba a ellos en busca de consejo. Pronto se les conoció como *bons homes*, «buenos hombres».

Aquellos misioneros (es lo que eran en realidad) predicaban en cualquier lugar a todo el que quisiera escucharlos, lo mismo a los humildes en plazas y mercados, en aldeas y ciudades, que a nobles y pudientes en castillos o mansiones. Muchos magnates los invitaban a instruir a sus familias y criados.

Los «buenos hombres» difundían un mensaje de amor, de tolerancia y de libertad.

—Os han enseñado que un Dios infinitamente bueno creó el mundo y cuanto contiene. Ahora bien, ¿de dónde procede el mal y la corrupción y el pecado? Estas lacras no pueden proceder de Dios. Entonces, ¿de dónde?

La gente se miraba, sin conocer la respuesta:

—Eso, eso, ¿de dónde?

—¡Ah, queridísimos hermanos: el mundo no es la creación de Dios: el mundo material, corrupto y perecedero, y el pecado también, no pueden proceder de un Dios eterno e incorruptible, sino, más bien, de un Dios perverso. ¿Qué es nuestra vida sino una perpetua lucha entre el bien al que tienden nuestras almas y el mal al que nos arrastran nuestros cuerpos?

—¿Y Jesucristo? —replicaba algún curioso—. Él se encarnó en el vientre de su madre, la Virgen.

—No, amadísimo hermano, no se encarnó. Meras apariencias. Siendo los cuerpos creación satánica, el Hijo de Dios nunca pudo encarnarse. Aquel Cristo que vieron los apóstoles, y que crucificaron los romanos, era una engañosa apariencia angelical. En realidad, Cristo nunca fue crucificado ni sepultado. En consecuencia, no habrá resurrección de la carne al final de los tiempos, aunque sí Juicio Final cuando cada uno de nosotros muere y su alma comparece ante el buen Dios.

Los «hombres buenos» convencieron fácilmente a muy amplias audiencias. No es que tuviera mayor mérito. En realidad, cualquier predicador en desacuerdo con las doctrinas oficiales de la Iglesia romana encontraba un terreno abonado en el sur de Francia, donde el sentimiento anticlerical había penetrado profundamente todas las capas sociales. Se entiende esta antipatía por la Iglesia: la mayoría de los sacerdotes llevaba una vida poco edificante, descuidaban sus obligaciones pastorales y abrumaban al pueblo con sus continuas exigencias de diezmos e impuestos eclesiásticos.

La gente seguía a los *bons homes* y se apartaba de los curas y de la Iglesia. Y, lo que es peor, dejaban de pagar sus diezmos al clero regular.

Los seguidores de la religión dualista que predicaban los *bons homes* recibieron diversas denominaciones: albigenses, por la ciudad de Albi; tejedores, porque muchos de ellos ejercían este oficio (quizá, por imitar a san Pablo, que fue fabricante de tiendas de campaña) y cátaros[163]. Ellos se hacían llamar cristianos y denominaban a su Iglesia «la de los amigos de Dios».

Casi todo lo que sabemos de las doctrinas cátaras procede de fuentes sospechosas, la Inquisición y la jerarquía católica. Aun así resulta posible reconstruir su corpus doctrinal a través de varios documentos[164].

Los cátaros no tenían una iglesia oficial que impusiera a sus seguidores una doctrina uniforme. No obstante, aceptaban unánimemente que el mundo está sometido al drama cósmico de la lucha entre el Bien y el Mal. Al

principio de los tiempos coexistían dos divinidades: un dios bueno, creador del universo y del amor, y un dios malo, Satán, responsable del mal. Satán penetró en el cielo y sedujo a los ángeles dotándolos de apariencia material. De estos ángeles, unos fueron capturados y otros seducidos. Los que fueron seducidos se transformaron en demonios; los capturados, en hombres. Cuando se engendra una nueva criatura, Satán introduce en ella una de estas almas prisioneras.

Las dos creaciones contradictorias, el bien y el mal, coexisten en el hombre que se libra de la parte mala a través de sus sucesivas reencarnaciones. En su última reencarnación, el creyente alcanza el estado de perfección necesario para integrarse en el dios bueno, liberándose para siempre de las trabas de la materia y del mal.

Algunos «hombres buenos» incluso sostenían que la mujer se hacía hombre para la última reencarnación, pero otros estaban convencidos de que es indiferente que el perfecto sea hombre o mujer, puesto que el alma no tiene sexo. En cualquier caso, el final es feliz. Todas las almas se salvan y el dios del Bien derrota al dios del Mal.

La doctrina cátara resultaba mucho más atractiva que la católica. La Iglesia romana amenazaba continuamente con las penas del infierno por las más insignificantes faltas; la cátara, por el contrario, se mostraba optimista y sorprendentemente tolerante con las debilidades humanas. Puesto que estamos hechos de deleznable materia, argumentaban, no podemos evitar ser presa de las tentaciones que el Maligno inspira en su obra. Para los cátaros, el infierno está en la tierra, donde el Diablo tienta y esclaviza a los hombres.

Algunos cátaros pensaban que Dios no condena a los pecadores puesto que, en último término, la justicia no es más que una venganza y Dios, infinitamente bueno, no puede albergar un sentimiento tan negativo. Por otra parte, Dios, en su trascendencia, no puede incurrir en la mezquindad de tasar los pecados de sus criaturas. Él sabe que el hombre no peca voluntariamente, sino inducido por Satán, el dueño de la materia.

Entre los cátaros existían los simples creyentes y los perfectos, equiparables al pueblo y a los sacerdotes de la jerarquía cristiana. Un creyente se convertía en perfecto mediante una ceremonia de consagración llamada *consolamentum,* el único sacramento de la Iglesia cátara.

El simple creyente debía esforzarse en llevar una vida reglada y favorecer al prójimo. No estaba obligado a más. Pero si quería convertirse en perfecto

debía alcanzar el estado de gracia cercano a la perfección, lo que implicaba observar una moral mucho más estricta, abstenerse de los placeres de la carne y vivir ascéticamente. Incluso debía rechazar los productos de la carne en su dieta: carne, leche o huevos.

No es que los pecados fueran distintos para creyentes y perfectos, es que el pecado, gravísimo en el perfecto, se toleraba en el simple creyente, todavía esclavo de sus pasiones. A este propósito, los *bons homes* citaban las palabras de Jesucristo: «Antes de mi venida os eran perdonados vuestros pecados; después, nada os será perdonado».

El catarismo no era una doctrina original. En realidad, era una versión medieval del antiguo maniqueísmo persa, derivado, a su vez, del zoroastrismo. Manes, en el siglo III, había predicado la metempsicosis, es decir, la transmigración de las almas de cuerpo en cuerpo, ligándose cada vez menos a la materia, hasta alcanzar la perfección.

El maniqueísmo se extendió por todo el orbe mediterráneo y fue perseguido igualmente por la Roma imperial, por la papal y por árabes y mongoles. En contacto con las sectas gnósticas judías y cristianas, su contenido inicial se enriqueció con aportaciones esotéricas y derivó hacia una religión iniciática. En el siglo XI se extendió entre los búlgaros y dálmatas bajo el nombre de «bogomilismo». Los cátaros, que aparecen en el sur de Francia y en Italia a partir del siglo XII, mantenían contactos misionales con los bogomilos[165].

En 1167, el obispo bogomilo Nicetas, Papa cátaro de Constantinopla, convocó un concilio en San Félix de Caramán, cerca de Tolosa. El objeto del cónclave era organizar la Iglesia cátara occidental dotándola de cuerpo doctrinal uniforme y jerarquía similar a la católica. Se decidió que la nueva Iglesia se dividiría en once obispados: cinco en Francia y seis en Italia. Durante las jornadas del concilio, Nicetas confirió el *consolamentum* a una serie de creyentes, entre ellos Sicard Cellerier, recién consagrado obispo de Albi.

EL *CONSOLAMENTUM*

Hemos mencionado que el *consolamentum,* mezcla de bautismo espiritual y unción sacerdotal, se reservaba al creyente que había alcanzado el estado de gracia necesario para convertirse en perfecto. También se ofrecía el *consolamentum* a los moribundos para asegurarles el perdón de los pecados, aunque no necesariamente la salvación. Pero si el moribundo lograba sobrevivir y sanaba, la ceremonia perdía todo su valor y el perfecto en cuestión volvía a considerarse un creyente como los demás. En éste y en otros detalles se manifiesta el admirable pragmatismo de los cátaros. En tiempos de guerra se instituyó la *convenenza* o pacto entre el creyente y la Iglesia en virtud del cual podría recibir el *consolamentum* en el lecho de muerte aunque no estuviese en condiciones de recitar el Padrenuestro a causa de las heridas recibidas.

El *consolamentum* implicaba la transmisión del Padrenuestro, oración que el nuevo perfecto debía conocer con anterioridad. El aspirante comparecía en la iglesia vestido de negro y en estado de abstinencia para recibir la bendición del perfecto más anciano de la asamblea. Luego, el diácono u obispo pronunciaba un sermón en el que glosaba el Padrenuestro: «Os entregamos esta oración —le decía— para que la recibáis de Dios y de Nos y de la Iglesia y podáis decirla en todos los momentos de vuestra vida». A lo que el ordenado contestaba: «La recibo de Dios y de Vos y de la Iglesia».

Nuevamente recibía la bendición y se le imponían las manos para transmitirle el Espíritu Santo. El ordenado recitaba el padrenuestro, se confesaba y recibía solemnemente el evangelio de Juan mientras la comunidad oraba por él.

Los perfectos se confesaban mensualmente ante su obispo o diácono y actuaban aproximadamente como los sacerdotes católicos, aunque sin barraganas ni atracones.

El otro gran rito cátaro era el *melioramentum*, la bendición que el creyente solicitaba del perfecto como portador del Espíritu Santo. El creyente se arrodillaba ante el perfecto y se inclinaba tres veces diciendo: «Bendecidnos, Señor, y rogad por nos». «Dios te bendiga», pronunciaba el perfecto. A lo que el postrado respondía: «Que alcance un buen fin». El otro replicaba: «Recemos para que te haga un buen cristiano y te conduzca a buen fin».

El Padrenuestro era, como hemos visto, una oración esencial dotada de gran contenido iniciático y, por tanto, estaba reservada a los perfectos. Los

simples fieles tendrían otras jaculatorias más sencillas. En una ocasión, uno de ellos inquirió:

—¿Qué oración puedo decir si no me está permitido el Padrenuestro?

El perfecto le respondió:

—Di ésta: «Que el Señor que condujo a los reyes Melchor, Gaspar y Baltasar cuando vinieron a adorarlo en Oriente te guíe como los guio a ellos».

CRUZADA CONTRA CRISTIANOS

Preocupado por la extensión de la herejía cátara y por el brusco descenso de las recaudaciones en las regiones afectadas, el Papa decidió reconducir a las ovejas díscolas al redil de la Iglesia. Primero envió predicadores a las regiones donde la herejía parecía más activa y permitió que teólogos católicos y cátaros se enzarzaran en disputas doctrinales. Los católicos aducían la teoría agustiniana del Mal como *amissio boni* o privación del Bien, es decir, el Mal no tiene existencia en sí mismo, es la ausencia de Bien. Denunciaban también ciertos puntos débiles en la doctrina cátara. Si el mundo es intrínsecamente malo, es evidente que debemos cambiarlo, pero ¿cómo podemos cambiarlo si Satán es todopoderoso? Por otra parte, si el infierno está en la tierra, ¿cómo explicar la bondad que también habita en ella?

Participaron en la controversia primero san Bernardo, en 1145, y después santo Domingo de Guzmán. Un célebre cuadro de Fra Angélico retrata a santo Domingo en Fanjeaux, donde sometió a juicio de Dios a las doctrinas en pugna por el procedimiento de lanzar al fuego dos libros, uno católico y otro cátaro. El católico se elevó milagrosamente en el aire a salvo de las llamas, mientras que el cátaro ardía y se convertía en cenizas. Como propaganda religiosa resulta eficiente (y una presumible corroboración del delicado refrán castellano que reza: «El que a sí mismo se capa, buenos cojones se deja»), pero la verdad histórica es que las predicaciones de santo Domingo fracasaron estrepitosamente. «Donde no vale la predicación —dicen que murmuró el santo antes de darse por vencido— prevalecerá la estaca».

Proféticas palabras.

La estaca se había usado anteriormente, pero no logró quebrantar el espíritu de la Iglesia cátara. Ya se habían quemado cátaros en Orleans, en 1002, y en Tours, en 1017.

En 1198 ascendió al trono de san Pedro Inocencio III, un Papa enérgico y emprendedor. El creciente número de apostasías de católicos en el Languedoc era preocupante.

En un principio, el Papa recurrió a la diplomacia: envió a dos legados con plenos poderes para que comprometiesen a las autoridades en la represión de la herejía. A uno de los embajadores, el monje Pierre de Castelnau, lo asesinaron cuando intentaba cruzar el Ródano después de entrevistarse infructuosamente con Raimundo VI, conde de Tolosa. Como es natural cargaron el muerto sobre el conde de Tolosa. ¿Qué mejor pretexto podía esperar el Papa para emprender una acción militar contra los cátaros?

Inocencio III convocó una cruzada contra los herejes. Las últimas líneas de la convocatoria no dejaban lugar a dudas sobre el carácter y alcances de la calamidad que se avecinaba:

> Que los obispos declaren eximidos de obligaciones feudales a los vasallos del conde de Tolosa. Que todo católico quede facultado de perseguir su persona y de arrebatarle y apropiarse de sus tierras y posesiones. De este modo se purgará la herejía del territorio que hasta hoy ha sido dañado y mancillado por la maldad del conde… ¡Adelante soldados de Cristo! ¡Esforzaos en pacificar esas poblaciones en nombre del Dios de paz y amor! ¡Aplicaos a destruir la herejía por todos los medios que Dios os inspire!

En junio de 1209 se concentraron en Lyon unos veinte mil jinetes y doble número de peones procedentes del norte de Francia, un ejército cruzado contra el que los barones y señores del Languedoc sólo podían oponer unos pocos cientos de caballeros.

Espantado por lo que se le venía encima, Raimundo VI solicitó el perdón pontificio y juró acatar en lo sucesivo las órdenes del Papa. Albergaba la esperanza de que los cruzados se dirigieran contra su sobrino, el vizconde de Carcasona, Raimon Roger Trencavel.

Al margen de las motivaciones religiosas, la cruzada contra los cátaros encubrió una empresa de conquista. Los barones del norte de Francia codiciaban las riquezas del sur, y su rey ansiaba extender su zona de influencia hasta los Pirineos y recelaba de las relaciones, cada vez más amistosas, del rey de Aragón con el Languedoc. Fue también una cruzada

social, pues los fundamentos ideológicos del sistema feudal, establecido sobre la presunta superioridad de la aristocracia, se veían amenazados por la creciente pujanza de la burguesía ciudadana.

El ejército cruzado descendió por el río Ródano, en cómodas jornadas, engrosado continuamente con señores y mercenarios que se le unían por la codicia del botín. En cuanto pisaron el Languedoc comenzaron a devastar la tierra. En estas operaciones destacó Simón de Montfort, un barón del norte que se convirtió en caudillo de los cruzados. El 22 de julio acamparon frente a Béziers. Las autoridades de la ciudad se negaron a entregar a sus conciudadanos herejes: «Preferimos perecer ahogados en el mar antes que entregar a nuestros vecinos y renunciar a nuestras libertades». Los cruzados sitiaron la ciudad. Historiadores tardíos cuentan que la víspera del asalto, uno de los barones preguntó al legado pontificio, el arzobispo Arnaldo Amalarico:

—Cuando entremos en la ciudad, ¿cómo distinguimos a los buenos católicos de los herejes?

A lo que el legado del Papa, después de breve reflexión, respondió:

—Matadlos a todos, que Dios reconocerá a los suyos.

Y así lo hicieron. Los conquistadores pasaron a cuchillo a la mayor parte de la población, quizá unas siete u ocho mil personas

El primero de agosto, el grueso del ejército cruzado cercó Carcasona, la bella ciudad amurallada. El joven vizconde intentó parlamentar pero Simón de Montfort lo apresó sin miramientos y lo encerró en un calabozo donde moriría al poco tiempo, según sus captores de muerte natural, aunque sus fieles vasallos sospecharon que envenenado.

Simón de Monfort tardó dos años en conquistar el vizcondado. En Lavaur ahorcó al noble occitano Aimeric de Montreal e hizo arrojar a un pozo a la bella Guiraude de Laurac, señora del lugar. El conde de Tolosa, espantado de la suerte de los que resistían a los cruzados, se sometió a la autoridad papal y ofreció entregar su ciudad.

El rey de Aragón seguía con preocupada atención los progresos militares de los barones franceses en tierras del Languedoc, sus tierras feudatarias que estaba obligado a proteger. Como señor del vizcondado de Carcasona, la conquista de aquel territorio se podía considerar una directa agresión a sus estados. No obstante, procedió cautelosamente. Al principio se contentó con protestar ante el Papa para que respetaran sus derechos, pero después, viendo que no cabía más respuesta que la fuerza, reunió su ejército y pasó los

Pirineos para reforzar a los languedocianos en una batalla campal contra los cruzados.

Los dos ejércitos se enfrentaron en Muret. En un principio pareció que se alzaba con la victoria el rey de Aragón, experto militar que ya tenía en su haber una destacada intervención en la batalla de las Navas de Tolosa, librada el año anterior. Pero cuando la batalla parecía decidida a favor de los aragoneses, la muerte del rey alteró el resultado final y posiblemente el de la historia de Francia.

Según la versión más aceptada, algunos caballeros franceses se habían juramentado para acabar con el rey de Aragón, del que sólo conocían su elevada estatura. Por tanto, se dirigieron contra un corpulento caballero que combatía en la vanguardia de la hueste real y dando con él en tierra lo alancearon.

—¡Pedro ha muerto! —proclamó uno de los franceses—. ¡Hemos matado al rey de Aragón!

El verdadero Pedro de Aragón, que combatía cerca, no pudo reprimirse y replicó:

—¡Os equivocáis, porque el rey de Aragón soy yo!

Entonces, los cruzados lo acometieron con renovados bríos y consiguieron acabar con él. En cuanto se divulgó la muerte del rey, el bando languedociano flaqueó y la lucha se decidió en favor de los cruzados. Allí se esfumaba la última oportunidad de independencia del Languedoc y de supervivencia del catarismo. Quedaría durante muchos años la vaga esperanza de que las cosas volvieran un día a ser como antaño, alimentada por el mesianismo de un pueblo que daba crédito a sus propias invenciones. Se consolaban divulgando una profecía: algún día un rey del linaje de Aragón quebrantaría el poder de la odiada Iglesia e instalaría el pesebre de su caballo sobre el altar mayor del Vaticano.

El Papa proclamó conde de Tolosa a Simón de Montfort, pero la guerra estaba lejos de acabar, y el bando languedociano no se daba por vencido. La conquista prosiguió a un ritmo más lento, entre intermitentes periodos de paz. Simón de Montfort consolidaba su posición como caudillo de los cruzados, pero su carrera se vio bruscamente interrumpida el 25 de junio de 1218, durante el sitio de Tolosa, cuando una piedra lanzada por una catapulta «le machacó los ojos, los sesos, las muelas, la frente y las mandíbulas».

Entre 1216 y 1224, los languedocianos consiguieron recobrar gran parte de

su territorio aprovechando las rencillas internas de los cruzados, pero los barones contraatacaron en 1226 y sometieron, ya definitivamente, el país cátaro, que Francia se apropió por el Tratado de París. A partir de entonces, la represión de los cátaros fue un asunto meramente religioso y se dejó en manos de la Inquisición.

Al aniquilamiento físico de los cátaros siguió la decadencia de sus doctrinas. Faltos del apoyo de sus más sabios rectores y diezmados por la Inquisición, los creyentes fueron corrompiendo las doctrinas originales en un esfuerzo inconsciente por aproximarlas a las tesis de sus perseguidores.

Algunos perfectos, no tan cultos como sus predecesores, simplificaron sus predicaciones hasta reducirlas a un puñado de principios mal entendidos y mezclados con burdas supersticiones. A pesar de ello, ya se sabe lo que es el fanatismo religioso, muchos creyentes seguían muriendo en la hoguera por defender que el mal no puede proceder de Dios y que el hombre no goza de libre albedrío, por lo que no pueden imputársele los pecados que comete.

MONTSEGUR, CASTILLO OCCITANO

Durante muchos años, los cátaros que huían de la Inquisición se refugiaron en fortalezas. Entre ellas se hizo especialmente famosa la de Montsegur, en el departamento de Ariége, un pequeño castillo construido sobre la escarpada montaña de Tabo, a 1.272 metros de altura, en una posición aparentemente inexpugnable, rodeada de precipicios.

El castillo de Montsegur.

Este castillo, reconstruido entre 1205 y 1211 por Raimundo de Blasco, se convirtió en un centro espiritual cátaro y, en tiempos de guerra, en base militar de la que partieron acciones tan sonadas como el asesinato de los inquisidores de Tolosa en Avignonet (mayo de 1242). Ésta fue la gota que colmó el vaso: el senescal de Carcasona, Huges de Arcis, recibió el encargo de acabar con «la cabeza del dragón».

En 1243, un numeroso contingente cruzado acampó al pie de Montsegur. El asedio prometía ser largo y difícil, dado que era prácticamente imposible asaltar la fortaleza situada en una cumbre tan escarpada. Rendirla por hambre tampoco parecía fácil porque los sitiados recibían continuos refuerzos de víveres y hombres. Al cabo de unos meses, los cruzados cambiaron de táctica, estrecharon el cerco hasta impedir que los sitiados recibieran refuerzos, y atacaron directamente el castillo con ayuda de un trebuquete que consiguieron instalar en una pequeña meseta cercana a la cumbre con ayuda de escaladores vascos.

El trebuquete comenzó a bombardear la fortaleza con grandes piedras. La rendición era inevitable porque dentro del exiguo recinto la concentración

humana era muy alta.

Después se supo que Pierre Roger de Mirepoix y un grupo de dignatarios cátaros habían abandonado la fortaleza y atravesado las líneas enemigas para poner a salvo el tesoro cátaro, «una gran cantidad de monedas y piedras preciosas», según los interrogatorios de la Inquisición. Se ha especulado mucho acerca de este tesoro. Para algunos, eran las reservas dinerarias de los cátaros, necesarias para prolongar la resistencia en otros lugares. Para otros, se trataba de un tesoro espiritual, un objeto sagrado que los cátaros valoraban por encima de todas las cosas, el Santo Grial.

Los términos de la rendición fueron razonables. Los sitiados se rendían y a cambio se les perdonaba con leves penitencias. En cuanto a los herejes, también podían beneficiarse del indulto si abjuraban de su error en acto público. Cumplido el plazo, el senescal del rey ocupó la fortaleza. Doscientos quince cátaros de uno y otro sexo que se negaron a abandonar su religión perecieron en una hoguera al pie de la montaña, en el llano que desde entonces se conoce como *camp des cremats*, «campo de los quemados», donde hoy se levanta un sencillo monumento con el epitafio: *Als catars, martirs del pur amor crestian. 16 març de 1244* (A los cátaros, mártires del puro amor cristiano. 16 de marzo de 1244).

La caída de Montsegur no significó la cancelación de la herejía cátara. Aún quedaron comunidades esparcidas por todo el país e incluso castillos y cuevas fortificadas donde se proseguía la lucha armada contra los invasores franceses. Pero los perfectos escaseaban. La persecución inquisitorial había acabado con muchos, incluso en lugares alejados del Languedoc, como Florencia, donde algunos cátaros perecieron en la pira en 1244. Otros emigraron a Lombardía o al otro lado de los Pirineos, a Aragón o Navarra, a Castellbó, Morella y otros lugares. Pero quedaban pocos misioneros dispuestos a recorrer los caminos del Languedoc predicando en poblados y alquerías como antiguamente. Los que habían salvado la piel se ocultaban. El movimiento se extinguió antes de que acabara el siglo.

LA HEREJÍA QUE FASCINÓ A LOS NAZIS

El castillo de Montsegur se ha convertido, desde hace casi un siglo, en símbolo de la resistencia, pasión y muerte de los cátaros. Hoy constituye «una de las hipótesis más queridas del pensamiento esotérico europeo» y se relaciona con las corrientes pseudorreligiosas que surgieron en Europa al albur del romanticismo nacionalista y folklorista a finales del siglo XIX. Estas corrientes continúan existiendo hoy, más o menos evolucionadas.

En el periodo de entreguerras, tras la humillación del Tratado de Versalles, muchos alemanes, entre ellos Hitler, Himmler y otros jerarcas nazis, profesaron cierta mística nacionalista, patriótica y neopagana que exaltaba la raza aria y la mitología germánica. De la mano de estas ideas floreció en la sesuda Alemania un robusto brote de pseudociencia que pretendía probar científicamente la existencia de una raza aria superior a la que pertenecían, como no podía ser de otro modo, los humillados (pero orgullosos, como don Rodrigo en la horca) alemanes. Algunos jerarcas nazis simpatizaron o formaron parte de la Sociedad Thule, la secta esotérica fundada por Rudolf von Sebottendorff que predicaba la superioridad del ario entre otras peregrinas teorías pseudocientíficas, amén de odio a los judíos, a los comunistas y a los cristianos.

La pseudociencia alemana creía en la existencia de la Atlántida (aria, por supuesto) y en las grandes migraciones que condujeron a los arios desde su hogar primigenio en la zona indo-irania hasta el norte de Europa. Sesudos académicos investigaron vestigios arqueológicos, lingüísticos y folklóricos de diversa índole en busca de indicios que probaran sus peregrinas teorías. Uno de los campos de investigación que siguieron fue el del folklore europeo que originó la llamada «materia de Bretaña», el rey Arturo, los caballeros de la Tabla Redonda, Parsifal y el Santo Grial. Estas historias pertenecían al imaginario alemán tras su divulgación en las populares óperas de Richard Wagner *Lohengrin* (1850) y *Parsifal* (1882).

En manos de ocultistas alemanes de diverso pelaje (Land von Liebenfels y Joséphin Péladan) el Grial se transformó en «el misterio de la religión ariocristiana primigenia» y depositario sagrado de la herencia racial aria que se mostraba en la superioridad de esa raza, la de los rubios, altos y con ojos azules, o sea, los alemanes y los nórdicos, sobre el resto de las razas humanas. Hitler y los ideólogos del nazismo, todos ellos entusiastas wagnerianos, se sintieron fascinados por estas ideas y se propusieron construir sobre ellas una religión estatal.

Después de conquistar el poder, en 1933, los nazis financiaron diversas investigaciones tendentes a confirmar, por métodos científicos, estas peregrinas ideas. Sirviéndose de académicos dóciles dispuestos a confirmar lo que el amo desea que confirmen, organizaron expediciones a las Canarias (en busca de la Atlántida), al Tíbet (en busca del hogar primigenio de los arios) y otras incongruencias.

Las admiradas óperas de Wagner denominaban al castillo del Grial Montsalvat[166]. El filólogo alemán Karl Rosenkranz lo había identificado, en 1847, con la montaña-santuario de Montserrat. Posteriormente, algunos autores catalanes de los años treinta (Manuel Muntadas Rovira o Marius André) abundaron en la misma idea. Eso explica que Himmler visitara Montserrat el 23 de octubre de 1940 y se interesara por el mítico cáliz, sin que los monjes supieran darle razón de su paradero.

El otro posible castillo del Grial, reivindicado esta vez por los nacionalistas occitanos, era Montsegur. El movimiento esotérico en torno al último bastión de los cátaros lo inició una asociación cultural, activa entre 1934 y 1939, los «Amigos de Montsegur y del Santo Grial», que agrupaba artistas, folkloristas e historiadores de la región. En estos años, que coinciden con la llegada de los nazis al poder, el joven romanista alemán, Otto Rahn (1904-1939), se instaló en 1929 en la vecina localidad de Lavelanet y se dedicó a explorar Montsegur y las *splougas* (cuevas fortificadas), donde suponía que los cátaros habían ocultado el Santo Grial, para él una esmeralda del tamaño de un galápago desprendida de la frente de Lucifer (de acuerdo con la tradición germánica).

Una de las cuevas fortifi cadas en las que resistieron los últimos cátaros.

El joven Rahn, autor de una tesis doctoral sobre la herejía albigense, sospechaba que la atribución de Montserrat como castillo del Grial era una astucia de san Ignacio de Loyola para desviar la atención del verdadero castillo del Grial, el Montsegur cátaro[167]. Fruto de las investigaciones del joven Rahn fue el libro *Cruzada contra el Grial* (1932)[168], que llamó la atención de Himmler, quien integró al joven Rahn en sus SS y le encargó la redacción de otro, *La corte de Lucifer* (1938)[169].

Indagando en las supuestas raíces ocultistas del catarismo, los nazis intentaron vincular a los cátaros en sus teorías antisemitas, basándose en que ellos, aun titulándose cristianos, rechazaban el Antiguo Testamento.

Los nazis, más dotados para la acción expeditiva que para la especulación filosófica, no se percataron de que este rechazo fue meramente doctrinal. Los cátaros nunca se mostraron enemigos de los judíos, sino todo lo contrario, puesto que convivieron pacíficamente con ellos. El catarismo fue, en la

sorprendente modernidad de muchos de sus planteamientos, absolutamente tolerante.

Himmler, el antiguo criador de pollos, usuario de gafas de culo de vaso, que se creía la reencarnación del emperador Enrique el Pajarero, aspiraba a conseguir el Santo Grial e incluso le había reservado un lugar de honor en la capilla subterránea de su castillo-monasterio de las SS de Wewelsburg, en Westfalia, donde intentaba reproducir el ambiente del castillo del rey Arturo. Ya sé lo que estará pensando el lector: ¿y en manos de esta gente estuvo durante unos años el destino del mundo? Pues, sí. Eso. Himmler, Hitler, Hess, el propio Rahn, todos morenos y tirando a bajitos y escuchimizados empeñados en demostrar su superioridad racial como pertenecientes a la raza aria.

Rahn tenía problemas con el alcohol, quizá porque no aceptaba su latente homosexualidad. En 1939, expulsado de las SS por su conducta irregular y su escaso entusiasmo ario, se suicidó ingiriendo una sobredosis de barbitúricos o, según otras versiones, dejándose morir de frío en la cumbre del Wilden Kaiser, en los Alpes tiroleses.

El Grial nunca apareció. Hizo bien.

REGRESO A MONTSEGUR

A Montsegur peregrina cada año una muchedumbre de turistas atraídos por los temas esotéricos. Extrañas asociaciones religiosas, filosóficas, místicas e incluso paramilitares de toda Europa fletan autobuses el día del solsticio de primavera para asistir en su cumbre al nacimiento del Sol cuando los primeros rayos del astro rey penetran por una saetera y salen por la del lado opuesto atravesando la torre del homenaje.

¿Es simple casualidad o medió la arcana intención del constructor que la trazó desviada de su posición simétrica respecto al eje de la construcción?

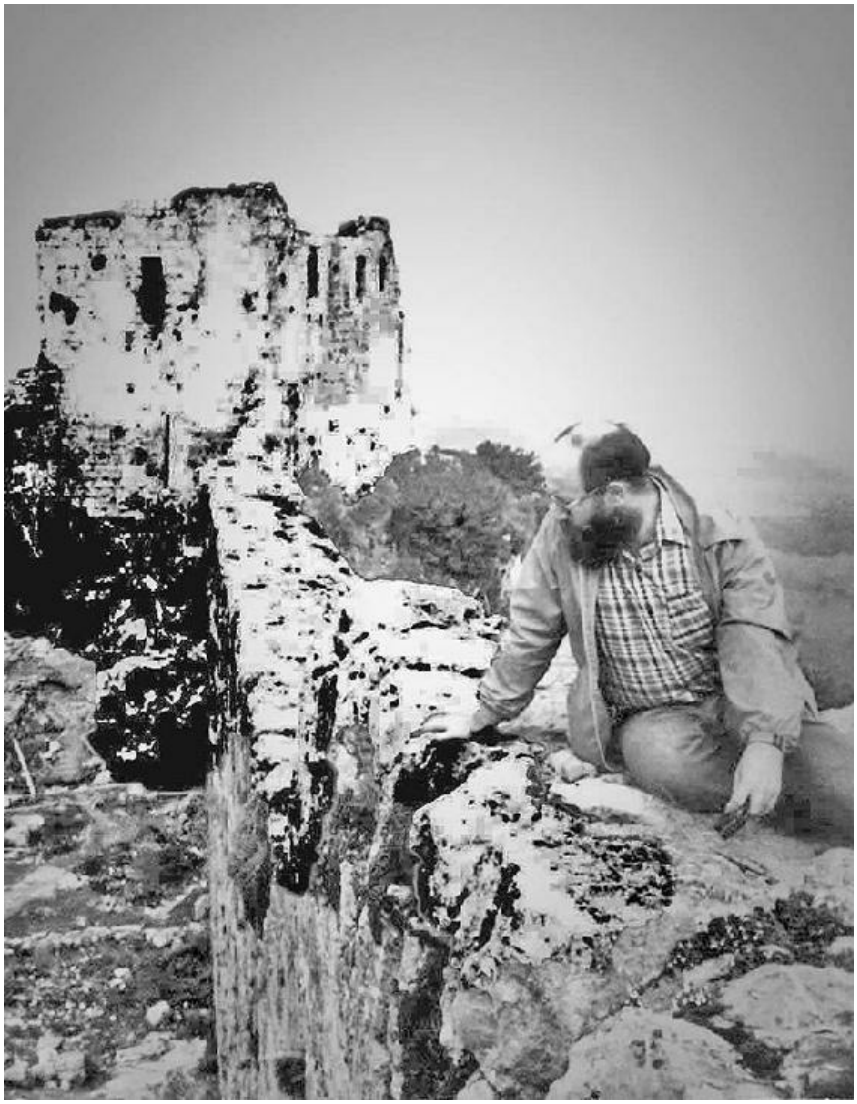
¿Es el castillo un formulario secreto, inscrito en piedra, que transmite los misterios de sus constructores?

Según Fernand Niel, los cátaros reconstruyeron Montsegur como templo solar o calendario y a ello se debe esa peculiar disposición de sus muros y

saeteras, «para que el edificio actúe como condensador de las energías telúricas que confluyen en aquella montaña, que ya era sagrada antes del cristianismo».

Cada año aumenta el número de turistas atraídos por la fascinación del lugar, por la trágica historia de los cátaros y por las teorías que se divulgan acerca de su significado como grimorio de una arquitectura iniciática.

En el pueblo, al pie de la montaña, hay un restaurante, el hotel Costes, donde sirven el azinat, un puchero local cojonudo, con coles y pato confitado.



Interior del castillo de Montsegur.

46
DE CAÑONES Y ORACIONES PONZOÑOSAS

Regresando a Segovia, el viajero rememora aquel bello párrafo de Ortega y Gasset que aprendió de memoria en el bachillerato: «A la mano siniestra, allá lejos, navega, entre trigos amarillos, la catedral de Segovia, como un enorme transatlántico místico que anula con su corpulencia el resto del caserío. Tiene a estas horas color de aceituna, y por una ilusión óptica parece avanzar hendiendo las mieses con su ábside. Entre sus arbotantes se ven recortes de azul, como entre las jarcias y obenques de un navío»[170].

¡Tantos recuerdos amables de Segovia, la bellísima ciudad castellana del acueducto, del tostón al horno, de la catedral, y del alcázar, de paseos por la arboleda de la cuesta de los Hoyos, de Jack y Rose en la proa del *Titanic* que configura la horquilla fluvial del Eresma y el Clamores!

En el alcázar de Segovia, residencia favorita de los reyes de Castilla y en especial del desventurado Enrique IV, se conserva el catálogo completo de los cañones más antiguos de España, entre ellos una bombarda del siglo XIV, una cerbatana, un pasavolante y un mortero.

Estos cañones, que se encontraron durante unas reparaciones sirviendo de tuberías para la evacuación de las aguas sucias de la torre mayor, vienen a refrendar la venerable antigüedad del arma artillera española que desde tiempos de Carlos III tiene su academia a orillas del alcázar segoviano.

Bombarda del siglo XIV.

Condición indispensable para hacer funcionar un cañón es disponer de pólvora. No está claro quién la inventó ni si se concibió simultáneamente en distintos lugares de Europa, pero lo cierto es que los chinos (que como se sabe, y mientras no se demuestre lo contrario, lo han inventado todo) la venían usando desde hacía siglos en la preparación de fuegos artificiales[171]. A Europa debió de llegar de mano de los mercaderes que hacían la Ruta de la Seda, lo que justifica que el invento llegara primero a los árabes y que ellos lo introdujeran en Europa.

Varios países europeos compiten por el honor de ser los creadores o primeros usuarios de la artillería o arte tormentaria, como entonces se llamaba. Los italianos reclaman tal honor para sus *scopettieri,* que en 1281 combatían con el antepasado del arcabuz, pero antes de esa fecha parece que ya se usaron proyectiles impulsados con pólvora durante el sitio de la ciudad onubense de Niebla (1262) e incluso hay quien los retrotrae al asedio de Sevilla (1248).

Los ingenios tronadores se mencionan en dos manuscritos, uno florentino y otro inglés, fechados ambos en 1326. Estos primitivos cañones europeos eran de pequeño tamaño y más adecuados para lanzar flechas de hierro que balas[172].

Otros autores insisten en que los primeros cañones europeos dispararon en 1331 en la expedición de los moros granadinos contra Alicante y Orihuela. En la memorable toma de Algeciras (1344), una cruzada a la que concurrieron caballeros y aventureros de toda Europa, encontramos una clara mención de los «truenos» con que los moros arrojaban «pellas de fierro» del tamaño de una manzana grande de los que «los omes avían muy grand espanto, ca en cualquier miembro de ome que diese, llevábalo a cercén, como si se lo cortasen con cuchiello: et quanto quiera poco que ome fuese ferido della, luego era muerto, et non avía cerurgía nenguna que le podiese aprovechar: lo uno porque venía ardiendo como fuego, et lo otro porque los polvos con que la lanzaban eran de tal natura, que cualquier llaga que ficiesen, luego era el ome muerto; et venía tan recia que pasaba un ome con todas sus armas»[173].

Aunque asustados, los cristianos se mantuvieron firmes y al final ganaron la plaza. En este país el que aguanta gana, como recomendaba el maestro Cela.

De la sala de las armas el viajero va a la capilla del alcázar, un oratorio recoleto donde un guía chino explica a un grupo de connacionales algún interesante episodio allá ocurrido. Puesto a imaginar, el viajero piensa que puede ser lo de la celebración de la boda religiosa de Felipe II con su sobrina Ana de Austria. En efecto, eso debe de ser lo que explica el chino mandarín porque concita unánimes sonrisas pícaras que achican los ojos de la audiencia hasta dejarlos en una mera rayita.

Alguno pensará que nuestro rey prudente era un menorero vicioso. Nada más lejos de las inclinaciones del cristianísimo, eso dejémoslo para Mao Zedong, el Gran Timonel, que mantenía un harén de jóvenes campesinas en constante renovación.

La verdad es que las bodas entre parientes y de ancianos con púberes doncellitas se justificaban en aquella época por las más altas razones de Estado. Así lo entendió el papa Pío V cuando, tras cierta vacilación, es posible que por hacerse de rogar y sacar algún provecho, otorgó a Felipe II la necesaria dispensa.

Por otra parte, esto de los matrimonios descabalgados, reflexiona el viajero, era moneda común antiguamente cuando no se creía tanto en el amor como ahora. Ciertamente tampoco había tantos divorcios.

El pensamiento de los matrimonios desiguales trae a la memoria otro episodio vivido en este oratorio. Lo cuenta el cronista Diego de Valera en su *Memorial de diversas hazañas* (1487). Don Pedro Girón, maestre de Calatrava, «el hombre más poderoso de los que no han llevado corona en toda la historia de España», pretendió la mano de la infanta de Castilla, la futura Isabel la Católica, cuando todavía era una niña, y el rey, su hermano, Enrique IV, quizá amilanado por el mucho poder de Girón, otorgó su real permiso para el casamiento, sin mirar que el maestre doblaba sobradamente la edad a la novia y era un bestiajo de cuidado que enderezaba herraduras con las manos.

Pues cuando el maestre acudía a la boda, con un lucido séquito y tres mil soldados, fue a pernoctar al castillo del Berrueco, entre las localidades de Arjona y Torredelcampo, provincia de Jaén. Acampando estaban y montando las tiendas cuando apareció por el horizonte una gran bandada de cigüeñas que sobrevoló en círculos largo rato la fortaleza para después desaparecer en dirección a Castilla.

El fenómeno resultó tan extraño que los peritos agoreros no supieron a qué atribuirlo. El caso es que al día siguiente la comitiva continuó viaje, pero pasada una semana acamparon en Villarrubia, cerca de Ciudad Real, donde el de Girón cenó de excelente humor y se retiró a su tienda a dormir. Al día siguiente entró un pajecico en la tienda a despertarlo y se lo encontró difunto y tieso. Acudieron doctores y tras breve examen decretaron que la causa de la muerte fue esquinencia, o eso dice la crónica. El viajero, que es soñador y prefiere finales más felices, gusta de pensar que lo envenenó algún agente de la infanta Isabel, que era una mosquita muerta, pero iba teniendo muchos partidarios.

Diego de Valera extrae una moraleja del asunto: «En esta muerte los hombres deben tomar ejemplo para no querer subir más alto de lo que les corresponde. Por esto cayó el ángel del cielo y fue expulsado el hombre del Paraíso y derribada la torre de Babilonia y muerto Goliat».

47
EL DERECHO DE PERNADA Y OTRAS CUESTIONES DE LA ENTREPIERNA

El famoso derecho de pernada, en virtud del cual el señor feudal podía desflorar a la novia cuando uno de sus siervos se casaba, no existió como tal. Era, más bien, un impuesto feudal en virtud del cual el señor percibía un cuarto trasero de cada animal sacrificado por su vasallo. En 1273 lo menciona el Fuero de Gosol: «Que nos den como ha sido costumbre hasta ahora una pata». También se llamaba pernada al derecho señorial a percibir un impuesto del súbdito que contraía matrimonio, pero éste es más propio de los países del Norte de Europa.

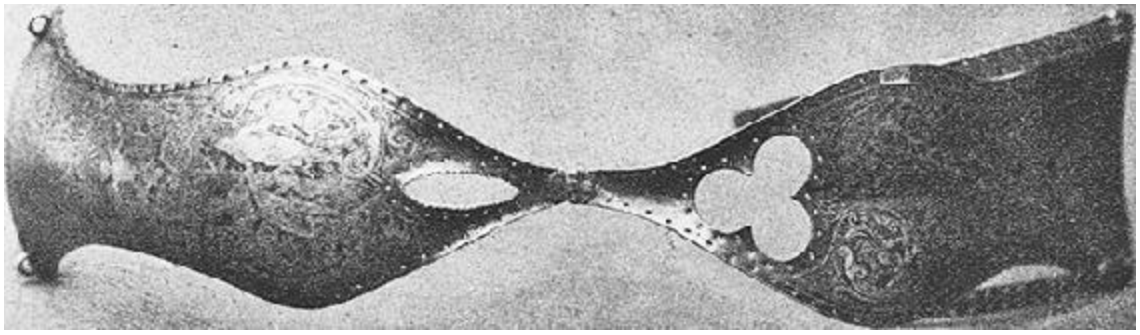
La creencia en el derecho de pernada en su sentido de acceso sexual a la recién casada, es muy antigua. En algunos lugares, a finales de la Edad Media, el sencillo pueblo estaba persuadido de la existencia de tal abuso señorial, aunque no se ejerciera. En 1462, los payeses de remensa sublevados exigían la supresión de esta servidumbre, a lo que sus señores respondieron: «Que no saben ni crehen que tal servitut sia en lo present Principat, ni sía may per algun senyor exhigida. Si axi es veritat com en lo dit Capitol es contengut, renuncien, cessen, e anullen los dits senyors tal servitut, com sie cose molt injusta y desoneta».

Lo mismo ratificó Fernando el Católico en 1486. Otra cosa distinta era que un señor feudal se encaprichara de una moza y abusara de ella, no por derecho, sino por la mera fuerza. Cuenta el cronista Mosén Diego de Valera que el arzobispo de Santiago, monseñor Rodrigo de Luna, «estando una novia en el tálamo para celebrar sus bodas con su marido, él la mandó tomar y la tuvo consigo toda una noche»[174]. No pensemos mal. Quizá monseñor le

impartió un cursillo prematrimonial adelantándose en siglos a la moderna exigencia de la Iglesia.

Pudiera ser que ese derecho de pernada tuviera cierta base religiosa (lo que no excusa la lubricidad del prelado compostelano). Algunos pueblos primitivos creían que el alma y su fuerza natural se transmiten en el semen por lo que recurrían a un fecundador sagrado, generalmente el propio dios representado por su sacerdote, por el rey o por el jefe natural. De tan extraña creencia quedaría un vestigio ceremonial en la Edad Media, en ciertos lugares, donde el día de la boda el señor o su representante extendía honestamente una pierna sobre el lecho donde iban a dormir los recién casados.

Otro mito relacionado con el fornicio es el del cinturón de castidad, un púdico arnés metálico fortificado con industria de cerrajería, con el que se supone que el señor feudal guardaba, como en caja fuerte, la fidelidad de su esposa cuando se ausentaba para ir de caza o a la guerra (y no digamos si se iban a las cruzadas, de las que no regresaban en años).



Supuesto cinturón de castidad medieval en el Museo Cluny (París).

Es cierto que tales cinturones se usaron en Europa, en contadísimas ocasiones, al final de la Edad Media. El invento había llegado de Oriente, como la peste negra, y arraigó primero en Florencia, donde lo llamaron *bellifortis*. Su uso se divulgó en el siglo XV por Francia y Alemania. El humanista Eneas Silvio, que luego sería papa Pío II, escribió: «Esos italianos celosos hacen muy mal en poner cerrojos a sus esposas, ya que es condición de la mujer desear mayormente aquello que le es prohibido, y es más consciente cuando puede actuar con entera libertad».

En 1889, en una iglesia austriaca, se encontró el esqueleto de una mujer a la que habían sepultado con su cinturón de castidad, pero es posible que sólo

fuera para evitar que los sepultureros necrófilos profanaran el cadáver (hay gente para todo, recuerden el caso de Nefer Nefer en la documentada novela de Mika Waltari *Sinuhé, el egipcio).*

La simbología sexual impregnaba los más mínimos actos del ceremonial caballeresco: la encontramos incluso en las estatuas yacentes que decoran los sepulcros. La mujer cruza sus manos, pudorosamente, sobre el bajo vientre; en cambio, el hombre refuerza su virilidad posando sobre sus partes la espada desnuda.

Otro símbolo sexual fue el cabello, que el hombre exhibía libremente, en tanto que la mujer, que lo llevaba largo y suelto mientras se conservaba virgen, se lo cortaba o recogía en cuanto la hacían dueña. «Endueñola», leemos en *Tirant lo Blanc,* o sea, que tuvo acceso carnal con ella, que la desvirgó.

Los torneos, ya en las postrimerías de la Edad Media, se convirtieron en teatros eróticos en los que el hombre combatía por un fetiche que simbolizaba el himen de la amada: un pañuelo, una liga u otra prenda cualquiera que saldría del combate impregnada de su sudor y su sangre.

El ideal estético dominante era el que enunció el Arcipreste de Hita: «Busca mujer de talla, de cabeça pequeña; cabellos amarillos […] ancheta de caderas: ésta es talla de dueña; los labios de su boca, bermejos […] la su faz sea blanca, sin pelos, clara e lisa». También se apreciaban el cuello largo (alto cuello de garza) y las orejas pequeñas.

Esto en cuanto a la clase noble, de la que nos han llegado más noticias. En lo que concierne al anónimo y aperreado pueblo es de creer que cumplían con el sexo sin muchas ceremonias, «la plebe no practica la caballería del amor —escribe Andreas Capellanus en 1184—, sino que como el caballo y el asno tienden naturalmente al acto carnal […] les basta labrar los campos y la fatiga del pico y el azadón».

Los goliardos, poetas tunantes, cantaban incesantemente la pasión y el gozo carnal en un coro en el que no faltaban clérigos libertinos y tabernarios. Entre ellos, nuestro Arcipreste de Hita, que dejó expresada la profunda filosofía de la humanidad: «Como dice Aristóteles, cosa es verdadera / el mundo por dos cosas trabaja: la primera por haber mantenencia; / la otra cosa era por haber juntamiento con hembra placentera».

Estos alegres clérigos constituían la excepción. La Iglesia oficial era sexófoba y misógina por influencia de san Pablo y de san Agustín. Todavía

en 1324 el concilio de Toledo condenaba a la mujer como criatura «liviana, deshonesta y corrompida».

LO MEJOR DE LA VIDA

Los andalusíes, como los árabes en general, eran muy aficionados al sexo y lo practicaban con esposas, esclavas o prostitutas. A la esposa se le exigía virginidad perfecta antes de llegar al matrimonio (lo que comprobaban las mujeres de la familia del novio), pero con las esclavas no se tenían tantos escrúpulos, puesto que lo normal era que estuvieran desfloradas incluso antes de alcanzar la pubertad, que era el plazo legal: «Si la esclava no es núbil hay que esperar un mes después de la primera menstruación. Si lo es, hay que esperar a que tenga una vez sus menstruos y si está enferma se esperará tres meses lunares».

Un buen caballo o una esclava doncella constituían un delicado presente; tres esclavas, un regalo principesco. Almanzor envió al juez Abu Marwan tres muchachas vírgenes, «tan bellas como becerras silvestres». En la misiva versificada que acompañaba al regalo, el dador expresaba sus mejores deseos: «¡Que Alá te conceda potencia para cubrirlas!». Alá se mostró generoso puesto que el venerable anciano, aunque no carcamal, anduvo robusto en la lid venérea y las desfloró a las tres aquella misma noche. Al día siguiente, con temblorosa pero satisfecha mano, escribió a Almanzor: «Hemos roto el sello y nos hemos teñido con la sangre que corría. Volví a ser joven a la sombra de lo mejor que puede ofrecer la vida…».

Tomen nota: lo mejor que puede ofrecer la vida. El anciano, con toda su experiencia, lo tiene claro.

En las grandes ciudades de al-Ándalus no faltaban los prostíbulos *(dar al jarach*, la casa del impuesto, así llamadas porque entregaban una parte de sus ganancias al fisco), pero también había prostitutas que ejercían su oficio libremente en alhóndigas, fondas y ventas del camino. La autoridad se empeñaba en vestirlas de manera especial para que se distinguieran de las mujeres honestas, pero inevitablemente las honestas imitaban el atuendo de

las perdidas, que les parecía más sexy, con gran escándalo de las personas de orden.

El tratado de Ibn Abdun (siglo XII), cuando los almorávides restablecieron, aunque por poco tiempo, el rigor islámico, señala que «debe prohibirse a las mujeres de la casa llana que se descubran la cabeza fuera de la alhóndiga, así como que las mujeres decentes usen los mismos adornos que ellas. Prohíbaseles también que usen de coquetería cuando estén entre ellas, y que hagan fiestas, aunque se les hubiese autorizado. A las bailarinas se les prohíba que destapen el rostro».

Algunos aficionados practicaban sexo con los eunucos del servicio doméstico, de los que existían dos variedades: los castrados antes de la pubertad, que no podían disimular su aspecto femenino (nalgas voluminosas, voz atiplada, ausencia de caracteres sexuales secundarios), y los castrados después de la pubertad, que conservaban cierta apariencia viril.

Al Muqaddasi describe la delicada operación de castrarlos, que realizaban cirujanos especializados en Pechina, Lucena y otros lugares: «Se les corta el pene de un tajo, sobre un madero, después se les hienden las bolsas y se les sacan los testículos […] pero a veces el testículo más pequeño escapa hacia el vientre y no se extirpa, por lo que éstos mantienen apetito sexual, les sale barba y eyaculan […]. Para que cicatrice la herida se les pone durante unos días un tubo de plomo por el que evacuan la orina».

48
AMOR CORTÉS Y AMOR CARNAL

Delicada cosa es el amor. Me refiero al de la pareja, al que conlleva sexo sin tabúes.

A mi alrededor veo discurrir el amor en sus diferentes fases, desde la hoguera crepitante de los gloriosos comienzos hasta las yertas cenizas de los tristes ocasos: parejas locamente enamoradas con un amor que vencerá la muerte como en la película *Ghost;* parejas eventuales que se aman como tigres hasta que el amanecer nos separe; parejas que se quieren reposadamente y sin alharacas («Pásame la sal, amor». «Aquí la tienes, cariñito»); parejas invadidas por el tedio; parejas ya indiferentes, sin nada que decirse; parejas que se soportan; parejas que se detestan; parejas que se descalabran con la variedad de objetos arrojadizos que les regalaron los invitados al enlace; parejas que se degüellan con el cuchillo de cortar el pan…, todo ese complejo asunto de los sentimientos y de las relaciones entre hombres y mujeres.

El amor romántico, ése que conlleva olvidarse de uno mismo para sólo vivir en el otro, abnegadamente, atolondradamente, esa locura transitoria que nos arrebata y nos hace vivir un cielo en la tierra, ése lo inventó una poetisa griega, Safo de Lesbos.

Safo nació en la isla de Lesbos a finales del siglo VII a. de C., cuando todavía la mujer griega acomodada no estaba confinada al gineceo, a la rueca y a lavar pañales. Esta circunstancia, y el hecho de que naciese en una familia con posibles, explica que recibiera una razonable cultura y pudiera dedicarse a la poesía[175].

Safo inventó el amor o, al menos, es la primera persona que expone sus glorias y sus tormentos, la pasión, los celos, el dolor de la ausencia, su gozosa plenitud y sus desdichas.

Juzgue el lector por estas pocas muestras: «Al verte pierdo la voz, se me quiebra la lengua, súbitamente un fuego sutil corre bajo mi piel; se me ofusca la mirada, me zumban los oídos, sudo, tiemblo, y más verde que la hierba me siento morir…»; «Eros ha quebrado mi alma como el viento quiebra las encinas del monte cuando las acomete»; «Eros me descoyunta los miembros, de nuevo me agita invencible fiera agridulce»; «Semejante a los dioses me parece aquel hombre que se halla sentado a tu lado y te escucha de cerca y con dulzura hablar y reír amorosamente. Esto me hace temblar el corazón en el pecho».

No sabemos cómo era Safo. Las noticias sobre ella son bastante tardías y contradictorias. En un poema se confiesa «pequeña y negra», lo que ha dado pie para suponerla fea. Ya se sabe, el inveterado prejuicio machista que se empeña en que detrás de toda lesbiana haya una fea.

El galán y su amada en una miniatura medieval.

El amor que inventó (o que inventarió) Safo crece en la literatura a partir de ella y florece especialmente en el tiempo mítico de los trovadores.

Desde el siglo XII, los trovadores pusieron de moda, en algunas cortes de Europa, el amor cortés, un amor platónico que rendía culto a la mujer y cantaba alabanzas a la dama en un plano meramente teórico, porque cuando se pasaba al práctico (como a veces sucedía) ocurrían tragedias. Es conocida la historia de Macías *El Enamorado,* un trovador gallego que se enajenó de amor por doña Elvira, una dama de la marquesa de Villena. Para su desgracia, el marqués casó a Elvira con un rico hidalgo, pero Macías no desistió por ello de cortejarla. Lo supo el marqués y recluyó al trovador en un calabozo de su castillo de Arjonilla con la esperanza de que el encierro atemperara su pasión, pero el poeta seguía cantando su amor detrás de las rejas.

Ofuscado por los celos, el marido de doña Elvira se acercó a la ventana donde el poeta cantaba con acompañamiento de vihuela y arrojándole un venablo lo mató. Tiempo atrás, Macías había escrito unos versos premonitorios: «Aquesta lanza sin falla / ¡Ay coytado! /Non me la dieron del muro, / nin la prise yo en batalla / ¡mal pecado! / Mas viniendo a ty seguro / amor falso e perjuro / me firió, e sin tardança, / e fue tal la mi andança / sin ventura».

No menos terrible es la historia del trovador Guillem de Cavestany. Después de participar en la batalla de las Navas de Tolosa (hemos de suponer que más como animador de las tropas que como hombre de armas), regresó a su Rosellón natal y se enamoró de una dama de alcurnia llamada Saurimonda, esposa del caballero Ramón de Castell Roselló, hombre esquinado y violento, nada aficionado a trovas ni troveros. Enterado de los amores de su esposa, el celoso mató a Guillem, le sacó el corazón, lo asó y se lo sirvió a su esposa. Cuando la dama lo hubo comido, le preguntó si sabía de qué era la carne y ella respondió:

—No lo sé, pero estaba muy buena y sabrosa.

—Era el corazón de Guillem de Cabestany —dijo el marido y le hizo traer la cabeza del trovador para que comprobara que no le mentía.

—Señor, me habéis dado tan buena carne que nunca jamás comeré de otra —dijo ella entonces. Y acto seguido se suicidó arrojándose por el balcón.

Guillem de Cavestany asistió a la batalla de las Navas de Tolosa, de eso no hay duda, pero el celoso Ramón de Castell Roselló, casado con la bella Saurimonda en 1198, nunca pudo asesinarlo puesto que falleció antes que él, y su viuda contrajo segundas nupcias en 1210. Esto quiere decir que nos quedamos con las ganas de saber qué hay de verdad en la terrible historia. ¿Le ocurrió con otra dama? ¿Ocurrió con otro marido? En la distancia, quién sabe lo que realmente ocurrió, pero *se non e vèro, e ben trovato.*

Los crímenes pasionales eran en tiempos de los trovadores más frecuentes que hoy. A decir verdad ni siquiera se consideraban crímenes. La ley concedía al marido burlado la facultad de perdonar a los culpables o de ejecutarlos. Lo único que no se le permitía era castigar solamente a uno de ellos. Los Fueros de Castilla recogen el caso de un caballero de Ciudad Rodrigo que sorprendió a su mujer en flagrante delito de adulterio y echando mano de su rival «castrol de pixa et de cojones», es decir, le cortó aquellas

partes con las que lo había deshonrado. Este marido fue condenado a muerte no por desgraciar al burlador, sino por perdonar a la mujer[176].

En sólo dos casos se admitía el yacimiento de la esposa con hombre distinto del marido sin cometer adulterio: por violencia, «yaziendo alguno ome por fuerca, travando della rebatosamente», o, por engaño, por ejemplo, si el esposo se ausentaba para una necesidad y otro ocupaba su lugar en la cama, y se ayuntaba con la confiada esposa mientras ella, medio dormida, se dejaba hacer pensando que se trataba de una gentileza del marido[177].

En aquellos tiempos recios, ser gay era vivir con la barba al hombro, porque la sodomía, al igual que el bestialismo, se castigaba con la muerte: «Si dos omes yacen en pecado sodomítico deben morir los dos; el que lo face y el que lo consiente. Esa misma pena debe auer todo ome o muger que yace con bestia; pero además deben matar al animal para borrar el recuerdo del fecho» (título XXI, ley II). Sin embargo, la homosexualidad femenina se toleró en la Edad Media por razones doctrinales, puesto que su práctica no entraña derramamiento de semen.

Vemos que en la Edad Media existían las suertes del amor que afligen al hombre de hoy, incluso el artero flechazo de Cupido que con el dardo del deseo hiende los broqueles de la virtud y se convierte en el loco amor que arrebata a los amantes vulnerando reglas y convenciones sociales. Es el caso del príncipe de Barcelona, Ramón Berenguer, quien, en 1054, de paso por Francia camino de los Santos Lugares, se hospedó en el castillo de Narbona donde se enamoró de Almodis, la esposa de su anfitrión. La pareja guardó ausencias hasta que él regresó de Tierra Santa y nuevamente se hospedó en el castillo. Aquella misma noche escaparon juntos y poco después se casaron tras repudiar a sus respectivos cónyuges.

El amor pasional, aunque se exprese en lengua remota, conserva hoy la frescura de lo auténtico: «Toliós el manto de los ombros / besó me la boca e por los ojos, / tan gran sabor de mí avía, / sol fablar non me podía».

O la humana debilidad del gatillazo artero en esta composición del siglo XII: «Rosa fresca, rosa fresca / tan garrida y con amor / cuando vos tuve en mis brazos / non vos supe servir, non […]».

En fin, el amor, uno de los dos grandes y únicos temas de la literatura. El otro es la muerte.

Escena de un cortejo.

49
REMEDIOS PARA EL AMOR

No, no me refiero al poema-ensayo *Remedia amoris* que compuso Ovidio para prevenir a los jovenzuelos enamoradizos contra el eterno femenino.

En las líneas que siguen me voy a referir a esa práctica física que suele traer aparejado el amor, o sea al eterno e inagotable tema del fornicio y más exactamente a los problemas inherentes a la disfunción eréctil, lo que de toda la vida se ha llamado gatillazo, un problema que a todos los varones nos llega tarde o temprano, independientemente del grado de afición que tengamos, ese momento desolador en que la grácil compañera se te ofrece entregada y hospitalaria y tú excusas tu laxitud con una cita del Evangelio (Mateo 26, 41), «El espíritu está pronto, pero la carne es débil».

Hoy es frecuente recurrir a la Viagra como antes se recurría a la mosca cantárida, remedio de menesterosos que a veces en lugar de procurarte un rato de intensa emoción te procura una infinitud de descanso eterno. Hay sin embargo, o hubo en otro tiempo, un remedio que despreciando la química recurría a un santo reparador de esas flojeras.

¿Tiene el lector problemas de disfunción eréctil? Seguramente sí porque en la varonía nacional tengo comprobado que nadie está contento con el lote que le asignó la naturaleza. Vale. ¿Quiere entonces customizar su herramienta, instalarle un turbo para que sea pisarle el acelerador y salga disparada como un cohete? Pues ni Viagra, ni terapia transeuretral, ni sustancias vasoactivas, que le arruinaran el bolsillo y la salud. Hágame caso y póngale un cirio del tamaño y firmeza requeridos a san Foutín, el santo protector de su amiguito calvo. Si lo hace con la devoción y fe requeridas asistirá a la transformación de ese desfalleciente pingajillo en el miembro erguido y tumefacto con el que

siempre soñó. Y tan pertinaz en el himeneo como el del legendario arzobispo de Manila al que llamaban «el batán» porque cada noche atendía sin desmayo a las diecinueve novicias de su servicio y aún le quedaban arrestos, si había cenado potaje de chicharrones, para cumplimentar a la cocinera y dejarla como bañada en sus propias natillas.

Peregrinos en el santuario de san Foutín.

San Foutín fue el primer obispo de Lyon (Pothinus) en su tiempo objeto de intensa devoción popular. Probablemente sea la santificación del dios pagano Príapo, el del falo erecto. La palabra Foutín está emparentada con el francés medieval *foutre* (follar), y de ahí que en la Edad Media fuera tan popular como santo protector de la coyunda, que velaba por la fertilidad de las mujeres y por la potencia sexual de los hombres. Sus devotos acudían en peregrinación al santuario de Varages (Provenza) y le dejaban como exvoto una picha floja de cera. Se quejaban las devotas de que cuando soplaba el viento, los cipotes céreos se agitaban en sus tendederos y las distraían de sus devociones.

En la iglesia de Embrun, otro santuario de lo mismo, se veneraba un pene de gran tamaño, supuesta reliquia de san Foutín. Los devotos derramaban vino sobre el bálano, que recogido en la bandeja de la base se transformaba en «vinagre santo» que remediaba la impotencia y la esterilidad.

Todavía en el siglo XVII, las mujeres insatisfechas raspaban el falo de la imagen primitiva (seguramente un Príapo romano) y le hacían tragar las virutas al marido, con agua naturalmente, para despabilarlo en sus deberes conyugales. El falo del santo nunca menguaba porque los curas custodios del santuario lo habían sustituido por un cilindro de madera que atravesaba la imagen y se alargaba cuando era menester empujando el extremo opuesto.

Otros santos de la misma función fueron Ters, o san Ters, en Amberes; los santos Cosme y Damián venerados en Isernia (Italia); san Guignolé, primer abad de Landévennec (el nombre procede de *gignere*, «preñar»), cuyo santuario resultó destruido en 1793; san Guerlichon (Greluchon) en Bourg-Dieu; san Gil (o Gilles, de Aegidius) en Cotentin, y san René, en Anjou (nombre que se confunde con la palabra francesa *reins*, «riñones», en los que se creía residía la fuerza sexual (y ciertamente habrán notado que después de una cabalgada memorable queda uno desrriñonado).

En el santuario de San Fiacre, cerca de Meaux, se veneraba una piedra que preñaba a las mujeres que se sentaban en ella sin bragas. En la iglesia de Orcival, de Auvergne (Camino de Santiago francés), las mujeres abrazaban un pilar para quedarse embarazadas (antiguamente era un falo de respetable tamaño, pero lo sustituyeron porque escandalizaba a los pacatos). Cuenta Dulaure que una peregrina entró en el santuario y le preguntó al cura por el pilar que preña a las mujeres. A lo que el sacerdote respondió: «Delante de ti lo tienes. Yo soy el pilar».

Es conocido que las órdenes religiosas han dado muy buenosejemplares a la cabaña fornicadora nacional. Ello pudiera deberse a que los frailes estaban mejor comidos y menos trabajados que el común de los mortales, o quizá a que sin estar casados tenían más oportunidades de practicar con sus hijas de religión (efecto Coolidge).

Según el ilustrado Moratín, los jerónimos superan en dotación sexual al resto de las órdenes religiosas así como en vigor (natural, siendo una orden contemplativa bien puede guardar las energías para cuando son más necesarias).

Samaniego, colega y contemporáneo de Moratín, reproduce en su *Jardín*

de Venus, la confesión de una profesional con un fraile carmelita. La dama, a la que hemos de suponer sobradamente fogueada y experta, confiesa un encuentro con un religioso de filiación desconocida que le ha acertó «trece cañonazos con bala». El carmelita repasa mentalmente el catálogo de sus colegas y responde: «[…] de once, sí, ya los tiene nuestra orden, cuando alguno se esfuerza, pero ¡trece!: ¡Jerónimo es por fuerza!». Ítem más, se corrobora con el refranillo: «En las fuerzas genitales, son los jerónimos bestiales».

Admitida esta peculiaridad de la orden jerónima cabe indagar por la procedencia de ese carisma y esos arrestos que no se observan en las otras órdenes.

Veamos: la jerónima es una orden eminentemente española (otro motivo de orgullo nacional) que se inicia en 1373 en el convento de san Bartolomé de Lupiana (Guadalajara) en su rama masculina y al año siguiente en el convento de San Pablo (Toledo).

Guadalajara y Toledo; ¿qué le sugiere al lector? ¡Pues claro: la miel de la Alcarria y los mazapanes de almendra!

Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), monja jerónima mexicana a la que personalmente profeso gran devoción, aportó en su dote tres mil pesos reales cuando ingresó en religión. ¿Por qué ese pastizal? En aquellos conventos clasistas la dieta de las monjas dependía de la cuantía de la dote. Como dice su biógrafa, la doctora Aguilar Salas:

> Los caprichos del convento se justificaban por las celebraciones mayores y menores, desde las celebraciones patronales hasta los onomásticos de la nobleza, acompañando los festejos con viandas, bebidas, platos salados así como una lista grande de postres y confitados. Sor Juana, como monja y jerónima, siempre estuvo vinculada a la comida conventual, pero en su caso se sumaban otros saberes a su sensorialidad receptiva de querer aprender absolutamente todo bajo el precepto de la armonía. Para sor Juana, la comida, al igual que la música y la poesía, debía poseer una brillante armonía y equilibrio. Recordemos sus líneas en la *Respuesta* a sor Filotea: «Pues ¿qué os pudiera contar, Señora, de los secretos naturales que he descubierto guisando? Veo que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite y, por contrario, se despedaza en el almíbar […]»[178].

Así continúa la jerónima hablando de las «filosofías de cocina», a quien astutamente sor Juana las llama así con un guiño de falsa modestia al afirmar que esto es lo único que atañe a las mujeres, «la cocina», pero renglones después añade a manera de *nota bene:* «Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera».

La especialidad de las jerónimas —continúa la doctora Aguilar Salas—, pudo haber sido principalmente (según el *Libro de cocina* atribuido a nuestra monja): el turco de maíz cacahuazintle, el clemole de Oaxaca, la torta de arroz, el guisado prieto, el pudín de espinacas, el gigote de gallina y principalmente el manchamanteles. En cuanto a los dulces, había una regla general para todo tipo de postres como cajetas, antes, ates, buñuelos, huevos moles, y entre los que sobresalían el bienmesabes y los alfajores de las jerónimas.

¡Basta, basta, doctora Aguilar, que nos tiene la boca hecha agua! De sobra vemos, y queda sobradamente demostrado, que el carisma de los jerónimos se fundamenta en una alimentación potente, abundante y energética. Piense el lector aquejado de flojeras que Dios ayuda al que se ayuda y déjense de píldoras azules y de remedios dudosos.

Sor Juana Inés de la Cruz entre fogones.

50
LOS ENIGMAS TEMPLARIOS

En el siglo XI, coincidiendo con una recuperación de la economía europea, se pusieron de moda las peregrinaciones a lugares sagrados, especialmente a Roma, a Santiago de Compostela y a los Santos Lugares en los que transcurrió la vida, pasión y muerte de Jesucristo.

Algunos peregrinos buscaban penitencia para expiar grandes pecados; otros, viajaban por devoción, que a menudo disimulaba un anhelo de ver mundo. El viaje era relativamente cómodo puesto que el peregrino encontraba hospederías, hospitales y lugares de acogida.

Los Santos Lugares estaban en tierras musulmanas, pero los califas abbasíes de Bagdad respetaban y protegían a los peregrinos que les proporcionaban saneados ingresos, comparables a los que algunos Estados y órdenes religiosas actuales obtienen de la explotación turística de un santuario famoso.

Las tornas cambiaron cuando, mediado el siglo, los intolerantes turcos selyúcidas se apoderaron del califato y dejaron de proteger a los peregrinos cristianos. Por toda la Cristiandad se divulgaron noticias, a menudo exageradas, de los sufrimientos padecidos por pacíficos peregrinos cristianos a manos de aquellos bárbaros.

¿Por qué no rescatamos Tierra Santa de manos de los infieles y restablecemos la seguridad en las rutas de peregrinación?, se preguntaron algunos gobernantes de la Cristiandad. Ésa fue la excusa religiosa de las cruzadas. Las causas verdaderas fueron económicas (abrir las rutas de comercio, especialmente a las grandes ciudades mercantiles italianas) y

sociales (enviar lejos de Europa a los vástagos de la nobleza cuya única ocupación era la caza y la guerra).

Una muchedumbre de personas de toda condición social se sintió fascinada por la empresa de ganar para la fe de Cristo los Santos Lugares.

El 18 de noviembre de 1095 comenzaron las sesiones del concilio que el papa Urbano II había convocado en Clermont (Francia). Asistieron tantos prelados y miembros de la alta nobleza que como no cabían en la catedral, hubo que trasladar la asamblea al aire libre. El Papa prometió perdonar los pecados de los que se alistaran en una peregrinación armada para rescatar los Santos Lugares.

Enviados pontificios recorrieron los reinos cristianos informando a prelados y gobernantes. Los púlpitos divulgaron la noticia. Entusiasmo general. Al grito de *Deus volt, Deus volt!* («¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!»), una muchedumbre de impacientes se puso en camino.

Los peregrinos se cosían sobre el hombro derecho una cruz de trapo rojo. Por este motivo se los llamó «cruzados», y a las expediciones que los condujeron a Oriente, «cruzadas».

EL LUGAR DEL TEMPLO DE JERUSALÉN

El 15 de julio de 1099, tres años después de la partida, los cruzados conquistaban Jerusalén después de cruento asedio. «Nuestros peregrinos invadieron la ciudad y aniquilaron a los musulmanes refugiados en el Templo de Salomón».

Los peregrinos volvieron a llenar los caminos y con ellos los mercaderes, pero el dominio cristiano sobre los Santos Lugares era bastante precario.

Tras la conquista de Jerusalén, la mayoría de los cruzados habían regresado a sus lugares de origen. Solamente unos trescientos caballeros y algunos miles de peones permanecieron en Tierra Santa para defender las conquistas cristianas.

Aquella estrecha franja de terreno se fragmentó en diminutos reinos y condados unidos por tenues relaciones de vasallaje y separados por ambiciones personales, rencillas étnicas y enfrentados intereses.

Pasaron los años. Los Estados latinos se mantenían gracias al constante apoyo europeo. Cuando la situación era apurada, los papas predicaban nuevas cruzadas (hasta ocho) que reforzaban la presencia cristiana en Tierra Santa.

Podríamos establecer un cierto paralelismo entre la situación política que propició las cruzadas y la creación del moderno Estado de Israel. En los dos casos resultaba vital para los intereses económicos de Occidente el dominio de aquella región geoestratégica. En la Edad Media estos intereses se cifraban, principalmente, en las rutas del comercio; hoy se trata de controlar el petróleo y sus dividendos que los países productores invierten en el mercado de armas de Occidente. En los dos casos, curiosamente, la solución ha consistido en implantar un país occidental (por su mentalidad, instituciones, costumbres y modo de vida) en el sensible flanco de un mundo musulmán hostil a Occidente.

Esta situación tampoco se daba por vez primera. En aquella franja de tierra se han sucedido, desde el comienzo de la historia, judíos, romanos, bizantinos, árabes, turcos, cruzados y nuevamente turcos, hasta la conquista por los ingleses durante la Primera Guerra Mundial. Por más que protesten los palestinos, aquel territorio jamás ha tenido entidad política propia, exceptuando los reinos y condados cristianos de las cruzadas y el primitivo Estado de Israel.

LAS ÓRDENES MILITARES

Los cristianos se mantuvieron en Tierra Santa solamente gracias al esfuerzo de las órdenes monásticas creadas expresamente para combatir: los hospitalarios, los templarios y los teutónicos.

Vayamos ahora a la historia de los templarios. El último tramo del itinerario de los peregrinos, entre el puerto de Jaffa y Jerusalén, discurría por una desolada comarca infestada de bandoleros. En 1115, dos caballeros, Hugo de Payens, francés, y Godofredo de Saint-Adhemar, flamenco, fundaron, con otros siete nobles franceses, una orden monástica, la de «los pobres soldados de Cristo», consagrada a la defensa y custodia de los peregrinos.

Los nuevos freires, o monjes guerreros, juraron los votos monásticos, castidad, pobreza y obediencia, ante el patriarca de la Ciudad Santa. El rey de Jerusalén, Balduino II, les concedió cuarteles en las antiguas mezquitas de Koubet al-Sakhara y Koubet al-Aksa, en el solar del antiguo Templo de Salomón. Por este motivo, la orden comenzó a denominarse Orden del Temple (en español debería ser «del Templo»), y sus miembros, «templarios».

La otra gran orden de Tierra Santa, rival de la templaria, fue la hospitalaria[179]. En algún momento, las dos órdenes se definieron como «dos gemelos que se degüellan en el seno de su madre». Su rivalidad malogró algunas empresas militares en las que rehusaron unir sus fuerzas, pero en otras ocasiones colaboraron lealmente.

Uno de los eclesiásticos más prestigiosos de la Cristiandad, san Bernardo de Claraval, el reformador del Císter, se había opuesto a la institución caballeresca convencional, a la que apostrofaba de «gran error» y de «locura intolerable» de unos hombres que luchan «a costa de grandes gastos y trabajos sin otra recompensa que la muerte».

La institución de una orden monástica que al propio tiempo fuera militar planteaba problemas de conciencia ya que el derecho canónico prohibía a los clérigos verter sangre humana, aunque fuera la de los infieles. Sin embargo, san Bernardo allanó el camino ante una asamblea de teólogos en Troyes: lo ideal sería no verter sangre de paganos, razonó, si hubiese un medio de defenderse de ellos sin recurrir a la violencia, pero como desgraciadamente no existe tal medio, el caballero cristiano se ve obligado a recurrir a la violencia.

Las órdenes militares glorificaban la violencia del caballero, ponían su valor y su capacidad de sacrificio al servicio de la religión, lo convertían en instrumento de salvación. Además, Tierra Santa era propiedad de Jesucristo; la Cristiandad no podía tolerar que tornara a manos paganas.

Con el apoyo de san Bernardo, la Orden del Temple se fortaleció y atrajo a muchos aspirantes a freires. Los nobles desheredados por las leyes del mayorazgo se sentían atraídos por el ideal del monje guerrero:

> Ellos pueden librar los combates del Señor y pueden estar seguros de que son los soldados de Cristo […] pues maten al enemigo o mueran, no tienen por qué sentir miedo. Aceptar la muerte por Cristo o dársela a sus enemigos no es delito, sino gloria. El soldado de Cristo tiene un motivo para ceñir la espada. La lleva para castigo de los malvados y para gloria de los justos. Si da muerte al

malvado, el soldado no es homicida. Reconozcamos en él al vengador que está al servicio de Cristo y al liberador de los cristianos[180].

Tras la aprobación del Temple por el concilio de Troyes, Hugo de Payens recorrió Francia e Inglaterra, se entrevistó con reyes y magnates, visitó monasterios, se hospedó en castillos… Por todas partes su entusiasmo contagioso le permitió reclutar caballeros y jóvenes aspirantes a serlo. Antes de regresar a Tierra Santa encomendó a dos freires la organización del Temple europeo: Payou de Montdidier en Francia y Hugo Rigaud en Aragón y Languedoc. Es posible que enviase otro a Castilla.

La nueva orden monástico-militar concitó grandes simpatías entre los príncipes de la Cristiandad. Donativos y limosnas afluyeron sobre los todavía escasos conventos regionales encargados del reclutamiento y de la colecta de fondos.

Los efectivos humanos del Temple crecieron. A los caballeros profesos, que constituían una minoría, se sumaban capellanes, hermanos de oficio, sargentos de armas, artesanos, visitadores e incluso asociados temporales. A la cabeza de todos ellos estaba la autoridad superior, el gran maestre, elegido por concilio general en la casa madre de Tierra Santa y asistido por una cohorte de administradores, contables y secretarios.

El gran maestre sólo se sometía al Papa. La orden escapaba a las jurisdicciones civiles y eclesiásticas ordinarias. Acabó convirtiéndose, en cierto sentido, en un Estado dentro del Estado y una Iglesia dentro de la Iglesia, una multinacional que abarcaba Europa y Tierra Santa.

Atendiendo a sus funciones, el Temple era, en Oriente, una organización guerrera, y en Occidente, una organización casi exclusivamente monacal (exceptuando la península Ibérica, donde también se combatía contra el islam).

La célula base de la organización templaria era la encomienda o priorato, una finca, castillo o villa, adquirida por la orden o donada a ella. Solía constar de capilla, sala capitular, alojamiento, sótanos, bodegas, caballerizas, almacenes y otras instalaciones, dependiendo del carácter de la explotación. Al frente de cada encomienda había un comendador que asignaba los cargos. Las encomiendas o prioratos se agrupaban en bailías, que a su vez se reunían en casas regionales y éstas en provincias. En las bailías se reunían los capítulos regionales y se recibía a los nuevos hermanos.

Los territorios de las provincias occidentales del Temple coincidían con divisiones geopolíticas importantes: Alemania, Hungría, Inglaterra, Irlanda, Francia, Auvernia, Italia, Portugal, Castilla, León, Aragón, Mallorca, Apulia y Sicilia. Al frente de cada provincia había un maestre provincial sometido al general, residente en Tierra Santa.

En un principio, los templarios estuvieron sometidos a la autoridad del patriarca de Jerusalén, pero años después, bajo el maestrazgo de Roberto de Craon, el excelente diplomático y administrador que sucedió a Payens, el Temple consiguió del Papa una autonomía casi completa (Bula *Omne datum optimum*, 1139). En adelante, el Temple contaría con sus propios capellanes para el servicio religioso de las encomiendas y se independizaría de las jurisdicciones episcopales. Ello implicaba sustanciosas ventajas económicas: se les eximía de pagar diezmos a los obispos, y se les permitía cobrar impuestos a la población asentada en sus territorios. Por otra parte, quedaban facultados para construir sus propias capillas y cementerios. En muchos casos tal medida suponía la virtual desaparición del antiguo monopolio episcopal que regulaba la vida de la población: los fieles podrían recibir los auxilios espirituales e incluso sepultura en las capillas del Temple. De nada sirvió que los obispos protestaran airadamente contra este recorte de su autoridad y privilegios. La orden escapaba tanto a las jurisdicciones civiles como a las eclesiásticas.

REGLA Y COSTUMBRES DEL TEMPLE

La primera regla templaria, inspirada en la cisterciense, constaba de 68 artículos por los que se regía cada encomienda o convento. Se puede reconstruir con bastante fidelidad desde su versión más primitiva, dictada por el concilio de Troyes (1128), hasta la más evolucionada, compuesta hacia 1257, que incluye consideraciones sobre disciplina y faltas. En los estatutos jerárquicos (redactados en 1230) se contiene lo referente a ceremonias. La regla reprime la indisciplina y vanagloria del caballero y canaliza su agresividad para que sirva sólo a los intereses de la Iglesia.

La imagen del templario se hizo muy popular en la Cristiandad: se les diseñó un hábito que no entorpeciera sus deberes militares. La cruz bermeja sobre el hombro derecho fue una concesión del papa Eugenio III, en 1147, para que «este signo triunfante les sirva de broquel y haga que jamás vuelvan la espalda a ningún infiel».

Cualquier hombre libre podía aspirar al hábito templario si estaba limpio de lepra, epilepsia o enfermedad contagiosa y no había sido expulsado de otra orden monástica. Los candidatos renunciaban a su nombre familiar (aunque los altos dignatarios y maestres fueron conocidos a veces por sus apellidos seculares) y juraban los votos monásticos (pobreza, castidad y obediencia) tras someterse a un noviciado. En la ceremonia de admisión, se advertía al caballero de la dureza e incomodidad de aquella nueva vida que libremente aceptaba:

> Pocas veces haréis lo que deseéis: si queréis estar en la tierra de allende los mares se os enviará a la de aquende; o, si queréis estar en Acre se os mandará a la tierra de Trípoli o de Antioquía o de Armenia, o se os enviará a Pouille o a Sicilia, o a Lombardía o a Francia o Borgoña o a Inglaterra o a muchas otras tierras donde tenemos casas o posesiones. Y si queréis dormir se os hará velar y si alguna vez deseáis velar, se os mandará a reposar a vuestro lecho. Cuando estéis sentado a la mesa y deseéis comer, se os mandará ir donde se tenga a bien, y jamás sabréis adónde. Tendréis que soportar a menudo palabras malsonantes. Considerad, gentil y dulce hermano, si estáis dispuesto a sufrir de buen grado tales rigores.

Fiel al espíritu cisterciense de su fundador, la orden rechazaba lo superfluo: el pelo, cortado a cero; la barba, descuidada; sin adornos innecesarios. Estaban prohibidos el ocio y las distracciones, así como las apuestas y los juegos de ajedrez o dados, a los que tan aficionados eran los caballeros de aquel tiempo. No obstante, se toleraban la rayuela y las tabas, considerados juegos inocentes. También estaba prohibido mirar de frente a una mujer, aunque se la reverenciaba por influencia de la moda caballeresca del tiempo.

El templario no poseía nada. Le estaba prohibido hacer regalos o aceptarlos. Una descripción coetánea sugiere cierta rudeza monacal: «Llevan los hábitos que sus superiores les han dado y no ambicionan otros vestidos ni mejor alimento; viven juntos sin mujeres ni hijos, bajo el mismo techo y sin nada que les sea propio, ni siquiera la voluntad. Ninguno es inferior entre ellos. Honran al mejor, no al más noble. Cortan sus cabellos, no se les ve nunca peinados; apenas se lavan, llevan la barba hirsuta, apestando a polvo, sudados y manchados por el orín de sus armas». Esta última apreciación

parece exagerada, puesto que la regla insiste en que el caballero debe extremar su higiene y cuidados corporales.

La orden suministraba a cada freire un ajuar que debería cuidar esmeradamente: dos camisas, dos pares de calzas, dos calzones, un sayón, una pelliza (que solamente podía estar forrada de cordero o de oveja y en ningún caso de otra piel más lujosa), una capa, un manto de invierno y otro de verano, una túnica, un cinturón, un bonete de algodón y otro de fieltro, una servilleta para la mesa, dos copas, una cuchara, un cuchillo de mesa, una navaja, un caldero, un cuenco para cebada, tres pares de alforjas, una toalla, un jergón, una manta ligera y otra gruesa. Estas mantas solían ser rayadas, en blanco y negro, como la bandera de la orden.

El equipo militar no era menos completo: loriga, brafoneras (calzas de malla), yelmo con protección nasal, espada, puñal, lanza adornada de gallardete blanco, escudo largo y triangular, cota de armas blanca y gualdrapa para el caballo. La cruz paté de la orden figuraba en el gallardete de la lanza, en el extremo superior izquierdo del escudo y en la cota. En campaña eran también reglamentarios un caldero, un hacha para cortar leña, un rallador y un juego de escudillas y frascos.

Como insignia de la orden y portador de la cruz, el manto templario era reverenciado hasta el punto de que se despojaban de él cuando tenían que cumplir una necesidad fisiológica. La cruz se marcaba también sobre el ganado, los carros y las otras posesiones de la orden.

La rutina diaria de un templario en un castillo de Tierra Santa o en su encomienda de Europa se ceñía a las severas costumbres monásticas del Císter. El freire no podía abandonar la encomienda sin permiso de su superior ni comer o beber fuera del refectorio comunal. Debía en todo momento conducirse con humildad y cortesía, sin grosería o envanecimiento. Estaban prohibidas las conversaciones fútiles y las risas. Se dormía tres o cuatro horas, sin despojarse de la camisa, calzones, calzas y cinturón. A la hora de maitines, sobre las cuatro de la madrugada en invierno, dos horas antes en verano, una campana convocaba a los hermanos a la capilla para rezar trece Padrenuestros. «Cada cual debe vestirse y desvestirse, calzarse y descalzarse rápidamente», señala la regla. Terminados los rezos, bajaban a las cuadras para echar un pienso a los caballos, regresaban al dormitorio y, antes de acostarse, rezaban un Padrenuestro. Al alba los despertaba nuevamente la campana de prima. Se vestían y regresaban a la capilla para oír misa. Después

rezaban treinta Padrenuestros por los vivos y otros treinta por los muertos. Cumplida esta devoción, cada cual comenzaba su jornada de trabajo, consistente, según su situación o empleo, en tareas administrativas o entrenamiento militar. Cada hora se hacía un alto para rezar otra tanda de Padrenuestros.

Los hermanos consumían carne tres veces por semana (los enfermos, diariamente, exceptuando los viernes): una dieta simple pero sustanciosa que los mantenía robustos para el servicio de las armas. En el refectorio, el capellán bendecía la mesa y dirigía el rezo. Los hermanos comían en silencio, aunque podían comunicase por signos. En algunas ocasiones, dos hermanos compartían la misma escudilla como signo de humildad. Nadie podía levantarse de la mesa sin permiso expreso del comendador, salvo en caso de hemorragia nasal. Terminada la comida, se dirigían a la capilla por parejas para dar gracias a Dios.

Los templarios observaban tres cuaresmas, comulgaban y daban limosna tres veces por semana. En todo momento debían hacer honor a la divisa de la orden*: Non nobis, Domine, non nobis sed Nomini tuo da gloriam* («Nada para nosotros, Señor, sino para dar gloria a tu nombre»).

Los miembros de una encomienda o convento se reunían en capítulo periódicamente, en sesiones secretas. Era preceptivo llevar la cabeza descubierta, aunque en lo crudo del invierno se hacía una excepción con los calvos. Después de rezar un Padrenuestro, el presidente del capítulo pronunciaba un sermón exhortando a perseverar en la virtud. A continuación, los hermanos se alzaban por orden de antigüedad y cada uno relataba las faltas que había cometido desde la última reunión. Cuando un hermano observaba que otro incurría en alguna falta era su obligación amonestarlo «con severidad no exenta de dulzura», pero si el amonestado persistía en su error tenía que denunciarlo al capítulo. Este tipo de delación no se consideraba reprobable puesto que su fin era la salvación del alma del pecador.

La disciplina era rigurosa. Se consideraban faltas graves la simonía, la violación del secreto, la muerte de un cristiano, la sodomía («pecado hediondo y brutal»), el motín, la cobardía, la herejía, la traición y el hurto. Por hurto hemos de entender cualquier imprudencia o temeridad. Si las faltas confesadas requerían deliberación de la asamblea, el inculpado abandonaba la sala mientras sus hermanos discutían sobre el castigo que merecía y votaban

democráticamente. Todas las penas eran ejecutorias y sin apelación. Podían entrañar expulsión de la orden, pérdida temporal o definitiva del hábito, penitencia o castigo corporal público. En este caso, el culpable comparecía ante la asamblea con el torso desnudo y llevando en torno al cuello una correa con la que otro hermano le propinaba la tanda de azotes convenida. Si el castigo implicaba una penitencia especial, durante ese periodo el hermano trabajaba como mozo de cuerda, pinche, barrendero, arriero o cualquier otro menester considerado vil. Si la falta entrañaba pérdida temporal de hábito, el hermano quedaba excluido de los actos comunitarios. Cuando le devolvían el hábito, ya cumplida la penitencia, en su primera comida en el refectorio consumía sus alimentos en el suelo, sobre un pliegue del manto.

El capítulo terminaba con una absolución dada por el capellán de la encomienda. El Jueves Santo, el limosnero de la encomienda escogía a trece pobres para que los hermanos les lavaran los pies. Después de la ceremonia, el comendador entregaba a cada pobre dos panes, dos monedas y un par de zapatos. El Viernes Santo se consagraba a la adoración de la cruz y los hermanos que no estuvieran enfermos andaban descalzos y ayunaban a pan y agua. También eran de ayuno obligatorio todos los viernes desde la fiesta de Todos los Santos hasta Pascua, con la sola excepción del día de Navidad. La orden profesó especial devoción a la Virgen María, a san Jorge y a san Juan. Su reliquia más preciada fue una Santa Espina que cada Viernes Santo florecía al ser elevada por el capellán.

CRUZADA EN ORIENTE

Como dijimos al principio, el mantenimiento de las conquistas cristianas de Tierra Santa sólo resultó posible gracias al esfuerzo económico y militar de las órdenes militares (hospitalarios y templarios).

El rey de Jerusalén, atribulado por su crónica escasez de tropas, tuvo que delegar en las órdenes militares la defensa de sus inseguras fronteras. A lo largo del siglo XII, los hospitalarios y los templarios acrecentaron sin cesar sus fuerzas y se involucraron progresivamente en la defensa del reino latino. Las dos órdenes llegaron a constituir pequeños ejércitos de élite. El Temple

mantenía unos seiscientos caballeros y doble número de sargentos. Además existían forzados y condenados a muerte, que expiaban su pena guerreando contra los sarracenos. A éstos habría que sumar algunos miles de mercenarios turcos, distribuidos en unidades de infantería y de caballería ligera. Pero todo este esfuerzo era insuficiente para contener la presión constante de los ejércitos enemigos. Hubo que recurrir a la guerra defensiva, ya ensayada por los bizantinos con algún éxito, es decir, a la construcción de fortalezas. Los templarios poseían dieciocho plazas fuertes, cada una de ellas rodeada y protegida por sus correspondientes castillos. El mantenimiento de esta línea fronteriza comportaba un considerable esfuerzo económico y humano. ¿De dónde salía aquel dinero?

De las encomiendas de la orden en Europa, naturalmente.

LAS RIQUEZAS DEL TEMPLE

Una cuestión debatida, y que ha hecho correr mucha tinta, es la de las riquezas reales o imaginarias amasadas por los templarios, a las que, según muchas opiniones, debe atribuirse la caída y ruina de la orden.

Está fuera de duda que la Orden del Temple se enriqueció rápidamente gracias a la protección que recibía de papas y reyes y a las cuantiosas donaciones de los devotos. Existía incluso el acto de donarse al Temple, similar al moderno *leasing* que practican ciertas entidades financieras. El donado disfrutaba en vida de una serie de beneficios fiscales y espirituales, así como de la protección de la orden. A cambio, la orden heredaba sus propiedades cuando fallecía.

Buenos administradores, los templarios medraron con sabias actividades mercantiles. Cada encomienda constituía una unidad de gestión autosuficiente y generadora de excedentes. Estos excedentes iban a parar a la casa provincial, que a su vez los reexpedía a la central para el sostenimiento de tropas y castillos en Tierra Santa.

Sobre la base de estas actividades económicas, los freires emprendieron además remuneradoras actividades bancarias. Su riqueza material constituía una garantía de formalidad y solvencia. Muchos particulares les confiaron la

custodia de grandes sumas de dinero. Además, consiguieron que el Papa les encargara las colectas de la bula de cruzada, una especie de impuesto religioso. En una época en que la moneda acuñada escaseaba y estaba sujeta a frecuentes oscilaciones y mermas, la orden estaba en condiciones de prestar dinero a reyes o señores en apuros a cuenta de la cobranza de impuestos.

El tesorero del Temple se convirtió en consejero financiero del rey de Francia y miembro de la comisión de cuentas que controlaba la Hacienda Real. La casa del Temple en París, convertida en casa madre tras la caída de Tierra Santa, fiscalizaba las operaciones de la orden en Francia y mantenía estrechas relaciones con las otras provincias europeas. Su imponente aspecto exterior le confería sin duda esa sensación de solidez y seguridad que también transmiten los bancos actuales. Estaba enclavada en el centro de un barrio amurallado, en el corazón de París, «el recinto del Temple», en cuyo castillo radicaba el banco de reserva de la orden. En esta casa estaban depositados no sólo el Tesoro Real de Francia, sino las piezas de oro y plata de los grandes magnates. Como vemos, las cajas de seguridad de los bancos actuales no son invento reciente. Naturalmente, los templarios no se limitaron a atesorar el dinero en cofres, sino que lo hicieron circular para que produjera beneficios, si bien, a diferencia de la banca moderna, prestaban al rey sin interés ni recargo alguno.

La prosperidad del Temple no se debió solamente a sus actividades bancarias. Los frailes eran excelentes administradores de sus encomiendas y competentes agricultores y ganaderos que mejoraban sus explotaciones recurriendo a técnicas modernas como el drenaje de charcas o la construcción de pantanos. También aprovecharon su privilegiada situación en Tierra Santa para comerciar con productos orientales. Actuando con el criterio de una multinacional, crearon industrias y servicios para diversificar sus actividades y evitar ajenas dependencias. No vacilaron en construir y armar su propia flota, imprescindible para sostener su activo comercio con Tierra Santa y para el transporte de tropas y pasajeros. Puertos templarios muy activos fueron La Rochelle, en el Atlántico, y Colliure y Marsella, en el Mediterráneo.

De las cuentas de las encomiendas templarias se deduce que los freires fueron excelentes gestores. Cuando les era posible explotaban directamente sus recursos, pero no vacilaban en arrendarlos si les resultaba más ventajoso. Consiguieron dominar los secretos de la banca tan profesionalmente como los banqueros genoveses y pisanos; con la diferencia de que su red de

establecimientos, en los que una letra de cambio podía canjearse por su valor en cualquier moneda, era mucho más extensa y fiable que la de aquéllos. Además, debido a su condición de religiosos, inspiraban más confianza que los banqueros seglares.

Sobre estas sólidas bases, los templarios amasaron un poder económico que muchos creían sin parangón en toda la Cristiandad.

Se ha especulado mucho con el fabuloso tesoro que los templarios debieron acumular a lo largo de dos siglos de prósperas actividades financieras, pues, por otra parte, a pesar de su holgada posición económica, nunca se apartaron del voto de pobreza que les imponía la regla. Del examen de los detallados inventarios redactados por los agentes reales que los arrestaron, se deduce que vivían austeramente. No se encontraron depósitos de oro amonedado ni objetos de gran valor. Al parecer, no conocían más lujo que el de algunos cálices y relicarios de sus capillas. ¿Dónde estaba entonces el tesoro de los templarios? La explicación es relativamente simple: gastaban sus ganancias en Tierra Santa, en construir y mantener castillos y hospitales, y en pagar las soldadas de los mercenarios turcópolos con los que suplían su escasez de efectivos. Los gastos militares de la orden no cesaban de aumentar a medida que el Reino de Jerusalén se debilitaba y la amenaza islámica crecía.

LA PESADILLA DE LOS ARQUEROS TURCOS

La disciplina de los templarios en Tierra Santa se refleja minuciosamente en su regla. Los cruzados tuvieron que modificar profundamente las tácticas de combate al uso en Europa para adaptarlas al modo de combatir de sus enemigos. Los arqueros musulmanes, provistos de un arco potente y de rapidísima cadencia de tiro, podían desencadenar, literalmente, una lluvia de flechas. Además, eran capaces de disparar desde el caballo a galope. Su terrible eficacia era el resultado de la combinación de armamento ligero y movilidad. Desprovistos de las pesadas lorigas y montados en caballos veloces, esquivaban fácilmente las cargas de la caballería pesada de los cristianos. La capacidad de maniobra que implicaban sus tácticas les permitía

también hostigar eficazmente al enemigo en marcha y presentar batalla en terreno quebrado y desigual, desfavorable a las líneas cristianas.

Estas tácticas exasperaban a los caballeros cristianos, acostumbrados al enfrentamiento expeditivo y directo, y minaban su moral. No obstante, después de las primeras derrotas, los cristianos adoptaron las contramedidas oportunas. El ejército debía contar con una protección natural que cubriese su retaguardia y sus flancos, preferentemente arroyos o montañas. Además, lo más selecto de la tropa se destacaba como cuerpo de reserva destinado a estorbar las maniobras envolventes del enemigo. En cada línea de la caballería cristiana se formaban los escuadrones en perfecto orden, como de costumbre, pero contando con la protección de infantería y arqueros capaces de devolver el fuego a las tropas ligeras enemigas, evitando que éstas hostigasen directamente a la caballería pesada. Éste era el principal cometido de los mercenarios turcópolos contratados masivamente por los templarios.

Mantener la formación compacta y la disciplina de un ejército feudal, compuesto por decenas de combatientes deseosos de destacar individualmente, era una empresa difícil. Pero cuando estos mismos caballeros eran hermanos de las órdenes militares voluntariamente sometidos a una rigurosa disciplina, el conjunto funcionaba con precisión asombrosa.

En el campo de batalla, los templarios llevaban una loriga tejida con mallas de hierro debajo del manto blanco, y se agrupaban por escuadrones al mando de sus respectivos comendadores, detrás del *beauseant* (Beau Seant), la bandera blanca y negra de la orden que señalaría el punto de concentración del combate a lo largo de la batalla. El *beauseant* era un objeto santo, depositario del honor de la orden y, por tanto, especialmente protegido en la pelea por una élite de expertos caballeros. Si a pesar de ello caía en manos del enemigo, el alférez llevaba enrollado en una lanza un gonfalón de repuesto. Los escuadrones seguían ciegamente al estandarte, se desplazaban con él, se detenían cuando se detenía y avanzaban si avanzaba. En medio de la espesa polvareda de las cargas y del griterío y el estruendo de la batalla, el estandarte actuaba como un poderoso imán capaz de mantener el empuje de las filas templarias. Mientras el *beauseant* flameara, el combate no debía detenerse; si desaparecía, el templario debía obedecer a la bandera de los hospitalarios, sus colegas y rivales, y en caso de que también ésta sucumbiera, a la de cualquier otro príncipe cristiano.

El templario no podía rehusar la batalla aunque el enemigo fuese tres veces

más numeroso ni podía rendirse ni conceder cuartel al enemigo. La orden no rescataba a sus freires capturados por los sarracenos. Cuando morían, se les sepultaba boca abajo, sin ataúd, en una fosa anónima.

En la historia de la orden en Tierra Santa se dan algunos casos de cobardías y traiciones individuales; también de errores tan mayúsculos como la elección del maestre Gerardo de Ridfort, un intrigante aventurero escasamente capacitado para el mando que había ascendido valiéndose de muñidores sin escrúpulos. Durante su mandato ocurrió el desastre de los Cuernos de Hattin (1187), una batalla adversa tras la cual los doscientos treinta templarios prisioneros fueron decapitados. Si exceptuamos estas sombras, la ejecutoria de la orden fue limpia y honorable y sus episodios heroicos aventajan con gran diferencia a los deshonrosos. Cuando los musulmanes conquistaron Safeto, los ochenta templarios capturados rechazaron unánimemente la libertad que se les ofrecía si apostataban y prefirieron morir.

Los templarios observaban una rígida disciplina en campaña, que incluía eficaces contramedidas contra las tácticas sarracenas. Patrullas de reconocimiento se adelantaban a la vanguardia y flanqueaban al ejército para prevenir celadas. Las tropas en marcha se ordenaban de manera que, en caso de peligro, pudieran adoptar rápidamente la formación de combate. Cuidaban hasta el más mínimo detalle. Por ejemplo, cuando un emisario volvía en sentido inverso al de la marcha, para transmitir un aviso a los de la zaga, era preceptivo que cabalgara a sotavento para que la polvareda levantada por su caballo no cayera sobre la columna.

Al declinar el sol, el aposentador buscaba un lugar fortificado o fácilmente defendible para pernoctar. Allí se levantaban las tiendas en su orden preciso, la del vocero, o pregonero, junto a la del alférez. Cuando la tropa se encontraba acampada, ningún templario podía alejarse más allá del alcance de una voz. En las plazas fuertes el límite se ampliaba hasta el perímetro de una legua. Antes de anochecer se pregonaban las entregas de víveres y los caballeros concurrían al reparto. El comendador de la carne distribuía los víveres equitativamente, según las minuciosas ordenanzas, cuidando de que «no caigan dos jamones o dos paletillas juntos». Después del reparto, cada cual regresaba a su tienda y los escuderos se afanaban con trébedes y espetones preparando la comida.

Los templarios estuvieron activamente presentes en las principales

empresas militares del siglo. En 1147, durante la segunda cruzada, se distinguieron en la expedición de Luis VII por Asia Menor. En esta ocasión, la autoridad del maestre del Temple se igualó a la del propio rey. Bien puede decirse que la afortunada intervención de los templarios salvó del desastre a todo el ejército cristiano en la jornada llamada de «la Montaña Execrable». Seis años más tarde, los freires volvían a llevar la iniciativa en el asedio de Ascalón.

Fue por entonces, en 1171, cuando se proclamó sultán Saladino, un excelente estratega y un inteligente estadista que derrotaría repetidamente a los cristianos. Consciente de que la supervivencia del enclave cristiano en Tierra Santa dependía del esfuerzo de templarios y hospitalarios se había prometido: «Purificaré la tierra de esas órdenes inmundas». Pero los templarios demostraron ser un cumplido enemigo para Saladino. En 1177 ayudaron decisivamente a Balduino IV a derrotarlo en Monte Gisard.

Aunque las órdenes militares alcanzaron merecida fama como estrategas, hay que consignar, también, algunos sonados fracasos de sus generales. Al deficiente planeamiento de los maestres del Temple se achacaron las derrotas cristianas de Marj Ayyun (1179) y Ain Gozeh (1187). Esta inculpación prueba la importancia que los estrategas templarios habían adquirido después de un siglo de milicia.

Finalmente, Saladino aplastó a las fuerzas cristianas en la decisiva batalla de los Cuernos de Hattin arriba mencionada. A continuación, el 2 de octubre de 1187, ocupó Jerusalén. Dos años más tarde, casi todo el reino latino estaba en su poder.

La caída de Jerusalén conmocionó a la Cristiandad. Inmediatamente se predicó una nueva cruzada, la tercera, para reconquistar la Ciudad Santa. Esta expedición falló en su principal objetivo, pero logró otros secundarios como la conquista de Chipre, que fue cedida a Guido de Lusignan para compensarlo por la pérdida de su reino. Chipre, réplica del malogrado Reino de Jerusalén, sería el único territorio que se mantendría en manos de los cruzados en 1291, cuando la pérdida de San Juan de Acre liquidase las últimas posesiones cristianas en Tierra Santa.

Mal terminaba el siglo XII, pero el siglo XIII fue una sucesión casi ininterrumpida de desastres. La nueva centuria marcaría también el declive de las órdenes militares, que se vieron obligadas a contribuir con aproximadamente la mitad de los combatientes al esfuerzo cristiano en Tierra

Santa. De los desvelos del Temple por contener lo incontenible hablan elocuentemente sus bajas. Trece de los veintitrés maestres de la orden perecieron en combate. Los templarios tan sólo se mantuvieron al margen de la cuarta cruzada, predicada por el papa Inocencio III y dirigida contra Egipto. La mayor parte de la fuerza implicada en esta expedición era francesa, pero los comerciantes venecianos condicionaron la cesión de sus barcos de transporte al compromiso, por parte de los cruzados, de entregar Constantinopla a Venecia. Los cruzados saquearon despiadadamente la antigua capital bizantina y fundaron sobre ella el Imperio latino.

En 1212, el mismo año en que una cruzada casi exclusivamente española derrotó a los almohades en la batalla de las Navas de Tolosa (Jaén), la llamada «cruzada de los niños» partió de Francia. Un grupo de desaprensivos armadores embaucaron a miles de adolescentes de uno y otro sexo con la promesa de trasladarlos a Tierra Santa, pero una vez embarcados pusieron rumbo a Alejandría donde los subastaron en los mercados de esclavos.

La reconquista de Jerusalén durante la quinta cruzada (1228-1229), capitaneada por el emperador Federico II, fue fugaz. Quince años más tarde volvería a manos musulmanas. A partir de entonces, la historia de los cristianos en Tierra Santa es una sucesión casi ininterrumpida de desastres. A principios de 1265, cayeron Cesarea y Arsuf; al año siguiente, Safeto (donde toda la guarnición templaría fue decapitada), y poco después un rosario de posiciones templarias, entre ellas Jaffa, Beaufort[181], Bangas y Antioquía.

EL TEMPLE EN ESPAÑA

Aragón fue, junto con Portugal, el primer reino peninsular en el que hay constancia del establecimiento de los templarios, hacia 1130. En este año, Raimundo Rogelio, de Barcelona, donó a la Orden del Temple la plaza de Granera. Dos años más tarde, el conde de Urgel les cedió el castillo de Barberá «porque han venido y se han mantenido con la fuerza de las armas en Grayana, para la defensa de los cristianos». Los templarios llegaron a poseer hasta 36 castillos en el Reino de Aragón.

En 1134, Alfonso el Batallador, rey que, haciendo honor a su título, murió combatiendo al moro, dispuso en su testamento que las órdenes de Tierra Santa heredaran sus reinos de Aragón y Navarra. Esta disparatada voluntad real no se cumplió, probablemente porque ni siquiera a sus sorprendidos herederos les interesaba hacerse cargo de estos reinos. No obstante, los templarios negociaron sus derechos con el nuevo rey, Ramón Berenguer IV, y obtuvieron de él, como compensación, un conjunto de villas y castillos: Monzón, Mongay, Chalamera, Barberá, Belchite, Remolins y Corbins.

A partir de entonces, la orden desarrolló una actividad militar más intensa. Durante el reinado de Alfonso II el Casto los templarios participaron activamente en la expedición contra Mertín, Alhambra y Caspe. En recompensa por estos servicios, obtuvieron la tercera parte de Tortosa, la quinta de Lérida y algunas villas menores. Paralelamente a estas actividades guerreras, la orden desarrolló otras mercantiles, como el monopolio del entonces importantísimo comercio de la sal.

El prestigio de la orden aumentaba. En 1198 medió en el pleito entre Pedro II y su madre doña Sancha por la posesión de Ariza. Doce años más tarde, los templarios apoyaron a Pedro II contra los musulmanes de Valencia en la toma de los castillos de Adamuz, Castelfabib y Sertella. Guillén de Montredón, maestre de los templarios de la provincia de Aragón, custodió al rey Jaime I durante su minoría. Jaime I contaría después con los templarios en la conquista de Valencia y Mallorca.

El Temple de Castilla y León se interesó al principio por el establecimiento de encomiendas en torno al Tajo, donde las posibilidades mercantiles eran mayores, principalmente en Montalbán. La preferencia por estos lugares, lejos de la frontera musulmana, pudiera deberse a que la orden, escasa de efectivos humanos, no se sentía en condiciones de emprender acciones bélicas.

LA ORDEN DE CALATRAVA

En 1147, Alfonso VII quiso empeñar a los templarios en la ambiciosa empresa de su reinado, la recuperación de todos los territorios del antiguo

reino godo, y les entregó la ciudad de Calatrava estratégicamente situada en el nudo de comunicaciones más importante de al-Ándalus, en medio de la llanura manchega, a medio camino entre Córdoba y Toledo y en el cruce de las vías de Mérida a Calatayud y a Cartagena. El lugar disfrutaba, además, de una formidable defensa natural porque el río Guadiana se derramaba por la llanura y producía una zona pantanosa que actuaba como foso, además de suministrar el agua necesaria. No obstante, aquella posición avanzada les resultó a los templarios imposible de sostener frente al creciente poderío almohade y optaron por devolvérsela al rey en 1158. Lo supo el abad cisterciense de Fitero, que casualmente se encontraba de visita en la corte, y se ofreció para guardarla con sus freires si se le concedían las franquicias propias de una orden militar. Ése fue el origen de la Orden de Calatrava (1164), una de las cuatro hispánicas (con Santiago, Alcántara y Montesa).

Las ruinas de Calatrava (hoy llamada «la Vieja» para distinguirla de Calatrava la Nueva), en el término municipal de Carrión de Calatrava, provincia de Ciudad Real, constituyen hoy una visita obligada para el que quiera hacerse una idea de lo que era una ciudad medieval. La antigua Qal't Rabah, en un amesetado cerro elíptico de cinco hectáreas de superficie que se levanta apenas unos metros sobre la llanura, presenta una fuerte muralla con 44 torres de flanqueo, dos de ellas albarranas, y un foso de diez metros de profundidad excavado en la roca y alimentado con aguas del Guadiana.

En Calatrava la Vieja se distinguen las dos partes típicas de la ciudad islámica: la alcazaba y la medina o ciudad. La entrada monumental que comunica la alcazaba con la ciudad, el foso, los torreones pentagonales, con su proyección esquinada y agresiva… constituyen una disuasoria exhibición de poder de los califas frente a las presiones de los reinos cristianos. En el castillo propiamente dicho, situado en ese mismo extremo de la ciudad, se superponen las ruinas de dos iglesias, la templaria, una sala espaciosa que remata en un ábside circular, a un nivel inferior, y la calatrava, más amplia, encima. Son admirables el espacioso aljibe, las airosas albarranas y las corachas tendidas hasta el centro del río que sustentaba la noria de la que se alimentaba una torre-depósito o *castellum aquae*.

Tras la batalla de las Navas de Tolosa, la frontera entre moros y cristianos descendió cien kilómetros y los calatravos abandonaron la ciudad para fundar una nueva casa-sede en Calatrava la Nueva frente al derruido castillo de Salvatierra.

En 1176, los templarios auxiliaron a Alfonso VII en la toma de Cuenca. En 1212 tuvieron una destacada actuación en la batalla de las Navas de Tolosa, donde pereció el maestre provincial, Gómez Ramírez. En este tiempo, las propiedades del Temple en Castilla-León se habían acrecentado e incluían los lugares de Coria, Benavente, Limia y Ponferrada, las salinas de Lampreana y la estratégica villa de Alcañices, en el camino de Braganza a Zamora.

A partir de 1216, la orden intensificó sus acciones guerreras apoyando a las huestes leonesas contra los moros.

Seguramente circulaban ya rumores sobre las riquezas acumuladas por los templarios. Honorio III pidió a los prelados que no prestasen oído a tales calumnias y justificó las riquezas de la orden por los cuantiosos gastos que le causaba el mantenimiento de caballeros y pobres en Damieta. Los templarios eran, además, los recaudadores del impuesto de la cruzada. Quizá esta circunstancia explique su impopularidad entre los contribuyentes hispánicos, siempre recelosos de Hacienda.

Los templarios tenían planteados algunos pleitos por cuestiones económicas con la orden de Alcántara y con la de Santiago (este último por la villa de Alcañices). Estas fricciones fueron consecuencia de la rápida expansión económica de las órdenes, que ambicionaban el control de cañadas ganaderas y pasos. En ocasiones tuvo que mediar el Papa.

Parte de las propiedades del Temple procedían de donaciones particulares, como la de los Griegos, que les fue entregada por Teresa Gil, la amante del rey de León. Otras eran consecuencia de sus actividades militares. Así, el castillo de Capilla y sus extensos términos, otorgados por Fernando III al maestre Esteban de Bellomonte después de la conquista de Córdoba.

En las empresas conquistadoras de Fernando III participaron a menudo contingentes templarios. Después de la toma de Sevilla, el rey les otorgó la villa de Fregenal (1248), cabeza de un extenso territorio. Los templarios llegaron a poseer en Castilla más de treinta encomiendas.

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES

En 1291, los musulmanes conquistaron San Juan de Acre, última ciudad cristiana de Tierra Santa. La Cristiandad se conmocionó ante la noticia, pero esta vez nadie movió un dedo para organizar una nueva cruzada. Corrían tiempos menos heroicos y el comercio internacional, cada vez más complejo, había hallado fórmulas para controlar los más distantes mercados sin necesidad de presencia militar.

La caída del último bastión cristiano en Tierra Santa acarreó cierto desprestigio a las órdenes militares, particularmente a la del Temple. Si la función primordial de las órdenes consistía en proteger a los peregrinos en Tierra Santa, ¿qué necesidad había de mantener aquellas poderosas y ricas organizaciones?

Los hospitalarios quedaban en una situación menos incómoda. Se habían establecido firmemente en Chipre desde tiempo atrás y casi todos los peregrinos que seguían la vía marítima hacían escala en su isla, y debían reponerse en los hospitales de la orden tras la prolongada travesía en naves insalubres. Precisamente, la función primordial de los hospitalarios había sido ofrecer asistencia médica y albergue. Descartada la actividad militar, los hospitalarios justificaban su supervivencia por la labor asistencial.

La situación de los templarios era mucho más delicada. El Temple se fundó para escoltar a los peregrinos entre Jaffa y Jerusalén. Perdido el dominio de aquella ruta, no quedaba función alguna que justificara el mantenimiento de la orden. Las altas jerarquías debieron de considerar la posibilidad de derivar el esfuerzo de su organización hacia misiones de asistencia en Chipre, pero ¿acaso no quedaban éstas suficientemente atendidas por los hospitalarios? Por otra parte, la potencia naval de éstos cubría con creces los requerimientos de los peregrinos que escogieran la vía marítima (la terrestre había sido virtualmente abandonada). Los templarios tuvieron que aceptar la realidad: no tenían nada que hacer en Oriente.

El rey Felipe el Hermoso de Francia.

En Occidente, el magno edificio de la orden parecía sólido a pesar de que la disciplina y el celo de los hermanos se habían relajado bastante.

Reinaba en Francia Felipe IV el Hermoso, «el rey de hierro». Este hombre inteligente y astuto, ambicioso y maquiavélico, estaba sin blanca. Había sometido a sus barones, a la nobleza flamenca y al Papa (al que domesticó y obligó a trasladar la Santa Sede a Aviñón), pero estaba comido de deudas. Lo había intentado todo: limitar los beneficios de la Iglesia, expoliar a los judíos, exprimir a la banca lombarda, devaluar la moneda… Soberano absoluto, sólo escapaba de su dominio, y lo limitaba, la soberana Orden del Temple, rica, poderosa e independiente.

Controlar el poder y los bienes de la Orden del Temple era difícil pero no imposible, puesto que los templarios estaban subordinados al Papa y éste lo estaba, virtualmente, a Felipe el Hermoso.

Felipe IV se aplicó a la tarea. Primero intentó introducir a uno de sus hijos en la orden, pero no consiguió que ascendiese a gran maestre. Tampoco fue

afortunado en su intento de que el Papa fusionara el Temple y el Hospital, que Felipe hubiese querido realizar bajo la magistratura suprema de otro hijo suyo.

Así estaban las cosas cuando, en 1305, Esquin de Floyrano, o Floyran, antiguo prior templario de Montfaucon, resentido porque lo habían expulsado de la orden, compareció ante Jaime II de Aragón en Lérida para acusar a los templarios de graves delitos. Como el rey aragonés no le concedió el menor crédito, marchó a Francia y repitió las acusaciones ante los juristas del Consejo Real. Felipe el Hermoso y su canciller Guillermo de Nogaret escucharon interesados. No les fue difícil encontrar a otros antiguos templarios expulsados dispuestos a difamar a sus antiguos hermanos de orden. Los oficiales reales redactaron las acusaciones y las sometieron a la aprobación del papa Clemente V, débil marioneta en manos del rey, que las admitió a trámite.

El 14 de septiembre de 1307 circuló la orden de arrestar y entregar a la Inquisición a todos los templarios de Francia. La requisitoria, enviada a los oficiales de la justicia, decía así:

> Gracias al informe de varias personas dignas de fe, hemos sabido una cosa amarga, una cosa deplorable, una cosa que seguramente horroriza pensar y aterroriza escuchar, un crimen detestable, una execrable fechoría, un acto abominable, una espantosa infamia, una cosa completamente inhumana o más bien ajena a toda humanidad, ha golpeado nuestros oídos conmoviéndonos con gran estupor y horrorizándonos. Al sopesar la gravedad, un inmenso dolor va creciendo en nosotros, más cruel todavía desde el momento en que no cabe duda que la enormidad del crimen desborda hasta convertirse en una ofensa para la majestad divina, una vergüenza para la humanidad, un pernicioso ejemplo del mal y un escándalo universal. […] Hemos sabido recientemente, gracias al informe de personas dignas de fe, que los hermanos de la Orden de la Milicia del Temple, ocultando al lobo bajo la apariencia del cordero, y bajo el hábito de la orden, insultando miserablemente a la religión de nuestra fe, crucificando una vez más en nuestros días a Nuestro Señor Jesucristo, ya crucificado para la redención del género humano, y colmándolo de injurias más graves que las que sufrió en la cruz […]. Esta gente inmunda ha renunciado a la fuente del agua viva, reemplazando su gloria por la estatua del becerro de oro e inmolando a los ídolos. […] Aquél a quien se recibe pide —en primer lugar— el pan y el agua de la orden, luego el comendador o el maestre encargado de su recepción lo conduce secretamente detrás del altar, a la sacristía o a otra parte y le muestra la cruz y la figura de Nuestro Señor Jesucristo y le hace renegar tres veces del profeta, es decir de la imagen de Nuestro Señor Jesucristo, y escupir tres veces sobre la cruz; luego le hace despojarse de sus ropas y el receptor lo besa al final de la espina dorsal, debajo de la cintura, luego en el ombligo y luego en la boca, y le dice que si un hermano de la orden quiere acostarse con él carnalmente, tendrá que sobrellevarlo porque debe y está obligado a consentirlo, según el estatuto de la orden, y que por eso, varios de ellos por afectación de sodomía se acuestan el uno con el otro carnalmente y cada uno ciñe un cordel en torno a su camisa que el hermano debe llevar siempre sobre sí todo el tiempo que viva; y se dice que estos cordeles se colocan y se disponen en torno al cuello de un ídolo que tiene la

> forma de una cabeza de hombre con una gran barba y que esta cabeza se besa y se adora en los capítulos provinciales, pero esto no lo saben los hermanos, excepto el gran maestre y los ancianos. Además, los sacerdotes de la orden no consagran el cuerpo de Nuestro Señor. Después de ésta, se abrirá una investigación especial sobre los sacerdotes de la orden […].

Llama la atención que en la misma requisitoria de detención de los templarios se establezcan y delimiten los delitos de los que son acusados. Es un modo indirecto de orientar a los interrogadores para que ellos mismos sugieran estas confesiones a sus reos quebrantados por la tortura.

Con las primeras luces del viernes 13 de octubre de 1307, un vasto dispositivo policial se puso en marcha en toda Francia. El recinto del Temple en París fue ocupado por las tropas reales capitaneadas por el propio Nogaret. Los templarios fueron arrestados en sus conventos, castillos y encomiendas. En todas partes se dejaron prender sin oponer la menor resistencia. ¿Por qué estos hombres entrenados en el manejo de las armas optaron por entregarse a los oficiales del rey? Éste es uno de los muchos interrogantes que surgen del proceso. Quizá tuvieron en cuenta que la regla prohíbe esgrimir la espada contra otro cristiano o quizá la sorpresa fue tan completa que impidió toda reacción. Pero, por otra parte, es difícil creer que la vasta operación policial fuese preparada tan en secreto que no llegase a oídos de la poderosa orden. Quizá todo el asunto resultaba tan desmesurado que los dirigentes templarios nunca creyeron que verdaderamente pudiera suceder. Algo parecido a lo que ocurrió a los judíos bajo dominio nazi: se rumoreaba la existencia de campos de exterminio, pero ellos se resistían a creer que fuera cierto y que aquello pudiese ocurrir en un país tan civilizado y en pleno siglo XX.

Comenzó el proceso. Los inquisidores de los distintos tribunales provinciales llenaron pliegos con las confesiones de los hermanos, unas espontáneas y otras forzadas por la tortura. El cuestionario inquisitorial constaba de los siguientes puntos:

1. Que renegaban de Cristo y escupían sobre la cruz en la ceremonia de admisión en la orden.
2. Que en esta ceremonia se intercambiaban besos obscenos.
3. Que los sacerdotes de la orden omitían las palabras de la consagración en la misa.
4. Que practicaban la sodomía.
5. Que adoraban ídolos.

6. Que se confesaban mutuamente y que el presidente del capítulo perdonaba los pecados.

Todas estas acusaciones parecen infundadas y calumniosas, exceptuando, quizá, la última de ellas, que pudiera responder a una confusión entre el perdón por las faltas a la regla templaria, otorgado por el presidente de cada capítulo, y la sacramental absolución de los pecados que sólo administraba el capellán. Algunos de los delitos tenidos como norma común entre los templarios se señalaban como pecados abominables en la regla de la orden. Los estatutos establecen que «aquél de nuestros hermanos que cometa pecado de sodomía perderá el hábito de nuestra orden; con grillos en los pies, cadena al cuello y esposas en las manos será arrojado a prisión perpetua, para que se alimente allí del pan de la aflicción y beba el agua de la tribulación por el resto de su vida».

En las actas de interrogatorio afloran otras acusaciones no menos peregrinas. A Bartolomé de la Tour, capellán templario, le preguntan sus interrogadores:

—¿Acaso no rodean las cabezas de los ídolos con un cordel que se ciñen a continuación sobre la camisa y el cuerpo?

—No —responde el templario—, los hermanos sólo llevan un cinturón de lino sobre la camisa.

—¿Por qué llevan ese cinturón?

—Creo que lo llevan, y yo también lo llevo, porque está escrito en el Evangelio de Lucas: *sin lumbi vestri precinti*, etcétera. Es observancia de la orden y los hermanos lo llevan noche y día, pero no tocan ninguno de los ídolos que decís.

Muchos templarios resistieron a pesar de las torturas, pero otros sucumbieron al dolor y firmaron lo que los inquisidores les exigían, entre ellos, los mayores dignatarios de la orden, incluido su gran maestre, Jacques de Molay quien se acusó y acusó a la orden ante la Universidad de París y animó a sus correligionarios a imitar su ejemplo.

Es evidente que, en su hora más difícil, la orden no contó con un maestre valeroso y firme capaz de estar a la altura de las circunstancias. Quizá este hombre mediocre y cobarde se aferró a la posibilidad de salvar la vida y asegurarse un futuro desahogado y se dejó persuadir por los enviados del rey. Da la impresión de que muchas de sus acciones son producto de unas

negociaciones secretas con agentes reales, aunque después, evidentemente, el rey incumpliera sus compromisos. El memorial que Jacques de Molay dirigió al papa es un ejemplo de pobreza intelectual y egoísmo: da la impresión de que lo único que le preocupa es la posibilidad de perder sus privilegios si el Temple se une al Hospital.

El rey de Francia había apresado a los templarios en nombre de la Iglesia. No le quedó más remedio que transferir a sus prisioneros a los tribunales eclesiásticos cuando éstos los reclamaron. En cuanto se vieron en poder de la Iglesia, los dignatarios templarios se retractaron de sus primeras declaraciones alegando que eran fruto de la coacción. Consecuentemente, el Papa impugnó su validez, lo que concitó una controversia jurídica entre la justicia civil y la eclesiástica, con el arbitraje de la Universidad de París. Felipe el Hermoso sabía que sus argumentos estaban de antemano condenados al fracaso puesto que, desde el punto de vista estrictamente canónico, sólo al Papa correspondía juzgar a los templarios. Entonces intentó socavar la autoridad del Pontífice divulgando libelos contra su persona. Lo acusaba, muy razonablemente por otra parte, de nepotismo, puesto que, desde que accedió al pontificado, había elevado a la púrpura cardenalicia a algunos parientes, sin respetar escalafón, en perjuicio de muchos doctores. Otros libelos anónimos, igualmente inspirados por el rey, exhortaban al poder civil a imponerse al eclesiástico y a castigar a los templarios. Evocaba el ejemplo del severo Moisés bíblico, el que castigó a los idólatras incluso contra el parecer del sumo sacerdote Aarón.

Finamente se impuso una solución de compromiso que, en realidad, entrañaba la subordinación de los tribunales eclesiásticos a los civiles. A partir de 1309 se aceptó que los templarios presos fueran interrogados independientemente por tribunales civiles o eclesiásticos. Sobre el papel parecía una medida tendente a favorecer la imparcialidad del proceso, pero en realidad ocultaba una turbia maniobra de Felipe, puesto que muchos de estos tribunales estaban en manos de obispos que le debían sus diócesis.

Los templarios volvieron al confinamiento y a los interrogatorios en la cámara de tormento, en la que realizaron algunas confesiones esclarecedoras. El comendador de Payens, Ponsaro de Gizy, declaró que sus hermanos no se atrevían a defenderse porque sabían que sólo en París habían muerto treinta y seis de ellos en el potro de tortura. La situación era, en realidad, mucho más grave: en toda Francia habían perecido ya varios centenares de templarios

debilitados por la tortura, las enfermedades y las condiciones insalubres de sus calabozos. El declarante está dispuesto a morir, pero hace constar su inocencia aunque se acuse de lo que sus interrogadores quieran si lo someten a tormento.

Los procesos se prolongaron durante meses. Muchos de los que al principio habían suscrito las acusaciones presentadas, quizá desconcertados al conocer que su maestre y altos dignatarios las admitían, se retractaban de cuanto habían afirmado anteriormente. Pero los astutos juristas del rey remediaron esta eventualidad declarando relapsos y enviando a la hoguera a medio centenar de templarios. Las impugnaciones de los declarantes disminuyeron drásticamente.

El Papa convocó un concilio en Vienne (1311) para decidir sobre la suerte de la orden. Mientras se desarrollaban sus sesiones, el rey francés reunía Estados Generales para presionar sobre las deliberaciones conciliares y arreciaba su ofensiva diplomática sobre el Papa. El concilio entendió el mensaje y aprobó la disolución del Temple y la confiscación de sus bienes. Oficialmente, las posesiones de los templarios pasarían al Hospital, excepto en Mallorca, Portugal, Aragón y Castilla-León.

La suerte de la orden varió dependiendo de los países. Desde el comienzo del conflicto, Francia había desencadenado una ofensiva diplomática internacional contra el Temple. Felipe el Hermoso exhortaba a sus colegas para que procesaran a los templarios establecidos en sus dominios, pero los monarcas europeos, todos ellos en buenas relaciones con el Temple, se mostraron renuentes, hasta que el propio Papa solicitó el proceso y ulterior disolución de la orden. En cualquier caso, fuera de Francia los templarios resultaron absueltos en todos los procesos.

El primer reino de la península Ibérica que detuvo a los templarios fue Navarra, que estaba ligada a Francia. El rey de Aragón manifestó que no apresaría a los templarios hasta que se lo ordenase el Papa, especificando de qué delitos los acusaba. No obstante, en diciembre de 1307, mandó prenderlos adelantándose a la orden pontificia. Seguramente fue una maniobra para poder disponer de los bienes requisados antes de que la justicia eclesiástica se pronunciase sobre ellos. Luego encomendó al inquisidor general y a los obispos de Valencia y Zaragoza que incoasen el proceso.

Algunos templarios se acogieron a sus castillos y hubo que reducirlos por

las armas. El de Castellote resistió once meses; Miravet, un año. Cuando las tropas reales consiguieron irrumpir en el castillo, encontraron a su alcaide, el hermano Ramón de Guardia, orando en la solitaria capilla.

El maestre provincial, Bartolomé Belbir, había solicitado la convocatoria de un concilio. En los interrogatorios no aparecieron confesiones de culpabilidad. El 4 de noviembre de 1312 se les declaró inocentes, lo que no evitó la disolución de la orden. El rey de Aragón y la Santa Sede pleitearon por los bienes confiscados, de los que una parte se destinó a las Órdenes de Montesa y Hospital, y el rey retuvo el resto. En 1331 se permitiría ingresar en otras comunidades a los antiguos templarios aragoneses.

En Castilla y León el proceso discurrió de modo parecido. Después de la información, por un tribunal de Medina del Campo, el concilio de Salamanca declaró unánimemente la inocencia de los templarios de Portugal, Castilla y León. No obstante, quedaba al arbitrio del Papa y del concilio de Vienne la última decisión sobre la libertad de los encarcelados y el destino de los bienes de la orden. Cuando Clemente V suprimió la orden, sus posesiones se entregaron a los hospitalarios En Castilla las heredó la corona; en Portugal, la Orden de Cristo (1320), y en Valencia, la de Montesa (1317), estas dos últimas fundadas con este propósito.

EL GRAN MAESTRE EN LA HOGUERA

Después de prolijas deliberaciones, el concilio de Vienne acordó la suerte de los templarios procesados. El 18 de marzo de 1314 el gran maestre, Jacques de Molay, y otros treinta y seis templarios ardieron en la hoguera, en una isla del Sena. Un testigo presencial lo cuenta así:

> El gran maestre, cuando vio la hoguera dispuesta, se desnudó sin titubear quedándose en camisa. Maniatado, lo llevaron al poste: «Al menos dejadme que junte un poco las manos para orar a Dios, ya que voy a morir —solicitó de los verdugos—. Dios sabe que muero injustamente. Estoy convencido de que Él vengará nuestra muerte. A vos, Señor, os ruego que miréis a la Virgen María, Madre de Jesucristo». Se le concedió lo que pedía y murió dulcemente en esta actitud, dejando maravillado a todo el mundo.

El papa Clemente V falleció apenas transcurrido un mes de la muerte del gran maestre. Ocho meses más tarde lo seguía a la tumba Felipe IV el Hermoso, a consecuencia de una caída del caballo. La misma oscura suerte corrió el canciller Nogaret, ejecutor del proceso a los templarios. Esquin de Floyrano, el traidor, murió apuñalado. De un modo u otro, todos los actores del drama desaparecieron del escenario en cuanto cayó el telón, lo que alentó la leyenda de su emplazamiento por Jacques de Molay a comparecer ante el tribunal de Dios en el plazo de un año.

Los templarios en la hoguera (miniatura medieval).

LOS MISTERIOS TEMPLARIOS

Acaba la historia y, después de siglos de silencio, surgen las leyendas. Pocas instituciones del pasado han despertado tanta fascinación en el hombre

moderno como la Orden del Temple. Esta morbosa fascinación procede del desastrado y romántico final de los freires, del sonado proceso y de las extrañas acusaciones por las que los condenaron.

Algunos autores creen que los templarios eran inocentes de las acusaciones que se les imputaron y que fueron víctimas de una farsa legal orquestada por el rey de Francia, que codiciaba sus riquezas, con el beneplácito del Papa. Otros admiten un fondo de verdad en ciertas acusaciones, pero sugieren una explicación que absuelve igualmente a los templarios: la negación de Cristo pudo ser una remembranza de las negaciones de san Pedro o una extrema prueba de obediencia. Abundando en este tipo de explicaciones se ha sugerido que quizá se escupiría a la cruz para despreciarla en lo que tiene de instrumento de muerte y no en su valor como símbolo cristiano; los besos dados en las partes vergonzosas y las invitaciones a la sodomía pudieron ser calumnias inspiradas por inocentes novatadas cuarteleras…

Son explicaciones excesivamente rebuscadas para lo que parece reducirse a simples calumnias inspiradas por los sicarios del rey de Francia.

Las circunstancias misteriosas que rodearon el proceso y ruina de los templarios han estimulado durante siglos, y particularmente a partir del XVII, la fértil imaginación de autores y novelistas. Hoy es posible aclarar el origen de los mitos templarios gracias a las investigaciones de algunos historiadores[182].

La asociación de los templarios con el ocultismo se produjo en el siglo XVIII, es decir, cuatro siglos después de la disolución de la orden[183].

En el Renacimiento algunos teóricos políticos señalaron la supresión de los templarios como ejemplo de las terribles consecuencias que se derivan del despotismo y arbitrariedad de los gobernantes. Abundando en el mismo pensamiento, el humanista Jean Bodin (1529-1596) señaló a los templarios y a los gnósticos como ejemplo de los grupos perseguidos calumniosamente. Esta asociación, meramente fortuita, es el origen de la relación de gnosticismo y templarios en autores posteriores.

La corriente de simpatía de humanistas y reformadores hacia el Temple decreció algo después de 1654, cuando se publicaron algunos documentos del proceso tendenciosamente seleccionados para alentar sospechas sobre la orden. Sería un siglo después, ya en el Romanticismo dieciochesco, cuando nacieran los mitos templarios que perduran hasta hoy. Las causas de este fenómeno fueron varias y complejas. Por una parte, la nostalgia literaria por

la Edad Media y sus imaginados misterios, por la novela gótica y el esplendor de lo oculto. Por otra, la humana fascinación por la decadencia y las causas perdidas y la solidaridad de los espíritus ilustrados hacia toda minoría perseguida por razones doctrinales.

El mito templario no hubiese arraigado y crecido con fuerza en el siglo XVIII sin la entusiasta colaboración de francmasones que propugnaban una interpretación del universo basada en un conocimiento oculto y secreto. En el siglo XVIII, además de la Razón y las Luces, surgió una legión de charlatanes, embaucadores y magos que gozó de amable acogida entre la aburrida nobleza de las cortes europeas. Sectas y agrupaciones masónicas florecían en un ambiente de credulidad y devoción científica propenso a admitir cualquier formulación espiritual, por descabellada que fuera, con tal de que molestara a los obispos.

Algunas sectas masónicas buscaron la legitimación histórica proclamándose sucesoras de los templarios y transmisoras de un supuesto legado iniciático heredado de la orden. Los templarios habrían recibido, a su vez, este legado por una áurea cadena que arrancaba de los gnósticos, de los cultos mistéricos egipcios y griegos, e incluso de los canteros del Templo de Salomón, y llegaba a los cruzados medievales pasando por los misteriosos esenios y los no menos misteriosos canónigos del Santo Sepulcro. Incluso se especulaba que la adopción del manto blanco era influencia de los sufíes o místicos musulmanes con los que los templarios se relacionaron en Tierra Santa. Pronto se aceptó, incluso en círculos académicos, que los templarios transmitieron a Europa el conocimiento iniciático de Oriente. A ellos cabía atribuir incluso el arte gótico que floreció por toda la Cristiandad.

Estas invenciones tuvieron seguramente un origen anónimo y, en cierto modo, colectivo, pero su primera sistematización es mérito de tres hombres singulares: el inglés George Frederick Johnson y los alemanes Karl Gotthelf von Hund y el pastor Samuel Rosa.

Johnson concibió la idea de extraer de los románticos templarios inventados por sus colegas los ritos de las logias masónicas. Von Hund, un adinerado y extravagante visionario, iba más allá: estaba deslumbrado por la posibilidad de crear una religión de la Razón que recogiese las enseñanzas tradicionales de los filósofos y alquimistas antiguos. Aseguraba que él era un mero divulgador de ciertos conocimientos secretos que le eran transmitidos por unos misteriosos «superiores desconocidos».

Muchos charlatanes e impostores copiaron las ideas de estos precursores y las divulgaron con aumentos de cosecha propia. Para que el conjunto cobrase más fuerza literaria ascendieron a la categoría de héroe al pacato Jacques de Molay. La sabiduría secreta de los templarios procedería de las escrituras secretas de la orden custodiadas en un cofre que algunos templarios fugitivos pusieron a salvo en Escocia. También se especulaba con la posesión de objetos mágicos pretendidamente templarios, entre ellos el candelabro del Templo de Jerusalén, la Mesa de Salomón, las columnas del Templo (Jakim y Boaz) y la corona del Reino de Jerusalén, que ocuparían un lugar fundamental en la simbología masónica.

El mito templario, vertido en los moldes espiritualistas de la masonería y ataviado con sus románticas galas, fascinó a las clases ilustradas y burguesas de Europa. Surgieron por doquier logias masónicas que, en un ambiente de rivalidad y descarada competencia, no vacilaron en multiplicar las jerarquías y grados ni en idear unos rituales cada vez más espectaculares y complejos. Todo ello produjo sustanciosos beneficios a varios charlatanes entre los que destaca Samuel Rosa, pastor luterano y rector de la catedral de Berlín en 1757, que viajó por diversos países de Europa predicando la buena nueva templaria y vendiendo supuestos títulos de la orden a comerciantes pudientes deseosos de ennoblecerse.

A medida que se divulgaban los pretendidos secretos iniciáticos entre un círculo cada vez mayor de adeptos, se detectaba también una incidencia mayor en los aspectos meramente históricos de la orden. Se incorporaron rituales en los que se maldecía la memoria de los «tres abominables»; a saber, el papa Clemente V, el rey Felipe el Hermoso y el templario traidor, rebautizado como Noffodei.

Las implicaciones revolucionarias y republicanas de ciertas logias masónicas no tardaron en involucrar la historia templaria en sus aspiraciones por derrocar a la monarquía francesa. Se inventó la leyenda de que la dinastía reinante arrastraba la maldición que el último maestre templario emitió desde la hoguera.

Los masones, como legítimos continuadores de los templarios, se consideraban destinados a vengar a la orden y divulgaban y reforzaban la leyenda haciendo notar que los personajes implicados en el proceso del Temple, el Papa, el rey francés y su canciller, habían fallecido antes de cumplirse un año desde la ejecución de Molay. El célebre médico y ocultista

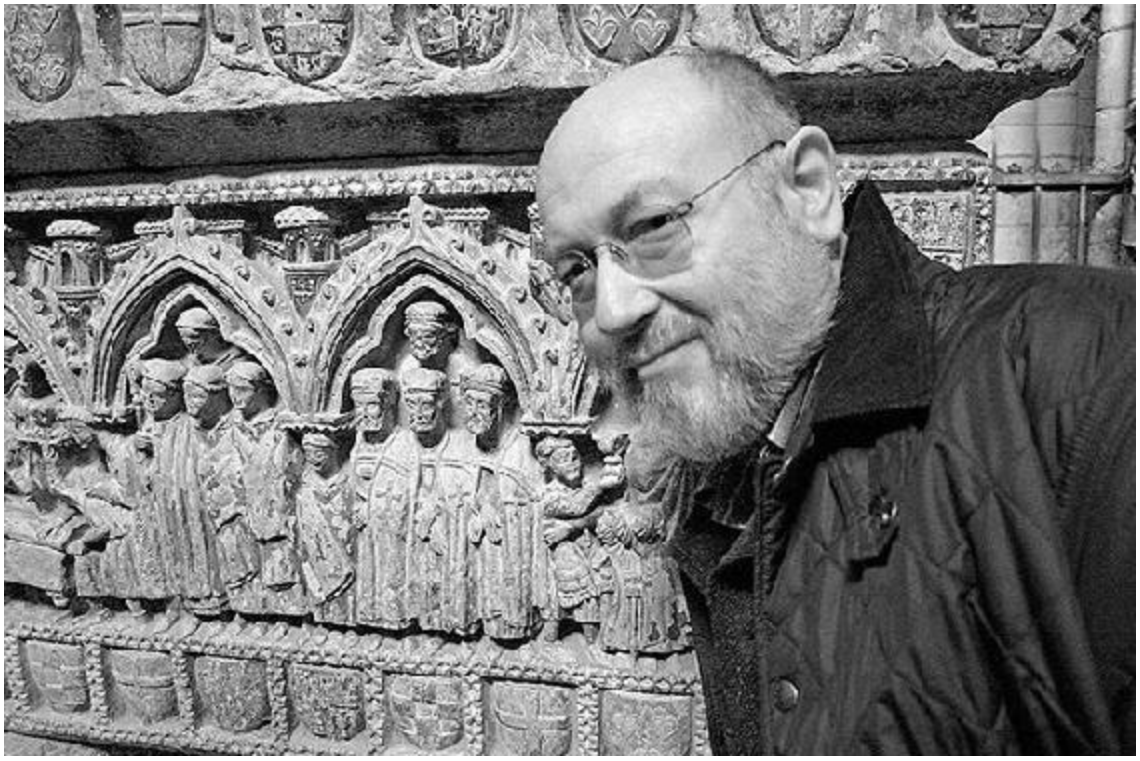
Alessandro di Cagliostro (1743-1795) denunció a la Inquisición una conjura templaria para destruir la monarquía francesa y la religión católica en venganza por la disolución de la orden. En la misma línea están los escritos de Charles Louis Cadet de Gassicourt (1769-1821), un farmacéutico y publicista persuadido de que los templarios fueron la versión occidental de la secta de los asesinos de Hasan-i Sabbah, más conocido como «el viejo de la montaña»[184]. El derrocamiento de la monarquía francesa era la prueba palpable de la existencia de esta conspiración. Después de la ejecución del Luis XVI en la guillotina, se difundió el bulo de que un misterioso espectador había roto la cadena de guardias que protegían el cadalso para mojar los dedos en la sangre y salpicarla sobre la muchedumbre mientras gritaba: «¡Yo te bautizo, pueblo, en nombre de la libertad y de Jacques de Molay!».

En este ambiente florecen los grandes templaristas de la segunda generación entre los que destaca Johann August Starck (a veces escrito Stark, 1741-1816), creador de un nuevo rito templario alemán cuya simbología incorporaba los recientes descubrimientos arqueológicos de Persia, Mesopotamia y Egipto. De él partió la reinterpretación del Bafomet como vínculo de la orden con antiguas sectas satánicas o satanizadas. Contó con la colaboración de otro masón templarista, Christoph Friedrich Nicolai (1733-1811), que defendía el carácter gnóstico de la orden, lo que enriquecía considerablemente su acervo oculto. Para Nicolai, el ídolo Bafomet era herencia de los gnósticos del siglo III y simbolizaba el bautismo espiritual.

Los seguidores de Starck se enzarzaron en agria polémica con los de Von Hund hasta que comprendieron que el negocio menguaba con el mutuo descrédito y se amistaron en el concilio templario de Kohlow (Prusia) en 1772. Von Hund, cansado y viejo, admitió la supremacía del grupo rival a cambio de un puesto honorífico. Cuatro años después moriría autoproclamándose gran maestre del Temple y sería amortajado con las insignias y uniforme que había ideado para su personaje.

En toda Europa surgían logias masónicas integradas por tenderos, funcionarios y militares que proponían descabelladas teorías templarias. El templarismo acrecía su caudal con los más pintorescos aportes de la arqueología y del esoterismo ocultista. Tanta exuberancia los desacreditó incluso a los ojos de los mismos que contribuían a sustentar la comedia. Por otra parte, las ideas románticas pasaron de moda y con ellas la atracción por el esoterismo medieval y la transmisión oculta del conocimiento. El teórico

político Joseph del Maistre (1753-1821) despachó todo el mito templario de un plumazo: «El fanatismo los creó, la avaricia los destruyó; eso fue todo». Incluso el propio Starck, después de muchas controversias con otros supuestos templarios, acabaría satirizando sus propias imposturas en su novela *Saint Nicaise* (1785).



Sepulcro de los templarios en la iglesia de Villalcázar de Sirga.

51
FRAILES Y CURAS GRANUJAS

De los frailes templarios que renunciaban a los placeres del mundo para defender la cruz y hasta morir por ella en Oriente, pasaremos a los curas y frailes ociosos, vividores y sinvergüenzas de Occidente. No todos lo fueron, naturalmente. Hubo muchos que se atenían a sus reglas y observaban una conducta ejemplar, pero ya el hecho de que cada cierto tiempo surjan reformadores en las propias órdenes nos indica que había una tendencia, muy humana por otra parte, a la laxitud moral y a la perversión de las costumbres.

Gibbon señalaba páginas arriba que muchos frailes se refugiaban en los conventos no por vocación sino por huir del trabajo y de las obligaciones familiares. Estos religiosos vulneraban las reglas comenzando, naturalmente, por la de la castidad.

Durante la Edad Media, y aún después, fue bastante corriente no sólo que los clérigos mantuviesen mancebas, sino que las exhibiesen públicamente como si de legítimas esposas se tratara.

La costumbre tuvo su origen en los matrimonios espirituales, con teórica exclusión del sexo, que la Iglesia toleró en los primeros siglos medievales. A su amparo, muchos clérigos se echaron novia con el pretexto de tener agapeta o subintroducta, es decir, ama.

La institución del ama era tan ambigua que inmediatamente se detectaron abusos. Ya el concilio de Elvira estableció que el *pactum virginitatis* debía ser público y prohibió la convivencia de ascetas y vírgenes bajo un mismo techo. Es más, estableció que cuando la virgen o monja se casaba, como era esposa de Cristo, cometía adulterio e incurría en excomunión.

San Bonifacio, en el siglo VIII, clamaba contra los clérigos que «de noche mantienen a cuatro, cinco o más concubinas en su cama». También el rey visigodo Fruela intentó prohibir el matrimonio de los clérigos, pero los afectados se le sublevaron.

La corrupción del clero alcanzó su punto álgido en el siglo X. El mal llegó a infectar las más altas jerarquías de la Santa Sede, que estaba en manos de Marozia, aristócrata romana amante del papa Sergio III (904-911)[185].

Si el Vaticano alcanzaba estos extremos, no debe extrañarnos que por toda la Cristiandad existieran abades y clérigos amancebados y monasterios «que son casi lupanares» donde las monjas eran «pregnantes y adúlteras».

El viajero Juan de Abbeville (1228) observó que el clérigo español era más mujeriego que sus colegas europeos. En 1281, la priora del monasterio de Santa María de Zamora solicitó ayuda del cardenal porque las monjas jóvenes de su comunidad recibían visitas de dominicos que pasaban la noche en sus celdas «holgando con ellas muy desolutamente». Como eran correligionarios y había confianza, lo hacían en el propio convento, pero también las hubo que atendían a domicilio, como parece sugerir cierta ley de las Partidas que establece penas para «los que sacan monjas de conventos para yacer con ellas […] si es clérigo débenlo deponer; si lego, excomulgar». Y la monja debía reintegrarse al convento de forma que «estuviera mejor guardada que antes».

Los intentos de reformar al clero, particularmente desde que el papa Gregorio VII impuso de manera definitiva el celibato, fracasaron estrepitosamente. El concilio de Compostela (1056) dispuso que los sacerdotes y clérigos casados dejasen a sus mujeres e hicieran penitencia; el de Palencia (1129) ordenó que las mancebas de los eclesiásticos fuesen repudiadas públicamente; el de Valladolid (1228) que «denuncien por excomulgadas a todas las barraganas públicas de los dichos clérigos y beneficiados y si se morieren que las entierren en la sepultura de las bestias»; y el de Toledo (1324) señalaba que «se ha introducido la detestable costumbre de que vayan a comer a casa de prelados y grandes las mujeres livianas, conocidas vulgarmente con el nombre de soldaderas y otras que con su mala conversación y dichos deshonestos corrompen muchas veces las buenas costumbres».

Las Cortes del siglo XIV adoptaron una serie de medidas para reprimir el amancebamiento de los clérigos. Por una parte se les obligó a satisfacer un impuesto; por otra se reprimió el lujo de sus mancebas acostumbradas a

exhibicionismos tales como lucirse «con grandes quantías de adobos de oro y plata». Además, la ley las obligó a vestir paños viados de Ypres y un prendedor de lienzo bermejo que las distinguieran de «las dueñas honradas y casadas». Se conoce que ignoraron la orden: unos años después las Cortes de Soria recuerdan que las mancebas de los clérigos debían llevar el prendedor «pública e continuamente».

Como estas radicales medidas se mostraban inoperantes, en ocasiones se acudía a la negociación. Un privilegio de Enrique II concedía a los clérigos y prestes de Sevilla el mantenimiento de sus apaños siempre que fuera sin mengua de la castidad: «Que las dichas concubinas en adelante hicieren vida honesta, que les puedan en sus casas de ellas aparejar los manjares y enviarlos a los dichos clérigos a sus casas, y en el tiempo de enfermedad servirlos en cosas lícitas y honestas de día, salvo si el mal fuere muy grave. Y otro sí, que los clérigos y prestes puedan ayudar piadosamente a las dichas mujeres, e hijos ya nacidos, en sus menesteres».

Quedaban ya lejanos los tiempos en que los eclesiásticos tenían que ser impolutos (es decir, sin poluciones) y, caso de sufrir algún involuntario derrame nocturno, debían lavarse «y lanzar gemidos» antes de entrar en la iglesia.

Uno de los intentos de la jerarquía eclesiástica por erradicar las mancebas de los clérigos queda reflejado en la deliciosa «Cantiga de los clérigos de Talavera», del Arcipreste de Hita: «Cartas eran venidas, dizen desta manera: que casado nin clérigo de toda Talavera / que non toviese manceba casada nin soltera / y aquél gire la tuviese descomulgado era. / Con aquestas razones que la carta dezía / quedó muy quebrantada toda la clerecía».

Naturalmente, hubo gran revuelo de sotanas ante tamaño atropello y asamblea clerical para elevar la protesta al rey porque:«[…] de más se sabe el rey que todos somos carnales / y se apiadará de todos nuestros males».

Oigamos las indignadas razones de uno de los afectados que acaba de regalar un vestido a su barragana y además la tenía recién lavada, lo que no era cosa de todos los días: «¿Que yo deje a Orabuena, la que cobré antaño? / En dejar yo a ella recibiera gran daño: / dile luego de mano doce varas de paño / y aun ¡por mi corona! anoche fue al baño».

Otro afectado, más irascible que el anterior, no se recata de proferir terribles amenazas contra el arzobispo: «Porque suelen decir que el can con

gran angosto / con rabia de la muerte, al amo muerde el rostro. / Si cojo al arzobispo yo en un paso angosto / tal tunda le daré que no llegue a agosto».

Llevaba razón el anónimo poeta que compuso aquella coplilla del siglo XVII: «Tanta gente de bonete, ¿dónde mete? / Porque dejar de meter, no puede ser».

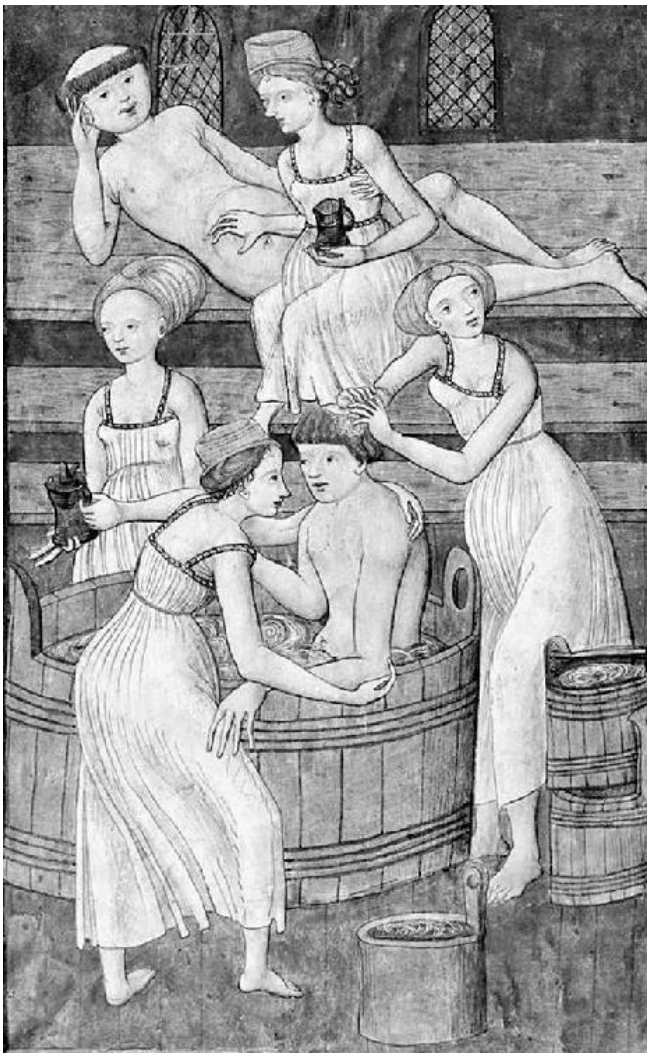
Fraile caricaturizado en una revista satírica del siglo XIX.

La desvergüenza de los frailes terminó por desacreditarlos ante el rebaño cristiano. En el siglo XIX, el anticlericalismo, larvado durante mucho tiempo,

se manifestó abiertamente. «El carácter y la conducta de los frailes —escribe el viajero William Jacobs— es objeto de reprobación y mofa. Han perdido el aprecio de la gente, en lugar de ser admirados por su apartamiento del mundo, grandes y chicos les reprochan su indolencia, voluptuosidad y libertinaje. Su disolución se espera con anticipado placer, un acontecimiento que necesariamente ocurrirá si alguna vez los españoles alcanzan unas Cortes que los representen».

Jacobs no deja de censurar a la clerecía sevillana, «un grupo de hombres que, bajo la pretensión del celibato, se ha aislado del resto de los de su especie para practicar los vicios del libertinaje y la lujuria con la mayor impunidad».

En tiempos más recientes los frecuentes escándalos de curas pederastas han sacudido la conciencia del orbe cristiano y han obligado al Santo Padre a tomar cartas en el asunto. Quizá si a estas criaturas de sotana les estuviese permitido el acceso a los placeres carnales y pudieran emparejarse con individuos del sexo opuesto y formar familias no desviarían sus naturales instintos hacia los niños. Hagamos votos porque esa anomalía de la Iglesia católica acabe cuanto antes, lo que sin duda redundará en bien de la sociedad y de la propia Iglesia.



Monjes en el baño con sus amigas (manuscrito medieval).

52
EL VUELO DE LAS BRUJAS

Esta mañana, en mi dominical visita al Rastro madrileño, me he topado con una reproducción del aguafuerte de Goya titulado *Volando al aquelarre*.

El genio aragonés dibuja dos mujeres, una joven y otra vieja, que vuelan sobre la misma escoba. Como a cualquier hijo de vecino, los aquelarres donde con el pretexto de servir al diablo se copulaba a calzón quitado, le producían a Goya cierto morbo. No obstante, este aguafuerte parece más un pretexto para confrontarnos la belleza de la juventud con la fealdad de la vejez. La bruja joven, bien mirada, es la típica española tan retratada por Goya: menuda, bien proporcionada, piernas moldeadas, hermosos muslos, ancheta de caderas (como quería el Arcipreste de Hita), su poquito de barriga (que tanto saben apreciar los buenos *connoisseurs)*, fina de cintura y con los pechos redondos, firmes y proporcionados.

Parece probado que el mito del vuelo sobre la escoba tiene una base real en la alucinación que experimentaban estas criaturas cuando se drogaban con jugo de estramonio *(Datura stramonium),* de beleño *(Hyoscyamus niger)* o de belladona *(Atropa belladonna).* Este jugo se tomaba a través de la piel. Lo untaban en la caña de la escoba (el elemento más suave, pulido por el uso, del ajuar doméstico), que luego se pasaban por el sexo. La mucosa de los labios menores o del recto facilitaba la absorción de la sustancia y su rápido tránsito al torrente sanguíneo, lo que les provocaba alucinaciones en las que creían volar (como el *tripi* del LSD) y orgasmos devastadores de los que crean adicción y cofradía.

Por cierto, la belladona contiene una droga, la hioscina, escopolamina o burundanga, que goza hoy de cierta fama porque la emplean algunos

violadores para anular la voluntad de sus víctimas.

Otras drogas brujescas, igualmente efectivas cuando se aplicaban en las partes nobles o en las axilas, eran el cornezuelo de centeno (un hongo que contiene alcaloides del grupo ergolina) y la bufotenina y bufotoxina contenida en las verrugas dorsales de ciertas especies de sapos.

Las brujas de Goya.

Graves autores creen quelas brujas constituían una supervivencia de las religiones neolíticas, matriarcales, que precedieron a las religiones históricas en el mundo antiguo. De las sacerdotisas de aquellas religiones pudieron heredar las brujas ciertos conocimientos de farmacopea aplicables a toda clase de males, incluidos los que se relacionan con el sexo. Se suponía que productos provenientes de los tres reinos de la naturaleza (mineral, vegetal y

animal) guardaban virtudes capaces de influir positiva o negativamente sobre los cuerpos y aun sobre las almas. Unos serían efectivos, porque integraban principios químicos operativos, y otros no pasarían der ser meros placebos cuyo efecto dependía del convencimiento del paciente.

La farmacopea erótica medieval ofrecía un amplio catálogo de remedios entre los que destacaban las piedras remediadoras citadas en el lapidario de Alfonso X (la camiruca, el margul y el alburquiz), la maravillosa planta mandrágora, que tendía a crecer en la tierra fecundada por el semen de los ahorcados, y la saponina (un líquido repugnante pero utilísimo que se extrae de los tegumentos del sapo).

Las personas pudientes podían aspirar a poseer algún fragmento del cuerno del fabuloso unicornio, cuyas virtudes genésicas y vigorizadoras de virilidades detumescentes se tenían por casi milagrosas. Durante toda la Edad Media existió un activo comercio de colmillos de narval que se confundían con cuernos de unicornio[186].

Brujas y diablo en el aquelarre (talla del siglo XVII).

Los compuestos para remedios de amor parecen más pintorescos que peligrosos. Para enamorar a un hombre se le daba a comer pan amasado sobre el pubis de la mujer o un pez que hubiese muerto dentro de su vagina. Para provocar la impotencia de un hombre, la mujer desnuda y untada de miel se

revolcaba en un montón de trigo; luego recogía los granos adheridos a su piel y confeccionaba con ellos una torta que daba a comer al varón al que quería desgraciar. El código de las Siete Partidas se toma muy en serio las hechicerías sexuales que provocan impotencia. Cuando una pareja no podía consumar el coito por hallarse hechizada, se le concedía un plazo de tres años que «uiuan en uno y tomar la jura dellos que se trabajaran quanto pudieren para ayuntarse carnalmente». Si, a pesar de esta buena disposición de las partes, se agotaba el plazo sin que la unión se hubiese consumado, el caso debía someterse a examen médico por parte de «omes buenos e buenas mugeres, si es verdad que ha entre ellos tal embargo».

Los métodos anticonceptivos no eran menos pintorescos. Para evitar que la mujer se quedara embarazada se friccionaba el pene con vinagre antes del coito[187].

Para conservar el amor de una mujer y asegurarse de su fidelidad se le daba a beber una pócima cuya receta integraba testículos de lobo y la ceniza resultante de quemar pelos tomados de distintas partes del cuerpo. Para alcanzar y retener a una mujer frígida, el hombre debía untarse el pene con sebo de macho cabrío antes de copular con ella.

Otras hechicerías contenidas en grimorios pretendían provocar el amor de una mujer, hacerla danzar desnuda u otros caprichos semejantes[188]. Alfonso X nos da noticia de un deán de Cádiz, que, seduciendo por magia y por grimorio, «jode cuanto quiere joder»[189].

Bien le gustaría a más de uno conocer la fórmula del deán de Cádiz, me hago cargo, pero me temo que haya perdido su efecto con el tiempo. Hoy día ni las manzanas huelen, ni los tomates saben, ni el pan se esponja, ni los hechizos amorosos funcionan. He probado reiteradamente los que ofrecen la bruja Lola y Aramís Fuster, y éste es el día en que estoy esperando que Sharon Stone me llame, me escriba o se acuerde de que existo.

Algunos autores creen que las pócimas brujescas reflejaban la insatisfacción sexual de la mujer. Pudiera ser. De hecho, sabemos que algunas recurrían a diversos artefactos de autoestimulación.

Una cantiga del poeta Fernando Esquio menciona un lote de cuatro consoladores que ha enviado a una abadesa amiga suya para servicio de su comunidad[190].

En un documento de 1351 se habla de una mujer fallecida por ocasión de un *rauano* (rábano) «que le auian puesto por el conyo»[191].La crucífera y

picantilla raíz parece haber despertado súbitas pasiones femeninas en muy distintas épocas. Un soneto anónimo del siglo XVI comienza: «Tú rábano piadoso, en este día / risopija serás en mi trabajo / serás lugarteniente de un carajo / mi marido serás, legumbre mía».

Quizá la íntima razón del desvalimiento amoroso de muchas mujeres fuera olfativa más que estética. La Cristiandad nacional se lavaba poco; lo uno por falta de medios y recursos, lo otro por no parecerse a los infieles mahometanos cuyas rituales abluciones eran precepto en su odiada religión. Lo cierto es que el olor descompuesto del sexo femenino, lo que Shakespeare denomina la «fosa sulfúrea»,era perfectamente perceptible en la vida social.

El marqués de Villena, en su *Arte cisoria* (1423), sobre el corte y presentación de manjares, recomienda, en sus consejos al trinchante, que no se acerque demasiado a las mujeres, pues sus cuerpos hieden y su olor puede desvirtuar el aroma de las viandas que prepara. Hoy, ya sabemos, con los desodorantes y las irrigaciones vaginales ese problema ha desaparecido. Más bien ha acarreado otro pues, si creemos al maestro Cela, «desde que existe el cuchillo eléctrico y el bidé, ni el jamón sabe a jamón ni el coño sabe a coño».

53
CHARTRES Y LAS VÍRGENES NEGRAS

«En el interior de la catedral de Chartres, a occidente de la parte baja del crucero sur, hay una piedra rectangular, empotrada al sesgo en las otras losas, cuya blancura resalta netamente sobre el matiz gris general del enlosado. Esta piedra está marcada con una espiga de metal brillante ligeramente dorado.

La piedra marcada de la catedral de Chartres.

»Ahora bien, cada año, en el solsticio de 21 de junio, cuando luce el sol, lo que suele acontecer en esa época, un rayo ilumina, a mediodía exactamente,

la blanca piedra; un rayo que penetra por un espacio practicado en la vidriera denominada de Saint-Apollinaire, la primera del muro oeste de ese crucero. Esta particularidad es señalada por todos los guías y aceptada como una rareza, una diversión del enlosador, del vidriero o del constructor…

»El azar me llevó a Chartres un 21 de junio, y quise ver "aquello" como una de las curiosidades del lugar».

Nada de curiosidad, amigo lector: trascendencia y misterio. Dos párrafos más adelante se lee: «Una voluntad concertada había ordenado aquel conjunto. Enlosador y vidriero habían obedecido a una orden. Y aquella orden la habían dado en función de un tiempo: el único momento del año en que el rayo de sol puede dar en la losa es el solsticio de verano, cuando el sol alcanza el cenit de su carrera hacia el Norte. La orden la había dado un astrónomo…».

Así empezaba el libro *Les mystères de la cathédrale de Chartres,* de Louis Charpentier, que cayó en mis manos casualmente cuando trabajaba de peón en un *chantier* reforestador de Jeunesse et Reconstruction, en Marignane, Provenza, en 1967[192].

La lectura de este libro me fascinó hasta el punto de que, cuando acabó mi contrato, salí a la carretera mochila al hombro e hice autoestop (entonces muy normal y asequible) hasta llegar a Chartres.

Tenía que comprobar *in situ* cuanto había leído.

La catedral gótica de Chartres se construyó en sólo veinticinco años, todo un récord en el tiempo en que la construcción de un templo semejante solía durar varias generaciones. Como en toda obra humana, aunque aspire a lo divino, tuvo mucho que ver la propiedad de una reliquia, la camisa de la Virgen, que atraía a multitud de peregrinos, cada cual con su óbolo para el templo.

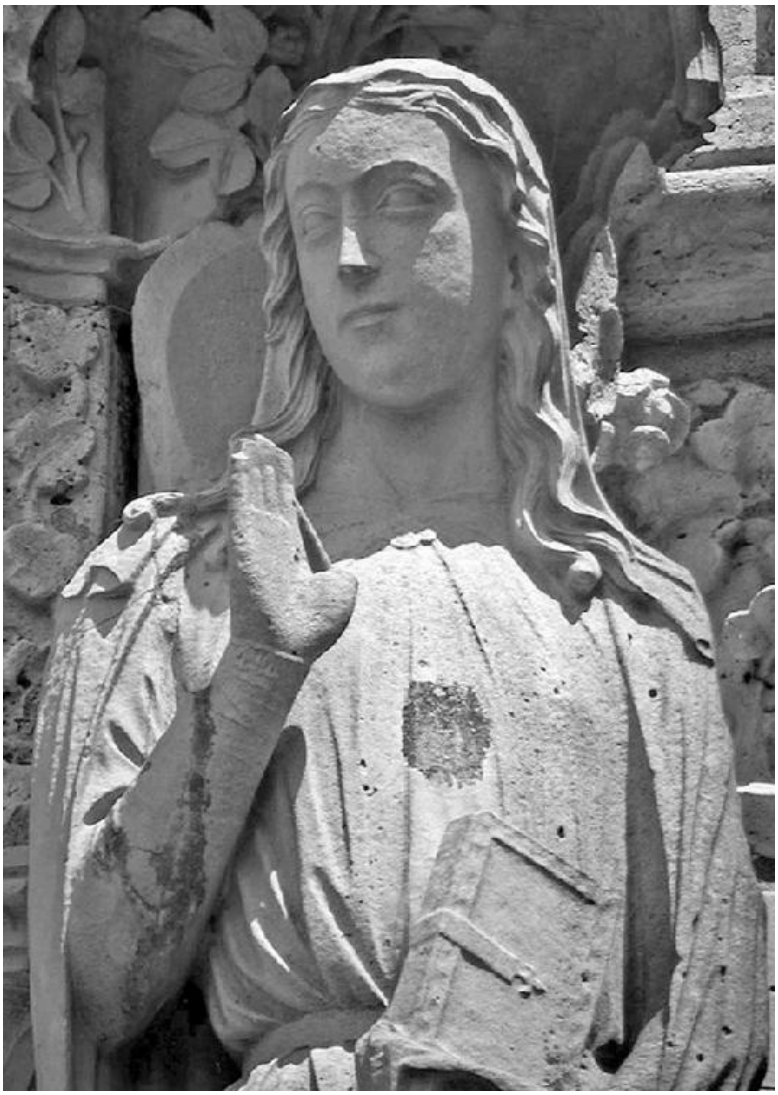
La catedral de Chartres es, en realidad, dos catedrales: la de arriba, esa joya del gótico, y la de abajo, la del subterráneo, un antiguo templo druida, el santuario donde los celtas carnutes adoraban a su diosa madre la «Virgo Paritura» (la virgen que concebirá), después llamada Nuestra Señora del Soterraño.

En la catedral de Chartres, umbría, luminosa, recoleta, reservada, viví lo más parecido a una experiencia mística que puede experimentar un agnóstico.

¿Lo confesaré? Incluso me enamoré, con el amor mundano que abrasó a Pigmalión, de la sonrisa apenas pícara, femenina, sensual acaso, de santa

Modesta en su sitial del pórtico izquierdo de la fachada norte. Véanla y ya me dirán si no es para suspirar por ella.

Es posible que llegara a Chartres suficientemente sugestionado por la lectura de Charpentier, o quizá por esa especie de encantamiento con la cultura medieval europea hecho de desordenadas y misceláneas lecturas y peregrinaciones arqueológicas que absorbían mi interés en aquéllos mis tiernos años.



Santa Modesta de Chartres.

Desde entonces he visitado Chartes unas cuantas veces, casi siempre de camino o de regreso de París, ahora liberado de los apremios culturales de mi

crédula juventud, y siempre recorriendo sus piedras, he revivido con decreciente intensidad, me temo, la fascinación de la primera vez.

Convaleciente de los afectos contrariados que nos depara la vida, debo advertir que santa Modesta, inalcanzable en sus alturas, perdona los devaneos de sus pretendientes y les guarda ausencias de novia resignada que recibe, como siempre, sin perder su sonrisa levemente melancólica, sin un mal reproche,

En 2006, de camino para el museo de tanques de Saumur, en compañía de mi amigo Paco Núñez, insistí en desviarnos hasta Chartres.

Estaba el cielo encapotado y el cofre de la catedral en propicia penumbra. Visitamos en silencio la armónica montaña, la piedra concertada, las altas bóvedas, la ingrávida arquitectura. Incluso curioseamos la camisa de la Virgen, tejido sutil en su relicario dorado, y le encendimos una candelica.

Hubiera recorrido el laberinto, por fidelidad a los muertos que me preceden más que por ganar las indulgencias de la peregrinación al Santo Sepulcro, pero lo encontré tan obstruido de sillas que no me fue posible realizar la penitencia. El laberinto, que es el de Creta, tenía en el centro una placa de bronce con las figuras de Teseo y Ariadna que desaparecieron durante la Revolución.

Una anciana devota captó mi decepción y, poniéndome la sarmentosa mano en el brazo, me dijo: «El 21 de junio quitan las sillas y también los viernes en los meses de verano. Para atraer a los turistas, ¿sabe usted?».

Antes de abandonar la gigantesca cripta, que no es más que la parte baja del primitivo templo soterrada, cuidé de asomarme, como antaño, al pozo de los Saints-Forts.

La Virgen de Chartres es una de las vírgenes negras más antiguas que se conocen. Entre los siglos XI y XIII se despertó en Europa un súbito fervor hacia la Virgen María, incluso en detrimento del culto de Jesucristo y de los santos. Parece que los benedictinos fomentaron esta devoción como parte de un plan para cristianizar Chartres y otros santuarios prehistóricos en los que se rendía culto pagano a cuevas, manantiales, árboles o piedras. De este modo eliminaban una competencia que la Iglesia no había conseguido desarraigar en un milenio de intensas predicaciones.

Las imágenes de la Virgen, halladas en aquellos santuarios, siempre en circunstancias milagrosas y por pastores o campesinos (nunca por notarios, diputados parlamentarios o registradores de la propiedad), justificaban la

apropiación del lugar por la autoridad eclesiástica[193]. Para demostrar el hallazgo se alegaba que la imagen de Nuestra Señora había permanecido oculta durante siglos, después de que los cristianos la escondieran para librarla de los moros.

Las vírgenes negras aparecidas en antiguos santuarios paganos solían ser diminutas y reproducían el modelo bizantino de la *Agia Theotokos*, o Santa Madre de Dios, una Virgen mayestática que sostiene al Niño en el regazo o sobre la rodilla izquierda, sin comunicarse con él (como harán las vírgenes góticas del periodo posterior), limitándose a servirle de trono, el trono de la Sabiduría Divina.

¿POR QUÉ SON NEGRAS?

¿Por qué se representa como una mujer de piel oscura, o incluso completamente negra a una mujer mediterránea que históricamente debió ser blanca, o en todo caso, morena?

El caso es que bastantes vírgenes aparecidas en santuarios tradicionales son negras. En ocasiones, la advocación mariana ha mantenido la denominación pagana y la Virgen se llama simplemente «la Negra»[194].

Algunos autores explican el predominante color negro de estas imágenes porque es el color de la alegórica esposa de Dios en el *Cantar de los Cantares*, el poema de amor atribuido a Salomón, que comienza: «Negra soy, pero hermosa / Hijas de Jerusalén […]».

Jean Huynen cree que simplemente reproducen el color dominante en las imágenes de las diosas precristianas que las precedieron: «Isis, Cibeles y Deméter fueron con frecuencia representadas negras mientras que la Gran Bretaña conoció una *Black Annis*»[195].

Otros autores señalan que el color negro simbolizaba la sabiduría en ciertas sectas orientales que pudieron influir en los cruzados europeos. En árabe, las palabras «negro» y «sabio» tienen la misma raíz. De *kala*, negro en sánscrito, el idioma sagrado de la India, deriva el nombre de la diosa Kali, la Negra[196]. Quizá este principio femenino considerado encarnación de la sabiduría favoreció la promoción de la histórica madre de Cristo, que hasta el siglo XII

había pasado casi inadvertida, al primer plano de la fe como trono de la Sabiduría Divina.

La Virgen negra de Le Puy, en Valay (Francia).

LOS «LUGARES DE PODER»

Algunos autores señalan la ubicación de muchos santuarios ancestrales en lugares donde la naturaleza manifiesta su esplendor (cuevas, manantiales, bosques, cumbres, rocas…).

El devoto que acude a estos lugares experimenta una sensación de alivio, o paz espiritual, como si lo invadiera una energía vivificante que emana el lugar[197]. Ello se debe, dicen, a que la tierra no es un soporte inerte, sino un complejo organismo dotado de vida. Aseguran los que dicen saber de este asunto que las vibraciones de la tierra son especialmente intensas en los lugares afectados por corrientes electromagnéticas que recorren el terreno más o menos profundamente, dependiendo del relieve, de la conductibilidad del suelo y de la presencia de agua. Estas corrientes se acrecientan en los lugares recorridos por corrientes subterráneas, especialmente si las fallas ponen en contacto tierras de diferente naturaleza. Suponen que la confluencia de una corriente telúrica con otra aérea produce un nódulo de energía que se manifiesta en la presencia de bosque espeso y exuberante vegetación.

El equilibrio del hombre, su salud y su bienestar depende de su adaptación a los ritmos de la tierra. En los lugares señalados por la confluencia de corrientes telúricas y aéreas «el espíritu alienta», el hombre recupera su armonía con la naturaleza, libera sus tensiones, se relaja. Esos parajes, que algunos autores denominan «lugares de poder», han atraído al hombre desde la más remota prehistoria y constituyen sus más primitivos santuarios y, quizá, incluso, el origen de las religiones.

Esta explicación parece acientífica a muchos racionalistas. Lo sea o no, es innegable que los santuarios marianos de origen medieval suelen enclavarse en lugares «numinosos» en los que la naturaleza se manifiesta generosa: cumbres de montañas, arboledas espesas, manantiales, grutas, acantilados batidos por el mar… A veces concurren varios elementos, como en el santuario de Tíscar y en la cueva del Agua, cerca de Quesada, Jaén; en el de Ojo Guareña, en Burgos; en el de La Balma, en Morella, o en los universalmente conocidos de Montserrat, Covadonga o Guadalupe.

El lugar ideal para enclavar un santuario es un manantial junto a una gruta, en un lugar alto. Si no existe una caverna natural, puede fabricarse en forma de dolmen o de ermita, un lugar oscuro para la piedra santa, que invite al recogimiento. La caverna, o su equivalente artificial, es la imagen de la Diosa Madre, la matriz generadora de la naturaleza significada en una oquedad de la tierra. El santuario reproduce el proceso procreador. Húmedos y angostos pasillos conducen a la celda uterina rematada por una cúpula.

El agua es imprescindible en el santuario, en su representación de la sangre de la tierra, el líquido que fertiliza la piedra. Agua de un manantial, de una

cascada, de un pozo, de una fuente. De aquí el topónimo Fuensanta, la Fuente Santa, tan divulgado en nuestra geografía mariana.

El lugar donde se venera la imagen, el santuario, importa más que la imagen misma. Esto explica que casi todas las ermitas de vírgenes negras estén en descampados alejados del pueblo. Nunca falta una leyenda piadosa que explique que la Virgen deseaba permanecer en el lugar donde se encontró, junto a la fuente, la cueva o la piedra del santuario pagano, y que cuando intentaban trasladarla a la iglesia más cercana o al pueblo, escapaba y reaparecía en su santuario. Era allí, y no en otro lugar, donde quería ser venerada.

En muchos casos, la piedra santa mantiene su poder fertilizante incluso después de perder su asociación con una Virgen o Diosa Madre[198]. De ahí que el contenido sexual, propiciatorio de las cosechas, de los ancestrales cultos agrícolas aún perdure, a pesar de la represión sexual impuesta por la Iglesia, en muchas romerías o «ramerías», como las denominaba el presbítero cordobés y gran poeta don Luis de Góngora.

—Mucha misa, mucho rosario, sí —se quejaba un cura asturiano—, pero después piérdense las parejas detrás de un *setu* y *facen guajes*.

El buen cura fingía desconocer los conceptos condón o píldora del día después.

Un autor del siglo XVIII se asombra de que en la romería de la Virgen de la Cabeza «la turba de devotos no repara en nombrar a la purísima madre de Dios con aquellas expresiones rústicas e insolentes que ha inventado el amor profano y la licenciosidad del vulgo […] hay feria abierta en donde se comercia con libertinaje y palabras deshonestas […] hay impuros movimientos y bailes desconcertados delante de las mismas sagradas imágenes que adornan con ramos, flores, luces y buenas alhajas […]». Yo mismo, con estos ojos que se han de comer los gusanos para después reverdecer al día del Juicio Final, he asistido atónito a la entrada de un devoto almonteño en el santuario de la Blanca Paloma, el cual, en el paroxismo de la devoción, le gritó a la Virgen este delicado piropo: «¡Qué guapa eres, joía, y qué lástima que tengas el chocho de palo!».

Sí, amado lector, los piadosos y escandalizados sacerdotes no alcanzaban a comprender que precisamente aquellas imágenes y aquellas romerías eran más materia del amor profano que del amor divino tal como ellos lo entendían. Porque antes de que el cristianismo intentase amordazar a la Diosa

Madre, evidentemente sin conseguirlo, el amor profano que exalta la fecundidad y el sexo había sido el atributo esencial de la Diosa Madre que el culto de la Virgen María, con todo su acento puesto en la pureza, no conseguía erradicar.

Termino ya, que se mete uno en harina y se embala. En España sobreviven hoy unas setenta vírgenes negras, repartidas entre las diecisiete taifas en las que se descompone el territorio nacional, pero antiguamente fueron muchas más[199]. Algunas que eran negras en origen se sustituyeron por una imagen de tez clara al renovar la imagen; otras se han blanqueado aprovechando una restauración[200]. En algunas, finalmente, se ha descubierto el proceso contrario: eran blancas y las ennegrecieron por accidente (barnices degradados) o por el deseo de ennegrecerlas para concitar devociones, puro *marketing*.

Las vírgenes negras nos remiten a cultos que se pierden en la noche de los tiempos, a ritos que sobreviven teñidos de folklore o de fiesta. La memoria antigua de este pueblo viejo conoce la virtud de los antiguos santuarios, sabe que el amor a la vida puede manifestarse bajo distintas y hasta contradictorias formas, por más que los modernos usurpadores de los antiguos santuarios se esfuercen en reprimirlas.

54
LA PESTE NEGRA

Leo en la prensa una carta de un lector que se queja de que no se puede ver la tele porque entre programas basura y «tertuliasnos», así los llama, «estamos peor que cuando la peste negra».

Me hubiera gustado responderle que cuando la peste negra estuvimos peor, lo que ocurre es que con el paso del tiempo todo se relativiza. Para empezar, debiera haber precisado a qué peste negra se refiere, porque en este rincón del mundo al que ahora se están mudando Asia y África hemos padecido varias pestes negras. La mayor, la que se lleva la palma, asoló Europa entre 1346 y 1347, pero antes hubo otra en tiempos del emperador Justiniano (siglos VI-VII) e incluso hubo un brote que no cundió como los anteriores a principios del siglo XVIII.

La peste negra fetén, la medieval, fue una pandemia causada por una nueva bacteria desconocida en Europa, la de la peste bubónica o *Yersinia pestis,* que se contagia por las picaduras de las pulgas.

La bacteria se desarrolló entre las estepas de Asia y el norte de la India y llegó a Europa de la manera más casual: en 1345 los mongoles atacaron la próspera ciudad comercial de Kaffa, una colonia genovesa en Crimea (costas del Mar Negro). En vista de que la ciudad resistía, recurrieron a la guerra bacteriológica (ya vemos que todo está inventado): cargaron sus catapultas con cadáveres contagiados de peste y los lanzaron por encima de las murallas.

Las naves genovesas surtas en el puerto, e infectadas de ratas negras *(Rattus rattus,* el vehículo favorito de la pulga), transportaron

involuntariamente la enfermedad a Mesina, Génova, Venecia y otros puertos europeos.

La peste, cuyas señales manifiestas eran «landres en las ingles y los sobacos» (o sea, inflamación de los ganglios linfáticos), despobló comarcas enteras de Italia, Francia, España, Inglaterra, Bretaña, Alemania, Hungría, Escandinavia y noroeste de Rusia. Entre sus víctimas se cuenta el rey de Castilla, Alfonso XI, fallecido durante el sitio de Gibraltar en 1350.

Médico con máscara protectora contra la peste.

Se ha calculado que en menos de veinte años, la terrible epidemia mató a un tercio de la población europea (unos 25 millones de personas, en algunas regiones hasta la mitad de la población). La enfermedad afectó especialmente a las ciudades desprovistas de alcantarillado (casi todas), en las que la población se hacinaba en condiciones insalubres y las pulgas y las ratas eran especialmente abundantes. De hecho, uno de los remedios contra la peste consistía en huir de la ciudad hasta que la epidemia hubiera pasado, un

recurso que sólo podían permitirse los ricos propietarios de fincas y casas de recreo[201].

En España, «la gran mortandad», como se llamó, afectó primero a las islas Baleares antes de extenderse por la costa mediterránea: Barcelona, Tarragona, Valencia y Almería, ya en tierras del moro. De la costa pasó al interior, primero Aragón, Castilla y León, después Galicia, la costa Cantábrica y Portugal. Un documento gallego testimonia que después del día de Santiago de aquel año (julio de 1348) *veera ao mundo tal pestilencia e morte ennas gentes*.

Por doquier se abandonaron lugares en los que habían sucumbido casi todos los vecinos y las tierras quedaron sin cultivos por falta de mano de obra, lo que provocó el consiguiente desabastecimiento. Las Cortes de Valladolid de 1351 testimonian que «los jornaleros del campo demandan precios desaguisados […] en manera que los duennos de las heredades non lo pueden cumplir, en tanto que los menesteriales vendían las cosas de sus offiçios a voluntad et por muchos mayores presçios que valían».

En Puertollano es tradición que sólo sobrevivieron trece vecinos, que, en acción de gracias por la protección de la Virgen, sacrificaron trece vacas. Ése es el origen del «Santo Voto», que el pueblo celebra el día de la Octava de la Ascensión, cuando se ofrece un guiso de carne de vaca a naturales y visitantes.

Los conocimientos médicos de la época no acertaban a detectar el origen del terrible mal. Algunos acusaron a los judíos de envenenar las fuentes y asaltaron las juderías (sin pararse a pensar que también los judíos perecían de la misteriosa enfermedad); otros pensaron que era un castigo de Dios por los pecados de los hombres. Surgieron cofradías de flagelantes que iban de ciudad en ciudad entonando salmos al tiempo que se atizaban con látigos. Algunos serían sinceros, pero muchos otros sólo eran pícaros fingidores que vivían de las limosnas (o sea, de una novedosa combinación de masoquismo y holgazanería)[202].

Muchos dejaron de creer en Dios cuando vieron que la peste aniquilaba a tantos inocentes (niños, vírgenes novicias) y que tampoco respetaba a obispos y abades de probada virtud.

En fin, una gran calamidad histórica: la economía europea se retrajo, la agricultura menguó (por despoblación del campo) y el comercio se paralizó. Sólo los enterradores hicieron su agosto (los que vivieron para contarlo).

O sea, bien mirado, benditos sean los programas basura y los tertulianos si con ellos mantenemos alejados a la bacteria *Yersinia pestis.*

55
CANTABRIA ERÓTICA

Si tienen niños en edad de desedificarse, impídanles leer este apartado porque mucho me temo que en él me veré obligado a tocar extremos delicados de una manifestación artística que, como patriota español, ni quiero ni debo silenciar: el románico erótico de Cantabria.

¿Erótico? Eso he dicho: pichas y coños en profusión como no se ha visto, excepto en las puertas de los retretes públicos en tiempos del Caudillo.

Estamos en la localidad de Villanueva de la Nía, perteneciente al municipio Valderredible, a 125 kilómetros de Santander, y sin atender al pueblo, que es bien bonito (con sus típicas casas cántabras de dos pisos, su río Mardancho que lo atraviesa, su bolera, su frontón, su posada-bar El Cazador y su estanco Chicote), nos hemos encaminado derechamente a la iglesia de San Juan Bautista para comprobar si es cierto lo que nos dicen de los veinticuatro canecillos que adornan su ábside.

Sí, amigo lector, devastadoramente cierto. El canecillo número dos representa a un clérigo exhibicionista que empuña una envidiable credencial masculina o quizá se masturba. Va desnudo excepto por la tonsura (que identifica su estado clerical) y unos calcetines.

Se necesita ser muy hortera para despachar con la dama sin quitarse los calcetines, soy consciente. Quizá el escultor quiere indicarnos que la relación había entrado en esa cotidianeidad en la que se pierden las formas. Donde hay confianza, da asco, que decía mi abuelita.

El canecillo tres representa a una mujer con toca monjil o pañuelo de casada que exhibe impúdicamente un sexo de abultados labios. El décimo, una escena de parto, la mujer se agarra con fuerza a una barra (¿el respaldo de

la cama?), y por su vagina dilatada vemos asomar la cabecita de la criatura. En el siguiente, un hombre itifálico (o sea, empalmado) se lleva una mano a la mejilla mientras con la otra dale que te pego. El quince no está muy claro, pero guarro es. ¿Se trata de una mujer con toca que monta a un hombre, o es acaso un hombre con toca de mujer que atiende a una mujer en una especie de juego erótico? En el siguiente, número dieciséis, un hombre desnuda a una mujer mostrándonos su trasero o, más probablemente, la mujer le practica una felación mientras él lleva el ritmo agarrado a sus faldas. En el veinte asistimos a una explícita práctica de *cunnilingus*. En el veintidós, el deterioro de la piedra nos impide apreciar si es una mujer pariendo o si se trata de otra postura sexual de este kamasutra clerical con el que la iglesia nos escandaliza.

Hombre itifálico en un canecillo medieval.

Eso en cuanto a los canecillos exteriores. Si examinamos los capiteles del interior de la iglesia, en el esquinal derecho volvemos a toparnos con una mujer con toca que se levanta el vestido para enseñarnos sus abultadas pudicias.

Si el aficionado al género busca iglesias con iconografía sexual, debe saber que casi todas se localizan en una región que comprende el sur de Cantabria y el norte de Burgos y Palencia. Es evidente que allí trabajaron canteros, como el denominado «maestro de Cervatos», que iban de una iglesia a otra dejando sus imaginativas obras.

¿Eran esas cochinadas refinadas expresiones místicas de profundo significado espiritual? Si eran tales, a la vista está que hemos perdido la sabiduría necesaria para interpretarlas rectamente. Aquí un servidor comulga con el morisco español que escribió el *Tratado del amor* (ms. 1767 de la Biblioteca de Palacio) desde su triste exilio tunecino, libro en el que defiende que el placer venéreo es coextensivo a la más alta espiritualidad y que no hay mejor forma de alabar a Dios por los dones que derrama sobre sus criaturas que aplicarse denodadamente al fornicio, sin olvidar la necesaria conmiseración hacia aquellos que lo creen pecado y viven engañados en la abstinencia creyendo hacer méritos para el cielo.

Decía que al aficionado al género erótico-románico le satisfará visitar, sin salir del valle de Valderredible, la iglesia de San Martín de Elines, al este. Después le aconsejo que prosiga su recorrido por el valle de Campoo con las iglesias de Campoo de Enmedio (San Pedro de Cervatos [1129] la más abundosa en iconografía sexual) y San Cipriano de Bolmir, sin que me olviden la de Campoo de Suso (Santa María la Mayor de Villacantid). A continuación diríjase a la cuenca del Besaya y visite las iglesias de San Juan de Raicedo, de San Lorenzo de Pujayo, de los Santos Cosme y Damián de Bárcena de Pie de Concha y de los santos Facundo y Primitivo de Silió.

En fin, harto de ver carnes en movimiento terminé el paseo en Los Corrales del Buelna donde, llegada la hora de almorzar, me sirvieron un considerable cachopo que trasegué con sidra.

Sobre mi cabeza, en la pared, un cartel anunciaba un curso de defensa personal para mujeres del municipio organizado por el Excelentísimo Ayuntamiento con la colaboración de la Guardia Civil.

—Amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario —murmuré enmimismado.

—¿Decía usted? —preguntó el camarero.
—No, nada, que el cachopo está buenísimo.
—Pues aguarde a probar la tarta de cerveza.

56
BANDERAS DE NUESTROS PADRES

Algunos españoles, entre los cuales me cuento, critican que la España autonómica ha creado en pocos años diecisiete países de taifas que nos cuestan más de 86.000 millones de euros al año y dan cobijo a un millón de empleos públicos improductivos. Eso es cierto, pero no es menos cierto que las autonomías nos han aportado otras tantas banderas, a cual más pintoresca, lo que expresa estéticamente la «rica variedad de las regiones de España» que tanto alababa el Caudillo en sus discursos. Vaya lo uno por lo otro.

¡Banderas de nuestros padres! O, más bien, ¡Banderas de nuestros gobernantes! Unas basadas en tradiciones más o menos antiguas, otras de diseño moderno sin mucha raigambre histórica. Examinemos las más resultonas.

LA SEÑERA

¡Senyera que señorea los telediarios, *senyera* que mientras almorzamos o cenamos en el hogar español, con la tele puesta como es tradición, nos acompaña de la sopa al postre, incluso podríamos decir *senyera* que encontramos hasta en la sopa, qué cansinos con el *procés* y la *independència!*

La bandera formada por cuatro palos de gules en campo de oro, no representaba en su origen territorio alguno: era simplemente la *senyal* real de

la casa reinante en Aragón, «que tiene Aragón como título y nombre principal» (según señala Pedro IV)[203].

Estas barras de Aragón se divulgaron a partir del reinado de Alfonso II el Casto (1162-1196), el que «mudó las armas e sennyales de Aragón e prendió bastones». Algunos autores aventuran que la *senyal* pudo inspirarse en los documentos pontificios adornados con una cinta se seda roja con hilos de oro de la que pendía el sello de plomo o cera que los certificaba. En tal caso, el rey aragonés adoptaría esta enseña para alardear de su condición de vasallo de la Santa Sede, que lo singularizaba frente al resto de los reinos peninsulares. Pudiera ser.

Otros autores prefieren pensar que las barras reproducen las tiras metálicas con las que los aragoneses reforzaban sus escudos de madera. Incluso se les busca un origen normando. Sea como fuere, esta heráldica se divulgó a lo largo del siglo XIII. En 1285 el cronista Bernard Desclot escribe: «No pienso que galera o bajel o barco alguno intente navegar por el mar sin salvoconducto del rey de Aragón, sino que tampoco creo que pez alguno pueda surcar las aguas marinas si no lleva en su cola un escudo con la enseña del rey de Aragón».

Petronila y Ramón Berenguer con las barras de Aragón.

¿Cómo se transformó la *senyal* aragonesa en la bandera catalana? En 1150, el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV (1113-1162) contrajo matrimonio con Petronila, hija del rey aragonés Ramiro el Monje. Con este enlace se unieron dinásticamente (no territorial, ni políticamente) el Reino de Aragón y los condados catalanes (Barcelona, Gerona, Osona, Cerdaña y Ribagorza). Al ascender de linaje, aunque fuera por vía matrimonial, el barcelonés asumió el linaje de Aragón (o sea pasó a *princeps* de Aragón, consorte de la *regina*, un título más importante que el condal de Barcelona que él aportaba). La boda del conde barcelonés y la princesa aragonesa «dio origen a una formación política que duraría 577 años y que se convertiría en una de las más firmes instituciones políticas de la historia de Europa: la Corona de Aragón»[204].

Las barras de Aragón representan, o han representado en algún momento de su historia, los territorios de la Corona de Aragón (Cataluña, Valencia,

Mallorca, Sicilia, Cerdeña, Córcega, Provenza, Rosellón y Cerdaña, Nápoles, Montpellier, y los antiguos ducados de Atenas y Neopatria).

LA ROJA Y GUALDA

La primera bandera que podemos considerar nacional española empezó a usarse en 1506, y era blanca con la cruz de Borgoña en rojo (el aspa de san Andrés con los nudos de la madera destacados) ocupando toda su extensión. Esta bandera llegó con la Guardia Borgoñona de Felipe el Hermoso, el archiduque de Austria, que, al matrimoniar con Juana I de Castilla (hija de los Reyes Católicos), introdujo la dinastía de los Austrias en España.

La bandera con el aspa roja fue la más usada hasta finales del siglo XVIII en que empezó a adoptarse la actual «formada por tres franjas horizontales, roja, amarilla y roja, siendo la amarilla de doble anchura que cada una de las rojas»[205], que se declararía oficial en 1843. La nueva bandera procedía del Reino de Nápoles, donde el recién nombrado rey de España, Carlos III, la impuso en 1785 a sus navíos de guerra para evitar que los confundieran con los de otros Estados borbónicos, lo que le acarreaba no pocos disgustos. Posteriormente se le añadió el escudo de armas real con las lises borbónicas.

La Primera República (1873) mantuvo la bandera de Carlos III, aunque trocó la corona real del escudo en corona mural republicana. Fue la Segunda República (1931) la que sustituyó la franja roja inferior por una morada e igualó la anchura de las tres franjas. Los diseñadores de la nueva bandera escogieron el morado en memoria de los comuneros que combatieron por las libertades del pueblo contra Carlos V bajo el pendón morado, o eso creían ellos[206].

Al principio de la Guerra Civil, los rebeldes enarbolaban también la bandera tricolor republicana, pero no era un secreto que la gente de derechas, mayoritaria en el bando nacional, especialmente los monárquicos, nunca había aceptado el cambio de bandera impuesto por la República[207].

La bandera bicolor se restableció en Sevilla al mes y pico de comenzada la guerra por iniciativa del general Queipo de Llano, en presencia de Franco,

que todavía no había recibido el mando supremo. La arenga de Queipo de Llano constituye una notable pieza de oratoria militar:

> ¡Soldados, ciudadanos de Sevilla! En este ambiente de patriotismo que aquí se respira y enfervoriza el alma, estamos reunidos para dar satisfacción a nuestros anhelos de ver ondear la gloriosa bandera roja y gualda que veneraron generaciones de antepasados […]. Una de las mayores torpezas que cometió el Gobierno de la República fue modificar los sagrados colores de la bandera nacional, introduciendo en ella el morado que nadie sabe por qué —a mí, al menos, no se me alcanza — la razón que tuviera para variarlo. […] Yo voy a tratar de demostrar que este color morado que se puso en la bandera de la República no tiene valor de ninguna clase; es más, es un color que todo hombre honrado, todo caballero español debe rechazar […].

Abundando en su facundia, sin que a tan temprana hora de la mañana hubiera bebido, el bizarro general se metió en camisas de once varas y demostró a su entregada audiencia que estaba en posesión de una incultura enciclopédica. Queipo glosó las antiguas banderas, tema que a todas luces ignoraba, remontándose al antiguo Egipto y a Roma hasta llegar al morado de la bandera republicana, que, según él, procedía de la banda que llevaban los concejales madrileños. Finalmente, para rematar la faena, citó la copla popular: «Colores de sangre y oro / Son los de nuestra bandera. / No hay oro para comprarla / Ni sangre para vencerla».

El general fue muy aplaudido, qué remedio. Dos semanas más tarde su colega Cabanellas, presidente de la Junta de Defensa que ostentaba el mando de los rebeldes, firmó a regañadientes el decreto que restablecía la antigua bandera.

LA IKURRIÑA

La bicrucífera bandera del País Vasco, inspirada en la británica, fue diseñada en 1894 por los hermanos Luis y Sabino Arana (el fundador del Partido Nacionalista Vasco). En un principio, la idearon para Vizcaya, pero después la hicieron extensiva a todos los territorios cuya independencia reivindicaban.

El propio Sabino Arana explicó elocuentemente su densa simbología:

El fondo de nuestra Bandera es rojo, como el fondo del Escudo (de Vizcaya) […]. La Cruz blanca de la Bandera es la Cruz blanca del Escudo y el Jaun-Goikoa [Dios] del Lema […] La Cruz verde de San Andrés representa a un tiempo por su color el Roble del Escudo y las leyes patrias […]. Unidos están la Cruz y el Roble en el Escudo unidos por el eta, el Jaun-Goikoa y el Lagi-Zaŕa: del Lema; y unidas por lo tanto en un centro común deben estar en la Bandera las dos Cruces, blanca y verde. Y así como en la unión de la Cruz y el Roble en el Escudo, aquélla ocupa el lugar preferente, y en la unión del Jaun-Goikoa y el Lagi-Zaŕa: en el Lema lo ocupa el primero: así también en la Bandera la Cruz blanca está superpuesta a la verde de San Andrés.

LAS CADENAS DE NAVARRA

Las cadenas de la enseña navarra no son, como suele creerse, un recuerdo de las que el rey Sancho rompió o saltó en la batalla de las Navas de Tolosa donde supuestamente defendían la tienda del califa almohade, el Miramamolín. El símbolo de las cadenas es anterior a la batalla: aparece en las llamadas Biblias de Pamplona (1197), en la iglesia de San Miguel de Estella (siglo XII); en la catedral de Chartres (1164) y en el monasterio de Monreale, Sicilia (1183). Es posible que derive de primitivas representaciones de un escudo con ocho barras de refuerzo que confluyen en el centro (carbunclo o bloca) que ya usaba Sancho VI (1150-1194) en sus sellos. Su sucesor, Sancho VII el Fuerte, cambió de señal y tomó la de su linaje, el águila negra *(Arrano Beltza)* que figuraba en sus sellos desde su proclamación en 1194 y que fue la que llevó a la batalla de las Navas. Sin embargo, su sucesor, Teobaldo I de Navarra, perteneciente a un linaje distinto, recuperó como señal el escudo de Sancho VI del que, con el tiempo, evolucionarían las cadenas actuales y la propia leyenda de su obtención en las Navas de Tolosa. La primera mención de la rotura de las cadenas del moro por el rey navarro data de 1276, más de medio siglo después de la célebre batalla y aparece en el poema occitano *La guerra de Navarra* del trovador Gilhem de Anelier.

Es dudoso que las venerables cadenas que se exponen, sobre un cojín granate, en la sala capitular de Roncesvalles, procedan de las Navas de Tolosa.

57
EL «TANTO MONTA, MONTA TANTO» DE LOS REYES CATÓLICOS

Los que padecimos la escuela franquista, bastante menos perniciosa que la moderna LOGSE, no hemos olvidado la cantinela: «Isabel y Fernando, tanto monta, monta tanto», con la que se quería subrayar que la reina de Castilla y el rey de Aragón se unieron tan ejemplarmente que ninguno destacó sobre el otro (lo que no es históricamente cierto).

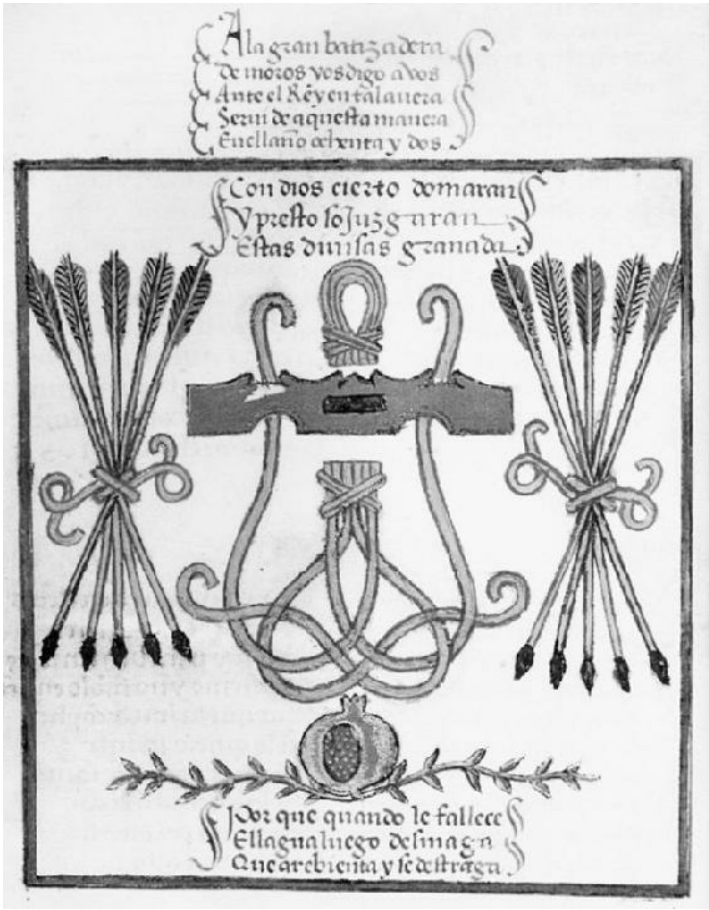
En realidad, «tanto monta» era la divisa personal de Fernando, siempre asociada al emblema de un yugo con una soga anudada y cortada. Divisa y yugo aludían a la leyenda clásica del nudo gordiano.

Recordará el lector que en Gordio, localidad de la actual Anatolia, existía un yugo atado por un nudo tan intrincado que nadie conseguía desatarlo por más que muchos lo intentaban.

Una antigua profecía aseguraba que la persona que consiguiera desatarlo se adueñaría de Asia. Confrontado con el nudo, el joven Alejandro Magno no se lo pensó dos veces, desenvainó la espada y de un tajo lo deshizo, al tiempo que comentaba: «Da lo mismo (tanto monta) cortar como desatar».

Se cree que Fernando el Católico adoptó el nudo gordiano como símbolo personal asociado a la divisa «tanto monta…» por sugerencia del gramático y latinista Antonio de Nebrija. A Fernando le gustó el implícito paralelismo que aquel símbolo establecía entre su persona y Alejandro Magno: los dos jóvenes y osados empeñados en aumentar sus Estados hacia Oriente (recordemos las apetencias mediterráneas de Aragón).

La posterior unión del Yugo (con su Y, inicial de Ysabel) con las Flechas (F, inicial de Fernando) como símbolo conjunto de los monarcas unidos fue otro feliz hallazgo. Modernamente, la Falange joseantoniana lo adoptó como símbolo de su partido y, como queda dicho, lo enriqueció con el lema «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando», que los jubilados artríticos tantas veces repetimos cuando éramos educandos en la escuela nacionalcatólica y «flechas» en los campamentos del Frente de Juventudes («Isabel y Fernando / el espíritu impera / moriremos besando / la sagrada bandera, etc., etc.»).



El nudo gordiano cortado en la enseña de Fernando el Católico.

Hablando de símbolos y jeroglíficos, a los que tan aficionada fue la Edad Media, mencionaremos también el «NO 8 DO» lema y logotipo del ayuntamiento de Sevilla.

No, una madeja de lana, y *Do* es unacrónimo con jeroglífico incorporado que significa «No me ha dejado». Lo otorgó Alfonso X el Sabio en

reconocimiento de la fidelidad de la ciudad durante la guerra que mantuvo con su hijo Sancho.

Otros tiempos.

58
UNA MOMIA ILUSTRE, DOÑA MARÍA CORONEL, «LA DAMA DEL TIZÓN»

Estuve la semana pasada en las Jornadas Literarias del parador de Sigüenza y supe que el fantasma de doña Blanca, la esposa abandonada de don Pedro el Cruel, vaga nocturna por los desiertos corredores, profiriendo quedos suspiros, sin molestar a nadie, cuando los huéspedes se han retirado a descansar.

El rey Pedro y Blanca se casaron en Valladolid el 3 de junio de 1353. Ella tenía catorce añitos, el novio diecinueve. Dos días después el rey la dejó plantada, se despidió a la francesa (nunca mejor dicho) y no volvió a verla.

¿Qué grave motivo tuvo el rey para plantar a su joven y bella esposa? ¿Estaba ya liado con la dama doña María de Padilla, su amor más duradero? Al parecer, no. La causa fue el *mardito parné*. El suegro se había comprometido a entregarle 25.000 florines como dote por la niña, y los florines no llegaban ni llegarían nunca porque, según la desventurada confesó a Pedro en la noche de bodas, su papá no tenía tanto. Acá se ve la cantidad de problemas que acarrea la sinceridad entre los esposos.

La infortunada Blanca sólo permaneció en el castillo episcopal de Sigüenza cuatro años, un tiempo del todo insuficiente para arraigar en él como fantasma. Después la trasladaron al Puerto de Santa María (otra fortaleza que hoy se conoce como castillo de Doña Blanca). Finalmente «el Cruel» la hizo ejecutar, eso parece, en 1361, cuando la desdichada contaba veintiún años.

Dice el cronista que el rey Pedro «amó a muchas mujeres». Su amor principal fue, sin duda, María de Padilla, que las crónicas describen como

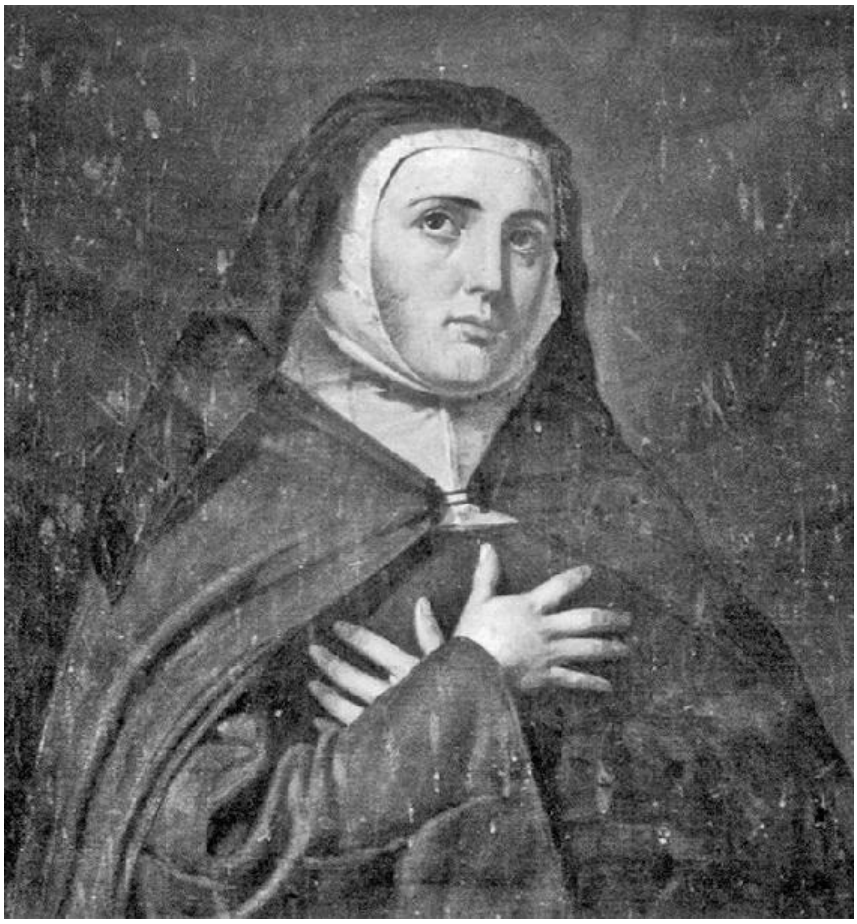
«muy fermosa, e de buen entendimiento e pequeña de cuerpo». El grabador francés Paul Gervais se lució con el cuerpo femenino al pintarla desnuda en el alcázar de Sevilla frente a Pedro I.

Tres hijas le dio al rey María de Padilla. Pedro las legitimó asegurando a las Cortes castellanas que se había casado en secreto con la madre, lo que los procuradores aceptaron sabedores de que el que le llevaba la contraria a Pedro tenía todas las papeletas para ser estrangulado por un ballestero de su confianza.

De las tres hijas, una se metió a monja y las otras dos emparentaron con príncipes de Inglaterra, pero María de Padilla no llegó a verlas casadas porque falleció (de la peste negra tratada páginas atrás) a los veintisiete años. Está sepultada, como una reina, en la Capilla Real de la catedral de Sevilla.

En la ciudad hispalense, ciudad muy querida por don Pedro, mantuvo el rey amores con otras damas (ya hemos dicho que era muy doñeador). La que más memoria ha dejado en la ciudad es doña María Coronel, la única que se atrevió a darle calabazas.

Doña María Coronel era tan hermosa que la fama de su belleza llegó a oídos del rey, el cual, como era de culito veo culito que deseo, quiso gozarla sin mayor trámite. Para allanar el terreno, envió al marido de la dama a una misión palatina lejos de Sevilla y aprovechó su ausencia para asediar la virtud de doña María, pensando que no se le podría resistir.



Doña María Coronel.

La señora puso, al principio, toda clase de pretextos para aplazar la visita real a su casa, pero finalmente el rey se impacientó y le hizo saber que no aceptaría más excusas. Obligada a recibirlo, pero determinada a que el rey no se saliera con la suya, se echó una olla de aceite hirviendo por la cara y el pecho y de este bárbaro modo destruyó la belleza que el monarca codiciaba. Cuando Pedro el Cruel entró en la alcoba, la dama le descubrió su rostro y el pecho horriblemente llagados al tiempo que le advertía: «Ved, señor, que soy leprosa». El rey, al ver aquella carne supurante «volvió el rostro escupiendo y salió del palacio con grande asco».

De este terrible modo, doña María Coronel conservó su virtud pese al acoso del rey.

Una variante de la leyenda sostiene que la dama se refugió en el convento de Santa Inés de Sevilla (donde hoy se venera su momia), huyendo de las solicitudes del monarca, pero Pedro el Cruel, que no respetaba santo ni

sagrado, irrumpió en el recinto conculcando clausuras en seguimiento de su carnal propósito. En tan apurada situación, la atribulada señora pidió a las monjas que la enterrasen en el huerto para evitar que el rey la encontrara si registraba el edificio. La sepultaron superficialmente cubriéndola de una fina capa de tierra que inmediatamente, y de manera milagrosa, se llenó de espeso perejil, como si llevara mucho tiempo plantado para disimular la tierra recién removida.

Aún hoy las monjas cultivan un perejil muy hermoso en conmemoración de esa leyenda.

Pero la historia de doña María Coronel tiene variantes más antiguas que justifican el apelativo de «la dama del tizón» con el que se conocía a la señora: estaba sola en su palacio, ausente el marido al servicio del rey, cuando «aquejada de carnal apetito […] por dar de sí loable fama, tomó un hierro al rojo vivo y se lo introdujo por allí donde le quemaba el doblado ardor, con lo cual venció el fuego material al apetito carnal». Otro autor antiguo la loa como «espejo de todas las mujeres que antes elijan morir que no quebrantar la fe conyugal y castidad que deben a sus maridos». Y añade: «Estando su marido ausente, vínole tan grande tentación de la carne, que por no quebrantar la castidad y fe debida al matrimonio, eligió antes morir, y metióse un tizón ardiendo por su miembro natural, del qual murió, cosa por cierto hazañosa».

Hacia 1547 se descubrió el sepulcro de doña María Coronel y apareció la difunta momificada en razonable estado de conservación. Algunas manchas que presenta en el rostro y parte del cuerpo, se interpretan piadosamente como las cicatrices del aceite hirviendo. De la leyenda del tizón, que es más antigua y testimoniada en los textos, nadie quiere acordarse.

59
MOROS Y CRISTIANOS

Después de la conquista del valle del Guadalquivir por Fernando III, Granada, el último reino musulmán de la Península, resistió dos siglos y medio. En ese tiempo hubo largos periodos de paz en los que la frontera entre Granada y Castilla conoció un activo comercio que producía pingües beneficios al Estado, los llamados en Castilla «diezmos de lo morisco», y en Granada, «magrán». No obstante, la amenaza de la guerra nunca desaparecía del todo. Cada pocos años, fuera por iniciativa estatal o por iniciativa privada, una u otra parte lanzaba una expedición de saqueo y castigo en territorio enemigo (algara o cabalgada).

La algarada se consideraba guerra *a furto*, una violencia limitada que no comportaba ruptura de treguas. El cronista Alonso de Palencia en su *Guerra de Granada*, la define así:

> A moros y cristianos de esta región, por inveteradas leyes de guerra, les es permitido tomar represalias de cualquier violencia cometida por el contrario, siempre que los adalides no ostenten insignias bélicas (estandartes y banderas), que no se convoque a la hueste a son de trompeta y que no se armen tiendas, sino que todo se haga tumultuaria y repentinamente.

La algarada solía practicarse en primavera u otoño, con unas docenas de hombres de armas o almogávares que se limitaban a saquear un poblado o las alquerías de una comarca, y se ponían a salvo con el botín conseguido antes de que el enemigo reaccionara e interceptara a los atacantes con fuerzas superiores (a esto se llamaba «atajar»). Los alfaqueques, una especie de agentes comerciales cristianos o moros, negociaban después la devolución de los cautivos o bienes capturados.

A veces fracasaban las negociaciones de los alfaqueques y la parte perjudicada contrataba almogávares que cautivaran enemigos con los que forzar un trueque. En el archivo del ayuntamiento de Jaén se conserva una carta escrita en un castellano vacilante (que nos recuerda cómo hablan los indios en las películas del Oeste) con la que el alcaide moro de Cambil se dirige a los regidores de Jaén, en octubre de 1480, sobre uno de estos casos. Leemos: «Mucho honrados y esforçados cavalleros: vuestra carta recebí de esta verdad que tomaron mis moros esos dos christianos por el moro que allá me tenéis. Si enviar moro, luego enviar a los christianos. Saludar al consejo».

El recuerdo de las algaradas moras dejó su impronta en el romancero: «Caballeros de Moclín / peones de Colomera / entrado habían en acuerdo / en su consejada negra / a los campos de Alcalá / donde irían a hacer presa, / allá la van a hacer / a esos molinos de Huelma […]».

Los cristianos algareaban igualmente, como atestigua el romance: «Día era deSan Antón / ese santo señalado / cuando salen de Jaén / cuatrocientos hijosdalgo / y de Úbeda y Baeza / se salían otros tantos / mozos deseosos de honra / y los más enamorados / en brazos de sus amigas / van todos juramentados / de no volver a Jaén / sin dar moro en aguinaldo».

O sea, han jurado a sus novias que regresarán con la cabeza de algún moro muerto.

En la *Crónica del condestable Iranzo* encontramos algún caso de cristianos que regresan con cabezas de moros y que después de que los pilluelos de la calle jueguen con ellas se las dan de comer a los perros.

Moros y cristianos desarrollaron una población de expertos guerreros fronterizos, los almogávares. La guerra intermitente, con sus menudos lances, trabajos y cuidados, se describe en una carta de la frontera de Granada fechada en 1409:

> Los moros son astutos en la guerra y diligentes en ella. Conoscen a qué tiempo y en qué lugar se ha de poner la guarda, do conviene el escucha, a dónde es necesario el atalaya, a qué parte el escusaña; por do se fará el atajo más seguro e que más descubra. Conosce el espía; sabrála ser. Tiene conoscimiento de los polvos, si son de gente de a pie, e qual de a caballo, o de ganado, e qual es toruellino. Y quál humo de carboneros y quál ahumada; y la diferencia que ay de almenara a la candela de los ganaderos. Tiene conoscimiento de los padrones de la tierra, y a qué parte los toma, y a qué mano los dexa. Sabe poner la celada, y do irán los corredores, e ceuallos sy le es menester. Tiene conoscimiento del rebato fechizo, y quál es verdadero. Dan avisos. Su pensar continuo es ardiles, engaños e guardarse de aquéllos. Saben tomar rastro, y conoscen de qué gente, y aquél seguir. Tentarán pasos e vados, e dañallos o adoballos según fuere menester. Y guían la hueste.

> Buscan pastos y aguas para ella, y montañas o llanos para aposentallos. Conoxen la disposición de asentar más seguro el real; tentarán el de los enemigos […].

En cuanto a la calidad del moro como enemigo, veamos lo que opina el cronista Hernando del Pulgar, en el *Libro de los Claros Varones de Castilla*: «Los moros son omes belicosos, astutos e muy engañosos en las artes de la guerra, e varones robustos e crueles».

El infante don Juan Manuel es más explícito:

> Ca la guerra guerreada ácenla ellos muy maestramente, ca ellos andan mucho e pasan con muy poca vianda, et nunca llevan consigo gente de pie ni acémilas, sinon cada uno va con su caballo, también los señores como cualquier de las otras gentes, que no llevan otra vianda sinon muy poco pan e figos o pasas o alguna fruta, e non traen armadura ninguna sino adaragas de cuero, e las sus armas son azagayas que lanzan, espadas con que fieren, et porque se tienen tan ligeramente pueden andar mucho. Et cuando en cabalgada andan caminan cuanto pueden de noche et de dia fasta que son lo mas dentro que pueden entrar de la tierra que pueden correr. Et a la entrada entran muy encobiertamente et muy apriesa; et de que comienzan a correr, corren et roban tanta tierra et sábenlo tan bien facer que es grant maravilla, que mas tierra correran et mayor daño farán et mayor cabalgada ayuntarán doscientos homes de caballo moros que seiscientos christianos… Cuando han de combatir algunt logar, comienzanlo muy fuerte et muy espantosamente; et cuando son combatidos, comienzanse a defender muy bien et a grant maravilla. Cuando vienen a la lid vienen tan recios et tan espantosamente, que son pocos los que no han ende muy grant recelo […]. Et si por ventura ven que la primera espolonada non pueden los moros revolver ni espantar los christianos, despues partense a tropeles, en guisa que si los christianos quisiesen pueden hacer espolonadas con los unos que los fieran por delante e los otros en las espaldas et de travieso. Et ponen celadas porque si los christianos aguijaren sin recabdo que los de las celadas recudan, en guisa que los pueden desbaratar […]. Et sabed que non catan nin tienen que les parece mal el foir por dos maneras: la una, por meter a los christianos a peoría, porque vayan en pos dellos descabelladamente; et la otra es por guarescer quando veen que mas non pueden facer. Mas al tiempo del mundo que mas fuyen et parece que van mas vencidos, si ven su tiempo que los cristianos no van con buen recabdo, o que los meten en tal lugar que los pueden hacer danno, creed que tornan entonces tan fuerte et tan bravamente como si nunca hubiesen comenzado a foir […]. Porque no andan armados nin encabalgados en guisa que puedan sofrir heridas como caballeros, nin venir a las manos, que si por estas dos cosas non fuese, que yo diria que en el mundo no ha tan buenos hombres de armas ni tan sabidores de guerra ni tan aparejados para tantas conquistas.

Don Juan Manuel los había visto combatir y tenía razones para admirarlos y para temerlos. Debían de ser dignos de ver aquellos moros montados a la jineta, con el estribo corto y las piernas flexionadas, blandiendo lanzas arrojadizas, con sus adargas de cuero en forma arriñonada adornadas con borlas, y sus corazas de cuero o acolchadas.

El rey moro y su ejército en una miniatura de las Cantigas (siglo XIII).

El moro, tan astuto en la guerra, en la paz se muestra alevoso y traidor. Uno de los cristianos sitiados en Priego en 1409 escribe: «Los moros son tales que no vos ternán cosa de lo que vos prometieren, e moriremos aquí todos o seremos captivos». O sea, el moro no mantiene sus promesas.

Tanto moros como cristianos disponían, a lo largo de la frontera común, de una red de comunicaciones presta a alertar a la población, con la mayor urgencia posible, para que se pusiera a salvo en caso de peligro. Como dice el romance: «Las adargas avisaron / a las mudas atalayas; / atalayas, a los fuegos; / los fuegos, a las campanas».

Las adargas, escudos de cuero bruñido que usaban los moros, centelleaban al sol y delataban su proximidad a los vigilantes o atalayas que daban «rebato» (alarma), quemando leña húmeda en sus braseros para avisar con señales de humo. A la vista del humo, repicaban las campanas para que la población dispersa por el campo recogiera a sus animales y se pusiera a salvo tras la muralla del pueblo más cercano o en una albacara (refugio de fortuna, un corral con chozas). Algo parecido hacían los moros cuando se trataba de cristianos entrando en sus tierras, con la salvedad de que, por carecer de campanas, no podían tocar «a rebato».

La guerra era solamente la excepción que venía a enturbiar los largos periodos de paz en tranquila coexistencia o, más raramente, en cordial convivencia, cuando las relaciones de vecindad se anudaban entre poblaciones limítrofes a uno y otro lado de la frontera, e incluso los alcaides de un lado asistían a las bodas de los alcaides del otro, como refleja la mentada *Crónica del condestable Iranzo.* Esta cordialidad no obstaculizaba que unos meses después se enfrentaran a muerte en el campo de batalla.

A veces la empatía existente entre las partes se manifiesta en menudas anécdotas. Conocemos el caso de un cautivo cristiano que ha renegado y se resiste a volver con su familia. El concejo moro de Colomera trata el asunto en una carta que envía al concejo de Jaén en 1480:

> Señores: recibimos los dos moros que vosotros nos enviastes, e luego vos enviamos los tres christianos vuestros. E sabed, honrado concejo e caballeros, que el un mozo se tornó moro, e nosotros ovimos mucho pesar de ello, e le diximos que fuese con sus compañeros, e no quiso. Mandad que venga su madre e parientes aquí a Colomera e travajen con el mozo para que se vaya con ellos, y nosotros lo dexaremos yr. Y vengan los que vernan seguros.

Gran diferencia, aquel islam tolerante con el actual, que condena a muerte sin remisión al converso que, tras abrazar la religión de Mahoma, intenta abandonarla.

60
GENTES DE FRONTERA

El cine y alguna literatura nos han acostumbrado a pensar que el enfrentamiento entre moros y cristianos fue continuo en los ocho siglos que duró la Reconquista. En realidad, los periodos de paz fueron la norma y los enfrentamientos la excepción. Paz abusiva, generalmente, porque el más poderoso exigía tributos o parias al más débil, un poco como dicen que hace la mafia con sus protegidos.

En los siglos XIV y XV se desarrollaron en la frontera entre Castilla y Granada una serie de instituciones tendentes a facilitar las relaciones entre moros y cristianos. Había lugares francos en los que se comerciaba y a menudo pueblos de uno y otro lado de la frontera colaboraban en cuestiones que atañen al procomún como el reparto de los pastos en la tierra de nadie.

Cedamos la palabra a los habitantes de esta frontera activa para que ellos mismos se presenten:

—Soy el caballero don Pedro Machuca. Procedo de un limpio linaje ennoblecido por el rey. Un antepasado mío, don Vargas Machuca, se distinguió en el cerco de Jerez porque se le rompió la espada durante la batalla, pero él siguió matando moros con una rama que desgajó de un olivo. El rey lo vio y lo animaba diciéndole: «¡Machuca, Vargas, Machuca!», y de ahí nos vino el apellido y la nobleza. Además de caballeros de linaje, como yo, en el ejército real hay también caballeros de cuantía, como llamamos a los villanos que ascienden de estado a cambio de comprometerse a costear el caballo y las armas necesarias. Incluso hay algunos caballeros que se han *encabalgado,* simplemente matando a un caballero moro, arrebatándole la montura y aceptando la vida y las obligaciones de la caballería. De todo hay.

Lo que nos nivela es la muerte, que es nuestra constante compaña. Hay que estar dispuesto a darla y a recibirla con espíritu sereno. Un pariente mío, Pero Afán de Ribera, le comunicó a su señor la muerte de su hijo Rodrigo, en el cerco de Setenil, el año 1407, con estas palabras: «Señor, a esto somos acá todos venidos, a morir por serviçio de Dios, e del rey e vuestro. E la fruta de la guerra es morir en ella los fidalgos. E Rodrigo, si murió, murió bien en servicio de Dios e del rey mi señor e vuestro. E pues él avía de morir, no podía él mejor morir que aquí».

Rey vistiendo la cota de malla de los caballeros.

—Yo me llamo Miguel de Pegalajar y soy almogávar u hombre del campo. También me podéis llamar adalid o almocadén, que a mí me va a dar igual. Vivo de la guerra en la frontera. Sé hablar la algarabía que parlan los moros. Conozco el terreno, los caminos, los vados y los pasos de las montañas. Sé luchar con espada, con cuchillo, con lanza o a cuerpo limpio. Sé ballestear, sé

preparar celadas, sé dónde hay que apostar las velas, guardas y escuchas para vigilar el territorio; sirvo de guía a las huestes cristianas en sus cabalgadas, conozco los castillos de los moros y sé por dónde asaltarlos. He participado en más de veinte algaradas. Algunas veces entro en tierra de moros con otros compañeros y robo ganados o cautivos que luego vendo en tierras cristianas, reservando un quinto de la ganancia para el rey. Hay que vivir.

—Me llamo Juan de La Guardia y soy alcalde de moros y cristianos. Mi trabajo consiste en hacer las paces con los alcaldes moros del otro lado, guardar las lindes, repartir los pastos y la leña de la tierra de nadie, devolver a su dueño los ganados extraviados y, en general, cuidar que haya paz y que nadie haga daño a nadie, lo que no siempre es fácil, porque en la frontera vive gente muy airada y de armas tomar como ese Miguel de Pegalajar que habéis conocido.

—Me llamo Simón Abrabaden y soy alfaqueque. Tengo licencia del rey y del sultán para pasar la frontera acordando tratos de uno y otro lado, favoreciendo el comercio, acompañando viajeros y frailes que acuden a rescatar cautivos. Cuando los de un lado roban ganado o personas, hablo con mis colegas los alfaqueques moros, localizo el paradero de lo robado y me informo de cuánto piden por el rescate. Este trabajo no es fácil. Algunas veces sospechan que también somos espías y nos retiran el permiso de circulación.

—Me llamo Antón de Alcalá y soy fiel del rastro, o sea un perito rastreador capaz de seguir sobre el terreno las huellas de cuatreros y reses, hasta averiguar el destino final de las presas. Supongamos que una cuadrilla de almogávares moros ha entrado en los términos de mi pueblo y se ha llevado nueve vacas y al pastorcillo que las cuidaba. Yo sigo el rastro hasta las lindes de mi concejo y al llegar a ellas se lo traspaso a los fieles del rastro del concejo vecino que, a su vez, lo siguen hasta los límites del concejo siguiente. Así se va siguiendo el rastro hasta que se pierde dentro de tierra de moros. Ahora es el alcalde de moros y cristianos el que traspasa el rastro a su colega del otro lado, al fiel del rastro moro, para que localice el paradero de lo robado. Cuando se averigua, un alfaqueque media para que se pueda rescatar pagando una indemnización, lo que no siempre ocurre, claro, pero al menos se intenta. También servimos en la guerra. Los rastreadores observamos las huellas y establecemos el número de enemigos, la dirección y la velocidad de la marcha, el peso (por ejemplo, si van cargados con botín) y

hasta, si sospechan que los seguimos (para simular las huellas, algunos caminan de espaldas; en este caso tienen el tacón profundo y la planta irregular para despistar la pisada y arrastra pequeños residuos en la dirección del movimiento, o buscan terreno pedregoso).

»Por las hogueras y las heces humanas sabemos el tiempo que hace que se han detenido en un lugar. Observando la huella de un pie calzado podemos determinar la persona; la velocidad (si se mueve deprisa, deja huellas profundas y muy separadas); el tiempo transcurrido (las pisadas recientes en terreno blando no tienen residuos en su interior, pero a medida que pasa el tiempo se secan los bordes y dejan caer tierra en la parte aplanada); si son pisadas de mujer: (suelen ser más pequeñas y leves y ligeramente vueltas hacia dentro). Cuando se corre se deja una pisada muy honda en la punta y superficial en el tacón.

»Por la hierba pisada sabemos la dirección de la marcha, porque la hierba se dobla hacia ella; también sabemos interpretar el barro de la suelas que queda sobre las piedras, los roces en los árboles, las telarañas rotas, las hojas caídas o vueltas que exponen su envés oscuro, las piedras removidas que tienen la cara más oscura al aire… Incluso podemos deducir la clase de herida que lleva un fugitivo observando los rastros de sangre que deja: si es rosada o espumosa, procede de los pulmones; si hiede, del vientre.

»Yo observo el campo con el viento de cara y recibo sonidos y olores. Si tengo el viento de espalda, mis olores y mis sonidos van al rastreador enemigo.

—Me llamo Mohamed Jalufo. Soy elche o tornadizo. Nací cristiano pero en 1482 me cautivaron unos almogávares moros y estando en cautividad me convertí a la secta de Mahoma. Algunos elches gozamos de la confianza de nuestros amos e incluso ocupamos puestos importantes en la administración o en el ejército. Si los cristianos toman Granada, como parece que pretenden, me espera un porvenir incierto porque la Inquisición me puede quemar por hereje. Algunas cautivas cristianas tienen hijos de sus dueños moros. El sultán Abul Hasan Alí se casó con una de ellas, llamada Cetí, originaria de Cieza, Murcia, y convertida al islam.

»No hay que confundir los elches con los enacidos, que son cristianos que se fingen musulmanes para espiar en territorio islámico y causar daño a los creyentes ¡Mahoma los confunda!

Un moro de la frontera.

—Me llamo Alonso Lapena. Salí al campo a buscar espárragos cerca de Los Villares y en mala hora lo hice porque me cautivaron los moros. De eso hará cinco años. Me vendieron en el mercado y desde entonces sirvo como esclavo a un moro (también hay moros cautivos de cristianos, pero eso no me consuela). Los cristianos cautivos en Granada somos varios miles. Durante el día nos hacen trabajar. La noche la pasamos en mazmorras subterráneas a las que se entra por un agujero practicado en el techo. Algunos pertenecemos al Estado y otros a particulares. A veces nuestro dueño nos vende a otro moro que tiene un familiar cautivo en tierra cristiana para que nos pueda intercambiar. También hay frailes de la Merced que nos liberan después de pagar un rescate. Yo, después de todo, no me quejo. Los cautivos más desgraciados son los de Ronda porque allí el trabajo del esclavo es durísimo: todo el día subiendo pellejos de agua del río a la ciudad por una escalera interminable. Hay una maldición que dice: “Así te mueras en Ronda,

acarreando zaques". Algunos cautivos se convierten al islam por mejorar su condición, los elches, pero yo no soy de ésos.

—Soy Manuel Zorrita de Villamanrique. Soy homiciano. Maté a un vecino que miraba más de la cuenta a mi mujer, y la justicia real me dio a escoger entre ahorcarme como a un perro o purgar mi pecado sirviendo al rey en la frontera contra el moro. Los moros también tienen homicianos, además de algunos voluntarios fanáticos que vienen de la Berbería africana para la Guerra Santa o *yihad* en los *ribats* o castillos-convento de la frontera. No me quejo. Aquí la vida es dura, pero uno puede también hacer fortuna si le echa valor. Además perdí de vista a mi mujer, que ya me tenía un poco harto. No sé con quién andará ahora.

61
¿DESCENDEMOS DE LOS MOROS?

Hace años, cuando el cantonalismo autonómico fragmentó España en diecisiete taifas (las cuartas ya de nuestra historia), algunos políticos hicieron gala de su enciclopédica incultura reivindicando, como seña de identidad de la nueva patria andaluza, el origen árabe de su población.

Blas Infante, padre de la patria andaluza.

La idea había partido tiempo atrás del notario Blas Infante, quien intoxicado por una indigestión de textos arabistas (Von Schack, Ribera y Tarragó, Asín Palacios, Dozy y LevyProvençal), y por las invenciones de los viajeros románticos que buscaban Oriente en España[208], dio en imaginar para su tierra una idílica civilización musulmana que había sido brutalmente desarraigada por Fernando «el Cojo» y sus secuaces (así motejaba a Fernando III el Santo).

Como Don Quijote, nuestro notario, retroalimentado por sus propias falacias sobre el edén andalusí, salió al mundo en pos de su idealizada Dulcinea, la imaginaria civilización andaluza, y fue a buscarla en el Marruecos de los años veinte del pasado siglo donde, al parecer, localizó la

ruinosa tumba del rey musulmán de Sevilla, al-Mutamid, y se retrató junto a un moro gigantesco que se decía descendiente del añorado monarca.

Hay que imaginarse que la Aldonza que el trastornado notario encontró en Marruecos se parecía poco a su idealizada Dulcinea, pero haciendo de tripas corazón se obligó a darla por buena y, lejos de desengañarse, se empecinó aún más en su preconcebida idea de que las babuchas, las chilabas y el hedor a chero de los zocos eran los signos de identidad que necesitaban los andaluces para rescatar la autenticidad de sus raíces y alcanzar la felicidad[209].

Éstas y otras majaderías semejantes están hoy, afortunadamente, casi olvidadas, aunque acá y allá florezcan grupúsculos de neomusulmanes que repudian sus nombres de pila Sebastián, José, Paquita, por Abderramán, Mohamed, o Aixa. La onomástica, ya se sabe, va en gustos, como todo lo demás, historia incluida.

En realidad, los andaluces tienen de moros tanto como los gallegos, los catalanes o los vallisoletanos, o sea, nada. Casi todos los andaluces actuales descienden de colonos traídos del norte por los reyes cristianos durante la Reconquista. Con gente del norte se repoblaban las tierras conquistadas según sabemos sobradamente por los libros de repartimientos. También habría que anotar los que descienden de alemanes y suizos traídos en el siglo XVIII a las Nuevas Poblaciones.

Durante la Reconquista, a medida que avanzaba Castilla, las ciudades musulmanas se vaciaban de población y sus moradores se veían obligados a replegarse a tierra musulmana de donde, a los pocos años, eran nuevamente desalojados por el avance cristiano.

¿Quiere esto decir que en los ocho siglos de coexistencia raramente pacífica no se dieron casos de mestizaje? En absoluto. Por supuesto que hubo mestizaje, pero sólo se produjo en el lado islámico, nunca en el cristiano. Muchos musulmanes tomaron esposas cristianas y tuvieron hijos de ellas que automáticamente se convertían en musulmanes, pero entre la población cristiana no ocurrió el mismo fenómeno porque la *sharia*, o ley islámica, prohíbe, bajo pena de muerte, el enlace de musulmana con cristiano.

Por otra parte, la coexistencia que cristianos mozárabes y musulmanes mantuvieron durante los primeros siglos de al-Ándalus, se interrumpió cuando las comunidades mozárabes desaparecieron. Muchas emigraron a las

tierras cristianas del norte y a las restantes las deportaron los almohades a Marruecos.

Cuando Fernando III vació de moros, literalmente, el valle del Guadalquivir, sólo quedaron unas cuantas morerías o barrios moros insignificantes, apenas un par de docenas de vecinos donde antes hubo miles. Ni siquiera éstos arraigaron: el monarca siguiente, Alfonso X, los expulsó después de que se rebelaran en 1264. Unos se acogieron al superpoblado Reino moro de Granada: otros pasaron al Magreb.

El historiador González Jiménez ha calculado que, a finales del siglo XV, sólo quedaban en toda Andalucía unas 320 familias mudéjares. En cuanto a los moros que poblaban el Reino de Granada, tras su conquista por los Reyes Católicos muchos emigraron al Magreb y otros se convirtieron en moriscos (o sea, musulmanes que fingían ser cristianos) hasta su definitiva expulsión en 1610.

62
FERNANDO EL CATÓLICO Y LA VIAGRA

Fernando el Católico, ya viudo y anciano, se apresuró a contraer segundas nupcias con Germana de Foix, una robusta sobrina del rey de Francia a la que llevaba casi cuarenta años.

Fue un matrimonio de conveniencia: por una parte, la chica aportaba como dote los derechos del francés sobre los territorios italianos; por otra, el hijo que tuviera con Fernando heredaría Aragón. Eso era lo que pretendía Fernando: tener un hijo que lo heredara para evitar que el reino fuera a parar a su nieto Carlos V (hijo de su hija Juana la Loca y Felipe el Hermoso). Le repugnaba la idea de que Aragón cayera en manos de los flamencos.

¿Quiere esto decir que Fernando prefirió pactar con el enemigo secular, Francia, antes que ver su reino en manos de su yerno Felipe el Hermoso?

Sí, exactamente eso quiere decir.

Vayamos ahora a la novia del carcamal. Germana de Foix era «poco hermosa, algo coja, amiga mucho de holgarse y andar en banquetes, huertos y jardines, y en fiestas —escribe el cronista Sandoval—. Introdujo esta señora en Castilla comidas soberbias, siendo los castellanos, y aún sus reyes, muy moderados en éstas. Pasábansele pocos días que no convidase o fuera convidada. La que más gastaba en fiestas y banquetes con ella, era más su amiga».

O sea, una manirrota disfrutona.

Fernando hizo la vista gorda. Entre sus rarezas figuraba un gusto por las mujeres jóvenes y entraditas en carnes, y como se había propuesto concebir un heredero, la confluencia del gusto y la razón de Estado lo inclinó a reiterar

el acto matrimonial quizá más de lo prudente a su edad, máxime cuando Germana era complaciente y no le hacía ascos a nada.

Todo parece indicar que Germana apreció la cocina española y engordó considerablemente al lado de Fernando. Prestemos oído a las indiscreciones de Francesillo de Zúñiga, bufón y primer cronista rosa de España:

Doña Germana de Foix.

> Una noche, estando Fernando el Católico con ella en la cama, tembló la tierra, y otros dicen que las antífonas de la reina. Como quiera que sea, con el miedo del temblor de tierra, esta señora saltó de la cama y del golpe que dio hundió dos entresuelos y mató a un botiller y dos cocineros que abajo dormían. Y como esta alta y gruesa reina viese el estrago que por ella se había hecho, por descargo de su conciencia y de las ánimas de los muertos, les mandó decir dos responsos a cada uno.

A la postre, aquella fuerza de la naturaleza también le costó la vida a Fernando, quien, según Jerónimo Zurita, murió de un «feo potaje que la reina

le hizo dar para más habilitarle, que pudiese tener hijos». El feo potaje fue, al parecer, un cocido de garbanzos con turmas de toro (o sea, criadillas).

Las turmas de toro se consideraban, en aquel tiempo, infalible tónico sexual «que face desfallecerse a la mujer debajo del varón». Seguramente, Germana las reforzaría con una buena pulgarada de cantárida *(Lytta vesicatoria),* el escarabajo verde brillante que, seco y triturado, constituía la Viagra de la época[210]. El rey, «después de holgar», se sintió indispuesto y ya no volvió a ser el mismo. Murió a los dos años, sin concebir el hijo deseado.

63
EL SECRETO DE CRISTÓBAL COLÓN

Ayer regresé a Sevilla, que está tan guapa como siempre, en un día soleado, cielo azul virginal (o sea, azul Inmaculada Concepción) y el estallido de la primavera en los perfumes del aire fino hecho de esa combinación inimitable de azahar, inciensos procesionales y bosta de caballo.

A mediodía lucía un sol cegador, y aquí el que escribe acertó a pasar junto a la ingente catedral y, parte por devoción, parte por huir de la canícula, penetró en el templo, satisfizo religiosamente el obligatorio óbolo y merodeó empapándose de belleza y de trascendencia por sus cinco naves. Es fama que cuando se planteó edificar esta catedral, la tercera en magnitud del mundo (detrás de San Pedro del Vaticano y San Pablo de Londres) uno de los miembros del concejo que había de aprobar la traza dijo: «Hagamos tal catedral que los que vinieren tras nosotros nos tengan por locos». No digo más.

Andaba yo por la catedral, que estaba solitaria y como desatendida, porque a esa hora los canónigos se afanan en atender a sus caridades y sus tareas pastorales en los barrios deprimidos de Sevilla, y después de saludar a mi Virgen favorita, la que llaman «la cieguecita» por el entorno de sus ojos, acerté a pasar junto al sepulcro monumental que guarda los restos de Cristóbal Colón, el descubridor de América.

Tres catedrales de la Cristiandad exhiben sepulcros de Colón: la de Santo Domingo, la de La Habana y la de Sevilla, pero de ellas sólo dos, la primera y la última, tienen pruebas consistentes de que los restos de Colón sean los suyos. Yo, naturalmente, como patriota español que soy, voto por la de Sevilla, aparte de que el monumento funerario de Sevilla merece el voto:

cuatro colosos con libreas cinceladas con las armas del escudo de España sostienen unas andas donde reposa un féretro grande como para contener el cadáver del gigante Briarreo. Todo eso de bronce bruñido y ligeramente coloreado. Impresionante.

El caso es que los huesecillos y el puñado de cenizas que el monumento contiene podría bien haberse custodiado en una caja de zapatos, pero no está mal que para nuestro almirante descubridor se haya levantado esta grandeza.

Los historiadores se enfrentan con grandes dificultades cuando intentan esclarecer los muchos misterios y enigmas que rodean la vida del almirante. Cristóbal Colón era un redomado embustero que iba dejando tras de sí una estela de humo para ocultar sus orígenes, sus empresas, sus conocimientos, sus proyectos… Incluso su origen continúa siendo motivo de discusión.

¿De dónde era? Se han escrito decenas de libros para probar que era griego, que era inglés, que era portugués, que era francés, que era suizo, que era bizantino…

Los que creen que era español no se ponen de acuerdo sobre cuál de las diecisiete autonomías debe contarlo entre sus grandes hombres: ¿era castellano, gallego, catalán, mallorquín, extremeño, andaluz…?

No faltan los que opinan que, en realidad, el misterio de su origen estriba en que tenía razones importantes para ocultarlo. ¿Pertenecía Colón a una minoría étnica o social perseguida? De este razonamiento nacen nuevos posibles Colones. ¿Era homosexual, en un tiempo en que tal condición se consideraba nefanda y se castigaba con la hoguera? ¿Era, quizá, una mujer travestida que ocultaba su sexo para triunfar en un mundo regido por los hombres? ¿Era, por ventura, judío, perteneciente a una raza y cultura marginada y, en el caso de España, recién expulsada por los Reyes Católicos?

Cualquier hipótesis, por descabellada que sea, sirve para explicar los enigmas del escurridizo personaje.

Hay aspectos de Colón que todavía pertenecen al terreno de la especulación, pero su origen y nacimiento han quedado definitivamente aclarados desde que, en los años treinta, Mussolini, deseoso de establecer la italianidad de Colón, empleó a una legión de historiadores en escudriñar en los archivos notariales de Génova. El resultado fue la exhumación de documentos que prueban, sin lugar a dudas, que Colón era genovés y que había nacido en el seno de una familia muy humilde, hijo de un tejedor que a veces se pluriempleaba de tabernero. Fue precisamente su deseo de escalar un

puesto entre la aristocracia lo que le llevó a ocultar estos orígenes. En la sociedad clasista en que se movía Colón, la posición de las personas venía predeterminada por la cuna, no como ahora que el hijo de un humilde jornalero si es despierto y espabila puede llegar a propietario de una cadena de gasolineras o de supermercados, o inclusive de puticlubes.

El origen genovés de Colón resuelve el enigma de su nacimiento, pero plantea otros: ¿cómo es que desconocía el italiano? ¿Por qué prefería escribir en castellano?

Quizá porque el idioma que Colón había aprendido en su infancia era el dialecto genovés, muy distinto del idioma italiano y desprovisto de expresión escrita. Esto explicaría que prefiriera escribir en castellano, que se le daba mejor que el italiano. Pero entonces, ¿por qué al escribir en castellano utiliza grafía portuguesa? ¿Y por qué hablaba un castellano ceceante, pronunciado a la manera andaluza? ¿Y por qué estofaba su parla con tantas palabras portuguesas y catalanas?

La sorprendente realidad es que Cristóbal Colón no hablaba correctamente ningún idioma; aunque chapurreaba varios, una limitación bastante extendida entre los marinos de su tiempo.

En lo que se refiere al vocabulario, el almirante era ecléctico y casi esperantista. Usaba indistintamente palabras que se entendieran en el mayor número de idiomas posibles.

¿Era Colón judío?

Se ha especulado que su misterio consistía en que ocultaba ese origen, que lo hubiera convertido inmediatamente en sospechoso, especialmente en España, donde sus valedores, los Reyes Católicos, acababan de expulsar a los judíos.

No, Colón era católico practicante. Puede que la madre descendiera de judíos, como tanta otra gente en la Italia de su tiempo, pero él era hijo y nieto de cristianos. La ocultación que hace de su vida es simplemente cuestión de prestigio: no quiere que los nobles, entre los que se está abriendo paso, sepan que procede de una familia humildísima.

Colón, antes de descubrir América, era un don nadie, pero era también un sujeto inteligente y ambicioso, que se había propuesto ser alguien, que ambicionaba riquezas, poder y títulos de nobleza.

Colón era un típico hombre de su tiempo. En el siglo XV, en la bisagra entre la mentalidad medieval y la renacentista, menudeaban los tipos

contradictorios. En Colón detectamos una patológica mitomanía sujeta a ideas preconcebidas y a menudo disparatadas, bagaje propio de un hombre medieval, junto al hombre abierto a lo nuevo, a las ideas revolucionarias del renacentista. Colón incesantemente aprende de la experiencia. Está decidido a transgredir añejas normas y leyes sociales heredadas de un tiempo viejo que caduca. Ha nacido en lo más bajo y quiere colocarse en lo más alto. En este sentido, es un hombre plenamente moderno.

¿Cómo escogió Colón su vocación marinera?

Génova era una ciudad de marinos, mercaderes y prestamistas en la que los pobres tenían más posibilidades de progresar si se hacían a la mar. Colón se enroló de grumete. Como él mismo cuenta, «de muy pequeña edad entré navegando y lo he continuado hasta hoy». ¿Dónde navegó Colón? Si creemos lo que cuenta, surcó todos los mares conocidos: el Mediterráneo y el Atlántico desde Islandia a Guinea, todo el Levante y el Poniente. Lo malo es que Colón mentía a menudo. Es posible que imaginara algún viaje, incluso que se apropiara de experiencias ajenas, como hacen tantos viajeros y la casi totalidad de los cazadores.

EL PILOTO DESCONOCIDO

Colón se casó con la hija de un marino portugués. El nuevo matrimonio se estableció, durante un tiempo, en Porto Santo, una islita atlántica de cuarenta y dos kilómetros cuadrados que el suegro de Colón había descubierto y colonizado.

Colón había llevado, hasta entonces, una existencia muy ajetreada, de barco en barco, de puerto en puerto, de mar en mar. De él se ha dicho que sólo se sentía bien en otra parte, que estaba poseído de esa inquietud enfermiza que lleva a muchas personas a mudar continuamente de lugar, una condición propia de marinos y de desarraigados. Pero Colón, de pronto, parece que quiere echar raíces. Se casa y establece su residencia en la islita de Porto Santo, donde hay poco que hacer y no mucho que ver.

Y, sin embargo, esta isla, y el poco tiempo que Colón permaneció en ella, fueron la decisiva bisagra de su vida, que se divide en dos partes: antes y

después de la estancia en Porto Santo.

En Porto Santo, Colón encontró su gran secreto, que determinó el resto de su vida y también alteró el rumbo de la Historia, un secreto aparentemente muy simple: supo que a 750 leguas justas de la isla canaria de Hierro, en el grado 28 del paralelo norte, cruzando el océano, existían islas y tierra firme.

¿Un secreto geográfico? Sí, pero también un secreto marinero que lo complementaba: la ruta idónea para ir y para regresar de aquellas tierras desconocidas, las rutas que aprovechaban los vientos y corrientes favorables.

¿Quién le confió a Colón este doble secreto?

Los historiadores barajan dos posibilidades: los papeles de su suegro o el llamado «piloto desconocido».

En la casa familiar de Porto Santo, la suegra de Colón conservaba intacta la arqueta donde su difunto marido, el viejo marino y explorador, guardaba sus papeles. «Porque vio que daba mucho gusto a Colón saber semejantes navegaciones y las historias dellas, su suegra le dio las escrituras y cartas de marear que habían quedado de su marido». ¿Encontró Colón entre aquellos papeles el secreto de las islas y tierras que había de descubrir? ¿Tuvo el suegro de Colón noticia de América antes que ningún otro europeo?

Podría ser.

No obstante, el secreto, pudo llegar a Colón por un conducto diferente. El futuro almirante paseaba a diario por las playas y acantilados de Porto Santo, rumiando sus proyectos. Un buen día encontró a un hombre tendido en la arena, moribundo, el único superviviente de un barco naufragado. Hoy lo conocemos como «el piloto desconocido». Colón lo instaló en su casa y lo cuidó personalmente hasta su muerte, que ocurrió a los pocos días. Antes de fallecer, el marino confió un importante secreto a su benefactor: la existencia de tierras al otro lado del océano, a Poniente.

Unos creen que el piloto desconocido era andaluz; otros, que vizcaíno o portugués. Los que lo creen andaluz lo identifican como Alonso Sánchez de Huelva e incluso precisan que era tuerto y que se llevaba bien con los franciscanos de La Rábida. Siendo así, Colón oiría de sus labios, por vez primera, el nombre de aquel convento y quizá también el de algunos de sus frailes, doctos en los asuntos de la mar.

Dueño del secreto de la existencia de las tierras que todavía no se llamaban América, Colón maduró un ambicioso plan. A veces es posible que lo

asaltara una duda ¿será verdad que existen esas tierras y que se puede llegar a ellas?

El caso es que, tras el descubrimiento, los indios antillanos corroborarían que algunos europeos habían visitado sus islas antes que Colón. Un cuñado de Colón mencionaba un madero tallado que el mar había depositado en la playa tiempo atrás; un viejo marino hablaba de una enorme caña que el mar arrastró hasta las Azores, tan grande que entre dos nudos le cupieron nueve botellas de vino. Los marinos que hacían la ruta de Guinea aseguraban haberse topado con balsas que sostenían chozas, con palos labrados flotando, con troncos de árboles desconocidos… El piloto Martín Vicente había encontrado un madero muy labrado a cuatrocientas leguas del cabo de San Vicente, que conoció venir de islas que estaban al Poniente.

¿Islas al Poniente?

¿Por qué no? ¿Acaso no existía la leyenda de la Isla *Non Troubada,* la no encontrada, a pesar de que muchos la buscaron? Algunos marinos osados habían zarpado en su busca y no habían regresado.

Colón tuvo la certeza de que había tierras a Poniente, tierras accesibles para el que se atreviera a buscarlas. Trazó sus planes. Allá delante, a muchos días de navegación, se extendían las costas de islas y tierras firmes de un gran continente que no podía ser otro que Asia.

Navegando hacia Poniente alcanzaría Japón, la China y la India antes que otro barco que hiciera el mismo viaje circunnavegando África, la empresa que ya habían iniciado los portugueses.

El caso es que, de un modo u otro, Colón supo, con absoluta precisión, la distancia de la tierra y el camino para llegar a ella. Y concibió su idea: ir a Oriente navegando por Occidente. Lo que todos los reyes de la Cristiandad estaban buscando.

¿Ir a Oriente? ¿Qué importancia tenía Oriente?

Las especias. Europa prosperaba, aumentaba el nivel de vida y demandaba especias para sus cocinas. La pimienta, el clavo, la nuez moscada y otros productos de lujo procedían de la India. Desde los tiempos de Roma, habían llegado a Occidente con las caravanas que atravesaban el desierto y por los difíciles caminos de Oriente Medio. Pero en el siglo XV, justo cuando la demanda crecía en el mercado europeo, Constantinopla cayó en manos de los turcos, lo que dificultó el aprovisionamiento de especias y disparó los precios.

Los monarcas y los mercaderes de Europa eran conscientes de que el país que consiguiera abrir un nuevo camino para llegar a la India y a la especiería dominaría el mercado y se haría inmensamente rico.

Los conocimientos geográficos de la época sólo permitían entrever dos rutas alternativas a la terrestre para acceder a la India: la africana, navegando alrededor del continente negro, y la de Poniente, cruzando el océano Atlántico y accediendo a Asia por la puerta falsa.

Esta presunción se debía a un gigantesco error: creían que enfrente de las costas de Europa, al otro lado del Atlántico, estaban China y Japón (o sea, Cipango y Catay, conocidas a través de las memorias de Marco Polo). Desconocían, por tanto, la existencia de América y del océano Pacífico.

El problema era que nadie había atravesado jamás el Atlántico debido a una suposición inamovible: era tan ancho que un barco agotaría su provisión de agua antes de alcanzar las costas opuestas. La tripulación que intentara esa loca aventura estaba condenada a morir de sed en medio del inmenso mar.

En tiempos de las exploraciones españolas y portuguesas, la capacidad de una nave se calculaba en toneladas, es decir, en los toneles de agua que podía acomodar en la bodega, de los que dependía su autonomía. Alfonso X el Sabio, al enumerar en sus *Partidas* los bastimentos imprescindibles a las naves mencionó en primer lugar la reserva de agua, y eso que, en su tiempo, todavía no se arriesgaban los bajeles en las enormes distancias de la navegación oceánica: «E otrosí deben levar agua, la que mas pudieren, ca esta no puede ser mucha porque se pierde e se gasta de muchas guisas e ademas es cosa que non pueden escusar los omes porque an de morir quando fallesce o vienen en peligro de muerte».

Colón, en Porto Santo, averiguó que el océano era menos ancho de lo que se calculaba. El proyecto colombino estaba plagado de errores, pero se fundaba en un par de datos ciertos: la distancia exacta a que se hallaban las dos orillas del Atlántico y la ruta precisa que había que seguir hasta alcanzar las Antillas. Esto implica algún conocimiento previo del lugar. Colón sabía que encontraría tierra exactamente a 750 leguas de la isla canaria de Hierro (las Antillas Menores y Haití).

El futuro almirante perfiló su plan: primero encontraría financiación; después armaría una flotilla de barcos muy marineros, preferentemente carabelas, alistaría una tripulación experta, navegaría a Poniente y abriría una

nueva ruta. Se haría inmensamente rico y el rey que lo contratara le otorgaría el título de nobleza al que aspiraba.

COLÓN EN HUELVA

Colón, después de enviudar, regresó a Lisboa, sede de la corte portuguesa, con un niño de la mano, su hijo Diego. Poco después consiguió que el rey Juan II lo recibiera para explicarle su proyecto de buscar el camino de la India navegando en dirección contraria. El designio parecía hacedero, pero, a cambio, el genovés pedía una recompensa que le pareció excesiva al rey. No obstante, Juan II requirió la opinión de unos expertos cosmógrafos que emitieron un informe desfavorable a Colón. Puerta en las narices. Caso cerrado.

Hacía tiempo que los geógrafos se interrogaban sobre el tamaño de la tierra. El prestigioso médico y astrónomo florentino Toscanelli aseguraba que el camino oceánico de Poniente era más corto que el que los portugueses intentaban bordeando África.

Aceptado el cálculo de Toscanelli la gran pregunta era: ¿Se puede realizar esa travesía con las reservas de agua y alimentos que una nave pueda embarcar? ¿Se alcanzará tierra antes de que se agote el agua y mueran de sed los tripulantes?

Juan II consultó el caso a los cosmógrafos de la Universidad de Lisboa. El veredicto fue unánime: la empresa que proponía Colón era imposible. El océano es mucho más ancho de lo que aquel desconocido aseguraba.

No obstante, en 1487 el pillín de Juan II intentó realizar por su cuenta el viaje que le proponía Colón y de esta manera se ahorraba pagarle al ambicioso genovés. La expedición oceánica zarpó de las islas Azores, pero después de enfrentarse a vientos contrarios, tuvo que desistir y regresó con las manos vacías. Nada, que no se puede.

Los portugueses archivaron el proyecto y se atuvieron a su plan primigenio de llegar a la India rodeando África.

¿Era el viaje inviable? No. Lo que ocurrió es que el astuto Colón se había guardado un as en la manga. Él sabía por dónde ir para evitar los vientos

contrarios. Había que zarpar al sur de las Canarias, con los vientos alisios a favor (el llamado «callejón de los alisios»).

En vista de que la corona portuguesa rechazaba su proyecto, Colón decidió probar fortuna en Castilla, la competidora de Portugal en el comercio africano.

¿Por qué se dirigió primero al pueblecito onubense de Palos?

Los más hábiles marinos atlánticos estaban en Palos. Los paleños llevaban muchos años recorriendo las costas de África en competencia con los portugueses.

Además, en aquel pueblo vivía Violante Moniz, la cuñada de Colón, casada con el paleño Miguel Moliarte.

Cerca de Palos, entre los franciscanos del convento de Nuestra Señora de La Rábida, había un fraile, Antonio Marchena, experto cosmógrafo. Colón le expuso su proyecto. A Marchena le pareció viable. Entre los dos hombres nació una gran amistad, un sentimiento raro en Colón, que era de carácter reservado.

A algunos les parece demasiada coincidencia que Colón y Marchena se encontraran en La Rábida por mero azar del destino. ¿No se conocerían de antes?

Pudiera ser. Marchena procedía del convento franciscano de Setúbal. Quizá fue Marchena el que atrajo a Colón hacia los Reyes Católicos después de su fracaso en Portugal.

El caso es que aquel fraile se convirtió en el más firme valedor de Colón. Era un hombre prestigioso, y los franciscanos contaban con buenas aldabas en la corte. Le dieron a Colón las cartas de presentación necesarias para que se le abrieran las principales puertas.

Quizá Marchena, hombre de ciencia, se dejó fascinar por Colón, hombre de acción, pero también pudo ocurrir que el genovés confiara al fraile su gran secreto, el conocimiento de la existencia de tierras a 750 leguas de las Canarias. El futuro almirante habló al fraile, en *poridad*, es decir, le abrió el corazón, probablemente bajo secreto de confesión.

Fray Antonio de Marchena recomendó a Colón a su amigo el fraile Jerónimo Hernando de Talavera, confesor de la reina. El 20 de enero de 1486, los Reyes Católicos concedieron audiencia a Colón. La idea de buscar un camino a las Indias navegando hacia Poniente les pareció prometedora.

Encomendaron su examen a una comisión de expertos nombrada por fray Hernando de Talavera.

A finales de 1486, la comisión examinadora, compuesta por sabios y astrónomos de la Universidad de Salamanca, rechazó el proyecto de Colón por los mismos motivos que adujeron los sabios portugueses años antes. A unos y otros les parecía que Colón calculaba la circunferencia de la tierra mucho menor de lo que era en realidad. El genovés sostenía que el océano tiene 1.125 leguas de ancho, pero ellos, basándose en Tolomeo, lo calculaban en más del doble, 2.495 leguas. Una carabela no puede recorrer tanta distancia sin escalas intermedias.

Hoy sabemos que los cálculos de los expertos eran más exactos que los de Colón. Si el proyecto del genovés tuvo éxito se debió, simplemente, a que en medio del océano estaba América, algo que nadie podía prever. De no mediar esta circunstancia, las reservas de agua de la expedición colombina se hubieran agotado antes de alcanzar las costas de Asia, y los expedicionarios habrían perecido de sed, pero Colón jugaba con ventaja, ya que conocía de antemano la existencia de tierras a 750 leguas marinas, aunque creyera que formaban parte de Asia.

Cuando los Reyes Católicos conocieron el adverso dictamen de los sabios de Salamanca, le comunicaron a Colón que aplazaban su proyecto. En plena guerra con el Reino moro de Granada, escaseaban los fondos. No obstante, le dieron a entender que simpatizaban con la idea y que intentarían realizarla cuando estuviesen más desocupados. Al calor de esta esperanza, Colón permaneció en Castilla mantenido por pequeñas subvenciones reales que le permitían vivir modestamente.

Durante este tiempo muerto Colón perfilaba sus ambiciosos proyectos. Dedicaría parte de las fabulosas ganancias, de oro y la especiería, a financiar una nueva cruzada para rescatar los Santos Lugares de manos de los moros. Aparece nuevamente la utopía caballeresca en este hombre desconcertante que vive la transición entre dos mentalidades, la medieval y la moderna.

En 1489, Colón compareció nuevamente ante la reina, en Jaén. La guerra de Granada se prolongaba cuatro años más de lo previsto y nuestro genovés, desesperado, había decidido marchar a Francia para ofrecer su proyecto al rey galo.

Fray Juan Pérez, otro franciscano de La Rábida con el que había amistado, tuvo que convencerlo para que insistiera ante los Reyes Católicos una última

vez.

Colón llegó al campamento de Santa Fe, cerca de Granada, a finales de 1491, justo a punto para asistir a la rendición de la capital nazarí.

Una nueva comisión de expertos examinó el proyecto del navegante, pero esta vez dejaron a un lado las cuestiones técnicas para hablar de porcentajes y ganancias. Ante las desorbitadas pretensiones económicas del genovés las negociaciones se estancaron. Como Colón no cedía, los Reyes dieron por terminado el trato. Adiós.

Pero Colón tenía valedores en la corte. Sus amigos intercedieron por él y los Reyes lo enviaron a buscar, cuando ya había marchado con intención de pasar a Francia. El mensajero real lo alcanzó cuando atravesaba el antiguo puente califal de Pinos Puente, donde un sencillo monumento recuerda hoy el hecho. Colón regresó al campamento de Santa Fe y firmó las capitulaciones.

Unas capitulaciones en las que, una vez más, el secreto de Colón queda al descubierto porque en ellas se habla de las tierras que «ha descubierto en las mares oceanas», concediendo como hecho un descubrimiento que supuestamente está todavía por hacer. Es evidente que Colón había revelado su secreto a los Reyes Católicos y les había hecho creer que ya había estado allí, aunque siempre guardándose en la manga la última carta: la ruta exacta que había que seguir para no fracasar como habían fracasado, años antes, los portugueses.

El genovés conocía con exactitud el régimen de vientos del océano. En los cuatro viajes que hizo a América demostró un nivel de conocimientos que sólo alcanzaron los navegantes del siglo XIX, cuando Maury y Brault publicaron sus mapas de vientos. Incluso si aceptamos que Colón recibió el secreto de su suegro o del denominado «piloto desconocido», no deja de constituir un enigma cómo éstos llegaron a poseer tales conocimientos.

Colón regresó a Palos y consiguió las naves, una nao más grande y dos carabelas. Cuando contemplamos sus reproducciones nos admiramos de que los descubridores se aventuraran en el océano con unas embarcaciones tan diminutas. Todavía parecieron a Colón demasiado grandes. En su segundo viaje, cuando pudo escoger, se proveyó de carabelas todavía más pequeñas. La *Santa María* era una nao, de quizá ciento cincuenta toneladas. Las carabelas *La Pinta* y *La Niña* alcanzarían unas cien toneladas; sus hermanas menores de posteriores viajes no sobrepasaban las treinta.

Mayor problema fueron las tripulaciones. Los supersticiosos marineros

andaban remisos a aventurarse en una travesía que nunca antes se había intentado. Al final, Colón pudo enrolar a los hombres necesarios gracias al prestigio de sus dos segundos, los hermanos Pinzón.

El almirante se hizo a la mar pero, en lugar de navegar desde la península Ibérica, entre los paralelos 35 y 45, como parecía lo más sensato, descendió hasta las islas Canarias aun a sabiendas de que, dado que la Tierra es esférica, la circunferencia y la distancia aumentan a medida que nos alejamos de los polos y nos acercamos al ecuador.

Colón lo sabía, pero a pesar de ello descendió hasta el paralelo 28, al sur de la isla de la Gomera, en el límite de las aguas portuguesas, y una vez allí puso rumbo al oeste y se internó en el Atlántico. ¿Por qué en el paralelo 28 precisamente? Porque allí es donde coinciden los vientos alisios y la corriente ecuatorial que discurren juntos hacia las Antillas. Con vientos de popa, con una corriente marina favorable impulsando el casco, las tres carabelas se dejaron llevar, como en volandas, hacia América.

El almirante enfiló sin vacilar la línea de los vientos alisios y regresó por la de los vientos contrarios y la corriente del golfo, a la altura de Virginia.

Colón conocía un dato que sus tripulaciones ignoraban: que encontraría tierra a cierta distancia. Después de muchos días de navegación, con las reservas de agua peligrosamente mermadas, las tripulaciones comenzaron a murmurar que aquel loco extranjero los conducía a la muerte, y se amotinaron. Probablemente, Colón se vio obligado a comunicar a su segundo en el mando, Martín Alonso Pinzón, el secreto de las tierras descubiertas por el piloto desconocido. Entonces, Pinzón aplacó a sus hombres y consintieron en seguir navegando unos días más. Colón sabía que serían suficientes. Tal como había calculado, el 11 de octubre de 1492 avistaron las islas Antillas. El primero en divisar tierra fue un sevillano de *La Pinta*, Juan Rodríguez Bermejo (en otras relaciones, Rodrigo de Triana): «¡Tierra!».

«Las islas son todas verdes y las yerbas como en abril en Andalucía —escribe Colón— y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca quería marchar de aquí y árboles y frutos de mil especies, todos huelen que es maravilla».

LA TEORÍA DE LA DUQUESA ROJA

En los tiempos en que quien esto escribe veraneaba en Sanlúcar de Barrameda trabó honesta amistad —quizá mejor dejarla en conocimiento— con doña Luisa Isabel Álvarez de Toledo y Maura, la duquesa de Medina Sidonia, que algunas veces me invitó a tomar el té en su residencia del palacio de los Guzmanes en compañía de mis hijas.

La duquesa era una aristócrata atípica. Una mujer diminuta, apergaminada, nerviosa, enérgica y contradictoria cuyas ideas socialistas y más libertinas que liberales la habían conducido a ponerse el mundo por montera y a protagonizar sonados escándalos. Separada de su marido y enemistada con sus hijos, la duquesa había padecido liviana cárcel y cómodo exilio en tiempos de Franco por respaldar algunas protestas obreras, pero cuando yo la conocí se hallaba apartada de su anterior vida etílica, libre y desordenada, en la que había despilfarrado buena parte de la herencia de su abuela, y vivía una nueva etapa, más serena, enclaustrada en su palacio, enemistada con el mundo y consagrada a la labor de ordenar uno de los archivos nobiliarios más importantes del mundo (seis millones de documentos) con ayuda de su pareja, la alemana Liliane Dahlmann, a la que llevaba treinta años. No era de trato fácil la duquesa, pero si no le llevabas la contraria, te concedía cierta condescendiente amistad.

En algunas tertulias veraniegas, en el jardín de palacio que se asoma, como un balcón, al caserío de Sanlúcar y a la majestuosa desembocadura del Guadalquivir, la duquesa me explicó su teoría sobre el predescubrimiento de América, basada, según ella, en documentos de su archivo[211]. Afirmaba la duquesa que, al menos desde 1436, portugueses y españoles visitaban América, a la que llamaban «África del Poniente» o «de allende» para diferenciarla de la verdadera, que era la de «aquende» o «Levante».

La duquesa aseguraba haber encontrado datos en su archivo con los que podía probar que navegantes del Viejo Mundo habían viajado a América desde la antigüedad, aunque manteniendo el secreto para evitar competidores[212].

«Los relatos que tomamos por viajes a África ¡eran, en realidad, viajes a América! —porfiaba la duquesa—. Es grotesco creer que todo el oro

consumido en Europa y Oriente Medio antes de 1492 procedía de África. Naturalmente, los que explotaban los metales ocultaban las pruebas, pero tenemos suficientes indicios que lo avalan. Por ejemplo, en 1430 hay un pleito entre España y Portugal por las tierras donde está "la Mina de Oro". En el documento de repartición del papa Martín V se habla de Cipango (¡o sea, Japón!). En 1475 Isabel la Católica disputa a los portugueses el "rescate de oro, esclavos e *manegueta* en las partes de África y Guinea". ¡Pero resulta que la *manegueta*, la guindilla, es una planta americana supuestamente desconocida en Europa hasta que la trajo Colón: "¡Las partes de África y Guinea" son América! Otra planta supuestamente de origen americano, el maíz, se cultivaba en Granada en 1456, como atestigua Alonso de Palencia»[213].

La duquesa estaba convencida de que las expediciones que se enviaban a «Guinea y a la Mina de Oro» iban en realidad al río Marañón, en el actual Brasil, conocido entonces como «río de los esclavos», y aduce que Pérez del Pulgar dice (antes de 1492) que se llegaba a «la Mina» en sesenta días, lo que tardarían las flotas del siglo XVI en llegar al río Orinoco, donde la duquesa sitúa la Mina de Oro.

Los portugueses derrotaron a la armada castellana anclada en el atracadero de la Mina, lo que produjo gran desánimo en Castilla[214]. Al año siguiente Castilla y Portugal acordaron la paz de Alcáçobas (1479), en virtud de la cual Castilla renunciaba a enviar más expediciones a la Mina de Oro.

La contrariada Isabel planeó «descubrir» su propia mina de oro, y por eso escribió a los vecinos de Palos su carta de 30 de abril de 1492 en la que les ordena ponerse a las órdenes de Colón («un navegante genovés, leidillo […] para un viaje de seis meses» [lo que tardaron en ir y regresar a América]), servicio por el que percibirían «lo habitual» y prohíbe acercarse a «la Mina» para evitar conflictos con Portugal.

Cabe preguntarse por qué aguardó la reina trece años (desde el Tratado de Alcobaça) para hacer su propio «descubrimiento». Según la duquesa de Medina Sidonia, esperaba a que su amigo el cardenal Rodrigo Borja —el que la casó con Fernando— ascendiera a Papa como Alejandro VI para obtener de él un trato favorecedor en el reparto del globo terráqueo entre España y Portugal[215].

El Papa se limitó a trazar una línea que dividía la esfera terrestre en dos mitades pasando por el meridiano 46. A la postre Isabel salió perjudicada

porque no podía sospechar que Brasil quedaba a este lado del meridiano 46 y, por tanto, les tocaba a los portugueses.

Según la duquesa, el nieto de Isabel, el emperador Carlos V, ordenó destruir en 1536 todos los mapas, croquis y cartas de marear existentes, tanto públicas como privadas, con el pretexto de actualizar las topografías, pero el mapa de Juan de la Cosa se salvó de la quema[216].

Si la tesis de la duquesa de Medina Sidonia se probara cierta habría que aceptar que Colón sólo habría tomado simbólica posesión de América en virtud de una componenda en la que fueron cómplices los juristas y el Papa.

COLÓN EN EL PARAÍSO

En el viaje de regreso, Colón ascendió hasta el paralelo 38, allá donde las aguas de la mar llevan su curso de oriente al occidente, frente a las costas de Virginia, y se dejó arrastrar por los vientos y corrientes del Golfo que soplan hacia las Azores y Europa.

América estaba descubierta, aunque aún tardaría en recibir ese nombre en memoria de uno de sus exploradores posteriores, Américo Vespucio. Pero los misterios de Colón no habían terminado.

Cuando regresó triunfante, lo primero que hizo el genovés fue abandonar su antigua firma y adoptar otra nueva, una especie de jeroglífico que nadie ha conseguido descifrar. El almirante concedía tanta importancia a esta nueva firma que insistió en que sus descendientes la preservaran como una preciosa herencia vinculada a los cargos y honores del descubrimiento.

Colón era un obseso. Descartaba todo dato que no coincidiera con sus ideas preconcebidas, incluso cuando la experiencia le demostraba su error. Toda la vida creyó que las tierras descubiertas eran China y Japón. Cuando, en un viaje posterior, alcanzó las bocas del Orinoco, pensó que allí había estado el Paraíso Terrenal y fue identificando cada isla, cada valle, cada colina, con los lugares bíblicos.

LOS RESTOS DE COLÓN

El otro misterio colombino es el de sus restos.

Dos tumbas, dos catedrales, dos países se disputan el honor de custodiar los restos de Colón. Hay una tumba en la catedral de Sevilla y otra en la de Santo Domingo, la primera isla colonizada. ¿Dónde reposan, en realidad, los cansados huesos del almirante?

Colón falleció en Valladolid y recibió sepultura en el monasterio de San Francisco de aquella ciudad. Tres años después, su hijo Diego trasladó los restos a la cartuja de las Cuevas, en Sevilla. Colón, en su testamento, había dispuesto que lo sepultaran en la isla de Santo Domingo «en la vega que se dice de la Concepción —leemos— donde yo invoqué a Dios».

La viuda de Diego Colón obtuvo permiso de Carlos V para instalar el panteón familiar en la catedral de Santo Domingo. Los restos de Colón, los de su hijo Diego y, más adelante, los de tres hijos de éste recibieron sepultura en el presbiterio de Santo Domingo.

Tumba de Colón en la catedral de Sevilla.

El conjunto de enterramientos quedó oculto por sucesivas obras y reformas hasta que en 1664 otras obras lo sacaron a la luz. En 1795 España cedió a

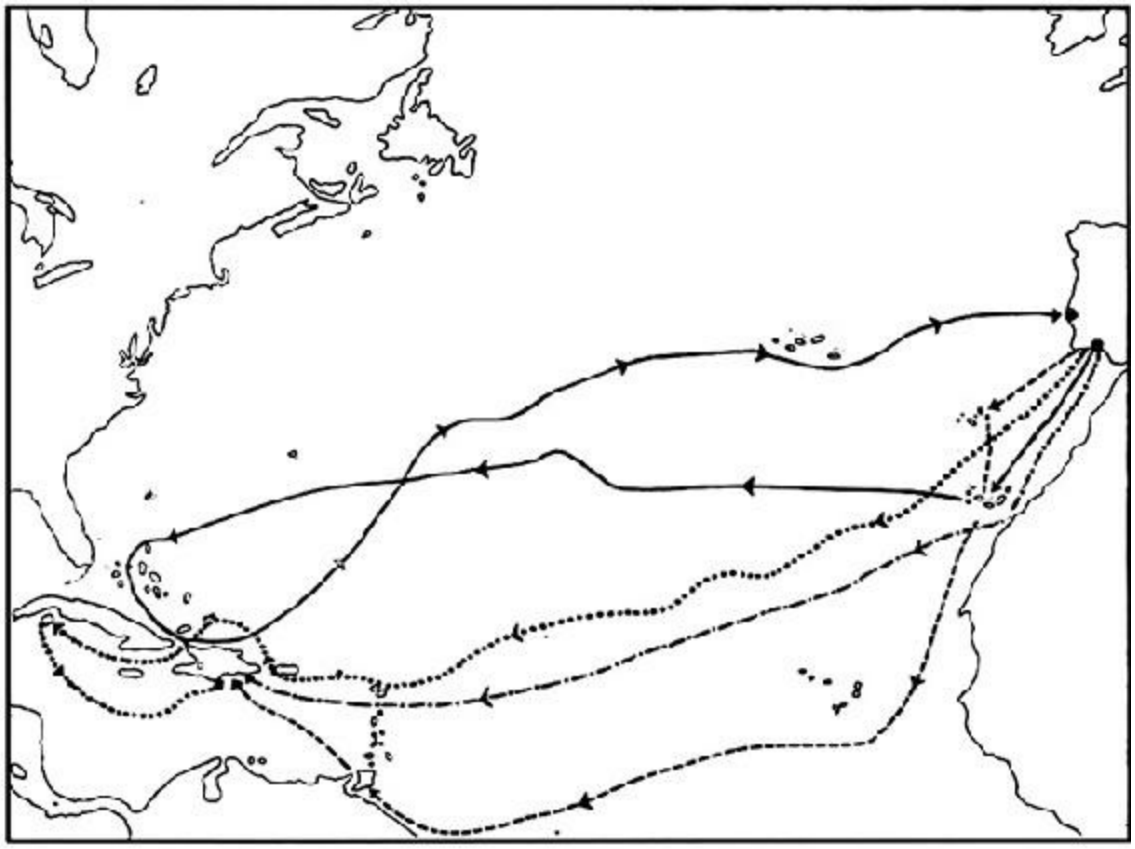
Francia su parte de la isla por el Tratado de Basilea. Al abandonar Santo Domingo, los españoles exhumaron la caja de plomo con los restos de Colón y la trasladaron a la catedral de La Habana, de donde, en 1898, los baqueteados restos colombinos fueron trasladados a Sevilla y sepultados en el soberbio mausoleo que hoy vemos en su catedral.

Pero ¿eran realmente los restos de Colón?

En 1877, durante unas reparaciones en la capilla mayor de la catedral de Santo Domingo, apareció una caja de huesos orlada con la inscripción: «Ilustre y esclarecido varón don Cristóbal Colón descubridor de América, primer almirante».

¿A quién pertenecían entonces los restos trasladados a La Habana primero y a Sevilla después? Muchos dominicanos creen que eran los del hijo de Colón. Otros creen que los verdaderos restos de Colón son los que se guardan en el imponente mausoleo sevillano. Como dijimos, en la caja que vemos cabría un buey, pero los restos sepultados son pocos huesos completos y algunos fragmentos.

Eso es lo que queda de Colón. Y por encima de eso, la incontestable realidad del Nuevo Mundo que él descubrió, probablemente con datos ajenos, un misterio que se llevó a la tumba…, donde quiera que ésta se encuentre.



Los viajes de Colón.

64
LA COCINA DE LOS NAVEGANTES

Cuando voy a Cádiz, no dejo de degustar las especialidades locales: el pescaíto frito (especialmente las puntillitas), el erizo de mar (si es temporada), las tortillas de camarones, la raya al pimentón y, muy especialmente, el queso emborrado en un colmado al que solía llevarme el poeta y novelista Fernando Quiñones.

El emborrado es una fórmula antigua muy gaditana de conservar el queso para el servicio de la marina. Se toma un queso oreado, preferentemente de cabra payoya (propia de la sierra de Cádiz), se unta de manteca o de borras de aceite (el poso de aceite turbio que queda en el fondo de las ánforas) y se acaba con salvado de trigo. Así se puede conservar meses o años con un sabor piconcete muy agradable.

Era el queso emborrado uno de los alimentos esenciales en la despensa de las carabelas. ¿Qué otras viandas figuraban en esa despensa?

A partir de Colón, el navegante que se aventuraba en el océano conocía de antemano el tiempo que tardaría en atravesarlo y, por tanto, podía calcular con precisión el agua que necesitaba embarcar, adecuada al número de tripulantes.

Uno de los cargos más importantes a bordo era el del «alguacil del agua», que repartía diariamente el preciado líquido en una ceremonia solemne, a la vista de todos.

El alguacil del agua hacía lo posible porque la reserva de agua no se pudriera ni criara sabandijas y cucarachas. No siempre lo conseguía porque el hedor de las filtraciones de la sentina, a donde iban a parar todas las porquerías del navío, contaminaba fácilmente el agua potable de los toneles.

Cuando tal cosa ocurría, las sabandijas se cebaban en ella, no había más remedio que regresar a puerto si todavía no se había mediado el viaje, y, en cualquier caso, había que consumir el agua averiada colándola y disimulando el sabor y el olor con la adición de vinagre.

No es fortuito que el rey Sabio mencione el vinagre a continuación del agua entre las necesidades de la nave: «E vinagre deven levar otrosí, que es cosa que les cumple mucho en los comeres e para bever con el agua cuando ovieren sed»[217].

La parte más espaciosa de la bodega se reservaba para los grandes toneles de agua firmemente entibados sobre un andamiaje de madera. Un lastre de piedras extendido en lo más profundo de la bodega equilibraba la nave, al rebajar su centro de gravedad, y de paso, protegía la tablazón del fondo de los trajines de la carga.

Cuando el navío tocaba tierra, la primera preocupación de su capitán era hacer aguada. Se botaba la chalupa y una cuadrilla de marineros y grumetes al mando del alguacil del agua desembarcaba para buscar un pozo o manantial de agua dulce, lo más cercano posible a la costa, del que reponer las existencias de la nave. Después de colmar los barriles vacíos que hubiera en la bodega, si había ocasión, incluso se renovaba el agua de los llenos.

Acomodada la provisión de agua, en el espacio sobrante de la bodega había que almacenar varias toneladas de equipajes. En cajas y embalajes se almacenaban los cabos, los fardos, las velas de respeto, las herramientas y otros trebejos necesarios para el mantenimiento y reparo de la nave, además del material artillero. Una nave armada llevaba, como mínimo, cuatro bombardas y veinticuatro espingardas o falconetes, para cada una de las cuales se embarcaban hasta dos quintales de pólvora y dos docenas de proyectiles de piedra o plomo. A ello hemos de sumar unas diez ballestas con sus correspondientes reservas de virotes. Y lanzas suficientes para armar a la marinería llegado el caso. Aparte, en distintas secciones del navío, había taquillas donde la tripulación guardaba sus escasas pertenencias. El capitán tenía derecho a cuatro de ellas; los oficiales, a una; los marineros compartían una para cada dos y los grumetes una para cada tres o cuatro. Con todo esto, la capacidad de carga de la bodega quedaba bastante mermada.

Entre ese heterogéneo cargamento había que acomodar la despensa del navío. Casi todos los alimentos se encerraban en barriles más pequeños que los del agua: el vinagre, el vino, la manteca, el queso emborrado, la salmuera

de carne y de pescado, la galleta o bizcocho. Allá abajo el aire se adensaba impregnado por todos los olores de la carga, y con los calores del trópico se volvía sofocante.

En la bodega estaba la despensa muerta. La viva, es decir, los cerdos, cabras y gallinas que se consumirían durante el viaje, debía acomodarse en cubierta. Pero tampoco allí quedaba mucho espacio para almacenamiento. Una carabela de la época de Colón portaba hasta siete anclas, aunque las más visibles eran las mayores, a ambos lados de la proa, accionadas con un molinete. Hacia el centro de la nave había unos armatostes cilíndricos de madera reforzada, las bombas de achique, que aseguraban la evacuación del agua filtrada hasta la sentina.

La vida a bordo era muy sacrificada. En el siglo XVI la tripulación mínima exigida para un navío de cien toneladas que hiciera la ruta atlántica ascendía a treinta y una personas: catorce marineros, un artillero, ocho grumetes, tres pajes, despensero, alguacil de agua, contramaestre y capitán.

El único espacio habitable era la chupeta de popa, un reducido camarote sucintamente amueblado con un catre, dos o tres sillas de tijera y una mesa. La tripulación dormía en cubierta, con un lienzo por techo si el tiempo era inclemente. Marineros y oficiales hacían sus guardas e imaginarias en turnos de cuatro horas. En cuanto comenzaba a amanecer la campana convocaba a la tripulación. Si había un sacerdote a bordo la rutina diaria comenzaba por una misa «seca», es decir, sin consagrar, para evitar que un golpe de mar pudiese derramar el vino sacramental. Luego se cantaba una salve y cada cual atendía a sus faenas.

A bordo nadie se aburría. Apenas había un momento para el ocio fuera de las estancias en puerto. Los marineros, cuando no estaban extendiendo o plegando velas, tenían que regar la cubierta para mantenerla estanca o achicaban el agua acumulada en el fondo de la sentina por los golpes de mar o las filtraciones del casco. Este trajín incesante requería una alimentación sustanciosa. Por eso, después del alguacil del agua, el cargo más importante de la intendencia del navío era el despensero.

EL DESPENSERO

El despensero se encargaba de racionar la comida y velar por la conservación de los alimentos «repartiendo primero los bastimentos que estén cercanos a corromperse para que se gasten los primeros». Debía ser «hombre de mucha confianza, sufrido, callado y cortés, y como ha de lidiar con tanta gente es necesario que lo sea para evitar pesadumbres».

La despensa del navío oceánico no era muy variada. El consejo de las *Partidas* es que la despensa del barco se surta de «carne salada, e legumbres e queso, que son cosas que con poco dellas se goviernan muchas gentes, e ajos e cebollas para guardarlos del corrompimiento del yacer en el mar e de las aguas dañadas que beven». La carne salada o tasajo era, por lo general, de cerdo, de cabra o de oveja y, más raramente, vaca. Y mucho tocino rancio, «malo de ver y duro de mascar», por lo que se preparaba más cocido que a la brasa.

Las carabelas de Colón, tan insignificantes como nos parecen comparadas con los navíos oceánicos actuales, llevaban ciento treinta kilos de provisiones por persona, lo que equivalía a agua para seis meses y comida para año y medio.

Al principio de la travesía, la comida era variada puesto que se embarcaban frutas, legumbres y animales vivos, principalmente cerdos y gallinas. Cuando esta provisión se acababa había que ajustar el menú a los alimentos de larga duración.

El alimento básico era la galleta de pan o bizcocho señalada en las *Partidas* como pan muy liviano que «dura más que otro, e non se daña». Se hacía con masa medio fermentada que se horneaba dos veces (de ahí su denominación, «bizcocho», pues *biscoctus* significa «cocido dos veces»). De este modo se secaba por completo y se evitaba que criara moho en el húmedo y caliente interior de la bodega.

El bizcocho naval se amasaba en forma de torta pequeña para que fuera el equivalente a una ración personal. Estaba tan duro (y los marineros tan escasos de dientes) que no había más remedio que ablandarlo remojándolo con agua de mar. El valor alimenticio de la galleta naval era equivalente al del pan integral. Al remojarlo en agua marina se le añadía el cloruro sódico tan necesario para restaurar los desgastes de un ejercicio físico continuado.

El queso emborrado era menospreciado como alimento de plebeyos pero en el mar era parte indispensable de la dieta. Igualmente imprescindible en la ración diaria de un hombre que tuviera que realizar grandes esfuerzos era el

vino. Creían los antiguos que el vino era un alimento completo porque «criaba sangre». «Con pan y vino se anda el camino», asegura el dicho. El vino que consumía la marinería era un caldo avinagrado y deficiente, con sabor a hierro y a cuba. De hecho, era frecuente rebajarlo con agua para hacerlo medianamente potable. Por cierto, el rey Sabio, en sus disposiciones sobre los bastimentos que deben embarcarse, se muestra radical enemigo de las bebidas alcohólicas: «Ca la sidra o el vino, como quier que los omes lo aman mucho, son cosas que embargan el seso lo que non conviene en ninguna manera a los que han de guerrear sobre la mar».

LAS COMIDAS

Los remeros de las galeras mediterráneas, que constituían la marinería más esforzada de la época, recibían una ración diaria de dos libras de bizcocho (980 gramos) y cuatro onzas de habas (120 gramos).

El marinero atlántico de la época de las carabelas solía recibir libra y media de bizcocho; seis onzas de tocino; doce onzas de menestra o calderada (nombres genéricos de un potaje de habas, alubias, arroz, garbanzos, guisantes o lentejas, con un chorro de aceite y vestigios de tocino rancio o cecina); dos onzas de arroz, los días de pescado o carne, y dos o tres onzas de queso emborrado. Para beber, medio azumbre de vino (un litro aproximadamente) y dos azumbres de agua.

En total, se comía tocino o carne unos veintisiete días al mes y los restantes tocaba pescado salado (dos onzas de sardinas, anchoas o arenques de barril). En este caso se suministraba una medida de aceite y un cuartillo de vinagre para adobarlo.

Los cocineros del barco eran, por lo general, los grumetes. El recetario naval era cuartelero, pobre y monótono. Lo propio de una culinaria no sólo limitada por la exigua despensa, sino por la propia hornilla. La cocina del buque consistía en un cajón de hierro abierto por arriba y por delante en cuyo interior, sobre una capa de arena, se encendía un fuego de carbón o de leña que hervía la marmita del rancho. Las legumbres con destino a los barcos se

tostaban ligeramente para hacerlas más resistentes al moho y a la fermentación.

Solamente se comía caliente cuando hacía buen tiempo. Si estaba la mar picada estaba prohibido encender la candela, no fueran a saltar las brasas fuera del fogón y se provocase un incendio. Esos días se repartían a cada hombre seis onzas de queso, dos de menestra fría y media de aceite.

Si llovía, tampoco se encendía el fogón, pero este pequeño sacrificio quedaba sobradamente compensado por la oportunidad de lavarse y de rellenar los barriles de agua con la de lluvia que chorreaba de las velas y la que se recogía en lienzos extendidos sobre cubierta.

Los marineros solían completar su dieta con lo que pescaban e incluso con ratas, inevitables y voraces compañeras de las navegaciones. Las ratas sólo se hacían visibles cuando su certero instinto les indicaba que el barco se iba a pique. En este caso, abandonaban la bodega e invadían la cubierta en bandadas enloquecidas y, si había ocasión, eran, como nos enseña el refranero, las primeras en abandonar el barco. En naufragios y otras situaciones extremas, los marinos no les hacían ascos a las ratas ni, ciertamente, a nada que pudiera consolar los estómagos vacíos. En algunos casos llegaron a devorar los cueros (del calzado, de los cinturones, de forro de los mástiles) después de cocerlos para que se ablandaran.

A pesar de todas las precauciones del despensero, la mal ventilada bodega de los navíos oceánicos se convertía en un horno donde los víveres se averiaban con facilidad.

Durante el calamitoso cuarto viaje de Colón, las comidas se hicieron sólo de noche y a oscuras para que los comensales no vieran los gusanos e insectos que poblaban el pan y la menestra. Sin llegar a ese extremo, muchos despenseros recurrían a un ingenioso expediente para limpiar de gusanos los bastimentos. Sobre el barril que contenía los alimentos agusanados colocaban un pez putrefacto cuyo penetrante olor atraía a las sabandijas. Cuando el pez se había convertido en un hervidero de bichos, lo lanzaban al mar, ponían otro limpio en su lugar y repetían la operación hasta que la gusanera se reducía a proporciones admisibles.

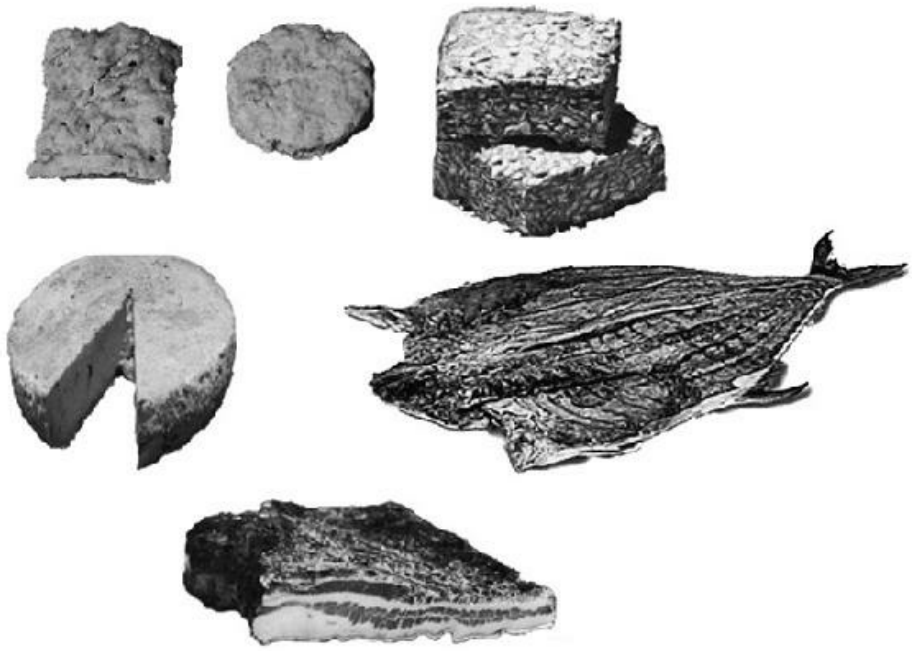
EL RECETARIO MARINO

El recetario marítimo era, como podemos sospechar, forzosamente limitado. Con todo, existieron algunos platos famosos, aunque seguramente nada apreciados: las mazamorras, el almodrote y la calandraca.

Las mazamorras (palabra proveniente de la expresión árabe «sopa de barco») aprovechaba los trocitos de galleta desmoronada que quedaban en el fondo de las cubas y, con adición de aceite, ajo y vinagre, se molía hasta conseguir una pasta que podía consumirse por sí sola o como base de diversos mojos.

También se elaboraba con las galletas impresentables de puro agusanadas y es de suponer que entonces resultaría más alimenticia al incorporar las proteínas del gusano. La definición que da el *Diccionario de autoridades* indica que la mazamorra se prepara con «el bizcocho podrido que no está de recibo».

El almodrote era una salsa elaborada con los restos de queso emborrado que quedaban en el fondo de las vasijas. Bastaba añadir ajo y comino y trabajarlo en el mortero hasta reducirlo a pasta oleosa. Este unto de fuerte sabor ayudaba a pasar con cierta dignidad cualquier guiso de pescado o carne desecada e hidratada mediante remojo[218].



Bizcocho, alubias, queso, bacalao y tocino, la despensa del mar.

La calandraca era un dudoso sopicaldo aromatizado con una bolita de sebo de cerdo rancia y algún vestigio de tocino. Como toda sopa de pobres servía para calentar y llenar el estómago más que para nutrirlo.

EL ESCORBUTO

La dieta que hemos descrito era muy deficitaria en vitaminas y sobreabundante en féculas. Su consumo continuado por marinos que pasaban la mayor parte del año embarcados provocaba diversas enfermedades carenciales que los médicos de la época atribuían al aire viciado y a la humedad del medio y, dado su carácter generalizado, las tenían por infecciosas. La dolencia más común era el escorbuto, causado por una deficiencia de vitamina C.

El escorbuto se manifestaba en la palidez de la piel, en los ojos hundidos, en las frecuentes diarreas, en el debilitamiento general y en la pérdida de

dientes por reblandecimiento de las encías. En los casos extremos se abrían viejas heridas ya cicatrizadas y el enfermo moría.

Otra enfermedad igualmente terrible era el beriberi que los portugueses llamaban «mal de loanda», y los españoles, «peste de las naos». Lo causaba una deficiencia de vitamina B1 y se manifestaba en movimientos erráticos de los ojos, dificultad para caminar, que en casos extremos paralizaba las piernas, pérdida de memoria, balbuceos, delirios, hormigueo y vómitos.

Sólo a mediados del siglo XVIII se determinó empíricamente que estos males provenían de la dieta deficitaria en frutas y vegetales frescos. Desde entonces, los ingleses, y muy pronto el resto de los marinos, embarcaron en sus navíos garrafas de zumo de limón, a menudo clarificado y mezclado con aguardiente, del que se suministraba a cada tripulante una cucharada diaria.

65
EL ARMA SECRETA DE LOS CONQUISTADORES

Estoy sentado en una terraza de la plaza mayor de Trujillo, uno de los escenarios urbanos más hermosos de España. A mi derecha tengo la iglesia de San Martín, con la hermosa puerta de las Limas. Esparzo la mirada y encuentro una sucesión de palacios: el de los duques de San Carlos, con su balcón esquinero, el de los marqueses de Piedras Albas, el del Escudo, el de la Justicia.

Enfrente, arrogante y casi ciclópeo, don Francisco Pizarro en su estatua ecuestre, espada en mano. El antiguo porquero, que era recortadito de talla y macizo, se representa idealizado, esbelto y con un plumero en la cabeza como un *condottiero* italiano.

Muchos historiadores se han sorprendido de que los españoles derrocaran grandes imperios indígenas con muy pocos hombres. Sin quitarles mérito, se ha señalado que usaban caballos, animales desconocidos en América que causaban pavor al indio, y armas muy superiores en potencia: espadas y arcabuces.

Todo eso ayuda a explicar la conquista, pero el arma decisiva que llevaron los europeos, lo que más contribuyó a la derrota de los indígenas no fueron las espadas, ni las armas de fuego, ni los caballos, ni los petos de acero, ni los mastines entrenados para repartir dentelladas, sino una poderosa arma biológica que los conquistadores portaban consigo sin sospecharlo: la viruela.

Indios enfermos de viruela en un grabado de la época.

En 1518, pocos años después del descubrimiento de América, una gran epidemia de viruela causó tan gran mortandad en el Caribe que prácticamente extinguió a la población indígena (tainos y caribes). Al año siguiente se propagó a México y de allí pasó a Guatemala y Centroamérica que la padecieron a partir de 1520.

Unos años más tarde, otra epidemia, esta vez de sarampión, asoló Mesoamérica y los Andes, y abarcó desde el bastante poblado bajo Mississippi hasta la Amazonia.

Cuando Hernán Cortés llegó a México, la viruela se le había adelantado y la mitad de la población había perecido con el emperador Cuitlahuac al frente[219].

Los aztecas se desmoralizaron frente a una enfermedad misteriosa que los mataba a ellos pero no afectaba a los españoles. Lo tomaron por castigo divino o como señal inequívoca de la superioridad de aquellos seres barbados que llegaban de no se sabía dónde. Los hombres de Cortés, después de algún percance (la Noche Triste, 1520), prácticamente exterminaron a los aztecas

(los actuales indígenas son más bien descendientes de los tlaxcaltecas, aliados de los españoles)[220].

Los incas del Perú visitados por Pizarro y Almagro corrieron una suerte parecida[221]. Algún autor ha comparado al Imperio inca con el Egipto faraónico: disponían de calzadas, ciudadelas, grandes templos y pirámides escalonadas y el santuario y palacio de Machu Picchu (construido por el emperador Pachacútec, hacia 1450).

A la llegada de los españoles el Imperio inca estaba debilitado por la mortandad de la viruela (incluso el emperador Huayna Capac había perecido del misterioso mal).

Pizarro apresó al nuevo emperador, Atahualpa, y le exigió como rescate que llenara de oro la habitación donde se encontraban hasta la altura que alcanzaba su brazo. Los incas reunieron el tesoro, pero, a pesar de todo, Pizarro ejecutó al emperador (que, a su vez, había hecho asesinar a su hermano y rival Huáscar).

Las enfermedades contagiosas también allanaron el camino al conquistador Hernando de Soto en Norteamérica. Cuando llegó, en 1540, a las fértiles tierras del Mississippi, encontró muchos poblados vacíos porque la viruela había aniquilado a su población. Los indios de la costa, visitados esporádicamente por españoles habían transmitido el microbio a los del interior.

Viruela y espadas de acero, pero especialmente viruela, ésos fueron los elementos que conquistaron América[222]. No resulta muy heroico, pero es cierto. Las enfermedades allanaron el camino del hombre blanco en América, Asia, África y Oceanía. El colonizador europeo llegaba a todas partes con sus enfermedades y sus armas de fuego, dos poderosos elementos civilizadores.

Adivino la pregunta: ¿qué pasa?, ¿es que los americanos no disponían de agentes patógenos que recíprocamente exterminaran a los invasores, perdón, evangelizadores europeos? Pues no. En América no se habían desarrollado enfermedades porque los animales domésticos eran escasos y no convivían hacinados con las personas como en Europa (estas plagas son, en realidad, la adaptación de parásitos animales al hombre). La única excepción, aunque notabilísima por su carácter, fue la sífilis[223].

Ya vemos que el balance global, cuando los dos pueblos intercambiaron sus respectivos virus, resultó muy favorable a los europeos. ¿Por qué? Porque en Europa se había producido desde fecha temprana una alta densidad de

población humana que favorece las enfermedades. Los europeos llevaban más tiempo de rodaje y, por tanto, sus enfermedades eran más virulentas y ellos estaban mejor provistos de anticuerpos para resistirlas[224]. El mismo hacinamiento, sin embargo, los hacía más vulnerables cuando una enfermedad contagiosa se trasladaba a Europa y adquiría caracteres de pandemia (recordemos la peste negra o la «gripe española» de 1917)[225].

Lo único que frenó, por un tiempo, la conquista por los europeos de determinadas regiones del planeta, fueron tres enfermedades tropicales: la malaria de los trópicos (las fiebres tercianas como las llamaban), el cólera del sureste de Asia y la fiebre amarilla del África tropical. Por eso los europeos no conquistaron África al mismo tiempo que América[226]. A África le llegaría el turno en el siglo XIX, cuando se descubrieron sus antídotos.

66
MANEJARÉIS TETAS

No es muy conocida la historia de Francisco Roldán Jiménez, natural de Torredonjimeno, primer revolucionario del Cono Sur, primer golpista, primer impulsor del sueño americano, primer defensor del Estado del bienestar, primer gánster, primer propagador del amor libre y primer quién sabe cuántas cosas más.

Cuando Colón regresó de su primer viaje, se difundió por toda España la noticia de que, al otro lado del océano, existía una tierra increíblemente rica en oro y especias y poblada por inofensivos indios cuyas mujeres iban desnudas y no sabían negarse a un cortejo.

El fervor patriótico, que había brillado por su ausencia en las vísperas del primer viaje colombino, arrastró esta vez a una multitud de voluntarios. Todo el mundo se disputaba el honor de servir a los reyes y propagar el cristianismo en las nuevas tierras de ultramar. Fueron 1.200 hombres, de ellos 800 soldados, 20 agricultores y seis frailes los que tuvieron la suerte de ser admitidos para participar en tan alta empresa. Entre ellos figuraba este Francisco Roldán Jiménez de nuestra historia.

Quizá el primer contacto americano de los entusiastas exploradores fuera un tanto decepcionante. Los indios habían asesinado a los ciento treinta españoles que Colón había dejado allí once meses atrás en el fuerte Navidad (construido con los restos de la nao *Santa María),* y sus cuerpos insepultos estaban esparcidos por el yerbazal.

Fue la primera decepción. Luego vinieron otras: ni aquél era el país de Jauja, ni allí ataban los perros con longanizas, ni la tierra era rica, ni el oro abundaba. Los colonos se sintieron estafados. Hacía un calor pegajoso e

insoportable y por la noche pululaban unos mosquitos gordos y voraces como canónigos. Todo lo que les habían prometido era mentira (excepto lo de las indias reidoras y complacientes).

Haciendo de tripas corazón, los decepcionados colonos se pusieron manos a la obra, cada cual según su oficio. NuestroFrancisco Roldán había soñado, como todo indiano, en labrarse rápidamente una fortuna y una posición. La realidad americana lo decepcionó, pero, en lugar de abatirse, irguió la testa y encaró el futuro con viril determinación. Y como al que trabaja con aplicación y sin desmayo, la Providencia lo remunera tarde o temprano, prontamente destacó por su ingenio, buena disposición y dotes de mando y consiguió que Colón se fijara en él y lo promocionara a alcalde mayor de la colonia.

Esto era tanto como decir gobernador civil enlos tiempos de Franco, casi una satrapía. Ahora bien, ¿se imaginan ustedes un gobernador civil contestatario que se subleva contra el poder central? Pues aquí tienen a nuestro héroe que, a poco de estrenar el cargo, hastiado de las arbitrariedades, injusticias y mal gobierno de Colón y sus hermanos (a los que por algo apodaban «Los faraones»), se puso al frente de sesenta descontentos de los más bragados y asaltó los almacenes de la alhóndiga.

Provisto de armas y pertrechos, nuestro gobernador civil metido a bandolero se echó al monte con su cuadrilla y huyó a las tierras del cacique Guacanagarí.

El primer pronunciamiento hispanoamericano fue un tanto atípico: los rebeldes daban vivas al rey, para que quedase claro que su conflicto no era con la corona, sino con los Colones.

El desdichado cacique Guacanagarí, que hasta entonces se las había arreglado para nadar y guardar la ropa y proteger a su pueblo de los españoles, no disponía ya de más alimentos que los estrictamente indispensables para salvar a su gente de la hambruna, pero los rebeldes creyeron que trataba de engañarlos y lo asesinaron e incendiaron el poblado. Después apremiaron con la misma exigencia a los caciques Manicatex y Bohechio. Éstos se apresuraron a entregar cuanto tenían. Además tuvieron que hospedar en sus poblados a los rebeldes. Pronto se supo qué clase de vida llevaban con «grande aparejo para vivir desenfrenadamente los pecadores hombres, zambullidos en vicios», pues «tenían las mujeres que querían tomadas por fuerza o por grado de sus maridos».

Un buen día dos carabelas llegaron a la isla con suministros urgentes para la colonia, pero avistaron tierra cerca de Xaraguá, el territorio señoreado por los rebeldes. El astuto Roldán recibió con los brazos abiertos aquel regalo llovido del cielo y no escatimó prosa para convencer a los amoscados marinos de que lo más juicioso que podían hacer era desertar y entregarle el cargamento que transportaban. El persuasivo rebelde les hizo un ofrecimiento que difícilmente podían rechazar: «En lugar de azadones, manejaréis tetas; en vez de trabajos, cansancio y vigilias, tendréis placeres, abundancia y reposo».

Una visión idílica de la Indias: mujeres desnudas y caza abundante.

La existencia que llevaban los rebeldes de Roldán, huéspedes forzosos de los sufridos indígenas era, en verdad, reposada. Aquellos parásitos se habían rodeado de esclavos y cada cual disfrutaba de su harén particular. El indignado padre Bartolomé de Las Casas certifica que ni siquiera «se preocupaban por andar a pie camino alguno; aunque no tenían mulas ni caballos, sino a cuestas, de los hombros de los desventurados indios, o como en litera metidos en hamacas». Además, «iban junto con indios que llevasen unas hojas grandes de árboles para hacerles sombra y otros unas alas de ánsar

para abanicarlos, seguidos de una recua de indios cargados como asnos… con los hombros y las espaldas como de bestias, con mataduras».

Mientras tanto, en Santo Domingo, la situación de los Colón era comprometedora, pues «apenas había cuarenta hombres en los que pudieran confiar». Todos los desheredados, que eran la inmensa mayoría, simpatizaban con Roldán, que les ofrecía «medrar, mucho comer y mujeres». De buena gana Colón le hubiera rebanado el pescuezo, pero no contaba con fuerzas suficientes para enfrentarse a los rebeldes. Prefirió pactar con ellos. Decretó una amnistía general e incluso les repartió tierras y esclavos. Roldán quedó restablecido con todos los honores en su antiguo cargo de alcalde mayor.

Al poco tiempo, un tal Alonso de Ojeda entró en puerto con cuatro carabelas. Había estado explorando el litoral americano en una costa que llamó Venezuela porque sus muchos canales le recordaban Venecia. Ojeda, dispuesto a labrarse una fortuna en las Indias, quiso atraerse a los rebeldes e insumisos, pero llegaba tarde al trato. Colón y Roldán unieron sus fuerzas para expulsarlo de la isla y tuvo que conformarse con el producto de una carga de esclavos que vendió en Cádiz a su regreso.

En 1502, un huracán sorprendió, a cuarenta kilómetros de Santo Domingo, a la escuadra del tornaviaje. Veinte barcos se fueron a pique y sólo cuatro regresaron a puerto, aunque muy maltrechos. Entre los que se ahogaron en el naufragio figuraba, según dijeron algunos, nuestro inquieto Francisco Roldán. Pero, según otros, Roldán escapó del desastre, pues su nombre sigue apareciendo en documentos fechados en época posterior. Es preferible que nos lo imaginemos ya jubilado, menudo y calvo, viviendo su tranquila vejez en un olivar de su pueblo, con su poquita de huerta y su poquito de viñas, las suficientes para la cosecha del año y una mucama que se trajo de las Américas para hacerle los caldos y espantar soledades. Llegado el alegre abril saldrá al habar con dos o tres amigos, con su pellejo de vino y su alcuza de aceite y un pan por barba, y mientras se desayunan el paniaceite con habas.

67
CHOCOLATE, PATATA, TOMATE, PIMIENTO

Aquí el que habla, en su doble desgracia de hijo de la posguerra y de pueblo, y, para mayor inri, en una región especialmente deprimida, no supo lo que era un chocolate decente hasta que emigró a la capital y descubrió las chocolatinas Nestlé, y si me apuran, hasta que salió al extranjero y, pasando por Bélgica, el país cuyos platos nacionales son los *moules-frites* (mejillones y patatas fritas), descubrió los chocolates Godiva, que es como asomarse al paraíso del placer gastronómico.

O sea, que aunque pude evitar el chocolate de algarroba o cascarilla de los muy pobres, pasé de aquel chocolate blanquecino, pura harina y salvado, marca Virgen de la Cabeza, de mi infancia, al chocolate de escogidos cacaos que se te deshace en la boca. Hoy, puede que sea casualidad, vivo en un edificio que tiene una chocolatería en la planta baja y hemos hecho costumbre de que los domingos baje con una nieta a comprar chocolate y churros para el desayuno familiar.

Los golosos, mucho menos si son jóvenes, no podemos imaginarnos el mundo sin chocolate. A ello habría que agregar que antes de Colón tampoco había en Europa tomates ni patatas, ni pimientos (y, por consiguiente, no había pimentón; por eso habla Quevedo de «los negros chorizos»). ¡Ni tabaco había!

En fin, que entre las consecuencias históricas del descubrimiento de América hay que situar, muy en primer lugar, su repercusión en los hábitos alimenticios y en la cocina europea.

Los exploradores españoles encontraron en América plantas y animales desconocidos en Europa, entre ellos unos árboles que producían «unas

nuececillas parecidas a la almendra» de las cuales los aztecas fabricaban una bebida muy apreciada por los guerreros y la clase aristocrática. Como escaseaban aquellas «nuececillas», que el lector habrá adivinado que eran las semillas de cacao, la gente más humilde no tomaba el chocolate puro sino en pequeñas cantidades para aromatizar con él las gachas de maíz, que constituían el alimento cotidiano. Además, las nueces en cuestión se usaban como moneda corriente ya que los aztecas no conocían el metal acuñado. Esta circunstancia conmovió a Pedro Mártir de Anglería: «¡Oh, feliz moneda! —exclama en su alabanza—. No sólo es una bebida útil y deliciosa, sino que impide la avaricia, ya que no puede conservarse largo tiempo».

Aquella especie de almendra era una divisa sólida y respetada. Un esclavo valía cien almendras.

La religión azteca, no menos compleja que la cristiana, profesaba la existencia de un Paraíso Terrenal al que las almas se acogen cuando escapan de este valle de lágrimas. En aquel Paraíso americano la pura contemplación del resplandor divino interesaba menos que el aprovechamiento agropecuario de sus parcelas. Los aztecas se lo figuraban poblado por gigantescas mazorcas de maíz y por corpudos árboles de cacao.

A la llegada de los españoles, el Imperio azteca estaba regido por el emperador Moctezuma, un morenazo con muchos collares y abalorios que vivía como un sátrapa y engullía no menos que Carlos V, su colega del otro lado de la mar oceana.

Los españoles que presenciaron una de las comidas del emperador se quedaron maravillados de los centenares de platos que le presentaban, aunque él sólo comía de algunos. Notaron además que, en lugar de los cinco litros canónicos de cerveza que el rubio Austria trasegaba en cada almuerzo, el mexicano bebía unas cuantas jarras de chocolate batido, muy espumoso y aromático.

Los españoles, siempre buscándole tres pies al gato, creyeron que la bebida era afrodisiaca: «Traían en unas como a manera de copas de oro fino, cierta bebida hecha del mismo cacao y decían que era para tener acceso con mujeres […] y de aquello bebía y las mujeres le servían al beber con grande acato».

Los españoles probaron el cacao y al principio lo encontraron amargo y picante; luego, repitiendo a ver si era cierto lo del afrodisiaco, lo fueron encontrando pasable, incluso apetitoso, especialmente cuando se le añadían

miel, magüey, vainilla y otras sustancias aromatizantes o edulcorantes. Al final se aficionaron al chocolate tanto o más que los aztecas, especialmente cuando advirtieron las propiedades nutricias del brebaje: «Una sola taza de esta bebida fortalece tanto al soldado —escribe Cortés— que puede caminar todo el día sin necesidad de tomar otro alimento».

Los frailes cocinillas e indagadores que acompañaban a la tropa no tardaron en convertir el chocolate en una especialidad de la cocina conventual. Las monjitas del convento de Guajaca, uno de los primeros centros de devoción fundados en México, dieron en endulzarlo con azúcar, vainilla, flores y avellanas tostadas. Luego se le añadieron las especias que eran inevitables en la cocina española del tiempo, a saber, nuez moscada, pimienta, jengibre y canela. El brebaje cautivaba el corazón de cuantos lo cataban hasta el punto de alarmar a las conciencias más sensibles. El padre Acosta se queja: «Es cosa loca lo que en aquella tierra lo aprecian, y las españolas hechas a la tierra se mueren por el negro chocolate».

El obispo de Puebla se negó a tomar chocolate con este argumento: «No lo hago por mortificación, sino porque no haya en mi casa quien mande más que yo, porque tengo observado que el chocolate es elemento dominante, que en habituándose a él no se toma cuando uno quiere sino quando quiere él». Santas palabras con las que seguramente comulgarán los chocoladictos.

La moda de beber chocolate a todas horas se extendió tanto entre las damas criollas que llegó a afectar a la religión porque se lo hacían servir incluso en la iglesia durante la misa mayor. Aquel trajín de mucamas culonas con chocolatera y jícara buscando el reclinatorio de la señora distraía al predicador, soliviantaba a los feligreses y estimulaba los jugos de los comulgantes, que estaban ayunos, lo cual restaba devoción. El obispo de Chiapas se vio obligado a tomar cartas en el asunto y amenazó con la excomunión a los fieles que bebieran chocolate en misa. Nunca lo hiciera, porque las damas chocolateras desertaron del templo mayor y se acogieron a las misas de los conventos donde los capellanes eran mucho más tolerantes. Quiso el obispo evitarlo con nuevas medidas represivas, y en ello estaba cuando un buen día amaneció muerto. Se murmuró que alguien le había administrado un veneno precisamente en una jícara de chocolate. Ya se ve lo natural que resulta que el naturalista Linneo llamara *Theobroma*, alimento de dioses, al árbol del cacao.

Parece que las primeras nueces de cacao enviadas a España se perdieron

por el camino. En 1579, los piratas holandeses capturaron un navío español que transportaba entre sus muchos equipajes un saco de cacao. El capitán pirata, al que hemos de imaginar rubio natural, con el pelo recogido en coleta y vistiendo una casaca azul a la que no le vendría mal un lavado, cascó una de las nueces con el pomo de su pistola de chispa y, tras rebañar con la uña del meñique el interior de la cápsula, se llevó a la boca la grasilla oscura y la saboreó apreciativamente ante la expectación de sus hombres. Inmediatamente hizo un gesto de asco y escupió. «¿Qué guarrada es ésta que sabe a mierda de carnero?», inquirió. Y ordenó a sus hombres que arrojaran el saco por la borda.

Lámina botánica del cacao.

Un nuevo envío, al año siguiente, tuvo más suerte y llegó sin novedad al abad del monasterio de Piedra, en Aragón, con una carta y la receta del chocolate que le enviaba su correligionario fray Aguilar. De aquí es posible que arranque la tradición chocolatera del Císter y su sucursal, la Trapa. Sin embargo, serían los franciscanos los mayores divulgadores del cacao en España y en Europa.

Al principio, el chocolate se tomaba como reconstituyente y lo recetaban los boticarios. Luego, a medida que crecía la afición, se fue depurando de especias exóticas para quedarse en la fórmula más sencilla, cacao y azúcar con algo de canela o vainilla. Se puso de moda entre la aristocracia, que lo tomaba en jícaras de loza de Alcora.

El consumo de chocolate creció tanto en tan pocos años que las autoridades se alarmaron porque, además de alterar el ritmo de trabajo de la poca gente que trabajaba, su alto coste arruinaba a muchas familias que no sabían prescindir de él. Quevedo irónicamente señala que el chocolate y el tabaco son la venganza de las Indias contra la conquista de España. El maestro se dejó en el tintero la sífilis, que también parece que vino de América:

> Hase introducido de tal manera el chocolate y su golosina —leemos en un texto de finales del siglo XVII— que apenas se hallará calle donde no haya uno, dos y tres puestos donde se labra y vende; y a más de esto no hay confitería, ni tienda de la calle de Postas, y de la calle Mayor y otras, donde no se venda, y sólo falta lo haya también en las de aceite y vinagre. A más de los hombres que se ocupan de molerlo y beneficiarlo hay otros muchos que lo andan vendiendo por las casas, a más de lo que en cada una se labra. Con que es grande el número de gente que en esto se ocupa, y en particular los mozos robustos que podrían servir en la guerra y en los otros oficios mecánicos útiles a la República.

Ya se ve que las autoridades se alarmaban de que se aficionaran al chocolate sus súbditos de la clase trabajadora, especialmente los que estaban en edad de doblar el lomo detrás de la yunta o de exponerlo a un metrallazo en Flandes. Es que el chocolate iba adquiriendo fama de ser bebida propia de personas de mucho desgaste mental, una bebida metafísica, para la gente contemplativa.

Los eclesiásticos, especialmente si eran canónigos de un próspero cabildo o frailes de algún convento dotado de buenas rentas, abrazaron con entusiasmo el consumo de chocolate y, fieles a la vieja consigna *Liquidum non grangit jejunium,* «el líquido no quebranta el ayuno», se atizaban una tras

otra jícara sin mirar calendario. No obstante, la grey eclesial distaba de ser unánime en lo tocante al chocolate. Algunos santos varones escrupulizaron que una bebida tan reconstituyente forzosamente había de quebrantar el ayuno y que, por otra parte, debido a su carácter afrodisiaco, no les parecía adecuado para el clero.

Los monjes se especializaron en el tratamiento del cacao americano.

El chocolate nunca fue barato, porque además de su transporte ultramarino había que satisfacer los altos aranceles aduaneros que pesaban sobre él. Pronto surgieron adulteraciones y falsificaciones. A finales del siglo XVII se quejaba un aficionado:

> El chocolate está tan maleado que cada día buscan nuevos modos de defraudar echando ingredientes que aumentando su peso disminuyen su bondad, y aun se hacen muy dañosos a la salud […] el dulce que tiene disimula el pan rallado, harina de maíz y cortezas de naranjas secas y molidas

> y otras muchas porquerías que vienen a vender a ocho o a diez reales la libra y hasta las cajas contrahacen para que parezcan de las que vienen de las Indias o compran algunas para mezclar y les sacan el chocolate sin romperlas, y vuelven a henchirlas de lo malo y pestilencial que ellos hacen.

El chocolate atravesó los Pirineos en la mochila de las órdenes religiosas, especialmente de los franciscanos, y su uso se divulgó prontamente por Europa.

Los franceses, al principio, dudaron si el brebaje sería beneficioso para la salud, pero pronto se aficionaron a él y contribuyeron a su difusión. El remate fue cuando a un joven pinche de cocina vienés, Franz Sacher, se le ocurrió la famosa tarta que lleva su nombre. La presentó al príncipe de Metternich en 1832, que con su buen hacer diplomático hizo de ella una de las firmes columnas en las que se apoyó la diplomacia del Imperio austrohúngaro. Todavía se ufanan los vieneses de la que se elabora en las cocinas del hotel Sacher de Viena, frente al edificio de la ópera.

Decíamos que, además del cacao, la exploración y conquista de América aportó a España plantas tan esenciales como la patata, el tomate, el pimiento, las judías o el maíz y frutas tropicales que se han convertido en un elemento familiar de la dieta del Viejo Mundo: la piña, la chirimoya, el aguacate, el mango… En conjunto, algo así como el veinte por ciento de las plantas básicas de la cocina europea actual, lo que desencadenó una verdadera revolución culinaria.

No contamos los alimentos americanos que nunca se aclimataron en Europa, platos como las estupendas hormigas mexicanas rebozadas en chocolate o aquel pescado frito que un huésped italiano alabó en cierta mesa brasileña. La señora de la casa le dijo que no era pescado sino jacaré, es decir, caimán: cola de caimán joven, el bocado exquisito que el *connoisseur* disputa a las voraces nutrias. Otros manjares de las mesas americanas que no echaron raíces en el Viejo Mundo fueron el guaribá, o mono aullador, el papagayo y el coatí, que parece un gato cebado, y por lo que cuentan tiene una carne exquisita.

Hoy, las generaciones jóvenes toman mucho tomate pero nunca han conocido el sabor de un tomate de huerta ni del olor de la manzana. La verdura procede de un invernadero bajo plásticos, donde crece artificialmente con productos fitosanitarios inyectados en vena. La recolectan todavía verde, la almacenan en cámaras frigoríficas y la venden durante todo el año.

Cuando llegó de América el tomate era una planta ornamental que daba un atractivo fruto dorado, por eso en italiano se llama *pomodoro,* «manzana dorada».

Tengo para mí que Cervantes tuvo una premonición de lo que sería quizá el plato más sabroso y conseguido que emplea tomate, el pisto manchego. Es fama, pero la verdad sólo Dios la sabe, que en la cueva de Montesinos, aquella famosa aventura del Quijote, ocurrieron al ingenioso hidalgo más aventuras de las que Cervantes accedió a describir. La cueva dista, para el que quiera comprobarlo, seis kilómetros del pueblecito de Ossa de Montiel, camino de las lagunas de Ruidera. En el fondo de esta sima, Don Quijote encontró un alcázar o palacio con los muros de cristal. El palacio sigue allí, eso no se duda, lo que ocurre es que, por encantamiento, no se enseña, incomodado como está el genio que lo habita porque los de Turismo le han adosado a la cueva unas escaleras de mampostería que favorecen el acceso a los fisgones.

Los que conocemos la cueva por reverencia a Cervantes y no por morbo, sabemos que se trata de una pequeña cavidad kárstica de unos diez metros de ancho en la boca y poco más, un poco plegada como la manga suelta de la chaqueta de un húsar napoleónico. Bajando la pendiente, que es resbaladiza, pero la recorre un pasamanos de soga para prevenir costaladas, llega uno al fondo por el que discurre un curso de agua, también visible, aunque no así los pulidos muros del palacio que baña. Algunos geólogos sostienen que aquellas aguas provienen de la Fuente Salvadora, en la que hay dos hontanares, uno grande y otro chico. El agua del chico cura el mal de amores y presta ingenio o fortuna para atraer a la persona amada; la del grande, ablanda bien los garbanzos. Lo malo es que enseguida se juntan y en el arroyuelo resultante prevalece la virtud garbancera antes que la amatoria ¡Mecachis!

Pues decía que cuando Don Quijote llegó a lo profundo, encontró un duendecillo tocado con un sombrero verde con pluma de ave que se cosía una bota con una aguja de remendar sacos, pero de oro. El duendecillo (o sea el *genius loci)* no se turbó al ver al caballero, sino que le ofreció compartir el almuerzo que en una talega llevaba prevenido. Accedió Don Quijote y cató un pisto manchego tan deleitoso que pensó si no estaría hecho por mano de Dulcinea. Después de conversar un poco sobre caballerías y galanterías, en las que el enano era muy versado, nuestro caballero regresó a la superficie, donde lo esperaba inquieto Sancho.

—¿Pues qué comió vuesa merced con el enano? —preguntó el escudero.

Don Quijote no lo supo decir. Ni siquiera Cervantes lo supo decir porque en su tiempo todavía no se habían divulgado los usos culinarios del tomate y el pimiento, ambos indianos, y lo que el enano comía en fuente de loza florentina era un plato de anticipación. De regreso al pueblo, entre las encinas, las chaparras, los aceitunos, los alcornoques y el matorral conejero y perdicero, en el bosque manchego aún no conculcado por el hombre, el Caballero de la Triste Figura se preguntaba: «¿Qué delicia he comido yo ahí abajo?», y no sabía si tenerlo por recuerdo de otra vida o por encantamiento de algún mago amistoso y cocinero.

68
UN PÍCARO ANDALUZ

Por los años en que se editó la primera novela picaresca, *El Lazarillo de Tormes* (1554), Andalucía produjo otra singular novela del género, y primer relato de ficción autobiográfico de España, que se contiene en la *Breve relación en que se refiere la vida del Falso Nuncio de Portugal, Alonso Pérez de Saavedra, y el modo que tuvo para introducir en aquel Reyno la Santa Inquisición* que «el propio escrivió a instanzia del Excelentísimo arzobispo de Toledo; con su mano izquierda después que le cortaron la derecha»[227].

El arranque, directo y en primera persona, es típicamente picaresco: «Excelentísimo señor: yo me llamo Alonso Pérez de Saavedra, hijo legítimo del capitán Juan Pérez de Saavedra y de doña Ana de Guzmán, naturales y vecinos que fueron de la Ziudad de Jaén en el Reyno de Andaluzía».

Después de este breve párrafo pasa directamente al meollo del asunto, describiendo su carácter y prendas morales: «Fue mi genio activo, muy imperioso y quería que mi voto fuera el primero y sobre todo inclinadísimo a escribir y assí fui tenido en esta facultad por uno de los más científicos deste tiempo, y también lo fui lo suficiente en la discursiva».

Hasta tal punto era buen calígrafo y consumado redactor que «cuaquiera carácter, o firma o rubrica, con facilidad la daba alma y con tanta similitud que el más advertido caya y assí mismo esculpía sellos y contrahacía armas y ejecutorias». O sea, que desde muchacho reparó en su habilidad para falsificar firmas y documentos

A los catorce años se quedó huérfano de padre y abandonó a su madre para buscarse la vida en la corte. Allí nos hace creer que varios señores se disputaban sus servicios: «Eran más de diez los que traía alrededor sobre a

quién habría de servir», pero él no había nacido para criado y tenía clara su vocación de delincuente, «como mi dictamen era tener entrada para hacerme dueño de las firmas de los ministros y oydores, me acomodé con el fiscal del Consejo Real de Castilla que me recibió por escribiente suyo». En este menester pronto se le ofreció ocasión, que él aprovechó, de copiar las firmas de los oidores del Consejo Real y del de Órdenes, es decir, las firmas de los ministros y secretarios generales, «las cuales fijé en un pergamino que, como reliquia, traía guardada en mi pecho, con que me valía en la ocasión de la que necesitaba».

Su primera acción delictiva, sin embargo, estuvo movida por la piedad y el deseo de justicia: «llegó una pobre mujer pidiendo justicia, diciendo que tres hombres habían muerto, no sé si a su marido o su hijo, y que la justicia de su lugar tenía presos los homizidas y que como era pobre y pleiteaba por tal, corría detrimento el guardar Justicia», es decir, que la señora, debido a su pobreza, no tenía grandes esperanzas de que la justicia la atendiera. Entonces él «movido de la caridad, viendo la sorna de los ministros, tomé por mi quenta el negocio y […] puse una provisión […] la cual despaché so graves penas a las Justicias del dicho Lugar (Villanueva de los Infantes), sin admitirlos a apelazión», para que «se les echase la ley a cuestas», amenazando con una multa de quinientos ducados a los alcaldes si no obraban con la rapidez que requería el caso. «Entregué esta provisión a la buena mujer la qual me dio siete reales y medio para unos zapatos». El resultado fue que «fueron los cómplices condenados a muerte y pagaron sin dilación su culpa». La señora escribió una carta de agradecimiento y le envió «medio tocino, con sus chorizos y cuatro varas de lienzo para una camisa; y que no era posible sino que yo era algún ángel».

El socorredor de viudas queda satisfecho de su acción, «viéndome así útil y que encendía lumbre mi abilidad, dispuse, por medio de mi discursiba, un hecho digno de Loa». (Observemos que tiene un alto concepto de sí mismo y de sus secretas hazañas). Envió a los tesoreros del Consejo Real y de Órdenes (altas instituciones del reino) solicitudes de oidores para que se les adelantaran mensualidades. De este modo se embolsó trece mil reales y quedó tranquilo y regocijado del embrollo que había creado: «La disensión que abría luego entre oidores y tesoreros sobre el caso, con andar con cuidado, no entendí de cosa».

«Viéndome ya dueño del kalendario y que mi presupuesto tenía fondo y

hallarme de bobil con medio tozino, camisa, chorizos y cerca de doze mil reales —prosigue la relación— saqué con sentimiento (en virtud de carta fingida de que mi madre estaba moribunda), de mi amo, que me dio licencia para que fuesse sin limitación de tiempo».

Observemos que de todas sus ganancias, la que primero enumera es la del tocino y los chorizos, porque aunque este pícaro no pasa hambre, conoce bien, como quien vive en la cuerda floja, cuál es el primer y principal peligro de los que como él no tienen más amparo que su ingenio y maña. También menciona la camisa porque el pícaro, hombre de su tiempo, cuando tiene el estómago lleno se preocupa por parecer bien, signo externo de la honra.

Pasa página en el libro de su vida, toma dos criados, se muda a Toledo «y puesto a mi autoridad, don Alonso Pérez de Saavedra el Bueno, me hize lugar entre los ciudadanos». Con un libramiento falso cobra once mil quinientos ducados «que tenían allí caídos para gastos secretos de la corona, sin que hasta oy se supiera sino fuera por mi declaración» (interesante constatación de la antigüedad de los fondos de reptiles).

Razonablemente rico, nuestro pícaro regresa a la corte «y para irme en casa de mi amo, mis criados huvieron de perder el suyo, con que los deje los vestidos y nunca más nos vimos».

Al lector puede parecerle que regresar al punto de partida no ha sido decisión juiciosa, pero el pícaro nos advierte que ha puesto el listón mucho más alto. Ahora consigue las firmas de Carlos V y del príncipe Felipe, futuro Felipe II, con las que falsifica una carta en la que el emperador manda a su hijo que otorgue al caballero don Alonso Pérez de Saavedra cierta encomienda de cuatro mil ducados de renta junto con un hábito de Santiago. Con esos títulos, nuestro falsificador disfruta las rentas de la encomienda pacíficamente durante diecinueve años, «hasta el día que ve vestí de Cardenal y puse capelo en Sevilla y traspasé hábito y encomienda a mi mayordomo por decreto particular que hize de Su Majestad».

Y añade con cínica socarronería que el disfrute de esa sinecura «atribuyolo a particular juizio del cielo, por estar esta encomienda como añexa y perdida, según se supo después que fui preso». El pícaro, ya vemos, vive en los entresijos de la maquinaria del poder atento a sus portillos a través de los cuales obtiene su ganancia.

A medida que avanza en su confesión, nuestro estafador va desarrollando una ironía, característica de la picaresca, que lo sitúa en las antípodas del

arrepentimiento o la contrición que en un principio deberían inspirar el documento. Leemos: «Yo me recojí una noche a consulta con mis cinco sentidos, las siete virtudes y el Gobierno de las Potencias y dije a mi almohada: Ea, señor licenciado don Alonso Pérez de Saavedra, hemos andado como el que se columpia por alto y por bajo».

Dispuesto a pasar a mayores, pone los ojos en una alta magistratura y marcha a Cartagena de Indias, tras breve escala en Cádiz, donde vive a costa del gobernador Alonso de Toledo, «caballero muy vano» que lo trata a cuerpo de rey. En Indias, «lo primero que hice fue fijar edicto y a mis criados de los puestos que se requerían […] de suerte que privé de dicha audiencia y territorio más de diez ministros, con que —declara cínicamente— para mi tengo no tuvo nadie que purgar en el Purgatorio porque yo les saqué sus bolsas de pena».

A los nueve meses, ya hecho el agosto, el falso funcionario regresa a España, desembarca en Cádiz y pasa a Sevilla, donde despide a su séquito quedando con «el mayordomo, cocinero y un lacayo». Ya gran señor, «a pocos días cargué con el cofre y la media manta porque mi hazienda en doblones me asistía», y en una venta del camino de Madrid encuentra a un jesuita con el que traba amistad, «y como éstos tienen labia, se me pegó como ladilla de tal suerte que hize poner su cama junto a la mía y fue milagro no meterle dentro».

El jesuita es portador de un documento pontificio, firmado por el propio papa Paulo III, en el que se da licencia para fundar una casa de la Compañía de Jesús. El ignaciano, después de que el pícaro le ha mostrado sus habilidades, se lamenta de que «este Breve assí como lo es sólo para dar principio a mi religión, lo fuera para remediar otras cosas». Don Alonso Pérez capta la indirecta. «Yo entendí al religioso y tuve modo para quitárselo y copiarlo». Las otras cosas por remediar incluyen el establecimiento de la Inquisición en Portugal. El jesuita le propone abiertamente que despache los poderes del emperador necesarios para establecer el temido tribunal. «No parece sino que el religioso hablaba en mi corazón porque si se consigue se hace a Dios uno de los mayores servicios que hasta ahora se han visto; pero es menester mucho tiento, que para esto avía de venir un monseñor Cardenal».

El jesuita explica al pícaro el tipo de documentos y licencias necesarios. Luego partieron «cada lobo a su senda: él a su fundación y yo a mi desvelo,

pidiendo que por lo que tronase que lo que habíamos tratado silencio faciatis diome palabra y me la cumplió asta oy, que ni le bolbi a ver ni me bio».

De allí el falsificador pasa al Algarve, y después de falsificar los sellos de la bula pontificia y los demás documentos, se presenta ante el provincial franciscano de Ayamonte haciéndose pasar por rústico y le muestra los documentos falsificados diciendo que los extraviaron en el camino unos pasajeros que lo precedían y que, si él le certifica su importancia, los buscará para devolvérselos.

El provincial le encomienda que lo haga sin tardanza puesto que se trata de papeles importantísimos para el servicio de la religión y él, ufano por haber sorteado la prueba, regresa a Sevilla en hábitos religiosos como enviado de Roma. «Puse todos los oficios que una casa de autoridad pide; compré tres literas a usanza de Roma, puse asimismo capilla formada y todos los demás requsiytos que pide un subdelegado ad látere. Hize corriese la voz de cómo yo era no menos que inquisidor general […] llegó mi familia —o sea, su séquito— a ciento veinte criados, a los cuales tenía aposentados en casas principales junto a la mía, que para toda esta grandeza avía dinero, sea Dios bendito».

El truhan no para en barras a la hora de aparentar sabiendo que en eso consiste la estafa: «Escogí después tres sacerdotes de respeto, autoridad y letras y les di el título de inquisidores».

Profundizando en su papel, recibe en audiencia a autoridades y arzobispos, y aún le queda espacio para urdir una sonada estafa al administrador del marqués de Tarifa, embajador español en Roma, sobre un pagaré por treinta mil ducados que su señor supuestamente adeudaba a la Sede Apostólica: «Juro a tal que el administrador parecia cavallo de casta y sintió la espuela bravamente: resistióse lo más que pudo, y de verdad que le sobraba la razón, daba el grito como a quien le sacaba su sangre diciendo, Señor, letra y firmas assí de carta como de vales confieso que son de su mano, pero aseguro a Su Eminencia que no sé en qué se funda el Marqués mi señor ni qué le ha movido a darme esta pesadumbre, sabiendo que los acreedores me están siguiendo los pasos y que mirándolo a luz, ni él debía pagar tal deuda, ni avía de qué, ni sobre qué».

A la postre resultó que el marqués estaba realmente endeudado con el Papa, por lo que nuestro estafador piensa: «Assí yo no se la pegué al marqués ni a su administrador, sino a Su Santidad, a puño cerrado».

Sale el pícaro de Sevilla «con grandísimo rumbo», vestido de cardenal con séquito de ciento veinte criados, tres literas y seis coches, despedido por el asistente, el arzobispo y el cabildo, y se encamina a Badajoz. La gente se arrodilla a su paso por los pueblos y él los bendice y hasta va haciendo justicia y enmendando entuertos.

En Llerena, sede de un famoso tribunal inquisitorial, «a muchos privé y castigué, a unos por ignorantes y a otros por codiciosos». Por cierto que entre los inquisidores visitados encuentra a dos muy capaces y se los lleva para que presidan los tribunales de Lisboa y Coímbra.

Después de pasar unos días en Badajoz, donde lo recibe el obispo vestido de pontifical, entra en Portugal y se encamina a Lisboa, donde lo recibe el abad de Crato en representación real, acompañado por el cabildo y el arzobispo de Coímbra. Los portugueses se resistieron en principio al establecimiento de la Inquisición. «Algunos días duró la conferencia sobre darme uso o no el Rey y es que como en dicho reyno hay tantos lacrados hazía el vulgacho notable resistenzia poniendo treinta zancadillas». Las Cortes y el Consejo del Reino discutieron el asunto, cedieron y el falso nuncio comenzó a organizar el tribunal. Pero ya había ido demasiado lejos. Con suprema ironía escribe: «No queriendo Su Divina Magestad que me quedase sin premio, me atajó los pasos porque no hiciera otros mayores y más perniciosos insultos, cumpliéndose en todo Su Santísima voluntad y la palabra del Evangelio que dize: No hay cosa oculta en el hombre que no descubra la tierra: en que, por su Divina Providencia, no faltó un Judas para mí».

El Judas de nuestro pícaro fue un vicario de Mora, «hombre ambicioso y astuto», al que le había negado ciertos favores, que escribió a un corresponsal romano para que atendiese a su negocio y el asunto del falso nuncio llegó al Papa, que escribió a Felipe II.

Desenmascarado y apresado el impostor, fue condenado a prisión y amputación de mano derecha diciendo en la sentencia «para que a unos sirva de rienda y a él de castigo», o sea, una sentencia ejemplarizante.

Alonso Pérez termina el libro: «Así me quitaron la mano derecha de su encaje, conque yo me quedé sin pies ni manos y ahora ando pasando los trabajos que son notorios a V. E. cuya vida guarde Nuestro Señor en la grandeza que merece».

VERDADERO ORIGEN
DEL TRIBUNAL
DEL SANTO OFICIO
DE LA INQUISICION
EN LOS REYNOS DE PORTUGAL,
CONTRA
LA FABULOSA HISTORIA DE su falso Nuncio:

ESCRITO EN LATIN EN EL AÑO DE 1628 *por el M. R. P. Fr. Antonio de Sousa, del Orden de Predicadores, Maestro de Sagrada Teología, y Consejero en el de la Suprema y General Inquisicion de dicho Reyno.*

Traducido y añadido con varias Notas y un Discurso,

por el Dr. D. Josef Marcos Hernandez, Abogado de los Reales Consejos, y del Colegio de esta Corte.

Con licencia en Madrid, en la Oficina de AZNAR. Año 1789.

Una de las ediciones de la autobiografía del falso nuncio.

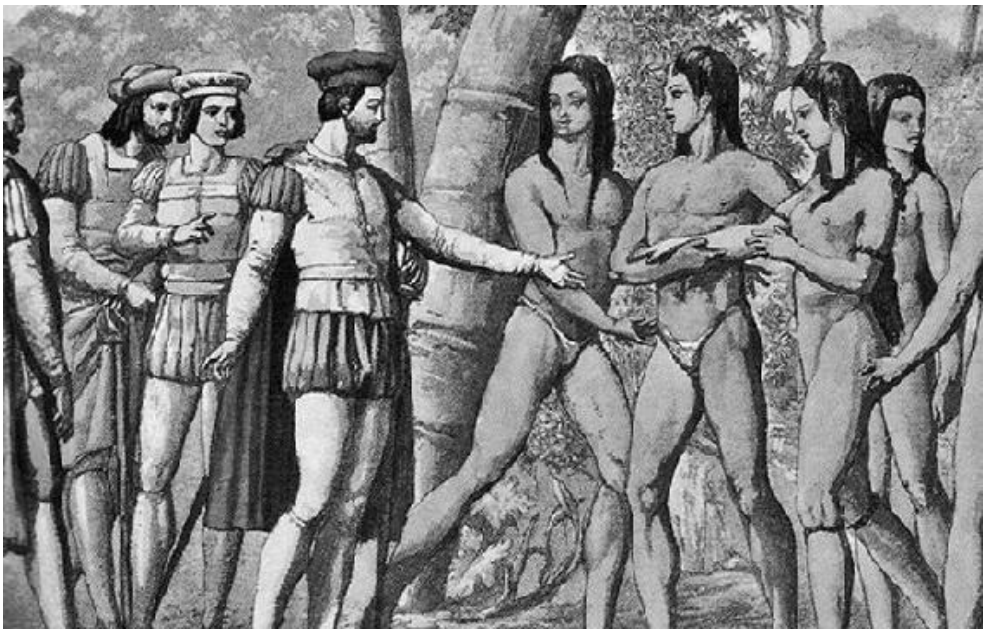
69
INDIAS DE BUEN ACATAMIENTO

Un aspecto humano de la conquista de América, no siempre valorado por los historiadores, es el de la atracción que las mujeres indias ejercieron sobre los españoles. Un motivo que, sin menoscabo del principal (evangelizar a los indios), impulsó tanto a gañanes como a licenciados por Salamanca a dejar atrás esposa, familia y hacienda para cruzar el océano acuciosos de servir al rey y extender la religión en el Nuevo Mundo.

Las crónicas y relaciones de Indias abundan en alborozados testimonios de admiración por las nativas de aquellas tierras que aparecían ante los visitantes, en su adánica inocencia, casi desnudas, valentonas de tetas y nada velludas (por ser lampiñas de entrepierna) lo que contrastaría, en la imaginación de los hispanos, con las hirsutas esposas que dejaban en España, a las que hemos de imaginar bigotudas e intonsas de sobacos y pubis.

«Hay muy lindos cuerpos de mujeres —escribe el propio Colón— […] van desnudos todos, hombres y mujeres, como sus madres los parieron. Verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que le cobija su natura y no más y son ellas de muy buen acatamiento, ni muy negras, salvo menos que las canarias».

Michele de Cúneo: «Las mujeres tienen los pechos muy redondeados, firmes y bien formados […] después del parto no se les arruga el vientre, sino que les queda tirante lo mismo que los pechos».



Las indias consentidoras, uno de los atractivos del Nuevo Mundo.

Pedro Hernández añade: «Las indias de costumbre no son escasas de sus personas y tienen por gran afrenta negarlo a nadie que se lo pida y dicen que para qué se lo dieron sino para aquello».

Orellana: «Las indias son lujuriosísimas».

Gonzalo Fernández de Oviedo: «El español que no tenía ocho o diez, es porque no podía […]. Son tan estrechas mujeres que con pena de los varones consuman sus apetitos y las que no han parido están casi que parecen vírgenes». Ingieren abortivos «para no preñarse para que no pariendo no se les aflojen las tetas, de las cuales mucho se precian y las tienen muy buenas».

López de Gómara: «Si el novio es cacique, todos los caciques convidados prueban la novia antes que él; si mercader, los mercaderes y si labrador, el señor o algún sacerdote. Cuando todos la han catado antes de la boda, la novia queda por muy esforzada […] pero al regusto de las bodas disponen de sus personas como quieren o porque son los maridos sodomíticos».

Menudo panorama, ¿no? Hay que imaginarse el asombro y el entusiasmo que causó a los conquistadores que llegaban de la pacata Europa el encuentro con sociedades en las que la sexualidad se ejercía de manera libre y abierta sin las cortapisas de un clero celante y obsesionado con los pecados del sexto.

La intensa actividad genésica de los hispanos produjo millones de mulatos, lo que explica el mestizaje que hoy observamos en aquellas tierras y también

el hecho de que, siendo pocos españoles los que pasaban a Indias, crecieran allí ciudades mucho más populosas que las del Viejo Mundo.

Paraguay fue conocido como «el paraíso de Mahoma», en alusión a los concurridos harenes de guaraníes que disfrutaban sus colonos: «En Asunción —escribe un testigo—, el español que está contento con cuatro indias es porque no puede tener ocho, y el que con ocho porque no puede tener dieciséis». Un tal Álvarez, onubense natural de Palos, tuvo en tres años treinta hijos de distintas indias mexicanas.

No hay que aceptar al pie de la letra, por tanto, eso de que «los mexicanos descienden de los aztecas, los peruanos de los incas y los argentinos de los barcos». Todos descienden de españoles esforzados en repoblar de cristianos el Nuevo Mundo aun antes de que a Franco se le ocurriera la brillante idea de la Hispanidad.

Algunos cronistas transmiten, quizá muy a su pesar, historias que a ellos podrían parecer escandalosas pero que, con la perspectiva del tiempo, resultan hasta enternecedoras. Fray Bernardino de Sahagún nos cuenta de una princesa tolteca que en el mercado vio a un vendedor de chiles huasteca provisto de tan cumplida herramienta que al instante se prendó de él, «y después de lo haber visto, entróse en palacio y antojósele el miembro de aquel tohueyo (vecino), de que luego comenzó a estar muy mala por el amor de aquello que vio»[228].

El padre, que amaba a su hija, mandó buscar al vendedor para que sanara a la niña, lo que él hizo de muy buena gana de la manera que cabe imaginar y después, para que todo acabara felizmente y a la niña no le faltara nunca el consuelo del mancebo, el padre los casó y el chico dejó de vender chiles en el mercado para dedicarse totalmente a satisfacer a su esposa. Hemos de imaginarnos al huasteco no sólo bien dotado, sino agradablemente compuesto para enamorar princesas: «Iban desnudos, se perforaban el *septum* y ahí colocaban un adorno con plumas rojas; llevaban el cuerpo tatuado y los cabellos peinados hacia arriba y teñidos de rojo o amarillo», corrobora el *Códice florentino* (libro IX, f. 50v). O sea, irresistibles.

Los aztecas usaban hachas de piedra que nada podían contra las espadas de los europeos, pero en otras cuestiones les daban sopas con honda a los llegados de Europa, entre ellas la de los dioses, que formaban un colectivo más tratable que el susceptible, celoso e iracundo Dios de la Biblia. Ellos tenían un dios protector del adulterio (Xochipilli), una diosa del amor y la

fertilidad a la que no le importaba proteger a las prostitutas (Xochiquétzal) y una diosa del placer y la voluptuosidad que devolvía la fuerza a los que se debilitaban por abusar de los placeres (Tlazoltéotl).

Entre los mayas, los toltecas, los huastecos y los totonacos, eran corrientes las prácticas homosexuales[229]. En Centroamérica existían rituales que incluían la masturbación. La cultura huasteca erigía falos gigantes propiciatorios de la fecundidad que hoy comienzan a aparecer en los museos después de un tiempo de oscurantismo en el que fueron confinados a «salas secretas».

¿Salas secretas?

Bueno, como hijos de la civilización cristiana, que es algo pacata, los arqueólogos y estudiosos europeos a veces han confinado las obras de arte pornográficas a espacios vedados donde sólo ellos, o sus amigos, podían contemplarlas y disfrutarlas. *Disfrutarlas* quizá no sea la palabra. Tratándose de gente tan distinguida, quizá sea mejor decir *estudiarlas*.

Hoy, dada la relajación moral que vivimos, algunas de esas salas secretas se han abierto al público, lo que atrae nuevos visitantes que pagan su entrada para disfrutar de las pillerías de los antiguos.

La sala secreta más famosa, porque fue de las primeras, es el Gabinete de Objetos Obscenos del Museo de Nápoles, antigua sala número XVIII también conocida como *Gabinetto Segreto*, permanecía cerrada al visitante y sólo se abría, con permiso especial, para «personas de edad madura y de moral reconocida» que se mostraran interesadas, por motivos culturales, nunca por morbo, en la contemplación de una colección de artísticas reproducciones en bronce, mármol, barro, temple o mosaico que reproducen tales escenas sexuales que agotan y superan el repertorio del *Kamasutra*. La joya de la colección es una escultura de mármol que representa al dios Pan, un fauno itifálico beneficiándose a una cabra.

También en nuestro Museo del Prado hubo sala reservada. La colección real comienza con Felipe II, gran aficionado al género, que encargaba a uno de sus pintores favoritos, Tiziano, lienzos con escenas mitológicas que incluyeran espectaculares desnudos (el de Venus recreándose en la música, Dánae, Venus y Adonis, etc.).

Los cuadros pasaron a sus descendientes, y en tiempos de otro gran aficionado al género, Felipe IV, se encontraban en el cuarto bajo de verano del Alcázar Real, donde «S. M. se retira después de comer».

Vinieron luego reyes más pacatos, especialmente Carlos III que se escandalizaba del legado y hasta pensó en condenar al fuego aquellas escenas desvergonzadas. Por suerte, intercedió por ellas el marqués de Esquilache que consiguió que en lugar de destruirlas se confinaran en la llamada Casa de Rebeque cuya llave se confió por motivos profesionales al pintor de cámara de Su Majestad.

Aquellos cuadros vieron la luz y fueron admirados por la corte durante el reinado de José I Bonaparte, que era un rey liberal, pero luego regresamos al absolutismo pacato, y entre los años 1827 y 1838 se confinaron a una sala reservada, a la que sólo se permitía el acceso a personas de intachable reputación. En el expediente leemos: «Es la soberana voluntad de Su Majestad que de ningún modo se coloquen a la vista del pueblo aquellos que por razón de la poca decencia de sus objetos y demás circunstancias que reúnan merezcan ponerse en sitio reservado».

En 1831, el viajero y erudito Próspero Mérimée escribe «que sólo se enseña a las personas portadoras de un billete especial […], pues contiene todas las desnudeces que hubieran podido asustar a las damas».

Si miramos fuera de nuestros muros, no faltan gabinetes secretos en los otros países de Europa. En el famoso Museo Británico, durante la timorata e hipócrita época victoriana se habilitó un «Armario 55» que guardaba bajo llave algunos objetos antiguos de contenido sexual: falos, representaciones eróticas, supuestos cinturones de castidad, dibujos pornográficos, etc.

La institución del Armario 55 coincidió con el legado, en 1865, de las 432 piezas de la colección erótica del banquero George Witt, que había viajado por todo el mundo adquiriendo objetos capaces de encalabrinar a un santo. Destacaban en esta colección dibujos japoneses *shunga* que representan escenas sexuales tan explicitas como las de la más guarra película porno danesa.

Francia, con ser tan liberal en estas cuestiones, tampoco se libra de cierta mojigatería. En su Biblioteca Nacional existe desde mediados del siglo XVIII un departamento llamado Enfer (Infierno), en el que se guardan los libros, grabados y dibujos de contenido pornográfico como *Amours de Charlot et de Toinette*, 1779; *Le Godemiché royal* (1789), las obras del marqués de Sade; *La vida de Marianne,* de Marivaux*; Las joyas indiscretas,* de Diderot, o *Erotika Babylon*, de Mirabeau. Los libros condenados alcanzan hasta nuestros días, lógicamente, y por medio quedan *Las once mil vergas,* de

Guillaume Apollinaire; *El coño de Irene*, de Louis Aragon (1928), e *Historia del ojo*, de Georges Bataille (1928).

Entre los libros del Enfer destacan dos auténticas guías de las prostitutas del París galante: *Almanaque de direcciones de señoritas de París* (1789) o *Tarifas de las chicas del Palais Royal* (1792).

No es por necio orgullo patriotero, pero en esto de las guías de damas de lance es de advertir que los españoles nos adelantamos a los franceses. Hacia 1510, un clérigo anónimo y perito, meritorio precursor de Quevedo, compuso *La carajicomedia*, especie de catálogo de las putas de Castilla, obra de valor inestimable la que se dan muy precisas noticias del estado de la profesión al final de la Edad Media. Por vía de ejemplo, y homenaje no exento de ternura, entresacaremos unas docenas de nombres con sus correspondientes descripciones:

«La Zamorana: así llamada porque ejercía en Valladolid».

«María de Velasco: no nació mayor puta, ni hechicera, ni alcahueta sin más tachas descubiertas».

«Rabo de acero: es Francisca de Laguna, natural de Segovia, hizo la carrera en Salamanca».

«La Napolitana: ramera cortesana, muy nombrada persona y muy gruesa. Tenía la rabadilla muy urdida y tan grande como un canal de agua. Casó con un mozo de espuelas de la reina doña Isabel que la retiró del oficio».

«Isabel la Guerrera (en realidad, Isabel Guerra): a todos da que hacer».

«Isabel de Torres: tiene cátedra en Valladolid por mejor escrevir della la fui a ver y a conocer. Es mujer gruesa, de buen parecer, bien dispuesta».

«Violante de Salamanca: residente en Valladolid, gana la vida sufriendo diversos encuentros en su persona. Su rufián le marcó la cara de una cuchillada y ella para evitar la segunda se cubrió la cabeza con las faldas, entonces recibió la herida en la parte expuesta: diole un picapunto en el culo de razonable tamaño».

«Juana de Cueto: muy chica de cuerpo, de muy buen gesto y gorda: tiene buenos pechos; es muy soberbia y desdeñosa a la gente pobre, pero con quien tiene oro muchas veces llega a las manos, pero continuamente ha caído la triste de espaldas en tierra. Tiene gran furiosidad en soltar de los pedos».

«Lárez: es mujer de increíble gordura; parece una gran tinaja. Ha sido razonable puta, o al menos nunca cubrió su coño por vergüenza de ningún

carajo. Se queda en Valladolid manteniendo telas a cuantos carajiventureros vienen con tal de que pase cada cual cuantas más carreras pudiere».

«Gracia: mujer enamorada, gran labrandera; hermosa y dispuesta […] de continuo está en su puerta labrando y por maravilla passa uno que ella no lo mire […] publica su coño ser ospital de carajos o ostal de cojones […] tiene gran afición con todo el brazo eclesiástico».

«Salcedona: es de Guadalajara […] plazentera a sus amigos […] a loor de la humana luxuria».

«La Ramírez: de Guadalajara […] es jubilada, pero no en los desseos. No la conosco *fama volat*».

«La Narváez: en la putería de Medina del Campo».

«Ana de Medina: gentil mujer […] mujer de buen fregado. Autores son mil legiones de carajos fríos y elados, y pertrechos que allí han recibido perfecta curación y escaldación».

«Las Fonseca: hermanas naturales de Toro, residentes en Valladolid. Son gentiles mujeres, especialmente la menor que tiene por amigo al prior de la Merced que en tanto grado la quiere que las paredes del monasterio desuella para dalle».

«Inés Gudínez: la más maldita, puta vieja. Vendió a una hija suya a un fraile».

«María de Miranda: a la que su rufián dio en aquel coñarrón dos cuchilladas a la luenga y un tal aguirre le añadió un repelón en lo mejor parado de sus bienes».

«Beatriz de Páez: Dios no crió más abominable cosa que esta mala vieja».

«Mari López: mujer que gran parte del mundo ha corrido. Es de gran cuerpo y fea disposición».

«La Malmaridada Peralta: de pequeña edad y gentil disposición, la cual por sus pecados casó con hombre débil y viejo. De coño veloce, esto es, coño cruel ardiendo que siempre está muerto de hambre».

«María de Burgos: gentil mujer, algo morena, muy graciosa, comenzó a ganar su axuar en Medina del Campo, agora reside en la corte; es abogada de los mercaderes».

«Isabel de Herrera: prima de todas las putas del universo, la flor de las mujeres enamoradas, la fragua de los carajos, la diosa de la luxuria, la madre de los huérfanos cojones».

«La Lobilla: reside en Valladolid, cabe San Salvador».

«Mariblanca: reside en un mesón de Salamanca, al passo de la Vega. Es mujer muy retraída de vergüenza, y que tiene gran abstinencia de castidad. Siendo amiga de un estudiante, una mañana, estando en la cama y aviendo él acabado de passar carrera, ella se hincó de rodillas en la cama puestas las manos contra el cielo mirando a un crucifijo y con lágrimas en los ojos, con devoción, a grandes voces dixo: "¡Señor, por los méritos de tu santa pasión, si merced en este mundo me has de hazer, es ésta: que en mis días no carezca de tal ombre como éste!". Esta señora, al tiempo que tiene un carajo en el cuerpo, que se querría hallar en un cerro que está fuera de la ciudad media legua por dar gritos a su placer».

«Isabel la Roxa: reside en Salamanca, mujer bien hermosa, tiene audiencia real noche y día, amuestra muchachos, tiene un coño tan grande como un charco».

«Pedrosa: reside en Salamanca, es mujer gruesa, gran nalguda […] estando hodiendo está como rabiosa, ando bocados do puede, y a las veces muerde las sábanas o manta o almohadas y atapase las narices y oídos por no resollar».

«La Úrsula: en Valencia […] gran jodedora, que se pega por maravilla, tiene por esto sobrenombre de melosa».

«Isabel la Murtela: en Valencia, en verano continuamente está muy proveída de agua rosada de azahar con que bautiza los carajos sudados».

«Las diez Sebillas (sibilas): son la flor de las putas valencianas».

«Magdalenica: notoria es su vida y sus virtudes y fama y poca vergüenza».

«Isabel la Camarena: mujer de gran fantasía, es gran tirana de quien tiene dineros y también a quien no tiene haze sobre prenda o da limosna».

En fin, cese el cortejo, lo dejo aquí que, como dice el rey Alfonso VII en *La venganza de don Mendo*, «están mis oídos ahítos de tanto parchear y tanto pito».

Mañana, más.

Escena de cortejo en una cerámica mochica del Perú.

70
EL JOVEN CARLOS PREÑA A SU ABUELASTRA

Estuve en la Provenza degustando paisajes y cuanto la amable región ofrece al viajero, y al regreso me pasé por Foix por revisitar el castillo que ahora es museo y por saludar un lugar que importó en mi adolescencia.

El castillo de Foix se yergue señero sobre un peñasco calcáreo ahuecado por muchas grutas que albergaron el santuario celta del dios Abelio, el sol. El castillo es, a estilo español, incómodo de vivir: un recinto murado de considerable altura que encierra tres torres: dos cuadradas, medievales, y una redonda, del siglo XVI.

Almorcé en el restaurante Le Medieval, en la *rue* de Rocher, al pie mismo del castillo, y me tocó sentarme frente a un retrato de una hija ilustre del pueblo, doña Germana de Foix, que apenas estrenadas sus dieciocho primaveras se casó con nuestro rey Fernando el Católico, viudo gordo y ya achacoso de cincuenta y cuatro años de edad, que en aquella época era sobrada vejez, como queda dicho.

En otro lugar hemos contado los denodados esfuerzos que hizo Fernando por preñar a Germana. Le iba la vida en ello: a toda costa quería tener un heredero para evitar que la Corona de Aragón recayera en su yerno Felipe el Hermoso de Borgoña, al que aborrecía. No hubo suerte y el buen rey Fernando murió en el intento, de una sobredosis de la Viagra de entonces.

El castillo de Foix.

Segundo episodio del culebrón: quedó Germana viuda y en barbecho, pero no renunció a las dulzuras del amor y a sus aparejos. Ya en vida del rey Fernando, la joven Germana había dado que hablar a causa de sus galanteos con algunos personajes de la corte, alguno de los cuales dio con sus huesos en prisión por ese motivo: «Estando algo mejor (el rey Fernando), en veinte de julio partió para Aranda de Duero a donde viniendo de las Cortes de Monzón Antonio Agustín, su vicecanciller del Reino de Aragón, lo hizo prender y poner a buen recaudo en el castillo de Simancas, por haber requerido de amores a la reina Germana. En la cual prisión estuvo mucho tiempo».

Ahora llega a España, para cobrar la herencia el joven Carlos (Primero de España y Quinto de Alemania, recordemos) un joven vitalista, boquirrubio, feo, cervecero y muy amante de cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

—¡Sí, pero encamarse con la viuda de su abuelo…!

En su descargo cabe alegar que al abuelo apenas lo había visto y que Germana de Foix, bajo las tocas de viuda, seguía siendo una francesa resultona y en su punto exacto de sazón, con veintinueve años recién cumplidos. Súmese a eso que Carlos tenía diecisiete, con el sobresalto

hormonal que acompaña a esa edad. Además, su abuelo Fernando el Católico, antes de morir, le había recomendado en una carta que cuidara de la viuda «y la tendréis donde pueda ser remediada de todas sus necesidades» (probablemente, Fernando aludía a otras necesidades).

No está claro quién sedujo a quién. El caso es que Carlos se prendó de su abuelastra y se hizo construir un puente de madera que cruzaba la calle desde su residencia a la de Germana, en Valladolid. En palabras de Laurent Vital, cronista flamenco contemporáneo del emperador: […] *feit du bon plaisir á beaucoup de gens de bien, et nommément aux amoureux, en tant que facillement pouvoient aller par lá visitar leurs maistresses et damas par amour* […] («[…] hecho para el disfrute de las gentes de bien, y sobre todo para los enamorados, que fácilmente podían atravesarlo para visitar a sus amantes y damas […]»).

De la familiaridad entre Carlos y Germana nació una hija, a la que cristianaron como doña Isabel, y a la que doña Germana titula en su testamento «infanta de Castilla».

Pasadas las calenturas más perentorias de la pasión, que duraron unos cuantos años, Carlos optó por apartar a Germana de su lado; la casó con el marqués de Brandenburgo y la envió a Valencia de virreina (1523). Germana despachó pronto al nuevo marido y, otra vez viuda, volvió a matrimoniar, esta vez con el duque de Calabria, un hombre bragado que se las arregló para sobrevivir a tan agotadora mujer.

¿Estuvo Carlos enamorado de la francesa? Es posible. Al principio de su relación hizo las tonterías y agasajos propios de un enamorado, con banquetes y torneos donde procuraba lucirse ante la amada. Y el puente de madera. Luego, como siempre sucede, la pasión se enfrió y la presencia de Germana pudo tornarse enfadosa. Quizá temiera Carlos acabar como su tío, el príncipe don Juan, aquel muchacho que «murió de amor», o, dicho de otro modo, deslechado «debido a la excesiva cohabitación» que le impuso su esposa, Margarita de Austria, otra francesa rubicunda y fogosa que pedía más cancha de la que aquel príncipe, «débil, de pelo rubio, delgado, pálido y de constitución enfermiza», podía darle.

Vaya usted a saber.

71
LA ESTAFA DE LOS LIBROS PLÚMBEOS

Cuando regreso a Granada, en cuya universidad estudié, suelo subir a la abadía del Sacromonte, sobre el cerro que alberga las famosas cuevas de los gitanos.

En aquella histórica abadía fui alumno un único curso en mi adolescencia, cuando ya me habían expulsado de todos los colegios privados de Jaén y aún mis padres se resistían a matricularme en el instituto por considerar que eso era de pobres. Aparte de que el colegio del Sacromonte formaba parte de la tradición familiar porque también estudió allí mi abuelo Narciso, señorito pinturero que no logró pasar de los primeros cursos del bachillerato y siempre desaconsejó que me dieran estudios, porque era, decía, como tirar el dinero al muladar.

Antes de ser colegio, el Sacromonte fue abadía, y en mis tiempos, comienzos de los años sesenta, aún lo era. De hecho, el famoso abad don Zótico regía sus destinos y dejó imperecedera memoria por su invención de la famosa tortilla Sacromonte.

Es el caso que en aquel internado no se comía mal del todo, pero como los estudiantes andábamos todo el día alardeando de grandes hambres, unos cuantos dimos un golpe de mano en el gallinero, secuestramos una gallina y nos la comimos en pepitoria. Ése fue mi estreno como cocinero, ya ven que contra corriente y afrontando al repudio de la sociedad, y sin embargo aquí seguimos, al pie de los fogones, con un par.

El episodio de la gallina trajo cola porque me expulsaron del colegio junto con mis otros compinches. Mi padre se ofreció a reponerla, pero don Zótico mantuvo su sentencia alegando que ninguna gallina podía sustituir a la suya,

que era de raza franciscana y la más ponedora. Mi padre se hizo cargo de las dimensiones del delito y tan sólo me dirigió una mirada más autocompasiva que reprobadora, cuando vino a recogerme, yo contrito y cabizbajo, con la maleta de cartón.

Me hubiera gustado alcanzar la receta de la famosa tortilla de los propios labios de don Zótico, pero después del incidente de la gallina no quedamos en buena amistad, así que me he tenido que informar por otro lado. He sabido que los cocineros de la abadía, los Titos, una saga gloriosa en los fogones abaciales, rehogaban en una sartén capaz, de hierro, honda, con sus refuerzos remachados, sobre la cual se hubiera hecho por tres veces la señal de la cruz, unas cuantas criadillas bañadas en vinagre desde la noche anterior y finamente cortadas a la hora de echarlas en la sartén. Una vez mareadas las criadillas, se añadían sesadas, en proporción parecida, si no mayor, y sobre este perfumado condumio se vertían los huevos someramente batidos.

Ésa es la verdadera, genuina, auténtica tortilla del Sacromonte, no la que sirven ahora a los turistas. El añadido de patata, tomate y guisante que hoy agregan a la llamada tortilla al Sacromonte no tiene nada que ver con la genuina, y es de juzgado de guardia.

Aquellas tortillas abaciales, voluminosas y gruesas como un cantoral estaban calculadas para que las compartieran dos canónigos, pero don Zótico solía despacharse una él solito, pretextando que se la hacían sin sal por prescripción médica.

El Sacromonte era de ordinario un lugar tranquilo al que apenas alcanzaba el vaho sonoro de los bocinazos de los coches en la distante ciudad, pero el día del patrón san Cecilio los alrededores del santuario se llenaban de devotos llegados de todas partes para la procesión del santo, la romería y el día de campo. Ese día, mientras don Zótico y sus monjes daban cuenta de las tortillas en el severo refectorio, afuera había romería y jolgorio y merendolas por el bosque, bajo los pinares de las Siete Cuestas, y las mocitas besaban la piedra santa para que saliera novio. Era mano de santo porque, adelantando trámites, algunas incluso regresaban a la ciudad ya preñadas.

La fundación del Sacromonte, miren por dónde, parte de una estafa. Imaginemos Granada casi un siglo después de su conquista por los Reyes Católicos. Los moriscos del Albaicín veían elevarse cada día, como un grano siniestro, entre la espesa retama de los andamios, la enorme cúpula de la catedral en construcción. Armónica montaña, la llamó Antonio Enrique. Más

que un monumento a la fe cristiana les parecía un infausto presagio de que sus días en Granada estaban contados. La sangrienta rebelión de las Alpujarras había desencadenado una serie de medidas punitivas que les hacían la vida imposible. Quizá en un día no lejano los expulsarían a África como habían hecho con los judíos en tiempos de sus abuelos. Los dirigentes de la amedrentada comunidad morisca concibieron entonces un plan descabellado para ganarse la tolerancia de los cristianos.

En marzo de 1588, al derribar la torre Turpiana, antiguo alminar de la mezquita mayor, apareció una caja de plomo que contenía una imagen de la Virgen, un hueso de san Esteban y un pergamino. El pergamino recogía una profecía de san Juan en la que se anunciaba la llegada, en tiempos venideros, de Mahoma y de Lutero.

El hallazgo causó sensación, pero no fue el único. Poco después, los amigos y socios Sebastián López y Paco García, que buscaban tesoros en el vecino monte de Valparaíso, frente al Albaicín, encontraron una cueva que contenía una serie de láminas de plomo escritas en un idioma desconocido.

Dos de los libros plúmbeos (Museo de la abadía del Sacromonte).

Prosiguieron las excavaciones, esta vez bajo el patrocinio de la Iglesia, y fueron saliendo a la luz otras láminas de plomo escritas, además de muchos huesos y cenizas que supuestamente procedían de los mártires allí inmolados.

Las planchas de plomo, desde entonces conocidas como «libros plúmbeos», contenían diversos escritos doctrinales, además de la crónica de

la evangelización de España. Según las láminas, san Pedro envió a España a siete misioneros, los denominados «siete varones apostólicos». El año 58, tres de estos varones, los obispos Cecilio, Isio y Tesifonte, estaban celebrando misa con otros nueve sacerdotes en las catacumbas del monte Valparaíso, cuando fueron sorprendidos por los romanos, que allí mismo los martirizaron arrojándolos al horno de una calera cercana.

El obispo de la diócesis granadina, Pedro de Vaca de Castro, celebró con alborozo aquellos hallazgos y trocó el nombre del monte Valparaíso por el más adecuado de Sacromonte. Además, adecentó el lugar de los hallazgos haciendo excavar un corredor que comunicaba las catacumbas propiamente dichas con el horno de pan y la calera donde habían aparecido los huesos y las placas de plomo. Sobre la catacumba resultante se levantó la abadía del Sacromonte, con sus mitos y su iglesia, un lugar sacralizado para custodiar y venerar las reliquias.

Era el tiempo postrentino en el que la Iglesia buscaba esta clase de referentes para apuntalar la menguante fe de su rebaño.

Altas dignidades de la Iglesia creyeron, de buena fe, que los libros plúmbeos eran auténticos, pero también hubo voces disconformes de eruditos a los que les parecían falsos. Después de un periodo de agria polémica, se fue abriendo paso la verdad y hasta los más remisos tuvieron que aceptarla: los libros plúmbeos eran una falsificación perpetrada por moriscos que deseaban armonizar cristianismo e islam para que la Iglesia suavizara las medidas represivas contra ellos (que terminaron en su expulsión de España, entre 1609 y 1613).

Parece que el engaño se fraguó en el seno de un grupo de intelectuales moriscos entre los que destacaban Miguel de Luna y Alonso del Castillo, intérpretes oficiales de Felipe II.

En 1862, el papa Inocencio XI condenó los libros plúmbeos calificándolos de «puras ficciones humanas, fabricadas para ruina de la fe católica», pero el Vaticano los retuvo en sus archivos hasta el año 2000 en que fueron devueltos al arzobispado de Granada.

Hoy subsisten las Santas Cuevas, con el horno donde la tradición asegura que quemaron a san Cecilio y a los otros mártires. En una de sus estancias se venera la gran piedra que en el día de la Candelaria besan las chicas casaderas para que les salga novio[230]. O por lo menos besaban, porque ahora, con esos

programas de la tele y los contactos de Internet, no sé si alguna seguirá guardándole fe a la piedra.

Piedra casadera de la abadía del Sacromonte.

72
EL PROGNATISMO DE LOS AUSTRIAS

Un tertuliano de la tele no se explica cómo un pueblo tan culto como el inglés puede tener salidas de pata de banco como la del tabloide *The Sun*, que, en primera plana, con letras del tamaño de la palma de la mano, escribe a propósito de la última diatriba sobre la españolidad de Gibraltar: *Up your senors*, lo que podría traducirse por «¡Que os den (por el culo), señores!».

El problema del sorprendido tertuliano es que confunde el hecho de que los ingleses sepan inglés (esa asignatura pendiente que tenemos todos los españoles) con que sean cultos. No, amigo mío, cultos no son. Existen entre ellos algunos cultos, evidentemente, pero al conjunto del pueblo británico le falta un hervor civilizador como demuestran esos salmonetes que vienen en vacaciones a nuestras costas en busca de sol y cerveza barata y en cuanto toman dos birras se comportan como lo que son, verdaderos bestiajos, o dicho en inglés, que queda más fino, *hooligans*. Por cierto, una palabra que han incorporado al vocabulario internacional, como nosotros hemos aportado la mucho más pacífica «siesta».

La historia demuestra que los pueblos que no recibieron el beneficio de la cultura romana guardan en su código genético un pálpito que a veces se manifiesta en cierta inclinación a la barbarie[231].

Podríamos, generalizando, pensar que los ingleses tienen una clase media educada y moderadamente culta (no siempre lo uno conlleva lo otro, al menos allí) y una clase más popular a la que nuestra propia clase popular daría sopas con honda en materia de educación, civismo y saber estar.

La cultura nunca ha sido un valor tan apreciado en el Reino Unido como en España. De hecho, incluso los colegios más exclusivos, las

paradójicamente llamadas *public schools,* han alardeado siempre de formar el carácter con preferencia a impartir conocimientos.

Ítem más, ¿qué actricilla española podría suscribir la sorprendente confesión de su colega británica Keira Knightley, cuando asevera: «Soy una inculta total. No ir a la universidad me ha dado una fuerza increíble (para aprender cosas), pues eso te deja un ligero resentimiento».

La mención de Keira Knightley, la bellísima Joan Clarke de *The Imitation Game* (2015), me trae a la memoria los memorables besos de su prognática boca en la gran pantalla. Esa descompensación mandibular no le causa, al parecer, complejo alguno, eso confiesa, y si fuera un poco más leída, habría quizá añadido: «Eso me emparenta con la casa real española. ¿No han visto los cuadros del Prado?». Y habría quedado divinamente, pero probablemente la palabra «prado» le suene más a hierba y vacas que a una famosa pinacoteca.

Hablemos del prognatismo, entonces.

Las pinacotecas, no sólo el Prado, revelan a veces la miseria humana escondida detrás de los caros atalajes con que se enjaezan los monarcas cuando posan para la posteridad. A los miembros de la familia Habsburgo-Austria se les distingue por su mandíbula prognática con el belfo avanzado, grueso y caedizo. Muchos de ellos también presentan la frente demasiado alta y los ojos espantados, pero esto es menos característico. Estas deformidades, y otras taras mentales menos visibles, como el carácter obsesivo, las ideas fijas, la testarudez y, en sus grados más patológicos, la locura, son el triste fruto de la reiterada endogamia de las casas reales en las que, generación tras generación, se casaban primos con primas, tíos con sobrinas, y sobrinos con tías.

Nuestros Austrias descendían de locos por las dos ramas. La rama borgoñona, mandibular y pirada, venía afectando a la casa real castellana desde hacía siglos. Las hermanas de Alfonso VI, Teresa y Urraca, se casaron con dos príncipes de Borgoña. Ya el hijo de Urraca, Alfonso VII salió prognático, defecto que también apareció en su nieto, Alfonso VIII de Castilla, el vencedor de la batalla de las Navas.

La tara familiar trepó por el árbol genealógico de los reyes de Castilla, sin perdonar a la rama bastarda de los Trastámara, que con sus propios casamientos contribuyó a reforzar el prognatismo de los Austrias. Enrique II de Castilla, bisabuelo de Enrique IV el Impotente y de Isabel la Católica,

padecía acusado prognatismo (como se puede comprobar en su retrato fúnebre de la catedral de Toledo). A Enrique IV el Impotente, lo retrata un cronista «las quijadas luengas y tendidas de la parte de ayuso».

Doña Leonor, hija de Enrique II, se casó con Eduardo I de Portugal, abuelo de Maximiliano de Austria; abuelo, a su vez, de nuestro Carlos V. Por tanto, Carlos V heredaría el defecto por duplicado, ya que, además, era nieto de Isabel la Católica y, por tanto, descendiente de Juan II.

Un joven Carlos V con su acusado prognatismo.

Por la parte borgoñona, el saledizo mandibular y el tornillo flojo en la cabeza, hacía generaciones que acompañaban a la familia: Maximiliano, suegro por partida doble de los Reyes Católicos y abuelo de Carlos V, llevaba consigo en sus desplazamientos un ataúd con el que mantenía largas conversaciones. El ataúd, más sensato que su dueño, jamás le respondió. Que se sepa.

Carlos V, el hijo de Juana la Loca, se parecía más al padre, Felipe el Hermoso. Tiraba a pelirrojo y su mandíbula inferior era de tal calibre que no podía encajarla al masticar. Ni siquiera podía cerrar la boca en reposo. En una visita a Calatayud, un caballero se le acercó para aconsejarle, con socarronería aragonesa: «Mi señor, cerrad la boca que las moscas de este reino son traviesas…». Carlos se dejó barba para disimular su defecto y los pintores de cámara se esforzaron en mitigarlo en sus óleos. A pesar de lo cual basta echar una ojeada a cualquiera de los retratos de Tiziano para detectar la aventajada mandíbula. Los cortesanos, aduladores de suyo, se dejaron barba también, se aficionaron a la cerveza y se esforzaron por entender el habla ceceante, casi ininteligible, del emperador.

La degeneración de los Austrias culminó con Carlos II de España, el último de la dinastía, un verdadero engendro, un retrasado mental que no se tuvo en pie antes de los nueve años ni aprendió a hablar y escribir antes de los catorce.

Lo curioso de la tara prognática es que también se transmitió a los Borbones debido a sus enlaces anteriores y posteriores con los Austrias. Recuerden el prognatismo de Alfonso XIII hijo de una Austria y de un Borbón.

En fin, que Keira Knightley es un bellezón. Aunque esté esquelética y luzca esa quijada inferior salediza. Lo de que alardee de inculta es lo de menos, pues, como dice el arriba citado personaje de Cervantes, «para lo que yo la quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles»[232].

Carlos II de España.

73
EL HORROR DE LA SANTA INQUISICIÓN

La mención de Keira Knightley en el apartado anterior me ha traído a la memoria mis lejanos y felices días ingleses, cuando era yo un estudiante impecune que allá preparaba oposiciones, que saqué, viviendo a salto de mata en trabajos de lo más heterogéneo, casi siempre relacionados con la cocina (sobrando estudiantes españoles, que salían más baratos, los restaurantes se negaban a usar máquinas lavavajillas).

Había entre mis amistades un grupo de alemanes, estudiantes como yo, buena gente, que sin deseo alguno de parecer impertinentes me sacaban a veces el tema de la Inquisición española. ¿Es posible que los españoles seáis tan crueles? Venían a decirme, quizá sorprendidos por el hecho de que yo, el primer español que conocían, le pareciera paciente, amable, servicial, pacífico, temeroso de Dios, suave como una malva e incluso buena gente.

Yo me quedaba un poco turulato y respondía: «Pero, hombre, ¿cómo habláis de crueldad si sois alemanes? Si aceptamos que un individuo o un pueblo es responsable de los actos de sus antepasados, los alemanes quedáis mucho peor que los españoles».

Yo me estaba refiriendo al exterminio de los judíos que había ocurrido en tiempos de sus padres.

Mis amigos alemanes, veinteañeros como yo, todos bachilleres titulados, no captaban mi razonamiento. Natural. Es que pertenecían a una generación a la que sus profesores o sus padres no les habían explicado lo del Holocausto, a lo mejor porque ellos mismos estuvieron pringados en el feo asunto. Sabían, superficialmente, de la existencia de Hitler y de los nazis. Sabían que la esvástica y el saludo brazo en alto estaban prohibidos en su país, pero no

tenían idea de por qué ni de las responsabilidades de sus padres y de sus abuelos en aquellos tremendos episodios de la pasada guerra.

Tengo entendido que a los jóvenes alemanes que ahora pasan por la escuela sí se les explica lo del Holocausto. Notable avance, sin duda. Lo que seguro que siguen sin tener claro es lo de la responsabilidad colectiva de los españoles en nuestra Inquisición, como si el resto de Europa no hubiera mantenido tribunales semejantes.

No seré yo el que exculpe a la Inquisición, por muy nuestra que fuera. Disculpa tiene poca. Imaginemos un tribunal en el que el fiscal y el juez son la misma persona; un tribunal en el que se confunden las funciones judiciales y las policiales, un tribunal en el que el detenido desconoce los cargos que se presentan contra él, un tribunal que, con el pretexto de salvar el alma del descarriado, lo arruina, y puede condenarlo a una muerte terrible, quemado vivo, en nombre de Cristo. Eso era la Inquisición.

La Inquisición existió en casi todos los países europeos, pero, a lo largo del siglo XVII, muchos Gobiernos advirtieron que los tribunales de la fe constituían un abuso y una rémora para la nación y los fueron suprimiendo.

La Inquisición española, en cambio, se mantuvo durante el siglo XVIII, el Siglo de las Luces, que, para suerte de Europa y Occidente en general, deslinda religión de Estado y reconoce la libertad de conciencia. O sea, deslinda pecado y delito. El delito es cosa civil que se castiga, pero el pecado pertenece al ámbito privado y sólo merece la penitencia que el pecador admita, sin imposiciones.

Spain is different. Cuando casi todos los Estados civilizados habían pasado página, España mantuvo su tremendo tribunal, que perduró hasta el siglo XIX, lo que le granjeó la pésima fama que aún arrastra.

Santo Oficio de la Inquisición, lo llamaban. ¿Cómo es posible que el mensaje de amor del Evangelio justificase una institución tan terrible?

Esta pregunta sólo puede responderse echando una ojeada a la historia de la Iglesia. El cristianismo es, como sabemos, una religión monoteísta, con un Dios único y excluyente.

Las religiones monoteístas se caracterizan por rechazar como falsas las otras creencias, lo que conduce, fatalmente, a considerar delito cualquier desviación de la doctrina oficial. Parece natural, por tanto, que cuando el cristianismo se convirtió en religión estatal del Imperio romano forzara a los paganos a convertirse. El que no está conmigo, está contra mí. San Agustín lo

justifica cuando dice «A muchos aprovechó el haber sido forzados con el temor y el dolor». Y santo Tomás, en la misma línea, declara: «Es más grave corromper por la fe la vida del alma que alterar la moneda».

El fundamentalismo cristiano medieval convirtió al cristiano que se apartaba de la doctrina oficial en hereje, el máximo delincuente social. Uno de los mandamientos de la ley de Dios establece: No matarás. Sin embargo, la Iglesia quería condenar a muerte a los descarriados que se apartaban de su obediencia. ¿Cómo resolver el dilema? No tardaron en encontrar un pasaje evangélico que justificara el asesinato de una persona sobre bases doctrinales. En San Juan, 15, 6: «Si alguno no permanece en mí, es arrojado fuera como el sarmiento y se seca, luego los recogen, los arrojan al fuego y arden».

¿Acaso no eran sarmientos secos los herejes? ¿Y no era la Iglesia el dueño de la viña, el rector de las conciencias? Pero la Iglesia no tiene verdugos. No se mancha las manos de sangre, lo que supondría una contradicción en la religión del amor. La Iglesia se limita a relajar al brazo secular, o sea, entregar al hereje a la autoridad civil para que sea el verdugo del rey el que lo queme o ahorque.

La primitiva Inquisición medieval, que consiguió desarraigar el catarismo y otras herejías, dejó de funcionar en el siglo XV por falta de herejes a los que perseguir. Pero un siglo más tarde, el luteranismo y las contiendas religiosas favorecieron la creación de nuevas Inquisiciones, incluso en los países protestantes.

Otros motivos se unieron al herético: las conversiones forzadas, primero de judíos y después de musulmanes que, cuando no eran sinceras, los convertían automáticamente en herejes.

En la Edad Media, casi todas las poblaciones importantes de Europa contaban con una comunidad judía, una minoría que solía vivir en un barrio aparte. España no era excepción. Los judíos vivían en sus propios guetos y la Iglesia no se ocupaba de ellos, puesto que no eran cristianos.

Pero a partir de 1391, la situación cambió. En ese año el creciente malestar social por la carestía de la vida escogió a los judíos como chivo expiatorio y diversas juderías resultaron asaltadas y saqueadas por el pueblo. Numerosos judíos se convirtieron al cristianismo para escapar de la muerte.

Se generó una nueva comunidad, la de los cristianos nuevos, integrada por judíos conversos, muchos de los cuales seguían practicando en secreto la religión hebrea. Los cristianos viejos, o sea, los de toda la vida, sospechaban

que todo descendiente de judío o de musulmán era propenso a la herejía por una especie de determinismo genético. Para evitar que tales personas pudieran ocupar puestos de responsabilidad en perjuicio de España o de la religión, el candidato a ingresar en la administración o en la Iglesia tenía que presentar un certificado de limpieza de sangre expedido por la parroquia en el que probara, con testigos, la pureza de su linaje, y que entre sus antepasados no hubo ningún moro o judío.

De nada sirvió que voces sensatas clamaran contra ese desatino. La realidad es que el retoño incompetente y tarado de una familia de cristianos viejos tenía más oportunidades que el descendiente de judíos o moros. Por esta obsesión se dilapidaron recursos humanos en una sociedad que no estaba sobrada de ellos.

Antes de bautizarse, el judío no tenía relación con la Iglesia, pero después de bautizarse caía bajo la jurisdicción eclesiástica. Si mantenía las creencias y los ritos judíos era un hereje.

Algunos judíos conversos eran ricos, incluso millonarios, y emparentaron, mediante matrimonio, con familias nobles de Castilla y Aragón. El pueblo envidioso no perdía ocasión de reprochar su mala casta a los que descendían de conversos. Ellos tendrán el dinero, razonaban, pero nosotros tenemos la sangre limpia, sin mezcla de judío, la sangre impura de los asesinos de Cristo. Estos razonamientos simplistas estaban muy arraigados debido a las predicaciones de la Iglesia, que nunca simpatizó con los hebreos.

Los Reyes Católicos deseaban instaurar una monarquía absoluta, en la que el soberano detentara verdaderamente el poder, sin depender de la nobleza ni de los concejos de las ciudades. Este proyecto tropezaba con la oposición de una oligarquía capitalista formada por conversos que habían escalado el poder en muchas ciudades. Si la corona los suprimía no sólo reforzaría su poder, sino que aumentaría su popularidad puesto que la gente común envidiaba y odiaba a los conversos.

Por otra parte, el rey Fernando el Católico tenía dos motivos para desear el establecimiento de la Inquisición, uno económico y otro político. El económico: que estaba sin blanca. Los bienes de los condenados, al revertir en las arcas reales, podían sacarlo de apuros. El político: que las leyes de Aragón limitaban su autoridad. Una Inquisición sometida a su voluntad le permitiría ejercer el poder absoluto puenteando las leyes civiles.

Era Fernando el Católico constante como la gota malaya. Estuvo

pidiéndole una Inquisición al papado hasta que finalmente, en 1478, el papa Sixto IV se la concedió.

—Está bien, pesado. He designado a unos cuantos clérigos para el oficio de inquisidores.

La orden religiosa más preparada en cuestiones de dogma y fe era la dominica; por tanto, a ella correspondió nutrir los cuadros de los inquisidores. Dominico inspiró la expresión *domini canes* («perros del señor»). La orden se representó con un perro con una antorcha en la boca…, ¿la de quemar herejes? Constituirse en inquisidores les acarreó en principio un gran prestigio, pero después, a la larga, también desprecio.

El flamante tribunal dirigió sus pesquisas a los descendientes de conversos, quizá medio millón de personas, sospechosos de practicar en secreto la religión de sus antepasados.

La Inquisición española comenzó su actuación en Sevilla, entonces la ciudad más poblada del reino y habitada por la comunidad conversa más próspera. A finales de 1480, dos de los tres inquisidores permitidos por el papa se instalaron en la ciudad del Betis. El ambiente hispalense estaba muy caldeado a causa de los sermones antisemitas del clérigo Alonso de Ojeda.

Los representantes de la comunidad conversa, en la que figuraban importantes comerciantes, concejales y personas notables de la ciudad, se reunieron para tratar el asunto. Es posible que alguien propusiera asesinar a los inquisidores. Entonces la sociedad era más violenta y, por otra parte, había precedentes de asesinatos de inquisidores en Francia, cuando la Inquisición medieval reprimió a los cátaros.

Fuera verdad o no lo de la conjura, la Inquisición detuvo a los sospechosos, y el seis de febrero de 1481 celebró el primer Auto de Fe en el que quemó vivos a seis condenados, entre ellos Diego Susón, el converso más rico de la ciudad, poseedor de una de las mayores fortunas de España.

La Inquisición se cebó en los conversos, especialmente en los ricos. Los primeros inquisidores se excedieron en su rigor, como principiantes en el oficio, y enviaron a la hoguera a meros sospechosos. El rigor inquisitorial se extendía incluso a las personas muertas. Si el tribunal las declaraba culpables, sus cadáveres se desenterraban y se quemaban.

La Inquisición, al principio mero instrumento en las manos de Fernando de Aragón, se convirtió en un monstruo incontrolable en manos de los reyes

sucesores y, lo que es peor, en un ministerio más del reino (entonces llamados consejos) con su correspondiente burocracia.

Los tribunales se autofinanciaban con los bienes confiscados a los condenados. La primera etapa, la de los conversos ricos, fue de vacas gordas y los tribunales nadaron en la abundancia, a pesar de que buena parte del botín iba a engrosar las depauperadas arcas del rey Fernando. Después llegaron las vacas flacas: diecisiete años de constantes procesos agotaron el copo de los conversos ricos. Cuando no quedó rico que llevarse a la hoguera, con la consiguiente mengua de los ingresos, los funcionarios del tribunal inquisitorial comprendieron que debían apretarse el cinturón y diversificar sus objetivos. Por tanto, extendieron sus pesquisas a luteranos, iluminados, bígamos, sodomitas, blasfemos, hechiceros y, en general, a toda persona sospechosa de desviarse de la ortodoxia católica. No vacilaron en recurrir a las más extrañas componendas, situando lo económico por encima de lo doctrinal, con tal de mantener su medio de vida.

LOS «FAMILIARES»

Cada tribunal estaba integrado por uno o varios inquisidores, asistentes, secretarios, un alguacil mayor, que practicaba las detenciones, un carcelero, un capellán, un médico y varios subalternos. Además existían colaboradores voluntarios, sin sueldo, los llamados «familiares» de la Inquisición, delatores procedentes de las capas medias de la sociedad que espiaban para el tribunal, acompañaban al alguacil en las detenciones e incluso ofrecían sus viviendas para encarcelar a los detenidos.

Ser familiar de la Inquisición era un timbre de orgullo y daba derecho a portar espada y a esculpir el escudo inquisitorial sobre la puerta de la vivienda. Además, en los primeros tiempos, el familiar no estaba sujeto a la jurisdicción ordinaria y cuando cometía un delito sólo podía juzgarlo la propia Inquisición. Este privilegio se suprimió al poco tiempo debido a los abusos.

¿Cómo funcionaba la Inquisición?

Armas de la Inquisición.

Al menos una vez al año, el tribunal decretaba una *inquisitio* de oficio, es decir, invitaba a todos los cristianos de su jurisdicción a que denunciaran las desviaciones del dogma que conocieran en las personas de su entorno y en ellos mismos. Los inquisidores procuraban que en cada actuación estuvieran representados los diversos delitos contra la fe que el tribunal perseguía.

En el Auto de Fe celebrado en Sevilla el dos de marzo de 1653 se castigó a nueve judaizantes y a nueve mahometanos reconciliados, a dos bígamos (uno sevillano y otro portugués), a un francés renegado, a un blasfemo, a dos hechiceras (sevillana y mexicana) y a dos herejes (genovés y griego).

UN AUTO DE FE

Imaginemos la preparación de un Auto de Fe. El inquisidor y su equipo llegan a la ciudad donde se va a celebrar. En los lavaderos, en las barberías, en los hornos de cocer pan, en los mercados, en las plazas y mentideros no se habla de otra cosa.

Un espeso ambiente de delación y sospecha se apodera del vecindario. Si el diablo cojuelo levantara los tejados de la ciudad nocturna, ¿a cuántos vecinos encontraríamos desvelados? ¿Cuántos no pueden conciliar el sueño mientras sopesan culpas, remueven memorias, cavilan excusas?

Encontramos al judaizante o al simpatizante de Lutero que medita cómo malvender rápidamente sus bienes y emigrar a otras tierras, quizá al extranjero, para ponerse a salvo; los que incurrieron en pecadillos contra la fe que pudieran ser conocidos por los vecinos temen que les haya llegado la hora. ¿Cuántos se arrepienten amargamente de una exclamación blasfema? Fulano y Zutano, que estaban presentes, debieron de oírla. Ahora están obligados a delatarlo a la Inquisición. «Ellos dicen que son amigos míos, pero si lo ocultan incurrirán en excomunión; por otra parte, cada uno temerá que hable el otro y que lo mencione como testigo.»

Se imagina al severo inquisidor preguntándole: «Si estaba presente cuando Fulano blasfemó, ¿cómo es que no ha venido a denunciarlo?». Él bien quisiera encubrir a su amigo o a su vecino, pero tiene miedo de comprometerse si lo hace. ¿Cómo explicará que no ha denunciado el hecho hasta ser convocado por el tribunal?

¿Y las confidencias imprudentes? «Mal avisado estuve —meditará otro— cuando intenté convencer a Fulanita de que la fornicación entre solteros no es pecado. Ahora Fulanita está obligada a denunciarme a la Inquisición. ¿Denunciarme de qué? No de solicitar sus favores sexuales, que eso es un pecado de lujuria que se arregla con una confesión y una penitencia, sino de un pecado contra el dogma, mucho más grave, porque contradije lo que la Iglesia enseña en materia moral».

Mientras el ambiente de terror se extiende por la ciudad, los familiares de la Inquisición, más ufanos y vigilantes que de costumbre, preparan los locales

en los que se van a celebrar las sesiones e incluso el quemadero donde arderán los condenados a la pena máxima en el Auto de Fe.

Llega el inquisidor y, tras la publicación del Edicto de Fe y un elaborado sermón doctrinal en la catedral o en la iglesia principal, declara abierto el periodo de información en el que cada cual denunciará ante el tribunal las faltas propias o ajenas que conozca. Si un feligrés conoce las culpas de otro y nos las denuncia, puede resultar inculpado él mismo y procesado en caso de que el hereje sea denunciado por un tercero. Las denuncias son secretas. El acusado no sabrá quién lo ha denunciado ni de qué lo acusan.

El ambiente de delación acabó por viciar la vida de los pueblos. Cada cual espiaba posibles faltas en sus vecinos o en sus enemigos. Detalles reveladores que pudieran interesar al tribunal se iban anotando. El que quisiera mantenerse libre de sospecha no sólo tenía que ser buen cristiano, sino, además, parecerlo.

La ingestión pública y notoria de carne de cerdo era casi un salvoconducto en los primeros tiempos para demostrar que uno no era judaizante. Quizá esto explique que la matanza del cerdo se convirtiera en una fiesta familiar ruidosa, extrovertida, practicada, de ser posible, al aire libre, a la vista de todos, con reparto de preseas porcinas, morcillas y chorizos entre parientes y amigos. Es una manera de pregonar que uno es cristiano, puesto que los judíos y los musulmanes no comen cerdo.

El inquisidor aguarda en sus oficinas a que los vecinos vayan compareciendo para acusarse o acusar a otros. El escribano abre una ficha con los datos básicos de cada declarante. Cuando expira el plazo del llamado «periodo de gracia», el inquisidor tiene sobre la mesa un abultado legajo con las confesiones y acusaciones de los vecinos. El funcionario revisa las declaraciones, va relacionando casos comunes, desecha los que no merecen la atención, va perfilando los posibles reos de herejía…

Cualquier comentario hecho sin malicia puede originar una acusación formal de herejía. A una mujer la han procesado por haber comentado a una vecina: «Si mi marido va al cielo también irán los burros». Un comentario tan baladí puede ser peligroso si se considera que atenta gravemente contra el dogma: «¿Que los burros pueden ir al cielo?» Por eso es frecuente que los discretos recomienden a los imprudentes: «¡Mire vuesa merced lo que dice!». Muchos se guardan de confesar sus pensamientos en materia religiosa incluso

al cónyuge y a los familiares íntimos. Ya lo dice el refrán: «Con el rey y con la Santa Inquisición, chitón».

El inquisidor decide quiénes son los sospechosos de herejía y manda prenderlos y encerrarlos en las mazmorras del Tribunal. Después vienen los interrogatorios. Al acusado no lo informan de los cargos que hay contra él. Solamente lo instan a que declare sus faltas contra la fe. También lo invitan a que confeccione una lista de posibles enemigos que pudieran desear perjudicarlo, pero, como podemos imaginar, quizá los que quieren perjudicarlo son familiares, vecinos o amigos de los que no esperaba mal alguno. Nunca lo sabrá, porque esto pertenece al ámbito del secreto. El acusado se devana la cabeza y declara todos sus pecadillos, pero si olvida declarar aquello de que se le acusa, quizá un comentario imprudente que ya olvidó, pensarán que lo oculta y le aplicarán el tormento para forzarlo a confesar.

Al final, en el potro del tormento, desgarrados por el dolor, muchos se acusan de lo que no cometieron con tal de abreviar el interrogatorio.

Los secretarios de la Inquisición son muy minuciosos. Cuando toman declaración anotan absolutamente todo lo que dice o hace el reo. Leídos siglos después, sus documentos resultan espeluznantes. Cuando el interrogatorio incluye tortura no dudan en anotar incluso las expresiones de dolor del reo: «Le dan otra vuelta de mancuerda y dice: “ay, ay, ay, dejadme, por Dios, ¿qué queréis que confiese? ¡Dejadme, por Dios!”».

Al acusado le secuestran los bienes, una medida que deja a su familia en el más completo desamparo. En cualquier caso, aunque resulte absuelto, queda señalado para toda la vida. Por eso se dice que la Inquisición si no te quema, te chamusca. Nunca saldrás de sus mazmorras como entraste, aunque te absuelvan.

El fallo del tribunal puede ser de dos maneras, de reconciliación, o sea, de condena a una pena; o de relajación, como denominan a la pena de muerte. A los reconciliados se les multa, se les condena a azotes y exhibición vergonzosa en la plaza, a destierro e incluso a remar en las galeras del rey.

En los primeros tiempos, la pena de muerte en la hoguera se aplicaba con bastante liberalidad; después se limitó a los que se mantenían firmes en la fe herética. Si el condenado se arrepentía lo estrangulaban antes de quemar el cadáver.

Los Autos de Fe con quemados vivos constituían emocionantes

espectáculos públicos a los que concurría mucha gente, como al teatro o a los toros. A menudo, se hacían coincidir con bodas reales, bautizos de infantes y otras señaladas fiestas cortesanas.

En 1632 se celebró un Auto de Fe para celebrar el feliz parto de la reina; en 1680, otro para dar la bienvenida a María Luisa de Orleans que venía a casarse con el rey (delicadísimo detalle que se esperaba que la extranjera supiera apreciar).

Los procesados en Auto de Fe comparecían vestidos con una especie de poncho de borra, el sambenito, largo hasta las rodillas y decorado con el aspa de san Andrés o con sólo uno de sus trazos, si la condena era menor. A las condenas mayores se le añadía un capirote que, si el penitenciado iba a perecer en la hoguera, se decoraba pintándole llamas.

Los condenados por el Santo Oficio tenían obligación de lucir el infamante sambenito en domingos y fiestas de guardar y de asistir con él a los actos públicos durante el tiempo que estableciera la sentencia. Cuando la condena expiraba, el sambenito se colgaba de los muros de la parroquia del condenado, con un letrero identificativo que se renovaba para mantenerlo legible todas las veces que fuera necesario a fin de que la memoria infamante se perpetuara en la descendencia del hereje.

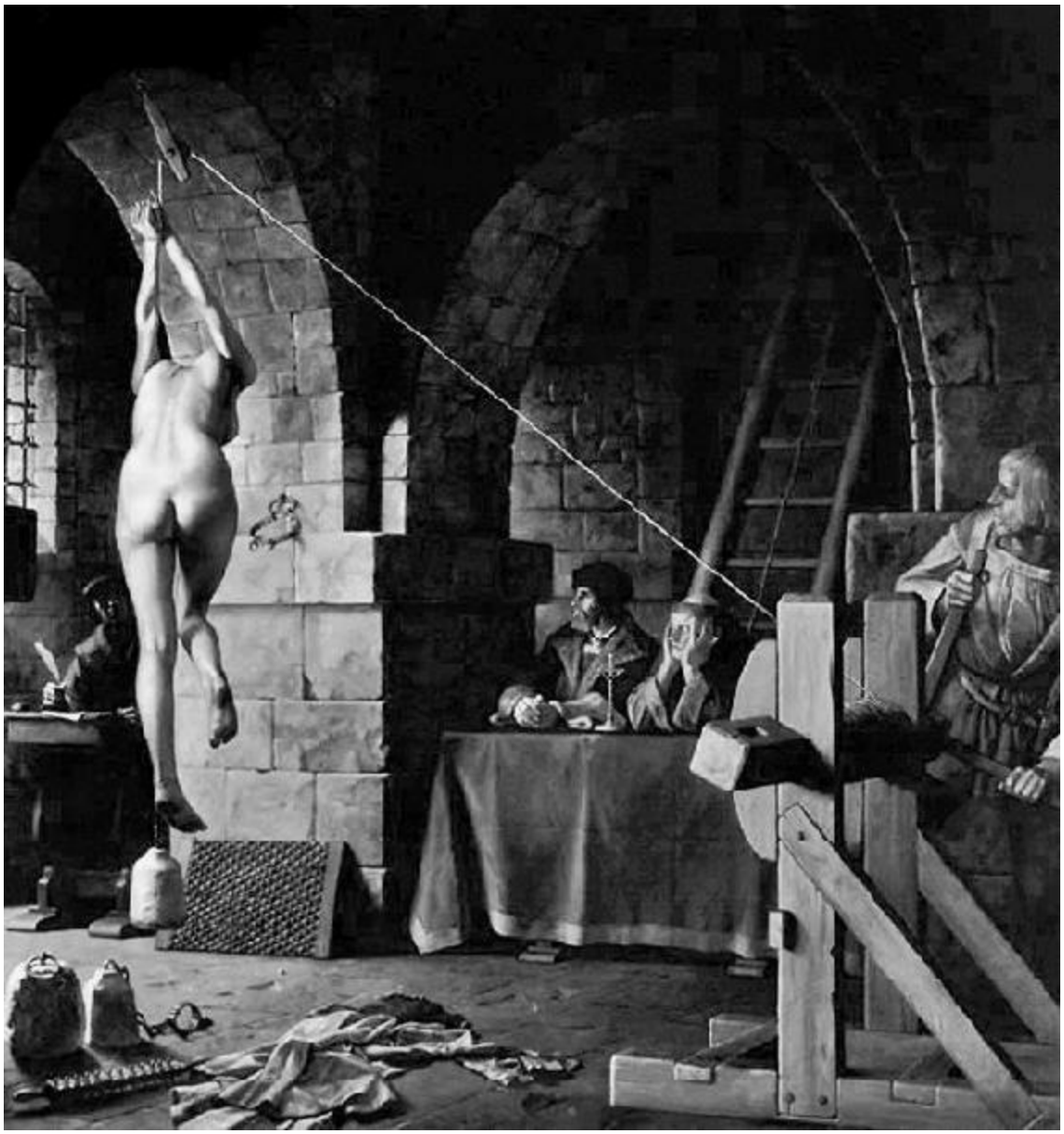
TORTURAS INQUISITORIALES

¿Cómo torturaba la Inquisición? ¿Realmente usaba esos complicados y terribles instrumentos que el cine y las exposiciones itinerantes han divulgado?

Esas fantasías, inventadas por mentes depravadas, quizá se practicaron en algunos tribunales inquisitoriales europeos, especialmente en Alemania tan proclive a la mecánica (no en vano el reloj de cuco se inventó en la Selva Negra).

En España los inquisidores torturaban de forma más sencilla, sin esos refinamientos sádicos que a veces vemos en los libros o en el cine. El tribunal aplicaba el tormento al uso en los tribunales civiles, el llamado de garrucha y agua. Al reo, con los brazos atados a la espalda, en incomodísima posición, lo

izaban con ayuda de una soga y una garrucha sujeta al techo. Luego lo mantenían suspendido en el aire el tiempo que se tarda en recitar tres veces, lentamente, el salmo Miserere. Entonces, cuando calculaban que tendría el cuerpo entumecido, lo dejaban caer de golpe, aunque sin que alcanzara el suelo. El trampazo le producía dolores de muerte, especialmente si, además, lo habían lastrado con pesos atados a los pies.



Los tormentos de la Inquisición.

El tormento del agua era más doloroso todavía. Tendían al reo sobre un banco horizontal y lo forzaban a abrir la boca con un marco de hierro llamado bostezo. Le cubrían la cara con un pañuelo fino de lino e iban echándole en la boca un chorro de agua con un jarro. El agua, además de llenarle el estómago hasta extremos dolorosos, le arrastraba el pañuelo de lino profundamente en la garganta. Algunos aguantaban hasta doce jarras antes de declarar lo que el inquisidor quisiera oír; otros se rendían antes de llegar a la cuarta. Un inglés torturado por este procedimiento en 1588 declaró: «Estuve cuatro o cinco días vomitando sangre y agua y tan débil que no podía comer ni valerme».

En el siglo XVII se impuso el tormento del potro, más controlable, que consistía en aplicar torniquetes en muñecas, tobillos y brazos. Las cuerdas penetraban tan profundamente en la carne del reo que llegaban a cortar músculos y tendones. El inquisidor, cómodamente instalado junto al reo en su sillón frailero, lo exhortaba a declarar con la fórmula: «Diga la verdad y no se quiera ver en tanto trabajo». Si el reo persistía en su actitud negativa, el inquisidor hacía una señal al verdugo para que hiciera su trabajo. El máximo de giros que permitía el torniquete era seis o siete, aplicados en doce exhortaciones, pero normalmente nadie aguantaba tanto. Otra variedad del potro consistía en estirar los miembros hasta descoyuntar los huesos.

Se calcula que, al principio, la Inquisición torturaba a un treinta por ciento de los reos; a partir del siglo XVII la cifra descendió a un diez por ciento. Excepto el rey y el Papa, personas inviolables, cualquier hijo de vecino podía ser torturado. «¿Se puede torturar a los niños o a los viejos?», leemos en el manual del inquisidor. La respuesta es afirmativa: sí, se les puede torturar, aunque con cierta moderación, apaleándolos o azotándolos.

¿Y a los clérigos? ¿Puede torturarse a un clérigo? Aquí la Inquisición, al tratarse de colegas, aplica la ley del embudo con evidente cinismo. Leemos: «Los clérigos y los monjes se torturarán con menos rigor, por respeto a su ministerio y para no incurrir en la excomunión reservada a los que les ponen la mano encima».

El doble rasero es especialmente notorio en el tratamiento de la homosexualidad, o pecado nefando, que, cuando ocurría entre eclesiásticos, se castigaba solamente con destierros o leves cárceles conventuales mientras que en el ámbito de lo civil se penaba con la hoguera.

MURIÓ DE VEJEZ

A finales del siglo XVIII, la Inquisición estaba en franca decadencia. Los poderes fácticos, incluso algunos obispos ilustrados, pensaban que el Santo Oficio era una rémora y una antigualla infame que había que suprimir. Poca gente se manifestaba partidaria de la Inquisición, exceptuando, naturalmente, los que vivían de ella. Los días del tribunal parecían contados. No obstante, el estallido de la Revolución francesa, con su correlato de subversión del orden establecido y persecución de la Iglesia y de la aristocracia, provocó en España un pánico que reverdeció las ideas absolutistas ya marchitas. Los afectados, eclesiásticos y aristócratas, reforzaron la secular alianza entre el altar y el trono y la monarquía borbónica, que había visto decapitar a un rey Borbón en Francia, engrasó la maquinaria inquisitorial para que le hiciera de policía política represora de ideas liberales.

El rey intruso, José Bonaparte, suprimió la Inquisición, pero los Borbones repuestos en el trono la restauraron nuevamente con el aplauso de los ultracatólicos y los conservadores. La Inquisición era ya solamente un matón al servicio de la monarquía. Para demostrarlo, y para recuperar el respeto temeroso de la población, se atrevieron a ejecutar a un hereje en 1826.

El tribunal detuvo y procesó a Cayetano Ripoll, un maestro de escuela agnóstico que se negaba a enseñar catecismo. Parecía un despropósito que, bien entrado el siglo XIX, la Inquisición pudiese perpetrar la atrocidad medieval de matar a un hombre por sus ideas religiosas. Eso fue exactamente lo que ocurrió. A Ripoll lo condenaron por hereje pertinaz a ser ahorcado y quemado, aunque la quema podría figurarse pintando llamas en un bombo que se colocaría bajo la horca.

El propio Fernando VII comprendió la inoportunidad de aquella ejecución anacrónica y suprimió el tribunal de la Inquisición. La regente María Cristina firmó el acta de supresión en 1834. El escritor y periodista Larra compuso su epitafio: «Aquí yace la Inquisición. Murió de vejez».

74
LOS VIKINGOS NO TENÍAN CUERNOS

Recibo vía *mail* una media de quince cartas semanales de lectores, algunas elogiosas, otras corrigiéndome errores, algunas para sugerirme temas de nuevos libros, y no faltan las insultantes, naturalmente. A todas contesto con mi mejor voluntad y de todas quedo agradecido porque de todas aprendo.

Hoy he recibido una carta de un lector que me pregunta por qué insisto en escribir «psicología» en lugar de «sicología», simplificación admitida por la Real Academia Española.

Bueno. La Academia no dice que «psicología» sea incorrecto, simplemente indica que si le quitamos la «p» no pasa nada. Yo sigo escribiéndola con «p» porque en mis tiempos del bachillerato fui alumno de griego (quizá el peor de la clase, lo admito) y entre otras cosas aprendí que «psicología» procede de las palabras griegas ψυχή, *psyché*, «alma», y λόγος, *lôgos*, «tratado, discurso, pensamiento». Si suprimimos la «p» y decimos σῦκον, *sycon*, «higo», la sicología sería la ciencia o el tratado de los higos[233].

O sea, no es lo mismo, con todos mis respetos hacia la Academia.

Jorge Luis Borges, el gran escritor argentino al que hoy poca gente lee porque en este país y en esta lengua cuando mueres te entierran en el olvido, decía en una nota del prólogo a *Elogio de la sombra* (1969): «Deliberadamente escribo *psalmos*. Los individuos de la Real Academia Española quieren imponer a este continente sus incapacidades fonéticas; nos aconsejan el empleo de formas rústicas: *neuma*, *sicología*, *síquico*. Últimamente se les ha ocurrido escribir vikingo por *viking*. Sospecho que muy pronto oiremos hablar de la obra de Kiplingo»[234].

Yo aprendí a decir vikingo antes de leer a Borges y, por tanto, nunca diría *viking*, que me suena raro. Digo con esto que tampoco creo que haya que seguir demasiado al pie de la letra el razonamiento del maestro, aunque tenga razón.

La Academia, o la confluencia y el consenso de las Academias de la Lengua Española, siguen fijando la norma necesaria para que cuantos hablamos la bella lengua de Cervantes podamos entendernos a pesar de las superficiales diferencias. Yo diré «piscina» porque soy español y no reprenderé a un mexicano porque diga «alberca» ni a un argentino porque diga «pileta». Aparte de que el español que ellos hablan está más vivo y es más flexible que el que hablamos acá, siento reconocerlo.

Volviendo al griego, las palabras que nos enseña tan densas y sonoras suelen además plegarse como ninguna a conceptos filosóficos (no en vano la filosofía —de φιλοσ, *filos,* «amigo», y σοφία, *sofía,* «sabiduría»— nació entre los griegos). Fijémonos en las distintas formas de gobierno que concebían los filósofos griegos:

— Aristocracia, ἀριστοκρατία, *aristokratía* (de ἄριστος, *aristos,* «destacado», y κράτος, *kratos,* «poder»): gobierno de los que destacan, de los mejores, de los más capacitados.
— Oligarquía (ὀλιγαρχία, *oligarkía*; de ὀλίγος, *olígos,* «pocos», y ἄρχω, *arko,* «comandar»): el gobierno de una minoría, generalmente emparentada o procedente de la misma clase social.
— Plutocracia (de πλοῦτος, *plutos,* «riqueza»): el gobierno de los ricos. La palabra nos remite a Pluto que era el dios de los ricos, precisamente.
— Democracia (de δημοκρατία, *dēmokratía):* el gobierno del pueblo (δῆμος, *dḗmos*, es «pueblo»).
— Oclocracia (de ὀχλοκρατία, *okhlokratía,* de ὄχλος, *ochlos,* «populacho»): gobierno de la gentuza.

¿En qué se diferencia la gentuza del pueblo? En la cuna de la filosofía el propio Aristóteles hizo el distingo. La oclocracia es una enfermedad de la democracia, en la que el pueblo incurre cuando se deja arrastrar por demagogos y manipuladores que lo engañan fomentando sus miedos, su nacionalismo, su odio a algún grupo social, etc., todos sentimientos

negativos, o lo animan con promesas ilusorias. El pueblo que renuncia a la meritocracia (que gobierne gente de mérito) se convierte en plebe, en gentuza. A veces ayuda la tele, el instrumento favorito de los demagogos telepredicadores.

¡Ay, la tele, ese invento tan extraordinario cuando se usa correctamente!

Para acabar, añadamos cleptocracia (de κλέφτης, *cléptes*, «ladrón»): gobierno de los ladrones.

En tiempos recientes, el pueblo español, airado al descubrir que había pasado de la democracia a la cleptocracia (el poder irremediablemente corrompe si no se articulan sistemas para evitarlo), muestra cierta tendencia a echarse en brazos de la oclocracia. Esperemos que su sentido común compense su inexperiencia democrática y lo reconduzca a una senda más serena, lejos de los demagogos que lo llevan a su ruina como el flautista de Hamelín llevaba a sus ratas.

Bueno. Basta de lecciones de griego impartidas por el alumno calamitoso que fui. Remonto este caudal de digresiones hasta mi inicial propósito de hablar hoy de los vikingos, los *vikings* de Borges.

En la antigüedad, y en tiempos tan recientes como el siglo XVIII, las costas de España, como las de Europa, han sufrido las visitas de los piratas.

En el siglo IX, los vikingos sembraron el terror en los mares de Europa[235]. Aquellos guerreros altos y rubios provistos de largas espadas y de afiladas hachas, que saqueaban poblaciones costeras y monasterios, procedían, en su mayoría, de Noruega y de Dinamarca (sin que faltaran algunos suecos).

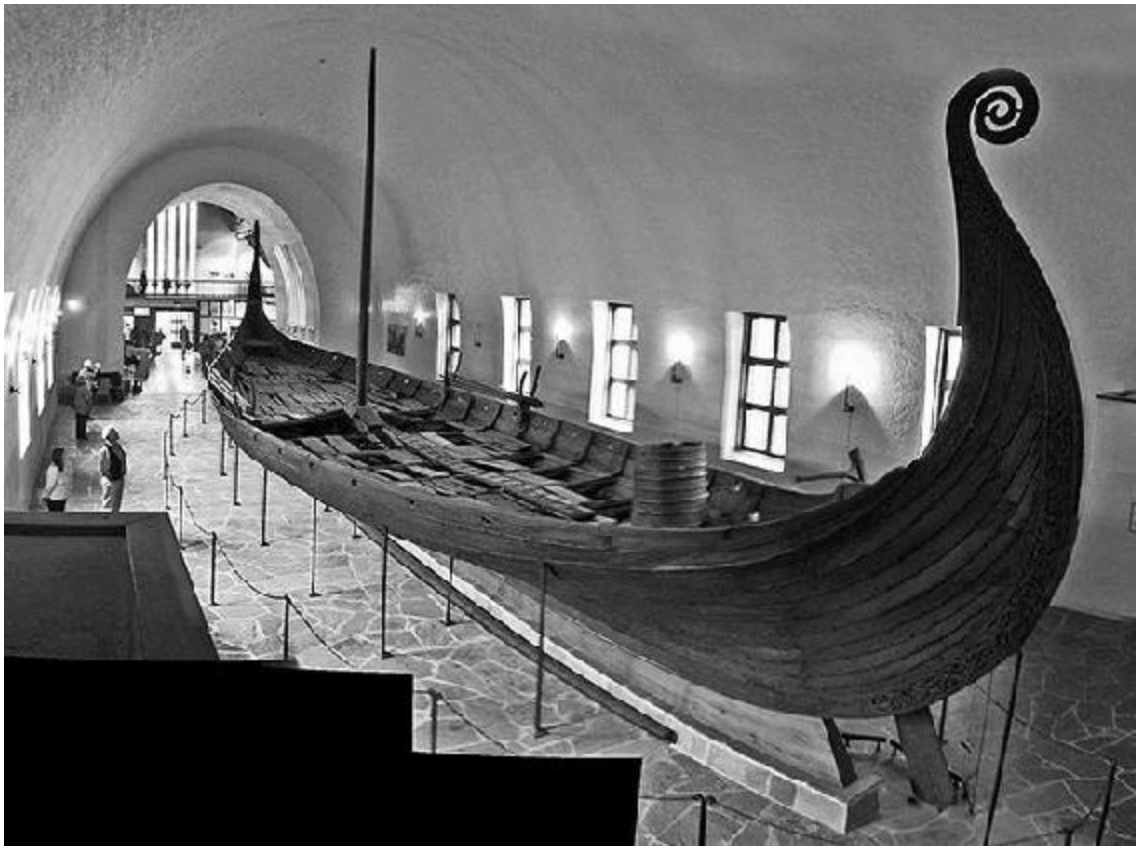
¿Por qué unos tíos tan apuestos, antepasados de gente tan pacífica como los nórdicos actuales se habían entregado al bandidaje y a la mala vida?

Porque desde el siglo VII, la población de aquellos pescadores, agricultores y mercaderes había aumentado por encima de lo que permitían sus recursos, lo que los situaba en la tesitura de robar o perecer de hambre.

Los vikingos habían conseguido una maravilla de diseño en sus estilizados y ágiles barcos de remo, los *drakars*, de sólo medio metro de calado, veinte de eslora y cuatro o cinco de manga. La obra muerta del navío se reducía al mínimo. Ni siquiera necesitaban bancos para los remeros ya que cada hombre se sentaba sobre el cofre donde transportaba sus pertenencias y su botín. Los escudos, a falta de mejor emplazamiento, colgaban en los costados del navío, adornándolo de modo característico y elevando suplementariamente la borda.

Estos navíos no precisaban de muelles ni instalaciones donde atracar: los

embarrancaban en cualquier playa. De este modo podían aprovechar mejor la sorpresa, caían de repente sobre aldeas o monasterios, mataban, saqueaban, cargaban el botín y empujaban sus navíos de nuevo al mar. Eran casi imposibles de localizar.



Un *drakar* vikingo restaurado.

Dos innovaciones fundamentales, la incorporación de velas cuadradas abatibles y una novedosa técnica de orientación, les permitió explorar el Atlántico y colonizar Islandia y Groenlandia. Incluso desembarcaron en América, que ellos llamaron Vinlandia, pero las colonias allí establecidas se extinguieron con el tiempo.

Cada *drakar* transportaba unos treinta tripulantes, que eran a la vez remeros y guerreros. Generalmente actuaban en escuadras numerosas al mando de un jefe, lo que les permitía desembarcar a más de mil guerreros.

Los vikingos aparecían de pronto, incluso remontando los ríos, saqueaban aldeas y monasterios, y huían antes de que las ciudades pudiesen reaccionar. Aquellos piratas se harían pronto tristemente famosos en toda Europa. Los

cristianos los llamaron *nordomanii* o *lordomanii*, y los musulmanes *mayus* o «adoradores del fuego».

Los vikingos, además de guerreros, fueron activos mercaderes. Fundaron un rosario de factorías comerciales en Rusia que con el tiempo se convirtieron en ciudades (Kiev entre ellas) y en su expansión hacia Oriente comerciaron incluso con el Imperio bizantino, donde muchos jóvenes guerreros se contrataron como guardia pretoriana del emperador.

En sus navegaciones occidentales, los vikingos visitaron las islas británicas, Francia, la península Ibérica y, después de atravesar el estrecho de Gibraltar, irrumpieron en el Mediterráneo, mar de ricas y pobladas riberas y cómoda navegación para marinos hechos a las rudezas del Atlántico norte.

En 841, una escuadra vikinga remontó los cursos fluviales del valle del Sena y saqueó e incendió Rouen. A los pocos años le tocó el turno a París y a Toulouse, a la que llegaron descendiendo por el Garona. Probablemente fueran gentes de la misma expedición los que desembarcaron en el litoral asturiano, a la altura de Gijón. La crónica Albeldense lo registra puntualmente: *El tempore lordomanii primi in Asturias venerunt.* (En aquel tiempo, los hombres del norte llegaron a Asturias por vez primera.) Esta vez parece que encontraron la horma de su zapato en el rey asturiano Ramiro I, un hombre cuya expeditiva justicia cegaba a los ladrones y quemaba a los magos.

Ramiro I rechazó a los normandos, aunque no pudo evitar que algunos destacamentos desembarcaran cerca de La Coruña, y devastaran la comarca.

En agosto del mismo año, 844, la expedición vikinga llegó a Lisboa, que era musulmana, por el estuario del Tajo. El gobernador de Lisboa envió correos a Córdoba para avisar a Abd al-Rahman II de la llegada de unos piratas que presumiblemente continuarían hacia el sur. En efecto, al poco tiempo, los vikingos alcanzaron la desembocadura del Guadalquivir y se dividieron en dos grupos: uno saqueó Cádiz, la bella ciudad víctima eterna de la piratería, y otro, compuesto de unos ochenta navíos, remontó el río. En septiembre alcanzaron la Isla Menor, no lejos de Sevilla. En Coria del Río pasaron a cuchillo a la población, lo que provocó una ola de pánico y la evacuación de Sevilla por buena parte de sus habitantes, que se refugiaron en Carmona, al amparo de sus murallas, y en otros lugares de la sierra.

El primero de octubre los vikingos atacaron Sevilla. Las tropas del emir, muchas de ellas trasladadas precipitadamente desde sus guarniciones del

norte, se enfrentaron con los normandos y les causaron unas setenta bajas.

Abd al-Rahman II había solicitado ayuda a los Banu Musa de Tudela y a los muladíes aragoneses. Ante la llegada de refuerzos, los vikingos se fortificaron en Tejada y allí sufrieron su primera derrota que les costó quinientos hombres y cuatro embarcaciones. Añade el cronista: «Ahorcaron en Sevilla a muchísimos normandos y a otros los crucificaron sobre los troncos de las palmeras».

Finalmente se alcanzó un acuerdo honorable para las dos partes. Algunos vikingos se convirtieron al islam y se establecieron en la Isla Menor del Guadalquivir donde vivieron pacíficamente de la cría de ganado y de la fabricación de quesos. Otros grupos continuaron sus ataques y saquearon Niebla, el Algarve y Beja.

En 858, o al año siguiente, vikingos capitaneados por el jefe noruego Hasting volvieron a visitar las costas cantábricas con unas sesenta y dos naves que transportaban, según las hiperbólicas fuentes cristianas, cerca de cuatro mil hombres. El rey de Asturias, Ordoño I, acudió a rechazarlos como antaño su padre.

La expedición normanda siguió el camino de la anterior y descendió por las costas atlánticas sembrando el terror en las poblaciones del litoral. Cuando se proponían remontar el Guadalquivir se toparon con la flamante escuadra andalusí y con sus terribles máquinas de fuego que les incendiaron algunas embarcaciones. Ante este revés se batieron en retirada y enfilaron sus proas hacia aguas menos defendidas: Algeciras, cuya mezquita mayor incendiaron; el norte de África; las Baleares, y, remontando el Ebro, Pamplona, donde apresaron a Sancho García, por cuyo rescate obtuvieron la respetable cifra de noventa mil dinares.

De los saqueos de distintas localidades catalanas ha quedado constancia en el testimonio de un monje: «Vinieron los paganos y saquearon la villa entera y también devastaron la tierra los piratas. Sus habitantes fueron cautivados o abandonaron sus haciendas para emigrar a otros lugares».

En 1016 se registra un ataque a las costas gallegas durante el cual el obispo de Tuy fue capturado con todos sus rebaños.

La última expedición pirática de importancia contra las costas españolas acaeció mediado el siglo pero topó con las aguerridas tropas de Crescenio, obispo de Santiago, y no alcanzó las ganancias que esperaba. Por este tiempo, el caudillo normando Roger de Toeni, al servicio de Ermesinda, condesa

regente de Barcelona, combatió contra los musulmanes en Levante y las Baleares. Otro contingente vikingo participó en la conquista de Barbastro (1064).

Demos ahora un salto en el tiempo hasta el siglo XVII para contemplar la actuación de otros piratas, éstos menos rubios que los vikingos, los berberiscos del norte de África.

Los piratas de filiación islámica fueron una de las razones, y no la menos importante, que aconsejó a los reyes decretar la expulsión de los moriscos. Los moriscos o descendientes de moros convertidos al cristianismo para evitar su expulsión constituían una eficaz quinta columna que ayudaba a los piratas islámicos a localizar sus objetivos.

La expresión «haber moros en la costa» alude al peligro de los piratas berberiscos que durante siglos desembarcaron en las costas españolas para saquear, secuestrar y matar cristianos. Eso explica que muchas poblaciones costeras no se encuentren a la orilla del mar, como sería lo más lógico, sino algunos kilómetros tierra adentro, sobre una montaña que les sirva de reparo y guardadas por una muralla.

Los moriscos españoles colaboraban con sus correligionarios berberiscos radicados en el norte de África a los que informaban de calas discretas en las que fondear sus naves, de caminos apartados para llegar a los pueblos, de cristianos ricos a los que secuestrar a cambio de rescate (el denunciante cobraba porcentaje) y de cristianos molestos a los que asesinar para satisfacer venganzas personales.

Durante más de dos siglos no hubo lugar seguro en nuestro litoral mediterráneo. Por eso los hortelanos que trabajaban en estos campos andaban como liebre en descampado, siempre alerta, para correr a refugiarse en la torre más cercana en caso de peligro. En la playa de San Juan, Alicante, la colonia veraniega que antiguamente fue una extensión de feraces huertas, cuenta en una extensión poco mayor de dos kilómetros cuadrados hasta veinte torres refugio que subsisten entre los bloques de apartamentos veraniegos y las arboledas urbanas. Antiguamente hubo muchas más.

A veces, los piratas atacaban con tal fuerza que ni murallas ni torres bastaban a detenerlos. Todo el mundo conocía casos como el asalto de la villa de Cullera por el caudillo Dragut, el 25 de mayo de 1550, que dejó el lugar despoblado durante décadas.

La relación entre musulmanes radicales y piratas era tan fluida que en

ocasiones mediaban tan sólo unas horas entre la denuncia y la acción. En 1566 un grupo de inquisidores pernoctó en la localidad almeriense de Tabernas llevando detenida a una morisca de Benicanón. A las pocas horas, aún de noche, los piratas berberiscos atacaron el pueblo y los inquisidores tuvieron que escapar campo través en paños menores, «sin zapatos, en calças y jubón». Los berberiscos se llevaron los caballos y las armas de los huidos además de cuarenta y tres cautivos cristianos a los que se agregaron noventa y nueve moriscos que, en el entusiasmo del momento, se sumaron a sus correligionarios.

Con el paso del tiempo, los atacantes fueron a más y allegaron verdaderas flotillas contra objetivos de cierta entidad.

> En el año 1637, a 3 días del mes de agosto, en la madrugada —leemos en otra relación de la época — llegaron cinco galeras de 26 bancos de Argel, cuyo corsario era Alí Puchili, al paraje de la villa de Calpe y, echando en tierra la gente, que fueron 600 tiradores, subiendo de la mar a la villa de Calpe y la imbadieron, […] y por ser verano, toda la más gente de la villa estavan en sus labranzas, que se hazen allí grandes melones y se provehe parte del reyno de esta fruta y, assí, con poco humo y muchas amenazas, les abrieron la torre y entregaron a los moros […].Hicieron muchos daños en la villa, matando todos los lechones y cabalgaduras, y saqueándole se le llevaron trescientas noventa y seis personas y, entre ellos, algunas forasteras que havían venido a la fiesta, que se prevenía a cinco de agosto de Nuestra Señora de Calpe.Los moros muertos fueron quarenta, bien pudiera haverles socorrido a tiempo la villa de Benisa y Altea, pero, pavorosos de ciertos bandidos se enserraron en la villa y fueron a recoxer lo que pudieron. Ydos los moros al puerto de Moraira, no se llevaron artillería, ni campanas porque los hecharon del muro abajo.

La relación enumera los daños: tomaron cuatrocientos cautivos, quemaron los archivos, el trigo, una ermita de San Gregorio que estaba fuera del muro, y saquearon la iglesia de la villa de los objetos y ornamentos de plata y seda y rompieron imágenes y altares.

Acudieron a atajar al pirata gentes de Benisa, Murla, Alegraven, Berpalcul y Venigenbla, en total ochenta hombres con banderas y estandarte y trescientos en bajeles del puerto de Moraira. A pesar de ello, «a 24 de agosto y otras vezes volvieron los moros a Calpe, teniéndola ya por suya, ocasión que tomó esta ciudad de retirar las monjas».

Sucesos como éstos, divulgados por España en cartas y romances de ciego, que eran los periódicos de la época, sembraban pavor en muchos corazones. Si los moros saqueaban y secuestraban con tanta impunidad los pueblos costeros ¿quién podía asegurar que algún día no llegarían a sus puertas traídos por los moriscos del lugar para vengarse de los cristianos?

Nadie se fiaba de los moriscos, por serviles y mansos que se mostraran. El pueblo los consideraba cómplices de los turcos y berberiscos. Este rechazo se agravaba con el hecho de que los moriscos gozaran de una tasa de natalidad superior a la cristiana. Llegará el día, advertían los más pesimistas, en que sean más numerosos que nosotros y se apoderen de España otra vez sin disparar un tiro.

La reiteración de saqueos y matanzas fue tal que al final la monarquía cristiana comenzó a percibir, muy razonablemente, que esos súbditos musulmanes radicalizados eran una especie de cáncer que había que extirpar.

Después de muchas vacilaciones, por miedo a las repercusiones económicas (los moriscos cuidaban de las huertas de muchos señores en el Reino de Aragón), Felipe III optó por expulsarlos en 1610. Casi todos fueron a parar al norte de África y muchos se enrolaron en tripulaciones piratas como guías en las expediciones contra España.

Don Quijote encontró a uno, Ricote, que se dolía del desarraigo y de la patria perdida. Cervantes, siempre piadoso, pensaría que era un morisco bueno, quizá católico sincero o un moro compasivo de los que le ayudaron en su cautiverio de Argel.

75
LOS ILUMINADOS

Anoche, a la hora en que Balbín conducía, antiguamente el programa de debate *La Clave* —¿recuerdan el nivelazo?—, una petarda televisiva le prometía a otra petarda, en uno de esos programas basura: «Cuando tú te cases, yo me preño». Después, la discusión derivó hacia el tamaño de penes famosos con los que habían mantenido encuentros. Mientras, en pantalla, aparecían imágenes del maromo que suele acompañar a una de las petardas.

A ver si encontramos algo decente, me dije (en las dos acepciones de la palabra). Zapeé. Mira que tenemos canales, que ya tenemos más que Venecia. Pues no. Más programas basura, dos programas de deportes con menesterosos balbuceos de futbolistas semianalfabetos y un guirigay al que no sé por qué llaman tertulia política con tertulianos dado que no se entiende lo que dicen porque hablan al unísono interrumpiéndose, sin respetar los turnos y levantando la voz.

En fin, en vista del nivelazo, salí a la calle a airearme, me metí en el club La Moreneta, un antro lleno de humo, y solicité lo de siempre, agua mineral con una rodajita de limón.

—La telebasura te impulsa a la ginebra, ¿eh, *boy?* —me espetó el tipo bajito, con traje cruzado a rayas, que bebía whisky escocés a mi lado.

La voz gangosa, la estatura exigua, el cigarrillo displicente en los labios… era Bogart, el actor de mi infancia al que disgustaban las escenas de amor.

Me quedé mirando al tipo duro y cínico que una vez dijo: «Esperaba mucho más de mí y ahora sé que no lo voy a conseguir nunca». Hacía películas de clase B, tres semanas de rodaje como máximo, con guiones escritos sobre la marcha, en las que le daban papeles de personajes

desclasados que al final de la película morían tiroteados por James Cagney o Edward G. Robinson. Yo creía que le gustaba la alegre camaradería alcohólica del Holmby Hill Rat Pack, los alegres bebedores de Hollywood.

—Nada de eso —declaró—. Lo que me gusta es navegar a vela para alejarme de todo. El mar, el aire, están limpios y son sanos y uno se aleja de la gente. La verdadera libertad está en el mar. También soporto el ajedrez, comer en el Romanoff y dormir en el Gotham de Nueva York, especialmente con Lauren Bacall, después de asomarme a sus ojos sobre la almohada.

Eso dijo. Pagué mi consumición y regresé a casa. Me recibió la luz espectral de la TV, la luz del hogar. La petarda primera seguía allí, como el dinosaurio de Monterroso, pero ahora prometía implantarse unas tetas más voluminosas que las de su rival. En esto comunicaron telefónicamente con una presunta examante del novio mulato que asevera haberse acostado con Antonio David en una noche memorable en la que marcaron seis tantos. Zapeé y por fin encontré una emisora remota en la que aparecía una mujer que aseguraba haber estado en el infierno, lo que me trajo a la memoria, por asociación de ideas, una de las fantasías de los iluminados, una secta herética de los tiempos de Cervantes.

Lo cuento, qué remedio. Entre 1530 y 1570 la Inquisición española se empleó a fondo contra la secta de los alumbrados o iluminados, un movimiento espiritual típicamente urbano que arraigó principalmente en Sevilla y Toledo, en Valladolid y Salamanca, ciudades estofadas de conventos, o en aquellos pueblos donde abundaban los descendientes de conversos, como Llerena o Baeza.

Los iluminados preconizaban una religión intimista y personal, de relación directa con Dios, al margen de los formalismos y ceremonias de la Iglesia oficial.

Como toda doctrina basada en las experiencias personales, el iluminismo despedía un sospechoso tufillo protestante y resultó inaceptable para una Iglesia cada vez más burocratizada y dogmática.

Los iluminados se emparentaban con otras corrientes espiritualistas desviadas de la ortodoxia romana: el erasmismo y la mística de los franciscanos reformados. A un nivel más amplio, se encuadraban en los movimientos espiritualistas que arrancan de la antigüedad (neoplatónicos, Plotino, gnósticos), se prolongan en la Edad Media (cábalas judía y cristiana, espiritualismo musulmán), florecen en el Renacimiento europeo (misticismo

de Valentín Weigel y Jakob Böhme) y alcanzan al siglo XVIII con ramificaciones esotéricas y ocultistas (martinismo, teosofía, mesianismo y otros ideales románticos).

Auto de Fe con hogueras en una ilustración del siglo XIX.

En el mismo grupo de los iluminados, aunque con otros matices, cabe integrar a los *dexados*, que aconsejaban abandonarse a la voluntad de Dios y dejarse llevar pasivamente por los impulsos.

El *dexado*, como un budista occidental, aniquila sus sentidos para integrarse en el resplandor de la luz divina donde el deseo desaparece y el pecado carece de importancia porque el infractor no es responsable de sus actos.

Una versión culta del *dexamiento* fue el quietismo, predicado por el jesuita Miguel de Molinos (1628-1696), autor de una influyente *Guía espiritual que desembaraza al alma y la conduce por el interior camino para alcanzar la perfecta contemplación y el rico tesoro de la interior paz* (1675)[236].

Molinos fue procesado por la Inquisición, sospechoso de predicar que, para el adepto instalado en la perfección, los movimientos de la carne se hacen irresponsables porque son estériles venganzas del demonio. Además, no contento con teorizar, como hacen tantos curas, predicaba con el ejemplo. El obispo de Téano, Giuseppe Maria Giberti, escribe de él:

> No observaba el ayuno ni viernes ni sábado ni día de vigilia ni de cuaresma, sino que siempre comía carne, y el pez era sólo para aguzarse el apetito, juntamente con la carne. Se le acusa de haber tenido durante dieciocho años continuos comercio con una mujer (ésta también del Santo Oficio, y que cada mañana la hacía comunicar). Para conseguir la libido, se hacía servir en la mesa y desnudarse a más mujeres desnudas, y otra veces estaba presente para ver mujeres y hombres desnudos entrelazarse juntos y relacionarse. También se le acusa de haber sido más veces sodomizado (acto que él decía que no era pecado porque no estaba escrito en el Decálogo, lo mismo que decía del bestialismo)[237].

Un tipo libre, un picaflor deseoso de placeres como tantos místicos del pasado o su versión actual, los intelectuales a la violeta. Ahora te vas de rositas pero en aquellos tiempos crudos la cosa era distinta. A Molinos lo condenaron, «por inmoralidad y heterodoxia», a vestir un sayal basto, a recitar un Credo y un tercio del Rosario todos los días, a confesarse cuatro veces al año y a reclusión perpetua. Lo que llevó peor fue lo de la reclusión perpetua. Murió en la mazmorra.

CUERDA DE PÍCAROS

Al socaire del iluminismo y de la mística bullían muchos embaucadores que fingían visiones celestiales y arrobos, desmayos y éxtasis, llagas y dones divinos. Así se granjeaban la admiración de personas simples obsesionadas con la salvación del alma.

Como acaece con los gurús de las sectas actuales, estos predicadores buscaban en aquellos adeptos dinero o satisfacción sexual. El asunto venía de

antiguo. Ya en tiempos del cardenal Cisneros, un franciscano iluminado de Ocaña había concebido una doctrina que consistía en copular con todas sus seguidoras para engendrar profetas. Muchos adeptos a grupos iluministas eran meras víctimas de lo que la psicología denomina «contagio psíquico», es decir, los débiles mentales son inducidos por psicópatas fanáticos. En una relación de la época leemos: «Anda uno ahora corriendo por las calles de Sevilla, que dice que ha estado en el Infierno y ha visto a muchos conocidos […] hombres con barba y mujercillas a docenas lo buscan en secreto y le piden, con lágrimas en los ojos, que les diga si los ha visto en el Infierno».

La señora de la tele es una rubiasca belga que convoca a difuntos de famosos y famosillos. Lo más notable es que cuando el programa se interrumpe para dar paso a la publicidad, a la vuelta, el difunto sigue ahí, disciplinado, deseoso de dar a la médium pelos y detalles de intimidades que demuestren que en efecto es él. Ya se ve que en el otro mundo lo que sobra es tiempo, del mismo modo que en éste sobra tontería y memez.

76
EL HONOR DE DIOS

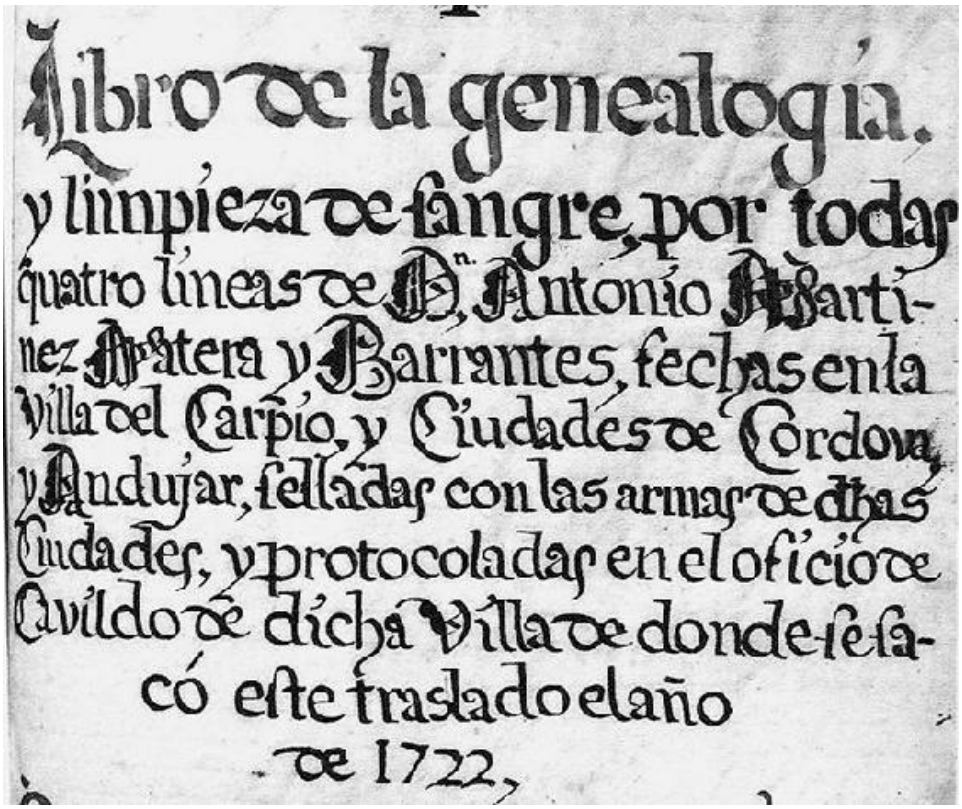
A veces se acusa a Felipe II de haber sacrificado los intereses de España a los del catolicismo. Esta imputación, que es cierta, debiera matizarse. En su tiempo, muchos teólogos y pensadores llegaron a la conclusión de que España era el paladín elegido por Dios para defender su honor, el honor de Dios. En este sentido, el pueblo español venía a sustituir al hebreo en las promesas divinas del Antiguo Testamento que los judíos habían perdido por su obstinación en negar la divinidad de Jesús. De ahí que Felipe II se identificara con el rey Salomón.

Felipe II, el rey imprudente.

La prueba de que Dios protegía a España era que le había otorgado las riquezas del mundo (las Américas). A cambio, España debía corresponder defendiendo al catolicismo contra el acoso de protestantes y turcos. Sentado esto, el honor de Dios exigía que los rectores de la sociedad española, los paladines de esa lucha, estuviesen limpios de sangre maldita. Por lo tanto, todo cargo o empleo oficial quedó vedado para los descendientes de judíos. Cualquier aspirante a ingresar en orden religiosa, cofradía o hermandad, o a un cargo en la administración o en la Iglesia, debía acreditar la pureza de su

linaje mediante un certificado o estatuto de limpieza de sangre en el que constara que ninguno de sus antepasados había sido moro o judío, como explicamos más arriba.

El pueblo llano acató con entusiasmo las exigencias de la limpieza de sangre. Al fin y al cabo, los conversos no se habían mezclado con el pueblo, sino con la aristocracia y la burguesía. El ganapán, acostumbrado a ser considerado socialmente inferior a los cerdos que cuidaba para el amo, supo de repente que tenía un motivo para sentirse importante: su sangre era limpia. Podía mirar por encima del hombro a muchos poderosos o ricos vecinos que tenían una bisabuela judía o un primo morisco.


Libro de la genealogía.
y limpieza de sangre, por todas
quatro líneas de D.n Antonio Martí-
nez Matera y Barrantes, fechas en la
Villa del Carpio, y Ciudades de Cordova
y Andujar, selladas con las armas de dhas
Ciudades, y protocoladas en el oficio de
Cavildo de dicha Villa de donde se sa-
có este traslado el año
de 1722,

Certificado de limpieza de sangre de Antonio Martínez. Año 1722.

Los desheredados de la fortuna descubrieron que tenían pedigrí y se aferraron a él. Los nobles llevaban siglos exhibiendo su «honra», excelencia o virtud heredadas por el linaje; ahora, los pobres tenían algo más precioso: el «honor», es decir, la pureza de sangre. «El honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios», que diría Calderón.

Con la paulatina degradación de la vida social cundieron la miseria moral, la incultura, el fanatismo religioso y el desprecio al trabajo, actitudes propias de la aristocracia a la que ahora imitaba el pueblo, animado por su concepto del honor.

La figura del hidalgo pobre y hambriento retratado por el *Lazarillo* abundó más de lo que pudiera parecer. En un país eminentemente agrícola, los campos estaban abandonados. Cualquier pretexto era válido para declarar día feriado. Las jornadas laborables del año apenas llegaban a cien.

En este clima de apatía, las costumbres se corrompieron, el trabajo se consideró marca de bajeza, y muchos individuos que en otra circunstancia se habrían enorgullecido de ser buenos artesanos o labradores se hicieron pícaros, en las mismas lindes de la delincuencia cuando no dentro de ella. Nubes de mendigos invadían los caminos e iban de una ciudad a otra, especialmente a la rica Sevilla, puerto de Indias, trampeando con la vida. También es de suponer que entre ellos habría muchos que sencillamente no tenían trabajo aunque lo buscaran, dado lo demencial de una economía que daba prioridad a las importaciones y que adquiría productos manufacturados a precio de oro con la materia prima que ella misma exportaba. Muchos se empleaban como criados sólo por la comida. En alguna ocasión, un señor al que se censuraba su excesivo número de criados replicó: «No los tengo porque los necesite, sino porque ellos me necesitan a mí».

En materia moral, las costumbres libres del periodo anterior se corrigieron, al menos externamente, con singular hipocresía. En el imperio de la doble moral, la obsesión del pecado de la carne enturbiaba las relaciones entre los dos sexos: «Nuestros sentidos están ayunos de lo que es la mujer —escribe Quevedo— y ahítos de lo que parece».

77
ESPAÑA CONCEPCIONISTA

El lector aficionado a los dulces sabe que cuando se acerca al torno de un convento para adquirir yemas, tocino de cielo, mazapanes, mermelada de tomate, crema de orujo o cualquier otra exquisitez elaborada con las manos virginales de las monjas, lo correcto es saludar con un «Ave María Purísima», al que la monjita tornera responderá, con esa vocecita dulce educada en la disciplina del coro: «Sin pecado concebida».

Meditemos un momento sobre el alcance de ese: «Sin pecado concebida». La curiosa expresión nos retrotrae a un problema teológico de primer orden que durante siglos ha angustiado a los cristianos.

Terrible, pero cierto: los cristianos nacemos con un pecado original que heredamos de Adán y Eva, nuestros primeros padres.

Recordemos que Eva, tentada por la serpiente, transgredió el mandato divino de abstenerse de la fruta del árbol del Bien y del Mal.

—De todos los árboles podéis comer —advirtió el Buen Dios—, excepto de éste.

Tentada por la serpiente, Eva comió del fruto prohibido y, no contenta con ello, invitó a Adán, un esposo devoto que no sabía negarle nada, quien también consumió la fruta vedada.

Cometida la enorme falta, un ángel armado de espada flamígera los expulsó del Paraíso.

—A partir de ahora se acabaron las gollerías —advirtió el ángel—. Os ganaréis el pan con el sudor de vuestra frente y vuestros descendientes heredarán vuestro pecado.

Difícil de justificar, pero cierto: en la canastilla del recién nacido, junto a los patucos de los abuelos, el baberito de la tía Emilia, el gorrón que aporta el primo Artemio y el frasco de colonia de Nancy de la asistenta ecuatoriana, el bebé recibe puntualmente, del obispo de la diócesis, el pecado original. Se lo deposita allí, junto a su cabecita cubierta de pelusilla, con todo su amor pastoral.

Sí, amigo lector, esa nieta que tan embobado te tiene, Minervilla, que sepas que ha nacido con un pecado original y bien gordo, una hipoteca en su alma inmortal, una mancha de incalculables consecuencias, todas dañinas. «¿Cómo coño va a nacer el bebé con un pecado?», protesta el sentido común.

No se me sulfure, señora. El capellán de la clínica donde ha parido se lo explicará: es un pecado que ese Dios infinitamente bueno y justo en el que creemos los cristianos nos otorga como prorrateo por una ofensa que le infligieron nuestros remotísimos antepasados Adán y Eva.

«Ya tuvo que ser grave la ofensa», piensa el cristiano. «Lo fue», corrobora el cura, nada menos que robarle una manzana de su manzano favorito[238].

Hay que joderse, que esté uno criando un manzano Golden Delicious y mimándolo con esmero para que lleguen los humanos y me birlen la manzana más hermosa.

Eso es lo que hay. Un pecado original que, según el Papa, el Colegio Cardenalicio y los obispos, se transmite en la especie humana: veintidós pares de cromosomas y un pecado original de lo más aparente conforman el lote completo[239]. El pecado original es una tara de índole espiritual que se transmite genéticamente, por así decirlo, a la descendencia de Adán y Eva, o sea a la Humanidad entera…

Ya lo sé: alguien objetará que parece un Dios muy injusto, porque ¿qué culpa tengo yo de un pecado cometido por otra persona mucho antes de que yo naciera?

Bueno, el teólogo medieval san Anselmo lo explica de manera bastante satisfactoria: la ofensa hecha a Dios por Adán y Eva fue infinita: ¡Le robaron al Creador una pieza de fruta!

¿Cabe imaginar unos sujetos más desaprensivos? ¿Cabe imaginar un pecado más horrendo?

Algún racionalista ensoberbecido objetará que debe de ser un Dios injusto y arbitrario el que culpa a una persona por una falta cometida por sus remotísimos antepasados.

Calma, y no se me amontonen, que ahora viene la solución lógica que enmienda esa aparente injusticia.

Dios envía a su Hijo, Jesucristo, emanación de Él mismo, para redimir a la Humanidad, para librarla del pecado original.

Ese Dios severo, precisamente por ser inmensamente justo, nos envía a su Hijo, carne de su carne podemos decir (desde nuestra perspectiva terrenal), para que padezca una muerte ignominiosa, azotado, escupido, pellizcado, escarnecido, clavado en un madero, coronado de espinas, alanceado…

La solución no puede ser más lógica. El delito cometido por Adán y Eva era tan grave que el propio Dios no encontró mejor manera de redimirlo que desdoblándose en un hijo, Jesús, y así, encarnado en un terrícola, mezclarse con el personal de Galilea en tiempos de Tiberio y hacerse ejecutar bárbaramente, con lo que su sangre lavó el pecado de la manzana (la redención).

Recia manera de tratar a un hijo, puede pensar algún lector. Sí, pero Dios sabe por qué lo hace, porque es necesario que el Hijo padezca ese Calvario, nunca mejor dicho, para lavar con sangre el castigo que el Padre (que es a la vez el propio Hijo, insisto) le ha impuesto a la Humanidad.

Hubiera sido más fácil decir simplemente: «Bueno, le levanto el castigo a la Humanidad, la perdono y pelillos a la mar. A partir de ahora los humanos ya no nacerán lastrados con el pecado original». ¿Estaba eso en las manos de Dios? Por supuesto que sí, dado que es omnipotente. Pero Dios sabe por qué hace las cosas, y nuestra limitada inteligencia humana no alcanza a comprender muchos de sus inescrutables designios, entre ellos, obviamente, éste. El caso es que permite que torturen y crucifiquen a su Hijo (o sea, a Él mismo) y de este modo lava con Su sangre nuestro pecado.

Alguien podría aducir: «Me está pareciendo que ese Dios es algo sádico o incluso sadomasoquista (dado que el sujeto escarnecido, lacerado, azotado y crucificado es Él mismo)». Nuevamente estamos intentando penetrar con la limitada inteligencia humana, apenas mayor que la de una ameba, la inconmensurable inteligencia divina. No lo intentemos, que sería un pecado de soberbia, el mismo que lanzó a los ángeles caídos al Averno. Lo del pecado original es dogma de fe, ¿no? Pues creámoslo y basta.

Aceptado que Dios envió a su Hijo (que es Él mismo) para redimir a la Humanidad del pecado original, se nos plantea un problema: si Jesucristo es Dios y nació de la Virgen, que era una mortal, la Virgen nació con el pecado

original como todo quisque, o sea, Jesús nació de una mujer, y por muy buena que hubiera sido en su vida, que eso nadie lo duda, nació pecadora.

¿No era preferible, para no meterse en dibujos, declarar que la Virgen había nacido sin pecado? O sea, que había sido concebida en el vientre de su madre, sin pecado.

Preferible era, pero no todos los cristianos estaban dispuestos a admitirlo. Algunos creían que la Virgen había nacido con el pecado original.

Unos que sí, otros que no, se produjo una enconada disputa teológica que enfrentó a franciscanos y dominicos. Los franciscanos eran inmaculistas (o sea, creían en la Inmaculada Concepción de María) y los dominicos maculistas (o sea, no creían. «Menudo disparate», comentaban).

La disputa no sólo había sembrado la cizaña entre estas dos prestigiosas órdenes, sino entre sus respectivos seguidores. En aquellos tiempos, el creyente (y lo éramos todos, qué remedio) tenía que escoger entre ser maculista o inmaculista, como ahora se es del Madrid o del Barça. Si eras maculista, ibas a misa al convento de los dominicos; si inmaculista, al de los franciscanos[240].

La controversia no se limitó al ámbito eclesiástico, sino que se extendió a la población civil. Ciudades y familias se dividieron en maculistas e inmaculistas y se sumaron a la contienda teológica, a veces con palos y navajas[241].

En España, como corroboración de que somos el país predilecto del Sagrado Corazón de Jesús (y no digamos del de María), se impusieron las ideas inmaculistas hasta el punto de que cada nuevo monarca juraba defender dicha creencia en el acto de su proclamación.

¡España es así, más papista que el Papa! En las universidades, los alumnos se comprometían a defender la Inmaculada Concepción con la espada si fuera necesario. El sencillo pueblo era tan inmaculista que más de una vez corrió con garrotes y pinchos al desventurado dominico que se atrevía a predicar en contrario.

Murillo y otros pintores pintaban Inmaculadas por encargo de la nobleza o de conventos franciscanos… Incluso se impuso el saludo «Ave María Purísima» (respuesta: «Sin pecado concebida») con el que, como recordábamos más arriba, aún hoy congratulamos la voz virginal de la monjita que nos vende las yemas y la mermelada de tomate en el torno del convento[242].

La Inmaculada Concepción rodeada de sus símbolos.

El culto inmaculista produjo incluso algunas de las más inspiradas poesías de la lengua castellana. Memorícenme ésta del inspirado místico Miguel Cid que viene cargada de indulgencias. «Todo el mundo en general / a voces, reina escogida / diga que sois concebida / sin pecado original» (1614). Buena, ¿eh?

En tiempos de nuestros bisabuelos, en el siglo XIX, cuando la ciencia y el racionalismo avanzaban para bien de la Humanidad, y las tinieblas de la ignorancia y la superstición retrocedían, los bandos maculista e inmaculista estaban más divididos y más enfrentados que nunca.

UNA OPORTUNA APARICIÓN

El 18 de julio de 1830 ocurrió un prodigio que vendría a aclarar de una vez por todas el enmarañado asunto de la limpia concepción de María: la monjita parisina Catalina Labouré se despertó al oír la voz de un niño muy hermoso que la llamaba: «Hermana, todo el mundo duerme, venga a la capilla, la Santísima Virgen la espera».

Como lo oye, amado lector: la Virgen se le apareció a la monjita, toda vestida de blanco e iluminada por un globo luciente coronado por una cruz.

Hay que imaginarse la sorpresa y el arrobo de la monjita en un tiempo en el que no se conocía ningún tipo de efectos especiales y todavía los escenarios de los teatros se iluminaban con candiles o candilejas.

Lo del globo luminoso no fue lo único: la Virgen abrió sus manos y de sus dedos fulgentes brotaron rayos de luz que descendieron hacia la tierra.

—Este globo que has visto —explicó la Virgen a la embobada monja— representa el mundo entero donde viven mis hijos. Estos rayos luminosos son las gracias y bendiciones que yo expando sobre todos aquellos que me invocan como Madre. ¡Me siento tan contenta al poder ayudar a los hijos que me imploran protección! ¡Pero hay tantos que no me invocan jamás! Y muchos de estos rayos preciosos quedan perdidos, porque pocas veces me rezan[243].

Aclarados los conceptos, la Virgen emitió nuevos efectos especiales: alrededor de su cabeza se formó un rótulo circular en el que la monja leyó: *Ó Marie conçue sans péché priez pour nous qui avons recours à vous*[244], o sea, dicho en cristiano, «Oh, María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a ti».

—Hay que acuñar una medalla que represente lo que estás viendo —dijo una voz misteriosa—. Las personas que la lleven sentirán la protección de la Virgen.

Y, nuevos efectos especiales, apareció en el aire un estereorama divino que representaba la «M», la inicial de María, coronada por una cruz, y debajo los sagrados corazones de Jesús y María. Un diseño un poco abigarrado desde la apreciación moderna, quizá, pero concordante con la estética monjil.

A la monja Catalina le faltó tiempo para correr alborozada a comunicarle su visión al director espiritual, el cual, dándole entero crédito, hizo acuñar las medallas diseñadas por la propia Virgen. Al principio se conformó con una tirada de doscientas, pero luego, ya se sabe lo que son las modas, todas las devotas de las otras parroquias de París y de Francia querían tener la suya. Cientos de miles de beatas las portaban al cuello o prendidas sobre el pecho y se sentían reconfortadas y defendidas contra las asechanzas del Maligno

La Virgen le había explicado a la monja Labouré que dispensaba sus gracias a los que la invocaban, pero que eran tan pocos que parte de su producción de gracia santificante se perdía sin aprovechar a nadie, como el agua del Amazonas cuando desemboca en el océano. Una pena[245].

Las visiones de una monja, presumiblemente perturbada por las alteraciones hormonales, no siempre son de fiar; el Vaticano lo sabe mejor que nadie, pero estos asuntos de fe son como los placebos: no se pierde nada por intentarlo.

—¿Y si nos hacemos devotos de la Virgen? —cogitó el Pontífice—. Total, por probar no se pierde nada.

Estaba tan descorazonado Pío IX por los crecientes ataques del cientifismo, que ponía en duda la Revelación, y del nacionalismo italiano, que amenazaba sus Estados Pontificios, que no vacilaba en recurrir a lo que fuera.

De perdidos, al río.

De esa semilla mínima —la ensoñación quizá histérica de una monja— nació el robusto árbol del dogma de la Inmaculada Concepción de María, una declaración tan trascendental que alteraría para siempre el rumbo de la historia.

Pío IX se armó de valor y declaró dogma indiscutible la Inmaculada Concepción de María.

¡Qué memorable jornada! Desde Roma, cantidad de palomas mensajeras volaron en todas las direcciones llevando la buena nueva *urbi et orbe*.

En los cuatrocientos mil templos católicos del mundo se celebraron grandes fiestas con repiques de campanas, luminarias nocturnas, y misas.

En los cientos de miles de conventos de clausura repartidos por la faz de la tierra, las monjitas se regocijaron y recibieron la noticia con albricias, grititos de placer y arrobos místicos[246].

Ese día, en muchas familias católicas la madre regresó de la iglesia toda emocionada a dar la buena nueva al marido.

—¡Oye, que María fue concebida sin pecado original; que el resto de la Humanidad arrastramos ese pecado, pero ella, no!

—¿Y eso es original?

—De lo más original, hombre. El cura nos ha dicho que es como nacer sin ombligo. Todos tenemos la tacha de tener ombligo, ¿no? Un grano o una cicatriz en medio de la barriga que no sirve para nada, y bien feo que es. Pues imagínate que alguien no tuviera ombligo. Lo de la Inmaculada Concepción es algo así. Como nacer sin ombligo.

—Yo no lo acabo de ver —objetaría el marido.

—Pues más vale que lo veas porque el Papa lo ha declarado dogma. Es obligatorio creerlo.

Desde entonces, el dogma de la Inmaculada Concepción guarda una especial relación con España, y eso es algo que nadie podrá quitarnos.

La Inmaculada Concepción, un asunto que, en el contexto del complejo mundo en que el Papa lo elevó a dogma, resultaba tan relevante como aquellas discusiones de los padres de Bizancio sobre el sexo de los ángeles, mientras los codiciosos turcos asomaban los bigotes por encima de las murallas ojeando la pingüe ciudad que los iba a retirar de la mala vida.

Apena reconocer que la proclamación del dogma de la Inmaculada no fue universalmente aplaudida por la clericalla. El presbítero parisino Jean Louis Verger mostró su disconformidad asesinando de una puñalada al arzobispo de la archidiócesis, monseñor Auguste Sibour[247].

¡Mundo violento! ¿Por qué no podremos dirimir cuestiones tan fundamentales, como si la concepción de la Virgen fue o no inmaculada, sin agredir al disidente?

78
PATAPALO Y MEDIO HOMBRE

En estos días, los británicos andan malhumorados porque el portavoz de la Unión Europea ha declarado que, tras el abandono del Reino Unido (el *brexit),* cualquier negociación sobre el estatus económico de la colonia inglesa de Gibraltar deberá contar con la aquiescencia de España, dado que el socio de la Unión reclama aquel territorio como propio.

No falla. Cualquier mención de las reivindicaciones españolas sobre Gibraltar desata en Inglaterra una ola de patrioterismo, especialmente por parte de la prensa popular, en la que han menudeado declaraciones chulescas del tipo «que intenten algo y sabrán lo que es una buena pelea británica» *(so let's put up a good ol' British fight).*

En disculpa de estos exaltados hay que recordar que los ingleses fundamentan su orgullo nacional en una legendaria victoria sobre los españoles: cuando Felipe II intentó invadir su isla con la llamada Armada Invencible, sus valerosos marinos salieron a su encuentro y la derrotaron por goleada.

Desde la escuela primaria les inculcan a los ingleses la fantástica y legendaria versión nacional: España era el poderoso gigante Goliat que fue vencido por el diminuto David británico. Todo inglés conoce la anécdota, apócrifa, que presenta a Drake jugando tranquilamente a los bolos cuando el horizonte se llenó de velas españolas. Apremiado por los suyos, siguió jugando y sólo comentó, con británica suficiencia: «Terminemos primero la partida, que tiempo habrá después de derrotar a los españoles».

No sólo derrotaron a los españoles como equipo visitante. También lo hicieron cuando jugaban en campo propio: Francis Drake, el Cid británico, se

atrevió a chamuscar las barbas del rey de España *(Singeing the King of Spain's Beard)* saqueando Cádiz en 1587.

Reduciendo aquel rifirrafe a sus justas proporciones deberíamos señalar que los ingleses imaginan la Armada española mucho más poderosa de lo que en realidad fue, mientras reducen las fuerzas inglesas a un puñado de heroicos navíos tripulados por audaces patriotas.

La decepcionante realidad es que los ingleses movilizaron 226 naves y los españoles solamente 137, de las cuales la mayoría eran simples mercantes, torpes de maniobra.

Navíos ingleses de la época de Blas de Lezo.

A ello cabe añadir que la artillería española era penosa. Desde que la arqueología marítima ha progresado se han rescatado algunos cañones de los pecios de la Invencible dispersos por las costas de Irlanda. De su examen se deduce que muchos de ellos eran ya obsoletos en tiempos de la Armada. Otros se fabricaron precipitadamente para la ocasión, sin atención alguna a la calidad: mal fundidos, ánimas torcidas, hierro poroso… Jamás habrían pasado un control de calidad.

Con estos datos es fácil imaginar quién derrotó a la Armada. No los ingleses, ciertamente, sino la chapuza hispánica, el tente mientras cobro.

Muy al contrario que los ingleses, los españoles de la presente generación, los que sufrimos las pretensiones imperiales de Franco, nos hemos desentendido del sentimiento patrio y hemos relegado la bandera a los festejos taurinos. Somos el pueblo menos patriota de Europa y tendemos a avergonzarnos de nuestra historia, incluso de aquellos episodios que debieran enorgullecernos. ¿Quién conoce, por ejemplo, al almirante Blas de Lezo, también conocido por «mediohombre» o «patapalo» por causa de las mutilaciones que sufrió después de toda una vida defendiendo a España en el mar?

En el siglo XVII, en plena decadencia española, nuestra obsoleta e insuficiente escuadra era incapaz de proteger el tráfico marítimo, especialmente desde que Inglaterra disponía de una escuadra tan poderosa que «dictaba la ley en las olas», como orgullosamente proclama uno de sus himnos patrióticos que a menudo entonan los *hooligans* en los partidos de fútbol *(Rule, Britannia! Britannia rule the waves).*

Blas de Lezo en un sello de correos.

Que los ingleses invadían las colonias americanas con sus productos y sacaban gran tajada del contrabando no era ningún secreto. Incluso provocó, en 1739, la llamada «Guerra de la Oreja de Jenkins».

Este Jenkins era un contrabandista y corsario, un angelito, que se presentó ante el Parlamento, en Londres, y exhibió ante los diputados una cortecita negruzca que llevaba en el bolsillo del chaleco dentro de una cajita de rapé:

—Esto que ven ustedes —informó— es la oreja que me amputó hace ocho años un oficial de aduanas español.

Una simple oreja no revestía mayor importancia, menos aún perteneciendo a un pícaro desorejado como Jenkins, pero el incidente suministró el pretexto que los ingleses necesitaban para emprender una cruda guerra, durante la cual, hijos de la Gran Bretaña saquearon Portobelo y otras posesiones españolas del Caribe.

Es decir, que la oreja nos salió por un riñón.

Nuestro único consuelo es que en esta guerra sufrieron los ingleses una gran contrariedad que en el imaginario patriótico español debiera contrarrestar el acerbo recuerdo de la Armada Invencible (en el hipotético caso de que los españoles no nos avergonzáramos de nuestra historia, repito). Me refiero al intento británico de conquistar la perla de América, Cartagena de Indias, en 1741. Para esa empresa reunieron una escuadra compuesta por 186 embarcaciones (36 navíos de línea, 12 fragatas, 100 de transporte y varios brulotes y bombardas). En total, unos 2.000 cañones y 25.000 hombres (algo así como sesenta barcos más de los que compusieron nuestra Armada Invencible).

Tan seguros estaban de su victoria que ya habían acuñado una medalla conmemorativa en cuyo anverso se lee: «Los héroes británicos tomaron Cartagena el 1 de abril de 1741». En el reverso, orlado por la leyenda «El orgullo español humillado por Vernon», figura el comandante de la flota, almirante Edward Vernon, recibiendo la rendición de la plaza junto con la espada que le entrega el gobernador español «don Blas».

La medalla del almirante Vernon.

No fue chulería del británico sino prudente cálculo. ¿Qué cabía esperar sino una aplastante derrota española dada la desproporción de las fuerzas? Cartagena de Indias estaba defendida solamente por seis navíos y unos cinco mil soldados.

Quiso la mala fortuna de Vernon que el defensor de Cartagena de Indias fuera un marino vasco experto y conocedor de su oficio, don Blas de Lezo, cuya hoja de servicios testimoniaba una vida de constante batallar contra holandeses, ingleses, berberiscos, piratas y todo lo que se le pusiera por delante. Sus colegas lo llamaban «Patapalo» o «Mediohombre», porque en esos encuentros había perdido una pierna, un ojo y el brazo derecho.

La empresa se torció. Los ingleses perdieron seis navíos y nueve mil hombres (muchos de ellos víctimas de una epidemia de malaria, reconozcámoslo), y a la postre tuvieron que retirarse a sus bases de Jamaica, rabo entre piernas sin rendir la plaza.

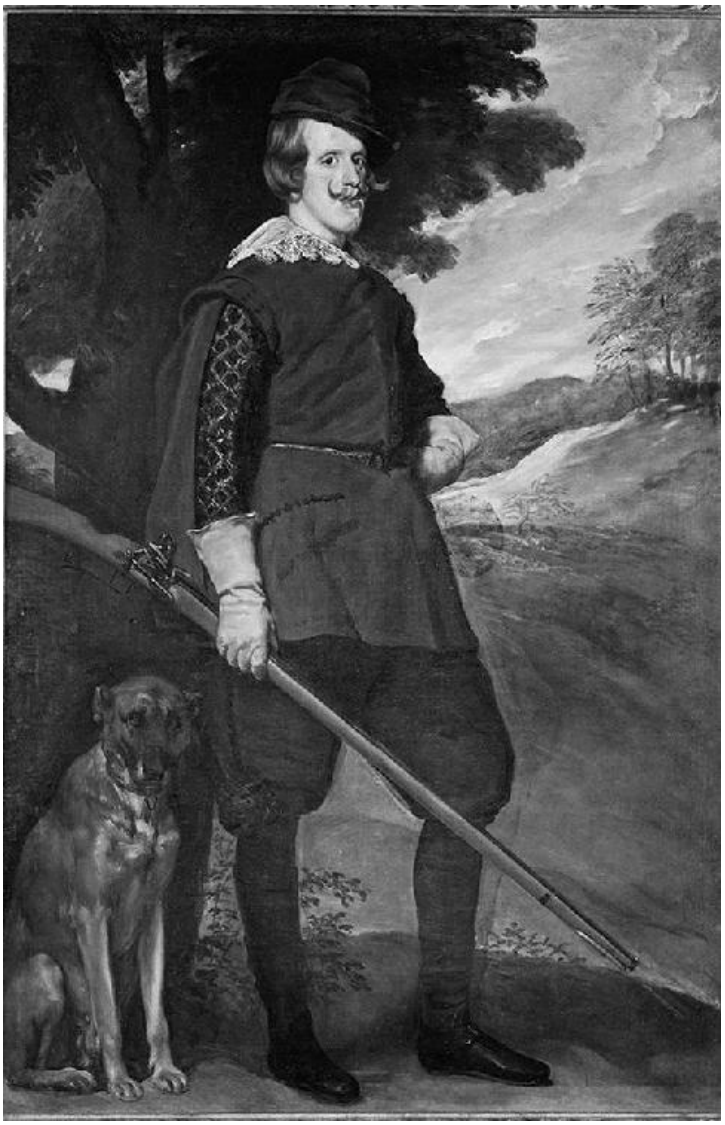
En Inglaterra, que llevaba unas semanas celebrando el triunfo, la noticia del contratiempo ocasionó la caída del Gobierno de Robert Walpole, responsable de la operación. El rey Jorge II prohibió que el suceso se mencionara en su presencia. Los historiadores no lo han encontrado tan estupendo como lo de «la Invencible», lo que explica que no forme parte del imaginario colectivo británico.

Una curiosidad: este rey británico, Jorge II, falleció porque le estalló la aorta mientras apretaba con todas sus fuerzas en el retrete (una disección

aórtica, dijeron los galenos). Ello nos muestra que como decía el gitano, *no semos naide, ni micobrios,* y que desde el más encumbrado al más humilde todos estamos en manos del Todopoderoso o del jodido azar, el que a unos hace feos pero ricos, a otros guapos pero pobres, y a otros, finalmente, feos y pobres.

79
EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA TIRA LA CASA POR LA VENTANA

Si había un millonario en la España del Austria, ése era el duque de Medina Sidonia, cuyas almadrabas de la costa gaditana, dedicadas a la pesca estacional de los bancos de atunes que transitan las aguas del Estrecho, le producían pingües beneficios. Pero dilapidó una fortuna para agasajar cumplidamente a Felipe IV. Sirva este caso de lección al lector manirroto y aprenda de mi abuela, que decía que sólo se debe alargar la pierna hasta donde llega la sábana.



Felipe IV, el feliz escopetero.

Entendamos la situación: en 1624, en lo más negro de la decadencia hispana, al Felipe IV, un antojadizo que sólo vive para sus misas, sus cacerías y sus amantes, le da por visitar Andalucía. Los reyes, ya se sabe, por donde van, van de balde, agasajados por la nobleza que los recibe. Avisan, por tanto, al duque de Medina Sidonia de que el rey irá a cazar a sus estados del Coto de Doñana.

En aquel momento, el duque de Medina Sidonia no estaba para fiestas, porque andaba corto de liquidez y los dolores de gota lo tenían baldado, pero echó la casa por la ventana para recibir al monarca y a la corte con la prodigalidad y munificencia que cabía esperar en la mayor fortuna de España:

arregló caminos, demolió casas ruinosas, adecentó estancias, blanqueó fachadas, desbrozó jardines y proveyó todo lo necesario para que no faltara de nada al ejército de gorrones que se abatía sobre sus territorios. Porque el rey no viajaba sólo, sino en compañía de toda su corte, una verdadera plaga.

Durante medio mes, el de Medina Sidonia hospedó a mesa y mantel a los cerca de dieciséis mil cortesanos que componían el séquito real. Las cifras de la cocina son pavorosas: para satisfacer el desaforado apetito de los visitantes «no basta allegar toda la pesca de once leguas de costa y toda la caza de veinte leguas de coto». Además, devoraron dos mil barriles de pescado de Sanlúcar, trescientos jamones de Rute, de Aracena y de Vizcaya, mil barriles de aceitunas, la leche de seiscientas cabras, ochenta botas de vino añejo y gran cantidad de vino de Lucena.

Cincuenta mulas no daban abasto arrimando nieve de la sierra de Ronda para los refrescos y la conservación de las viandas.

El andrajoso y hambriento pueblo de los alrededores acudió en masa al cebadero, a ver si caía algo, y, aunque el duque había pregonado pena de azotes al que se acercara a las cocinas, al final eran tantos que no hubo más remedio que alimentarlos. De todas formas, luego lo purgarían en impuestos, porque el duque los tuvo que aumentar para resarcirse de las pérdidas (o sea, como dice el refranero: «Días de mucho, vísperas de nada». Lo que también puede enunciarse: «Hoy faisán; mañana, plumas». ¿No nos resulta familiar a los que padecemos la sangría de los impuestos más elevados de Europa?).

Bien está lo que bien acaba. Las jornadas cinegéticas fueron muy provechosas. El rey, intrépido cazador, apuñaló a un jabalí cautivo que le sujetaban varios monteros y arcabuceó a tres toros encerrados en un corral. Entre los artistas convocados para entretener al monarca y séquito figuró un tal Cogollos, que contaba los chistes con mucha gracia y se peía barítono.

Y el de Medina Sidonia, aunque ya se los sabía, reía las gracias mientras calculaba mentalmente por cuánto le iba a salir la fiesta.

80
OTRA DE BRUJAS Y AQUELARRES

Me siento en una terraza de la Plaza Mayor de Madrid bajo la atenta mirada broncínea de Felipe III. Pido agua mineral gasificada y, mientras la bebo en demorados sorbos, gozando de la mañanita abrileña, asisto, sin pretenderlo, a un enconado debate que mantienen en la mesa vecina cuatro gallardas treintañeras.

El tema, viejo como la propia humanidad, va de tamaños y calibres. Como es natural, alargo la oreja para no perder ripio. No por fisgonería, Dios me libre, sino porque *humani nihil a me alienum puto*, «nada humano me es ajeno», aparte del interés sociológico que la discusión comporta.

En la porfía sale a relucir que Porfirio Rubirosa, el yerno del dictador dominicano Leónidas Trujillo, era tan aventajado de credenciales que aún hoy los franceses llaman «rubirosa» al molinillo de la pimienta que los restaurantes ponen en las mesas para que el cliente se aliñe el plato. Aduce una de las intervinientes que, aunque el dominicano tuviera la ventaja de ir sobrado, eso no lo disculpa de haber sido un machista asqueroso que, cuando cortejaba a una mujer, e incluso sin cortejarla, le prodigaba atenciones y esos gestos tan humillantes de cederle la parte interior de la acera, abrirle las puertas, encenderle el cigarrillo, buscarle la bebida y hacerle sentirse como una reina.

Llega el camarero con una ración de boquerones en vinagre con su guarnición de aceitunitas verdes y, mientras deposita la bandeja en la mesa femenil, cesan los comentarios, pero en cuanto el ganímedes se aleja, le dirigen miradas evaluadoras y la que parece llevar la voz dominante comenta que no tiene mal el culo.

Reanudando la discusión suspendida, la de los tamaños y calibres, el cuarteto expresa distintas opiniones, todas coincidentes en que donde se ponga una méntula abundosa y dura como cuerno de cabra que se quiten las mininas blandengues. También es cierto que reconocen que, para ser políticamente correctas de cara al público, es mejor suscribir esa tontería de que el tamaño no importa y que, en mediando cariño verdadero y delicadeza en el trato, lo físico y mensurable es lo de menos.

Rebusco en mi memoria para encontrar algún tema del pasado que pudiera servir de comparanza a ese asunto del presente y encuentro que en la Edad Media algunas brujas testimoniaron haber copulado con el demonio y, preguntadas por las hechuras del miembro genésico, declararon que el Maligno la tenía como un borrico.

El coito con el diablo era, al parecer, un sacramento inexcusable de las misas sacrílegas en las que remataban muchos aquelarres. Como en esta vida todo se paga, hemos de añadir que las dichas mujeres que declaraban haber mantenido amores con el demonio recibían el certificado de brujas que les acarreaba un castigo a veces desproporcionado.

La Inquisición española no le prestó demasiado crédito a la brujería. Casi todas las mujeres acusadas de «sortílegas, maléficas y adivinas, encantadoras y hechiceras y ligadoras o dadoras de bien querencias» se libraron con castigos veniales, destierro y vergüenza pública (untadas con miel, que atrae las moscas y paseadas en un asno de albarda, en medio de la rechifla de los piadosos viandantes).

Sin embargo, en otros lugares de Europa, la represión de la brujería fue más severa, especialmente en Alemania, donde se quemaron decenas de miles de mujeres en un verdadero holocausto brujil. ¿Tanto se pecaba con el diablo en aquellas latitudes? Seguramente no, pero los inquisidores torturaban a las desdichadas mujeres, en algunos casos simples niñas, acusadas de haber pactado con el diablo, hasta que conseguían la confesión.

Como es sabido, una persona torturada afirma lo que su interrogador desea oír para escapar del tormento, aunque sepa que esa falsa confesión le acarreará la muerte. Vencidas por el dolor, las presuntas brujas afirmaban, con los más absurdos detalles, lo que los inquisidores querían oír. Se acusaban, y acusaban a otras mujeres tan inocentes como ellas, de haber copulado con Satanás.

El diablo que galanteaba a las brujas solía describirse como un gallardo

joven o, en el caso de los brujos, que eran muchos menos, una atractiva jovencita.

Los inquisidores formulaban preguntas íntimas, más propias de reprimidos sexuales (la condición clerical los condenaba a forzoso celibato). Se interesaban por la longitud del pene del diablo, que, según una de las interrogadas en España, Margarita de Sarra, «es como el de un mulo, que es el animal mejor provisto».

Cumplido el débito carnal, el diablo aceptaba a la postulante como novia y la marcaba con una mancha o verruga. Los inquisidores buscaban esa señal y casi siempre la encontraban, lo que los ratificaba en su convencimiento de que la sospechosa era bruja. No se les ocurría pensar que sus santas madres también tendrían alguna peca o verruga, como casi todo el mundo.

El más famoso proceso por brujería celebrado en España fue el de Zugarramurdi, un pueblo de poco más de quinientos habitantes, en el País Vasco, cerca de la frontera francesa. A medio kilómetro del pueblo hay una gran cueva llamada de los Brujos *(Sorguin-leze),* en cuyo interior serpea un arroyo llamado, significativamente, «El regato del Infierno» *(Inpernuko-erreka).* Se cree que en esta cueva se reunían las brujas y brujos de la comarca para celebrar sus ritos.

La bruja utiliza la caña de la escoba para drogarse.

En 1610, la Inquisición procesó a una serie de personas acusadas de celebrar allí aquelarresdiabólicos. El resultado del proceso fue la condena a la hoguera de seis brujas y de otras cinco en efigie.

En las actas del proceso leemos:

> Y luego que el demonio acaba de cometer las dichas maldades, y otras abominables que se dejan de referir, las brujas se mezclan unas con otras, hombres con mujeres, los hombres con los hombres, sin consideración a grados ni a parentescos; y el demonio los aparea […] y en aquellos torpísimos actos se juntan en el aquelarre, y fuera de él con torpísimas y nefandas maldades.

Uno saca la impresión de que con el pretexto de la brujería los aldeanos y aldeanas se reunían para darle gusto al cuerpo en una comuna orgiástica que tendría que ver más con el legítimo goce que con la posesión diabólica (aunque también se consumieran sustancias psicotrópicas para potenciar el encanto).

Los inquisidores creían que ciertas personas (especialmente las brujas) recibían del diablo poderes de hechizamiento y adivinación a cambio de obedecerlo. El proceso de Zugarramurdi implicó a veintinueve vecinos, que confesaron delitos de canibalismo, de haber provocado granizos sobre las cosechas, de plagas y de aquelarres u orgías sexuales con el demonio. Tiempo después, un teólogo enviado desde Madrid demostró que todo era falso, pero ya habían ejecutado a los sospechosos. «A burro muerto, la cebada al rabo», debieron de pensar los inquisidores.

Hoy la cueva de Zugarramurdi es un destino turístico que recibe unos cincuenta mil visitantes al año. En su entorno han crecido los chiringuitos y los puestos de *souvenirs* con brujitas de pasta, brujas-encendedor, brujas de la suerte y listas de sortilegios, lo que resta un poco de encanto al bosque misterioso y solitario que debía de rodear la cueva en sus días brujiles.

Ya vemos que la hechicería española tuvo a menudo un matiz sexual. La gente acudía a la bruja en demanda sortilegios de amor o hechizos para recuperar a la persona amada o para perjudicarla si había abandonado al demandante. Las brujas clavaban alfileres en un corazón de cera amasado con recortes de uñas, de pelo, o un retalito de ropa, de la persona que pretendían perjudicar.

El tribunal inquisitorial de Córdoba penitenció a cuarenta y siete brujos, de los cuales cuarenta y cinco eran mujeres. El proceso más sonado fue el de las brujas de Montilla, procesadas y penitenciadas en el Auto de Fe del 8 de diciembre de 1572. La principal encausada fue Leonor Rodríguez, «La Camacha», viuda de unos cuarenta años, que declaró haber aprendido brujería de joven, con una mora, y haber transmitido sus conocimientos a varias discípulas.

Las brujas de Montilla sabían hacer «el cerco», o sea, el círculo mágico, que delimita un terreno para que el diablo se manifieste y los hechizos se produzcan.

La Camacha practicaba sus magias en tres iglesias sucesivas en las que estuviera expuesto el Santísimo. Conocía oraciones latinas y algunas partes

de la misa gracias a un clérigo amigo suyo.

Condenada por hechicera, junto a tres de sus discípulas, La Camacha fue sentenciada a vergüenza pública. El verdugo la paseó por Córdoba y por Montilla montada en un asno, con una coroza o capirote infamante en la cabeza y le propinó cien azotes.

Cervantes hace intervenir a las Camachas en su entremés *El coloquio de los Perros*, donde La Camacha principal es madre del perro Berganza y se refiere a las otras dos brujas como «La Montilla» y «La Cañizares».

En Aracena procesaron a otra bruja llamada Mari Sánchez, de la que contaban que caminaba por los tejados como un gato.

La última bruja condenada a muerte en España fue Dolores López, una pobre desgraciada a la que la familia había entregado a un cura «para quitarle el frío», según dijeron, a la edad de doce años. Muerto el cura, ejerció la prostitución hasta que se quedó ciega y aprendió las artes de la hechicería con las que se ganaba la vida. También fingía visiones. Sus devotas aseguraban que, gracias a un brebaje que preparaba, podía poner huevos enteramente iguales a los de gallina, con cuyo comercio se ayudaba.

Dolores López figuró en el Auto de Fe de 1781, ya en plena decadencia del tribunal. La sentencia fue ejemplarizante: la excomulgaron, le requisaron los bienes y la llevaron en una borrica al ayuntamiento, donde confesó sus culpas y, gracias a esto, la agarrotaron antes de quemarla en la hoguera. Entre los que presenciaron su ejecución figuraba un niño de ocho años, que después sería escritor famoso: José María Blanco-White. Nunca olvidó la escena: «Era una desgraciada ciega […] vi los haces de leña sobre los barriles de brea y de alquitrán donde fue convertida en cenizas».

81
EL REY ALBAÑIL

Unos creen que el mejor rey que hemos tenido en este país de reyes calamitosos ha sido Carlos III; otros opinan que José I Bonaparte, aunque el pobre, como era intruso, sólo pudo demostrar buenas intenciones.

Quedémonos con Carlos III, también conocido como «el rey albañil». En su más famoso retrato, el del Museo del Prado, Mengs lo reproduce sin misericordia alguna: feo, ojos ahuevados, enorme nariz borbónica, estatura media, enteco, tez apergaminada y algo cargado de espaldas. Y una media sonrisa burlona como si nos dijera: «Ya veis a lo que me obliga el cargo, a posar para que me pinten».

Carlos III, el rey albañil.

Su Católica Majestad es consciente de que la armadura de acero con la que el pintor lo retrata desentona notablemente. Carlos III nunca vistió armadura alguna, ni tuvo más contacto con las armas que el propio de su afición a la caza, que practicó hasta con exceso (Goya, más realista que Mengs, lo retrató en hábito de caza).

Estos días en que se ha celebrado el tercer centenario del nacimiento del rey (vino al mundo en Madrid el 20 de enero de 1716) conviene recordar que Carlos III era hijo de Isabel de Farnesio, la segunda esposa de Felipe V, nuestro primer Borbón. Lo precedían en la línea dinástica sus hermanastros Luis y Fernando (habidos de María Luisa Gabriela de Saboya, primera esposa

del rey), por lo que parecía improbable que algún día pudiera reinar en España. Consciente de ello, la ambiciosa y dominante Isabel de Farnesio orientó la política exterior española para colocar a sus hijos en Italia y le consiguió al joven Carlos el ducado de Parma y, posteriormente, los reinos de Nápoles y Sicilia.

Hijo devoto y obediente, Carlos contrajo matrimonio con la esposa escogida por su madre, que fue María Amalia de Sajonia, con la que vivió un matrimonio sin sobresaltos. Tuvieron trece hijos (de los que sobrevivieron siete). El día en que ella murió, el rey declaró: «Éste es el primer disgusto que me da». Viudo a los cuarenta y cuatro años, se desentendió del sexo y no volvió a conocer mujer, que se sepa, algo verdaderamente insólito en un Borbón.

En el cuarto de siglo que Carlos gobernó Nápoles, se rodeó de funcionarios eficaces que, sin lesionar los intereses de la nobleza dominante, favorecieron a las clases populares con un gobierno eficaz que desarrolló notablemente la agricultura, la industria y el comercio.

Carlos se hizo querer por el pueblo. Cuando heredó el trono español, tras el fallecimiento de su hermanastro Fernando VI, los napolitanos lo despidieron con muestras de pesar y aceptaron de muy buena gana el traspaso de la corona a su hijo Fernando.

Carlos III entró en Madrid, ya rey, en medio de un gran aguacero, con las calles embarradas y los tejados vertiendo cataratas. La impresión no pudo ser más negativa: «Heme aquí monarca de un poblachón manchego, enlodado entre edificios de poco fuste».

Consciente de que el prestigio de la monarquía española requería una capital adornada con bellos edificios públicos, se ocupó de embellecer Madrid con monumentos tan característicos como la Puerta de Alcalá, el Museo del Prado, las fuentes de Cibeles y Neptuno (donde se observa su prudente equidistancia entre el Real Madrid y el Atlético), el Jardín Botánico y el Palacio Real. Por eso se le ha llamado «el rey albañil» o «el mejor alcalde de Madrid».

Tuvo Carlos pocos tropiezos con el pueblo. Quizá el principal fue el motín de Esquilache, que remedió despidiendo y desterrando al ministro responsable.

El marqués de Esquilache era un ilustrado siciliano que Carlos trajo de Nápoles para ocupar las carteras de Hacienda y de Guerra.

Empeñado en europeizar al pueblo madrileño, Esquilache se propuso sustituir la tradicional capa larga española por la corta francesa y los enormes chambergos de ala ancha por el sombrero de tres picos. Para apoyar sus argumentos señaló que, bajo las amplias capas de los embozados, se disimulaban frecuentemente pistolas, dagas y otras armas prohibidas.

Como era de esperar, nadie acató la nueva normativa. Entonces Esquilache decidió proceder *manu militari,* y dispuso que cuadrillas de guardias valones, reforzadas con sastres, patrullaran las calles de Madrid. Cuando encontraban a un ciudadano vestido a la antigua, reformaban su atuendo en el acto: un corte al ruedo de la capa, para acortarla, y tres tijeretazos y tres puntadas al chambergo, que, en un santiamén, se transformaba en el sombrero de tres picos.

El abuso levantó tal indignación popular (probablemente azuzada por los taimados jesuitas) que el propio Carlos III tuvo que salir al balcón de palacio para prometer la suspensión de las reformas y entregarles (figuradamente, se entiende) la cabeza del ministro responsable. Lo sucedió en el favor real el conde de Aranda, que demostró mayor tacto que el siciliano: impuso que los verdugos reales usaran como uniforme del oficio capa larga y chambergo. Los antes partidarios del atuendo tradicional no tardaron en abandonarlo con tal de no parecerse al verdugo.

Por cierto, el chambergo no era una prenda típicamente española, como sus defensores pensaban. El chambergo era de origen francés y su etimología remite al mariscal Schömberg, venido a España durante la guerra de Cataluña en 1650. Luego quedó como prenda de uniforme de la Guardia Real y finalmente pasó al pueblo.

El reinado de Carlos en España fue tan benéfico como en Nápoles. También es cierto que encontró un país bien encaminado por los excelentes ministros del reinado anterior, a muchos de los cuales confirmó en sus cargos. Después de dos siglos de guerras continuas, España había vivido un periodo de paz de trece años que le ayudó a recuperar los pulsos y a sanear la maltrecha economía. Era la primera vez, en siglos, que la monarquía salía de los números rojos.

En lo personal, Carlos III fue un burgués de vida reglada y morigerados hábitos, amante de la buena administración, del sosiego y de las apacibles rutinas. Durante su reinado, la corte española mantuvo una acreditada fama de ser la más aburrida de Europa. Pasaban los decenios, y del mismo modo

que su sastre no tenía que alterar las medidas de sus casacas, su mayordomo tampoco tenía que salirse de la rutina establecida: el rey se levantaba temprano, oía misa, desayunaba una jícara de chocolate y se ocupaba el resto de la mañana en labores de oficina y en recibir los informes de sus competentes ministros. Llegada la hora del almuerzo, comía en la misma vajilla y usando los mismos cubiertos. El cocinero se atenía a la media docena de platos que agradaban al rey. Tras el almuerzo, Carlos sesteaba (sólo en verano) y después pasaba la tarde cazando por los montes del Pardo, su gran y casi única pasión.

A lo que parece la afición cinegética del rey, con el ejercicio físico que comporta, encerraba algo de terapia, pues Carlos temía que una vida menos ordenada y deportiva reprodujera en él las taras genéticas de la familia: su padre, Felipe V, había sido un depresivo que desarrolló un trastorno bipolar; su hermano, Fernando VI, padeció demencia progresiva, y su propio hijo, Felipe Antonio, era deficiente mental. En días de lluvia pasaba el resto del día dedicado a algún ejercicio manual. Al parecer, encontraba muy entretenido tornear palos de sillas.

Hemos de advertir que para la nobleza española cualquier trabajo manual era una deshonra. Carlos III se esforzaba en dar ejemplo de lo contrario. Incluso emitió un Real Decreto, en 1783, declarando que el trabajo manual no deshonra. Trabajo baldío: a la postre no consiguió que trabajaran ni los nobles, ni los mendigos, las dos clases más improductivas y numerosas del reino. También fracasó en su proyecto de arrestar a todos los gitanos del reino y ponerlos a trabajar en labores del Estado.

Monarca ilustrado y reformista («todo por el pueblo, pero sin el pueblo»), Carlos III se fijó dos objetivos: orden y buena administración, nada de dispendios inútiles, y paciente eliminación de los estorbos y antiguallas que atoraban las acequias del progreso, especialmente los privilegios medievales de la Iglesia y de la nobleza absentista (las llamadas «manos muertas»).

El benéfico monarca protegió la agricultura recortando los abusivos privilegios de la Mesta, la omnipotente sociedad pecuaria, e instituyendo el libre comercio de granos. Además, impulsó la investigación de cultivos experimentales en las huertas reales de Aranjuez. En cuanto a las industrias fundó una serie de manufacturas nacionales que suministraran al Estado y a la sociedad los productos necesarios para su defensa y desarrollo (cañones, armas, herramientas, pólvora, porcelana, cristal, tapices…). Finalmente

impulsó el comercio colonial mediante la formación de grandes compañías y liberalizó el comercio con América.

Uno de los mayores problemas de España, que se venía arrastrando desde hacía un siglo, era su pobreza demográfica. Carlos III impulsó la natalidad y trasplantó colonos extranjeros a las regiones despobladas, especialmente Sierra Morena, donde el bandolerismo dificultaba las vitales comunicaciones entre Madrid, la capital, y Cádiz, el puerto más importante del comercio americano. Finalmente protegió las artes y las ciencias con su apoyo a las Sociedades Económicas de Amigos del País.

En la política exterior el reinado de Carlos fue menos afortunado. Aunque era amante de la paz, se vio implicado muy contra su voluntad en la guerra familiar de los Borbones franceses contra la rapaz Inglaterra, a la que tuvo que ceder la Florida, pero luego la recuperó tras auxiliar a las Trece Colonias (germen de los Estados Unidos) en su Guerra de la Independencia contra los británicos.

Carlos reinó en España veinticuatro años. A su muerte mereció el título de «padre de sus pueblos», que le da el solitario vítor dedicado a su memoria en la sierra de Otiñar, Jaén. Lo sucedió su hijo Carlos IV, que desde su nacimiento había dado muestras de ser algo acomodaticio y mentecato. Para muestra, un botón: en una tertulia cortesana se hablaba sobre esposas adúlteras, de las que, al parecer, había muchas en la corte. El príncipe, futuro Carlos IV, dejó caer:

—Nosotros los reyes, en este caso, tenemos más suerte que el común de los mortales.

—¿Por qué? —le preguntó el padre escamado.

—Porque nuestras mujeres no pueden encontrar a ningún hombre de categoría superior con quien engañarnos.

Carlos III se quedó pensativo. Luego sacudió la cabeza y murmuró con tristeza:

—¡Qué tonto eres, hijo mío, qué tonto!

82
CUANDO LOS ALEMANES EMIGRABAN A ANDALUCÍA

Los que peinamos canas o ya no peinamos nada recordamos que en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo cientos de miles de españoles emigraron para buscarse la vida en los países emergentes de Europa, especialmente en Alemania. Se da la circunstancia de que en el pasado se produjeron emigraciones en sentido contrario, o sea, alemanes y suizos que vinieron a establecerse en España.

En el siglo XVIII, el siglo los políticos ilustrados, casi todos ellos economistas, aspiraban a una sociedad igualitaria enun Estado modélico en el que los ciudadanos fuesen útiles y benefactores para el conjunto de la sociedad, sin privilegios, cada cual trabajando para su propio mantenimiento y el de su familia, en perfecta armonía con sus conciudadanos y con el Estado. Algo muy distante de la cruda realidad, porque los trabajadores tenían que alimentar a dos clases privilegiadas que no producían nada o muy poco: una nutrida nobleza y un todavía más numeroso clero.

En el caso de España, el campo estaba mal cultivado, y muchas fincas eran manifiestamente mejorables, las llamadas «manos muertas», antiguas donaciones constituidas en propiedad perpetua de la Iglesia o de los mayorazgos de los nobles.

En estas circunstancias se presentó en la corte de España un alemán llamado Gaspar de Thürriegel con el proyecto de reclutar familias en su país para poblar las semidespobladas colonias españolas en América. El ministro Campomanes solicitó un informe a su colaborador Olavide y éste aconsejó

que la idea se llevase adelante, pero no en América, sino en la propia España, donde quedaban también regiones por colonizar.

La comarca elegida fue Sierra Morena en su zona de Despeñaperros, al norte de la actual provincia de Jaén. Entre Valdepeñas y Bailén mediaban casi setenta kilómetros totalmente deshabitados, fuera de algunas ventas situadas a lo largo del camino real que unía Castilla con Andalucía. También se designaron otros despoblados del Reino de Sevilla en la carretera de Madrid a Cádiz (La Carlota y La Luisana).

En 1767, Carlos III autorizó el proyecto. Thürriegel se comprometió por contrato a traer a España seis mil colonos de los que el Gobierno español pagaría 326 reales por colono. El contrato puntualizaba una serie de condiciones. La primera de ellas, que todos los colonos profesaran la fe católica. Además, la mitad, al menos, deberían ser agricultores o practicantes de algún oficio útil: albañiles, carpinteros, ebanistas, carreteros, cerrajeros, torneros, caldereros, zapateros, sastres, molineros, panaderos, tejedores, etc. Quedaba expresamente prohibido que vinieran peluqueros, pajes y «gente de puro lujo».

Carlos III y los colonos.

La mitad de los colonos habrían de estar en una edad comprendida entre los dieciséis y los cuarenta años, y de ellos las mujeres, que en ningún caso

excederían de un cincuenta por ciento del total, no serían mayores de treinta y cinco años. El Gobierno español les repartiría tierras, ganados y utensilios de labranza y los declararía exentos de tributos durante diez años. Los recién llegados tendrían los mismos derechos que el resto de los españoles, según las leyes del reino. En el tiempo que durara su aprendizaje del idioma español serían atendidos espiritualmente por curas traídos de sus países de origen.

Para recibir y acomodar a los colonos se nombró superintendente a Olavide y se instituyeron cuatro comisionados con residencia en Almagro, Almería, Málaga y Sanlúcar de Barrameda, los lugares designados para la entrada de emigrantes.

Los colonos recibirían vivienda en las Nuevas Poblaciones, aldeas de entre quince y treinta casas, creadas para acogerlos. A cada vecino se entregarían cincuenta fanegas de tierra laborable (unas treinta y dos hectáreas) y una parcela de monte para que plantara árboles y viñas. El resto de los montes sería común para aprovechamiento de pastos y madera. Cada familia recibiría un pico, una azadón, un hacha, un martillo, un arado, un cuchillo de monte, vajillas y mantas. También dos vacas, cinco ovejas, cinco cabras, cinco gallinas, un gallo y una puerca de parir. Y granos y legumbres para subsistencia y simiente durante el primer año.

GOBIERNOS DEMOCRÁTICOS

En las Nuevas Poblaciones se estableció una forma de gobierno y administración de inspiración democrática. Cada tres o cuatro poblaciones constituirían un concejo con un diputado electo, que sería regidor, y alcalde párroco. Estaban expresamente prohibidas las facultades mayores y las comunidades religiosas, pero era obligatorio escolarizar a los niños.

El emprendedor Thürriegel puso manos a la obra. Con técnicas publicitarias sorprendentemente modernas, imprimió folletos en alemán para ofrecer el paraíso español a los futuros colonos: «Hay un cofre atestado de riquezas —leemos— que ha abierto el rey de España […]». Y acaba: «[…] disfrutarán de las ventajas de vivir en un país que es un paraíso con sol

radiante, vinos exquisitos, frutas inimaginables […]». Curiosamente, los mismos reclamos que hoy atraen al turista europeo.

Thürriegel designó agentes en Alemania, Suiza, Flandes, Francia e Italia. Los efectos de la propaganda no se hicieron esperar. Enseguida se formaron largas colas delante de las oficinas de reclutamiento. Tal éxito de convocatoria alarmó a las autoridades locales y regionales. Los gobiernos afectados no podían consentir que la emigración les dejara la tierra despoblada y sin cultivar. Prohibieron la emigración bajo severas penas y encarcelaron a los agentes de Thürriegel y a los campesinos que deseaban marchar. Pero tales medidas no desalentaron ni a unos ni a otros. Antes bien, pronto se organizó la emigración ilegal —otra cosa que creíamos invento de nuestros días— y muchos campesinos llegaron a España por diversos medios y con diversos pintorescos pretextos, como el de peregrinar al santuario de Montserrat.

En otoño de 1767 arribaron los primeros colonos suizos, alemanes y flamencos al puerto de Almería. Pocos de ellos respondían a lo estipulado en el contrato. Las autoridades rechazaron a muchos de los recién llegados por tratarse de vagabundos sin oficio o de personas manifiestamente incapacitadas para el trabajo. «De cien no había diez que conocieran el arado —escribe cierto autor—. La mayoría ni se atrevía a arrimarse a una vaca». Era evidente que Thürriegel estaba alistando a todo el que se le presentaba, mucho más interesado en la cantidad que en la calidad.

Con todo, los colonos aceptados llegaron a Sierra Morena y empezaron a trabajar. Muchos no tardaron en desanimarse. La tierra que habían de rozar y cultivar era dura y menos fértil de lo que les habían prometido; el clima les resultaba insufrible: demasiado calor en verano y rigurosos inviernos que creían haber dejado atrás cuando emigraron. Para empeorar las cosas, una epidemia de tifus hizo estragos.

La sensación de fracaso cundió tanto entre los colonos como entre Olavide y los que desde el Gobierno apadrinaban el proyecto. Además, a los problemas mencionados se vinieron a sumar los políticos: Olavide quería que los colonos se asimilaran en el tiempo más breve posible a la cultura española, pero los capuchinos llegados de Alemania para asistencia espiritual de sus compatriotas querían conservar a toda costa la lengua y costumbres germanas de sus tutelados.

Los problemas eran tantos que empezaron a producirse deserciones y

abandonos de tierras. Otros, desengañados o decepcionados, pedían pasaporte para regresar a sus lugares de origen. En estas circunstancias, Olavide se planteó una posible reforma en el esquema de colonización inicial. Admitiría a otros colonos españoles que, mezclados con los extranjeros, contribuyesen a reformar y estabilizar la vida de las Nuevas Poblaciones. Catalanes y valencianos, excelentes y hábiles trabajadores se sumaron a las colonias. Al propio tiempo se decretaron medidas coactivas contra los vagos. Ya que la Hacienda pública estaba sacrificando sumas enormes de dinero para favorecer el arraigo de los colonos, a éstos se les exigiría un mínimo de desmonte diario en los terrenos recibidos que justificara las subvenciones.

Paralelamente, y reconociendo tácitamente que las Nuevas Poblaciones se habían establecido en lo más fragoso y difícil de la sierra, Olavide alentó a las colonias afincadas en mejores tierras, a lo largo del camino real, actual carretera de Madrid-Cádiz, actuales provincias de Córdoba y Sevilla (La Carlota y La Luisana).

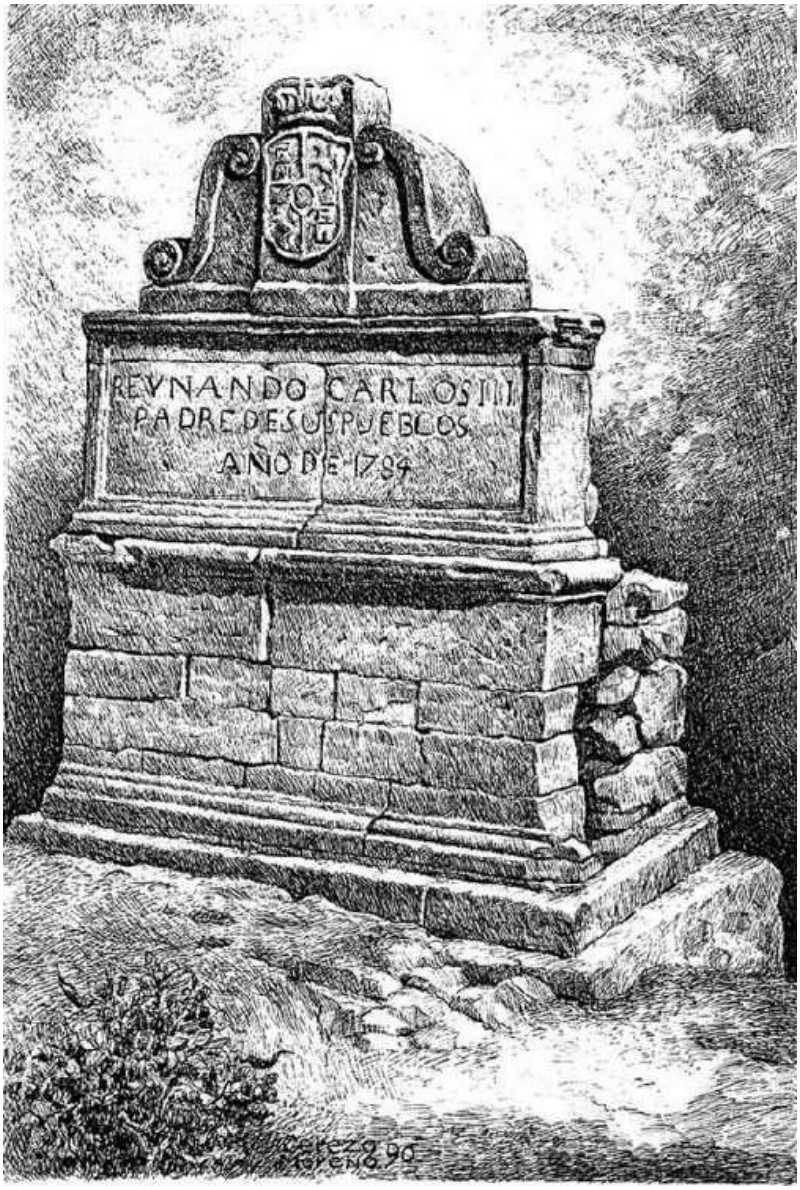
En este ambiente de reforma del proyecto inicial, que aportó la necesaria dosis de realismo a los sueños no siempre factibles de los ilustrados, se inscribe la Instrucción Real de 1770 que tendía a reducir gastos mediante el abandono de las colonias más deficitarias y la rectificación de repartos.

Después de estos primeros años de difícil andadura, las colonias fueron echando raíces y acabaron prosperando. En 1775 ya contaban trece mil habitantes. De las 1.354 familias que habitaban las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, 468 eran extranjeras. Los problemas de asimilación cultural se solucionaron también. Se prescindió del clero alemán, que soliviantaba a los colonos y, gracias a la labor de la escuela, y a la quizá mucho más eficaz de los matrimonios mixtos, la asimilación cultural fue completa, como se manifestó en el comportamiento de estas poblaciones durante la Guerra de la Independencia.

La aventura de las colonias germanas en Andalucía duró setenta años. Terminó en 1835 cuando las Nuevas Poblaciones quedaron incorporadas por ley al Régimen Común, es decir, se consideraron a efectos oficiales como los demás pueblos de España. Entonces, los descendientes de los primeros colonos pudieron ya enajenar sus lotes si así lo deseaban. Unos vendieron, otros compraron, otros subdividieron y muy pronto hubo ricos y pobres, como en cualquier parte, con lo que la utopía de la sociedad igualitaria

compuesta solamente por medianos campesinos y artesanos se mostró insostenible en la práctica.

El de las Nuevas Poblaciones fue un sueño de los bienintencionados ilustrados que sólo fracasó a medias puesto que desapareció aquel desierto plagado de bandoleros que una vez existió entre Castilla y Andalucía, y aquella tierra quedó poblada hasta hoy. Y, además, se demostró prácticamente que con un poco de buena voluntad el individuo puede establecerse en una tierra distinta de la que lo vio nacer y hacerse parte de ella y prosperar.



Vitor de Otiñar, dedicado a las colonizaciones de Carlos III (dibujo de Cerezo Moreno).

83
EL INFIERNO DE ISLA CABRERA

Los prisioneros franceses de la batalla de Bailén nunca regresaron a Francia. El cumplimiento de esta cláusula de la capitulación resultó materialmente imposible porque los ingleses, dueños del mar y en guerra con Napoleón, se negaron a permitir el paso de un convoy francés sin acuerdo previo con su Gobierno. Por otra parte, la Junta de Sevilla, el Gobierno provisional del sur de España, tampoco se esforzó en cumplir lo pactado con los forajidos uniformados que habían cometido toda clase de atropellos cuando saquearon Córdoba.

Restos de edifi cios en isla Cabrera.

Aquella tropa vencida inició un calvario que duraría varios años desde el día siguiente de su derrota. Primero pasaron cautivos y desarmados por pueblos que días antes habían saqueado. Los vecinos salían a despedirlos con insultos e intentos de linchamiento que a duras penas podían impedir los escoltas. Llegados a Cádiz, tuvieron que pasar unos meses hacinados en infectos pontones fondeados en la bahía. De allí llevaron algunos a las Islas Canarias, donde disfrutaron de relativa libertad y pudieron trabajar, cada cual en su oficio, para ganarse la vida.

Al resto, unos cinco mil hombres y quince mujeres (cantineras, esposas o mancebas), lo instalaron en la isla balear de Cabrera, una roca pelada de veinte kilómetros cuadrados, donde pasaron cinco años en tan penosas condiciones que la mitad de ellos murieron de desnutrición y escorbuto, de disentería y sarna.

Inscripción de un prisionero francés en la isla de Cabrera.

84
FELIZ CUMPLEAÑOS, QUERIDA: AQUÍ TENÉIS EL GARROTE

La reciente entrega de un conjunto de armas mohosas por los antiguos etarras, hoy pacíficos ciudadanos que aspiran a vivir como héroes a costa de los presupuestos generales del Estado cautivo por sus promesas de paz, ha traído a colación, en la prensa más progre, alusiones al terrible garrote vil, el obsoleto y cruel sistema de ejecución con el que Franco solía aplicar la pena de muerte cuando no fusilaba.

El caso es que, paradojas de la vida, el garrote se impuso en el sistema penal español como una forma humanitaria de ejecución.

En el siglo XVIII, el movimiento intelectual que conocemos como Ilustración, en su anhelo por construir un mundo mejor, pretendió humanizar las ejecuciones de condenados a muerte. En España, los dos bandos implicados en la Guerra de la Independencia coincidieron en sustituir la pena de horca usada hasta entonces por la de garrote, considerado más misericordioso[248].

Fernando VII ratificaría esta decisión en 1832:

> Deseando conciliar el último e inevitable rigor de la justicia con la humanidad y la decencia en la ejecución de la pena capital, y que el suplicio en que los reos expían sus delitos no les irrogue infamia cuando por ellos no la mereciesen, he querido señalar con este beneficio la grata memoria del feliz cumpleaños de la reina, mi muy amada esposa; y vengo en abolir para siempre en todos mis dominios la pena de muerte por horca; mandando que en adelante se ejecute en garrote ordinario la que se imponga a personas de estado llano; en garrote vil la que castigue los delitos infamantes sin distinción de clase; y que subsista, según las leyes vigentes, el garrote noble para los que correspondan a la de hijosdalgo[249].

En realidad, el garrote era el mismo. Sólo variaban las ceremonias previas, que arrastraran al condenado dentro de un serón tirado por un asno, y que adornaran o no con paños negros el tablado de las justicias.

Los otros países de Europa también humanizaron sus ejecuciones. Los ingleses, siempre tan apegados a la tradición, conservaron la horca, pero perfeccionaron sus ahorcamientos mediante «caída larga» de manera que la mayor longitud de la soga y la brusca caída del condenado por un escotillón aseguraran la rotura del cuello del reo, lo que provoca la muerte instantánea.

Por su parte, los franceses, que hasta entonces habían decapitado con hacha, un instrumento nada fiable, adoptaron la infalible guillotina perfeccionada (ya que no inventada) por el célebre doctor Guillotin muy a tiempo de usarla intensivamente durante la Revolución francesa.

En la guillotina y en la horca con escotillón se consigue la apariencia de que es la máquina la que ejecuta, pues el verdugo sólo tiene que accionar un discreto mecanismo que no requiere especial habilidad ni fuerza física. La ley de la gravedad realiza el trabajo en ambos casos.

Frente a las justicias verticales de esas frías máquinas que se apoyan en inmutables leyes físicas, el celtibérico garrote se desarrolla a sangre, en sentido horizontal. En él todo depende del músculo del ejecutor, que ha de emplearse con todas sus fuerzas sobre un tornillo para vencer la resistencia elástica del cuello del ajusticiado y la dureza de sus vértebras.

En la guillotina y en la horca de escotillón, la habilidad y la fuerza física del verdugo apenas intervienen. La máquina liberaba al ejecutor de toda relación con el cuerpo del reo porque interponía el funcionamiento de unos resortes, algo impersonal, de manera que el funcionario que los accionaba pasaba casi inadvertido. El caso del artesanal garrote era distinto: los nervios del verdugo, su fortaleza física y otros condicionamientos acarreaban un alto porcentaje de ejecuciones innecesariamente dolorosas. Éste sería el lamentable tributo que los reos de la justicia española habrían de rendir, durante más de un siglo, al patriotero y tozudo mantenimiento de un anacrónico sistema de ejecución, que quedó obsoleto y muy superado cuando los otros países de Europa adoptaron la impersonal máquina.

¿Cómo mata el garrote? En principio, su mecanismo es muy simple: una abrazadera de hierro aplasta el cuello del condenado hasta reducirlo a la mitad de su grosor. Cuando la lesión producida afecta al bulbo raquídeo o rompe la vértebra cervical y secciona la médula espinal, se sigue un coma

cerebral y la muerte es instantánea, pero esto raramente ocurre, ya que la muerte suele sobrevenir por estrangulamiento, resultante de una serie de lesiones laríngeas e hioideas.

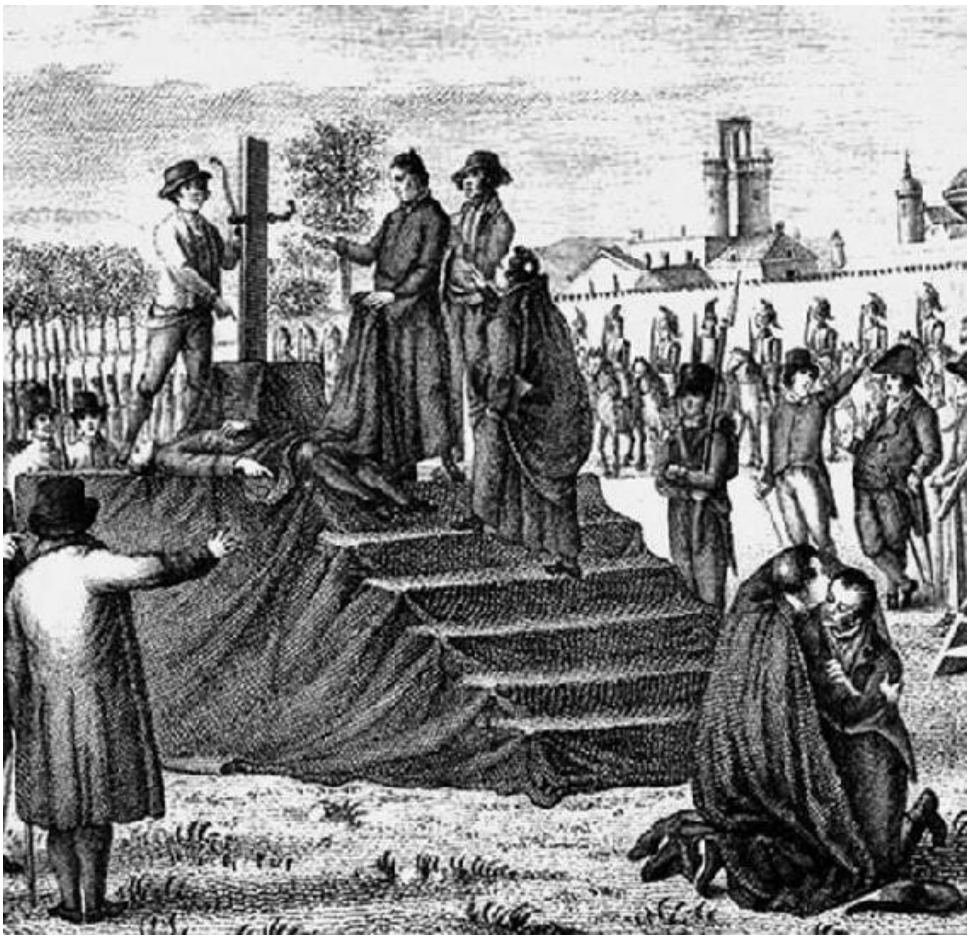
Un médico forense presente en ejecuciones lo describía así:

> El ejecutor le dio una vuelta rápida al manubrio. El reo se contrajo totalmente, dio un gran salto a pesar de todas las ligaduras, perdió una zapatilla y quedó sujeto por el corbatín de hierro. El cuello se iba reduciendo […], era francamente impresionante la reducción. Porque un cuello que era el normal de un hombre como cualquiera de nosotros podemos tenerlo… se redujo casi a la mínima expresión […], entonces me acerqué a tomarle el pulso creyendo que estaba muerto. Cuál no sería mi sorpresa cuando noté que el pulso latía con gran fuerza. Esperé. Pasaba el tiempo; se le había desprendido el pañuelo en todo aquel forcejeo, de aquellas contracciones que forzosamente aquel hombre tuvo que tener en la cara. Entonces se le veía medio rostro amoratado. Una babilla le brotaba de la comisura izquierda; uno de los ojos estaba a medio abrir…, y siguió pasando el tiempo pendiente de mi labor para ver si el reo moría…, pero en fin en veinte minutos podría calcularse lo que aquel hombre tardó en morir.

El origen del garrote es incierto. Seguramente se desarrolló en varios lugares. En España, su precedente debió de ser el estrangulamiento con torniquete al que alude la *Crónica de Alfonso X* (hacia 1227): «El rey mandó ahogar a don Fadrique, su hermano», o la «cuerda pisana» que usó el famoso Micheletto, verdugo de César Borgia.

Hacia 1600, ya existían en España garrotes metálicos. En los documentos de un Auto de Fe celebrado en Toledo se mencionan «seis palos de ejecutar con sus respectivas argollas» que deben ser similares a los garrotes que Berruguete retrata en su *Auto de Fe* (número 618 del Museo del Prado). Jerónimo de Barrionuevo nos lo describe en sus *Avisos* (1654): «Es un instrumento ingenioso con que a dos vueltas de tornillo, en un abrir y cerrar de ojos, se está en la otra vida […] un artificio de hierro que estrechaba con tornillo a la primera vuelta» (estamos ya ante las primeras descripciones laudatorias del terrible artefacto, sin duda exageradas por el afán de novedad).

El garrote compite con la horca a lo largo del siglo XVIII y se generaliza en el XIX. En las ejecuciones múltiples, que solían ser muy frecuentes, actuaban dos o más verdugos, y tanto el respetable público como la prensa especializada comparaban habilidades como si se tratara de toreros en una corrida.



El confesor abraza al reo antes de la ejecución.

El campeón de los verdugos fue Gregorio Mayoral Sendino (1861-1928), un burgalés al que los aficionados al género apodaban cariñosamente «El Abuelo». Mayoral usaba un garrote tuneado por él que presionaba desde atrás, justo en la base del cogote, en lugar de hacerlo por delante, desde la garganta, como los convencionales. El aparato de Mayoral actuaba sobre la segunda vértebra cervical o incluso sobre la primera y, al no encontrar masa muscular alguna que lo estorbara, lesionaba directamente la base del bulbo raquídeo seccionando la médula espinal en su inicio.

Era fama que Mayoral dejaba a sus reos «sentados como en visita» (al haberse separado del espaldar o palo algo así como un palmo, por acción del mecanismo), en esa posición atenta y nada relajada que se supone adoptaban los caballeros educados de su tiempo, lejos de repantigarse muellemente sobre el respaldo de la silla.

Un verdugo que entendía de huesos (pues sabemos que Mayoral a veces concertaba dislocaciones y arreglaba fracturas de animales e incluso de personas), tuvo que ser el que cavilara la feliz idea de atacar el problema por su base, es decir, por la base del cráneo, en lugar de actuar sobre las vértebras quinta o sexta como hacían los garrotes convencionales, después de oprimir toda una masa muscular que se resistía, asegurando a menudo al condenado una muerte lenta e innecesariamente dolorosa.

El caso es que el garrote de Mayoral se perdió con él. Como era de su propiedad, y lo guardaba en una maleta de madera debajo de la cama, cuando se jubiló del oficio no quiso transmitirlo a colega alguno (los rivales solían llevarse mal). El resto de los verdugos continuaron usando los problemáticos modelos tradicionales. En la última y desastrosa ejecución con garrote celebrada en España, en 1974, actuó un verdugo primerizo con un aparato decimonónico que no supo instalar debidamente. Fue un completo desastre.

Garrote de Granada (siglo XIX) y garrote de Madrid (1927).

85
¿DESAMORTIZAR LAS AUTONOMÍAS?

Se quejan algunos tertulianos del gasto inútil que suponen las diecisiete autonomías o taifas que nos ha traído la democracia. Ciegos como están, no alcanzan a ver los efectos beneficiosos de esa multiplicación de taifas (las cuartas ya en la historia peninsular).

Las autonomías han demostrado a la clase media, a la que pertenecemos tanto usted como yo, que con sus tributaciones puede sostenerse perfectamente la multitud de puestos de trabajo resultantes de multiplicar por diecisiete las instituciones propias de una nación, a saber: Gobierno, ministerios (ahora llamados consejerías), parlamentos, defensores del pueblo, entes públicos de radio y televisión, consejos de Estado, boletines oficiales, plantillas de organismos de nueva creación (oficinas institucionales y comerciales, embajadas oficiosas, oficinas en Bruselas, asesorías…).

Sumémosle sindicatos apesebrados, patronales, *oeneges* más o menos oficialistas y tendremos un festín de sueldos, primas, y dietas que se alimenta del procomún. Añadamos a la suma total las instituciones propias del Estado central, incluyendo algunas perfectamente inútiles como el Senado que solamente sirve para aparcar políticos amortizados o en vía muerta y remunerarlos con el premio de consolación de un excelente sueldo.

Nóminas, nóminas, nóminas…, como decía Hamlet[250].

Reconozcamos que estos puestos no crean riqueza en el sentido mercantilista del término. Admitamos que no contribuyen en modo alguno a elevar la renta nacional (o autonómica). Muy cierto: no producen nada. Sin embargo, no es menos cierto que retroalimentan el consumo: el funcionario

inútil percibe su sueldo y lo gasta en bienes de consumo tasados con el IVA, lo que revierte positivamente en las arcas públicas.

Estos funcionarios no producen nada, de acuerdo, pero dinamizan la economía por vía indirecta. Aparte de que cualquier persona suficientemente despabilada, usted o yo o nuestros hijos, puede aspirar a ingresar en la casta parasitaria con un puesto excelentemente remunerado. Ahí tenemos un ejemplo de justicia social: mismas oportunidades para todos y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga[251].

Los tertulianos que despotrican de la multiplicación de puestos de trabajo aparentemente inútiles (arriba creo haber demostrado que crean riqueza entre muchos españoles que no sabrían vivir de un empleo productivo) deberían conocer que ya en el Siglo de las Luces, el XVIII, otros tertulianos obsesionados por la producción arremetieron contra los bienes improductivos en manos de la Iglesia y de la nobleza, a los que llamaban «manos muertas».

Sí, amigos, algunos economistas ilustrados detectaron la enfermedad congénita de la economía española que impedía el progreso de la nación: para sanear la maltrecha economía era necesario acabar con las «manos muertas».

¿A qué llamaban «manos muertas»? A una parte considerable de las tierras cultivables de España, quizá un tercio del total, que había ido a parar a manos de la Iglesia después de siglos de donaciones de creyentes devotos y ricos[252].

Lo de las «manos muertas» era una institución muy española. Los viajeros extranjeros por Sevilla se admiraban de la cantidad de tierras que pertenecían a la Iglesia. William Jacobs, que escribe a principios del siglo XIX, señala:

> Muchas órdenes monásticas poseen extensas y valiosas fincas. La de los cartujos es la orden más rica y más rígida de Andalucía. Arriendan grandes extensiones de tierra a aparceros que les pagan parte en especie y parte en metálico. También explotan personalmente grandes fincas y han sido durante muchos tiempos los mayores propietarios y criadores de los mejores caballos andaluces, pero sus rentas están mal administradas y la vida regalada que llevan los priores ha metido a los conventos en aprietos económicos. El convento de San Jerónimo de Bellavista posee una gran extensión de tierra muy fértil de cereal, vino y aceite. Los monjes me contaron que podían ir a Carmona, a unas veinticuatro millas de Sevilla, sin pisar otra tierra que la de su convento. Empero, y a pesar de esta valiosa finca, están muy entrampados debido a la mala administración y se ven obligados a hacer economías incluso a costa de las necesidades de los monjes.

Riqueza mal administrada: por todas partes la misma observación y la misma queja, pero las propiedades de la Iglesia eran inalienables según los

derechos civil y canónico y, por lo tanto, quedaban al margen del libre comercio. Además, aquellas fincas mal cultivadas y peor atendidas, no tributaban a Hacienda, con el considerable perjuicio del procomún.

Por otra parte, los agricultores que labraban la tierra, sobre los que descansaba el sostenimiento de una nación eminentemente agrícola, estaban abrumados de impuestos (como hoy la sufrida clase media). No sólo tenían que soportar la carga fiscal en un país donde muchos privilegiados estaban exentos, sino también los impuestos de la Iglesia (los diezmos y primicias), con lo que era imposible que alcanzaran el nivel de renta necesario para invertir, crear riqueza y mejorar sus explotaciones.

La solución era desamortizar, es decir, devolver los bienes muertos al mercado libre, entregarlos a quienes pudieran aumentar su producción, que repercutiría en la capacidad de ahorro de los labradores y reactivaría la economía del país y su incipiente industria.

Los hacendistas de Carlos III, las Cortes de Cádiz y los liberales en general apoyaban con entusiasmo la idea. No obstante, ningún ministro en el poder se atrevió a ponerle el cascabel al gato, más bien al tigre, de la Iglesia.

Una reforma necesaria, pensaban todos, pero inviable. Hasta que la débil situación del estamento clerical permitió al Estado llevar adelante el viejo proyecto.

Y llegó el momento fatal de la desamortización.

En 1835, con el norte de España encendido en la guerra Carlista, en muchas ciudades estalló el resentimiento popular contra una Iglesia demasiado rica que vivía ajena a las miserias del pueblo y encima apoyaba a los sediciosos. Turbas enfurecidas saquearon templos, conventos y monasterios e incendiaron algunos edificios. Las pérdidas materiales fueron cuantiosas, aunque no tan lamentables como las humanas: numerosos clérigos alcanzaron la palma del martirio.

El ministro Mendizábal aprovechó la coyuntura de una Iglesia acogotada para impulsar el viejo proyecto de desamortizar los bienes eclesiásticos y ponerlos en «manos activas e inteligentes que exploten la propiedad acertadamente».

El odiado ministro Mendizábal.

Juan Álvarez y Méndez, más conocido por Mendizábal, había nacido en Cádiz, en 1790, de una familia humilde. Como muchos otros liberales tuvo que exiliarse a Inglaterra y allí, observando el funcionamiento de un Estado moderno, llegó a la conclusión de que el progreso de España exigía poner a trabajar a la masa amorfa de la población que vivía como una rémora de los escasos contribuyentes. Tan ambicioso proyecto parecía exigir la supresión de las órdenes religiosas, tradicional refugio de tantos desocupados, y la devolución al mercado libre de los bienes acumulados por la Iglesia.

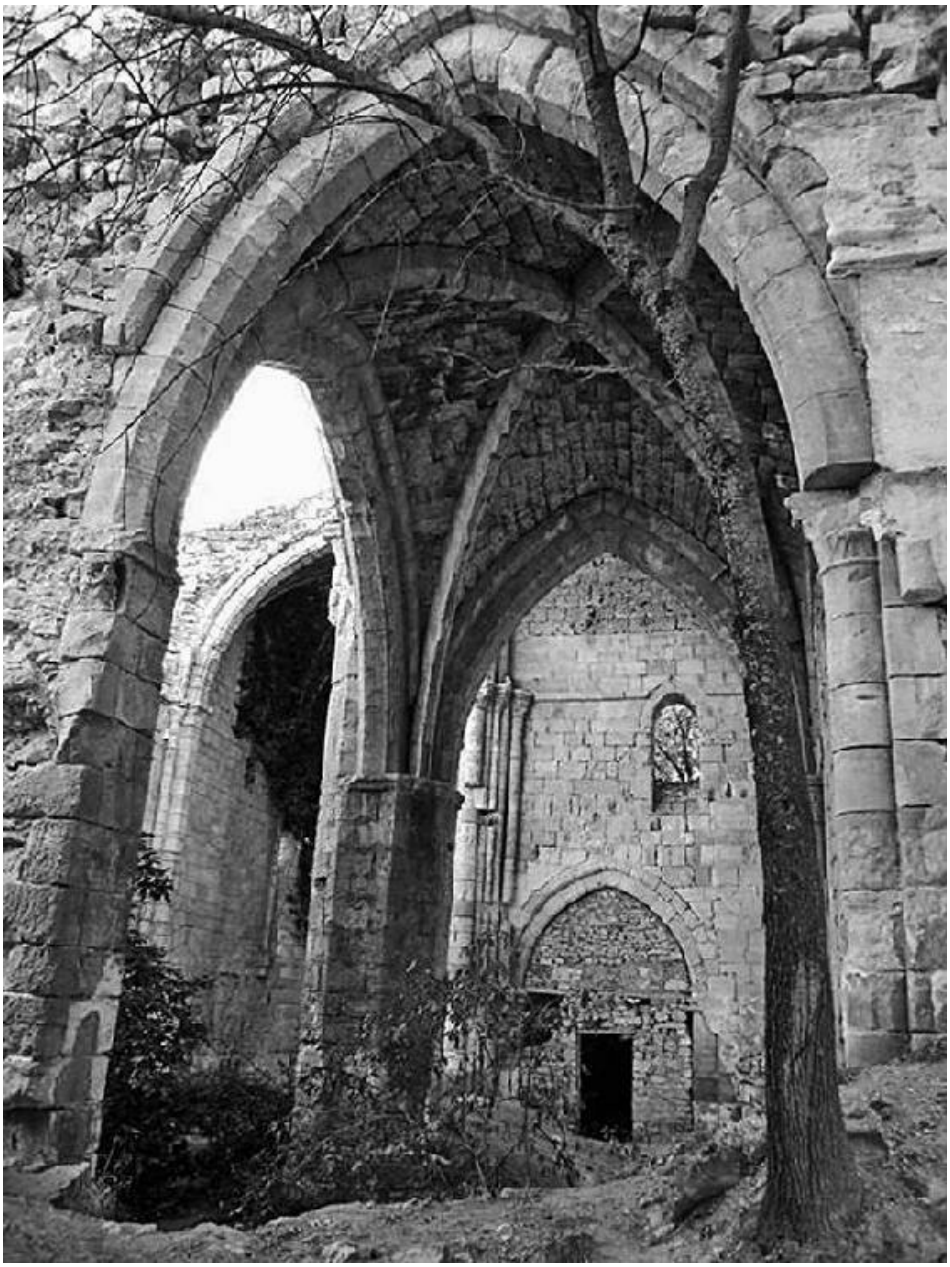
Mendizábal aspiraba a crear una copiosa familia de propietarios, cuyos goces y cuya existencia se apoyara principalmente en el triunfo completo de nuestras instituciones.

Teóricamente, la desamortización de Mendizábal equivalía a una reforma agraria, pero en la práctica no alcanzó los resultados que pretendía. Las fincas e inmuebles requisados a la Iglesia y puestos a la venta fueron adquiridos por los únicos que tenían dinero: los grandes propietarios y los aristócratas. La única ventaja que acarreó la severa medida fue que los compradores que sacaron tajada, todos ellos procedentes del sector conservador e inmovilista, se convirtieron, de pronto, en fervientes defensores de la causa liberal.

Las desamortizaciones (hubo varias) fracasaron. Los frailes secularizados siguieron sin dar golpe fuera de unos pocos que se emplearon en la enseñanza. Ténganlo en cuenta los que pretenden que ese funcionariado improductivo de las autonomías se busque un trabajo que aporte algún bien a la comunidad y al Estado. Aquellas decenas de miles de frailes que dispersaron las órdenes disueltas no remediaron el problema nacional.

Pensemos en qué trabajo productivo podríamos emplear a todos esos funcionarios que han crecido en puestos inútiles al albur de las autonomías. Aparte de que, si suprimimos sus nóminas y los dejamos a la intemperie laboral, habría que mantenerlos con subsidios estatales mientras encuentran un trabajo (una posibilidad remota para personas ya encallecidas de no hacer nada después de tantos años).

Bien pensado, dejemos las cosas como están y no nos metamos en experimentos sociales que pueden acarrear consecuencias incalculables.



Ruinas del monasterio de Bonaval (Guadalajara).

86
1860: LA IGLESIA EXPOLIADA

En el siglo XIX, el liberalismo y la ciencia se habían conjurado para demoler el venerable tinglado eclesial. ¡La navecilla de san Pedro se debatía en medio de una furiosa tempestad! La Iglesia, antes firmemente aclimatada en Europa y gran parte del mundo, comenzó a sentirse especie amenazada. Ni siquiera le respetaron su hábitat y criadero principal: Roma y los Estados Pontificios.

Es sabido que Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo» (Juan, 18, 36), pero eso fue cuando, en sus modestos inicios, la Iglesia se reducía a un puñado de fans que seguían al Señor en sus giras promocionales por Galilea o Judea.

Caricatura que representa los tres estados. El pueblo sufrido soporta a la Iglesia y a la aristocracia improductivas.

Cuando el negocio prosperó, a la sombra del Imperio romano, y el renacuajillo se transformó en camaleón adulto, el papa Esteban II bendijo el golpe de Estado de Pipino el Breve contra Childerico III a cambio de que el golpista le concediera a la Iglesia un territorio tan extenso como Andalucía que ocupaba la franja central de Italia. Eso fue en 756. Durante más de mil años, los papas reinaron despóticamente sobre aquel territorio llamado los Estados Pontificios: breaban a impuestos a sus súbditos y reprimían la disidencia con paternal severidad[253].

El Papa de Roma era rey absoluto en sus Estados, pero, además, como representante de Dios en la tierra, se consideraba investido de autoridad sobre los demás reyes de la Cristiandad. Consecuentemente la corte pontificia superaba a las demás en pompa y boato. Sus cardenales, los príncipes de la Iglesia, disfrutaban de una vida refinada, en palacios de mármol, rodeados de

un lujo indecente[254]. El propio Pontífice, cuando aparecía en público, se tocaba con una tiara o trirregno, un gorro de seda bordada en oro con tres coronas engastadas que representaban la soberanía sobre los Estados Pontificios, la supremacía del Papa sobre el poder temporal y la autoridad sobre la humanidad. Este vicario de Dios en la tierra, divinizado él mismo, no caminaba: ya hemos dicho que ocho pajes lo llevaban bajo palio en su trono portátil (la *sedia gestatoria)*, mientras que otros dos lo abanicaban con sendos *flabelli*, unos enormes abanicos de plumas de avestruz y pavo real montados sobre mangos de terciopelo bordado de oro[255].

Ésta era la situación de la Iglesia cuando, en 1846, el Espíritu Santo, no sabemos con qué intención, dado que los designios de Dios son inescrutables, eligió como Vicario de Cristo a Pío IX, «un hombre emocionalmente inestable, desprovisto de dudas intelectuales, que mostraba los síntomas propios de un psicópata»[256]. A esta alhaja de hombre le tocó beber el amargo cáliz de perder los Estados Pontificios (anexionados al naciente Reino de Italia) al tiempo que asistía impotente al triunfo del naturalismo y el cientifismo que barrieron toda creencia irracional en lo sobrenatural (o sea, los fundamentos mismos de su negocio eclesial).

El expolio de los territorios de la Iglesia se consumó en apenas un decenio, entre 1860 y 1870. Los dominios del papa quedaron reducidos a las cuarenta y cuatro hectáreas del Vaticano[257]. De nada sirvieron las excomuniones y la amenaza del Infierno con las que el Santo Padre fulminó a sus usurpadores. Eran unos descreídos y se pasaron las terribles amenazas por el arco del triunfo. Enfurruñado, Pío IX se recluyó en el Vaticano, se autoproclamó «prisionero del Estado italiano» y no volvió a salir de los palacios pontificios en su vida[258].

El trauma de la pérdida de sus Estados terminó de desequilibrar la frágil psique de Pío IX. Dado su carácter obsesivo, no le fue difícil concebir que el expolio de su reino obedecía a una maniobra de la masonería, lo que, declarado en documentos y sermones, corroboró la teoría conspirativa del contubernio judeomasónico que dura hasta hoy[259]. Con la edad se le acrecentó la locura y emprendió iniciativas tan extravagantes como proclamar el dogma de la Inmaculada, decretar su infalibilidad (el Papa no puede equivocarse en cuestiones doctrinales)[260] y condenar como «errores modernos» todas las ideas y libertades del mundo contemporáneo[261]. A ello se sumó la condena de casi todos los escritos filosóficos y científicos de su

tiempo, que fueron a parar al Índice de Libros Prohibidos[262]. Una pataleta cuyo único fruto fue estimular a los lectores a buscar esos libros.

Decía al principio de este pasaje que el renacuajillo que era la Iglesia en sus primeros vacilantes tiempos se desarrolló pronto como un camaleón adulto. Unas naciones tienen por símbolo el águila real, otras el león, dos símbolos de fuerza. La nación vaticana tiene por símbolo dos llaves (o sea, cerrado sobre cerrado) y si tuviera que escoger un animal, sin duda sería el camaleón, por esa su habilidad de camuflarse adoptando los colores morales del entorno y por ésa su otra habilidad de alcanzar a sus presas con la lengua.

Hoy soplan vientos de paz, de fraternidad universal, de buenismo, de buen rollo, y ahí tenemos al papa Francisco, un cacho pan, un buenazo, la sonrisa del régimen, argentino y jesuita. Que Dios lo ilumine para que ponga al día a la Iglesia de una vez, deje casarse a los curas, deje consagrarse a las mujeres y predique al distraído rebaño cristiano que lo de poner la otra mejilla del Evangelio era sólo una metáfora y que esos lobos que llegan con la cabeza liada en trapos no sólo amenazan al pastor de la Iglesia cristiana, sino principalmente al rebaño crecido bajo la denominación de origen Cristiandad occidental.

Pío IX.

87
1898: ¿QUIÉN VOLÓ EL *MAINE?*

Comencemos por los precedentes. En el último cuarto del siglo XIX, España estaba gobernada por dos partidos, Conservador y Liberal, que se turnaban pacíficamente en el poder para repartirse sinecuras, cargos a dedo y cesantías.

La farsa electoral contribuyó al desinterés de la ciudadanía por la política: la «resignación marroquí», que fustigaba Unamuno; la «abulia hispánica», que exasperaba a Ganivet.

El gran debate nacional no estaba, por tanto, en el Parlamento, que era una mera pantomima, sino en los cosos taurinos, donde, en tardes de sol y moscas, se dilucidaba el campeonato de la tauromaquia entre los diestros rivales Lagartijo y Frascuelo[263].

Las litografías de la época y los daguerrotipos sepia nos transmiten una imagen de charanga y pandereta y un toque de cursilería en modos, costumbres y gustos, un pueblo castizo esmeradamente mantenido en la superstición y el analfabetismo, una acomodaticia burguesía, unos monarcas impresentables, unos gobiernos incompetentes, unos generales golpistas, un clero ignorante y reaccionario y un funcionariado concienzudamente holgazán.

El sistema parecía libre de todo sobresalto, asentado sobre sus esenciales pilares: capital, Iglesia y Ejército. La oligarquía financiera aumentaba sus dividendos; la Iglesia, cómodamente instalada en su monopolio de las conciencias, dejaba hacer; el Ejército vegetaba con un nutrido cuadro de generales demasiado gordos y unos soldados de reemplazo (los pobres que no podían librarse pagando) demasiado flacos.

Mientras tanto, media docena de países europeos o poblados por europeos (los Estados Unidos) habían extendido sus imperios coloniales por Asia, Oceanía y América. Después del reparto de África en la Conferencia de Berlín (1884), el colonialismo encontró su primera frontera.

Las grandes naciones industriales, constreñidas por la dinámica de su economía a una expansión constante, miraron a su alrededor en busca de nuevas tierras: aún quedaba una porción considerable del mundo en poder de España y Portugal.

Los imperios coloniales que los países latinos habían heredado del pasado estaban prácticamente indefensos frente al poderío económico y militar de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos. «Arrebatémosle las colonias a estos desgraciados», pensaron.

La agresión dispuso de una sutil coartada ideológica, una especie de darwinismo social, en virtud del cual los pueblos del mundo se dividen en dos grandes especies: los fuertes o colonizadores y los débiles o colonizados.

El primer ministro británico, lord Salisbury, acuñó la exacta expresión que designaría a los dos bloques: de un lado, las *naciones vivas* (Inglaterra, Alemania, Estados Unidos); del otro, las *naciones moribundas,* el resto, España entre ellas.

Dicho de otro modo: de un lado, los que contaban con potentes marinas de guerra y con ejércitos equipados y entrenados; del otro, los que vivían de sus exiguas rentas propias de países no industrializados y eran incapaces de afrontar las ingentes inversiones que la guerra moderna requiere.

El reparto fue simple: Inglaterra y Alemania se adjudicaron las colonias portuguesas; Estados Unidos, las españolas. A España le habría resultado más barato, y hasta menos humillante, cederlas sin resistencia, pero mediaron turbios intereses de una oligarquía que, vestida de patriotismo, arrastró al país a la guerra del 98.

Nadie lo ha explicado mejor que el noventayochista Machado: «Fue un tiempo de mentira, de infamia. / A España toda, la malherida España, / de carnaval vestida nos la pusieron, / pobre y escuálida y beoda / para que no acertara la mano con la herida».

Era un secreto a voces que la nueva potencia mundial, Estados Unidos, codiciaba la isla de Cuba, último resto (con Filipinas) de aquel Imperio español en el que antaño «no se ponía el sol». Estados Unidos había intentado comprar la isla a sucesivos Gobiernos españoles, sin resultado.

Un caso de *bullying* en el patio del cole, ya lo ven: España, niña flacucha y esmirriada, tenía un pastelito dulce, y Estados Unidos, una mozancona en pleno estirón, quería zampárselo.

—Te lo compro.

—No.

—Pues entonces te lo quito.

Había que guardar las formas, no obstante.

El 15 de febrero de 1898, el acorazado *Maine* (6.682 toneladas, 66 metros de eslora), fondeado en visita pretendidamente amistosa en el puerto de La Habana, estalló y se fue a pique.

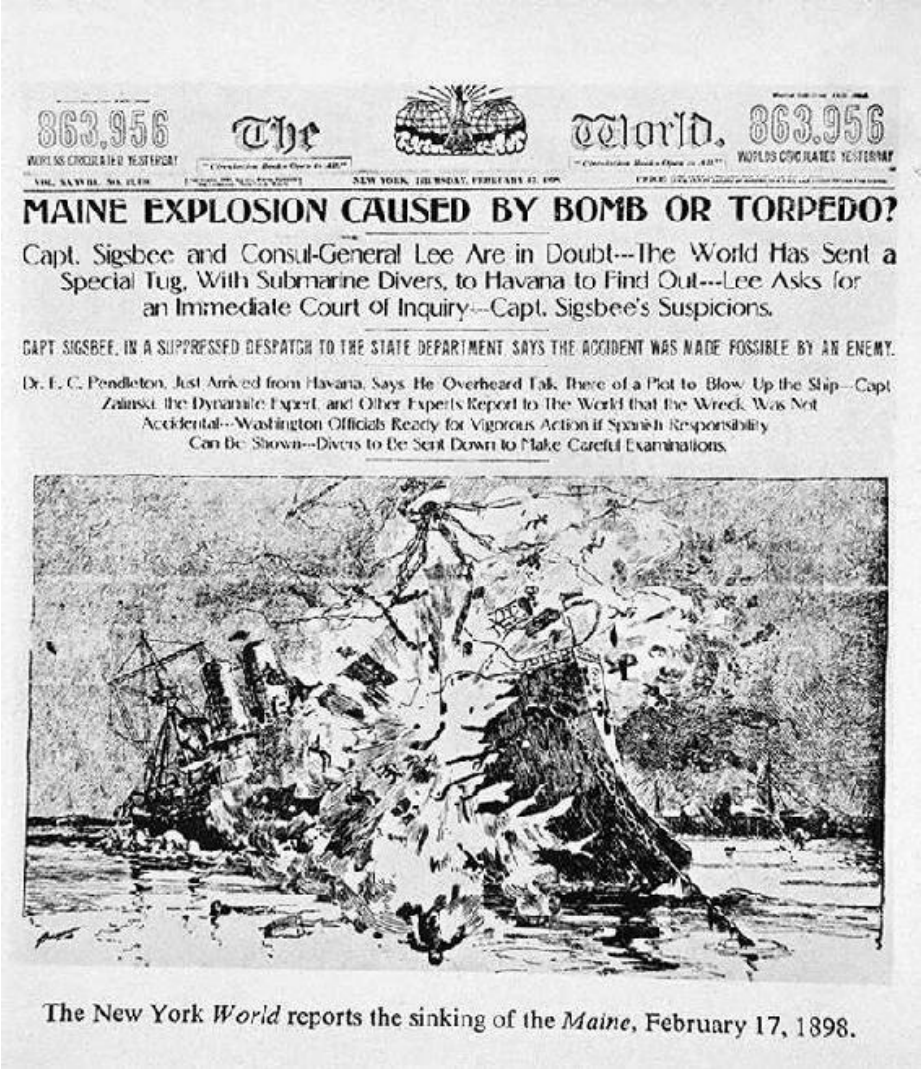
La explosión causó la muerte a 256 tripulantes, entre marineros y oficiales.

Al día siguiente, cuando todavía no se había nombrado la comisión que investigara el caso, el *New York Journal* publicó en primera plana con enormes titulares: «El *Maine* partido en dos por una carga explosiva del enemigo». Ni una palabra sobre la causa más probable de la tragedia: explosión accidental por combustión espontánea de una carbonera que recalentó un pañol de munición contiguo.

El periódico vendió casi un millón de ejemplares.

El accidente del *Maine* suministraba un excelente pretexto para arrebatarle Cuba a España. Sólo faltaba incitar a la opinión pública norteamericana para que apoyara la guerra. Tenía que ser una guerra popular que no perjudicara las expectativas electorales del presidente.

De eso se encargaría la prensa. A finales de siglo XIX, el periodismo había alcanzado en Estados Unidos una notable difusión. Varios periódicos populares de enormes tiradas influían en la opinión de la numerosa clase media-baja acomodándola a los intereses de las oligarquías económicas. Dos de estos diarios competían por el primer puesto: el *New York Journal*, propiedad del magnate William Randolph Hearst (personaje que inspiró la película de Orson Welles *Ciudadano Kane)*, y el *New York World*, de Joseph Pulitzer[264].



863,956 WORLD'S CIRCULATION YESTERDAY

The World. 863,956 WORLD'S CIRCULATION YESTERDAY

NEW YORK, THURSDAY, FEBRUARY 17, 1898

MAINE EXPLOSION CAUSED BY BOMB OR TORPEDO?

Capt. Sigsbee and Consul-General Lee Are in Doubt---The World Has Sent a Special Tug, With Submarine Divers, to Havana to Find Out---Lee Asks for an Immediate Court of Inquiry---Capt. Sigsbee's Suspicions.

CAPT. SIGSBEE, IN A SUPPRESSED DESPATCH TO THE STATE DEPARTMENT, SAYS THE ACCIDENT WAS MADE POSSIBLE BY AN ENEMY.

Dr. F. C. Pendleton, Just Arrived from Havana, Says He Overheard Talk There of a Plot to Blow Up the Ship---Capt Zalinski, the Dynamite Expert, and Other Experts Report to The World that the Wreck Was Not Accidental---Washington Officials Ready for Vigorous Action if Spanish Responsibility Can Be Shown---Divers to Be Sent Down to Make Careful Examinations.

The New York *World* reports the sinking of the *Maine*, February 17, 1898.

La noticia de la voladura del *Maine* en la prensa sensacionalista.

El *New York Journal* del 17 de febrero informó: «La destrucción del *Maine* fue obra del enemigo. Se cree que los españoles lograron que el *Maine* atracase sobre una mina que fue detonada mediante cables conectados con una batería eléctrica» (el no va más de la tecnología de entonces). Para el periódico, «la brutal naturaleza de los españoles los impulsó a provocar la explosión cuando casi toda la tripulación había regresado al barco para dormir».

El *Evening Journal* también inculpaba a España, aunque disentía sobre el método empleado en el sabotaje: el supuesto ingenio no fue una mina, sino un torpedo.

Mina o torpedo, cientos de miles de norteamericanos se desayunaron con las tergiversaciones de los periódicos amarillos. Los jingoístas (=patrioteros) exigían una adecuada respuesta a los malvados españoles.

El corresponsal de Hearst en La Habana telegrafió al periódico: «Aquí todo está en calma *stop* no hay agitación *stop* quisiera regresar porque no habrá guerra *stop* firmado Remington».

La respuesta del jefe le llegó cuando estaba haciendo las maletas: «Quédese ahí *stop* de que haya guerra me encargo yo *stop* firmado Hearst».

Muy razonablemente, algunos historiadores americanos han llamado al conflicto del 98 *Hearst War*, es decir, «la guerra de Hearst».

Para conseguir sus fines, y, de paso, aumentar las tiradas de su periódico, el magnate no vaciló en tergiversar sistemáticamente las noticias e incluso en fabricarlas de modo que se adaptaran a las cambiantes condiciones de cada momento. Su *Journal,* que imprimía cerca de quinientos mil ejemplares, publicaba fotografías trucadas, aseguraba que cuatrocientos mil cubanos habían muerto de inanición en los campos de internamiento españoles, entrevistaba a las madres de los marineros muertos en la explosión del *Maine*… Todo valía. Incluso la publicación de una novela por entregas cuya protagonista, Evangelina Cisneros, una tierna muchacha violada por un oficial español, era liberada por un enviado de Hearst.

En la sociedad norteamericana arraigó una opinión favorable a la guerra. Hearst vendía una agresión imperialista como desinteresada defensa del pueblo cubano sojuzgado por una tiranía colonial.

LA PRENSA ESPAÑOLA

España era una potencia de tercer orden que en ningún caso podía enfrentarse con mínimas posibilidades de éxito a Estados Unidos. Sin embargo, importantes periódicos españoles al servicio de la oligarquía financiera que tenía intereses en Cuba confundieron a la opinión pública para apoyar una guerra que se preveía desastrosa. También es cierto que algunos periódicos ni siquiera necesitaron obedecer consignas externas. Simplemente,

los sujetos que los escribían eran tan ignorantes y exaltados que le hicieron el juego a los oligarcas sin reparar en las consecuencias.

El influyente diario *El País* (distinto del actual, obviamente, aunque coincidan en cabecera) señalaba en su editorial del 24 de febrero: «El problema cubano no tendrá solución mientras no enviemos un ejército a los Estados Unidos».

No se puede concebir mayor ceguera ni mayor ignorancia. La única circunstancia atenuante para los dislates de los periodistas es que ellos, a su vez, se engañaban con los datos falseados que el Gobierno publicaba sobre la relación de fuerzas entre Estados Unidos y España. Se ocultaba que algunos barcos estuvieran obsoletos, y otros faltos de armamento. La marina americana era mucho más moderna y, desde luego, muy superior en potencia de fuego.

También mostraron su irresponsabilidad muchos políticos que, sin descartar su sometimiento a las consignas de la oligarquía económica, temían que un arreglo pacífico del conflicto, que indefectiblemente pasaría por someterse a las exigencias yanquis, desprestigiara al régimen y provocara disturbios.

Casi todos los periódicos de España, la innumerable legión de pequeños diarios y gacetas de escasa tirada dependían de camarillas al servicio de grupos políticos o de magnates de las finanzas. En estos medios servía un proletariado de la pluma integrado por aspirantes a periodistas, auténticos muertos de hambre, cuyo salario consistía, según Pérez Lugín, en «unos famosos guisotes de una taberna cercana, con los cuales los escritores se desayunaban, comían y cenaban, todo a un tiempo». Es el periodista ignorante evocado por Clarín, que ha de hacer un poco de todo en el periódico, con terribles resultados: «Pasma ver cómo aplauden gacetilleros y ateneístas las más insignes vulgaridades como si fuesen chisperos de orientación lozana, original y fuerte». Estos improvisados críticos literarios de fin de semana, que lo mismo sirven para un roto que para un descosido, son, sospecha el crítico zamorano, «los mismos que el resto de la semana delatan alcantarillas rotas y desperfectos municipales».

Esta prensa irresponsable, «la prensa criminal del perro chico y de la mentira», como la llama Unamuno, se sumó casi unánimemente a una campaña que soliviantó la opinión pública en favor de una guerra con Estados Unidos. La descalificación del pueblo norteamericano, «plebeyo y

tocinero, cobarde y felón», contrastaba vivamente con la exaltación del valor legendario de los soldados españoles, con menciones a los gloriosos tercios del Gran Capitán y a Lepanto y la tradición guerrera de la Armada española (sin advertir que Lepanto fue la excepción antes que la regla). En los carnavales fue muy celebrado el disfraz de yanqui con cara de cerdo.

Entre los pocos intelectuales que se atrevieron a contrariar la ola de exaltación nacional figuró el novelista Blasco Ibáñez, quien se opuso sistemáticamente a la guerra y al sistema de cuota, «esa variante de la esclavitud para pobres parias que carecen de fortuna».

Mientras, la marina yanqui ponía a punto sus arsenales y tomaba posiciones.

¿Influyó en los políticos el estado de opinión favorable a la guerra? Pudiera ser. En cualquier caso, los pusilánimes gobernantes españoles erraron el cálculo cuando creyeron que la única salida que el pueblo exaltado aceptaría sería la derrota militar honrosa frente al coloso americano. Demasiado tarde descubrieron que el pueblo español, o la mínima fracción de ese pueblo que jaleaba la guerra en las manifestaciones patrióticas, también iba de farol, porque, en realidad, le era indiferente lo que ocurriera con unas colonias que sólo le acarreaban quebrantos a cambio de ningún beneficio[265].

Ya metidos en harina, en plena guerra, todavía la prensa disimuló los reveses y magnificó las pérdidas del enemigo engañando miserablemente a la opinión pública para que continuara apoyando el desatino colonial.

La guerra terminó como era de temer. Los acorazados norteamericanos aniquilaron a las escuadras españolas de Cuba y Filipinas en un ejercicio de tiro al blanco.

La noticia se recibió en España con sorprendente frialdad. En lugar de exigir responsabilidades, los ciudadanos se evadieron en los toros, en la zarzuela, en las tabernas y en los cafés de azucarillos y aguardiente. La España sin pulso.

El paralelo con las guerras árabes del siglo XX es inevitable: durante la preparación, escalada verbal con fanfarronadas y menosprecio del enemigo; después, fulgurante y vergonzosa derrota a manos de una potencia técnicamente muy superior; finalmente, estupor y desengaño.

Se podría completar el cuadro con el sorprendente desenlace: el pueblo engañado, lejos de reaccionar, acepta ovinamente las impresentables excusas de sus políticos. Finalmente, los responsables del desastre se mantienen en el

poder haciendo bueno el refrán que asegura que cada pueblo tiene los gobernantes que se merece.

88
NUEVE REYES SE RETRATAN

El 20 de mayo de 1910, la realeza europea se reunió en Londres para el funeral de rey Eduardo VII, que había pasado a peor vida[266].

Entre las personalidades que acudieron al funeral se contaban ocho reyes reinantes, que posaron en un salón del palacio de Buckingham en compañía del flamante heredero del difunto, el rey del Reino Unido y emperador de la India Jorge V.

La instantánea, que muy bien puede ser la única fotografía de nueve reyes reinantes jamás tomada, nos presenta a nueve individuos de distintas edades, relucientes de condecoraciones y garridos en sus uniformes. Los nueve estaban emparentados por lazos de sangre o por casamiento (de hecho, al difunto lo llamaban «el tío de Europa»).

Los reyes reunidos para la foto en Buckingham formaban, pues, parte de la gran familia de la realeza europea. Poco podían imaginar que sólo cuatro años después sus países estarían enzarzados en una terrible guerra que a algunos les costaría el trono, y a uno de ellos incluso la vida.

Nueve reyes en 1910. En pie, de izquierda a derecha: Haakon VII de Noruega, Fernando I de Bulgaria, Manuel II de Portugal, Guillermo II de Alemania, Jorge I de Grecia y Alberto I de Bélgica. Sentados, de izquierda a derecha: Alfonso XIII de España, Jorge V de Reino Unido y Federico VIII de Dinamarca.

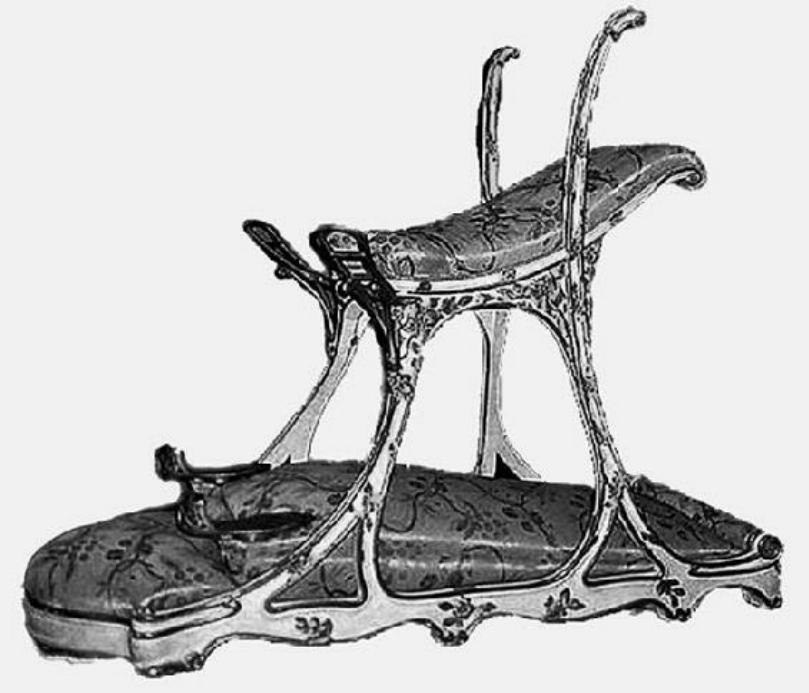
¿De qué hablaron cuando el fotógrafo recogió su equipo y se marchó con una reverencia? Seguramente de lo que se habla en estos casos, del difunto. Cada uno desgranaría los recuerdos que tuviera de él.

¡Ah, el tío Edward, Bertie para los amigos! Ése sí que fue un *bon vivant.* Su celante madre, Victoria, lo casó a los veintidós años con la princesa Alexandra de Dinamarca. Consciente de sus obligaciones, que durante buena parte de su vida se limitaron a asegurar la prolongación de la dinastía, Eduardo le hizo seis hijos a la danesa, pero, por lo demás, siempre se buscó amantes que fueran más de su gusto, entre ellas la famosa actriz Lily Langtry.

Eduardo VII pudo constituir una mala influencia para nuestro jovencísimo Alfonso XIII. Los dos habían recibido la corona en 1902, el inglés ya talludo y el español prematuramente cuando, a los catorce años, lo declararon mayor de edad. Aunque pertenecientes a dos generaciones distintas, los dos

compartían las mismas aficiones: automóviles, caballos, deportes elitistas, caza y mujeres. Alfonso tuvo decenas de amantes ocasionales de toda condición; incluso de algunas concibió hijos naturales. Además, en esto más plebeyo que Bertie, era aficionado a la pornografía. Incluso se hizo rodar unas cuantas películas porno para su uso privado, cuando durante las cacerías se ponía a llover y los escopeteros se veían forzados a permanecer horas y horas en el albergue.

Volviendo al difunto Bertie, cabe aclarar que el hecho de que mantuviera amantes ocasionales no indica necesariamente que le hiciera ascos al amor mercenario. Antes bien, tenía una habitación reservada en el quinto piso del legendario prostíbulo Le Chabanais (número 12 de la *rue* homónima) y en ella, además de una espaciosa bañera de cobre sobredorado rematada en una hermosa cabeza de diosa guerrera griega y de una cama espaciosa equipada con un sólido colchón de crines y dosel con su escudo de armas, disponía de una *Siege d'Amour*, o *chaise de volupté*, o sea, una silla copulatoria diseñada por el propio Eduardo para cumplir con una dama en distintas posiciones sin que su sobrepeso supusiera un obstáculo (los gordos saben de qué hablo). El artilugio no dispone de manual de instrucciones, pero algunos fantasiosos aseguran que su diseño permite agasajar hasta tres damas alternativamente. Creo que la interesante silla amorosa se conserva como una reliquia en el Petit Palais, pero lo cierto es que ya circulan algunas reproducciones por el mundo y habría que hacer un estudio a fondo, si el príncipe Carlos colabora cediendo su perfil genético Windsor, para saber cuál es la original.



Presunta silla copulatoria de Eduardo VII.

Volviendo a la adorable Lily, con la que Bertie nunca necesitó de silla alguna, diremos que mantuvo a lo largo de su vida una completa colección de amantes generalmente nobles y sobrados de medios económicos.

Como una moderna Cleopatra, parece ser que cuantos conocían a Lily quedaban prendados de ella, pues a su espectacular belleza unía una fina inteligencia y una considerable habilidad para mantener una conversación tan culta como lo fuera el *partenaire* (incluso George Bernard Shaw y Oscar Wilde se rindieron a sus encantos).

Naturalmente, Lily desagradaba a las mujeres, que se sentían eclipsadas por su magnífica presencia, así como a los caballeros cuyas demandas afectivas declinaba. Fue por ello tremendamente criticada por la hipócrita sociedad victoriana, pero ella, chica inteligente, seguía el consejo del sabio ministro Gladstone: «Como actriz recibirás ataques personales y críticos, justos e injustos. Acéptalos, nunca repliques, y sobre todo, jamás te des prisa en explicarte o defenderte».

Un poco hastiada de Inglaterra, quizá mucho, Lily emigró a Estados Unidos y se compró un rancho en California que dedicó a la producción de vino y a la crianza de caballos de carreras. Incluso se nacionalizó estadounidense.

A su última pareja conocida le llevaba diecinueve años (también en eso se adelantó a su tiempo). Cuando Eduardo VII murió, la reina viuda tuvo el gesto gentil de enviarle a Lily las cartas de amor que el soberano le había escrito.

El personaje de Lily aparece en algunas películas de época, siempre interpretado por actrices bellísimas, entre las que cabe destacar a Ava Gardner, esplendorosa y ya ligeramente *faisandé*, en el film de John Huston *El juez de la Horca* (1972).

Repaso lo escrito y advierto que nuevamente me he ido por los cerros de Úbeda, incluso por la sierra Mágina, que empieza donde acaban los cerros.

Quede el bizarro monarca inglés para mejor ocasión.

89
¿POR QUÉ SE APARECIÓ LA VIRGEN DE FÁTIMA?

El tema es serio y no para tomarlo a chacota. Según la Asociación Mariológica Española, en el último milenio se han registrado más de veinte mil presuntas apariciones de la Virgen María, entre las reales, las posibles y las probables.

Las cifras cantan. En el medio siglo que va de 1926 a 1976, la Virgen se ha aparecido en 32 países en 232 ocasiones.

España, a pesar de su título preferencial de tierra de María Santísima, tan sólo ocupa el quinto lugar en el ranking detrás de Italia, Francia, Alemania y Bélgica.

¿Se aparece la Virgen, o solamente se trata de fenómenos de alucinación colectiva, o, lo que es peor, de engaños para estafar a personas crédulas?

En las primeras apariciones registradas, entre los siglos X y XVII, la Virgen se manifestaba a personas adultas y lo hacía en forma de matrona con el Niño en brazos, fiel a la imagen de la madre de Cristo divulgada entonces por la Iglesia.

Durante siglos, el culto a la Virgen Madre se justifica en función del Niño redentor. Sin embargo, a partir del siglo XIX, la pauta de las apariciones marianas cambia: la Virgen se aparece a niños, no a adultos, y lo hace en su moderna versión de Inmaculada, es decir, como jovencita vestida de blanco luminoso, con un toque azul celeste, y sin el Niño, que, desde el punto de vista cristiano, es la figura central de la religión.

¿A qué se debe este cambio de acento feminista que pudiéramos calificar de anómalo?

Se debe, simplemente, a que todas las apariciones modernas reproducen las de Lourdes y Fátima, que son las admitidas por la Iglesia, y, también son, por así decirlo, las que mayor volumen de negocio generan.

¿Negocio? Sí, piadoso lector: las apariciones marianas, además de un asunto de fe o de credulidad, son un negocio que mueve muchos miles de millones de euros al año.

El embeleco de las apariciones marianas lo venía empleando la Iglesia a lo largo de todo el siglo XIX, principalmente en Francia, con las de la Virgen aparecida a la monjita Catalina Labouré en 1830 y la de Lourdes. ¿Por qué? Para reforzar la fe del sencillo pueblo amenazada por los nuevos planteamientos políticos, sociales e intelectuales del modernismo[267].

Para entender por qué la Virgen se aparece en Fátima es menester que hablemos primero del contexto histórico: la Gran Guerra.

¿Qué se le había perdido a Portugal en aquella sangrienta conflagración?

Nada, o muy poco.

Y, sin embargo, Portugal incautó los buques alemanes refugiados en sus puertos, lo que obligó a Alemania a declararle la guerra.

¿Por qué se implica el paisito en esta contienda de gigantes? Principalmente por complacer a su tradicional aliada, Inglaterra, que, además, le ha prometido como recompensa los territorios africanos de Mozambique y Kionga.

La codicia que nos pierde.

Portugal envía a las trincheras de Flandes a unos cincuenta mil hombres cuya actuación no resultará especialmente afortunada. En el empobrecido Portugal, que acaba de perder a dos reyes (uno asesinado y otro exiliado), que se ha proclamado República y que está al borde de un conflicto civil, no encuentra la guerra europea apoyo social alguno. Esa impopularidad se contagia a unos soldados subordinados a oficiales británicos, que los tratan con desdén y desconfianza. Por si fuera poco, en la zona del frente que cubren les toca soportar algunos embates brutales del ejército alemán.

Mientras los gobiernos (más bien desgobiernos) se suceden en Portugal y sus soldados mueren en Flandes, la Virgen se aparece a tres niños analfabetos para transmitir un mensaje de calamidades y catástrofes si la Humanidad no

se enmienda, endereza sus pasos e ingresa nuevamente en el redil de la Iglesia.

¿Qué grave motivo mueve a la Virgen a abandonar su morada celestial para encaramarse a una encina y aparecerse de esa guisa a unos pastorcillos en una remota y atrasada región de Portugal? O, afinando más, ¿qué motivo mueve a la Iglesia a respaldar esta aparición de la Virgen y a darla por buena?

Examinemos los antecedentes. En 1910, Portugal se ha proclamado una República liberal laica que suprime los privilegios de la Iglesia, rompe relaciones con la Santa Sede, expulsa a los jesuitas y amenaza los seculares privilegios del clero promulgando leyes laicas.

La Iglesia se siente perseguida. Natural.

Ya se sabe que la Iglesia reacciona malamente y se pone como Dios en el Sinaí cuando le tocan el bolsillo o le restan privilegios seculares.

La Iglesia portuguesa se defiende del Gobierno laicista predicando contra la República y amenazando a las masas de ignorantes campesinos (que son mayoría) con los tremendos castigos del infierno que aguardan a los ciudadanos de una República liberal[268]. Para certificar todo eso, en 1917 se aparece la Virgen anunciando castigos apocalípticos si la Humanidad (o sea, el Gobierno laicista) no se enmienda.

La aparición despierta tal entusiasmo entre los desmoralizados católicos que, pocos meses después, una revolución de signo religioso (y derechista) aúpa a la presidencia de la República a un católico fervoroso, Sidónio Pais, que, en cuanto se ve dueño del Boletín Oficial, abole gran parte de las disposiciones anticlericales del anterior Gobierno y restablece las relaciones con la Santa Sede.

Seis años más tarde, en lo que podríamos considerar una segunda fase de la estrategia divina, un golpe militar acaba con la Primera República e implanta el *Estado Novo* de Oliveira Salazar, una dictadura cuasi fascista pero muy católica que perdurará hasta 1974. Oliveira Salazar, el hombre designado por la providencia, es católico ferviente, casi un cura laico[269].

Por un designio inescrutable del Altísimo, dos de los tres pastorcillos analfabetos a los que se aparece Nuestra Señora de Fátima, Jacinta y Francisco, mueren pronto, dejando la exclusiva del prodigio en manos de Lucía, «una chica de escasas luces, fácilmente manipulable» de la que se apropia la Iglesia hasta su muerte para hacerla declarar lo que parezca oportuno en cada momento.

La Virgen de Fátima (estampa hacia 1930).

Ahora la última noticia es que el papa Francisco va a recuperar a aquellos dos olvidados pastorcillos y los declarará santos, pues al parecer se ha probado un milagro ocurrido por su intercesión.

Nunca es tarde si la dicha es buena.

90
LA FÁTIMA ESPAÑOLA, MALOGRADA POR CULPA DE LOS BILBAÍNOS

Sigamos con lo de las apariciones marianas porque, en el mundo desnortado en que vivimos, es un tema más serio y preocupante de lo que parece.

En junio de 1931, cuando las Cortes españolas están discutiendo los términos de una Constitución laica y las cenizas de las iglesias incendiadas durante los desórdenes recientes están todavía calientes, la Virgen se aparece a dos niños en Ezquioga (hoy Ezkio-Itsaso), un caserío vasco donde el padre de los críos agraciados regenta una taberna de carretera[270].

La Virgen de Ezquioga se aparece en un momento crucial, cuando la Iglesia española se siente acosada por la República laicista[271]. Evidente.

Uno no quiere ser mal pensado, pero la oportunista aparición de la Virgen parece obedecer a un plan que anteriormente se había ensayado felizmente en la vecina Portugal. ¿Por qué no iba a ocurrir algo parecido en España, si los dos países comparten una carcunda episcopal pareja?

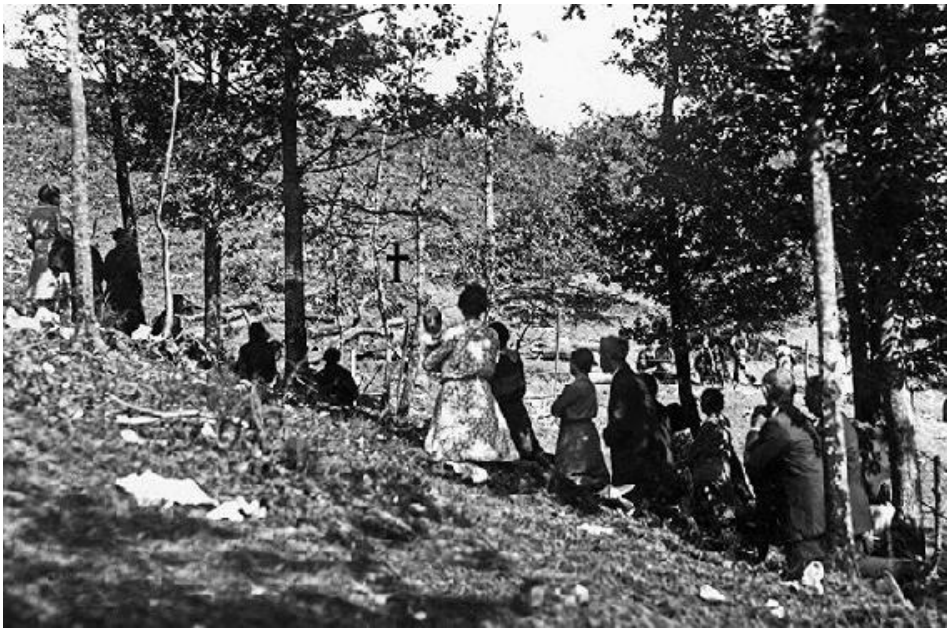
A la luz de los sucesos de Portugal, el motivo de la aparición de la Virgen en Ezquioga queda claro: Nuestra Señora repite en España la operación que tanto éxito le ha deparado en Portugal. ¡La Virgen baja del cielo para auxiliar a su atribulada hija, la Iglesia española, en la reconquista del terreno perdido! [272].

La Virgen de Ezquioga muestra cierta habilidad transformista. En una de las visiones, que causa hondo impacto en la España católica, aparece enlutada, «con las manos cortadas y llenas de sangre». En otra, con dos espadas, «una atravesada en el corazón y otra, ensangrentada, en la mano izquierda». En la mano derecha lleva un pañuelo teñido en sangre. «Al

preguntarle por qué tenía tanta sangre, y si era por nuestros pecados, ella me contestó que sí», confesó la niña vidente.

El planteamiento es impecable: nuestra Madre Celestial sufre por la situación de España, por el laicismo imperante y por la inmoralidad desatada. ¡Nuestra Señora anima con su presencia a los acogotados católicos para que, reagrupados bajo su manto, reconquisten el terreno perdido!

En la entrañable Vasconia, la región más tardíamente cristianizada de la Península, existen más sacerdotes que parroquias y la fe católica se manifiesta con singular reciedumbre. Al reclamo de la Virgen aparecida concurre al lugar del prodigio una muchedumbre de devotos. El espectáculo de la fe es conmovedor: vahídos, desmayos, ojos en blanco y todo eso.



Las apariciones de Ezquioga.

También en el resto de la España católica las apariciones vascas concitan una ola de entusiasmo, como Fátima las había concitado en Portugal. Lástima que el esperanzador paralelismo entre los dos fenómenos marianos se torciera en este punto.

Todo se va al garete en menos de un mes.

Hemos visto que Fátima ha significado la voladura controlada de una República laica. La Providencia se ha servido para aquella operación de tres niños videntes que la Iglesia controló y dirigió en todo momento. En

Ezquioga, la Providencia intenta reproducir lo de Portugal, pero se excede con el explosivo (hablo en metáfora, naturalmente), y a los pocos días de la primera aparición de la Virgen ya se cuentan lo menos doscientos videntes. Con aquella jaula de grillos, todos hablando en nombre de la Virgen, el fenómeno se vuelve ingobernable.

No es por criticar a los vascos, a los que aprecio y admiro, pero es que todo lo hacen igual. Lo mismo te ponen un chuletón de kilo y medio que no hay cristiano que se coma (como no sea de Bilbao) que te montan una aparición de la Virgen con trescientos videntes. Los tres de Fátima les parecen pocos. Aquí somos de Bilbao: tienen que ser trescientos.

Un desmadre.

Los incontrolables videntes de Ezquioga actúan en función continua (lo que resta credibilidad y devoción, ya que lo poco gusta, pero lo mucho cansa). Compiten entre ellos por ver quién ejecuta mejor el numerito de caer en éxtasis y arrastrarse por el suelo, los ojos vueltos, el belfo tembloroso y ensalivado, antes de emitir, con voz impostada, unas veces cavernosa, otras atiplada, las presuntas palabras de la Virgen o incoherentes discursos en lenguas desconocidas (¿arameo quizá?).

Muchos videntes se atienen al esquema clásico de los mensajes marianos[273], pero otros transmiten mensajes difícilmente homologables. Aquello se convierte en la casa de Tócame Roque. Cualquier palurdo exhibicionista o pícaro se considera facultado para recibir mensajes de lo alto. Aristócratas y personas pudientes llegadas en automóviles con chófer de uniforme halagan a los videntes, los recogen en los caseríos y los conducen al tablado de las apariciones. Algunas señoras de la alta sociedad se precian de mantener su vidente privado y lo sobornan con halagos y regalos para que alcance de la Virgen revelaciones particulares. A algunos los llevan a sus mansiones de San Sebastián o Bilbao para exhibirlos en sus fiestas de sociedad.

O sea, un total descontrol.

Ezquioga se llena de excursionistas, de curiosos y de periodistas. La prensa (especialmente la vasca y la catalana) magnifica las apariciones. El prodigio se politiza: grupos derechistas y tradicionalistas utilizan las apariciones para socavar las disposiciones laicistas de la República. Algunos videntes, quizá orientados por sus protectores, declaran que la Virgen «tenía fe en la raza

vasca»[274]. Ya salió el ADN mitocondrial vasco. Otros juran que la Celestial Señora porta en la mano ¡un ejemplar del Estatuto de Estella!

En su advocación separatista, la Virgen de Ezquioga cobija también bajo su manto a los nacionalistas catalanes, hermanos igualmente sojuzgados por la tiranía española. La *ikurriña* y la *senyera* enlazadas a los pies de la Virgen libertadora. De Barcelona llegan autobuses de devotos atraídos por los mensajes favorables a su causa que Nuestra Señora transmite a través del vidente José Garmendia (al que conducen ante el presidente Macià para que le entregue en mano un mensaje personal que la Virgen le dirige)[275].

Otra vidente, Benita, no quiere ser menos y declara que la Virgen había prometido ¡librar del purgatorio a los catalanes que acudan a Ezquioga![276]. Para compensar, tampoco faltan revelaciones de Nuestra Señora de sesgo netamente españolista.

Al reclamo del negocio acuden fotógrafos y feriantes, que instalan junto a la campa de las apariciones sus puestos de postales, medallas y escapularios, leche y mostachones y *souvenirs*.

El padre de los niños que vieron a la Virgen por vez primera no da abasto a servir bocadillos y bebidas en la taberna que regenta.

En Ezquioga se reúnen muchedumbres de devotos y curiosos en la oscuridad de la noche (pues Nuestra Señora es noctámbula y prefiere manifestarse de noche). La oscuridad y el follaje del entorno favorecen la conculcación del sexto mandamiento. Incluso se producen preñeces de videntes seducidas por sus consejeros y protectores.

En suma: un disparate. Se han desvirtuado las apariciones. No era esto lo que convenía a la Iglesia[277]. Varios médicos consultados por el obispo, entre ellos el famoso jesuita padre Laburu[278], declaran que las apariciones eran falsas y que los videntes son locos o pícaros. El obispo Mateo Múgica remite a Roma un informe negativo. En 1934, el Santo Oficio (o sea, la Inquisición pontificia) desautoriza las visiones (que ya han degenerado en espectáculo de feria, con los videntes sobreactuando y rivalizando entre ellos). Finalmente, el gobernador civil de Guipúzcoa acaba con el espectáculo: encarcela a unos videntes, interna a otros en el manicomio, cerca con alambre de espino la campa donde se aparece la Virgen y destaca a un piquete de la Benemérita para que impida el acceso de los devotos.

La Virgen, escarmentada, deja de aparecerse.

¿Por culpa de los bilbaínos?

Sí señor, por su culpa. No se conformaron con dos o tres videntes manejables como en todas las apariciones marianas anteriores. No, ellos tenían que ser más: doscientos, trescientos videntes…, los que haga falta. Aquello no se pudo controlar y, naturalmente, dieron con el santo en tierra.

No perdamos la esperanza. ¿Quién sabe si el día menos pensado la Virgen se aparece de nuevo?

Una vidente de Ezquioga.

Que no sea en época de setas, por favor, que los bosques de la entrañable Vasconia se llenan de *ondo biltzailes* y volveremos a tener trescientos bilbaínos reclamando protagonismo. Mejor que lo haga en plan intimista, sin demasiados efectos especiales, y escoja sólo una persona para transmitirle el mensaje. Lo suyo sería que se le apareciera sobre un nogal al padre Xabier Arzalluz S. J. (a él le encanta recoger las nueces).

91
EL MILICIANO MUERTO ESTABA BIEN VIVO

Hoy los tiempos adelantan que es una barbaridad y una nueva ciencia auxiliar se ha incorporado últimamente a la historia: la fotografía.

A menudo, el documento fotográfico resulta el más fiable, porque se limita a captar una escena con absoluta indiferencia (aunque, ciertamente, es el fotógrafo el que decide qué captar, con toda la ideología que puede caber en su elección).

Existen algunas fotos que se han hecho emblemáticas de determinados acontecimientos y que, sin embargo, son falsas, o sea, posados o retocados. En las líneas que siguen nos proponemos examinar algunas.

La primera es, sin lugar a dudas, la más representativa de la Guerra Civil española e incluso, si me apuran, el icono representativo de las guerras de nuestro tiempo. Su autor, el fotógrafo americano Robert Capa, la tituló *Muerte de un soldado republicano en Cerro Muriano, 5 de septiembre del 36.*

La foto se ha hecho universalmente famosa: un hombre alto y seco, amojamado y moreno, vestido con mono blanco, correajes y cartucheras negros, calzado con esparteñas, acaba de recibir un balazo y va a caer de espaldas flexionando las rodillas, como si estuviera sentado en el aire, el brazo extendido, todavía tocando su fusil con la punta de los dedos.

La foto se publicó por vez primera en un reportaje sobre la guerra española en una revista francesa, e inmediatamente se reprodujo en la prensa de todo el mundo debido a su dramatismo[279].

Después de la guerra, la fotografía se dio por legítima hasta que comenzaron a surgir ciertas dudas. Otra foto del mismo reportaje muestra a

otro miliciano mortalmente alcanzado por una bala en exactamente el mismo lugar del anterior, a la misma hora y con el mismo encuadre fotográfico. ¿No es mucha casualidad? Da la impresión de que Capa se hallaba instalado con su Leica en una trinchera y los milicianos, convenientemente aleccionados, llegaban hasta el borde y se dejaban caer fingiendo haber sido alcanzados por una bala. O sea, un posado.

En 1975, el libro de Phillip Knightley *The first Casualty: Crimea to Vietnam* reproducía el testimonio del periodista británico, O. D. Gallagher, al que el propio Capa le confesó que su famosa foto era lo que hoy conocemos como un posado: «[…] un oficial republicano les dijo que iba a ordenar a varios soldados que fueran con Capa a unas trincheras cercanas y que podían escenificar unas maniobras para que las fotografiasen».

Ante esa comprometedora prueba, los defensores de la legitimidad de la foto argumentan que, aunque es verdad que los milicianos estaban posando (como demuestran las fotos de la misma sesión), de repente se vieron atacados por los regulares de Sáenz de Buruaga. El miliciano en cuestión murió en el tiroteo que interrumpió la representación.

¿No parece demasiado rebuscado?

En 1995 un historiador local de Alcoy, Mario Brotons, identificó al miliciano muerto como su paisano Federico Borrell García, que cayó en el frente de Córdoba por aquellas fechas. La aventurada identificación cundió entre los mitómanos y, sin mayores pruebas, se acepta que el muerto de la foto es Federico Borrell García, alias *El Taino*, natural de Benilloba (Alicante), de veinticuatro años de edad, de oficio tejedor, militante de la organización anarquista CNT y un poco locuelo en la opinión de los que lo trataron.

Existe, sin embargo, el testimonio de un camarada de Borrell, aparecido en la revista anarquista *Ruta Confederal* en 1937, que prueba que murió en circunstancias distintas: «Le veo tendido detrás del árbol que le servía de parapeto […]. Aún después de muerto empuñaba su fusil». En 2008, un documental de investigación probó lo aleatorio de la identificación del miliciano Borrell[280].

A poco que se examinen las razones a favor y en contra se deduce que la famosa foto de Capa es lo que técnicamente se denomina un posado. Incluso se ha identificado el lugar, tras analizar el paisaje del fondo, y resulta que corresponde al paraje llamado Haza del Reloj, un sector del frente calmo y

tranquilo, en el término de Espejo (Córdoba). El hombre supuestamente fulminado por la bala pertenece a un grupo de milicianos que se prestó jovialmente a escenificar para el fotógrafo el asalto a las posiciones enemigas[281].

La foto del miliciano muerto no es la única falsedad en la vida del joven Capa. En realidad no era americano, ni se llamaba Robert Capa, sino un judío húngaro llamado André Friedmann que emigró a París en busca de libertad y oportunidades. Allí conoció, en la primavera de 1936, a otra judía emigrada, la polaca Gerta Pohorylle. Se enamoraron y decidieron romper con el pasado adoptando una nueva identidad y consagrarse a una nueva y peligrosa profesión, fotógrafos de guerra. Él se llamaría Robert Capa y ella Gerda Taro.

Las fotos que enviaban a las agencias las firmaban simplemente con el nombre de Capa; para las agencias, un fotógrafo americano. Por eso muchas de las atribuidas a Capa deben de ser, en realidad, de Gerda Taro, en especial aquéllas en las que retrata a mujeres y niños. Son conmovedoras las fotografías en las que el enamorado Capa retrata a Gerda dormida, en pijama, en la cama revuelta, o agotada en un descanso de los combates, apoyada en una señal kilométrica, al borde de cualquier carretera.

Para rematar lo romántico de la historia, los dos morirían jóvenes y en el ejercicio de la profesión que tanto los unía: ella, en la guerra de España, atropellada por un carro de combate republicano; él, en la de Indochina, al pisar una mina.

Nuestra segunda foto falsa corresponde al histórico encuentro de Franco y Hitler en la estación fronteriza de Hendaya el 23 de octubre de 1940. La prensa española de los días siguientes dedicó amplio espacio a la entrevista del Caudillo y el *Führer,* subrayando que los dos líderes se entendieron maravillosamente. En la abundante ilustración fotográfica que acompañó a los reportajes, Franco aparece algo superado por el momento histórico que está viviendo, los ojos cerrados y las manos tensas, aparte de que en los planos de cuerpo entero destaca mucho su exigua estatura.

La censura retiró estas fotos —demasiado tarde— y las sustituyó por otras trucadas. En las fotografías auténticas, el Caudillo luce en el pecho una condecoración que el *Führer* le otorgó tiempo atrás, la Cruz del Águila Alemana. Por el contrario, en las fotografías amañadas que distribuyó la agencia EFE, Franco aparece ufano y seguro de sí mismo, dominador de la situación, y luce en el pecho la Medalla del Mérito Individual, una

condecoración muy española. Conscientes de que con retoques no se arreglaba el problema, los artesanos autores de la chapuza recurrieron a recortar la figura de Franco en otras instantáneas tomadas en ocasiones anteriores y la pegaron en la foto de Hendaya al lado de Hitler.

Pasemos ahora a la tercera fotografía. En el curso de la batalla del Pacífico, durante la Segunda Guerra Mundial, los marines norteamericanos arrebataron a los japoneses Iwo Jima, una isla volcánica de ocho kilómetros de largo por cinco de ancho, sin apenas vegetación ni agua. De hecho, su nombre significa «isla del azufre», porque presenta algunas sulfataras que exhalan vapores venenosos.

La imagen de Franco se ha recortado de otra foto y se ha pegado en la de Hendaya.

Para el asalto final, los norteamericanos enviaron una fuerza de un cuarto de millón de hombres, doce portaviones, ocho acorazados y más de cien buques menores. En la preparación previa al asalto, oleadas de B-17 sembraron la isla de bombas explosivas y de napalm, y la artillería naval machacó concienzudamente los enclaves que parecían más idóneos para la resistencia japonesa. Sólo entonces lanzaron los buques sus lanchas de desembarco y comenzó la parte más encarnizada de la batalla, cuando los japoneses salieron de sus profundos refugios para enfrentarse al invasor con fe suicida.

El quinto día de lucha, 23 de febrero de 1945, a media mañana, los norteamericanos ganaron la cumbre del monte Suribachi, el punto más alto de la isla. Tres marines se apresuraron a ondear la bandera americana, instantánea que fue captada por el fotógrafo de la revista *Leatherneck*, Louis R. Lowery, que acompañaba a las tropas.

En ello estaban cuando, de repente, emergieron varios japoneses de uno de sus túneles disimulados y abrieron fuego sobre los americanos. Durante el combate, una granada japonesa dañó la cámara de Lowery, pero, afortunadamente, no afectó a la película y la histórica foto pudo salvarse. Eliminados los japoneses, nuevos marines alcanzaron la cumbre con una bandera de mayores dimensiones y un mástil más adecuado (el de la primera se había improvisado con un trozo de tubería japonés) y levantaron esta segunda bandera, acción que fue inmortalizada por el fotógrafo Joe Rosenthal.

En este caso, la fotografía no es falsa, pero le ha arrebatado el mérito a la primera fotografía que el Alto Mando prefirió ocultar porque era menos vistosa. De hecho, no se publicó hasta dos años después de terminada la guerra.

La instantánea oficial le valió a Rosenthal el premio Pulitzer y se convirtió en la imagen icónica de la guerra del Pacífico. Ha merecido ser reproducida en bronce en el Memorial de los Marines del Condado de Arlington[282].

BANDERA ROJA SOBRE EL REICHSTAG

Pasemos a la cuarta fotografía, la más famosa de la guerra en el frente europeo, la que representa la caída del régimen nazi. Dos soldados rusos colocan una bandera roja en la cornisa del edificio del Parlamento berlinés, el Reichstag.

Stalin, el zar rojo, había acumulado en el cerco de Berlín dos millones y medio de soldados soviéticos y presionaba a sus generales para que lo conquistaran, sin ahorrar sangre, antes del Primero de Mayo, en cuya fiesta quería anunciar al mundo que la bandera roja ondeaba sobre el edificio más emblemático de Berlín (al menos para él).

Los oficiales arengaron a sus hombres advirtiéndoles de que el que plantara la bandera roja sobre el Reichstag sería héroe de la Unión Soviética.

Sucesivas oleadas de infantes rusos atacaron el Reichstag, que era defendido tenazmente por una tropa miscelánea compuesta por fanáticos soldados de las Waffen SS, muchachos de Juventudes Hitlerianas, marineros de la Kriegsmarine y restos de otras diversas armas.

Después de un baño de sangre que dejó cientos de muertos en el entorno y en las dependencias del edificio, la bandera de la victoria ondeó finalmente a las 22.00 horas del 30 de abril de 1945, sobre las ruinas de Berlín. La izaron los sargentos Melitón Kantaria y Mijaíl Yegórov, momento que inmortalizó el fotógrafo Yevgueni Jaldéi, de la agencia de prensa TASS, con su cámara Leica III.

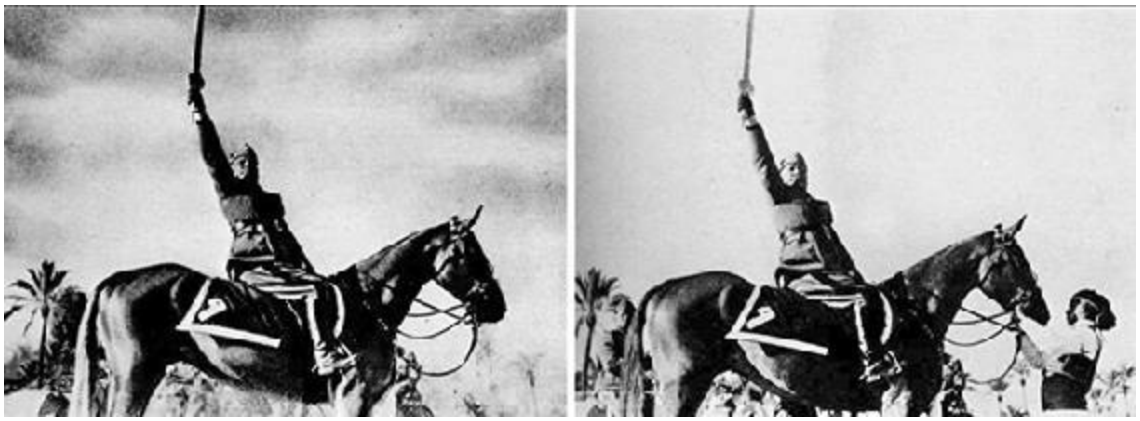
Según otra versión, hubo una primera bandera clavada a la altura del segundo piso por el soldado Mijaíl Petrovich Minin, a las 22.40 horas del 30 de abril, cuando todavía se combatía en el interior del edificio, pero la propaganda soviética prefirió construir un posado más espectacular, en el que se viera la bandera ondeando sobre las ruinas de Berlín, y se dispuso un nuevo escenario con los dos sargentos, Kantaria, georgiano, y Yegórov, ruso, como protagonistas. Esta fotografía se habría tomado el día 2 de mayo, ya cesados los combates, por lo que se retocó añadiéndole al fondo dos columnas de humo.

La fotografía apareció por vez primera el 13 de mayo en la revista *Ogonyokse* y pronto se hizo tan popular como la de los norteamericanos de Iwo Jima. Es de notar que, además de posada, la foto fue retocada. Examinada cuidadosamente la épica instantánea, se observaba que el soldado que ayudaba al abanderado lucía dos relojes, uno en cada muñeca.

El soldado con los dos relojes en el Reichstag.

¿Dos relojes? ¿Tan puntual era el mílite? No precisamente: los relojes constituían una de las presas favoritas de los saqueadores rusos. Para la distribución internacional de la foto quedaba feo que evidenciara el afán saqueador de los héroes soviéticos. La fotografía se retocó convenientemente para que uno de los dos relojes desapareciera y se distribuyó de nuevo. Posteriormente se ofreció una explicación plausible que descarta el saqueo: uno de los dos relojes era, en realidad, una brújula, instrumento muy útil para moverse por el campo de batalla. En cualquier caso, se había preferido censurarla para evitar malentendidos y su explotación propagandística por la corrosiva prensa capitalista occidental.

Para terminar con la censura podríamos añadir ciertas fotos de Mussolini que nunca se dieron a la estampa porque el protagonista no aparecía lo suficientemente hercúleo y dominador, o las que se retocaron para causar el efecto adecuado, como ésa en que está a caballo altivo como un *condottiero* ocultando que un auxiliar mantiene al équido sujeto por las riendas. Otro tanto podríamos decir de las de Franco tenista en ridícula postura que sólo salieron a la luz muchos años después de muerto el Caudillo.



Mussolini victorioso a caballo mientras el mozo de establo le sostiene el animal.

92
MANOLO EL SERENO Y LOS SANTOS LUGARES DE LA SIERRA SUR

Estaba la mañana fría a pesar del solecico invernal que caldea y no quema cuando atravesé el pueblo jiennense de Frailes (así se llama por los calatravos que conquistaron la región a los moros) y, remontando la serpentina corriente del río de las Cuevas, aparqué junto a la puerta del cementerio.

La verja estaba abierta. Atravesé el umbrío zaguán, al que se abre la sala de las autopsias con su frío mármol, y salí al patio de los cipreses.

No me fue difícil dar con el nicho que guarda los restos de Manolo el Sereno, amigo antiguo, de los que lo siguen siendo después de muertos, al que tengo por costumbre pagarle cada año una visita que sé que allá donde esté agradecerá, porque él era un hombre muy cumplido y yo no estoy muy seguro de que no exista la otra vida para personas como él.

Manolo el Sereno era menudo y enjuto, servicial y amable, listo como un gorrión y pícaro. Tenía una legión de amigos a los que juntaba en el jardín de su casa para beber vino del terreno y degustar el remojón, una estupenda ensalada que por allí se estila.

Era Manolo el Sereno bien parecido y tendente a extremar sus cariños con las damas, especialmente con las abundosas. Dígalo Sara Montiel, huésped ilustre de su casa a la que rescató de un encierro (la manija de la puerta atorada) subido en una escalera de mano, como un trovador.

Manolo el Sereno no era rico, pero tampoco pobre. Con el tiempo y mucho trabajo en muy variados menesteres había juntado unas olivillas y una casa con jardín y huerto en el mejor sitio del pueblo, sobre la peña que mira al río.

O sea, no era mal partido, después de todo, pero nunca quiso casarse y siempre vivió con dos hermanas solteronas, menos agraciadas que él. Ahora que fallecieron puedo decir que eran francamente feas. Eran su familia.

El secreto de su soltería me lo comunicó un día en que, raro en él, lo encontré un poco melancólico. Es que siempre estuvo enamorado de una señorita de su pueblo a la que no pudo aspirar cuando mozo porque era pobre y analfabeto. Toda la vida le guardó ausencias y ella nunca supo de ese amor, pero él se hizo amigo de un hijo y con ese pretexto cada año le enviaba una caja de picotas de su huerto.

Manolo el Sereno empezó de niño yegüero después de la guerra, en los años del hambre. Con el tiempo aprendió a leer sin haber ido a la escuela, e incluso se hizo con un buen número de amigos escritores a los que agasajaba en su casa y regalaba con aceite fabricado por él en la almazara más pequeña del mundo, como que la había instalado en el hueco de la escalera. La había construido con ingenio y chatarra vieja. El moledero era un barril de cerveza accionado por el motor de una lavadora.

Manolo seguía siendo muy andariego a sus ochenta años, aunque ya no se descolgaba de una soga desde el jardín de su casa para tomar unos vinos con sus colegas en el bar del pueblo, instalado en una cueva (Bar la Cueva). De su mano conocí la Sierra Sur de Jaén, bellísima comarca serrana que fue tierra fronteriza en la Edad Media.

Manolo el Sereno en la fábrica de aceite más pequeña del mundo.

Esta misteriosa comarca, de aguas medicinales, cerezas prodigiosas y vinos mejorables, ha producido dinastías de curanderos y maestros espirituales cuyos santos lugares son todavía objeto de peregrinación popular.

Aparte de los valores paisajísticos, culturales y gastronómicos de la región, vigentes todo el año, procuraba no perderme mi anual visita en la fiesta de los santos y los difuntos para hacer la ruta de los curanderos de la mano de Manolo el Sereno.

El santo o curandero más antiguo de la Sierra Sur del que tenemos noticia es Luisico Aceituno Valdivia (1835?-1911), campesino analfabeto que impartía consejo y consuelo en un cortijo de Cerezo Gordo, junto a la fuente La Negra.

El cortijo está hoy cerrado y deshabitado, pero se abre y acondiciona cada año para celebrar la velada del santo el día de san Luis, por agosto. Los devotos pasan la noche entre rezos y conversaciones en la cocina-santuario del cortijo, presidida por el retrato de Luisico y profusamente decorada con imágenes religiosas, exvotos y flores de trapo.

Luisico Aceituno le transmitió la «gracia» al santo Custodio.

Custodio Pérez Aranda (1885-1961), hombre de pocas palabras, analfabeto, creyente en el Cristo de Lecrín y en la Virgen de la Cabeza, es el más famoso de la saga. Se dice que se le apareció la Virgen como a san Isidro, cuando araba el campo, y le comunicó que tenía una noticia buena y otra mala. La mala era que le iba a ocurrir una gran desgracia; la buena que el sufrimiento le atraería un don del cielo.

Ese mismo día, cuando regresó del trabajo, se encontró que su mujer y su hija de pocos años habían perecido en el incendio de su humilde choza. El don del cielo que recibió a cambio de tan extremada penitencia fue el poder de curar las más variadas afecciones mediante imposición de manos.

Digo afecciones y aludo no sólo a enfermedades, sino a las pasiones de ánimo, tan frecuentes en la Sierra Sur, donde la tasa de suicidio triplica la española y duplica la europea[283].

Los devotos del santo Custodio peregrinan a la aldea de Hoya del Salobral, cercana al pueblo de Frailes, donde, en el cerro de la Mesa, un paraje agreste de las afueras, hay una angosta cueva, casi una madriguera, a la que Custodio se retiraba a meditar. Los creyentes de los pueblos del entorno han edificado allí hasta una docena de casas de hermandad (como en los santuarios del Rocío o de la Virgen de la Cabeza) y una capilla que se abren de par en par el

día de la romería a la que concurren algunos miles de personas con más fe que folklore, todo sea dicho en honor a la verdad, y el mismo buen apetito que abre un día de campo.

La modesta casa familiar de Custodio, hoy convertida en santuario, la enseña por la propina un hijo del santo, que permite sentarse en el asiento de Custodio a los visitantes dolientes o necesitados de consuelo.

A la muerte del santo Custodio, heredó la «gracia» Manuel López Cano (1912-1984), el santo Manuel, humilde labrador natural de la aldea de Los Chopos.

Las tumbas del santo Custodio, en el cementerio de Noalejo (en la N-323, desvío de Noalejo), y la de su sucesor, el santo Manuel, en el cementerio de la aldea de Ventas del Carrizal (carretera de Martos a Alcalá la Real), se han convertido en lugar de peregrinación al que acuden decenas de pacientes el día de difuntos. Como dice un romance de ciego: «Aquí están mis oraciones. / Cúmplanse mis sentimientos: / mi vida será sonada / después de haberme yo muerto».

A la muerte del santo Manuel (1984), diversos santos de la Sierra Sur se disputaron la sucesión, que esta vez no estaba tan clara. Uno de ellos, Manuel Miranda, natural de Martos, un buscavidas que había sido sucesivamente camarero, jornalero, delineante y panadero, y hasta cantante vocalista de feria, instaló su santuario de ladrillo y uralita en Fuenlabrada, Comunidad de Madrid, en la tierra de promisión escogida por los tradicionales clientes de la santería, en su emigración de los años recientes. Allí vendía estampas y un libro autopromocional: *El santo Custodio y yo*. Al igual que sus devotos, Manuel Miranda había aceptado la modernidad y en su consulta suburbial recurría al agua de grifo a falta de manantial.

El santo Miranda era un santo resabiado por el contacto con la gran ciudad y la vida suburbial, el santo de la pobreza transferida a las afueras habitadas por gente muy humilde, de nivel cultural muy bajo. Murió en 1997 y todo parece indicar que la dinastía no tendrá continuador.

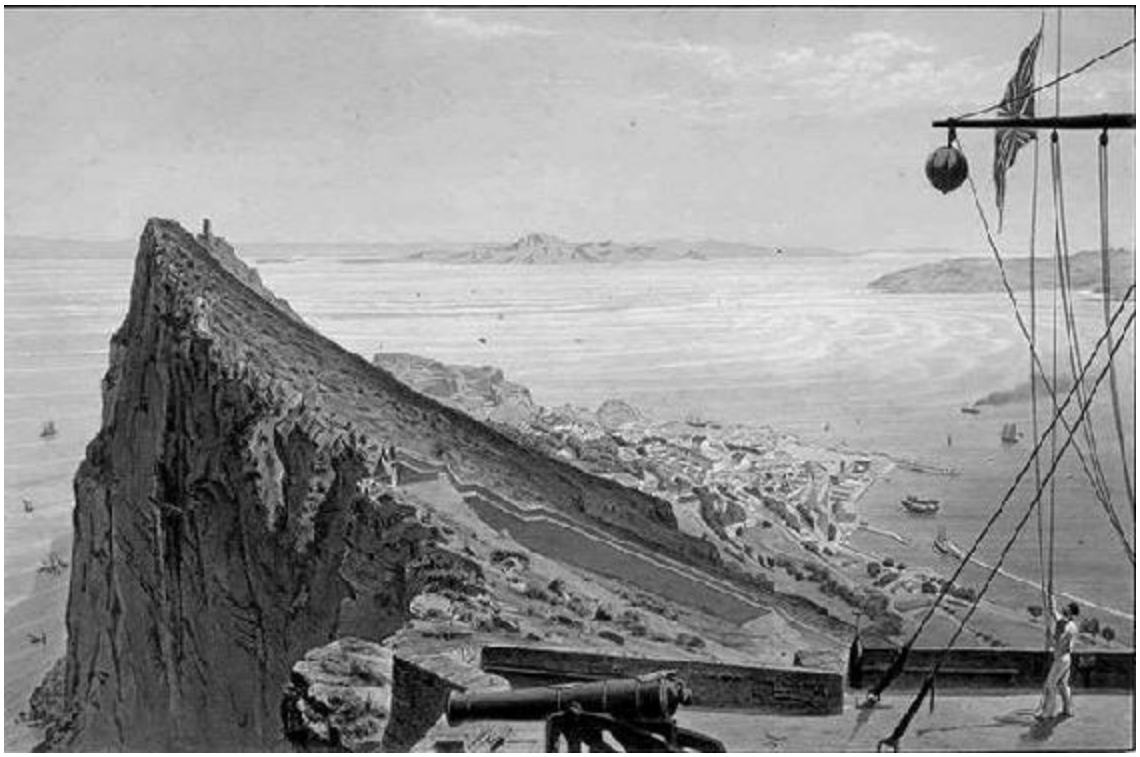
Es que el mundo moderno, con tantas rarezas, no se presta a las cosas del espíritu, decía Manolo el Sereno.

93
EL TITULAR DE PRENSA QUE NUNCA LEÍMOS: «¡FRANCO RECUPERA GIBRALTAR!»

Año 1940. La Guerra Mundial está resultando un cómodo paseo militar para los ejércitos del Eje, esos pueblos viriles que se enfrentan a las podridas democracias liberales. Derrotada en Francia, Inglaterra ha evacuado a su ejército en Dunquerke y ahora sufre el acoso de la aviación germana mientras que su tráfico marítimo está amenazado por los submarinos. No se sabe cuánto aguantará. Probablemente, no mucho.

Se tiene la impresión de que la pérfida Albión está a punto de colapsar. Es cuestión de días, de semanas como mucho, que las victoriosas tropas de la Werhmacht desfilen al paso de la oca por Trafalgar Square[284].

En Madrid comprenden que es el momento de asaltar el peñón de Gibraltar, usurpado por los ingleses en 1704, y recuperarlo aprovechando que Inglaterra, comprometida en la protección de sus islas, no está en condiciones de defenderlo.



Gibraltar en una litografía del siglo XIX.

Gibraltar es objetivo prioritario de la «Nueva España» de Franco. El Caudillo y sus generales planean el asalto de la colonia inglesa. El 26 de junio, ochenta soldados de infantería y sus equipos salen de Sevilla en treinta camiones Chevrolet para una misión secreta. Van a ocupar y acondicionar los cuatro cortijos del Campo de Gibraltar (Las Mesas, La Peñuela, Jédula y Jedulilla), donde se almacenarán toneladas de municiones de calibre mediano y grueso (del 7,5 al 30).

Durante el mes siguiente llegan a la estación de Jerez de la Frontera, siempre de noche, con fuerte escolta militar, hasta dieciséis trenes de suministros procedentes de distintos depósitos de munición de España. Con la estación acordonada por la policía militar y desalojada de personal civil, las cajas se trasvasan a los Chevrolet, que las transportan a los cortijos antes de que amanezca.

El 18 de julio de 1940, aniversario del Glorioso Alzamiento, Franco pronuncia un vibrante discurso en el que reivindica, por vez primera, la españolidad de Gibraltar. La prensa del Movimiento se hace amplio eco. En la radio, exaltados comentaristas proclaman la españolidad de la Roca. Manifestaciones estudiantiles más o menos espontáneas se suceden a las

puertas de la embajada de Reino Unido. Los chicos corean «¡Gibraltar español!» y apedrean la representación diplomática. Cuentan con el apoyo entusiasta de diversos gremios artesanales, especialmente el de los cristaleros.

Franco recibe al coronel Nulli, de la misión militar italiana, y le explica la «Operación C» que prepara el Estado Mayor Central del Ejército: nada menos que el plan de conquista de Gibraltar, madurado por el propio Franco con los generales Vigón y Martínez Campos.

Sobre un gran mapa de holgada escala le explica la situación. Desde los emplazamientos más idóneos del Campo de Gibraltar, un equipo de técnicos españoles, dirigido por el teniente coronel Isasi-Isasmendi, ha tomado cientos de fotografías de la Roca. A partir de este estudio fotogramétrico se han identificado los emplazamientos de artillería, los depósitos de municiones, las comunicaciones y los nidos de ametralladoras que protegen Gibraltar.

No va a ser fácil. El enorme peñón calcáreo ha sido pacientemente horadado por los ingleses a lo largo de sus dos siglos de ocupación hasta completar unos 32 kilómetros de túneles. Cuando llegue el momento, la artillería pesada española, 236 bocas de fuego, distribuidas en varias líneas de casamatas en torno a la Roca, arrasará las defensas inglesas. Entonces, la infantería, apoyada con blindados, asaltará la colonia y devolverá a España lo que es suyo.

La operación artillera queda a cargo del máximo especialista español, el general de brigada de Artillería Pedro Javenois Labernade; las tropas de asalto estarán al mando del general Muñoz Grandes. Todo está minuciosamente preparado. Incluso la evacuación de la población civil del Campo de Gibraltar si fuera necesario emplear gas mostaza para rendir la Roca[285].

Parece llegada la hora de acabar con la afrenta de esa colonia extranjera incrustada en la sagrada tierra española. En las escuelas, cuando se recitan los puntos cardinales, los antiguos alféreces provisionales habilitados como maestros enseñan que «España limita al sur con una vergüenza», supeditando la descripción científica a la justa indignación patriótica.

La suerte de Gibraltar parece decidida. Sin embargo, pasan los días y, contra todo pronóstico, la Luftwaffeno termina de barrer de los cielos a los cazas ingleses. El *Führer* se ve obligado a espaciar sus ataques aéreos tras sufrir graves pérdidas.

Después de todo, parece que la fruta no estaba tan madura. Hitler descarta

la conquista de Inglaterra. En consecuencia, el asalto español a la Roca se aplaza *sine die*. Los polvorines secretos del Campo de Gibraltar se desmantelan en los meses siguientes.

Y hasta hoy.

94 *DULCE ET DECORUM EST PRO PATRIA MORI*

Uno de los rincones más bellos de la Península, un verdadero jardín botánico cuidadosamente asilvestrado al gusto inglés, era, o es, el Cementerio de San Jorge de Málaga, más conocido como Cementerio de los Ingleses.

Adolescente incomprendido, el que esto escribe huía del molesto bullicio de la playa de El Palo, Málaga, donde veraneaba la familia, para refugiarse en el Cementerio de los Ingleses. Allí pasaba las horas paseando entre las tumbas, descifrando borrosos epitafios, escribiendo versos, leyendo a Darwin en el ladrillo editado por Bruguera, rumiando amores imposibles, contemplando el mar…

Había en el Cementerio de San Jorge unas cuantas tumbas de pilotos de la RAF caídos por azar en tierra española. Se lo mencioné, años después, a una amiga inglesa empeñada en mostrarme las bellezas de su país, la señora June George, y ella me llevó al cementerio de Cannock Chase, en Staffordshire, donde reposan los cerca de cinco mil pilotos alemanes caídos en la batalla de Inglaterra y sus aledaños.

Me impresionó la paz del lugar. Bosquecillos de robles, algún que otro tejo, cielo azul surcado de pajarería y suaves colinas alfombradas de césped nítidamente mantenido sobre las que discurren las cerca de tres mil lápidas perfectamente alineadas e inscritas por las dos caras con el nombre y la graduación del difunto, uno a cada lado.

El cementerio está al cuidado de la Comisión Alemana de Tumbas de Guerra *(Volksbund Deutsche Kriegsgraberfursorge),* que atiende nada menos que 827 cementerios en 45 países.

Desde entonces he visitado algunos cementerios militares. El más impresionante es, quizá, el osario de Verdún, la batalla de la Gran Guerra en la que murieron unos setecientos mil soldados. Hoy, después de un siglo

transcurrido, aquella comarca es un bosque de orografía irregular en el que algunas placas recuerdan: aquí estaba Douaumont, aquí estaba Fleury, aquí el ayuntamiento, aquí la plaza, aquí la iglesia, aquí la escuela… arrasados por la artillería, aniquilados como si nunca hubieran existido.

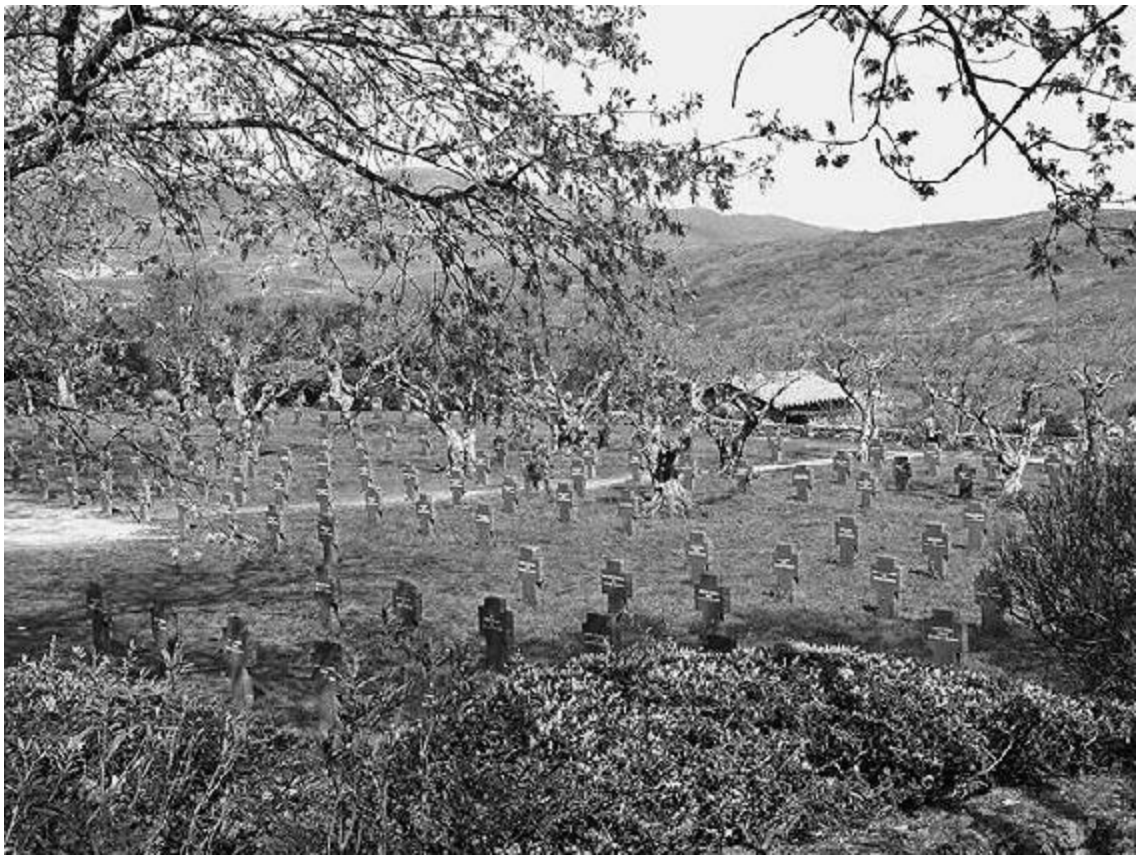
Se calcula que más de cien mil cadáveres siguen bajo la tierra torturada que los acogió. En el infierno de Verdún, cientos de miles de obuses desenterraban los cuerpos despedazados y volvían a enterrarlos. Barro y carne formaban una papilla nauseabunda que hedía a varios kilómetros de distancia.

Pasó la guerra, y aquellos campos no volvieron a cultivarse. Cuando llueve mucho afloran huesos que el servicio forestal recoge y deposita en el enorme osario, un túnel de 137 metros de largo con una torre de cincuenta metros de altura en forma de obús. En este lugar sobrecogedor descansan los restos de 130.000 soldados anónimos, franceses y alemanes. En la verde llanura circundante reposan los restos de otros 15.000 soldados que pudieron ser identificados.

En España, el mayor cementerio militar es el faraónico Valle de los Caídos, en el que hacen compañía a Franco, en columnarios y osarios, 33.872 combatientes de ambos bandos de la Guerra Civil (cifra oficial).

De los otros cementerios militares diseminados por la geografía nacional destaca el Cementerio Alemán de Cuacos de Yuste (Cáceres), a sólo 28 kilómetros de Plasencia, en el que el Gobierno germano ha reunido los restos de sus nacionales llegados a territorio español por los azares de las dos guerras mundiales. Son 26 militares de la Primera Guerra Mundial y 154 de la Segunda, entre marinos (la mayoría) y aviadores, cada cual con su cruz de granito en la que se ha inscrito nombre, graduación y fechas de nacimiento y muerte. Hay, además, otras ocho cruces dedicadas a *Ein Unbekannter Deutscher Soldat* («Un soldado alemán desconocido»).

¿Por qué precisamente en aquel apartado lugar de Extremadura, tan lejos del mar? Porque «Carlos I de España y V de Alemania» se retiró a vivir sus últimos años en el cercano monasterio de Yuste.



Cementerio Alemán de Cuacos de Yuste.

En Yuste descansan el sueño eterno los 38 tripulantes del submarino U-77, hundido en 1943 frente a las costas de Calpe por dos aviones británicos. Otros nueve supervivientes fueron rescatados por el pesquero *Peñón de Ifach,* cuyo patrón, Andrés Perles García, fue recompensado con la Cruz de la Orden del Mérito del Águila Alemana.

La *Volksbund Deutsche Kriegsgraberfursorge* prefirió dejar donde estaban a los pilotos de la Legión Cóndor que ayudó al bando nacional en la Guerra Civil. A espaldas de la capilla del madrileño cementerio de la Almudena, alineadas sus tumbas como para pasar revista, descansan los restos de ocho aviadores. El enterramiento se consagró el 3 de julio de 1942, con asistencia del embajador Eberhard von Stohrer; el ministro del Aire, general Juan Vigón, y el alcalde de Madrid, Alberto Alcocer. Su última incorporación fue la del piloto Helmut Felix Bolz, quien, tras sobrevivir a la guerra española y a la mundial (en la que derribó 56 aparatos enemigos), solicitó descasar junto a sus camaradas y fue sepultado aquí en 1967.

Mucho más monumentales son los cementerios militares italianos que guardan los restos de los caídos del *Corpo Truppe Volontarie,* enviado por Mussolini en apoyo de Franco. El principal es el Sacrario Militare Italiano de la iglesia de San Antonio de Padua en Zaragoza, un conjunto de templo y torre, en el más puro estilo futurista del fascismo italiano. La imponente torre de piedra está recorrida en su interior por una rampa que permite acceder a los columbarios en los que reposan, cada cual con su placa de mármol, los restos de unos tres mil difuntos.

En la carretera nacional N-623 que unía Madrid con Santander (hoy solitaria y casi obsoleta desde la apertura de la autovía de Reinosa), en el punto más alto del puerto del Escudo, asomada al embalse del Carconte, existe una pirámide de veinte metros de altura, de hormigón recubierto de placas calizas, réplica de la pirámide Cestia, en la vía Ostiense de Roma, en la que recibieron sepultura los 372 soldados italianos caídos entre el 15 y el 17 de agosto de 1937 en la conquista del puerto, dentro de la campaña de Santander.

Inauguración del cementerio del puerto del Escudo.

En 1939, Año de la Victoria, este desolado lugar, hoy cubierto de yerbajos y batido por los vientos, conoció los fastos, las banderas, los desfiles, los vibrantes discursos de la visita del ministro de Exteriores y yerno de Mussolini, conde Ciano. En la propia fachada del cenotafio campa una gigantesca «M» mussoliniana y la leyenda latina alusiva a la conquista del puerto del Escudo por los legionarios allí sepultados:

SCUTUM
ENSE
FRACTUM
IBI CONFREGIT POTENTIAS ARCUUM
SCUTUM
GLADIUM ET BELLUM

Hoy, pasados aquellos esplendores del fascismo, fusilado de espaldas Ciano y profanado el cadáver del propio *Duce* en la Piazza Loreto de Milán, el monumento pensado para la eternidad aparece vacío saqueado, sucio de pintadas y basuras. En su interior, al que puede accederse libremente porque la puerta ha sido forzada, vemos un columbario circular con los nichos vacíos, las lápidas destrozadas por el suelo, las escaleras que conducían a la cripta subterránea arrancadas. Los restos fueron trasladados hace años al osario de Zaragoza.

La pirámide en la actualidad.

A pocos kilómetros de la pirámide, prosiguiendo por la misma carretera, en el páramo de Bricia, antes de abandonar la provincia de Burgos, aparece otro singular monumento de la Guerra Civil: una estilizada águila de mármol con las alas plegadas como a punto de alzar el vuelo. La erigieron recién terminada la Guerra Civil para conmemorar la victoria del general Sagardia, que mandaba las tropas que conquistaron el puerto del Escudo. Al monumento, del más puro *art decó* mussoliniano, le falta la cabeza.

95
ESPAÑOLES EN EL BURDEL NAZI

En 1940, cuando Hitler y Franco coqueteaban con vistas a un posible matrimonio (hablo en metáfora, que conste), muchos falangistas españoles, más nazis que los propios nazis, fueron a Berlín en visitas de buena voluntad, en misión diplomática o simplemente invitados por el cojo racista Goebbels para encandilarlos con los logros del nazismo y tenerlos más obligados.

La boda (o sea, la alianza) entre Hitler y Franco no llegó a buen término, como es sabido, porque el astuto y ambicioso gallego exigía una dote desproporcionada (las colonias francesas en África).

En la jefatura nacional de Falange en Madrid, calle Alcalá 35, había bofetadas cada vez que se hablaba de componer el séquito que debía acompañar al ministro Serrano Suñer a la capital alemana. Todos querían ir.

¿Qué misterio encubre, cabe preguntarse, tanto espíritu de servicio?

En efecto, lo han adivinado. El protocolo nazi los trataba a cuerpo de rey. Los paseaban por los lugares más notables de la capital para que admiraran la eficiencia alemana, les daban a comer suculento codillo asado y vinos exquisitos confiscados en la Francia ocupada y, lo más interesante de todo, a los más conspicuos los llevaban a pasar un fin de fiesta en la casa de *madame* Kitty.

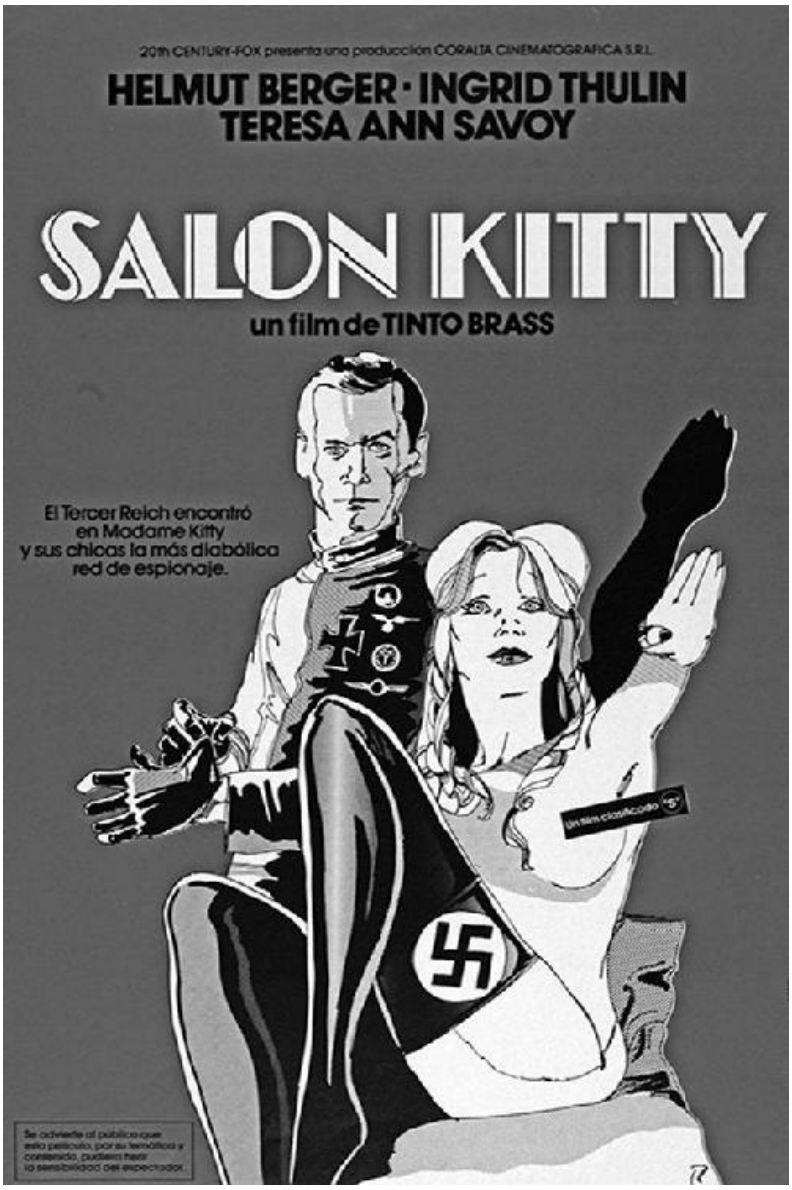
Uno de los jerarcas falangistas que visitaron Berlín en aquellos días de vino y rosas, Dionisio Ridruejo, nos ha dejado un relato vívido de los agasajos nazis:

> Los alemanes les organizaban excursiones de turismo bélico a los frentes de guerra para que entendieran que eran invencibles e informaran a Franco de la conveniencia de unir sus armas a las del Eje […]. Pero también nos ocuparon sesiones menos ilustradas. Nueva visita al cabaret Río Rita,

ahora reservado para nosotros solos por el corresponsal Ismael Herráiz, y una sesión galante mucho más insólita.

El ministro de la Wilhelmstrasse (y quizá también la policía, según he leído en algún reportaje tardío) mantenía algunas casas bien decoradas en las que los invitados forasteros —y especialmente los latinos— podían celebrar un *party* con derecho a señorita bien educada, bien vestida y nada profesional en su estilo amoroso, con la que podía perderse en cualquier habitación. Había llegado Ciano a Berlín, y creo que fuimos invitados juntos a uno de esos *parties* algunos diplomáticos de su séquito y algunos de nosotros. Recuerdo a una Heila romántica con piel de magnolia. Todo fue muy normal. Tan normal que cuando uno de mis compañeros de viaje salía por una puerta con su pareja, se le presentó un señor que, saludándole con la reglamentaria flexión de espinazo, se presentó: «X. X., del Protocolo». Por lo que a las chicas se refiere, debo decir que eran encantadoras. Todas pertenecían a alguna escuela de arte de Múnich, de Praga o de Viena y más de la mitad tenían novios aviadores, de los que hablaban con arrobo mientras condescendían con los pobres latinos, que encontraban tan frío el clima de Berlín[286].

¿Dónde estaba ese paraíso del que habla Ridruejo? Seguramente se trata del célebre Salón Kitty (antigua Pensión Schmidt, en el número 11 de Giesebrecht Strasse), un burdel de lujo en cuyas alcobas la Gestapo había instalado micrófonos y cámaras que registraban las actuaciones y las conversaciones de los clientes, casi siempre representantes diplomáticos extranjeros generosamente invitados por sus anfitriones del ministerio de Exteriores a champán y chicas.



Cartel de la película *Salón Kitty*.

Las pupilas, bajo la gerencia nominal de *madame* Kitty, eran beldades políglotas procedentes de distintas nacionalidades a las que la Gestapo entrenaba en el arte de sonsacar información a sus ocasionales amantes[287].

El servicio de escucha, instalado en los sótanos del inmueble, registraba estas indiscretas confesiones de sobrecama en discos de cera que cada día se transmitían a la central de la Gestapo. Allí un equipo de analistas filtraba las noticias y opiniones aprovechables y redactaba los pertinentes informes[288].

Heydrich, el inspirador del Salón Kitty.

96
EL DÍA EN QUE FRANCO PUDO MORIR

Franco sufrió a lo largo de su vida diversos atentados, todos ellos fallidos, como lo demuestra el hecho circunstancial de que muriera en la cama. Insisto en la obviedad porque por el camino que llevamos en la revisión de la historia no sólo va a resultar que la guerra la ganaron los republicanos, sino que Franco pereció de mala muerte (después de escribirlo reparo en que, en efecto, de mala muerte sí murió. Recuerden aquel ensañamiento por mantenerlo vivo mientras sus allegados se colocaban los salvavidas).

Se ha mencionado la legendaria *baraka* del Caudillo, la bendición de Dios, o Alá, que a veces protege a determinadas personas, no necesariamente santas, dado que los designios del Altísimo son inescrutables.

A Franco nunca le funcionó la *baraka* mejor que en aquel día de abril de 1940.

Sevilla, la bella capital bética. Semana Santa, aroma de ceras cuaresmales, de azahar primerizo en los naranjos, de bosta fresca y meados revenidos en las paradas de coches de caballos.

El secretario de la Delegación de Orden Público ha convocado una reunión en su despacho de la Jefatura Superior de Policía gubernativa, plaza de San Lorenzo, número 6. Concurren «sin excusa ni pretexto» los tres comisarios de Sevilla: Luis Garrido Escobar, Manuel Blanco Horrillo y Manuel Cordero Navarro.

—Señores, existe un complot comunista para asesinar al Caudillo esta Semana Santa —informa sin rodeos el secretario de Orden Público—. Será durante la procesión del Santo Entierro. Un infiltrado que tenemos en los grupos anarquistas lo ha confirmado[289]. Hace días ha llegado a Sevilla,

procedente de Barcelona, un significado anarquista, Manuel Romero López, alias *Romero Chico,* al parecer bien provisto de fondos, para dirigir la operación.

Los comisarios conceden al asunto prioridad absoluta. Ponen a todo el personal disponible sobre la pista de Romero Chico. Sin resultados. El anarquista es un resabiado que toma la precaución de dormir cada noche en una pensión distinta, unas veces en Sevilla y otras en los pueblos del entorno.

La noche del jueves 14, cuatro caballeros legionarios, camisa verde-lejía abierta, exhibiendo vello pectoral o esternón huesudo, mangas remangadas para que se vean los tatuajes, recalan en el reputado prostíbulo La Cangrejera, sito en la plaza de la Mata, número 9. Una de las pupilas que los atienden es Giuliana Sluga, una italiana que llegó como enfermera del cuerpo expedicionario de Mussolini, se dejó ganar por el embrujo de Sevilla y se afincó en ella para ejercer el antiguo oficio del amor mercenario.

A Giuliana le extraña que los legionarios que dicen ser italianos apenas comprendan el idioma de Petrarca. Le parece que ocultan algo. La sospecha se confirma cuando se ocupa con uno y, ya metida en harina, le susurra al oído ternuras del idioma de Dante (más bien del de Aretino) que el otro apenas comprende.

Al día siguiente, 15 de abril, viernes de Dolores, Giuliana le confía sus sospechas a Manolito *el del Clavel,* falangista, también conocido como *El Lecherito,* por la lechería que regenta, el cual las traslada a su amigo el guardia civil Enrique Galván Maestro, hombre de confianza del secretario de Orden Público, Manuel Muñoz Filpo.

El responsable de Orden Público tiene sobre su escritorio un informe del guardia infiltrado entre los anarquistas. Se confirma que Romero Chico ha visitado la casa de citas de La Cangrejera. El comisario deduce que los falsos legionarios detectados por Giuliana podrían ser los brigadistas cuya primera pista se detectó en París.

Aquella noche, los guardias civiles de paisano que vigilan a Romero Chico comunican a la central que el anarquista ha entrado en el cabaret El Zapico, sito en la calle Leonor Dávalos, número 17, en la Alameda de Hércules, enclave de la prostitución sevillana.

«Salón Zapico. El más típico y el más concurrido. Atracciones. *Dancing.* Magníficas orquestas».

Anuncio del cabaret Zapico, 1922.

Guardias civiles de paisano que se fingen clientes ocupan posiciones en el cabaret e informan de que los cuatro falsos legionarios se encuentran en el local. Muñoz Filpo organiza un amplio dispositivo para asegurarse la detención de los terroristas. Vivos, de ser posible.

Una docena de guardias de paisano se distribuye estratégicamente por el local. De pronto, en medio de una actuación, irrumpen cinco guardias de uniforme al mando de Enrique Galván Maestro. Rodean el palco de los terroristas.

—¡Alto a la Guardia Civil! —grita Galván encañonando a los anarquistas con su pistola reglamentaria—. ¡Manos arriba!

Los sorprendidos terroristas levantan las manos y se ponen de pie.

—¡Vosotras, fuera de aquí! —ordena Galván a las señoritas que los acompañan (putas todas, que conste).

En ese momento, Romero López agarra a la coima que lo camelaba y, escudándose tras ella, en un gesto nada caballeroso, tira de pistola y dispara a Galván hiriéndolo en el vientre. Empuñan sus armas los otros, devuelve el fuego la Benemérita y se organiza una balisada de cuidado.

Resultado: cuatro terroristas muertos y tres guardias civiles heridos. A Romero López lo capturan vivo e ileso.

Galván morirá tres días después.

Hábilmente interrogado en los calabozos del Cuartel del Sacrificio (así llamado sin coña alguna), el anarquista Romero López canta de plano los detalles de la conspiración. La ha organizado la Internacional Comunista en París. Los cuatro terroristas muertos en el club Zapico eran antiguos brigadistas internacionales designados por el italoargentino Victorio Codovila, el agente del Komintern en España. El plan consistía en atacar al Caudillo con granadas de mano y metralletas cuando la presidencia de la procesión llegara a la desembocadura de la calle Sierpes con la plaza de la Falange Española (hoy de San Francisco).

Franco abandona la presidencia del Santo Entierro, precisamente en ese punto, para ocupar el palco del ayuntamiento en lugar de acompañar a la comitiva hasta la catedral. El conocido guardia civil Juanillo, *el de los pelos coloraos*, vigila, con un naranjero en la mano, al pie del palco.

El Caudillo contempla el paso de la comitiva penitencial desde un enorme sillón barroco que parece un trono. Doña Carmen, sonriente y dental, con mantilla española, ocupa otro sillón a su derecha. Su hija adolescente, Carmencita, pechitos pugnaces, coqueto sombrerito, se sienta a su izquierda. Detrás, de pie, seria y circunspecta, condecoraciones y bigotes, la cohorte de asistentes, generales y jerarquías.

Una vez más, la Providencia, cuyos designios son inescrutables, ha estado al lado de Franco, el gran benefactor de la Iglesia.

¿Qué fue de Romero Chico? En marzo de 1941, al año de los sucesos descritos, la edición sevillana de *ABC* publicó el siguiente suelto: «Se ha cumplido la sentencia de muerte dictada por Consejo de Guerra contra el anarquista Manuel Romero López, uno de los asesinos del cabo de la Guardia Civil don Enrique Galván Maestro, afecto a la Policía Militar de nuestra ciudad […]».

Franco y familia.

97
HIMMLER EN LOS TOROS

Rusos y alemanes andan afanados en el estudio y publicación de las agendas de trabajo de Himmler, el todopoderoso jefe de las SS, lo que nos muestra facetas inéditas de su personalidad.

El todopoderoso *Reichsführer* había sido en su infancia el típico mierdecilla acusica de la escuela. Creció como un adolescente solitario y quisquilloso, tímido y misógino, alcanzó la edad militar, y el ejército lo rechazó por estrecho de pecho, desgarbado y miope. Fracasó como criador de pollos en una granja que intentaba mejorar la raza…

Un desperdicio de hombre, se podría pensar, pero se redimió abrazando las doctrinas nazis y superó esas deficiencias y su inherente mediocridad con una voluntad firme y una inteligencia práctica notable que lo condujeron a lo más alto del brazo de otro indocumentado, Adolf Hitler, que alcanzó su treintena sin trabajo estable y sin saber cómo iba a ganarse la vida.

¿Tenía Himmler su corazoncito o era ese frío asesino de masas que nos describe la historia? Era las dos cosas a un tiempo con asombrosa simultaneidad. Himmler el asesino metódico, frío, calculador, y Heini, el padrazo amante de sus hijos y de sus esposas, la oficial, Marga Siegroth Boden, ocho años mayor que él, y la secretaria, Hedwig Potthast, doce años más joven que él, a la que en la intimidad llamaba «mi liebrecilla»[290].

Éste es el personaje que España recibió con todos los honores el 19 de octubre de 1940, cuando vino en visita mixta de trabajo y placer invitado por el ministro del Interior Serrano Suñer.

Lo planeado era que pasara unas jornadas cinegéticas en España y al propio tiempo se entrevistara informalmente con el Caudillo y algunos de sus

ministros, pero la pertinaz lluvia malogró la excursión cinegética. Una pena, porque iba a estrenar una escopeta, regalo del *Führer*, en la que el donante había hecho inscribir la frase *Dem Scharfschützen* («El infalible tirador»)[291].

Nuestra crónica comienza en la destartalada estación de Irún. En el andén, bajo la elevada marquesina que lo protege del constante chirimiri, el director general de Seguridad, José Finat, conde de Mayalde, bigotito lineal, abrigo negro, camisa azul, boina roja, se pasea nervioso acompañado de los gobernadores civil y militar de Guipúzcoa.

¿Qué inquieta a estos próceres y los obliga a salir de la cálida placenta de sus hogares, al amor del fuego del hogar en una noche tan desapacible?

Una gran responsabilidad. El Caudillo les ha encomendado recibir, con cuantos honores sea posible, al *Reichsführer* Heinrich Himmler, jefe de la policía alemana y de las SS que llega a España en visita oficial.

Un teniente sale del despacho del jefe de estación y le comunica al conde de Mayalde que el tren de Himmler acaba de entrar en Hendaya. Mayalde mira el reloj de la estación: lleva quince años parado a las 12.20 horas. Consulta el Longines de oro de su muñeca: las 09.05 horas de la mañana. Eso es puntualidad germánica.

Mayalde y sus acompañantes salen al encuentro del ilustre invitado en el puente internacional. Himmler llega rodeado de numeroso séquito —relucientes botas hasta la rodilla, abrigos de cuero negro hasta los pies, altas gorras de plato, Cruces de Hierro al cuello, esvásticas en los brazaletes rojos y en los ojales—. Unos y otros intercambian saludos brazo en alto, vigorosos taconazos, apretones de manos y otras demostraciones de camaradería no exenta de viril afecto.

Una compañía del Regimiento 24 rinde honores.

Banderas. Música militar. La orquesta interpreta el himno nacional de Alemania, *Deutschland, Deutschland über alles*, solamente regular.

Al otro lado del puente aguarda una fila de potentes automóviles Horch, cedidos por el Parque Móvil. Por una pintoresca carretera, maltratada y llena de baches, desde la que se divisan ocasionales caseríos entre prados arbolados y vacas pastantes, la comitiva se traslada a San Sebastián.

En la bella ciudad de la Concha, el ministro germano, acompañado por su colega, el director general de Seguridad, visita la Diputación Provincial. Una compañía de la Falange local rinde honores.

Museo de San Telmo. Himmler, aficionado a todo lo colosal, admira los

frescos de José María Sert, que encuentra «adecuados a la concepción nacionalsocialista del arte».

Toman un refrigerio en el Club Náutico antes de dirigirse a la vecina Alsasua, donde les aguarda un opíparo almuerzo. Levantados los manteles, tras el café y el puro, que el *Reichsführer* declina debido a sus crónicos problemas de estómago, siguen por carretera hasta Burgos, donde llegan a las 17.20 horas de la tarde. Himmler admira el paseo del Espolón, se detiene ante la Cruz de los Caídos y visita la hermosa catedral, donde le cuentan quién fue el Cid, cuyos restos se veneran allí, en un cofre. Himmler atiende a la explicación y no deja de pensar en que aquel rayo de la guerra debió de llevar en sus venas la sangre de las tribus germánicas que colonizaron España tras la caída del Imperio romano.

Un Cid alemán, naturalmente.

De hecho, el *Reichsführer*, aunque siente el consuetudinario desprecio teutón hacia los pueblos mediterráneos, racialmente inferiores, acaricia la idea de que el elemento germánico sea dominante en la sangre española. Tras visitar la Cartuja, Himmler cena a las 21.00 horas en el Palacio de la Isla, residencia de Franco durante la guerra.

El viaje prosigue a las once de la noche en un tren especial que se dirige a Madrid.

Llueve a mares. A las dos de la madrugada, breve parada en la estación de Valladolid. En el andén aguardan el gobernador civil y las jerarquías provinciales del Movimiento que han acudido a cumplimentar al ministro nazi. Un asistente explica que el *Reichsführer* duerme profundamente y no se le puede molestar. Con cierta contrariedad, los miembros del comité de recepción regresan a sus casas, se despojan de las galas falangistas y de las botas empapadas antes de acostarse.

La dormida esposa cambia de postura su cuerpo voluptuoso tirando a voluminoso y pregunta entre sueños:

—¿Cómo te ha ido con el alemán?

—Muy bien, muy bien —miente el jerarca—. Gente muy atenta. Verdaderos camaradas.

Amanece nublado el domingo 20 de octubre. A las nueve en punto, el tren del *Reichsführer* entra en la estación del Norte madrileña, profusamente engalanada con banderas nazis y españolas. En el andén aguardan el ministro de Asuntos Exteriores y cuñado de Franco, Serrano Suñer (que ha cambiado

de Ministerio cuatro días antes), y una representación del más alto nivel. Saludos brazos en alto. Taconazos. Efusivos apretones de manos.

A Serrano Suñer, gran observador, le llaman la atención la cabeza de Himmler, un par de tallas inferior al cuerpo, además de unas manos delicadas, como de novicia. Cuando se inclina para firmar en los libros de honor, el ministro nazi presenta una cerviz rasurada y recta, invitadora al cogotazo. Está lejos de encarnar el ideal de la atlética raza aria.

Pasan revista a la compañía de honores del regimiento número dos. A continuación, un Mercedes negro traslada al *Reichsführer* al hotel Ritz, donde se le ha reservado una suite. Tras asistir al desfile de la «Legión José Antonio», unidad de élite de la Falange, desde la puerta misma del establecimiento, todo pasado por agua, Himmler ocupa su habitación y se deja caer en la cama. Su ayuda de cámara, un joven y rubio suboficial SS, le saca las botas y los sudados calcetines de algodón que sujeta a las imberbes pantorrillas con ligas decoradas con la esvástica. El mayordomo frota con suavidad los piececillos doloridos del prócer, que, mientras tanto, ronca suavemente y se concede un breve descanso.

A las once, la comitiva se dirige al palacio de Santa Cruz, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores. Reunión de trabajo con Serrano Suñer. Himmler le comunica el plan alemán de tomar Gibraltar y terminar la guerra de una tacada. España sólo tiene que permitir el paso de las dos divisiones que conquistarán la Roca.

Serraño Suñer asiente sin perder la sonrisa. Una patata caliente. A ver cómo se le explica a estos cabezas cuadradas que el orgullo español nunca aceptaría que una potencia extranjera tomara Gibraltar por nosotros. Llegado el momento, España se basta para reconquistar la Roca. No aceptaremos que nos la regale nadie.

A las doce, Franco recibe a Himmler en El Pardo. Los dos jerarcas conversan durante una hora en presencia de Serrano Suñer y de los respectivos intérpretes. Himmler insiste en lo del paso de tropas alemanas para tomar Gibraltar, lo que, asegura, significará el fin de la guerra. El gallego escucha serio como un jefe apache. Imposible adivinar lo que piensa.

Himmler y Serrano almuerzan en el domicilio del embajador germano Von Stohrer. Distendida sobremesa con café y relatos de hazañas bélicas. Por la tarde se trasladan a la plaza de toros de las Ventas para asistir a una corrida organizada, fuera de temporada, en honor del *Reichsführer*. A los compases

del pasodoble *España cañí,* los diestros Marcial Lalanda, Pepe Luis Vázquez y Rafael *Gallito* inician el paseíllo en el coso insólitamente engalanado con cruces gamadas y banderas nazis.

El cartel de la corrida celebrada en honor de Himmler.

El día estuvo nublado; los diestros, bien; los picadores, regular, y las reses, de la ganadería de Escudero, pasables. Al término de la corrida, que debe suspenderse en el tercer toro por reanudación de la lluvia, los diestros cumplimentan al *Reichsführer* en el palco presidencial. Himmler, complacido, los condecora con sendas medallas alemanas.

—¿Qué le parece la medalla, maestro?

—Está bien, pero donde se pongan dos orejas, un rabo y salir a hombros por la puerta grande… ¡Las medallas *pa* la Virgen!

La comitiva de relucientes Mercedes negros se traslada a la Puerta del Sol, donde una muchedumbre con sombreros, chaquetas vueltas y camisas azules vitorea al ilustre visitante, al Caudillo, a Alemania, a Italia y a José Antonio, *el Ausente*. Con tantos vítores arrecia el aguacero. Desde el balcón de la Dirección General de Seguridad las jerarquías presencian el desfile de unidades de Falange y de la Policía Armada. Otro más.

Regresa Himmler al Ritz y se toma un descaso. Por la noche se traslada al palacio de la Junta Política (hoy Senado) para asistir a una recepción en su honor con asistencia de ministros, jerarquías del Movimiento, periodistas y simpatizantes de Alemania.

Al día siguiente, 21 de octubre, la comitiva se dirige a El Escorial. Niños rubios, guapos y bien nutridos de la colonia alemana en Madrid, con uniforme de las Juventudes Hitlerianas, depositan una corona de flores sobre la tumba de José Antonio. A media mañana, después de que Himmler y su séquito visiten el monasterio, los Mercedes negros enfilan la carretera de Toledo.

La Imperial Ciudad. Himmler recorre las ruinas del alcázar y atiende a las explicaciones de su anfitrión, el general Moscardó, que defendió la plaza del asedio de las hordas rojas. Almuerzan en el ayuntamiento y después visitan la catedral y la iglesia de Santo Tomé. A media tarde regresan a Madrid. Recepción en la Casa de Alemania, seguida de una cena de gala que ofrece el embajador Von Stohrer en el Ritz. Luce la embajadora, que es bellísima, pura raza aria.

Lluvia mansa. La embajada alemana, sita en el actual Paseo de la Castellana, entonces Avenida del Generalísimo, organiza una recepción en honor del ilustre visitante. Concurren uniformes de gala, fajines y

condecoraciones, Varela, Aranda, Millán-Astray y otros generales de la Guerra Civil. Camareros de chaquetilla blanca ofrecen bandejas de canapés. Otros sirven vino generoso a las damas y tinto de Rioja a los caballeros.

Himmler, copa en mano, departe animadamente con los generales españoles, a los que presume germanófilos. El intérprete, un mocetón de las SS, pegado a su costado, traduce. Himmler confía en que los generales influyan sobre Franco para que secunde los designios de Hitler. Que le aconsejen entrar en la guerra lo antes posible para que España participe de los beneficios de la victoria. Ignora el *Reichsführer* que unos treinta generales de Franco están recibiendo, desde dos meses atrás, generosos sobornos de Inglaterra para que exageren la falta de preparación de las tropas y el mal estado del material y desaconsejen al Caudillo la participación en la guerra[292].

El soborno británico se distribuye —¿cómo no?— a través de don Juan March, quien, para vencer los posibles escrúpulos de los sobornados, les hace creer que, en realidad, el dinero procede de un consorcio de bancos y grandes empresas españoles a los que perjudicaría la participación del país en la guerra. En año y medio, el Gobierno británico transfiere, vía Nueva York, la fabulosa cifra de 156 millones de pesetas en dólares (si los consideramos al cambio oficial) o hasta cerca de 600 millones de pesetas (al cambio de mercado negro). El principal beneficiario de los sobornos es el orondo general Aranda, el heroico defensor de Oviedo, al presente jefe de la Escuela Superior del Ejército, que percibe la bonita cifra de dos millones de dólares[293]. Posiblemente figuran también en la nómina de los generales sobornados el bilaureado Varela, ministro del Ejército entre 1939 y 1942; Carlos Martínez Campos, jefe del Estado Mayor Central; Kindelán; Miguel Ponte; Fidel Dávila; Andrés Saliquet, y José Monasterio[294].

El 22 de octubre amanece encapotado. Himmler comparece en el vestíbulo del hotel vestido de paisano. Con su sombrero flexible, su abrigo holgado y sus gafitas de montura metálica, parece un pasante de notarías acicalado para la misa dominical. Acompañado de su nutrido séquito se dirige a pie al cercano Museo del Prado, cuyas salas principales recorre deteniéndose especialmente ante el *Retrato de Carlos V* por Tiziano, *Los fusilamientos de la Moncloa* de Goya, la pintura flamenca y algunos cuadros de Velázquez, *Las Lanzas* y el *Cristo crucificado,* ante el cual le oyen murmurar:

—¡Menudo judiazo!

Prosigue la visita cultural por el Museo Arqueológico. El *Reichsführer* se interesa por las salas celtas y godas, y emite sustanciosos comentarios sobre el aspecto ario de algunas piezas, lo que para él prueba la vinculación racial de los españoles con los arios a través de los colonizadores godos[295]. Algunos intelectuales falangistas, con el cobista Antonio Tovar a la cabeza, publican por estas fechas sesudos estudios en apoyo de la tesis de la germanización de la raza española[296].

En el almuerzo, la conversación del *Reichsführer* con el conde de Mayalde gira en torno a los acuerdos de cooperación interpolicial entre la Gestapo y España[297]. Después se habla de los judíos, una comunidad racial y cultural a la que los nazis consideran inferior[298]. Al conde de Mayalde lo convencen las explicaciones pseudocientíficas de Himmler, o se deja convencer en su afán por ganarse la consideración de los alemanes.

No parece casual que unos meses después, el propio Mayalde, desde su puesto al frente de la Dirección General de Seguridad solicite a los gobernadores civiles un censo de «los israelitas nacionales y extranjeros afincados en esa provincia […] indicando su filiación personal y político-social, medios de vida, actividades comerciales, situación actual, grado de peligrosidad, conceptuación policial»[299].

Los datos recogidos por la policía española se remitieron a Himmler, que los incorporó a la documentación de la Solución Final. Parece demasiada coincidencia que en los documentos alemanes de la Conferencia de Wannsee se recoja esa cifra de judíos españoles en la lista de poblaciones judías repartidas por Europa.

Aquel día por la tarde visitan las dependencias y comedores de Auxilio Social, una obra asistencial inspirada por la *Winterhilfe* (Auxilio de Invierno) nazi. Himmler se muestra muy interesado en el tema cuando le explican que el Auxilio Social es la institución asistencial más importante del Nuevo Estado, con unos 2.500 comedores y 1.500 cocinas, además de orfelinatos extendidos por todo el territorio nacional[300]. En los últimos seis meses, Auxilio Social ha recogido de las calles de Madrid 2.625 niños abandonados. Desde que acabó la guerra, los comedores de beneficencia han repartido más de 200.000 comidas a embarazadas o lactantes. Y las Cocinas de Hermandad han servido casi 100.000 comidas a los menesterosos[301].

Después de esa inmersión en la penosa recuperación de un país devastado por la guerra, la cena de gala ofrecida por el conde de Mayalde en el hotel

Ritz abunda en brindis y en encendidas manifestaciones de amistad y camaradería hispano-germana. Caldeado el ambiente tras las frecuentes libaciones, Mayalde le habla de tú a Himmler, con el tuteo falangista.

A la mañana siguiente, Himmler y su séquito vuelan en un trimotor Ju-52 rumbo a Barcelona. Aterrizan en El Prat hacia las doce y media. Nueva caravana de Mercedes negros los traslada al Pueblo Español, esa síntesis *kitsch* de arquitecturas regionales de España, en cuya plaza mayor aguardan, desde horas antes, los grupos folkloricos de la Sección Femenina. Sucede un prolijo recital de jotas y otros bailes y cantos regionales que Himmler aplaude educadamente mientras intenta establecer paralelismos con el folklore ario. Terminado el acto, la comitiva se dirige al Ritz, donde descansan unos minutos en sus habitaciones antes de asistir al almuerzo ofrecido en el propio hotel por el general Luis Orgaz, jefe de la Cuarta Región Militar (otro de los que aceptan sobornos del Gobierno inglés). Tras breve siesta, Himmler se pone de nuevo en movimiento para visitar Montserrat.

Lo recibe, a la entrada del monasterio, el abad Antonio María Merced, que designa como *cicerone* del ilustre visitante a un fraile joven que chapurrea alemán. La escolta de Himmler, integrada por jóvenes alevines de la SS, atléticos, guapos, altos, ojos azules, cabello rubio cortado a cepillo, infunde ciertas sospechas en el fraile sobre si el ministro nazi será homosexual. Himmler se muestra locuaz con el frailecillo. Lo informa de que los judíos descienden de Esaú y los arios de Jacob, entre otras explicaciones raciales no menos peregrinas. Hombre de vasta cultura pseudocientífica, que cimenta con aficiones arqueológicas y ocultistas, Himmler se interesa por el Grial, el cáliz o caldero mágico de la leyenda medieval que la ópera de Wagner *Parsifal* ha puesto de moda entre los nazis. En *Parsifal* se sugiere que el castillo del Grial, Montsalvat, está en los Pirineos. Himmler está convencido de que se trata de Montserrat. Quizá por ese motivo no le acaba de gustar que la Moreneta sea negra. Con su fino humor teutón, ironiza:

—La Virgen y el Niño son de origen claramente nórdico.

Al llegar a la biblioteca, solicita que le muestren los documentos relativos al Grial, que supone allí custodiados, pero queda decepcionado cuando le comunican que allí no existe nada referente al asunto.

—Lo que sí tenemos es una primera edición de los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola.

Pasada por agua, declina la tarde. La negra comitiva regresa a Barcelona

por la carretera del Bruch y se dirige a la checa roja de la calle Vallmayor, convertida en museo, donde el torturador jefe de la Gestapo se retrata en una celda de tortura. Vuelto al Ritz, descubre que le han robado, o ha extraviado, la cartera. Cena en el ayuntamiento, con brindis pero sin discursos, menos mal. Himmler entrega al alcalde un donativo de 25.000 pesetas para socorro de los damnificados de las inundaciones del río Ter ocurridas unos días antes, con más de cuarenta muertos.

Aquella noche, Himmler y su séquito organizan una francachela en el propio hotel, con putas caras[302]. Al día siguiente se levantan tarde, claro, y, a media mañana, dos aviones Ju-52 de la compañía Lufthansa los devuelven al Reich.

El genetista de la Ahnenerbe Richard Walther Darré saluda a Himmler y se interesa por su viaje.

—Los españoles son gente ruidosa y entusiasta —responde Himmler—. Son muy aficionados a los desfiles, a los discursos, al vino y a las mujeres. Incondicionales de Alemania, eso sí. No me explico cómo tienen una agricultura tan atrasada con lo que llueve. Yo llevaba las escopetas en el equipaje, por si podía irme un día de montería, a cazar antílopes, pero ha sido imposible. ¡Todo el día diluviando! Sólo he visto iglesias, monasterios y curas.

Ahora, para rematar, un episodio de la picaresca española.

En 1940, en pleno idilio de Franco con Hitler, el mediocre arqueólogo y avezado falangista Julio Martínez Santa-Olalla[303] estudió y publicó como buenas una serie de fíbulas visigodas que terminaban de salir del taller de un falsificador. Muchas de estas piezas siguieron su camino hacia Alemania, donde Himmler y el instituto de investigaciones raciales Das Ahnenerbe estaban interesadísimos en seguir la pista de la sangre aria a través de la expansión europea de los visigodos y otros pueblos germanos[304]. Unos meses después, en junio de 1941, la policía desmanteló el taller que producía las falsas fíbulas y detuvo a Enrique Galera Gómez, modesto anticuario, y al artesano Amable Castillo Pozo que anteriormente había trabajado en la Fábrica de Metales de San Juan de Alcaraz (Riópar, Albacete), donde había aprendido lo necesario para fundir las joyas visigodas y darles una convincente pátina antigua.

—¿Y los especialistas alemanes y los laboratorios germanos no notaron nada? —se preguntará el lector.

—Nada. Amable Castillo apenas sabía leer, pero se la introdujo doblada a la ciencia germana. Los arios picaron como pardillos.

Descubierto el pastel, se supo que Galera, que estaba en contacto con una red internacional de falsificadores, vendía las piezas falsas a anticuarios prestigiosos y a través de éstos llegaban a coleccionistas y a museos, especialmente a los alemanes, empeñados en investigar la herencia racial aria diseminada por los visigodos en la península Ibérica[305].

Después del ridículo sufrido, Martínez Santa-Olalla, el publicista de las piezas falsas, perdió interés por la arqueología visigoda y prefirió estudiar el ancestro ario de los guanches canarios, otro tema que interesaba mucho a Himmler y a los nazis del instituto Das Ahnenerbe.

98
LA MADRE DE LOS POBRES DE LOS POBRES

«La madre de los pobres de los pobres», así llaman a la monja Teresa de Calcuta (1910-1997), en el siglo Agnes Gonxha Bojaxhiu, misionera albanesa nacionalizada hindú, que ganó justa fama por su labor humanitaria con los enfermos y desheredados de la India.

Múltiples fotografías tomadas cuando se hizo mundialmente famosa, en su edad tardía, nos presentan a una monja quizá no excesivamente favorecida en cuanto al mundano y superficial canon de la belleza femenina, e incluso, ¿por qué no reconocerlo?, tirando a hombruna, pero cuya mirada transmite bondad, paz y amor universal. Lo que mejor la identifica es su toca sencilla con dos rayas azul celeste (el color de la Inmaculada Concepción) cerca del borde.

Precozmente santa, la futura madre Teresa formalizó su Primera Comunión a los cinco años y medio, y recibió la Confirmación a los seis. Fiel a su vocación religiosa, desde niña ofreció su trabajo a la parroquia jesuita del Sagrado Corazón y en ello perseveró con ejemplar tenacidad hasta que, en su virginal treintena, decidió desposarse con el Señor como misionera. Tras una breve preparación en Irlanda, en la que profesó el 24 de mayo de 1937, se convirtió en «amante de Jesús para toda la vida», y marchó a la India donde trabajaría intensamente hasta su muerte en 1997.

Convencida de que el sufrimiento es un don de Dios, la madre Teresa llevó su lema («Dale hasta que duela, y cuando duela, dale todavía más») hasta sus últimas consecuencias: practicante del culto del sufrimiento, prohibió los analgésicos en sus clínicas para agonizantes de Calcuta a fin de facilitar a los moribundos en ellas ingresados una plena comunión con los padecimientos

de Cristo en la cruz[306]. En una entrevista filmada cuenta, con seráfica sonrisa, que a un paciente terminal de cáncer que sufría atroces dolores lo confortó diciéndole: «Sufres como Cristo en la cruz. Jesús te está abrazando». El moribundo entonces le suplicó: «Madre, por favor, dile a Jesús que no me abrace».

Con ejemplar modestia, la madre Teresa se negaba a sí misma esta oportunidad de mortificación y seguía sus propios tratamientos médicos con los mejores especialistas y clínicas de Europa.

Fue la madre Teresa muy fundadora y viajera, siempre en la clase *business*, que debe de ser la más adecuada a la santificación personal, puesto que es la favorita de los prelados de nuestra Conferencia Episcopal.

Cuando visitó Washington en 1981, la madre Teresa realizó unas declaraciones que consolaron grandemente a los desheredados del mundo: «Creo que es muy hermoso que los pobres acepten su pobreza y que la compartan con la Pasión de Cristo. El sufrimiento de los pobres redime al mundo».

Donald Trump y los grandes tiburones de las finanzas americanas no pudieron estar más de acuerdo. ¿Habrá algo más conmovedor y ejemplarizante que un pobre resignado a su pobreza?

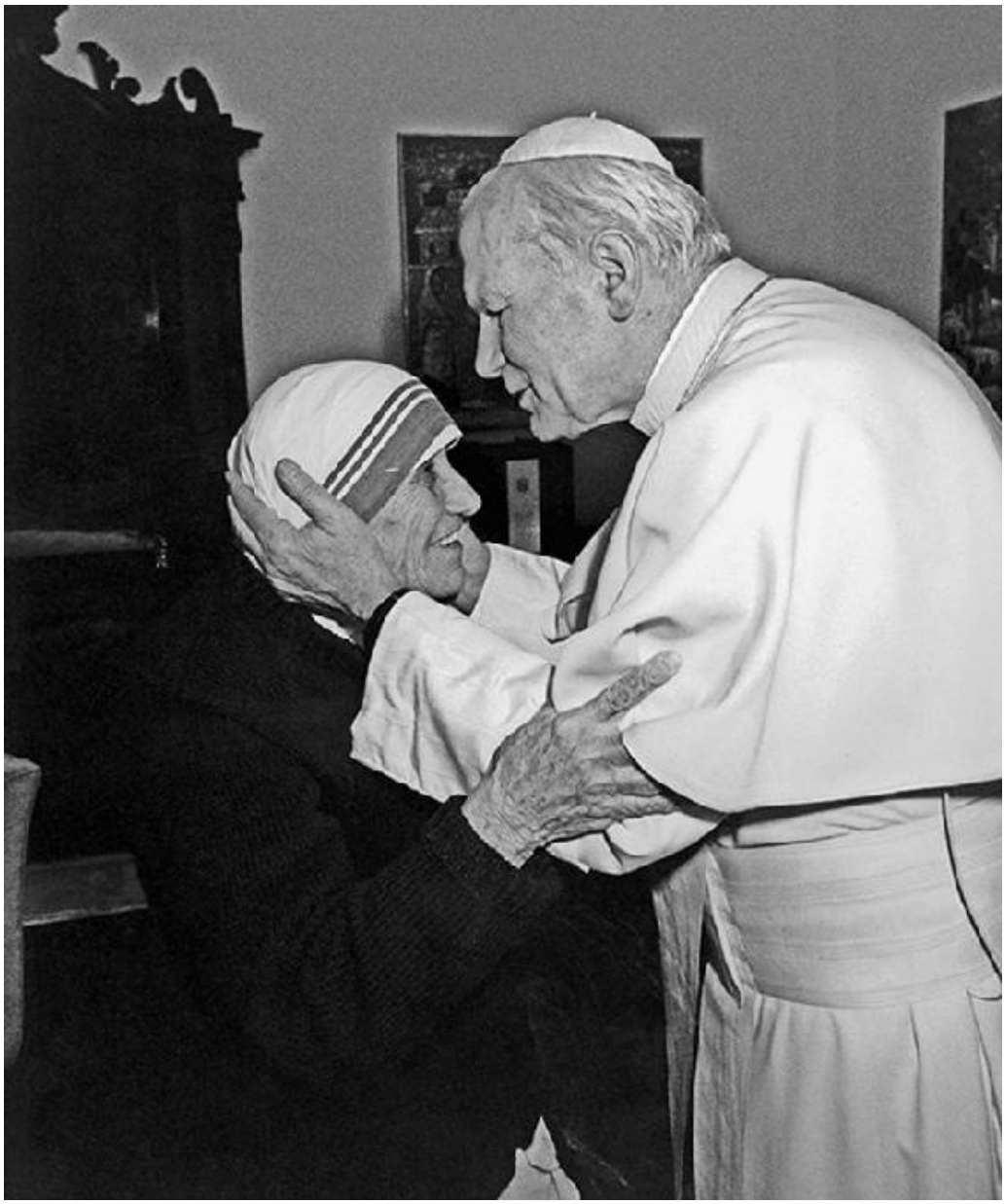
«A pesar de las cuantiosas donaciones que recibían los misioneros de la Caridad (la orden fundada por la Madre Teresa en 1948) —leemos en Jean Paul Gouteaux—, no dedicaba ese dinero al equipamiento médico de sus centros, sino a la creación de más de quinientos conventos en la India y el extranjero»[307].

En su edad madura, la Madre Teresa sufrió las tentaciones del Maligno, las que los eremitas del desierto llamaban la *inrationabilis confusio mentis* («confusión irracional de la mente») y vivió una prolongada noche oscura del alma continuamente asaltada por la duda de si Dios existe y si todo el *pack* doctrinal católico (esto de la Revelación, el Espíritu Santo, la presencia real de Cristo en la Eucaristía, los Novísimos y el resto de las inmutables verdades de nuestra religión) constituye, en realidad, como muchos piensan, un tinglado recaudatorio, una pamema, una gigantesca estafa para que una pandilla de holgazanes vivan como curas a costa de la credulidad y el miedo de los creyentes. «El silencio y el vacío de Jesús —escribía a su confesor y confidente— son demasiado grandes. Miro y no veo, escucho y no oigo, la lengua se mueve, pero no habla».

Otro pasaje no resulta menos revelador: «La sonrisa es una máscara, una tapadera que cubre todo. Hablo como si mi corazón estuviera enamorado de Dios; si estuvieses ahí, dirías: ¡Qué hipocresía!»[308].

En ese «enorme vacío y oscuridad», la Madre Teresa se embarcó en diversas empresas papales para las que era requerida. El Vaticano encontró en aquella monja fea, testaruda e irascible, pero obediente, un eficaz producto propagandístico para mostrar al mundo el aspecto más amable del catolicismo: la bondad cristiana, la abnegación y el sacrificio sin límites de la Iglesia misionera por amor al prójimo y a la fe de Cristo[309].

La Madre Teresa recibió el Premio Nobel de la Paz en 1979 y falleció en septiembre de 1997. En veinte años ha ascendido a los altares (beatificada por Juan Pablo II en 2003[310] y canonizada por Francisco en 2016). Una turbosantidad semejante en los procelosos tiempos que corren sólo se conoce en el padre Josemaría Escrivá de Balaguer.



La Madre Teresa y el Pontífice.

99
CENA DE NOCHEBUENA

Cuando escribo estas líneas, que no sé cuándo verán la luz, mi mujer me recuerda que tenemos que salir a comprar las viandas para la tradicional cena de Nochebuena.

Llega la Navidad, tan entrañable y depresiva como siempre, con su toma y daca de regalos, con su amor impostado, con sus bombillitas municipales, con sus crismas, con sus Papás Noel dando la tabarra, con sus aguinaldos, con sus aglomeraciones comerciales, con sus mantecados, con su vino espumoso y sus licores dudosos… Y llega con ella el desenfrenado consumismo.

¡Nochebuena! La propia palabra lo dice: va a nacer el Niño Jesús y las familias, hoy tan dispersas por la vida moderna, se reúnen en el entrañable (y a menudo incómodo) hogar de los padres, el nido del que volaron hace años. Regresan a casa, en afectiva migración anual, aunque sólo sea por unas horas, para hilvanar el grupo familiar que parecía roto (lo está) y reforzar los lazos de la sangre con recuerdos de antaño procurando escoger los buenos, si los hubiera, y orillando los malos, que hoy es día de amor y compaña y no de reproches ni de resquemores por las viejas heridas. ¡Entrañables jornadas de convivencia con el memo del cuñado, con la tarasca de la suegra, con los maleducados sobrinos!

Es tradición celebrar este encuentro familiar con una comilona en la que nos saltaremos todas las dietas y recuperaremos unos cuantos kilos malogrando cuanto habíamos arrebatado a la báscula, gramo a gramo, a costa de considerables sacrificios, en los últimos meses.

Dado que estamos acostumbrados a cenar poco, es muy posible que después de los primeros entremeses nos sintamos ya más que satisfechos. No importa, sigamos comiendo, que es Navidad y las mujeres de la casa se han pasado todo el día en la cocina para preparar una espléndida comida elaborada, toda ella, con escogidas delicatessen que no se suelen comer el resto del año. Después vendrán los mantecados, los turrones, los garrapiñados, los anises, los «whiskises», el cava o champán…, en fin, el exceso.

El Niño que nació en un pesebre, en medio de la pobreza, como pretexto para cometer toda clase de excesos («Un día es un día»).

Mal. Muy mal. Estamos en crisis, como bien se sabe. ¿Por qué tirar la casa por la ventana y hacer esos gastos que nos desequilibran el presupuesto si esta noche venturosa lo que realmente importa es que estamos juntos y que nuevamente nos sentimos familia a pesar de la disgregación a la que nos somete la vida moderna?

Los excesos navideños comenzaron a mediados del siglo XIX y van uncidos a la emergencia de una clase media que anhelaba sentirse, aunque fuera sólo en ese señalado día, tan pudiente como la que más.

«Una familia podría morirse entera —se asombra Galdós de la nueva moda —; pero dejar de celebrar la Nochebuena con cualquier comistrajo, no. Para comprar un pavo, las familias más refractarias al ahorro consagran, desde noviembre, algunos cuartos a la hucha».

En otro pasaje, el benemérito Galdós, glosa la Nochebuena de 1865:

> […] días fatales de turrones, pavos, aguinaldos, tambores, pitos y nacimientos […] es preciso que tengamos apetito y hagamos prodigios de voracidad […] comer, comer a mandíbulas batientes. Reunámonos en concurso gastronómico y rindamos culto al más espiritual de los pescados, el besugo; a la más simpática de las aves domésticas, el pavo; a la más ingeniosa de las argamasas azucaradas, el turrón.

Guardia urbano rodeado de regalos. Una estampa frecuente en los años 50.

Estos atracones conmemorativos, aparte de dejar arruinada a más de una familia («Hoy, faisán; mañana, plumas», se decía), causaban algunas bajas entre personas de ordinario acostumbradas a comer poco, pero todo se daba por bien empleado: «Muera Blas y muera harto».

A usted, ama de casa que trabajará como una burra en estos días y sólo recibirá a cambio un pañuelito, un frasquito de perfume, una bufanda o, peor aún, un mandilito o algún cacharro de cocina, a usted que se va a deslomar en las fiestas para que esa pandilla de desagradecidos que tiene a su cargo se lo

pase bien (reyertas aparte), quiero echarle una mano para que prepare una cena de Nochebuena rica, nutritiva, barata y fácil de elaborar.

¿Qué les va a poner a sus seres queridos este año? ¿Langostino de Sanlúcar congelado en las costas de Sudáfrica? ¿Merluza de pincho cantábrica capturada con red en Namibia? ¿Jamón de Jabugo húngaro criado con pienso canadiense?…

¿Por qué gastar un pastón en esos productos si existen otros mucho más baratos y tan suculentos o más?

Aquí le propongo unos menús alternativos económicos, nutritivos, fáciles de elaborar y de toda confianza desde el punto de vista nutricional, que colmarán las exigencias de sus seres queridos sin desequilibrar su presupuesto.

MENÚ PRIMERO

De entremeses me va a poner una mortadela, de la más económica que encuentre, porque la gracia del plato no reside en el precio, sino en su presentación: en rollitos rellenos con pulpa de manzana que habrá cocido en vino tetrabrick con un tronquito de canela (si la canela lleva años en el bote, ponga dos tronquitos, ¿eh?).

De primer plato me va a poner una *Soupe à l´ail Sempiterne,* la patriótica sopa de ajo, con su pimentón, su pizca de cominos y su perejil, a la que añadirá, con el último hervor, un par de huevos batidos, que se note que es fiesta y aquí no se hacen economías.

De segundo no pueden faltar les *Sardines au Caillat, l´ami de Escoffier:* cinco sardinas por barba, las destripa, las lava, las sala, las pone en rueda en el fondo de un perol, separando las capas con cebolla picada, añade un chorro de vinagre y otro de aceite (eso sí, que sea virgen de oliva, nada de marranadas de semillas), pone la cazuela a la lumbre y la deja cumplir.

El tercer plato: *Les cojons du porc à l´Imperial:* se rehogan las rodajas de criadillas de cerdo, se espolvorean con pimienta blanca, ajo picado, pizca de pimentón y de guindilla, añade un generoso refrito dorado de cebolla, chorrito de vino del tetrabrick, meneo, unos minutos de fuego suave y listo.

De postre, *Creme Secrete Delicieux au Pompadour:* fuente ancha, lecho de aquellas galletas blandas que llevan un año en la caja y nadie se come, cubierto con el resto de la manzana rallada coloreada con un churretazo de mermelada. Al vino sobrante del tetrabrick lo enriquece con una pulgarada de nuez moscada, lo agita, lo trasvasa a una botella aparente y lo pone en la mesa, que este *chambrée*. Buen provecho.

MENÚ SEGUNDO

De primer plato vamos a elaborar una reconfortante *Soupe de minette delicieux.* Vierta agua en una cazuela y añada un par de ajos cascados, una pizca de comino, sal, un chorrito de aceite de oliva y lascas de pan duro procedentes del mendrugo que encontró en el fondo del cajón. Lo remueve todo, lo hierve, lo deja reposar, y lo sirve. Un caldo reconfortador que sus estómagos queridos le agradecerán.

Segundo plato: *Abatis de volailles a l´Imperiale de Piturda*. Éste era el plato favorito de don Octavio Ortega Jurado, por mal nombre Piturda, un mendigo de Jaén, monárquico de toda la vida (antes franquista, como tantos), que cada vez que los reyes visitaban la ciudad gastaba sus ahorros en flores para doña Sofía.

Es fama que lo que Piturda tenía de monárquico lo tenía de irascible. Era su oficio el de cartonero («perito en cartones», decía) y recorría la ciudad, de la mañana a la noche, con un carrito de recogida al que atraillaba media docena de perros callejeros, tan vagabundos como él, que le hacían compañía.

También ponía Piturda sus multas particulares a los coches aparcados que dificultaran el paso a su vehículo, es decir, a todos. A Paco (dueño del bar Tapi) le contaba las multas que llevaba puestas: «Cincuenta mil millones de duros dobles», y lo que había que hacer con los conductores morosos: «Al que no pueda pagar, que lo fusilen».

En revancha, algunos conductores desaprensivos le tomaban el pelo reproduciendo su apodo con el claxon *Po-po-pooooo*, o sea, *¡Piturda!*, y se daban a la fuga antes de que el aludido les testimoniara su indignación. Hasta

que una vez a uno se le cerró el semáforo y dio tiempo a que Piturda le repasara la carrocería con la garrota nudosa, como de patriarca gitano, que llevaba consigo, lo que le costó al de la broma más de quince mil pesetas de chapista.

Bueno, vamos a la receta, que es Nochebuena y no hay que hacer mala sangre. Adquiera un cuarto de cabezas, crestas, alones, patas y pescuezos de gallina y medio kilo de higadillos de pollo. Sofría cebolla y tomate y rehogue los despojos avícolas. En el mortero me machaca un par de dientes de ajo, una ramita de perejil, una pizca de pimienta, otra de canela molida, dos hilachas de azafrán y sal. Llene el mortero de agua caliente, añada un chorrillo de vinagre, remueva bien y lo vierte sobre los despojos en una cazuela de barro donde dejará cocer hasta que las tajadillas estén tiernas.

Usted sabe que la comida entra por los ojos. Sea sofisticada. No presente el condumio como si se tratara de un rancho cuartelero. Hágalo a la manera de los grandes chefs: en el centro de un plato enorme, casi vacío, dispondrá una pata de gallina con la uña superior apuntando hacia el comensal. Encima de la pata, brotando de ella, una cabeza de gallina que portará en el pico un trocito de zanahoria y en la cuenca del ojo vacío, un guisante. Encima de la cabeza disponga una cresta y al lado, un alón desplegado, que cobijará dos higaditos regados de salsa. Sus seres queridos se van a chupar los dedos.

MENÚ TERCERO

Para los entrantes macháqueme bien machacados, con un tenedor, cuatro huevos cocidos, les añade un churretazo de kétchup y una cucharada de esa mermelada o carne de membrillo que olvidaron hace meses en el frigorífico, me lo mezcla todo bien y con la pasta resultante rellena unos canutos de chóped del más caro. Presente el plato delicadamente sobre una base de hojas de lechuga y decórelo con unas rajitas de tomate.

El primer plato, *Poulpe au chapapot avec l´haricot du botte,* no ofrece mayor dificultad: me calienta al baño maría unos botes de judías blancas, y cuando estén listas, las trasvasa a una cazuela y les mezcla el contenido de tres latas de calamares en salsa americana y un puñado de pasas. Remueva

bien y preséntelo en una fuente adornado con una ramita de perejil y una tira de pimiento de lata.

Segundo plato: *Morceaux delicieux à l´Imperial*. En una sartén refríe tres cebollas picadas y un tomate, añade medio kilo de tripas de cordero y otro medio de bofes e hígado de cerdo, los rehoga y lo trasvasa todo a una cazuela de barro. En un mortero tiene machacados tres dientes de ajo, perejil, pizca de pimienta y pizca de canela molida, unas hilachas de azafrán y sal. Lo deslíe todo en un chorrito de vinagre y un vaso de agua caliente y lo vierte en la cazuela. Tape y deje cocer hasta que las tajaditas estén tiernas. Dispóngale un fondo elegante, como en los restaurantes caros, con el sobrante de la lechuga y del pimiento de lata.

Para postre, *Creme Alsacienne:* en un cuenco desmenuce los polvorones sobrantes de la pasada Navidad (no se notará que están revenidos si los riega con un vasito de moscatel). Sobre ese fondo vierta los dos yogures caducados que nadie se come (su textura semilicuada es muy aparente) y el muesli que olvidó de aquel plan de alimentación sana de cuando se puso a régimen. Sobre todo ello añada dos cucharadas de helado.

El vino, de tetrabrick, me lo decanta en frasco panzudo, que se oxigene bien, y lo pone media hora antes a la mesa, que esté *chambré*. Buen provecho.

100
DESMEMORIAS DE ÁFRICA

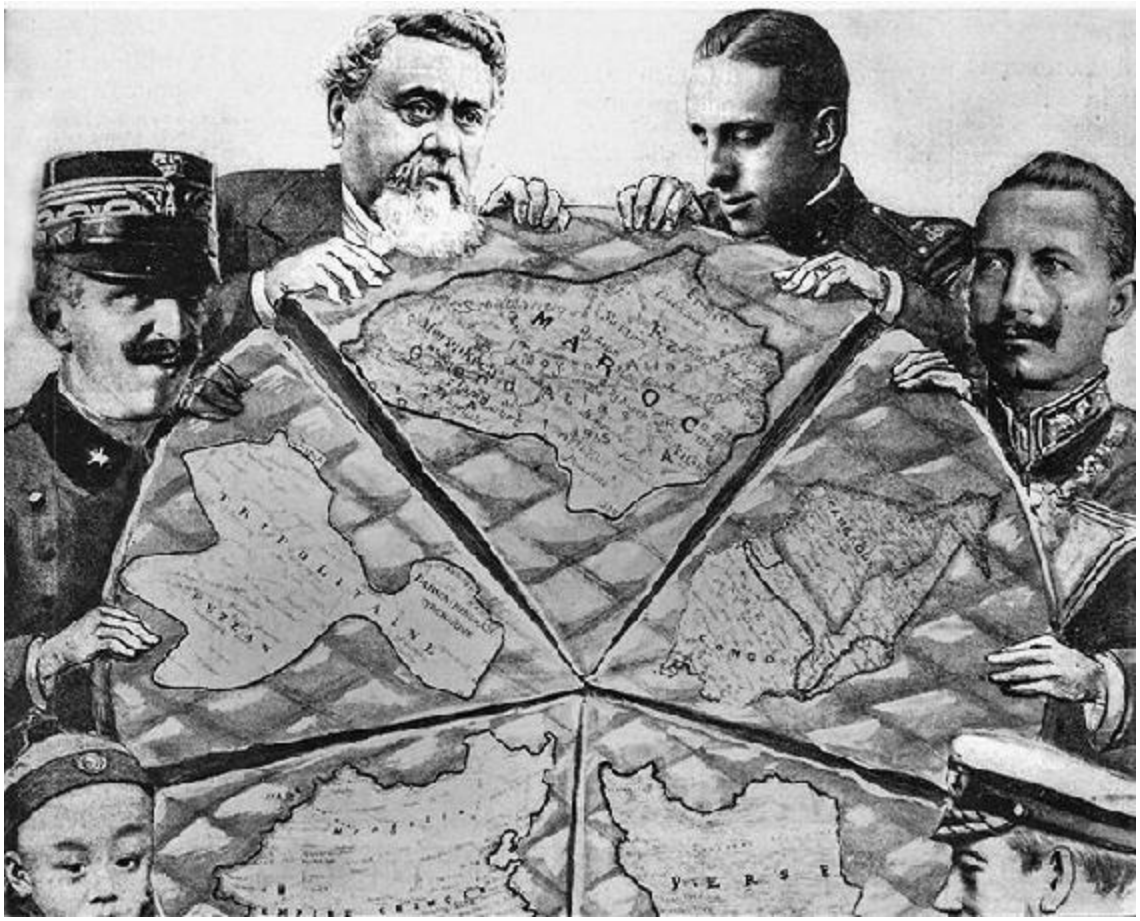
En África, además de hambruna, hay antenas parabólicas que captan imágenes del mundo desarrollado en las que un ama de casa feliz abre una lata de carne para alimentar a su perrito. No debe extrañarnos que esos desheredados que pegan la nariz al escaparate de nuestra opulencia presionen sobre él y amenacen con hacerlo añicos para invadir nuestro privilegiado mundo. La avanzadilla de esa negritud está en los muchachos del monte Gurugú que asaltan la valla de Melilla sin que los detengan concertinas ni pelotas de goma. Detrás vendrán multitudes, por el efecto llamada, si no se arbitran maneras de impedirlo.

Si Europa tuviera conciencia debería pesarle su responsabilidad en los problemas de África. Hace poco más de un siglo los países europeos más poderosos se repartieron el continente negro tras dividirlo a su conveniencia en unas treinta parcelas. No tuvieron en cuenta los factores étnicos, culturales, sociales o económicos que afectaban a aquel inmenso conglomerado de tribus y etnias.

El reparto colonial europeo, previo al formidable trasvase de riquezas de África a Europa, no tuvo, como en la colonización española de América, un Bartolomé de las Casas ni un Francisco de Vitoria que abogaran por los derechos de los nativos. La bestialidad del negro se aceptaba entonces incluso en las instituciones científicas. J. Junt, miembro de la Anthropological Society de Londres, escribía en 1863: «Las analogías entre los negros y los monos son más grandes que entre los monos y los europeos. El negro es inferior, intelectualmente, al blanco europeo. El negro sólo puede ser humanizado y civilizado por los europeos».

Partiendo de estas premisas, el expolio del continente africano por el blanco colonialista se maquilló bajo la apariencia de filantropía: con la calderilla que dejaban las grandes compañías (que obtenían colosales beneficios) se financiaban fundaciones católicas o protestantes, hospitales y escuelas en las que los misioneros amansaban a los nativos.

Tras la Segunda Guerra Mundial, las potencias emergentes (Estados Unidos y la Unión Soviética) impusieron la descolonización a las potencias declinantes. No por filantropía, líbrenos Dios de pensarlo, sino por codicia de los mercados y las materias primas de Asia y África.



Los países imperialistas de Europa se reparten el pastel africano (caricatura, 1910).

Lo sensato hubiera sido redibujar entonces el mapa de los nuevos Estados sobre límites geográficos o étnicos razonables. No hubo tal. La nueva Organización para la Unidad Africana (OUA) se limitó a elevar las colonias a la categoría de Estados soberanos ignorando la arbitrariedad de sus fronteras.

Tampoco hubiera sobrado el sentido común necesario para comprender que las sociedades tribales no pueden convertirse, de la noche a la mañana, en sociedades democráticas respetuosas de los Derechos Humanos.

El caso es que los viejos explotadores que cedieron sus colonias a regañadientes encontraron pronto la fórmula que les permitía ordeñar la vaca sin tener que mantenerla. No se opusieron a que las antiguas colonias adoptaran la apariencia de Estados soberanos (con su bandera, su himno nacional, su selección nacional de fútbol, su funcionariado corrupto, su moneda propia e incluso su asiento en la ONU), pero maniobraron para imponerles dictadores corruptos que amparan el saqueo de los recursos del país por compañías extranjeras. Cuando el gobernante fantoche exige más de la cuenta, nada más fácil que organizar un movimiento independentista que lo derroque y coloque en su lugar a otro tiranuelo más manejable.

El balance de la independencia africana no puede ser más negativo porque ha acarreado a sus pueblos mayores males que el colonialismo. Los odios tribales y sectarios han aupado al poder a señores de la guerra cuyas milicias asolan el continente. Occidente asiste imperturbable al exterminio de etnias rivales, con mutilaciones de pueblos enteros, y los secuestros masivos de niños (a ellos los convierten en soldados; a ellas, en prostitutas).

Detrás de ese horror, que podríamos calificar de autóctono, perdura una nueva y más sinuosa forma de explotación colonial: los traficantes de armas hacen un negocio fabuloso y las codiciosas multinacionales se reparten las reservas de diamantes, cobalto, petróleo, coltán y otros productos estratégicos abundantes en la desventurada África.

Para colmo de desgracias, a las motivaciones raciales y económicas se suman, como una nueva calamidad, las religiosas. La creciente influencia de al-Qaeda y otras versiones no menos preocupantes del rigorismo islamista en las Áfricas supra y subsahariana, alientan sectas fundamentalistas (Shabab en Somalia, Boko Haram en Nigeria) cuyo mantra es «la educación occidental es pecado».

La alternativa es bastante desalentadora, especialmente para Europa. Deslumbrado por la publicidad consumista occidental que le hace creer que en Europa se atan los perros con longanizas, el africano se está movilizando para asaltar este ilusorio paraíso del bienestar donde cree que lo reciben con mantas, caldito reparador, zapatillas deportivas y cuidados médicos. Si a ello añadimos el problema de la envejecida Europa, en la que la demografía

inmigrante supera a la nativa, podemos concluir que, en cierto modo, se está repitiendo el mismo esquema que acompañó a la decadencia del Imperio romano.

España, por su situación geográfica, está en la primera línea de esa, hasta ahora, pacífica invasión de los nuevos bárbaros (en el sentido griego de extranjeros) que asaltan el *limes* europeo. Lo dudoso es si un país con seis millones de desempleados, cuya Seguridad Social no alcanza ya a cubrir las necesidades de su clase desfavorecida, puede permitirse albergar nuevos huéspedes.

Si no fuera políticamente incorrecto podríamos pensar que la solución de los problemas de África, que también son los nuestros, podría residir en que la ONU se hiciera cargo de la administración de sus Estados fallidos y abordara una nueva división territorial más racional que tuviera en cuenta factores étnicos, económicos y culturales. Ello implicaría el derrocamiento de los tiranos, el desarme de las bandas y la imposición de ley y orden. Con escuelas, hospitales, carreteras y una distribución sensata de sus inmensas riquezas, quizá África podría redimirse de las presentes calamidades e incorporarse al concierto de las naciones libres del mundo.

101
EL TESORO DE RENNES

Rennes-le-Château es un pintoresco pueblecito francés de cien habitantes, en el departamento de Aude, cerca del Pirineo. Situado sobre un cerrete, disfruta de estupendas vistas sobre un atrayente paisaje rural.

En Francia hay miles de aldehuelas como Rennes-le-Château que viven de la agricultura y de la ganadería. Rennes-le-Château vive, además, del turismo. Dispone de un museo, un hotelito, algunas pensiones, un restaurante (L´Amarante), varias cafeterías, puestos de helados, y una singular librería, L´Atelier Empreinte, en la que el visitante puede adquirir postales y libros relacionados con el pueblo. Y un amplio aparcamiento asfaltado para comodidad de los visitantes.

¿Qué tiene Rennes-le-Château, alejado de las rutas habituales del turismo, para atraer a unos cien mil visitantes al año?

Tiene un misterio. Una teoría conspirativa, una verdadera joya de la pseudohistoria, que comenzó con vagos rumores acerca de un tesoro oculto, creció con la incorporación de un secreto concerniente a la monarquía francesa y ha desembocado en una revelación que amenaza los mismos cimientos del cristianismo, con la inevitable implicación de los templarios, los cátaros y el Vaticano. ¡Casi nada…!

Los hosteleros de Rennes-le-Château les ponen velas a dos santos laicos cuyas devociones alimentan sus cuentas corrientes: Pierre Plantard (1920-2000), un embaucador con delirios de grandeza, y Gérard de Sède (1921-2004), autor del libro de historia-ficción *El oro de Rennes* (1967)[311]. Un tercer santo, Henry Lincoln (nacido en 1930), no ha fallecido todavía, pero en

cuanto pase a mejor vida (dudoso que sea mejor que la que se está dando ahora) sin duda lo canonizarán.

Empecemos por *monsieur* Pierre Plantard. Aunque nacido pobre en la Francia republicana y laica, el joven Plantard se sintió atraído, desde su más tierna infancia, por la pudiente aristocracia católica y monárquica a la que servían su padre, mayordomo, y su madre, portera de un edificio señorial y cocinera eventual en casas nobles.

En 1940, con media Francia ocupada por los alemanes y la otra media administrada por el Gobierno colaboracionista, el joven Plantard escribió una carta al general Pétain, jefe del Gobierno de Vichy, para denunciar una conspiración judeo-gaullista, mero producto de su fantasía y de su incipiente manía persecutoria.

Aquella misiva trasladada por la secretaria de Pétain a la policía, motivó un informe rutinario[312] por el que sabemos que el joven Plantard había completado sus estudios primarios, pero no tenía oficio conocido, aunque a veces se hacía pasar por periodista y alardeaba de amistades influyentes. Sin ingresos regulares, vivía al arrimo de su madre, una viuda pensionada, en un modesto apartamento de dos habitaciones, de los destinados a porteros de fincas urbanas. «En suma —termina el informe policial—, se trata de uno de esos jóvenes pretenciosos que fundan grupos más o menos ficticios con el deseo de parecer importantes para llamar la atención del Gobierno».

En la época dorada de los fascismos europeos, cuya versión gala era Action Française (Acción Francesa) de Charles Maurras, el joven Plantard militaba en una minúscula organización católica, antisemita y antimasónica, el Front de la Jeunesse, que aspiraba a «la purificación y renovación de Francia». También se las daba de pertenecer a La Cagoule, la rama terrorista de Action Française, que se atribuía cualquier accidente industrial que ocurriera en Francia e intentaba hacerlo pasar por atentado. Tuvo una corta vida.

Sueños aparte, Plantard intentaba labrarse un porvenir como periodista político. Tras algunos intentos fallidos, en 1938 consiguió editar una modesta revista semanal y gratuita, *La Rénovation Française* con la que aspiraba a divulgar la ideología del Front de la Jeunesse. Paralelamente aprovechó que era sacristán a tiempo parcial de la iglesia de Saint Louis d´Antin para fundar una asociación, Groupement Catholique de la Jeunesse, para orientación

recreativa y cultural de la juventud. Es posible que esta actividad tuviera alguna relación con sus tendencias pederastas.

En 1942, Plantard, ocupado en cualquier actividad que no entrañara la búsqueda de un trabajo, fundó una orden de caballería moderna, Alpha Galates, «orientada a restaurar en la Patria la fuerza de vivir un ideal basado en el espíritu caballeresco y el sacrificio». Sus actividades serían variadas, pero principalmente basadas en ofrecer a la juventud «gimnasia, excursiones, arte y cultura». En el artículo séptimo de sus estatutos, falsamente fechados en 1937, señala que «la Orden está rigurosamente vedada a los judíos y a cualquier miembro reconocido como perteneciente a la orden judeo-masónica».

Con cuatro afiliados, incluido él mismo, se lanzó a publicar una revista, *Vaincre* (1943), de la que sólo aparecieron unos pocos números. Esta manía de fundar grupos patrióticos al margen de la legislación vigente (que obligaba a registrar cualquier asociación en el Ministerio del Interior) le costó una leve pena de prisión, cuatro meses en 1944, que, años después, le vendría de perlas para forjarse un pasado como militante de la resistencia, apresado y torturado por los alemanes.

Terminó la Guerra Mundial con la derrota de los fascismos y el triunfo de las democracias (y de la Unión Soviética, me temo) y el joven Plantard, presumiblemente contrariado por el desarrollo de la historia, se replegó en su mesianismo, aceptó a regañadientes la realidad y pensó en fundar una familia. En 1951, se casó con la incauta joven Anne-Léa Hisler (1930-1970) y fijó su residencia en Annemasse, en la Alta Saboya, cerca de la frontera suiza, donde intentó ganarse la vida honradamente como delineante y no tan honradamente como vendedor de títulos de una inexistente orden esotérica (en 1953 lo acusaron de estafa por este motivo y pasó seis meses en la cárcel). Recuerde el lector el florecimiento de falsas órdenes templarias en Francia al que aludimos páginas atrás. Los franceses son republicanos de corazón, pero algunos se pirran por un título y una medalla, aunque sean falsos.

Un informe de la policía, fechado en 1954, describe a Plantard como «un sujeto sin oficio ni gran preparación intelectual que, desde que empezó la ocupación alemana, ha tratado de fundar asociaciones ficticias con el fin de obtener ayudas del Gobierno»[313].

En 1956 el animoso Plantard, sobreponiéndose a sus obligaciones familiares (era ya padre de una chica) y a los golpes y flechazos de la fortuna

adversa regresó a la palestra política y, deseoso de redimir a Francia de los peligros del laicismo socialista, inscribió en el registro de sociedades una nueva orden de caballería, el Priorato de Sión, de orientación católica[314] y encaminada, en un principio, a reclamar a la autoridad la construcción de viviendas baratas para la clase desfavorecida. No obstante, los estatutos resultan mucho más ambiciosos pues aspiran «al crecimiento espiritual de sus miembros, la mutua ayuda, la realización de buenas acciones, la ayuda a la Iglesia católica, la enseñanza de la verdad y la defensa del débil y del oprimido».

Unos meses después de la fundación del Priorato, en diciembre de 1956, el animoso caballero católico vuelve a dar con sus huesos en la cárcel, esta vez por un año, condenado por delitos de pederastia. Tragedia familiar. Su hasta ahora paciente esposa, Anne-Léa, solicita y obtiene el divorcio.

Satisfecho su débito con la sociedad, Plantard sale de la cárcel con treinta y siete años y sin oficio ni beneficio. En el pueblo no tienen buena opinión de él. Mejor emigrar a donde no lo conozcan, a París, su ciudad natal. Allí espera encontrar nuevas oportunidades profesionales y aportar a la dislocada sociedad moderna su espiritualidad caballeresca. Al principio intenta ganarse la vida como vidente y echador de cartas, para lo cual imprime tarjetas de visita en las que se presenta como «el vidente Chyren».

Dejemos por un momento a Plantard y presentemos a un nuevo personaje de esta historia, Noël Corbu (1912-1968), propietario de un pequeño restaurante, el Hotel de la Tour, en Rennes-le-Château.

Noël Corbu había instalado su negocio en una finca que perteneció a Bérenger Saunière, antiguo párroco del pueblo fallecido en 1917. El conjunto comprendía un chalecito de estilo algo provinciano, Villa Bethania, su amplio jardín y un mirador en forma de torre medieval, la Tour Magdala. El párroco se lo había dejado en herencia a su sirvienta, Marie Dénarnaud, pero la pobre mujer, agobiada por las deudas, se lo vendió a Corbu.

La Tour Magdala en Rennes-le-Château.

Como era de esperar, el restaurante estaba siempre vacío ¿A quién que no sea Ferran Adrià, se le ocurre montar un restaurante en el quinto pino?

Decidido a promocionar su negocio, el atribulado Corbu publicó en el periódico regional, *La Dépêche du Midi*, una serie de artículos en los que revelaba que el cura Saunière había encontrado en aquel remoto pueblo un tesoro escondido por la reina Blanca de Castilla, esposa de Luis VIII y madre de San Luis[315].

Introduzcamos ahora al involuntario iniciador del fraude, al reverendo François Bérenger Saunière (1852-1917), un cura atlético, corpulento, de anchas espaldas, enérgica mandíbula, cuadrado mentón, firme mirada (especialmente la de un ojo, que tenía de cristal) y fuerte carácter a juego con su aspecto. Un don Fermín de Pas francés, si se me permite la comparación.

Saunière podía haber aspirado a una meritoria carrera eclesiástica, como el magistral de la imaginaria Vetusta. Facha, inteligencia y ambición no le faltaban, pero su carácter rebelde e indisciplinado dificultaron su ascenso. Asustado por su feroz militancia antirrepublicana y monárquica, que dejaba traslucir en incendiarios sermones, el obispo lo relegó al curato de Rennes-le-Château, un remoto villorrio, cuya iglesia, que databa del tiempo de las cruzadas, se caía a pedazos.

Aparentemente conformado a su destierro, con un salario tan exiguo que apenas le daba para mantener aquel corpachón y lo obligaba a cazar y pescar para complementar su dieta, el cura afrontó su destino con entereza y, lejos de deprimirse, decidió plantar cara a la vida. Para empezar se buscó un ama bien parecida y de firmes caderas, amén de dispuesta y hacendosa, la señora Marie Dénarnaud, con la que mantuvo, hasta que la muerte los separó, la honesta relación natural de un cura con su ama[316].

Hasta aquí la normalidad. Ahora empieza el misterio. La suerte del cura Saunière cambió de la noche a la mañana. De pronto empezó a gastar dinero con sorprendente liberalidad, como si dispusiera de recursos ilimitados: no sólo alhajó su modesto templo parroquial revistiéndolo de toda clase de esculturas y pinturas hasta dejarlo más bonito que un san Luis y un punto horterilla, sino que adquirió la finca paredaña y se construyó en ella una buena casa, Villa Bethania, un espacioso jardín y una torre neomedieval con su escaraguita y todo, la Tour Magdala, en la que instaló su estudio-biblioteca. Se calcula que, al precio actual, esos gastos superarían el medio millón de euros.

Presentemos ahora a un nuevo personaje: el periodista y escritor de historia-ficción o alternativa Gérard de Sède (1921-2004). Había probado

fortuna escribiendo sobre los templarios y los cátaros, pero no le fue bien y decidió cambiar de oficio, como Cervantes cuando intentó pasar a las Indias. De Sède no picó tan alto y se conformó con Normandía, donde se hizo criador de cerdos con una lucida piara a cargo de la cual puso al nada lúcido Roger Lhomoy, antiguo guarda del castillo de Gisors que había perdido el empleo porque le daba el coñazo a los turistas con historias del tesoro que había descubierto en los subterráneos secretos del castillo, y no contento con ello, excavaba en sus horas libres unas galerías que estaban minando los cimientos de la fortaleza.

Gérard de Sède pensó: aquí hay un libro. Y adornando un poco la historia de su porquero escribió *Los templarios entre nosotros o el enigma de Gisors* (1962)[317] que alcanzó cierto éxito y lo reconcilió con la pluma.

Regresemos ahora a Plantard, el flamante maestre del Priorato de Sión instalado en París, donde echa las cartas y trampea lo que puede como vidente.

Alguien le cuenta el cuento de los tesoros que un cura descubrió en Rennes-le-Château y decide incorporarlo a la historia heroica que está tramando para corregir su pedestre vida. Plantard añade sabrosos detalles de su cosecha: unos pergaminos que el cura había encontrado en el hueco de un pilar visigodo demostraban que él, el propio Plantard, descendía por línea directa del rey merovingio Dagoberto II (652-679). En las enciclopedias consultadas por el vidente constaba que al pobre Dagoberto lo asesinaron con veintisiete años, y murió sin descendencia, pero Plantard le inventa un hijo secreto, Sigeberto IV, por cuya descendencia continuó la estirpe, una criptodinastía merovingia de reyes perdidos, hasta desembocar en el propio Plantard. En resumen: que el humilde estafador se revela como el heredero legítimo del trono de Francia, más legítimo que el hijo de Carmen Martínez Bordiú y el duque de Cádiz, puesto que los merovingios preceden a los borbones. ¡Imagine el lector la bomba histórica que ello encerraba! Es como si de pronto se demostrara que Chiquito de la Calzada puede reclamar el trono de España alegando que desciende del rey don Rodrigo y que en su poder obran papeles para sustentarlo.

¡Los sueños de nobleza de Plantard, aquel niñito delgaducho y apocado, hijo de un mayordomo y de una portera se cumplían por fin!

Plantard debió pensar, con Machado, el hoy es malo, pero el mañana es mío. El ensueño de púrpuras y honores lo compensaba de las estrecheces de

la vida.

La historia parecía bien trabada, pero convenía darle cierta apoyatura documental. Para ello, Plantard recurrió a su amigo y compinche Philippe de Chérisey (1923-1985), zascandil y consumado sablista que vivía a salto de mata de múltiples ocupaciones entre las que destacaban las de actor, locutor y humorista. De Chérisey, que tenía cierta habilidad como falsificador, pasó a pergamino los documentos que probaban la ascendencia real de Plantard (los *Dossiers Secrets: Secret Files of Henri Lobineau),* que, convenientemente depositados en la Biblioteca Nacional de Francia, confirmarían la licitud de las reclamaciones de Plantard. Ignoraban los estafadores que la rutinaria catalogación de un documento entregado a la Biblioteca Nacional no significa, necesariamente, que sea legítimo. También catalogan, en la sección correspondiente, los prospectos de los circos y los anuncios de las putas.

Los *Dossiers Secrets* revelan la existencia de una orden caballeresca secreta, el Priorato de Sión, cuyo maestrazgo, unido al trono de Francia, corresponde a Pierre Plantard de Saint Clair, descendiente de los reyes merovingios. ¡Coño con el vidente! ¡Y parecía una mosquita muerta!

Entusiasmado con su ascendencia real, Plantard escribió un libro en el que justificaba su derecho al trono de Francia, pero no encontró editor que apadrinara el engendro. Entonces se lo hizo llegar a Gérard de Sède, que estaba triunfando con *Los templarios entre nosotros.* Gérard de Sède leyó el mazo de folios y comprendió que aquella historia, convenientemente adobada, podría rendir más que los cerdos normandos. Llegaron a un acuerdo: la reescribía, la editaba con su propio nombre y se repartían las ganancias. «Hecho, choca esos cinco», dijo el descendiente de la sangre real merovingia. El producto fue el libro *El oro de Rennes,* que obtuvo tanto éxito que Gérard de Sède prefirió no repartir ganancia alguna, lo que lo enemistó con su socio[318].

En la obra de Sède, la figura del cura Saunière se agiganta con inéditos matices. Después de encontrar su tesoro, el cura no repara en gastos. Viste sotanas de buen paño y viaja con frecuencia a París, la pecaminosa ciudad en plena *bélle epoque,* cuajada de restaurantes, cabarets y mil lugares donde un hombre soltero, bien plantado y sobrado de recursos puede acceder a toda clase de placeres, incluso a los más inconfesables.

—¿Y la tonsura? En aquel tiempo a los curas les rapaban la coronilla.

—¡Hombre de Dios! Cuando se iban de picos pardos se la disimulaban

frotándosela con un corcho quemado.

El cura Saunière a la puerta de su iglesia.

Incluso es posible que fuera amante de una famosa cantante de ópera, Emma Calvé.

El negocio marchaba viento en popa. En Francia se hablaba del Priorato de Sión. Plantard soñaba con que, algún día, su orden caballeresca interesara a personalidades relevantes de la cultura, de la economía y de la política francesas y las animara a defender la causa de la restauración, en su merovingia persona, de una monarquía católica al estilo medieval. Una tercera vía, ya que los capetos y los borbones no habían dejado buen recuerdo en la republicana Francia. En sus sueños se veía investido como rey, por eso

escogió el nombre *Chyren Selin* (anagrama de Gran Rey profetizado por Nostradamus). En años sucesivos, fue enriqueciendo su historia con nuevos detalles: el Priorato de Sión era, en realidad, una rama de la Abadía de Sión fundada por los cruzados en el Reino de Jerusalén en 1099 y englobada en la Compañía de Jesús en 1617. De este modo, la alusión al modesto monte Sión del pueblecito francés donde vivía se transformaba en el monte Sión de Jerusalén, la Tierra Santa conquistada por los cruzados.

Nuevas invenciones de Plantard, o de su socio Philippe de Chérisey, cuya imaginación desbordante se estimulaba con la habitual ingesta de bebidas destiladas, ampliaban incesantemente los presuntos misterios de Rennes-le-Château. Un buen día, reparó en que el perfil de uno de los montes de la cadena de Les Pontils, próxima a Rennes-le-Château, se parecía remotamente al paisaje reproducido en el cuadro de Poussin *Les Bergers d'Arcadie (Los pastores de la Arcadia)*, pintado hacia 1630.

En el cuadro, unos pastores curiosean la inscripción de una tumba campestre: *Et in Arcadia ego* («Y yo en la Arcadia»). A esta coincidencia se le puede sacar punta, pensaron nuestros falsificadores, y adoptaron la inscripción como lema de la familia Plantard y del propio Priorato, un lema cargado de arcanos significados.

La Arcadia es una mítica región de Grecia en la que Virgilio, que jamás había estado en ella, ambientó a los idealizados pastores de sus *Bucólicas*. Desde entonces se elevó a símbolo literario de la felicidad en la tierra a la que todos aspiramos. La expresión latina *Et in Arcadia ego* no tiene nada de misterioso. Es un conocido *memento mori*, o sea, un recuerdo de la fugacidad de la vida. La expresión completa, con el verbo expreso, rezaría: *Et in Arcadia ego (sum)*, «Yo también estoy en la Arcadia», en la que la propia muerte nos advierte de que nadie escapa a ese cruel destino, palmarla, ya que ella reina incluso en la feliz Arcadia. Los pseudohistoriadores le han buscado tres pies al gato y han descubierto en el dicho latino el anagrama de un mensaje secreto: *I tego arcana dei*, «Aléjate, yo oculto los secretos de Dios».

No pasó mucho tiempo sin que se descubriera la tumba pintada por Poussin en términos de Les Pontils, cerca de Rennes-le-Château[319]. En realidad, la tumba data de 1932 y ciertamente se parece bastante a la del cuadro de Poussin… como cientos de tumbas en Francia, pues se trata de un modelo de mausoleo muy tradicional (el propio cuadro de Poussin lo prueba).

Otros detalles de la remodelación de la iglesia de Rennes-le-Château por

Saunière sugerían sorprendentes interpretaciones ocultistas. En el porche de la iglesia campea una inscripción latina preñada de connotaciones esotéricas: *Terribilis est locus iste* (Gen 28:17), o sea, «Este lugar es terrible», que así, a primera vista, no parece lo más adecuado para acoger al creyente, pero, examinado con más discernimiento, remite a los gorigoris de consagración de los nuevos templos en que *terribilis* significa «admirable» o «formidable». Prueba de ello es que la inscripción se encuentra en otras iglesias que no reivindican misterio alguno. Por ejemplo, en la de Villanueva de la Reina, Jaén.

Penetremos ahora en el templo de Saunière. Es una iglesia pequeña, una única nave cubierta de bóveda de medio cañón, sin relevancia arquitectónica. Lo único que la singulariza es que el cura la pintó como una puerta, incluso techos celestes salpicados de estrellas blancas, y la atiborró de imágenes decimonónicas, auténticos cromos en relieve, demasiado aparatosos para tan poca iglesia. Es evidente que estaban calculados para un templo más espacioso, no para éste que más parece una ermita.

Lo primero que encuentra el visitante, en cuanto atraviesa el vano de la puerta, es un demonio, casi del tamaño de una persona, que sostiene la pila del agua bendita. Es costumbre identificarlo con Asmodeo, el diablo cojuelo de nuestra literatura, un demonio enamorado y celoso que en el *Libro de Tobías* asesinaba a los pretendientes de Sara, la hija de Raquel, lo que condenaba a la pobre muchacha a vestir santos: «Si no es *pa* mí, *pa* nadie». En el *Talmud* hebreo, Salomón se las ingenia para capturarlo y lo obliga a construir el Templo de Salomón.

El diablo que sostiene la pila del agua bendita.

Que un demonio con nociones de albañilería (lo de Salomón) aguante la pila del agua bendita ha dado pie a los buscadores de misterios para formular las más peregrinas teorías. En realidad, no hay misterio alguno. En Francia, y aún fuera de ella, existen otras iglesias en las que un demonio sostiene con doloroso esfuerzo la pila de agua bendita. Así queda claro, desde el principio, que la Iglesia vence al demonio en esta lucha que mantienen desde la eternidad y que tantos beneficios reporta a las partes implicadas. En España tenemos a un diablo incluso más fastidiado que el Asmodeo de Saunière, el que aguanta el peso de un púlpito portátil en la catedral de Orense.

Imagínense la faena de soportar sin desmayo las arrobas de un canónigo orondo que no despacha a las devotas de su feligresía con menos de tres cuartos de hora de sermón.

Sobre la pila del agua bendita de Rennes-le-Château se yerguen cuatro ángeles, se diría que hembras o quizá sólo andróginos, lánguidos, prerrafaelistas, que reproducen con las manos las cuatro sucesivas posiciones que el devoto ejecuta al santiguarse. Hay que reconocer que el escultor de Saunière, un tal *monsieur* Giscard, con taller en Toulouse, puso mucho empeño en esta obra. Quizá andaba un poco harto de tallar imágenes monjiles, y le plugo plasmar cierta morbidez sensual en los cuerpos de las cuatro doncellas o lo que sean[320].

Más misterios: en la basa de un crucifijo campea la críptica inscripción *Christus A.O.M.P.S. Defendit*, que los esotéricos descifran como abreviación de *Christus Antiquus Ordo Mysticusque Prioratus Sionis Defendit* («Cristo defiende a la antigua orden mística del Priorato de Sión»). Es una pena que no cuele: en realidad significa *Christus Ab Omni Malo Plebem Suam Defendat* («Cristo defiende a su pueblo de toda maldad») y se repite hasta la saciedad en otras obras religiosas, tanto completa como abreviada.

Crecía el mito con nuevos documentos y noticias del pasado, pero no por ello descuidaba Plantard el presente. Aunque sus magros ingresos sólo permitían un apartamento de una sola habitación, en 1972 contrajo matrimonio con una treintañera, Anne-Marie Cavalle, de la que pronto tuvo un hijo, Thomas.

Nuevos gastos lo llevan a enemistarse con Gérard de Sède, al que acusa de hacer negocio a su costa sin que él vea los beneficios. En el intercambio de querellas, los implicados reconocen que los documentos que usa De Sède son falsos, meras invenciones.

En 1969, el actor británico Henry Lincoln[321] leyó el libro de Gérard de Sède y el de Robert Charroux sobre tesoros del mundo[322] y quedó profesionalmente sorprendido de lo bien que funcionaba aquella disparatada ficción. Fue a Rennes-le-Château y le encantó el lugar.

Lincoln fue a París y se entrevistó con Plantard, que se mostró encantado de que alguien lo tomara en serio, y, atento al negocio que barruntaba, hasta dejó que el fantasmón lo «iniciara» en los misterios del Priorato de Sión. Con el material recopilado, y otro poco de su cosecha, realizó tres documentales para la BBC sobre los misterios del cura Saunière, cargando la mano en los

templarios, que es lo que vende[323]. Después dejó a Plantard tirado y se asoció con el novelista americano Richard Leigh, y el fotógrafo neozelandés Michael Baigent, dos aficionados a los misterios templarios y a la pseudohistoria, para forjar una teoría conspirativa lejanamente basada en las de Plantard y De Sède, pero de mucho mayor alcance.

Hasta el desembarco de los anglosajones, el asunto del cura Saunière y las revelaciones de Rennes-le-Château se habían circunscrito a Francia Los nuevos fabuladores añadieron los elementos necesarios para que la patraña afectara a todo el mundo occidental, a la comunidad de países cristianos en los que pensaban vender su libro y los subproductos mediáticos que de él se derivaran.

El resultado fue un memorable *best seller, El enigma sagrado*[324], en el que se demuestra, con ingeniosos razonamientos enteramente falsos, que el tesoro descubierto por el cura Saunière era, más que oro, un secreto capaz de subvertir la historia de la Humanidad: Jesús no murió en la cruz, estaba casado o arrejuntado con la Magdalena, y terminó sus días en Francia.

Puedo imaginar la perplejidad del lector: pero Jesús ¿no había resucitado al tercer día de su muerte para ascender a los cielos, como pregona nuestra fe, difunden los púlpitos y representan hasta la saciedad todas las ramas de las Bellas Artes, teatro incluido (la Semana Santa)?

Me temo que no. Según la teoría conspirativa revelada en *El enigma sagrado,* escapó por los pelos de la muerte en la cruz, algo maltratado pero vivo, convaleció en casa de algún fiel seguidor (quizá el José de Arimatea del Grial, ¿por qué no?) y en cuanto se restituyó en sus fuerzas le hizo dos higas a su vida anterior y al mensaje salvífico que había predicado, con razonable éxito de público, por los pegujales galileos. «Que os zurzan a todos», dijo antes de abandonar el pedregal otorgado por Yahvé al Pueblo Escogido, y emigrar, con su amada Magdalena, a la dulce Francia, una tierra afable y nada fanática, donde fundó una familia y encabezó el linaje dinástico de los merovingios.

Los motivos de esta deserción de Jesús no están claros. Lincoln y los suyos creen que estaba desengañado de san Pedro y los apóstoles quienes lo consideraban una amenaza para el negocio, pero parece más sensato postular que las heridas y sufrimientos padecidos a lo largo de la Pasión lo devolvieran a la realidad. Recordemos que, en cierto modo, había anunciado su dimisión al Padre Eterno, cuando le gritó, todavía en la cruz, bien alto,

para que el evangelista tomara buena nota: «Padre, padre, ¿por qué me has abandonado?»[325].

El trío encabezado por Lincoln remató bien su trabajo metiendo por medio a los inevitables templarios. Los monjes guerreros serían la rama militar del Priorato de Sión, destinada a proteger el secreto de la estirpe merovingia, la sangre real, o, dicho en francés más o menos antiguo, la *sang real*, el *sangrial*, que da el Grial. O sea: para los que estamos en el secreto, la palabra Grial no se refiere a esa elusiva copa de las leyendas artúricas en la que José de Arimatea recogió presuntamente la sangre del Salvador. Grial significa la estirpe de Cristo y, más concretamente, el recipiente vivo que la contuvo, el útero de la Magdalena.

Aquellas sensacionales revelaciones, de insospechados alcances, impulsaron internacionalmente el timo histórico de Rennes-le-Château. «Que se jodan esos historiadores serios que producen tochos indigestos estofados de aparato científico y escritos en un lenguaje tan presuntuoso que no lo entiende ni Dios —parecen decirnos los autores de *El enigma sagrado* mientras se retratan para la solapa de las nuevas ediciones de su libro y firman nuevos contratos que engordan sus cuentas corrientes—. Nosotros ideamos la patraña de Cristo y la Magdalena, el merovingio y el cura del tesoro y nos forramos. Si el académico quiere ganar lectores, fama y dinero que no aburra a las ovejas».

Los libros y series sobre Saunière y su tropa ocuparon las listas de superventas en varios países. Henry Lincoln invirtió parte de sus beneficios en la adquisición de una finca rústica cerca de Rennes-le-Château donde hoy vive un apacible retiro en compañía de su musa, la escritora, arpista, cantatriz, compositora y terapeuta musical Ani Williams. Lo que demuestra que el tesoro de Rennes-le-Château existía: él lo ha encontrado en los derechos de autor que percibe por sus creaciones.

Recapitulemos el aspecto doctrinal de este asunto: el Priorato de Sión y su rama militar, los caballeros templarios, se habían creado para proteger la estirpe de Jesús y asegurarse de que algún día recuperaran el trono de Francia. Ése sería el primer paso para, más adelante, reinar sobre el mundo, el reinado de Cristo-Rey tan en boga entre los católicos monárquicos franceses cuya ideología carca, reaccionaria y fundamentalista tanto influyó en el joven Plantard. Lo que postula el Priorato de Sión es, en última instancia, un mundo

armónicamente sometido a la autoridad de un rey cristiano que se deja aconsejar por sabios ancianos, la ansiada sinarquía.

En los papeles de Plantard y su tropa, el cura Bérenguer Saunière había descubierto un tesoro material; en los de Lincoln y los suyos el tesoro era un valiosísimo secreto: que Cristo no murió en la cruz, que se reprodujo y dejó una estirpe terrenal. Esta pasmosa revelación amenazaba la estabilidad de unas cuantas casas reinantes europeas y no digamos al Vaticano, que vive de la resurrección de Jesús («Si no resucitó, vana es nuestra fe», que dice san Pablo). Ése sería el origen de la cuantiosa fortuna del cura: el muy taimado chantajeaba a los perjudicados, curia Vaticana incluida, y los obligaba a comprar su silencio. Por eso era tan rico. Por eso, según la leyenda, el colega que lo confesó en el lecho de muerte le negó la absolución y escapó, mortalmente pálido, de la habitación.

El marginado Plantard transigió con el giro que los anglosajones le daban a su negocio familiar, probablemente porque lo socorrieron con alguna propinilla para que colaborara.

Unos años después, en 1986, el trío de tenores templarios reincidió con un nuevo libro, *El legado mesiánico (The Messianic Legacy)*, que reescribía toda la historia para adecuarla a sus nuevas «investigaciones» y descubrimientos: dejan en la cuneta al ya sobradamente desprestigiado Plantard, alegando que había trabucado unos documentos y falsificado otros, y mantienen el mito del Priorato de Sión, la secretísima organización que está detrás de todos los misterios del mundo moderno: Marcinkus, el banco ambrosiano, la muerte del financiero Calvi, la logia P2 y hasta el cisma de Lefévre.

Feneciendo el siglo XX, el filón de Rennes-le-Château parecía agotado tras alimentar tanto a Lincoln y compañía como a las docenas de menudos autores que se incorporaban al negocio y producían libros de corta tirada intentando sorprender a los lectores con nuevas engañifas.

A pesar de la abusiva explotación, el filón estaba lejos de agotarse: todavía faltaba la obra principal: *El código da Vinci* (2003) del novelista Dan Brown.

El código da Vinci, la novela denostada por la crítica pitiminí, pero devorada, con fruición, en la tundra siberiana, en las playas de California, en los desiertos de Gobi, en el compactado metro de Tokio, en Nueva York, en Calcuta, en Buenos Aires, en Ciudad del Cabo, en Madrigal de las Altas Torres, en Hamburgo, en Zimbaue, en Tegucigalpa, en Pekín, en las Casillas del Abad y en Madrid (sin excluir las tumbonas de la Zarzuela ni las muelles

poltronas de la conferencia episcopal), terminó por lanzar a la fama mundial la patraña iniciada por el señor Plantard[326]. Para remate, llegó la película *El código da Vinci*, de Ron Howard, protagonizada por Tom Hanks, investigador atribulado, y Audrey Tautou, criptógrafa asustadiza, ojazos, boquita de piñón, figura menuda pero apetitosa como un balde de fresas con nata.

Así es la vida. Como bola de nieve que desciende vertiginosa por la ladera nevada, la patraña de Rennes-le-Château, que empezó, recordemos, como una conseja de tesoros urdida por un mesonero para atraer clientes, se ha transformado en un tema de apasionante interés primero en Francia, luego en Europa y finalmente en el mundo mundial. Desde entonces no escampa la lluvia de ensayos, novelas y seriales televisivos sobre el presunto matrimonio o, en el peor de los casos, simple apaño, de Jesús el redentor con la redimida Magdalena.

La popularidad del enredo atrajo, finalmente, a una jauría de desmitificadores y aguafiestas de la rama escéptica que pacientemente han desenmarañado la maraña y han desenmascarado el fraude[327]. En el mantenimiento del mito no ayudó para nada que Plantard anduviera a la gresca con todo el que se lucraba de aquella historia que él consideraba de su propiedad. Hay que comprenderlo, el pobre delineante era el titular reconocido de la finca en la que todo el mundo cosechaba menos él. «Sí, tú mucha notoriedad, pero ningún ingreso», le reprochaba acremente su mujer.

En 1986, Plantard arremetió contra las revelaciones de Lincoln y compañía y, en un esfuerzo por recuperar protagonismo, relegó a un segundo plano la genealogía merovingia y el asunto del matrimonio Jesús-Magdalena y dio en relacionar los misterios de Rennes-le-Château con las «líneas ley» (otra superchería pseudocientífica de nuestro tiempo[328]) y el monte Rocco Negro, no lejos del castillo de Blanchefort, un lugar de «intensa energía», aunque perfectamente improductivo, en el que se había comprado una parcela.

Pierre Plantard dejó de prodigarse en los medios durante un tiempo, a raíz de que el investigador Jean-Luc Chaumeil revelara su oscuro pasado: el presunto heredero de los merovingios y descendiente de Cristo había sufrido persecución por la justicia acusado de fraude, malversación y corrupción de menores. Durante su prudente retiro, Plantard corrigió y amplió la fantástica historia del Priorato de Sión con nuevas ficciones recién acuñadas que reemplazaran a las antiguas. El resultado de esta labor abnegada y silenciosa

lo expuso en 1989 cuando regresó a la palestra con novedades que vinculaban el Priorato con el caudillo de los cruzados Godofredo de Bouillón, con la Compañía del Santo Sacramento y con los Hijos de San Vicente, amén de una flamante lista de grandes maestres del Priorato en la que figuraba una serie de celebridades difuntas como el científico Newton, el escritor Victor Hugo, el músico Debussy y el artista Jean Cocteau. Lo malo es que también tuvo la osadía de incluir al millonario y prestigioso hombre de negocios Roger-Patrice Pelat (1919-1989), un acaudalado amigo del presidente François Mitterand, fallecido tras protagonizar un considerable escándalo financiero.

Esta vez, la manía de alardear de amistades en las altas esferas le jugó una mala pasada al incauto Plantard. El juez que investigaba el caso, al conocer que su acusado figuraba como cabeza visible de una oscura orden caballeresca, ordenó el registro de la sede social de aquella misteriosa institución…, ¡que no era otra que la modesta vivienda de señor Plantard! La policía judicial no encontró documento alguno relacionado con el caso, pero sí media tonelada de papeles de complicada interpretación en los que reiteradamente se aludía al Priorato de Sión, a reyes merovingios y a enredos históricos.

Curándose en salud, los agentes trasladaron los papeles a la mesa del juez, quien invirtió en su estudio algunas jornadas de arduo trabajo hasta comprobar que aquel galimatías no contenía nada relacionado con la causa de Pelat. ¿No estaría siendo víctima de una tomadura de pelo o de una intoxicación tramada para desprestigiarlo o hacerle perder su precioso tiempo? Severamente interrogó a Plantard: «¿Todo esto qué significa?». Y Plantard, acojonado ante la perspectiva de verse implicado en un turbio asunto político cuyos alcances se le escapaban, admitió, bajo juramento, que el Priorato era un producto de su imaginación, o sea, un fraude.

El juez dejó en paz al pobre diablo, pero la familia del financiero Pelat manifestó a la prensa su intención de querellarse contra el estafador que usaba el nombre del extinto en vano. Asustado, Plantard cambió de domicilio y no volvió a saberse de él hasta su muerte, en el año 2000, a los setenta y cuatro años de edad. El maestrazgo del Priorato se lo dejó en herencia a su hijo Thomas, que lo detentó, al parecer, sólo por espacio de un mes.

El tiempo y la paciente labor de algunos investigadores aguafiestas han demostrado lo que cualquier persona en su sano juicio podía sospechar: que

los documentos en los que se basa la historia del cura Saunière eran falsos. Incluso se ha publicado una nutrida correspondencia cruzada entre Plantard y sus compinches en la que maquinaban nuevos embustes para contrarrestar las críticas recibidas[329].

Quedaba, sin embargo, el rabo por desollar. Si Saunière no encontró tesoros templarios o merovingios o capetos, ¿de dónde sacaba el dinero para sus obras y para vivir como un cura (dicho sea con perdón por la redundancia)? La explicación es bastante pedestre: confinado en una parroquia de tercera regional, sin más horizonte que los montes Les Pontils y sin ingresos que le permitieran vivir con holgura compatible con sus gustos y ambiciones, el buen párroco solicitaba donativos para la construcción de una hipotética residencia de sacerdotes ancianos y, al propio tiempo, traficaba con misas.

¿Tráfico de misas?

Veamos. Saunière, ofrecía sus servicios en múltiples revistas religiosas leídas por cientos de miles de beatas francesas e incluso de otros países (España, Italia, Alemania) en las que se presentaba como un «cura pobre». ¿Quiere usted que le cante una misa de difuntos por el zascandil de su difunto marido cuya alma la agradecerá? Sus estipendios, supuestamente destinados a la construcción de una residencia de ancianos sacerdotes, oscilaban entre uno y cinco francos, donativos aparte[330]. Saunière había encontrado una mina en la credulidad de las devotas: miles de transferencias por misas, que obviamente no tenía tiempo material de celebrar, le reportaban pingües beneficios que él invirtió en darse a la buena vida y en las obras descritas.

El timo sacro se mantuvo durante unos cuantos años, pero fatalmente llegó a conocimiento de las autoridades religiosas que amonestaron severamente al timador y le recordaron que un sacerdote sólo puede decir tres misas diarias[331]. No les hizo el menor caso e insistió, contumaz, en las malas prácticas. Finalmente, en 1909, el tribunal eclesiástico de Carcasona lo destituyó de su cargo parroquial y le envió a un sustituto.

Bérenguer no se arredró. Convocó a toque de campana a su fiel feligresía (con tantas obras, daba trabajo a muchos aldeanos) y les explicó que el obispo lo expulsaba de aquella iglesia que les había puesto como los chorros del oro, pero que, como se debía a ellos, proseguiría su sagrado ministerio en la capilla privada de Villa Bethania. La feligresía se trasladó masivamente al nuevo templo e hizo el vacío al párroco enviado por el obispado.

Hoy está completamente demostrado el fraude; incluso Arnaud de Sède, hijo del difunto autor de *El oro de Rennes*, ha declarado en televisión que todo fue una invención de su padre y del delineante megalómano. Sin embargo, a pesar de todo, cada año siguen apareciendo nuevos libros que renuevan los viejos embustes. Muchedumbres de turistas siguen visitando el pueblecito con alguno de esos libros bajo el brazo.

¿Por qué, si todo es mentira?

Elemental, querido Watson: porque la gente necesita creer en algo, aunque sea mentira. Ahí tenemos, sin ir más lejos, las mil y una religiones que embaucan a la Humanidad. Cada cual cree que la suya es la buena, sin mirar el determinismo geográfico. A ver quién los saca de su error. A ver quién los persuade de que la única verdadera es la nuestra, la Católica Apostólica Romana.

A Rennes-le-Château continúan acudiendo hordas de turistas embelesados por la falsa historia del cura Saunière y sus tesoros, la tumba de Jesús, el vientre de la Magdalena, el Santo Grial y demás folklore ocultista. Existe una agencia de viajes, Exclusive Tours, que transporta al lugar de los hechos a rebaños de fans de *El código da Vinci*, libro y película, por la módica cantidad de 1.890 dólares, todo incluido «salvo vuelos y alcohol».

Lincoln, el de *El enigma sagrado,* vive un plácido retiro en una casa de campo de las inmediaciones. En una de las paredes luce el título de Caballero Honorario de la Orden del Temple, rama escocesa, «en reconocimiento a su trabajo en el campo de la geometría sagrada y de la historia templaria», junto con algunas fotos de su investidura, una ceremonia celebrada en la abadía de Newbattle, Escocia, con capas blancas, cruces rojas y espadas *made in Taiwan.* De vez en cuando se da una vuelta por los viejos dominios del cura Saunière, charla con los turistas que acuden a beber de su magisterio y les muestra los lugares del misterio, «incluidos los que no figuran en las guías al uso».

Por lo pronto, en 2004, el alcalde del pueblito hizo exhumar los restos de Bérenguer Saunière que reposaban en una sencilla tumba y los alojó en otra más digna, revestida de cemento, a prueba de profanaciones, no sea que los fans le roben el cadáver.

EPÍLOGO

En fin, aquí termino el libro.

Dicen que Menéndez Pelayo, quizá el español que más leyó en su vida, se lamentaba así al ver acercarse la dama del beso amarillo: «¡Qué contrariedad, con todo lo que me queda por leer!». A los que nos interesa el mundo con su Historia y sus historias nos ocurre algo parecido cuando cumplimos cierta edad. Llega un momento en que eres consciente de la cantidad de paisajes, lecturas, proyectos que se quedarán en el tintero. En este libro he recogido algunos de los temas que me han interesado a lo largo de mi vida, pero me temo que mis ignorancias siguen siendo abrumadoramente superiores a mis conocimientos y que mi curiosidad no se verá saciada en el tiempo que me quede.

Gracias, lector, por estos ratos que hemos pasado juntos y hasta siempre.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN HERRERA, Rafael, *La otra España del Temple*, Martínez Roca, Barcelona, 1988.

ALFONSO Y HERNÁN, Eduardo, *El Santo Grial en el monasterio de San Juan de la Peña,* Eyras, 1989.

ALMAZÁN DE GRACIA, Ángel, *Los custodios del Grial*, Sotabur, Soria, 1997.

ALVAR, Carlos, *Breve diccionario artúrico,* Biblioteca Artúrica,Alianza, Madrid, 1997.

AMEZCUA, Manuel, *La ruta de los milagros*, Index, Granada, 1993.

ANGERHAUSEN, Jullius, *Die schwarze Muttergottes. Legenden und die Schmerzhafte von Telgte*, Verlag J. Schnellsche Buchhandlung, 1952.

ANÓNIMO, *Perlesvaus o El Alto Libro del Graal*, edición de Victoria Cirlot, Ed. Siruela, Madrid, 1985.

— *La Búsqueda del Santo Grial*, edición de Carlos Alvar, Alianza, Madrid, 1987.

— *Lanzarote del Lago*, edición de Carlos Alvar, Alianza, Madrid, 1988.

— *El Caballero de la Espada, La Doncella de la Mula,* edición de Isabel de Riquer, Siruela, Madrid, 1988.

— *Mabinogion*, Siruela, Madrid, 1988.

— *Tristán e Iseo,* Alianza, Madrid, 1991.

— *La Muerte del Rey Arturo*, edición de Carlos Alvar, Alianza, Madrid, 1991.

— *Historia de Merlín*, Siruela, vols. I y II, Madrid, 1991.

ARCHER, Rick y Samantha, «Palace of Knossos, in Crete», http://www.ssqq.com/travel/greece2008x06crete.htm.

ARRANZ MÁRQUEZ, Luis, *Cristóbal Colón: misterio y grandeza*, Marcial Pons, Madrid, 2006.

ARROYO DURÁN, Fernando, «Zulema y la leyenda de la Mesa del rey Salomón», *Hispania incógnita*, Aguilar, Madrid, 2006.

ASHE, Geoffrey, *Camelot and The Vision of Albion*, Heinemann, Londres, 1971.

ATIENZA, Juan G., *Nuestra Señora de Lucifer*, Martínez Roca, Barcelona, 1991.

BASCHER, Dom Jacques de, *La Vierge noire de Paris*, Tequi, París, 1979.

BEDU, Jean-Jacques, *Rennes-Le-Château: Autopsie d'un mythe*, Loubatières, 1990.

BEGG, Ean, *The Cult of the Black Virgin*, Penguin Books, Londres, 1996.

BEN ABU AL-HAKAM, *Kitab Futuh Misr*, traducción de Lafuente Alcántara, págs. 211-212 (véase Claudio Sánchez Albornoz, *La España musulmana*, Espasa Calpe, Madrid, 1978, vol., 1, pág. 65).

BENKO, Stephen, *The Virgin Goddess. Studies in the Pagan & Christian Roots of Mariology*, E. J. Brill, Leiden, Nueva York, Colonia, 1993.

BERLITZ, Charles, *The Mystery of Atlantis,* Avon Books, Nueva York, 1976. (Existe traducción española publicada por Planeta, Barcelona).
BIRNBAUM, Lucia Chiavola, *Black Madonnas, feminism, religion, and politics in Italy,* Northeastern University Press, Boston, 1993.
BLANCO MARTÍNEZ, Rogelio, y MUÑOZ VITORIA, Fernando, y otros, *Historia de España,* tomo VI, «Los borbones hasta 1845», Club Internacional del Libro, Madrid, 1990.
BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, José María, «Cuatro razones por las que es indefendible la tesis de J. F. Moffitt sobre la modernidad de la dama de Elche», *Historia y Arqueología de las Civilizaciones* (web) Madrid, 1996.
BOHIGAS BALAGUER, Pedro, *Los Textos Españoles y Gallego-Portugueses de la Demanda del Santo Grial*, Rfe, VII, Madrid, 1925.
BORDONOVE, Georges, *La vida cotidiana de los templarios en el siglo XIII*, Temas de Hoy, Madrid, 1989.
BORGES, Jorge Luis, *Historia Universal de la Infamia,* Alianza, Madrid, 1971.
BORST, Arno, *Les cathares,* Payot, París, 1978.
BRENNON, Anne, *Cahiers de Fanjeaux, Cathares en Languedoc*, Privat Éditeur, París, 1978.
— *Los cátaros. Hacia una pureza absoluta*, Ediciones B, Barcelona, 1998.
BURCKHARDT, Titus, *Alquimia*, Plaza y Janés, Barcelona, 1976,
CARNAC, Pierre, *La historia empieza en Bimini*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.
CASSAGNES-BROUQUET, Sophie, *Vierges Noires, regard et fascination,* Editions du Rouergue, Rodez, 1990.
CHARLIER, R. F., y GESMAN, A. M., «Perennial Atlantis», *Sea Frontiers*, enero de 1972.
CHARPENTIER, Louis, *El enigma de la catedral de Chartres*, Martínez Roca, Madrid, 2002.
CHARROUX, Robert, *Treasures of the World*, Frederick Muller, 1966.
CHAUMEIL, Jean-Luc, *Rennes-le-Château. Gisors. Le Testament du Prieuré de Sion, Le Crépuscule d'une Ténébreuse Affaire,* Editions Pégase, 2006.
CHRISTIAN, Catherine, *The Pendragon,* Warner, Nueva York, 1980.
CHRISTIAN, Jr., William A., *Visionaries. The Spanish Republic and the Reign of Christ,* University of California Press, Berkeley, 1996.
CIRLOT, Juan Eduardo, *Diccionario de Símbolos*, Labor, Barcelona, 1988.
COHEN, Daniel, *Mysterious Places,* Dodd, Mead and Company, Nueva York, 1969.
COLLINS, Andrew, *El Santo Grial en busca de una leyenda*, Minotauro, Barcelona, 2005.
COLÓN, Hernando, *Historia del almirante Don Cristóbal Colón*, Imprenta Tomas Minuesa, Madrid, 1892.
COMELLAS, José Luis, *El éxito del error. Los viajes de Colón*, Ariel, Barcelona, 2005.
COPPENS, Philip, «Crete, the egyptian island of the dead?», *Frontier Magazine* 6. 1, enero-febrero, 2000.
CORBU Claire, y CAPTIER, Antoine, *L'Heritage de l'abbé Saunière,* Editions Belisane, 1985.
CORLISS, William R., *Mysteries beneath the sea*, Thomas Y. Crowell Company, Nueva York, 1970.
CORPUS INSCRIPTIONUM LATINARUM, C. I. L. es la recopilación de inscripciones latinas del mundo antiguo. Es la fuente primordial de la epigrafía clásica con múltiples referencias en Internet.
CORRAL LAFUENTE, José Luis, *¿Qué fue de la Corona de Aragón?,* Zaragoza, 2010.
CRESPI, Enric, *Personajes y temas del Graal*, Península, Barcelona, 2002.
CRUZ, Joan Carroll, *Miraculous Images of Our Lady*, Tan Books and Publishers, Rockford, Illinois, 1993.
CUADRA BLANCO, Juan Rafael, «El Escorial y el Templo de Salomón», *Anales de*

Arquitectura, núm. 7, ETSAUV, Valladolid, 1996, págs. 5-15.
— «El Escorial y la recreación de los modelos históricos», *Arquitectura*, núm. 311, COAM, Madrid, 1.er sem. 1997, págs. 47-52.
— *El Escorial y el Templo de Salomón*, Tesis doctoral (resumen en Internet).
DELAPORTE, Yves, *Les trois Notre-Dame de la Cathedrale de Chartres*, E. Houvet, Chartres, MCMLV.
DELICADO, Francisco, *La lozana andaluza*, editado por Claude Allaigre, Cátedra, Madrid, 1985.
DEMURGER, Alain, *Auge y caída de los templarios*, Martínez Roca, Barcelona, 1986.
DESCADEILLAS, René, «Mythologie du Trésor de Rennes: Histoire Veritable de L'Abbé Saunière, Curé de Rennes-Le-Château», *Mémoires de la Société des Arts et des Sciences de Carcassonne*, 1971-1972, tomo VII, 1974.
DIAMOND, Jared, *Armas, gérmenes y acero*, Debate, Madrid, 1998.
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *La sociedad española en el sigloXVIII*, Instituto Balmes de Sociología, Madrid, 1955.
— *Hechos y figuras del siglo XVIII español*, Siglo XXI, Madrid, 1980.
— *Carlos III y la España de la Ilustración*, Alianza, Madrid, 1990.
DOUMAS, C. G., *Thera: Pompei of the Ancient Aegean*, Thames and Hudson, Londres, 1983.
DOVER, Carol (ed.), *A Companion to the Lancelot-Grail Cycle*, Boydell & Brewer, Martlesham, 2005.
DOVER, K. J., *Greek Homosexuality*, Duckworth, Londres, 1979.
DURAND-LEFEBVRE, Marie, *Etude sur L'Origine des Vierges Noires*, G. Durassie & Cie, París, 1937.
ELIADE, Mircea, *Tratado de historia de las religiones*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975.
ESLAVA GALÁN, Juan, «El rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda», *Historia y Vida*, núm. 148, Barcelona, julio de 1980.
— «Don Julián, Rodrigo, la Cava y la pérdida de España», *Historia y Vida*, núm. 223, Barcelona, octubre, 1986.
— *El enigma de la mesa de Salomón*, Martínez Roca, Barcelona, 1988.
— *El enigma de Colón y los descubrimientos de América*, Planeta, Barcelona, 1992.
EXPERT, Chanoine L., *La Vierge noire de Paris. Notre-Dame de Bonne Delivrance*, Desclee de Brouwer, París, 1933.
FANJUL, Serafín, *Buscando a Carmen*, Siglo XXI, Madrid, 2012.
FASSLER, Margot E., *The Virgin of Chartres: Making History through Liturgy and the Arts*, Yale University Press, 2010.
FOREY, Alan, *Templars in the Corona de Aragon*, Oxford University Press. Londres, 1973. (Edición digital gratuita, en inglés).
FRATTINI, Eric, *Secretos vaticanos. De san Pedro a Benedicto XVI*, EDAF, Madrid, 2003.
FREDERICK IDE, Arthur, *Moses: Making of Myth & Law: The Influence of Egyptian Sex, Religion and Law on the Writing of the Torah*, Monumento Press, 1992.
FRITH, Henry, *King Arthur and His Knights*, Junior Deluxe Editions, Garden City, Nueva York, 1955.
FROST, «The Critias and Minoan Crete», *Journal of Hellenic Studies*, núm. 33, Londres, 1913, págs. 189-206.
FUGUET, Joan, y PLAZA, Carme, *Los templarios en la península Ibérica*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2005.
FULCANELLI, *El misterio de las catedrales*, Plaza y Janés, Barcelona, 1969.
FURNEAUX, Rupert, *Los grandes enigmas del Universo*, Javier Vergara editor, Buenos Aires, 1977.

GARCÍA ALONSO, Francisco, *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*, Bellaterra, Barcelona, 2009.
GARCÍA ATIENZA, Juan, *Los supervivientes de la Atlántida*, Martínez Roca, Barcelona, 1977.
GARCÍA GUAL, Carlos, *Los orígenes de la novela*, Istmo, Madrid, 1972.
— *Historia del rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*, Alianza, Madrid, 1989.
GARRIGA, Ramón, *Berlín años cuarenta*, Planeta, Barcelona, 1983.
GÓMEZ TABANERA, José Manuel, «Thera y el enigma de la Atlántida», *Historia 16*, núm. 36, abril de 1979, págs. 123-132.
— «Ante la llamada Dama de Elche: realidades e interrogantes de un hispanista», *Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas*, Melilla, 1995. http://www.uned.es/ca-melilla/Webmel1/biblo/Aldaba.htm.
— «Hermenéutica de la Dama de Elche», en *La Dama de Elche: más allá del enigma*, Generalitat Valenciana, Valencia, mayo de 1996.
GOUTEAUX, Jean Paul, *Apología de la blasfemia. El peligro de creer*, Montesinos, Barcelona, 2009.
GOYTISOLO, Juan, *Reivindicación del Conde don Julián*, Cátedra, Madrid, 1985.
GREEN, D. H., *The Beginnings of Medieval Romance: Fact and fiction, 1150-1220*, CUP, Cambridge, 2005.
GROSS, Gwen, *Knights of the Round Table*, Random House, Nueva York, 1985.
GUERRA SANTOS, Antonio, «Thera», *Revista de Arqueología*, núm. 15, págs. 24-33.
HAAS, Nicu, «Anthropological observations on the skeletal remains from Giv'at haMivtar», *Israel Exploration Journal*, 20: 38, 59, 1970.
— «Crucifixion. The Archaeological Evidence», *Biblical Archaeology Review*, vol. 11, 1985, págs. 44-53.
HARRINGTON, Spencer P. M., «Saving Knossos», *Archaeology*, vol. 52, enero-febrero de 1999.
HERNÁNDEZ JUBERÍAS, Julia, *La península imaginaria. Mitos y leyendas sobre al-Andalus*, CSIC, Madrid, 1996.
HITCHENS, Christopher, *The Missionary Position: Mother Teresa in Theory and Practice*, Verso Books, Nueva York, 1995.
HURTADO DE MENDOZA, Diego, *Historia de la guerra de Granada*, Globus, Madrid, 1995.
HUYNEN, Jean, *El enigma de las vírgenes negras*, Plaza y Janés, Barcelona, 1977.
IBN IDARI AL-MARRAKUSI, *Al Bayān al-Mugrib Fi Itjisār Ajbār Muluk al-Andalus wa al-Magrib*, Ambrosio Huici Miranda [traductor], Tetuán, Editora Marroquí, 1953-1954.
INTROVIGNE, Massimo, *Los illuminati y el Priorato de Sión. La verdad en Ángeles y Demonios y el Código da Vinci*, Rialp, Madrid, 2005.
JARNAC, Pierre, *Histoire du Trésor de Rennes-le-Château*, Éditions Bélisane, 1985.
JOHNSTON, Johanna, *King Arthur: His Knights & Their Ladies*, Scholastic, Nueva York, 1979.
JONES, J., *Fake? The Art of Deception*, British Museum, Londres, 1990.
JORDÁN MONTES, Juan Francisco, «Zoofilia, alianzas sexuales con diosas y occisiones de jefes», Serie arqueológica, ISSN 0213-9219, núm. 23, 2010 [Varia IX]: *Ponencias de los seminarios de arte prehistórico desde 2003-2009* (V, VI, VII, VIII, IX y X Gandia-Tirig), págs. 109-145.
JOSEFO, Flavio, *Antigüedades judías*, libros I-IX, Akal, Madrid 1997, pág. 88.
KILMER, M. F., *Greek Erótica on Attic Red Figure Vases*, Dutchworth, Londres, 1993,
KUBLER, George Alexander, *La obra del Escorial*, Alianza, Madrid, 1983.
KÜNG, Hans, *La Iglesia católica*, Mondadori, Barcelona, 2002.
LABAL, Paul, *Los cátaros: herejía y crisis social*, Barcelona, Crítica, 2000.

LAVILLA, Rafael, «Objetivo: localizar la Atlántida. Cuando el mito se convierte en ciencia», *Año Cero*, núm. 19, págs. 4-20.
LAWHEAD, Stephen R., *Arthur,* Pendragon, Nueva York, 1989.
LE ROY LADURIE, Emmanuel, *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324,* Taurus, Madrid, 1981.
LEÓN CANO, José, «Tenerife, antesala de la Atlántida», *Año Cero*, núm. 11, junio de 1991, págs. 14-21.
LICHT, H., *Sexual Life in Ancient Greece*, Constable Ed., Londres, 1994.
LOMAX, Derek W., *Las órdenes militares en la península Ibérica durante la Edad Media,* Instituto de Historia de la Teología Española, Salamanca, 1976.
LÓPEZ AZORÍN, Fernando, *Yecla y el padre Lasalde*, ayuntamiento de Yecla y Universidad de Murcia, Murcia, 1994.
LOZANO, Cristóbal, *Historias y Leyendas*, Espasa Calpe, Madrid, 1969.
LUCE, J. V., *The end of Atlantis*, Thames and Hudson, Londres, 1969.
— *Lost Atlantis*, Mc. Graw-Hill Book Company, Nueva York, 1969.
MANUSCHEVICH, Jaime, *La investigación sobre la Atlántida*, texto en Internet.
MANZANO Y MANZANO, Juan, y MANZANO, Ana María, *Los Pinzones y el Descubrimiento de América*, 3 vols., Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1988.
MARKALE, Jean, *Rennes-le-Château et l'enigme de l'or maudit*, Pygmalion, París, 1989.
— *La grande deesse, Mythes et sanctuaires*, Albin Michel, París, 1997.
MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *Los templarios en los reinos de España*, Planeta, Barcelona, 2006.
MARTÍNEZ OTERO, Luis Miguel, *El Priorato de Sión. Los que están detrás*, Obelisco, Barcelona, 2007.
MASTRO, Maria lo, *Dossier templari (1118-1990),* Edizioni Templari, Roma, 1991.
MATTHENS, John, *El Santo Grial*, Debate, Madrid, 1988.
MESTRE I GODES, Jesús, *Los cátaros*, Península, Madrid, 1997.
MITRE FERNÁNDEZ, Emilio, *Las herejías medievales de Oriente y Occidente,* Arco libros, Madrid, 2000.
— *Iglesia, herejía y vida política en la Edad Media,* Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2007.
MILLWARD, G. E., y otros, «Atlantis modern Theories and Ancient Tales», *History Today*, julio de 1973.
MOFFITT, John F., «La Dama de Elche y el Guerrero Ibérico, polémica sobre las falsificaciones de la Alcudia», *Historia 16*, XXI, núm. 244, agosto de 1996, págs. 86-98.
— *El caso de la Dama de Elche, Historia de una leyenda*, Destino, Barcelona, 1997.
— «La Dama de Elche tras diez años polémicos», *Empiria, Revista de Metodología y ciencias sociales*, núm. 10, julio-diciembre de 2005, págs. 185-209.
MONTES BERNÁRDEZ, Ricardo, *Falsificaciones arqueológicas en España,* Algazara, Málaga, 1993.
MOSS, Leonard W., y CAPPANNAR, Stephen C., «In Quest of the Black Virgin: She Is Black Because She Is Black»,en *Mother Worship. Themes & Variations,* James J. Preston (ed.), U. of N. C. Press Chapel Hill, 1982.
MOYA BLANCO, Luis, «Caracteres peculiares de la composición arquitectónica de El Escorial», *El Escorial*, tomo I, Patrimonio Nacional, Madrid, 1963, págs. 155-180.
NELLI, René, *Écritures cathares,* Planéte, París, 1978.
NEWMAN, Robert, *Merlin's Mistake,* Hutchinson, Londres, 1970.
NIEL, Fernand, *Les cathares de Montsegur,* Robert Laffont, París, 1973.
OLIVEIRA, Mario de, *Fátima nunca mais,* Campo das letras, Lisboa, 1999.

OLMOS, R., y TORTOSA, T., «El caso de la Dama de Elche, más que una divergencia», *Archivo Español de Arqueología*, núm. 69, Madrid, 1996.
— *La Dama de Elche. Lecturas desde la diversidad*, Madrid, 1997.
ORLANDIS, José, *La España visigótica*, Madrid, 1977.
ORTEGA, Ángel, *La Rábida. Historia documental crítica*, 4 vol., ed. Facsímil de la Diputación Provincial de Huelva, 1925.
PARTNER, Peter, *El asesinato de los magos. Los templarios y su mito*, Martínez Roca, Barcelona, 1987.
PEARSALL, Derek, *Arthurian Romance: a short introduction*, Blackwell, Oxford, 2005.
PENCO VALENZUELA, Fernando, *La foto de Capa*, Paso de Cebra, Córdoba, 2009.
— «Tras las huellas del héroe desconocido», *Historia de Iberia Vieja*, núm. 56, febrero de 2010.
PETTY, Genevieve, G. E. «The legacy of Sir Arthur Evans», file:///C|/Documents%20and%20Settings/Genevieve/My%20Documents/Danae's%20Portfolio/a (6 of 7)2/17/2004 1:26:14 PM.
PLATON, N., *Zakros*, Nueva York, 1971.
PROCOPIO DE CESAREA, *Historia de las Guerras*, obra completa, Gredos, Madrid, 2007.
PUTNAM, Bill, y WOOD, John Edwin, *The Mystery of Rennes-le-Château, A Mystery Solved*, Suttons Publishers, 2003.
— *The Treasure of Rennes-le-Château, A Mystery Solved*, Sutton Publishing Limited, 2005.
QUIRÓS, Bernardo de, *Colonización y subversión en la Andalucía de los siglos XVIII-XIX*, Editoriales Andaluzas Unidas, S.A., Sevilla 1986.
RAHN, Otto, *Croisade contre le Graal*, Stock, París, 1974.
RAMAGE, E. S., y otros, *Atlantis: fact or fiction?*, Indiana University Press, Bloomington, Indiana, 1979.
RAMÍREZ, Juan Antonio (ed.), *Dios, Arquitecto*, Siruela, Madrid, 1991.
RENDÓN, Álvaro, y ESLAVA GALÁN, Juan, *La lápida templaria descifrada*, Planeta, 2008.
REY BUENO, Mar de, *Magos y reyes: el ocultismo y lo sobrenatural en las monarquías*, EDAF, Madrid, 2004.
RIDRUEJO, Dionisio, *Casi unas memorias*, Planeta, Barcelona, 1976.
RINCÓN ÁLVAREZ, Manuel, *Claves para comprender el monasterio de San Lorenzo de El Escorial*, Universidad Salamanca, Salamanca, 2007.
RIQUER, Martín de, *La leyenda del Graal y temas épicos medievales*, Editorial Prensa Española, Madrid, 1968.
RIVIÈRE, Jacques, *Le Fabuleux trésor de Rennes-le-Château*, Editions Belisane, 1983.
RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco, *Sociedad, amor y poesía en la antigua Grecia*, Alianza, Madrid, 1995.
ROQUEBERT, Michel, *Cathar religion*, Loubatiéres, Toulouse, 1989.
ROS AGUDO, Manuel, *La guerra secreta de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002.
ROUSE, R. A., y RUSHTON, C. J., *The Medieval Quest for Arthur*, Stroud, 2005.
RUBIERA MATA, María Jesús, «El Enigma de la Mesa de Salomón», *Awraq, Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, núm. 3, 1980.
RUIZ DE LA PUERTA, Fernando, *La cueva de Hércules y el palacio encantado de Toledo*, Editora Nacional, Madrid, 1977.
SAHAGÚN, Bernardino de, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición y paleografía de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana, Conaculta, México, 2000.
SAINZ RODRÍGUEZ, Pedro, *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978.
SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio, *Orígenes de la nación española. Estudios críticos sobre la Historia del Reino de Asturias*, Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 1972, 1974, 1975.

SAUL, John, y GLAHOLM, Janice, *Rennes-le-Château, A Bibliography*, Mercurius Press, 1985.
SCRUTTON, Robert, *La otra Atlántida*, Edaf, Madrid, 1979.
SIGÜENZA, José de, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Ciencia, 2000.
SKELTON, R. A.; MARSTON, Thomas,y PAINTER, George, *The Vinland Map and the Tartar Relation*, Yale University Press, New Haven, 1995.
SPENCER, Frank, *Piltdown: A Scientific Forgery*, Oxford University Press, Nueva York, 1990.
SPRAGUE DE CAMP-WILLY LEY, L., *De la Atlántida a El Dorado*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1967. págs. 13-47.
SUREDA CARRIÓN, Nuria, «La Atlántida, mito y realidad», *Historia y Vida*, núm. 261, Barcelona, diciembre de 1989, págs. 36-50.
TAYLOR, René, *Arquitectura y magia: algunas consideraciones sobre la idea de El Escorial*, Siruela, Madrid, 1992.
THOMAS, Andrew, *Los secretos de la Atlántida*, Plaza y Janés, Barcelona, 1979.
TORBADO, Jesús, *¡Milagro, milagro!*, Plaza y Janés, Barcelona, 2000.
TROYES, Chrétien de, *Lancelot, El Caballero de la Carreta*, Alianza, Madrid, 1988.
— *El Caballero del León*, Alianza, Madrid, 1991.
— *Cligés*, Alianza, Madrid, 1993.
TROYES, Chrétien de, y otros, *El Cuento del Grial y sus continuadores*, Siruela, Madrid, 1989.
— *Perceval o el Cuento del Grial*, Editorial Gredos, Madrid, 2000.
TZAFERIS, Vassilios, «Crucifixion. The archaeological evidence» *Biblical Archaeology Review*, enero-febrero, 1985.
VALERA, Diego de, *Memorial de diversas hazañas*, Espasa Calpe, Madrid, 1941.
VARELA BRUNO, Consuelo, *Cristóbal Colón: de corsario a almirante*, Lunwerg, Barcelona, 2005.
— *La caída de Cristóbal Colón. El juicio de Bobadilla*, Marcial Pons, Madrid, 2006.
VARELA MARCOS, Jesús, *Colón y Pinzón: descubridores de América*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 2005.
VASCONCELLOS, Leite de, *Religiões da Lusitânia*, 1897-1913.
VV. AA., *Antología palatina. Obra completa*, vol. I, «Epigramas helenísticos», 1993; vol. II, «La guirnalda de Filipo», 2004.
VAYSON DE PRADENNE, André, *Les fraudes en archéologie préhistorique*, 1932.
VINAVER, Eugène (ed.), *Malory: Works*, Oxford University Press, 1971.
WHITE, T. H., *The Sword in the Stone*, Dell, Nueva York, 1963.
— *The Book of Merlin*, Berkeley Medallion, Nueva York, 1977.
— *The Once and Future King*, Ace, Nueva York, 1987.
VON ESCHENBACH, Wolfram, *Parzival*, Siruela, Madrid, 1999.
WILCOX, Nicholas (pseudónimo de Eslava Galán, Juan), *La lápida templaria*, Planeta, Barcelona, 1996.
WUNDERLICH, Hans-Georg, *The secret of Crete*, McMillan, Londres, 1974.
YATES, F. A., *La Filosofía oculta en época isabelina*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1982.
ZAGGER, Eberhard, *The Flood. Deciphering the Legend of Atlantis*, Random House Value Publishing, Londres, 1992.

Notas

[1] En su obra *De Oratore*, dice: *Historia vero testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vital, nuntia vetustatis.*

[2] La cueva de los Casares dista tres kilómetros de Riba de Saelices. Grabados datados de entre -30.000 y -15.000 años. Se visita con guía (tel. 949 304 006).

[3] En la actual República Checa se ha descubierto un triple enterramiento, datado hacia el año 24.000 a. de C., de tres jóvenes que habían sido ejecutados por lo que parece un delito sexual. Reputados científicos trazan una línea desde la República Checa hasta Turquía y luego hasta Skara Brae, frente a la costa de Escocia, para indicar el desarrollo gradual de la institución sexual más famosa del mundo, el matrimonio.

[4] Lo veremos cuando toque, no se me impacienten.

[5] En un grabado de la estación paleolítica del Vale do Côa, Portugal, se representa a un sujeto empalmado que presenta una herramienta cumplida y robusta como el brazo de un estibador de la que parecen brotar, como un surtidor, unas efusiones seminales. La disposición venérea del sujeto admite poca duda, pero sobre la interpretación de las salpicaduras seminales existen discrepancias. Para algunos, bien podrían ser las representaciones esquemáticas de un tocado ceremonial. O sea, lo de siempre, que cada cual ve lo que quiere ver y ello depende de la educación recibida en la infancia, ya lo dijo Freud, y vean la cantidad de argentinos que viven de *eyo*.

[6] Recuerde el lector que el *bondage* es el encuerdamiento erótico, y no se me haga de nuevas, que a este libro hay que venir con el abc sexual aprendido. Una figura femenina generosa de formas aparece claramente maniatada en el yacimiento ruso de Kostenki I.

[7] Lo sugiere un grabado de La Marche (Francia). Escalofría imaginar a una neandertala de potente mandíbula y lobuna dentición succionándole la minina a un aterrado cromañón, ¿eh?

[8] En otro grabado del Vale do Côa, un sujeto parece requebrar a un pato (pequeña figura con alas, cabeza de ave y pico de pato, o sea, blanco y en botella). El arqueólogo Martinho Baptista cuestiona la hipótesis zoofílica y prefiere pensar que se trata de la representación de un relato mítico con utilización de máscaras. O sea, pulpo como animal de compañía. Otros prehistoriadores justifican zoofilias incluso más explícitas como «erotismo trascendente». ¿No podría tratarse, puestos a elucubrar sobre mitos, de un temprano himeneo entre rey sagrado o sacerdote y animal totémico? En algunas culturas, el rey sagrado es la pieza central de complejos rituales de tipo agrario, quizá desarrollados plenamente en el Neolítico, pero quién sabe si mucho antes. En esas religiones primitivas, la fertilidad de la tierra y de los animales dependen del rey sagrado, o, al menos, a él le compete estimularla mediante rituales para que el pueblo no padezca hambre durante el largo invierno.

[9] Jordán Montes, 2010, págs. 109-145.

[10] No todas las culturas prestigian como la nuestra la ruptura del precinto; otras, más ancestrales y sabias, advirtieron hace tiempo que lo importante no es abrir la ostra, sino saborearla.

[11] Hasta ahora los restos más antiguos, los del *antecessor*, databan de hace unos 780.000 años.

[12] En puridad contiene esa impresionante cantidad de DHA, que es uno de los tres tipos de ácidos grasos omega 3. También abunda el preciado ácido en el hígado y en la grasa humana. Obtenemos estos datos del trabajo del profesor José Luis Guil Guerrero, «Evidence for chronic omega-3 fatty acids and ascorbic acid deficiency in Palaeolithic hominins in Europe at the emergence of cannibalism», *Quaternary Science Reviews,* febrero de 2017.

[13] El capellán Cristóbal Lozano (1609-1667) escribió la crónica de la exploración del cardenal Martínez Silíceo a la cueva de Hércules, en el año 1671: «A cosa de media legua toparon una mesa de piedra con una estatua de bronce […] después pasaron adelante hasta dar con un gran golpe de agua». No se atrevieron a proseguir y regresaron. En 1839, nuevos exploradores se descolgaron con cuerdas hasta un osario cuya entrada cerraba una pesada losa y encontraron vestigios de construcciones antiguas, pero la probable entrada de la cueva estaba taponada de escombros. Doce años después, unos oficiales de zapadores descubrieron una sala subterránea, de quince por nueve metros, con tres arcos de buena sillería que sostenían fuertes bóvedas. La construcción les pareció romana. Hacia 1929, un sacerdote toledano, Ventura López, dedujo que la cueva había albergado ¡un templo asirio fenicio! Una exploración más reciente, de 1974, señala la existencia de diversas galerías, algunas quizá inexploradas, que podrían ser sótanos de viviendas o el depósito terminal del acueducto romano o incluso el aljibe de una mezquita desaparecida.

[14] Casi todos los historiadores árabes hablan de una mesa, pero otros creen que se trataba de un arca *(tabut),* un espejo o una bandeja de oro votiva (el *missorium aureum),* donada por el patricio Aecio. Mesa, espejo y *missorium* nos remiten, en cualquier caso, a una superficie metálica pulida. Para otros autores pudieron ser unas andas, un trono portátil o una esfera de oro.

[15] Era el hombre más sabio sobre la tierra, según la Biblia: «Yahvé le dijo a Salomón: “Pídeme lo que quieras”. Y Salomón respondió: “Otorga a tu siervo un corazón dócil para juzgar á tu pueblo, para discernir entre lo bueno y lo malo”» (1 Reyes 3:5, 9). «Y respondió Dios: “Lo he hecho conforme á tus palabras: he aquí que te he dado corazón sabio y entendido”» (1 Reyes 3:11, 12).

[16] A este Segundo Templo que fue destruido, junto con el resto de Jerusalén, por las legiones romanas de Tito en el año 70, pertenece el actual Muro de las Lamentaciones, al que los devotos se acercan para orar y pedir a Yahvé la restauración del Tercer Templo (En vano: «es como hablar con la pared», se lamentaba un viejo rabino). Aunque la construcción herodiana alteró por completo la fisonomía del conjunto, no se considera un templo nuevo y se sigue denominando Segundo, ya que los oficios y ceremonias no se interrumpieron durante las obras.

[17] Flavio Josefo, 1997, pág. 88.

[18] Casi un siglo después, el general bizantino Belisario recuperó la *menorah* del Templo, que los vándalos habían llevado a Cartago, y la llevó consigo a Constantinopla (533). ¿Era ésta la *menorah* del Templo que los romanos de Tito depositaron en Roma?

[19] El tesoro sagrado era, también entre los godos, inalienable. El tesoro personal de Alarico I se sepultó con él, como ajuar funerario, en una tumba probablemente inviolable que todavía espera descubridor. Alarico I murió prematuramente en Cosenza poco después de saquear Roma. Para asegurarse de que su tumba no sería violada ni sus tesoros robados, los godos desviaron el curso del río Busento, sepultaron en el lecho al rey y sus tesoros, restituyeron el río a su curso normal y ejecutaron a los esclavos que habían trabajado en el enterramiento.

[20] Orlandis, 1977, págs. 68 y 222. El historiador bizantino Procopio de Cesarea (siglo VI) comenta que «los ostrogodos […] tomaron posesión de la Galia, la dominaron y asediaron Carcasona con gran entusiasmo, porque sabían que estaba allí el tesoro real que había tomado Alarico en los primeros tiempos, como botín cuando asaltó Roma. En este tesoro estaban los tesoros de Salomón, que tenía el más extraordinario aspecto: la mayor parte estaba adornado con esmeraldas y había sido tomado en Jerusalén por los romanos en tiempos antiguos». Procopio de Cesarea, *Historia,* Madrid, 2007, vol. IV, *Guerra Gótica,* libros VII-VIII. Procopio asistió a la conquista de Rávena por Belisario, en 540, cuando hacía quince años que el tesoro godo se había trasladado a Toledo, pero aún quedaba memoria de él.

[21] Quizá convenga advertir al lector que era tradición entre los reyes godos morir asesinados. Como la monarquía era electiva, no hereditaria, la impaciencia por alcanzar la corona consumía a muchos nobles godos y los inclinaba a eliminar al monarca.

[22] Existe otro posible itinerario de la Mesa de Salomón hasta Toledo, esta vez a lo largo del norte de África. «El rey de los rumíes (o sea, de los romanos ya convertidos al cristianismo) entregó la Mesa a la gente de Egipto. Los obispos la llevaron a Alejandría, pero cuando Amr ben al-As atacó Egipto huyeron con ella hacia la ciudad de Trípoli. Cuando se les acercó, huyeron con ella a la ciudad de Cartago. Al entrar los musulmanes en Tánger se trasladaron con ella a la ciudad de Toledo, sin que tuvieran un lugar inaccesible donde huir con ella después de Toledo» (versión de Ibn Idari, 1953-1954, vol. 2, págs. 17-18. Su fuente parece ser la obra de al-Razi).

[23] Delicado, 1985, pág. 397.

[24] Borges, 1971, pág. 114.

[25] Otros, finalmente, hablan de la «Ciudad de la Mesa» *(madinat al-ma´ida).* Cabe dentro de lo posible que las fuentes confundan dos objetos distintos situados en dos emplazamientos. Algunos godos desmentían que hubiera pertenecido a Salomón y aseguraban que era el producto de la fundición de una serie de objetos de oro donados por devotos a la Iglesia (lo consigna al-Himyari). Quizá intentaban restar importancia a la Mesa para protegerla o preservar su secreto (Hernández Juberías, 1996, pág. 242).

[26] Ben Abu al-Hakam, *Kitab Futuh Misr*, traducción de Lafuente Alcántara, págs. 211-212 (véase Sánchez Albornoz, 1978, vol. 1, pág. 65).

[27] Ibíd., pág. 66. Procede de al-Maqqari, *Nafh al-tib*, traducción de Lafuente Alcántara, pág. 190.

[28] La formulación geométrica de ese sonido sagrado, el Nombre Oculto de Dios, no es un secreto privativo de los hebreos. También pertenecía a los iniciados de otras culturas, entre ellos a Pitágoras. El sabio griego considera que el cosmos es un único y mismo ser cuya armonía se expresa en la aritmética sagrada del *tetractis* o cuaternario. En el campo cristiano medieval, Bernardo de Claraval escribe en *De Consideratione:* «Dios es longitud, anchura, altura y profundidad». Es decir, Dios es Geometría.

[29] Lo estudia por extenso, entre otros, Frederick Ide, 1992.

[30] Otras tradiciones locales más o menos antiguas la sitúan en Medinaceli (Soria), por eso también es llamada Medina Talmeida, «Ciudad de la Mesa», y Medina al-Shelim, «Ciudad de Salomón». También se ha situado en el edículo central de la ermita mozárabe de San Baudelio de Berlanga (Soria) y en Alcalá de Henares (Madrid), donde la encontraría Tarik tras pasar por el monte Zulema o Gebelculema, es decir, el monte de Salomón. O al noreste de Guadalajara, a donde Tarik llegó tras pasar el desfiladero de Torija (que quizá provenga, según algunos, del nombre de este caudillo), llegando a Zafatán y a *al-Mayda*, «la mesa».

[31] El tesoro de Guarrazar, constituido por una serie de coronas votivas, puede admirarse en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. El de Torredonjimeno, también formado por coronas y otros objetos, no tuvo tanta suerte. El labriego que lo halló pensó que era hojalata dorada y que las gemas eran cristalitos de colores, y lo entregó a sus hijos como juguete. Años después, unos anticuarios cordobeses adquirieron lo que restaba a precio irrisorio. Cuando la noticia llegó a las autoridades, sólo se pudieron rescatar unas pocas piezas menores, en algunas de las cuales aparecían los nombres germanizados de Trutila (Totila) y Rovine (Rufinus).

[32] En Éfeso, en el templo de Diana, una de las siete maravillas del mundo antiguo, se veneraba una estatua negra de la Gran Diosa, hermana del Apolo solar. No parece casual que sea precisamente en Éfeso donde la tradición cristiana sitúa a la Virgen María tras la muerte de Jesucristo, y su Asunción a los cielos desde el lugar denominado, en turco, *karatchalti*, es decir, «la piedra negra».

[33] Los llamados cuernos eran protuberancias en la parte superior, que todavía caracterizan a muchas piedras-altares o aras de la antigüedad grecorromana.

[34] Sobre el significado del culto a las piedras, véase Mircea Eliade, 1975, págs. 253 y sigs.

[35] Algunos la creían losa sepulcral del mítico Rómulo o del pastor Faustulus, que apadrinó a los gemelos Rómulo y Remo, criados por la loba.

[36] Vulcano, patrón de las fraguas y de la herrería, era feo y cojo (véase su retrato en Velázquez), aunque mereció casarse con Venus, la exquisita diosa del amor, que le pagó su intensa dedicación a la fragua (quería tenerla como a una reina) pegándosela con el guaperas de Marte.

[37] En Éfeso, donde la histórica madre de Cristo vivió sus últimos años y falleció, existía la arriba mencionada piedra negra que los turcos denominaban *karatchalti*. La Iglesia se la apropió explicando que la Virgen subió al cielo desde esta piedra, como Mahoma hizo lo propio desde la que corona el cerro del Templo, hoy protegida por la cúpula de al-Aqsa, en Jerusalén.

[38] Benardino de Sahagún, en su *Historia general*, 1576, escribe: «Cerca de los montes hay tres o cuatro lugares donde solían hacer muy solemnes sacrificios, y que venían a ellos de muy lejanas tierras. El uno de éstos es aquí en México, donde está un montecillo que se llama Tepeyac, y los españoles llaman Tepeaquilla y ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe; en este lugar tenían un templo dedicado a la madre de los dioses que llamaban Tonantzin, que quiere decir Nuestra Madre; allí hacían muchos sacrificios a honra de esta diosa, y venían a ellos de muy lejanas tierras […]; y ahora que está allí edificada la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe también la llaman Tonantzin tomada ocasión de los predicadores que a Nuestra Señora la Madre de Dios la llaman Tonantzin».

[39] *Kaaba*, que significa literalmente «la tetuda», la Núbil, o sea, la Diosa Madre.

[40] Apenas 70 centímetros de altura; 30 de anchura y 30 de profundidad.

[41] Estrabón, *Geografía*, libro III, 1, 7. La noticia procede de la descripción topográfica de Artemidoro de Éfeso *(Geographoúmena).* Lo confirmó Leite de Vasconcellos, 1897, pág. XXIV; 1907, págs. 10-14, y 1913, págs. 207-210. El santuario existe todavía, en forma de ermita a la que se accede a través de una fortificación.

[42] Un pastor halló la imagen de esta Virgen Negra en 1227 en la concavidad formada por dos peñas, junto a una campana, es decir en un dolmen o caverna. Como en los demás casos, los santeros han logrado deshacerse de la molesta y, en apariencia, absurda esfera de piedra, especialmente cuando llevaba ya siglos oculta de la vista de los devotos, pero, en cualquier caso, el temor reverencial aconsejó no prescindir del todo de las formas de la piedra. Las Vírgenes Negras han podido perder su negritud, pero perduran esas enormes y antiestéticas peanas esferoides que son unas veces una nube, otras veces un globo terráqueo cuajado de angelitos, otras, dos almohadones, o el barroco frontal de plata de la Virgen de la Cabeza.

[43] La sacralización de la piedra perdura todavía entre nosotros cuando un clérigo bendice solemnemente la primera piedra de un edificio.

[44] La más evidente es Nuestra Señora de Piedras Santas, patrona de Pedroche (Córdoba). En el Andévalo onubense es famosa la romería al santuario de la Virgen de Piedras Albas. El santuario de San Vicente (cabo de San Vicente, Portugal) suplantó a un lugar sagrado prehistórico en el que se veneraban unas piedras sobre las que los devotos realizaban libaciones de agua.

[45] En este lugar existió un santuario matriarcal que fue cristianizado en el siglo IV y después se transformó en ermita de la Virgen de la Hoz. La piadosa tradición sitúa en estos parajes la vida de tres hermanos ermitaños: san Frutos, san Valentín y santa Engracia.

[46] Cuando el autor de estas líneas estudiaba en el colegio de aquella abadía, año 1963, el sacristán le aseguró que las preferencias de las devotas por una u otra piedra andaban muy igualadas. Y eso que aún no avanzaba el movimiento feminista.

[47] Por eso y por su relación con las aguas es el santo patrón de los chulos de piscina.

[48] En 1882 Ignacio Donelly propuso que las Islas Azores y las Canarias eran las cumbres de las montañas atlántidas que se habían sumergido, y señaló que ciertas formaciones rocosas que se encuentran hoy en el fondo del mar tenían que haberse originado al aire libre. No obstante, las investigaciones geológicas modernas confirman que ese fondo marino no ha experimentado cambios en millones de años.

[49] La Atlántida ha servido incluso para que, en los tiempos de la Guerra Fría, los soviéticos enviaran supuestas expediciones de exploración para buscar restos de ciudades sumergidas, un pretexto científico para disimular la búsqueda de refugios naturales para sus submarinos.

[50] En griego ἑκατόμβη, *hekatómbê*, del griego antiguo ἑκατόν, *hekatón*, «cien», y βοῦς, *bo*ũs, «buey».

[51] Señala el noruego que hacia el 3100 a. de C. se inician el Primer Imperio faraónico, la primera cultura sumeria, la cultura del valle del Indo y el calendario maya, más preciso que el nuestro. «Hacia el año 3100 —escribe— se ha producido un gran cataclismo que ha dado origen a nuevos calendarios, que ha creado migraciones marinas y cambios de centros de cultura […] creo que en esa fecha se produjo un diluvio, una catástrofe biológica y geológica que cambió el mundo y el clima en esa fecha». El noruego señala también el paralelismo entre las pirámides de Egipto, los zigurats o templos escalonados de Mesopotamia y los monumentos americanos del Yucatán, Guatemala y El Salvador. También debe tenerse en cuenta que tanto el calendario egipcio como el peruano tienen dieciocho meses de veinte días a los que añaden otros cinco festivos.

[52] El arqueólogo Spyridón Marinatos encontró en 1932 un grueso muro desplomado por el impacto de la gigantesca ola.

[53] Algunos autores identifican Tarteso con la Tarsis bíblica con la que comerciaba el rey Salomón: «Toda la vajilla de la casa del Bosque del Líbano era de oro fino; la plata no se estimaba en nada en tiempos del rey Salomón, porque el rey tenía una flota de Tarsis en el mar y cada tres años llegaba trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales»(1 Reyes 10, 21-22).

[54] Sólo en el siglo III a. de C., cuando los tartesios ya han desaparecido, se menciona una ciudad de Tarteso, situada en la desembocadura del Guadalquivir o a dos días de navegación de Cádiz (¿Huelva, Sevilla, la bahía de Algeciras, el bajo Guadalquivir? ¿Yace Tarteso bajo la ciudad romana de Asta Regia, en las Mesas de Asta, cerca de Jerez? ¿Es la isla de Saltés, cerca de Huelva? ¿Es Tejada la Vieja, junto a Escacena del Campo, en Huelva, dotada de potentes murallas? ¿Pueden ser Carmona o Lebrija, dos ciudades donde se producen ricos hallazgos arqueológicos?

[55] Los textos más antiguos hablan de un río que desemboca casi enfrente de la ilustre Eriteia, es decir, de Cádiz. Un río cercano a Cádiz sólo puede ser el Guadalete o el Guadalquivir, pero también podría ser el onubense Tinto. En torno a la ría de Huelva se agrupan muchos yacimientos tartésicos, entre ellos el cargamento de armas de bronce de un barco naufragado que apareció en el fondo de la ría. Además, en esta región estarían las principales minas. Pero la idoneidad de Huelva no excluye los argumentos a favor de otras candidaturas entre las que cabe citar las costas de Murcia, las de Túnez o diversos lugares de la costa atlántica marroquí.

[56] Las únicas grandes construcciones previas a la llegada de los romanos son previas a Tarteso, los sepulcros megalíticos de Antequera.

[57] Desde los años veinte del pasado siglo se han encontrado algunos tesoros tartésicos, el más importante el de El Carambolo, a las afueras de Sevilla: tres kilos de brazaletes, cinturones, pectorales y joyas de preciosa y barroca orfebrería.

[58] Martinetti moriría a los ocho años del «descubrimiento», dejando a sus herederos un extraño legado: la casa luego llamada «de los Milagros», en la que en años sucesivos fueron apareciendo pequeños tesoros de monedas de oro y joyas ocultos en muros, suelos y muebles. El último y más valioso de ellos en 1933, cuando se demolió el edificio.

[59] Wunderlich, 1974, pág. 15. La idea del alemán no era absolutamente original. Oswald Spengler había llegado a la misma conclusión en 1935, cuando escribió: «¿Eran los palacios de Cnosos y Festo templos de los muertos, santuarios de un poderoso culto del más allá? No quiero insistir en esta afirmación, puesto que no puedo probarla, pero me parece que esta posibilidad merece ser considerada seriamente».

[60] Rodríguez Adrados, 1995, pág. 102.

[61] Ibíd., pág. 102.

[62] Ibíd., pág. 103.

[63] Ibíd., pág. 192.

[64] Licht, 1994, pág. 92

[65] Dover, 1979, pág. 195.

[66] Ibíd., pág. 204.

[67] Teócrito, Idilio V, «El cabrero y el pastor», vv. 41-43.

[68] Ibíd., vv.116-117.

[69] Kilmer, 1993, pág. 89.

[70] K. J., Dover, ob. cit., pág. 203.

[71] Había entre ellos, al menos, una docena de pueblos o tribus: los turdetanos, los túrdulos, los oretanos, los bastetanos, los bastulofenicios, los contestanos, los edetanos, los ilercavones, los cessetanos, los laietanos, los indigetes, los ilergetes y los ausetanos.

[72] Lo sugiere el hecho de que en algunos poblados (Isleta de los Baños de Campillo, El Oral) se encuentren, en distintos sectores, casas palaciegas, almacenes y lugares de culto que debieron de pertenecer a distintos aristócratas.

[73] En el Museo Arqueológico Nacional puede verse el enterramiento de Pozo Moro; en el Museo Ibero de Jaén, la colección de esculturas que acompañaba el enterramiento de un régulo de Obulco.

[74] De esta manera se permite la recuperación del campo sin necesidad de dejarlo en barbecho.

[75] No es la primera vez que esculturas sacralizadas son profanadas por enemigos y enterradas después, piadosamente, por sus deudos. En 1865, durante las excavaciones de la acrópolis de Atenas, apareció una gran cantidad de esculturas que los persas habían destruido cuando tomaron la ciudad en 480 a. de C. y luego los atenienses habían sepultado, entre ellas, la famosa del Portador del Becerro.

[76] En realidad, lo que hizo Ammón, según el mito egipcio, fue beber su semen y luego escupirlo. De las gotitas esparcidas surgieron sus hijos divinos.

[77] En Egipto se encuentra plata de origen seguramente ibérico, procedente del comercio fenicio, desde el siglo IX a. de C. (Tercer Periodo Intermedio). Al propio tiempo, en Iberia aparecen objetos egipcios (amuletos, escarabeos, cerámica y alabastro egipcios).

[78] La más característica escultura se expone en la sala maya del Postclásico Tardío (1250-1520) del Museo de Guatemala, pero existen otras almacenadas fuera de la vista del público.

[79] La palabra podría proceder del griego *gryps,* «ganchudo», por la forma del pico, pero también del persa *giriften,* «agarrar» o «asir».

[80] Con la Dama vinieron una Inmaculada de Murillo (la Inmaculada de Soult, la llamaban, en memoria del mariscal de Napoleón que la robó), y buena parte del Archivo de Simancas, también secuestrado por Napoleón, que proyectaba crear en París un gran archivo mundial.

[81] El prestigioso arqueólogo Antonio García Bellido la consideró un retrato romano de los tiempos de Cristo, aunque luego aceptó que debía de ser mucho más antigua.

[82] Gómez-Tabanera, 1996, págs. 167-192.

[83] Un campesino de la isla griega de Melos la encontró arando en 1820. La estatua estaba partida en dos fragmentos grandes y otros cuantos más pequeños. Un erudito francés que pasaba unos días cerca del lugar se prendó de la estatua y comunicó su existencia a las autoridades galas. Cuando el campesino que la había encontrado estaba a punto de venderla a un potentado griego, los franceses mejoraron la oferta, circunstancia que, combinada con la oportuna presencia de un buque de guerra francés en aguas de Melos, determinó que la famosa estatua fuera a parar a Francia.

[84] Cicerón, *Verrem* 2, 5, 165 y 168. Séneca escribe: «¿Se puede encontrar algún hombre que prefiera perder su vida en un grito, muriendo miembro a miembro, gota a gota, en vez de expirar de una vez? ¿Se puede encontrar algún hombre que esté dispuesto a ser amarrado a un árbol maldito, ya maltratado antes de llegar a él, dolorido, apaleado, hinchado, con los hombros y el pecho hechos una llaga, para prolongar un soplo de vida en medio de una larga y prolongada agonía?» *(Diálogos,* 3, 2, 2).

[85] También crucificaban a prisioneros de guerra, en lo que hoy podríamos calificar como terrorismo de Estado, aunque no siempre con los resultados apetecidos, si creemos a Estrabón: «De los cántabros se cuenta este rasgo de loco heroísmo: que habiendo sido clavados en cruz ciertos prisioneros, murieron entonando himnos de victoria».

[86] La crucifixión o *haritsuke* se estuvo practicando en Japón desde la Edad Media hasta finales del siglo XIX. En 1597, crucificaron en Nagasaki a veinte cristianos, entre ellos al franciscano español Pedro Bautista.

[87] La monja agustina alemana Ana Catalina Emmerich (1774-1824) aseguraba que Dios le había concedido el don místico de asistir a la Pasión de Jesús (además de estigmatización, locución, éxtasis y todo un catálogo de facultades similares). Su caso es objeto de estudio por reputados psiquiatras. Resumiendo mucho podríamos decir que era una exhibicionista morbosa y que estaba como un cencerro.

[88] Los romanos distinguían entre *crux simplex* o *palus*, un palo vertical clavado en el suelo (lo que a menudo implica empalamiento); *crux commissa*, con travesaño horizontal en forma de T y *crux immissa*, con el travesaño un poco más abajo. Esta última es la más divulgada en representaciones de la ejecución de Jesús (también las hubo en forma de X o de Y *crux decussata)*. Otra denominación, *arbor infelix*, abarcaba, en un principio, tanto la horca *(furca)* como la cruz *(crux)* propiamente dicha. Justo Lipsio, filósofo flamenco del siglo XVI, consideraba dos tipos de crucifixión: con la víctima clavada *(afixion)* o empalada *(defixion)*. Existe cierta controversia sobre si a Cristo lo pusieron en una cruz con travesaño horizontal o simplemente en un madero vertical, *crux simplex*. La palabra griega usada por los evangelios es *staurós (*σταυρός*)*, que significa simplemente palo o madero: «El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero» (Hechos, 5, 30); «Y nosotros somos testigos de todas las cosas que Jesús hizo en la tierra de Judea y en Jerusalén; a quien mataron colgándole en un madero» (Hechos, 10, 39); «Y habiendo cumplido todas las cosas que de él estaban escritas, quitándolo del madero, lo pusieron en el sepulcro» (Hechos, 13, 29); «Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero) (Gálatas, 3, 13); «quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados» (1 Pedro, 2, 24).

[89] Si los hubieran clavado en la palma de la mano, como suele verse en las imágenes de Jesús, el peso del cuerpo la habría desgarrado. En la comedia de Plauto *Mostelaria* (359, s. 2, 1, 12), se dice que a los crucificados se les clavan los brazos *(brachia),* no las muñecas. Lo prueban también las señales dejadas por los clavos en el cúbito y el radio de un tal Yohanan hijo de Haggol, un hombre de unos veintiséis años al que crucificaron en el siglo I. Sus restos se encontraron en 1968 cerca de Jerusalén, en una cista funeraria. Tomen nota y pónganse al día los adeptos a la secta sindonológica que ven los clavos en las muñecas de su sufrida Sábana Santa. (Haas, 1985, págs. 44-53, y Tzaferis, 1985, págs. 44-53).

[90] El crucificado Yohanan, hijo de Haggol, mencionado en la nota anterior presentaba los talones traspasados lateralmente por un único clavo de 18 centímetros que fija los pies al travesaño vertical (o quizá de dos largos clavos que le sujetaban los pies lateralmente a los dos lados del madero en cuyo caso quedaría con las piernas abiertas). Este desgraciado no dispuso del apoyo inferior que suele colocársele a Cristo en las representaciones de su ejecución.

[91] Un aditamento similar al *sedile* se usó, probablemente con el mismo propósito cruel, en los postes de la Inquisición, como atestigua la pintura de Berruguete *Auto de fe*.

[92] «Intentaron darle vino mirrado, pero Él lo rechazó» (Marcos, 15-23).

[93] Todo para demostrar que Jesús es el Mesías prometido en el Antiguo Testamento donde se lee: «Y por comida me dieron hiel, y para mi sed me dieron a beber vinagre» *(Salmos*, 69, 21).

[94] Esta bebida que antiguamente tomaban los segadores en sus largas jornadas bajo el inclemente sol de julio, constituye, dicho sea de paso, uno de los antecedentes más notables del vigorizante y delicioso gazpacho. Habría que añadirle, claro está, el nobilísimo aceite de oliva y el nunca suficientemente ponderado, aunque muchas veces injustamente denigrado, ajo.

[95] Según los evangelistas, a Jesús no le practicaron el *crurifragium*, pero a sus dos compañeros de suplicio, sí. De este modo se reforzaba la profecía según la cual al Mesías no se le quebrantaría hueso alguno (Jn 19, 33 y 36, 41; Is 53, 12).

[96] En mayo de 805, el califa andalusí al-Hakam I crucificó a 72 conspiradores (Sánchez Albornoz, 1974, tomo I, págs. 164, 346, 477, y 517). En 1568, los moriscos sublevados contra Felipe II crucificaron al hijo del alcaide de La Peza: «[…] a los hijos de Arce, alcaide de La Peza, uno degollaron, y otro crucificaron, azotándole, y hiriéndole en el costado primero que muriese. Sufriólo el mozo, y mostró contentarse de la muerte conforme a la de nuestro Redentor, aunque en la vida fue todo al contrario, y murió confortando al hermano que descabezaron» (Hurtado de Mendoza, 1995, tomo I, pág. 134). El Código penal de algunos países musulmanes actuales (Sudán o Yemen) admite la crucifixión.

[97] En 1127 Luis el Gordo de Francia clavó en una cruz al magnicida Bertoldo, asesino de Carlos el Bueno, y le ató al palo un perro al que los sayones fustigaban de vez en cuando para que mordiera a Bertoldo. En Europa, en las guerras recientes, se han producido esporádicas crucifixiones atribuibles a sádicos. Aún se discute si es cierto que en 1915 unos soldados alemanes crucificaron al prisionero canadiense Harry Band «en la puerta de un granero con cinco bayonetas», un hecho que la propaganda aliada aireó convenientemente. En 1920 se dice que los revolucionarios crucificaron al arzobispo Joachim de Nizhny Novgorod cabeza abajo en las puertas de la catedral de Sebastopol (Ucrania). El escritor Curzio Malaparte cuenta en su novela *Kaputt* que en 1941 vio a un crucificado en Ucrania.

[98] En las representaciones más antiguas del Crucificado la lanzada aparece bastante baja y muy lateral. A partir de 1628, cuando se acepta que el órgano más importante es el corazón (aunque esto lo conocieron con anterioridad chinos y egipcios), los artistas comienzan a corregir la posición de la lanzada y tímidamente van subiéndola y centrándola hasta colocarla debajo de la tetilla, pero siempre a la derecha. Todavía hoy no se han atrevido a cruzarla al lado izquierdo y ponerla sobre el corazón, como parece ser lo lógico.

[99] Pero cierta tradición clerical sostiene, con retorcimiento típicamente escolástico, que si la túnica se sorteó entre cuatro sayones (las vestiduras del reo eran gajes del verdugo), cada uno de ellos habría clavado un clavo. Es lo que confirman las visiones de Cristo crucificado de santa Brígida y de san Juan de la Cruz, ambos tan candidatos como la monja Emmerich a una casa de reposo, como es razonable suponer, lo que relativiza su valor testimonial. A san Juan de la Cruz se le perdona en gracia a que es un excelso poeta y a santa Brígida porque era una sueca tan estupenda que mereció que Juan Pablo II la declarara patrona de Europa.

[100] Por eso, el impresionante Cristo del tríptico de Isenheim —hoy en el Museo de Colmar— pintado hacia 1510 por Matthias Grünewald (1470?-1528) para presidir la sala principal de un hospital de venéreos, nos muestra a Jesucristo cubierto de pies a cabeza de típicas ulceraciones sifilíticas. Los bienintencionados comentaristas que siguen insistiendo en que se trata de las huellas de los azotes parecen ignorar que éstos se propinaban exclusivamente en la espalda.

[101] Este tema inspiró a T. S. Eliot el conocido poema *El Yermo (The Waste Land).*

[102] Hablaremos con más detalle de este mito moderno cuando contemos la historia de Rennes-le-Château.

[103] La Unesco la ha declarado Patrimonio de la Humanidad en 1998, bajo el nombre administrativo convencional de Arte Rupestre del Arco Mediterráneo de la península Ibérica, pero la Generalitat anda en trámites de cambiar el nombre a *Art Rupestre dels Països Catalans.*

[104] En el barranco de los Grajos, sierra de Ascoy. Cerca de allí, en la cueva de la Serreta, junto al cañón de Almadenes de Cieza, abocada al río Segura, hallamos otras danzas fálicas.

[105] La cocina sofisticada (sinónimo de falsa) de la alta sociedad imperial produjo el primer recetario de Occidente, el libro *De re coquinaria,* de Marcus Gavius Apicius. A este Apicius, en el fondo un diletante empeñado en inventar platos insólitos, se le atribuye el honor de haber acertado con la receta básica del *foie gras,* consistente en atiborrar a los gansos con higos para magnificarles el hígado y, llegado el momento, matarlos obligándolos a ingerir una gran cantidad de vino melado *(mulsum)* que acabara de aromatizar la carne.

[106] Roma trataba a las ciudades como a los individuos. Casi todas eran estipendarias *(stipendiariae)*, es decir, sujetas a tributo en dinero, especie o servicios. Las celtíberas solían pagar en cabezas de ganado o en productos manufacturados locales, por ejemplo, las capas de lana llamadas *sagum*, lejano antecedente de la prieta capa zamorana, muy apreciadas en Roma. Junto a las ciudades contribuyentes existieron otras, pocas, federadas y libres que disfrutaban de exención tributaria (Cádiz, Málaga, Tarragona). Era el premio por haber ayudado a Roma en momentos de apuro o por haberse mostrado particularmente sumisas.

[107] Tudicio Galo, *Antología palatina*.

[108] *Corpus inscriptionum latinarum*, C.I.L. IV, 2193.

[109] C.I.L. IV, 4397.

[110] O sea, el miembro de la alta sociedad que haga honor a la etimología de la palabra: del griego ἀριστοκρατία, *aristokratía*, de ἄριστος, *aristos*, «excelente», y κράτος, *kratos*, «poder», o sea, el «gobierno de los mejores».

[111] El ochenta por ciento de las ánforas allí apiladas procede de la Bética y su antigüedad oscila entre el siglo I (las olearias tipo Dressel 20), y el siglo III (las más tardías y estilizadas Dressel23, con forma de nuez).

[112] La fundó, en el siglo III a. de C., Tolomeo I Sóter, y la amplió su hijo Tolomeo II Filadelfo. Con cerca de un millón de manuscritos, era la depositaria de las culturas grecorromana y egipcia. Al parecer, los cristianos la expurgaron de todo lo que era contrario a su religión, y el califa Omar, siglos después, destruyó el resto: «Si los libros contradicen al Corán, hay que quemarlos por mentirosos —razonó— y si repiten sus doctrinas resultan innecesarios, puesto que ya tenemos el Corán». En 1987, la Unesco incurrió en el gesto voluntarioso de fundar nuevamente una biblioteca de Alejandría *(Bibliotheca Alexandrina)* con la pretensión de que herede los fulgores de la antigua. En un reciente viaje a Egipto (antes de la «primavera árabe», que conste), tuve ocasión de contemplarla por fuera, desde la cubierta superior de la motonave en la que viajaba. Es un híbrido entre nave industrial y Gugenheim de Bilbao rodeado de jardines algo polvorientos, más frecuentados por vendedores de baratijas y acosadores de turistas que por sabios y científicos.

[113] «Los gladiadores son condenados al farallón de la infamia, despojados de cualquier vestigio de dignidad», escribe Tertuliano, *De espectaculis*, 23.

[114] Apiano, *Iberia*, 75; Tito Livio, *Ab urbe condita*, 28, 21.

[115] La expresión completa era *munus iustum atque legitumum* (débito adecuado y legítimo). Las familias ricas costeaban *ludi* privados presididos por el busto del difunto. A menudo era el propio difunto el que indicaba en su testamento el número de parejas de gladiadores que quería para sus juegos funerarios; un proceder similar, salvando las naturales distancias, al de devotos que señalan el número de misas de difuntos que desean en el funeral. Los combates funerarios fueron bastante usuales en el mundo mediterráneo, también entre los antiguos iberos. Apiano de Alejandría cuenta así las honras fúnebres por Viriato: «Tras haber engalanado espléndidamente el cadáver de Viriato, lo quemaron sobre una pira muy elevada y ofrecieron muchos sacrificios en su honor. La infantería y la caballería, corriendo a su alrededor por escuadrones con todo su armamento, prorrumpía en alabanzas al modo bárbaro y todos permanecieron en torno al fuego hasta que se extinguió. Una vez concluido el funeral, celebraron combates individuales junto a su tumba» (*Historia de Roma,* «sobre Iberia», 75). Tito Livio menciona un combate semejante: «Escipión volvió a Cartagena para cumplir sus votos de ofrecer un espectáculo de gladiadores, que había preparado en honor a la memoria de su padre y su tío. Los gladiadores, en esta ocasión, no procedían de la clase de la que los entrenadores solían obtenerlos —esclavos y hombres que venden su sangre—, sino que eran todos voluntarios y prestaron sus servicios gratuitamente. Algunos habían sido enviados por sus régulos para dar una muestra de la valentía instintiva de su raza, otros justificaron su deseo de combatir para contentar a sus jefes y otros más eran arrastrados por un espíritu de rivalidad, retando a otros a combate singular y aceptando estos últimos el desafío. Hubo algunos que tenían querellas pendientes y acordaron aprovechar esta oportunidad para resolverlas mediante la espada, con la condición de que el vencido quedaría a disposición del vencedor» *(Historia de Roma,* 28, 21).

[116] Los juegos gladiatorios, como la Liga de fútbol, se atenían a un calendario fijo: los *Ludi Apollinares*, consagrados a Apolo desde 212 a. de C., se celebraban entre el 6 y el 12 de julio; los *romani*, en honor de Júpiter, entre el 4 y el 19 de septiembre; los *plebeii*, del 4 al 17 de noviembre. Hubo otros menos importantes *(cerealia, megalenses, saeculares,* a *Dea Mater,* a *Dea Flora,* etc.). Al margen de estas ocasiones oficiales, durante el Imperio se puso de moda que particulares ricos costearan combates de gladiadores sin otro motivo que el de granjearse el aprecio de la plebe. El pretexto podía ser un acontecimiento familiar o simplemente sus votos por la salud del emperador *(Pro salute principis)*, en cuyas manos quedaba, por otra parte, el monopolio de los *ludi* desde la época de Julio César.

[117] «Los epilépticos llegan a beber la sangre de los gladiadores como en copas vivientes, espectáculo que verlo hacer a las fieras en la misma arena es también un horror. Pero, por Hércules, aquéllos consideran que es muy eficaz absorber directamente del hombre la sangre cálida y palpitante y el propio soplo vital de sus heridas, cuando en absoluto es una costumbre civilizada acercar la boca a ellas, ni siquiera a la de las fieras» (Plinio, *Naturalis Historia,* XXVIII, 4).

[118] Un par de ejemplos de carteles romanos: «Por la salud del emperador Vespasiano César Augusto y de sus hijos y por la consagración del altar, la compañía de gladiadores de Nigidus Mayo combatirá en Pompeya, sin posible aplazamiento, el cuatro de julio. Habrá lucha de fieras. Se tenderá el toldo». Otro cartel: «Treinta parejas de atletas; cuarenta parejas de gladiadores; una cacería: toros, jabalíes, osos, y fieras diversas».

[119] Nos gusta más el Jesús nórdico de las estampitas que hacen suspirar a las novicias, el que hacía levitar a santa Teresa y tanto la ponía.

[120] La idea que tenemos de Jesús, alto, guapo, de mirada serena, con barba partida, es la que nos ofrece la iconografía a partir del Sagrado Corazón esculpido por el danés Thorvaldsen para la iglesia de Nuestra Señora de Copenhague, pero no es creíble que este Jesús nórdico reproduzca el aspecto de nuestro humilde carpintero galileo.

[121] ¿Por qué no? ¿Qué significa ese minúsculo lapso de tiempo, catorce siglos, apenas un milenio y pico, comparado con el abismo sin límites de la Eternidad, con las cifras de millones de millones de trillones de años en las que se maneja Dios? Dios es eterno, no tuvo principio ni tendrá fin. Ante esa enormidad mareante de tiempo, un milenio y pico de diferencia carece de importancia. Por lo tanto, aceptemos, como hacen los sindonólogos, que en el siglo I envolvieron un cadáver con un lienzo del siglo XIV. Además, tenemos pruebas concluyentes de que Dios ha alterado el análisis de los laboratorios del radiocarbono para castigar la presunción de los científicos descreídos. Lo dicen las Escrituras: «No pondrás a prueba al Señor, tu Dios» (Dt 6, 16).

[122] Y eso que, ocupadísimo como estaba en la salvación de la Humanidad, nunca pisó un gimnasio ni realizó trabajo alguno que requiriera un esfuerzo físico que entrañara cierto desarrollo muscular.

[123] La comenta con disgusto Séneca, en una epístola a Lucilio (Séneca, *Epístolas*, 7, 3). Por ese procedimiento murieron algunos mártires cristianos. «¡Los cristianos a las fieras!» se convirtió en el grito obligado en toda suerte de motines y algaradas populares», asevera, quizá exagerando, Tertuliano.

[124] Lo cuenta Marcial en su *Liber Spectacvlorvm:* «Creedme que Pasífae se unió con el toro de Dicteo/ lo hemos visto». También refiere Suetonio el mismo espectáculo en tiempo de Nerón *(Nero,* 12, 2). Probablemente introducían a la condenada en una ternera hueca convenientemente untada de jugos vaginales de una vaca para que excitara al semental.

[125] El emperador Domiciano organizaba estos espectáculos, según cuenta Marcial. También Suetonio, en su *Vidas de los doce césares*.

[126] Por cierto, qué gran idea sería meter a los viejos en esas estupendas cárceles y a los presos en las residencias de ancianos.

[127] Algún lector echará de menos que griten a coro: *Ave Caesar, morituri te salutant!* («Ave, César, los que van a morir te saludan») como vemos en las películas. En realidad, esto sólo ocurrió una vez, en tiempos del emperador Claudio y él, que a veces hubiera sido mejor que se callara, respondió *Aut non* («O no»), lo que los condenados interpretaron erróneamente como una indicación de que los liberaba de su obligación de morir. Se armó tal tumulto que tuvo que intervenir la guardia armada, con brutalidad policial a lo que se me alcanza, para reconducir la situación (lo cuenta Suetonio en su *Vidas de los doce césares).*

[128] Los samnitas recordaban al correoso pueblo itálico que tanto se les resistió durante la expansión de Roma por la península italiana.

[129] El nombre «mirmillo» deriva del griego *mormyros*, pez, o de *muraena*, morena.

[130] Hubo otras clases menos vistosas o populares: los *hoplomachus*, ataviados como el hoplita griego: lanza, gran escudo circular, casco, coraza y espinilleras en las piernas; los que combatían a caballo *(equites)* con escudo pequeño *(parma)* y lanza ligera *(spiculum);* los que combatían en carros al estilo bretón *(essedarii),* los *dimanchaeri*, que luchaban con dos espadas y se protegían con cinturón ancho, mangas de cuero y espinilleras.

[131] No lo dicen las fuentes historiográficas, siempre tan parcas, pero en esta escena parece lícito imaginar la réplica del apurado gladiador: «Aquí te quisiera yo ver a ti, cacho cabrón».

[132] Por eso llamada *theta nigrum*, la zeta negra, la de los difuntos, ese círculo atravesado por un palo que vemos en mosaicos y lápidas, equivalente a la cruz entre paréntesis de nuestras esquelas mortuorias.

[133] Una hallada en Córdoba, dice así: «Aquí yace el gladiador Ingenuo, que luchaba en una cuadriga, de la escuela galaica, de 25 años de edad, vencedor en doce combates, germánico de nacimiento. Su familia costeó este monumento. ¡Que le sea la tierra leve!» (22.7.362, Córdoba, en el *Corpus Inscriptionum Latinarum,* Berlín, 1863).

[134] *Pupa*, «muñeca», era en latín cheli, lo equivalente a «gachí».

[135] Lo cuenta Juvenal (*Sátiras* VI, 82-86. 104-112): «Epia, esposa de un senador, siguió a una escuela de gladiadores hasta Alejandría. Olvidó su casa, a su marido y a su hermana, no pensó en su patria; desvergonzada, abandonó a sus hijos, que lloraban […]. ¿Qué belleza enardeció a Epia, qué juventud la cautivó? ¿Qué fue lo que vio que hizo que consintiera en llamarse gladiadora? Pues su pequeño Sergio […] ya esperaba la jubilación con un brazo lleno de cicatrices. Además, tenía muchas deformidades en el rostro: una joroba enorme en medio de la nariz, hecha por el roce del yelmo. Encima, su único ojo destilaba continuamente un humor agrio. Pero era gladiador: esta profesión les convierte en Jacintos. Ella lo prefirió a sus hijos y a su patria, a su hermana y a su esposo».

[136] En tiempos de Lucio aquel bosque de alcornoques y acebuches que encontraron los fenicios era todavía visible por doquier; un ecosistema con su fauna asociada de ginetas, mochuelos, liebres y zorzales. Gran parte del olivar estaba injertado sobre acebuche autóctono. Hoy, después de la general deforestación de la Península, el acebuchal todavía subsiste en pequeñas ínsulas de vegetación en la Sierra de Huelva, en torno a Aracena.

[137] El arzobispo es un notable autor de literatura fantástica. Compuso un *Prognosticum futuri saeculi*, en el que explica, como si realmente lo supiera, el estado de las almas antes de la parusía final de Cristo y la resurrección de los muertos que precederá al Juicio Final, cuando terminen los tiempos. Una imaginación desbordante, ya digo. Hoy es santo: san Julián.

[138] Lo que todos los cristianos nos hemos preguntado alguna vez en la intimidad de nuestra conciencia, especialmente hoy, con tanta incitación a la sensualidad, perdido el recato, dominados por modas inverecundas, cuando hasta las ursulinas se ciñen como meretrices y a las niñas les salen las tetas antes que los dientes.

[139] Las hagiografías no se ponen de acuerdo sobre el número de las vírgenes de Colonia: unas veces son cinco, otras ocho, y otras once. Tampoco coinciden los nombres: Úrsula, Sencia, Gregoria, Pinnosa, Martha, Saula, Brítula, Saturnina, Rabacia, Saturia, y Paladia.

[140] Revista *Nature*, vol. 353, núm. 6.344. Octubre de 1991, pág. 507.

[141] Los escritos alquímicos de Newton quedaron inéditos en manos de sus descendientes hasta que en 1872 uno de ellos donó el legado a la Universidad de Cambridge. La universidad devolvió los alquímicos a la familia que finalmente los subastó en 1936. Los adquirió el economista Keynes, que los donó poco después a Cambridge.

[142] El opúsculo en cuestión está en el manuscrito 2058 de la Biblioteca Nacional y se titula *Toque de alquimia*.

[143] Estos papiros se encontraron en 1828 en una tumba de Tebas. Deben datar de finales del siglo III. El vicecónsul sueco en Alejandría, Johann d'Anastasy, los adquirió y los vendió en Holanda. Uno de ellos fue a parar a Leyden y el otro a Estocolmo. El de Leyden enumera 111 recetas; el de Estocolmo (o Upsala), 152. Son meros recetarios de aleaciones, soldaduras, tinturas, escritura de oro y análisis de metales que tienen escasa relación con la alquimia.

[144] Más conocido como «el Falso Demócrito» porque en la antigüedad su obra se le atribuyó a Demócrito, griego del siglo V a. de C.

[145] Burckhardt, 1976, pág. 99.

[146] La Tabla Esmeralda atribuida a Hermes Trismegisto se supone reproducida en una roca o en una esmeralda prodigiosa que algunos dicen desprendida de la frente de Lucifer. En traducción latina se encuentra en una de las láminas que ilustran el *Amphitheatrum Sapientiæ Aeternæ* de Khunrath, 1610. La primera edición impresa apareció en Nuremberg en 1541. Joanes Grasseus (Hortulanus) la comentó en el siglo XV (traducción francesa de J. Girard de Tournus, en el *Miroir d'Alquimie*, París, Saveste, 1613).

[147] Burckhardt, ob. cit., pág. 92.

[148] Fulcanelli, 1969, pág. 131.

[149] Aún hoy, todo lo relacionado con Arturo y sus caballeros es motivo de orgullo nacional. La sociedad Camelot Research Committee persevera en sus intentos de desvelar al histórico Arturo liberándolo de las adherencias fantásticas que le prestaron el tiempo y la literatura.

[150] La leyenda tiene raíces clásicas evidentes; recordemos que Júpiter adoptó la apariencia del esposo de la bella Alcmena y de su unión nació Hércules.

[151] En otras versiones, Melwas, rey de Aestiva Regia, rapta a la reina, y Arturo o Lanzarote la rescatan. Otras veces el que la rapta es Mordred, que unos consideran sobrino del rey y otros su hijo. Más vale no *meneallo*. El lector se percata de que el meollo de la literatura popular es siempre el mismo, aunque sus envoltorios difieran y se acomoden a los cambiantes tiempos: cantares, folletines, novelas por entregas, seriales y telenovelas. En cuanto a Lanzarote, conviene precisar que era hijo del rey Ban de Benoic, pero en su infancia había sido raptado por el hada Vivien, la Señora del Lago. El hada lo educó convenientemente y, cuando cumplió la mayoría de edad, lo envió a la corte del rey Arturo. Lanzarote tuvo un hijo de la princesa Eliane: sir Galahad, el caballero místico.

[152] Las ansias de legitimación de la monarquía Tudor provocaron la más descarada manipulación de los temas artúricos por los aduladores poetas cortesanos. Este fenómeno culmina con Spenser, en cuya obra *The Faerie Queen* la dinastía Tudor aparece como un frondoso árbol nacido de la semilla artúrica. El legendario rey bretón simboliza el bien y a Cristo. España, enemiga de Inglaterra, simboliza el mal en este retablo maniqueo.

[153] La excavación de Tintagel permite señalar tres periodos de construcción: sobre los restos de un monasterio céltico datable entre los siglos V y VI, es decir, en época artúrica, se levantó un castillo, que sería remodelado a mediados del XIII. La fortaleza fue abandonada y se arruinó a mediados del siglo XVI.

[154] En 1956 la Honorable Sociedad de Caballeros de la Tabla Redonda allegó los fondos necesarios para excavar el castillo de Cadbury. En la colina se descubren varios niveles de ocupación. Sobre un asentamiento neolítico se estableció una comunidad celta entre el año 600 a. de C. y la ocupación romana. Una muralla celta de troncos, piedra y relleno de escombro que en cualquier otro lugar se habría considerado prerromana se fechó convenientemente en tiempos artúricos a fin de que Cadbury encajara en la historia como residencia fortificada de un gran caudillo, o sea, de Arturo. ¿De quién si no?

[155] Escribí estas líneas meses antes de su fallecimiento. No he querido enmendarlas loando al difunto por no incurrir en la costumbre hispánica de alabar al muerto reciente antes de regresar a la consuetudinaria censura.

[156] Goytisolo, 1985, págs. 263 y ss.

[157] Las fuentes la denominan a veces Palacio Encantado, Casa de los Reyes o Casa de Hércules.

[158] Por cierto que, en la Italia de Mussolini, un prohombre fascista, deseoso de emular las grandezas de la antigua Roma, propuso que se restableciera el despeñamiento desde la roca Tarpeya. El despeñamiento desde un puente se aplicó a las mujeres adúlteras en algunas zonas de Asia Menor y desde un avión, sobre el mar, a los opositores de la dictadura argentina.

[159] Hurtado de Mendoza, 1995, pág. 205.

[160] Quizá sea más correcto denominarla «cabra expiatoria», con permiso de la escuela de Freud.

[161] *Don Quijote de la Mancha*, II, 22.

[162] Fanjul, 2012, pág. 213.

[163] No está muy clara la etimología de la palabra cátaro. Podría proceder del griego con el significado de «puro», pero también del latín *catus* que significa «gato», pues sus adversarios católicos divulgaron la especie de que adoraban al Dios del mal en la figura de un gato cuyo trasero besaban en el transcurso de sus sacrílegas ceremonias. ¿No nos recuerda la acusación que se hará a los templarios un siglo después?

[164] Principalmente del *Tratado cátaro,* anónimo del siglo XII, y del *Libro de los dos principios*, atribuido al filósofo aristotélico Juan de Lugio.

[165] También es cierto que, en sus orígenes remotos, la doctrina pudo beber de otras fuentes. Desde el mundo antiguo se observa la pervivencia ininterrumpida de una serie de grupos próximos al maniqueísmo, principalmente los fundaítas, los bugres, los babunis y los kudugeros. La existencia de estas sectas discurrió paralelamente a la de la Iglesia cristiana oficial, aunque, a veces, en sus primeros tiempos, la influyeron o se dejaron influir por ella. Esto explica que en textos cristianos se puedan hallar doctrinas de fondo dualista (en el Evangelio de san Juan, en ciertos pasajes del Antiguo Testamento y en san Pablo). También existieron discípulos de Manes, entre ellos los cátaros de Gragoivitsa, persuadidos de que el propio Manes fundó su Iglesia.

[166] Siguiendo los textos del poeta medieval Wolfram von Eschenbach (1170?-1220) según el cual el castillo del Grial se llama *Montsalvatge*, «Monte de la Salvación».

[167] Quizá obraba así inducido por su protectora, la condesa Miryanne de Pujol-Murat, que se creía descendiente de la heroína cátara Esclaramonde de Foix.

[168] Rahn, Otto, *Cruzada contra el Grial*, Hiperión, Madrid, 2002.

[169] Rahn, Otto, *La corte de Lucifer*, Ediciones Internacionales Rigal, 1993. Otto Rahn ha encontrado continuadores o a inspirado a novelistas amantes del esoterismo medieval como Peter Berling *(Los hijos del Grial),* Jean-Michel Angebert y Nigel Pennick. ¿Concede el Grial poderes especiales a los que se ocupan de él? No sé, la verdad. Algo debe haber, desde luego, porque yo he presenciado, en Cartagena, Murcia, cómo Peter Berling se embaulaba entre pecho y espalda una fuente colmada de chipirones fritos mientras yo, sentado a su lado, apenas mediaba un plato.

[170] Aparecía en el libro de Eugenio de Bustos *Vela y ancla*, texto de la asignatura Formación del Espíritu Nacional en tiempos de Franco.

[171] Los alemanes, tan peritos en guerras y en ingenierías, reclaman la paternidad del invento para el fraile teutón Berthold Schwarz, y el primer empleo de artillería para el sitio de Metz, en 1324.

[172] Así es el cañón que aparece, con saeta asomando por la boca, en el manuscrito iluminado *De Nobilitatibus Sapientii Et Prudentiis Regum*, de Walter de Milemete, 1326.

[173] *Crónica de don Alfonso onceno*, capítulo CCLXXXIX.

[174] De Valera, cap. V, 35.

[175] Su producción debió de ser extensa a juzgar por los nueve libros en que los gramáticos alejandrinos compilaron sus odas. Lástima que sólo se haya conservado un poema completo, una parte de otro y algunos fragmentos aislados del resto. Pocos versos y, además, muy contaminados y en ocasiones prácticamente ininteligibles o de difícil interpretación.

[176] A propósito de castrados, mencionaremos el título VIII, ley IV de la cuarta *Partida:* «Castrados son los que pierden por alguna ocasión que les auíene, aquellos miembros que son menester para engendrar: assí como si alguno saltase algun seto de palos, que travase en ellos, e ge los rompiesse; o ge los arrebatase algún oso, o puerco, o can; o ge los cortase algún ome, o ge los sacasse, o por otra manera qualquier que los perdiesse».

[177] La reina María de Montpellier recurrió a una estratagema parecida para conseguir que su esquivo esposo, Pedro el Católico, se aviniera a satisfacerle el débito conyugal. Se hizo pasar por una dama de la corte que accedía a acostarse con el rey bajo la condición de que fuera a oscuras y en silencio. Nueve meses después nació Jaime I el Conquistador.

[178] Lourdes Aguilar Salas, «Sor Juana, las monjas jerónimas y los deleites de la cocina», *Claustronomía. Revista gastronómica digital*, Universidad del Claustro de Sor Juana, México, D. F., 2015, www.claustronomía.mx.

[179] La primera misión de los hospitalarios consistió en cuidar de los peregrinos enfermos en el hospital amalfitano de Jerusalén. Fiel a sus orígenes, la orden se esforzó en mantener numerosos lazaretos y albergues, incluso en la época en que sus labores militares prevalecían sobre las asistenciales.

[180] Todo esto lo justifica en su obra *De Laudibus novae militiae*.

[181] Por cierto, este Beaufort de tan evocador nombre volvió a vivir un episodio bélico en junio de 1982 cuando los comandos israelíes lo arrebataron a los milicianos palestinos.

[182] Especialmente los libros de Peter Partner *The Murdered magicians*(traducido en español como *El asesinato de los magos. Los templarios y su mito*, Martínez Roca, Barcelona, 1987) y *The Knights Templar and Their Myth* (Destiny Books, Rochester, 1990). También los de Sharan Newman (*The Real History Behind the Templars*, Berkley Books, Nueva York, 2007) y Sean Martin (*The Knights Templar: The History and Myths of the Legendary Military Order*, Thunder's Mouth Press, Nueva York, 2004).

[183] No se puede tener en cuenta que la obra *De occulta philosophia* (1531) de Agrippa de Nettensheim mencionara a los templarios entre los brujos y magos de la Edad Media pues resulta evidente que tal asociación no tiene más base que la acusación de adorar a un ídolo diabólico de que fueron víctimas.

[184] Este reformador religioso musulmán muerto en 1124, inspiró la secta de los nizaríes, o *hashshashiyyín* (fumadores de ḥašīš, marihuana o cannabis sativa) con la que se drogaban antes de cometer sus asesinatos selectivos. De la palabra *hashshashiyyín* procede la moderna «asesino».

[185] Un hijo de Marozia seguiría la carrera del padre y llegaría a Papa con el nombre de Juan XI (931-936).

[186] Hoy ya sabemos que el unicornio nunca existió y ha tomado su lugar el rinoceronte africano que se encuentra amenazado de extinción debido a la caza masiva de que es objeto para surtir los mercados de Oriente, donde su hermoso cuerno frontal es muy estimado como afrodisiaco y como medicina de muchos otros males.

[187] Aunque, por otra parte, nunca se sabe. En muchos países africanos usan hoy como contraceptivo lavativas vaginales de una conocida bebida americana de cola y al parecer resulta eficaz, lo que ha alertado al departamento de promoción de la empresa, siempre atento a ampliar mercados investigando los nuevos usos de su brebaje.

[188] Libros de magia de la época fueron el *Picatrix*, o el «Libro de las Formas», o el «Libro de la flor».

[189] Veamos el texto en traducción de Alfonso d´Agostino: «Me enteré un día que al deán de Cádiz/ unos libros de estudio le llevaban, / y a quien se los traía pregunté / por ellos y él me respondió: «Señor, / con estos dos volúmenes que veis / y con los otros que en su casa tiene, / jode, con ellos, cuanto joder quiere. / Y aún más os contaré: aunque asegura / que él estudia la Ley, por cuanto sé / de su comportamiento, con los libros / que tiene no hay mujer alguna a quien/ no haga creer que grullas son los cuervos / y gusanos de seda las anguilas, / a fuerza de joder, si así lo quiere. / Es que en el arte de joder no hay / más que lo que se encuentra en sus volúmenes, / y leyéndolos él disfruta tanto / que noche y día se entrega sólo a eso; / y es tan ducho en el arte de joder / que con sus manuales a las moras / él jode cada vez que le apetece. / Y más aún os diré de su ciencia, / que con los libros que posee practica: / él manda que ante sí los traigan todos / y, después de joder mucho por ellos, / si encuentra a una mujer endemoniada / así la jode con arte y a conciencia / que el malvado demonio ahuyenta de ella. / Y amén de todas éstas, otras cosas / con los libros que tiene, hace, ¡a fe mía!: / si encuentra a una mujer que tenga el fuego / de san Marcial (que así se llama el mal), / así la embruja, a fuerza de joderla, / que, jodiéndola, logra que ella crea / que es helada o que es nieve y no otra cosa» (Alfonso d´Agostino, «A vueltas con el deán de Cádiz», *Actas del Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, https://air.unimi.it/bitstream/2434/228143/2/dagostino%20alfonso.pdf).

[190] Lo cito: «A vos, Dona Abadesa, / de mim, Don Fernando Esquío, / estas doas vos envío, / porque sei que sodes esa / dona que as merecedes: / cetro carallos franceses / e dous aa prioresa» («A vos, Doña Abadesa, / de Don Fernando Esquío, / estos presentes envio, / porque sé que sois esa / doña que bien lo mereces: / cuatro carajos franceses / y dos para la prioresa»).

[191] Archivo General de Navarra, sección de Comptos, 66, folio 296 vuelto.

[192] Traducido en España como *El enigma de la catedral de Chartres*, Plaza y Janés, Barcelona, 1969.

[193] Según Jean Huynen, «la leyenda del descubrimiento milagroso de nuestras estatuas asocia a él frecuentemente un toro (o un buey). Este animal es el que, arando un campo, desentierra la estatua, la hace surgir de bajo tierra, y la estatua se convierte en una fuente fecunda de beneficios para los habitantes del lugar. Lo mismo ocurre en Manosque, en Err, en Font-Romeu y en Prats de Molló, en los Pirineos Orientales, donde el toro "descubre" a Nuestra Señora del Coral en el hueco de un roble, el árbol sagrado de los druidas […]. A veces, el toro es remplazado por otros animales, teniendo sin embargo el mismo valor simbólico viril, como el ciervo que dibuja en el suelo el plano de la iglesia del Puy o el león del milagro de Notre-Dame de l'Apport […]».

[194] La Virgen de Fuensanta de Martos, en Jaén. La fuente que mana junto a su santuario es también «la de la Negra».

[195] Huynen, 1977, pág. 22.

[196] Y todavía existe otra palabra con idéntico origen, *caló*, que utilizan los gitanos para nombrar a su raza. No es coincidencia, puesto que los gitanos proceden de la India y se relacionan de algún modo con los ancestrales cultos de la Diosa Madre. La Virgen gitana por excelencia es Sara la Negra, la de Santa María del Mar, en la Camarga francesa.

[197] Jean Huynen en su clasificación de las Vírgenes Negras francesas distingue distintos tipos de santuario: «Una cripta (Chartres, Clermont, Guincamp, Marsella, Mont Saint-Michel)… una iglesia “negra” (Manosque, Aurillac), o una capilla “gruta” (Rocamadour). Incluso en los casos en que la estatua no estaba directamente presente en alguno de esos lugares, siempre iría asociada a su santuario o a su leyenda uno de esos elementos oscuros, secretos, ocultos; criptas y grutas, pero también pozo sagrado, abismo, tumba o sarcófago […]», ob. cit., pág. 156.

[198] Es el caso de la piedra negra del Sacromonte de Granada. En la fiesta de la Candelaria, las solteras se sientan en ella para que les salga marido. En Guimaraes (Portugal), las mujeres lamen los pezones de la Pedra Leital para que les acuda la leche.

[199] En otros países de la Cristiandad fueron igualmente numerosas. Ean Begg cree que hubo unas 450 en Europa; Marie Durand-LeFebvre señala la existencia de 272, casi todas en Francia.

[200] A la Virgen de Regla, patrona de Chipiona (Cádiz), le cambiaron el color negro por el actual rojo oscuro hacia 1590; más recientemente, a la Virgen de la Capilla, patrona de Jaén, que era completamente negra, la han restaurado dejándola blanca, proceso similar, salvando distancias, al que han experimentado el extravagante Michael Jackson y la suculenta Beyoncé.

[201] El *Decamerón* de Boccaccio engarza las narraciones de un grupo de jóvenes patricios desocupados que en 1348 se han refugiado en una lujosa villa de las afueras de Florencia huyendo de la peste.

[202] De estas calificaciones negativas es forzoso excluir a las cofradías de disciplinantes, o Cofradías de la Sangre de Jesucristo, que proliferaron en España a partir del siglo XVI. Hoy sólo perdura la de San Vicente de la Sonsierra, en La Rioja.

[203] Durante un tiempo, los aragoneses militaron bajo la cruz de Alcoraz, roja, en campo blanco, cantonada con cuatro cabezas de moro sangrantes que conmemoraba la batalla de Alcoraz, reñida en 1096, a las afueras de Huesca. Quiere la tradición (tardía, del siglo XIV) que san Jorge en persona descendiera del cielo para auxiliar a los aragoneses, lo que derivó en vencimiento de los moros con muerte y decapitación de sus cuatro caudillos. Eran tiempos políticamente incorrectos. De hecho, ahora cuando se describe la antigua bandera se dice que las cabezas son bustos de moros, no moros decapitados.

[204] Corral Lafuente, 2010, cap. 1º. El hijo de Ramón Berenguer y Petronila, Alfonso II de Aragón (1157-1196), titulado *rex* de Aragón y conde de Barcelona, heredó una Corona que llegaría a abarcar Aragón, Valencia, Mallorca, Barcelona, Sicilia, Cerdeña, Nápoles, Atenas, Neopatria, el Rosellón y la Cerdaña.

[205] Artículo 4.1 de la Constitución de 27 de diciembre de 1978. Los padres constitucionales no tuvieron en cuenta que el amarillo admite matices y que el de la bandera que intentaban definir era gualda (oro viejo) más que amarillo común.

[206] En realidad, los pendones comuneros eran la enseña medieval castellana, es decir, rojo grana o carmesí. El morado que los republicanos adoptaron por error era, en realidad, el color del pendón del conde-duque de Olivares.

[207] Y lo manifestaban en la cancioncilla: «Me está jodiendo el morao / Que está junto al amarillo / Debajo del colorao».

[208] Y lo encontraban, porque en cuanto traspasaban los puestos fronterizos de Irún se les antojaba que las aldeanas vascas tenían ojos moros y que los aldeanos de los caseríos no podían disimular su ascendencia moruna. El propio Trotski, en su contacto con los vascos nada más pasar los Pirineos, los encontró «indolentes». Así era la imagen que se había formado de los españoles.

[209] Parece ser que incluso se convirtió al islam el 15 de septiembre de 1924 tras recitar la *shahada,* o profesión de fe, en una mezquita de Agmat, tras de lo cual cambió su nombre de Blas, el santo abogado de los males de garganta, por el de Ahmad. La familia niega el hecho e insiste en que nunca dejó de ser cristiano. Lo fusilaron los rebeldes a poco de iniciarse la Guerra Civil. Por éste y por sus otros méritos, el incipiente Parlamento de Andalucía lo declaró en 1983 «Padre de la Patria Andaluza e ilustre precursor de la lucha por la consecución del Estatuto de Autonomía para Andalucía».

[210] El curioso insecto contiene cantaridita, una sustancia tóxica que irrita las vías urinarias y estimula la erección, pero que en dosis inadecuadas puede resultar mortal.

[211] Entre 1987 y 1991 me mostró papeles precolombinos del archivo ducal que me parecieron convincentes, aunque nunca me permitió examinarlos detenidamente, ya que era muy suya y estaba preparando algunos libros sobre el tema que aparecerían en años sucesivos: *No fuimos nosotros (derrotero de Poniente). Del tráfico transoceánico precolombino a la conquista y colonización de América*» (La Tribune des Alpes Maritimes, Niza, 1992), posteriormente ampliado en *África versus América: la fuerza del paradigma* (edición de la autora, Córdoba, 2000). De este libro existe otra edición (Centro de Documentación y Publicaciones de la Junta Islámica, Madrid, 2000), visitable en Internet, en la que el entusiasta prologuista, un español converso al islam, acoge con profunda satisfacción la posibilidad de que el islam hubiera llegado a América en el siglo XII, casi tres siglos antes de Colón. El libro fue presentado al rey de Marruecos, Mohamed VI, por la propia duquesa y una delegación de musulmanes conversos españoles que lo visitó en el palacio real de Tánger el 17 de julio del 2000. La crónica de la visita, publicada en Web-Islam y firmada por Zahra Contreras, alaba la «dulce y pulida personalidad» del monarca alauita. ¿No es pa matarlo? Me refiero al laudante, no al monarca, cuya vida alargue Alá muchos años para beneficio de su pueblo.

[212] Según la duquesa, «el islam estaba en América desde el siglo XII, por lo menos», y el proyecto de Colón «no fue más que la continuidad de un movimiento que se inició con Alfonso X el Sabio para conseguir el control de las minas de oro americanas, en competencia con Portugal y las demás naciones, y, sobre todo, con los musulmanes, que se encontraban bajo la autoridad del sherife de Marruecos y que ya estaban allí con anterioridad a la llegada de Colón».

[213] En las operaciones contra los moros de Granada, Enrique IV preparó la entrada de 1456, «quemándoles en verano las mieses y en otoño las cosechas de mijo y maíz», durante cinco años *(Década I,* libro III, cap. VIII). Lo malo es que el original de la crónica está en latín, idioma en el que no existe una palabra para el maíz, cuya mención sólo aparece en la traducción de las *Décadas* hecha por Paz y Meliá en 1904.

[214] «[…] é tomaron todas treinta é cinco naos con todo el oro que traían, é prendieron á todos los que iban en ellas, é del oro que el Rey de Portogal ovo del quinto que le pertenecía de aquella presa» (Hernando del Pulgar, *Crónica.…*, parte 2, cap. 88).

[215] Por el Tratado de Tordesillas (7 de junio de 1494). En la bella ciudad castellana existe un interesante Centro de Interpretación del Tratado (en dos palacios aunados que se denominan «Casas del Tratado») en el que se muestran los objetos científicos que manejaron los compromisarios para calcular por dónde debería discurrir la línea divisoria, además de mapas, maquetas de carabelas e instrumentos de navegación.

[216] Este Juan de la Cosa era un marino y cosmógrafo cántabro que acompañó a Colón y realizó diversas exploraciones en América. En su célebre mapa, fechado en el año 1500, aparecen las costas del golfo de México y la Florida, que oficialmente no estaban todavía descubiertos.

[217] Esta mezcla de agua y vinagre a la que alude el rey Sabio es la *posca* o vinagrillo que los legionarios romanos portaban en sus cantimploras, el mismo que, empapado en una esponja, ofrecieron piadosamente a Jesús, cuando estaba en la cruz. Tal mezcla, agua y vinagre, debe considerarse la fórmula arcaica del gazpacho, seguramente el plato más antiguo de la cocina nacional (tanto que la raíz de su nombre, *gaspa* o *caspa*, es prerromana).

[218] En tierra, y no necesariamente en ambientes marinos, se llamó almodrote a una salsa fina muy a propósito para adobar platos de berenjenas, hortaliza que ya se sabe lo bien que combina con el queso.

[219] En 1618, la población azteca de 18 millones había descendido a 1,6 millones (Diamond, 1998, pág. 241).

[220] Parte del desencuentro pudo deberse a la incomunicación de las dos culturas: en su primer encuentro con Moctezuma, Cortés procura ser amable, pero los indios se ofenden cuando intenta abrazar al emperador y lo mira a la cara, algo que el protocolo azteca prohibía («Me apeé y fui a abrazarlo, pero aquellos señores que estaban con él me detuvieron con las manos para que no lo tocase»). El inca Atahualpa, por su parte, en su primer encuentro/desencuentro con Pizarro, confrontado con una Biblia, la sagrada palabra de Dios, como no sabe lo que es, la tira al suelo con desprecio. Mal empezamos. Tanto en el caso del azteca como en el del inca, los barbudos europeos se miraron entre ellos como diciendo: «Estos tíos vestidos como maricas son peores que los moros». Cualquier pretexto habría sido bueno para darles estopa. Al fin y al cabo, iban a despojarlos. La codicia y el despojo, la explotación colonial, no la evangelización (versión antigua) ni la implantación de la democracia (versión moderna), son la clave de las conquistas.

[221] El Imperio inca se extendía por los actuales Ecuador, Bolivia y Perú, hasta Chile.

[222] También, quizá, el fatalismo y la falta de iniciativa individual de los indios, que se quedaban paralizados cuando perdían al jefe o a las aristocracias (especialmente expuestas a las enfermedades por tratar más estrechamente a los europeos).

[223] Tampoco los europeos resultaron biológicamente inmunes a los agentes patógenos de las enfermedades americanas. A los cinco años de la conquista, el treinta por ciento de los colonos españoles padecían sífilis. En años sucesivos, una pandemia de sífilis se extendió por Europa, Asia y norte de África y cada país culpó al adversario de su propagación. Por eso los franceses lo llamaron «morbo italiano»; los italianos y los alemanes, *morbus gallicus* («enfermedad francesa»); los españoles, «mal francés» o «mal portugués»; los portugueses y los Países Bajos, «mal español»; los rusos lo llamaron «la enfermedad polaca»; los turcos, «la enfermedad cristiana»; los japoneses, «el morbo chino». Recientemente se han descubierto cadáveres europeos anteriores al descubrimiento cuyos huesos presentan las deformaciones de la sífilis. Pudiera ser que la introdujeran los vikingos infestados por nativas canadienses hacia 1300, aunque debió de tratarse de una cepa débil que sólo infestó a unos pocos europeos.

[224] Tomando como ejemplo la viruela: aparece en Egipto hacia el año 1600 a. de C. (se han detectado momias que la padecieron); la primera epidemia se produce en Roma, «la peste de Antonino» la llamaron, en torno al año 170. La peste de Justiniano, en 542, fue una epidemia de peste bubónica.

[225] Así llamada por los hijos de la Gran Bretaña que la aprovechan, junto con el hundimiento del *Titanic*, para suprimir a algún personaje molesto en sus novelas y series de televisión ambientadas en la Inglaterra victoriana.

[226] Irónicamente, esas enfermedades no existían en el trópico americano, pero los barcos de esclavos procedentes de África llevaron a las hembras del *Aedes Aegypti*, el mosquito transmisor de la fiebre amarilla que encontró un hábitat estupendo en las plantaciones de caña. Mc Neill sugiere que los españoles ya acostumbrados al mosquito, encontraron en él un valioso auxiliar parta impedir que se establecieran colonias de franceses e ingleses que intentaban desalojarlos del Caribe. Los ingleses que en 1741 sitiaron Cartagena (Colombia) y Santiago (Cuba) perdieron en pocos meses 22.000 hombres de un total de 29.000, debido a las fiebres tropicales lo que los obligó a retirarse. Hasta 1900 no se relacionó al mosquito con la fiebre amarilla.

[227] Esta obrita se contiene en el tomo IV de la *Historia general de España* de Miguel Morayta, publicada en 1890. Debió de redactarse hacia 1557, pero los hechos a los que alude son anteriores y se pueden situar en el segundo cuarto del siglo XVI, durante el pontificado de Paulo III.

[228] Bernardino de Sahagún, 2000, tomo I, págs. 312-313.

[229] Hay que advertir que cada pueblo tenía sus costumbres no necesariamente coincidentes con las del vecino: la ley mexica castigaba la sodomía con la horca, el empalamiento para el homosexual activo, la extracción de las entrañas por el orificio anal para el homosexual pasivo y la muerte por garrote para las lesbianas. Suena terrible, pero es posible que no se aplicara.

[230] Hace años, Mr. Tamber, un americano propietario de una agencia matrimonial en Nueva York, intentó comprar la piedra para que presidiera su negocio. Eso fue antes de que la caída de la Unión Soviética evitara la caída de su declinante agencia. Ahora Mr. Tamber se ha especializado en arreglar romances entre despampanantes rubias de los países del Este cuyo proyecto vital consiste en hacer feliz a un occidental pudiente: *I am very seriously looking for the man of my life as my best-friend, soul-mate, loving and caring husband.* (Estoy buscando seriamente al hombre de mi vida para que sea mi mejor amigo, mi media naranja y mi amoroso y atento esposo.)

[231] La romanización de Britania fue demasiado tenue. El emperador Claudio invadió la isla en el año 43, pero nunca consolidó la presencia romana. De hecho, setenta años después Adriano construyó la famosa muralla de su nombre (117 kilómetros) renunciando a toda la parte norte. «No vale lo que me va a costar conquistarla», pensó.

[232] *Don Quijote*, cap. XXV.

[233] Me refiero al segundo fruto de la higuera (posterior a las brevas), concretemos, no al órgano genital femenino, que eso sería μουνί, *mouní*. En este país de malpensados siempre hay que andar con estas precisiones.

[234] Se refiere al gran escritor británico Rudyard Kipling, autor del cuento *The Man Who Would Be King*, a cuya versión cinematográfica tanto debo.

[235] En los rezos de algunas iglesias se incluyó la plegaria *A furore normanorum libera nos Domine* («Señor, líbranos del furor de los normandos»). Un cronista español los definiría como *gens pagana et nimis crudelissima*.

[236] *Guía espiritual*, ed. de J. Ignacio Tellechea Idígoras, Universidad Pontificia de Salamanca, 1976.

[237] Giuseppe Maria Giberti, *Ragguaglio della pessima vita di Michele Molinos* (1687).

[238] Previamente les había advertido que ese árbol, ni tocarlo. Aparentemente, parece un castigo desproporcionado, lo sé. Estamos malacostumbrados por la lenidad de nuestros jueces, que despiden con una simple regañina al descuidero que le roba el bolso a una anciana. El Supremo Juez no era de esa escuela. Para el Supremo Juez, cuyo delegado en la Tierra es el Papa, el que la hace la paga.

[239] Sobre en qué momento se adquiere el pecado original, si en el instante de la concepción o en el del nacimiento, sostienen posturas encontradas dos sotanas ilustres. La que parece más autorizada, por arzobispal y jesuita, es la del padre Luis F. Ladaria Ferrer, quien establece que el pecado se adquiere en el momento del nacimiento (en su documentada obra *Teología del pecado original y de la gracia,* BAC, Madrid, 1993). Por el contrario, la del padre José María Iraburu, un simple presbítero, aunque con muchos estudios, se inclina por contraer el pecado original en el mismo momento de la concepción, cuando, recién perpetrado el coito, el espermatozoide más despabilado penetra en el óvulo y comienza el proceso de la fabricación de la nueva criatura. Yo no quiero meterme en una trifulca entre sotanas, con la mala leche que gastan, aparte de que sólo pasaba por allí y el asunto ni me va ni me viene; ahora bien, si se me fuerza a opinar, opino. ¿Han pensado ustedes, reverendos padres, en la pertinencia de distinguir entre *intención* y *objeto?* Aquí nos internamos de hoz y coz en el espíritu del estudio del acto moral según santo Tomás. La distinción no es materia baladí y la tienen explicada en el *Compendio del Catecismo,* n. 367, y en *Catecismo,* nn. 1749-1754 y 1757-1758. O sea, la clave del asunto reside en la diferencia entre qué se quiere y qué se puede en el acto de la generación o casquete. Dicho esto, si como cristiano tengo que darle la razón a una parte, prefiero inclinarme por el padre Ladaria, quien, además de arzobispo, es secretario general de la Congregación para la Doctrina de la Fe, como llaman ahora a la Inquisición. No queman ya a los disidentes, lo sé, pero con la deriva que lleva esto desde que Rajoy cede a las presiones de Rouco y sus mariachis de la Confe Episcopal nunca sabe uno si algún día restablecerán las antiguas costumbres y habrá Autos de Fe y hogueras con leña verde.

[240] Abochorna un poco, desde la comunión en Cristo que todos profesamos, pensar que dos órdenes monásticas tan prestigiosas anduvieran tan obnubiladas en la defensa de sus respectivas posturas con descuido del amor fraterno, que, como hombres de Dios, se debían y deben. Una piadosa leyenda franciscana asegura que, mientras el rifirrafe clerical arreciaba, las imágenes de la Virgen cobraban vida milagrosamente para asentir con la cabeza ante las peticiones de auxilio de los inmaculistas, como animándolos a proseguir la lucha en defensa de su pureza.

[241] Sevilla, la ciudad mariana, la que hace teología viva en su Semana Santa, destacó sobre todas las demás por sus entusiasmos inmaculistas: los poetas o poetastros componían versos defendiendo la limpieza de la Virgen, los ciegos cantaban a la Inmaculada en plazas y mercados; los niños jugaban a la Inmaculada…. Por esta apasionada defensa, Sevilla mereció el título de «mariana» que ostenta en su escudo.

[242] Es natural que el Papa recompensara a los católicos españoles nombrando a la Inmaculada Patrona de España (sin demérito de Santiago, santa Teresa y los otros patronos que ha merecido esta bendita tierra). España, como nación consagrada a la Inmaculada Concepción, detenta un privilegio que nos envidia el resto de las naciones de la Cristiandad: nuestros sacerdotes visten una casulla azul en día tan señalado. Este privilegio fue otorgado por la Santa Sede, en 1864, como agradecimiento a nuestra secular defensa del dogma de la Inmaculada Concepción.

[243] No hago literatura, Dios me libre. Me limito a reproducir las palabras que la monjita dijo que le había dicho la Virgen. Aparecen en muchos libros y opúsculos editados por la Iglesia.

[244] Nuestra Señora se expresaba en correcto francés. Su lengua materna era el arameo, pero, como es sabido, la glosolalia le permite a la Virgen entenderse en cualquier idioma. Alguna ventaja tenía que acarrearle el ser la madre del Redentor, condición que tantos sofocones le acarreó en vida si concedemos crédito al Evangelio.

[245] La estupenda metáfora es mía, no de la monja, a cada cual su mérito. Lo de la pena se refiere no a la metáfora, que ya digo que me parece muy lograda, sino al hecho de que ese caudal tan abundante de gracia santificadora se perdiera como se pierde el agua del Amazonas al juntarse con la del mar.

[246] Precisamente el 8 de diciembre de 1854. Ése y no otro es el origen del famoso Puente de la Inmaculada, cuando abandonamos las grandes ciudades y salimos en tropel, unos a la playa, otros a la montaña, otros a Marrakech, otros a París, otros a las islas griegas. Para tan especial ocasión el Santo Padre se engalanó con la rutilante corona de la Iglesia: 92 obispos, 54 arzobispos, 43 cardenales en medio de una multitud ingentísima de pueblo. El Santo Padre, en su bula *Ineffabilis Deus* definía como dogma de fe el gran privilegio de la Virgen: «La doctrina que enseña que la bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original en el primer instante de su Concepción por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, es revelada por Dios, y por lo mismo debe creerse firme y constantemente por todos los fieles».

[247] El irascible teólogo declaró a la policía que, en realidad, habría preferido asesinar a Pío IX, pero, careciendo de medios de fortuna para trasladarse a Roma, se había tenido que conformar con monseñor el arzobispo. Puesto en la guillotina, aún gritó: «¡Viva Jesús!», antes de que la cuchilla pusiera fin a sus problemas teológicos y lo catapultara, supuestamente, al tribunal de la Justicia Divina, donde, sin duda, quedó informado de si el debatido dogma es o no homologable.

[248] Bueno, a decir verdad el francés la abolió en 1809 y las Cortes en 1812.

[249] Entre paréntesis: qué halagada debió de sentirse la reina al ver que su egregio esposo celebraba su cumpleaños con una disposición sobre la pena de muerte.

[250] En realidad, dice: «Palabras, palabras, palabras», pero me venía mejor que dijera «plantillas», y he modificado la realidad para arrimar el ascua a mi sardina. La descentralización autonómica redujo en un cuatro por ciento la plantilla de funcionarios de la administración central y paralelamente ha aumentado en un cuarenta por ciento la autonómica. Es el resultado del solapamiento de cinco administraciones: local, provincial, autonómica, nacional y europea.

[251] Lo de «casta parasitaria» es un hallazgo del politólogo García de Diego. En el Antiguo Régimen sólo vivían bien los aristócratas y el alto clero; en democracia, una persona humilde y sin formación ni estudios puede fácilmente llegar a parlamentario, a senador, a ministro, a director general de la Guardia Civil, etc. A un barrendero le exigen graduado escolar, pero a un político no se le pide cualificación alguna. Por ejemplo: Ernest Benach i Pascual, que de ser simple militante de un partido nacionalista supo ascender, por méritos propios, a presidente del Parlamento de Cataluña. El lector recordará que los fascistas desestabilizadores y enemigos de la democracia le criticaron que tuneara una limusina de lujo Audi A8 para dotarla de televisión, reposapiés y escritorio, obligándolo a prescindir de estos auxilios. Quizá recuerde también el acto político sindical celebrado en la población minera de Rodiezno (León), en septiembre de 2009, en el que la secretaria de organización del PSOE, doña Leyre Pajín, y el presidente de la Fundación Pablo Iglesias, don Alfonso Guerra, los dos ataviados con un pañuelo rojo al cuello, levantaron el puño y cantaron *La Internacional:* «Arriba pobres de la tierra / en pie los pobres sin pan», y eso de hundir al imperio burgués. La prensa derechona se cebó en ellos alegando que Leyre Pajín lucía unas gafas de Armani de ochocientos euros (no las llevaba puestas, pero, al llevarlas con una patilla inserta en el canalillo intermamario, supusieron que le pertenecían) y que percibe un sueldo mensual de cinco mil euros que con otros complementos equivaldrá al de veinte mileuristas de su edad. Ítem más: de don Alfonso Guerra alegaron que llevaba un reloj de pulsera de tres mil euros. Y yo me pregunto: «¿Qué pasa? ¿Que para defender a los pobres hay que vestir o vivir como ellos?». Precisamente, la señorita Leyre y el señor Guerra usan este tipo de lujos para indicar que no cejarán en su lucha política hasta que los pobres disfruten de bienes semejantes, y para reforzar la idea predican con el ejemplo.

[252] Recordemos: aquellos que, en trance de abandonar este mundo se dejaban persuadir por sus directores espirituales de que el tránsito por el Purgatorio sería un mero formulismo si legaban sus bienes, o una parte sustanciosa de ellos, a la Iglesia, lo que no excluye que algunos de ellos albergaran, además, la malévola intención de fastidiar a sus herederos.

[253] A mediados del siglo XIX, el verdugo papal, el maestro Totta, gozaba de justa fama por su destreza en el manejo de la guillotina, aunque el procedimiento ejecutor aprobado por la Iglesia, y usado por sus antecesores, era el *mazatello*, un mazazo en la sien izquierda y posterior degüello. El prestigioso sacerdote y teólogo Hans Küng (nombrado consejero oficial del Concilio Vaticano II por Juan XXIII) admite que «el Estado Pontificio era el más retrógrado de Europa, tanto política como socialmente» (Küng, 2002, pág. 205). Tan retrógrado era, y es, que es el único que todavía defiende la pena de muerte, aunque no la aplica desde 1868. Juan Pablo II, en su encíclica *Evangelium Vitae* (1995), justifica la pena de muerte cuando se trata de «defender a la sociedad». En línea con el pensamiento del Pontífice, el *Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), redactado por una comisión presidida por el entonces cardenal Ratzinger, aprueba la pena de muerte aunque, como una concesión al abolicionismo dominante en las democracias, se muestra partidario de ejercer la justicia «por medios incruentos». Literalmente, dice en *Catecismo*, 2267: «La enseñanza tradicional de la Iglesia no excluye, supuesta la plena comprobación de la identidad y de la responsabilidad del culpable, el recurso a la pena de muerte, si ésta fuera el único camino posible para defender eficazmente del agresor injusto las vidas humanas».

[254] Ninguna corte europea podía competir en lujo y ceremonia con la vaticana. Basten algunos ejemplos de antes y de ahora: el palacio del Papa en el Vaticano supera a todos los palacios reales europeos con sus 1.400 aposentos; la mitra papal de Pío X (1903) lleva engastados 529 diamantes, 252 perlas, 32 rubíes, 19 esmeraldas, 11 zafiros (Frattini, 2003, pág. 78); un traje de cardenal con sus complementos cuesta unos cinco mil euros (Frattini, 2003, pág. 100). Si miramos al goce de la vida, tan reñido con el ascetismo y la templanza que predican, encontramos que no existe cocina comparable a la pontificia, «una de las más complejas y ricas del mundo, mucho más que la de cualquier casa real», como indica la gastrósofa Eva Celada en su libro *Los secretos de la cocina del Vaticano* (Planeta, 2006). El Papa y sus refinados prelados competían por mantener capillas de cantores castrados. Para este artístico fin se calcula que, a lo largo del siglo XVIII, se castraban en Italia unos cuatro mil niños cada año (las propias familias lo hacían con la esperanza de escapar de la miseria). Naturalmente, no todos lograban la voz «inimaginable, penetrante, más aguda que ninguna» necesaria para que los admitieran en la capilla papal. Este vergonzoso tráfico de niños cantores sólo se prohibió en 1903, durante el pontificado de León XIII. El último castrado al servicio de los pontífices, Alexandro Moreschi, falleció en 1922.

[255] Esta pompa se ha usado hasta el pontificado de Pablo VI.

[256] Küng, 2002, pág. 210.

[257] A las que se pueden sumar las 55 hectáreas de la residencia veraniega del Papa en Castel Gandolfo: un palacio rodeado de jardines y bosques, con su piscina, pistas de tenis y una hermosa cueva artificial construida junto al cráter volcánico que forma el lago Albano. En realidad, podríamos decir que el Estado italiano en formación expropió las posesiones papales que lo dividían en dos y recuperaba su capital histórica, Roma. Cincuenta y nueve años después, en 1929, se resolvió el conflicto: Italia (representada por Mussolini) y el papa Pío XI firmaron un Concordato por el que la Iglesia reconocía al Estado italiano y admitía la reducción de sus Estados al Vaticano y Castel Gandolfo a cambio de una indemnización multimillonaria que la salvó de la bancarrota en la que estaba sumida.

[258] Fue un encierro relativo, puesto que podía disfrutar de sus colecciones de arte y pasear por sus dilatados y espléndidos jardines. En cuanto al rancho del «prisionero», aspecto éste al que Pío IX era especialmente sensible, su preparación quedaba a cargo del mejor cocinero de Italia. El Santo Padre, aunque representante de una religión que predica la templanza, incurría en el pecadillo de la gula como muestra su creciente corpulencia apenas disimulada por los amplios vestidos talares. Sus legendarios banquetes, para medio millar de invitados, se componían de diez platos distintos, regados con cinco tipos de vino (Frattini, 2003, pág. 83).

[259] El beato Pío IX emitió más de cien documentos pontificios contra las sociedades secretas que socavan la autoridad de la Iglesia y secuestran las almas (y las bolsas) de la feligresía. A ello se unía que el beato Pío IX no resultaba simpático a los judíos. No les faltaban motivos. Aparte de que había ejercido ciertas crueldades contra la comunidad hebrea romana, sometida a su poder temporal, pesaba el espinoso asunto del secuestro del niño Mortara. Al anochecer del 23 de julio de 1858 la policía papal se presentó en la casa de los Mortara, una acomodada familia judía de Bolonia, con una orden judicial para llevarse a su hijo de siete años Edgardo. Los angustiados padres comparecieron al día siguiente ante del Inquisidor de Bolonia, el domínico Piero Gaetano Felleti, que se limitó a informarles de que el niño estaba bautizado y, por lo tanto, era cristiano y pertenecía a la Iglesia, la infatigable defensora de la familia y de los derechos humanos. Cuándo y cómo se había bautizado era secreto de sumario. Atando cabos, los Mortara averiguaron que una antigua criada suya, campesina y analfabeta, Anna Morisi, había bautizado al niño en el fregadero de la cocina cuando era un bebé. La Iglesia se mantuvo en sus trece, inconmovible como una roca, firme en su fe, y no cedió al niño secuestrado por más que los padres pleitearon ante los tribunales y por más que los intelectuales y la opinión pública de toda Europa denunciaron el atropello. Tampoco dieron fruto las gestiones diplomáticas de Francia, Inglaterra y otros Estados que intentaron mediar para que el niño le fuera restituido a sus padres. La Iglesia mantuvo al pequeño Edgardo Mortara interno y bajo constante vigilancia en la Casa de los Catecúmenos de Roma, a cuatrocientos kilómetros de su hogar. Tras el pertinente lavado de cerebro, el niño declaró que su padre era el papa Pío IX (figuradamente, por supuesto) cuyo nombre cristiano adoptó, y, siempre tutelado por persuasivos directores espirituales, se ordenó sacerdote y abjuró de su familia judía.

[260] Probablemente, el dogma más sorprendente de los que confirman el cuerpo doctrinal de la Iglesia. Así lo han entendido muchos teólogos desde el propio concilio (lord Acton) hasta nuestros días. El mentado teólogo Hans Küng escribió en 1971 un libro que cuestiona la infalibilidad papal *(Infallible? an inquiry*, Nueva York, 1971). Unos años después, el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (nombre con el que modernamente se conoce la Inquisición), a la sazón el cardenal Joseph Ratzinger (hoy Papa emérito) le prohibió a Küng enseñar teología.

[261] El *Syllabus Errorum*, apéndice de la encíclica *Quanta cura* (1864), es un documento incendiario que enumera ochenta proposiciones y doctrinas erróneas inaceptables por el cristiano que aspire a escapar de las llamas del Infierno. El *Syllabus* es un documento confuso, ambiguo e incluso contradictorio, fruto de una evidente empanada mental no siempre achacable a su pésima redacción, que mezcla condenas con afirmaciones contingentes. En el fondo late la desesperación del redactor porque nota que las ovejas se van despabilando y huyen del redil en busca de la libertad (el liberalismo, su bestia negra). En el mismo saco mete la condena de conceptos que parecen indiscutibles: la aplicación de la razón a los problemas de conciencia, la incompatibilidad entre la fe y la razón, la independencia de la inteligencia frente al magisterio de la Iglesia (o sea, que un cristiano pueda pensar por su cuenta) y que el Estado se independice de la Iglesia y permita a sus ciudadanos libertad de conciencia. Repasando el *Syllabus* comprende uno que el Papa estaba como una regadera y que los palmeros de la curia vaticana que lo acompañaban se habían quedado anclados en las brumas de la Edad Media y no entendían en absoluto el cambiante mundo moderno. Va a ser verdad que los inspira el Espíritu Santo, porque en una persona de inteligencia normal no se conciben tantos desvaríos enhebrados en el mismo sartal. Se ha dicho que el *Syllabus* es un monumento a la intolerancia. Nada más natural. La Iglesia no puede ser tolerante. «Se lo impide la naturaleza de su función, la raíz de su poder humano y demasiado humano. La Iglesia subsiste gracias a los beneficios de todo tipo obtenidos por la administración de unos determinados dogmas, esto es, de unas determinadas verdades forzosamente indiscutibles, pues si se las discutiera dejarían de ser verdad. Un gestor de dogmas tiene que ser dogmático o cerrar la tienda», como dice Fernando Savater («Embajador en el infierno», *El País*, 8 de octubre de 1987).

[262] «Un síntoma importante de este pernicioso desarrollo [de la Iglesia] fue que gran número de los espíritus más representativos de la modernidad europea se incluyeron en el Índice de Libros Prohibidos a los católicos. Junto con numerosos teólogos críticos con la Iglesia, Copérnico y Galileo, los fundadores de la ciencia moderna, aparecían los padres de la filosofía moderna, Descartes y Pascal, Bayle, Malebranche y Spinoza, acompañados de los empiristas británicos Hobbes, Locke y Hume. También estaba la *Crítica de la razón pura* de Kant, y, por supuesto, Rousseau y Voltaire, y más tarde John Stuart Mill, Comte, y también los grandes historiadores Gibbon, Condorcet, Ranke, Taine y Gregorovius. Después aparecía Diderot y D'Alembert con su *Encyclopédie* y hasta el *Diccionario Larousse;* Grotius, el jurista constitucional e internacional; Von Pufendorf, y Montesquieu […]. Este *magisterium* y este "buen catolicismo", no entraban seriamente en una discusión crítica constructiva con el ateísmo moderno y el laicismo; para defenderse, el *magisterium* utilizaba clichés apologéticos, caricaturas y condenas» (Küng, 2002, pág. 213).

[263] Hay que advertir que entonces los toros despertaban la misma pasión que hoy despierta el fútbol. En cada época y en cada lugar la autoridad competente favorece la creación de un *circenses* (aludo al *panem et circenses* de Roma) que distraiga a la ciudadanía, e incluso la narcotice, para que se desentienda de las iniquidades de sus políticos.

[264] La denominación «prensa amarilla» con que hoy designamos las publicaciones sensacionalistas se acuñó precisamente para definir a estos periódicos, que incluían una tira cómica cuyo protagonista era un niño orejudo y calvo, vestido con un camisón amarillo *(The Yellow Kid).*

[265] El beneficio, por cierto, iba a unos pocos financieros con predominio de vascos y catalanes, que se lucraban del comercio con Cuba. Cuando se perdió esa saneada fuente de ingresos, se reavivaron notablemente los independentismos.

[266] ¿Peor vida? En efecto: incluso si el buen Dios lo admitió en su Paraíso es seguro que le resultó imposible mejorar la vidorra que el británico había disfrutado en este valle de lágrimas. Hijo y heredero de la reina Victoria, sólo había heredado las responsabilidades de la corona en 1902, a los sesenta años, después de pasar buena parte de ellos dedicado a los placeres de los *idle rich*, o sea, yates de recreo, automóviles Daimler (entonces gran novedad) galanterías con las mejores *demi-mondaines* de París, habanos especialmente manufacturados para él, *champagnes* de las mejores cavas, platos exquisitos en los mejores restaurantes, casinos y alguna que otra partida de caza.

[267] Al parecer, la Virgen les revela a los pastorcillos tres secretos: el primero sobre el fin de la Primera Guerra Mundial (1914-1918); el segundo, sobre la muerte prematura de Francisco y Jacinta, y el tercero quedó consignado por escrito y depositado en el Vaticano hasta que, ya en nuestros días, y con cierto desencanto, todo hay que decirlo, debido a las expectativas que había generado, el papa Juan Pablo II reveló que se refería al atentado sufrido por él mismo cuando el terrorista turco Alí Acqa lo tiroteó en la plaza de San Pedro (suena a enredo de un ególatra, lo sé). «Los mensajes se reescribieron en 1935 para hablar del peligro que representa la Unión Soviética, inexistente en 1917», apunta el sacerdote Mario de Oliveira. La Iglesia reconoce Fátima cuando el pronunciamiento militar restaura en Portugal el estado confesional.

[268] Mario de Oliveira, un sacerdote que ha consagrado su vida a estudiar el fraude de las apariciones, señala en su libro *Fátima nunca mais* (1999) que los pastorcillos ven las tremebundas imágenes del fuego eterno con las que los predicadores de las Santas Misiones asustan a los sencillos campesinos. Estas supercherías se compendiaban en el manual de predicadores *Misión abreviada* del padre Manoel José Gonsalve, muy popular en aquellos días.

[269] De hecho, permaneció ocho años en un seminario y hasta recibió las órdenes menores, pero finalmente ahorcó los hábitos. Aunque seglar, siempre conservó cierto halo de misticismo religioso y vivió en un ambiente sobrio y modesto, sin más compañía que la de una sobrina huérfana de madre. Practicó un catolicismo sin alharacas, pero protegió a la Iglesia con firmeza. Baste decir que obligó a dimitir a un Gobierno porque quería limitar las procesiones y el toque de campanas. En 1940 firmó un Concordato con la Santa Sede.

[270] ¡Ya era hora! España, la católica España, la reserva moral de Occidente, la supuesta predilecta del Sagrado Corazón de Jesús, era (y lo sigue siendo aún hoy) víctima de un agravio comparativo por parte de Nuestra Señora. A las pruebas me remito: a lo largo del descreído siglo XIX, la Virgen se aparece en la racional Francia nada menos que cinco veces (la Medalla Milagrosa, La Salette, Lourdes, Pontmain y Pellevoisin), y en España ninguna. En esto, como en todo, el que no llora no mama. La Virgen es como los políticos: en las comunidades que saben seguras, ni se dignan aparecer en época electoral, pero en las que ven dudosas, multiplican los mítines y las visitas. No es criticar, es referir. Sainz Rodríguez suscribe lo que digo: «A lo largo de repetidas entrevistas con el secretario de Estado vaticano Pacelli (futuro Pío XII) me convencí de que esa idea que tienen muchos españoles de que España, por su gran tradición católica, es un país que pesa y es apreciado en el Vaticano, es totalmente equivocada […] en el Vaticano nos consideraban [a los españoles] un pueblo que se tiene seguro, en el que no existe peligro de que se aparte de la disciplina católica, pero al que no hay que prestar excesivas atenciones» (Sainz Rodríguez, 1978, pág. 183).

[271] Hacía sólo unos días que las elecciones habían otorgado el triunfo a los partidos anticlericales y los ánimos andaban por los suelos.

[272] El estudio más completo sobre las apariciones de Ezquioga es el del antropólogo William A. Christian Jr., 1996.

[273] A saber: amenaza de calamidades y guerras, anuncios de milagros, advertencias morales (en especial contra las disolutas costumbres modernas), promesas de paz y felicidad en la obediencia del Señor y peticiones de que en el lugar de las apariciones se construya una basílica (Ezquioga no iba a ser menos que Lourdes o Fátima). Las profecías generalistas y sin salirse de la pauta cristiana les parecieron razonables a los obispos.

[274] Prueba de ello es que se dirigía en vascuence al auditorio: *Errosarioa errezatzea egunero*, le dijo a los niños, o sea «Rezad el Rosario cada día».

[275] Torbado, 2000, pág. 128. «Macià habló largamente de la Virgen con el abad Marcet de Montserrat, repitiendo una y otra vez: “No sé qué quiere de mí la Virgen”. Macià y su esposa recibieron el 17 de noviembre de 1931 una segunda visita del mismo vidente Garmendia en su casa. El vidente le dijo que la Virgen estaba satisfecha con Macià (aceptó la Generalidad y rechazó la independencia, que habría causado un grave conflicto armado en la España de 1931), pero que la Virgen no estaba tan contenta con el primer ministro Manuel Azaña, quien se había negado a recibir al vidente Garmendia. Supuestamente, Macià dijo: “¿Así que éste es peor que yo?”. Garmendia le dijo que sí, y que la Virgen le comunicó que Azaña recibiría el castigo merecido». (William A. Christian Jr., 2011)

[276] Así como Josep-Lluís Carod-Rovira, el prestigioso político, negoció con ETA que no matara a catalanes. Nada nuevo bajo el sol.

[277] Algunos prelados habían concebido en un principio esperanzas pastorales. El obispo de Barcelona, Manuel Irurita, acudió varias veces a la campa de incógnito, vestido de paisano, como un devoto más.

[278] Hay que consignar que a los jesuitas no les hicieron gracia las apariciones de Ezquioga, que ocurrían a veinte kilómetros de su santuario de Loyola, con el consiguiente peligro, si aquello cuajaba y acababa en santuario de peregrinación, de restar clientela al de Loyola. Quizá el primer y único jesuita que se ocupó de Ezquioga, y para apuntillarlo, fue el padre Laburu, quien, tras grabar cinematográficamente las visiones, dictaminó que las apariciones eran un camelo y que los falsos videntes eran débiles mentales o pícaros, a escoger. Este pintoresco y acucioso sacerdote, que hoy nos parecería mero intelectual de relumbrón o hasta charlatán pagado de sí mismo, fue en su tiempo el más famoso orador sagrado de España (en los ejercicios espirituales, sus vívidas descripciones del infierno erizaban el cabello de los más templados). Al padre Laburu se le suponía una enciclopédica cultura que abarcaba toda clase de disciplinas científicas con tal de que fueran tan novedosas que nadie supiera de ellas (psicología prefreudiana, radiestesia, cinematografía, psicología del toro de lidia, etc.). En Ezquioga, la opinión de Laburu prevaleció sobre la del padre Amado Cristo de Bruguera, que creía la veracidad de las manifestaciones y quien, tras someter a los visionarios a dolorosas pruebas, había dictaminado que un par de docenas decían la verdad.

[279] *Vu* del 23 de septiembre de 1936, pág. 1.106. Un día después, otra revista, *Regards*, publicaba ésa y otras fotos tomadas con Capa el mismo día.

[280] Hugo Doménech y Raúl M. Riebenbauer, autores del documental *La sombra del iceberg. Una autopsia de la mítica fotografía de Robert Capa «El miliciano muerto»*, declaran: «A veces una mentira empieza a rodar y resulta muy difícil detenerla. Creo que nuestro exhaustivo trabajo de investigación revela con declaraciones de editores gráficos, estudios de forenses y, sobre todo, con crónicas periodísticas de la época que Federico Borrell García no es el soldado de la foto. Es más, un hijo de Mario Brotons, el historiador alcoyano que reveló la identidad, ha afirmado que su padre, fallecido en 1995, se basó en intuiciones personales y nunca tuvo certeza histórica de su afirmación. Brotons aseguró en aquel año que lo había confirmado en el Archivo de la Guerra Civil de Salamanca, un centro que nunca visitó» (Miguel Ángel Villena,«Un documental desmonta el mito del miliciano de Robert Capa», *El País*, 16 de diciembre de 2008).

[281] El historiador Fernando Penco Valenzuela lo demuestra sobre fotografías del paisaje del fondo en su trabajo «Muerte de un miliciano. Informe preliminar de resultados acerca de la ubicación de la serie fotográfica de Robert Capa» (junio de 2009). Véase también Penco, 2010.

[282] Durante mucho tiempo se creyó que los marines que aparecen en la fotografía eran, de derecha a izquierda, Ira Hayes, Franklin Sousley (†), Michael Strank (†), Rene Gagnon, John Bradley y Harlon Block (†). Los señalados con una cruz perecieron en los días siguientes durante la conquista de la isla. Muchos años después se reveló que el identificado como John Bradley era en realidad un soldado de primera llamado Harold Schultz que toda su vida prefirió vivir en el anonimato.

[283] Dicho en números: 27 suicidios por cada 100.000 habitantes, cuando la española está en 8,3 y la europea en 11,6.

[284] El 16 de junio Hitler aprueba el plan de invasión de Inglaterra para mediados de septiembre («Operación León Marino»).

[285] Sulfuro de etilo biclorado, la famosa iperita usada con terribles efectos durante la Primera Guerra Mundial.

[286] Ridruejo, 1976, pág. 222. También se refiere a este salón, con gran conocimiento, Ramón Garriga, 1983, pág. 53.

[287] El Salón Kitty inspiró la novela documento de Peter Norden, *Salón Kitty*, Bruguera Barcelona, 1976.

[288] A partir de 1943 se sustituyeron los incómodos discos de cera por las recientemente perfeccionadas cintas magnetofónicas, pero para entonces la actividad del Salón Kitty había decaído, pues se había divulgado entre la afición que en aquel entorno lujoso las paredes oían y ya los invitados se limitaban a charlar del tiempo con las pupilas. «Lo cerramos —dijo Himmler—. A partir de ahora, el que quiera vicios que los pague». Menos mal que cerraron, porque en 1944 una bomba de aviación destruyó el edificio.

[289] El infiltrado era el guardia civil José Carvajal Chía.

[290] Con las dos tuvo hijos, fiel a su proyecto de que cada SS tomara varias esposas a fin de acrecentar la cabaña aria alemana con vistas a la colonización de Asia y al dominio del mundo.

[291] Esta escopeta se subastó recientemente en Estados Unidos.

[292] Diversos altos cargos del Gobierno aceptaban sobornos más o menos encubiertos de los ingleses o de los alemanes. El más conspicuo fue el primer ministro de Exteriores, el coronel Beigbeder, a sueldo de la embajada inglesa en los momentos en que la política oficial se decantaba por el Eje.

[293] Ros Agudo, 2002, pág. 148.

[294] Ibíd.

[295] Hacia 1935, el recién fundado Ahnenerbe, instituto de investigaciones raciales, adscrito a las SS, envió una comisión científica al norte de la provincia de Jaén, a las Nuevas Poblaciones de Sierra Morena, con objeto de estudiar el ancestro alemán en los descendientes de los colonos alemanes que repoblaron aquella comarca en tiempos de Carlos III. A todo nativo que presentara un certificado de nacimiento, expedido por la parroquia, en el que constara un apellido alemán, le daban cinco pesetas por dejarse medir y estudiar el cráneo. Por los cortijos y pueblos de la sierra circuló la noticia de que unos alemanes pirados te pagaban el jornal sólo por dejarte medir la cabeza y, de pronto, empezaron a menudear mellizos y trillizos en cantidad sorprendente. El truco consistía en darle una propina al sacristán para que emitiese una partida del bautismo duplicada o triplicada, cambiando sólo el nombre de pila del titular. El mismo sujeto la presentaba en días sucesivos haciéndose pasar por hermano del anterior. Las conclusiones del estudio, evidentemente falseadas por la picaresca, las publicó Johan Schänble, profesor de antropología de la Universidad de Kiel, en *Estudios antropológicos en las llamadas colonias alemanas del Sur de España*. Vease *Zeitschrift für morphologische Anthropologie*. Bd. 48, Stuttgart, 1957, págs. 151-202. En esta obra se alude al estudio de O. Wendel *Deutsches Blut in Spanien* («Sangre alemana en España») aparecido en *Der Auslands Deutsche*, Jq. 19, pág. 629, 1936. y «Los últimos restos de la colonización alemana de Andalucía», en *Der Auslandsdeutsche*, Jq. 16, 1937, pág. 417. En cuanto a los arqueólogos e historiadores españoles que colaboraron con la pseudociencia alemana en la confirmación de las teorías racistas de este lunático cabe citar a Julio Martínez Santa-Olalla, que intensificó las relaciones culturales con la Alemania nazi, especialmente con las asociaciones DasAhnenerbe y el grupo Thule. Esta colaboración se plasmó en un ciclo de conferencias que impartiría Santa-Olalla en Bonn mientras que los nazis financiarían excavaciones en las Islas Canarias atraídos por la falsa noticia del descubrimiento de momias guanches con trenzas rubias.

[296] Tovar, Antonio, *El Imperio de España*, Ediciones Afrodisio Aguado, Madrid, 1941.

[297] Desde 1938 existía un acuerdo firmado por el general Severiano Martínez Anido, responsable de la policía entonces, en virtud del cual la Gestapo gozaba de estatus diplomático en España para realizar sus habituales labores de espionaje y vigilar a los treinta mil residentes alemanes.

[298] No les faltaban motivos: en Alemania eran sólo el uno por ciento de la población, pero habían alcanzado el treinta por ciento de los Premios Nobel conseguidos por Alemania.

[299] La circular de la Dirección General de Seguridad, fechada el 5 de mayo de 1941, se remitió a todos los gobernadores civiles de España. La firma el propio conde de Mayalde, que unos días después sería promocionado al puesto de embajador en Berlín. La única copia conocida es la que se remitió al gobernador de Zaragoza, hoy en el Archivo Histórico Nacional. Un periodista judío, Jacobo Israel Garzón, lo publicó en la revista *Raíces*. El conde de Mayalde, ya flamante embajador, visitaría el campo de concentración de Orianenburg, cerca de Berlín (el mismo donde los nazis falsificaban moneda de los Aliados).

[300] Auxilio Social le fue arrebatado a su verdadera creadora, Mercedes Sanz Bachiller, activa viuda del líder derechista Onésimo Redondo, para entregarlo a la Sección Femenina de Falange. A Mercedes no le perdonaban que se hubiera vuelto a casar en lugar de guardar ausencias y luto de por vida a la memoria del héroe. Onésimo Redondo había muerto en Labajos (Segovia) el 26 de julio de 1936, en un enfrentamiento con milicianos anarquistas.

[301] Agencia EFE, 15 de marzo de 1941.

[302] Esta información de la debo al escritor José Calvo Poyato, que la recibió de un antiguo botones del Ritz, testigo de los hechos. Como dijimos el *Reichsführer* estaba casado con una mujer poco atractiva y ocho años mayor que él, circunstancia que quizá no disculpa su cana al aire, pero la explica.

[303] Este individuo, que aparece en las fotografías de la visita de Himmler a España acompañando al *Reichsführer* en actitud servil, impulsó, por la vía de urgencia, la excavación de la necrópolis visigoda de Castiltierra (Segovia) a la que habían invitado a Himmler «para demostrar la camaradería de falangistas y nacionalsocialistas en el terreno científico y de manera especial en el estudio de nuestros comunes problemas culturales y raciales». Al final, Himmler no fue porque diluviaba. Algunas piezas encontradas en el yacimiento tan irregularmente excavado se enviaron a Alemania para su estudio y restauración; otras se desviaron hacia el comercio de antigüedades y acabaron en salas de subastas de Nueva York (García Alonso, 2009).

[304] La adulación falangista llegó a tal extremo que incluso se publicaron estudios pseudocientíficos para demostrar la pureza racial aria de los españoles (esos seres desnutridos y morenos que aparecen en las fotos de la época). El doctor Misael Bañuelos García, reputado eugenista y catedrático de la Facultad de Medicina de Valladolid, publicó su *Antropología actual de los españoles* (Editorial Científica y Técnica, Barcelona, 1941), en cuya página 223 leemos: «España es un pueblo de una gran uniformidad racial, formado por las razas más adelantadas y de formación más progresiva de la Humanidad de nuestro tiempo». El doctor Bañuelos, una joya de científico que incluye a la «mujer araña» en sus clasificaciones e intercala en sus trabajos científicos citas del panfleto *Mi lucha* de Hitler, llega a afirmar que «el racismo es la concepción biológica más fructífera y más revolucionaria de los últimos tiempos» *(Cuestiones de mi tiempo y de mi patria*, vol. I, *Cuestiones políticobiológicas*, Librería de Santarén, Valladolid, 1936, vol. I, pág. 69).

[305] El que destapó el caso fue el coleccionista barcelonés, y alcalde de la ciudad, Miguel Mateu, que había adquirido un lote de joyas visigodas del anticuario Apolinar Sánchez por la entonces considerable suma de 150.000 pesetas.

[306] Lo explica con lujo de detalles y documentación Hitchens, 1995. La misma desatención de los moribundos confiados a las monjas de la madre Teresa denuncia Robin Fox en la revista médica *The Lancet*, tras una visita a las casas de moribundos de Calcuta en 1994.

[307] Gouteaux, 2009, pág. 72.

[308] El mismo problema de *San Manuel Bueno, mártir* unamuniano: el del cura que, después de muchos años de profesión, descubre, de pronto, que todo es mentira y se conforma en la hipocresía, o en la comodidad, de seguir con los hábitos porque de algo hay que vivir.

[309] Inspirado por el Espíritu Santo, Juan Pablo II sermoneó al mundo su prístino mensaje (ultraconservador, sí, ¿nos avergonzaremos de ello los buenos cristianos?) por medio de la madre Teresa, cuya bondad no ofrecía resquicio a la duda. Fiel a las consignas del Santo Padre, la monjita rechazó tajantemente cualquier asomo de control de la natalidad, ni siquiera en aquellos lugares donde la superpoblación y la escasez de recursos condena a tantos niños a morir por desnutrición. «Dios siempre provee —no se cansaba de repetir la santa monja—. Por muchos niños que nazcan, nunca serán suficientes», añadía. Y ante el acoso de algunos periodistas de la prensa canallesca que la confrontaban con espeluznantes estadísticas declaró: «Dios cuida de los pájaros y de los niños». Cuando Irlanda sometió a referéndum el divorcio, el Papa fletó a Belfast a la madre Teresa, con un billete de clase *business*, para que diera testimonio cristiano de su oposición a las medidas liberalizadoras que proponía el Gobierno.

[310] Como de todo ha de haber en la viña del Señor, no faltan detractores que critican la labor de la madre Teresa. En el blog del periodista Manuel Saco leemos: «Esta mujer, a la que Juan Pablo II se apresuró a buscarle un milagro tras su muerte para acelerar precipitadamente su camino hacia la santidad, era una integrista que consideraba el sida «un castigo de Dios por un comportamiento sexual inadecuado». En vida se comportó como «la papisa de una Orden multimillonaria que tiene en la India su escaparate de pobreza para obtener fondos […]. Durante años, la maquinaria eclesial se encargó de acallar las voces de representantes de ONG que denunciaban la falta de equipamientos básicos en sus hospitales (morfina, otros anestésicos, o antibióticos), mientras la Orden de la Misioneras de la Caridad a la que pertenecía manejaba fondos de millones de dólares en sus sedes fuera de la India […]. Ahora, en la muerte de la madre Teresa, su tránsito hacia la santidad puede ser incierto, tras la inoportuna publicación de sus dudas, más que dudas, sobre la existencia del dios que da de comer tan ricamente a sus hermanas en Cristo.

»Esa doble vida de la que hoy pretenden hacer santa, para así seguir engrasando la maquinaria empresarial de la Iglesia católica, es la alegoría perfecta de las religiones, de su poliédrica moral, de su inmoral moralidad. Yo pude escapar de sus garras a los diecisiete años, pero la madre Teresa de Calcuta tuvo que morirse para poder decir al mundo lo que su trabajo cotidiano con los más miserables se empeñaba en demostrarle a diario: que Dios no existe, que es imposible que exista alguien tan cruel y desalmado».

[311] De Sède, Gérard, *L'Or de Rennes, ou La Vie insolite de Bérenger Saunière, curé de Rennes-le-Château*, Editions Julliard, 1967. Posteriormente publicó revisiones del mismo texto en *Le trésor maudit de Rennes-le-Château*, Editions J'ai Lu, 1968; *Le vrai dossier de l'énigme de Rennes. Réponse à Monsieur Descadeillas*, Editions de l'Octogone, 1975, y *Signé Rose+Croix. L'énigme de Rennes-le-Château*, Editions Plon, 1977.

[312] Fechado el 11 de febrero de 1941. Puede consultarse en priory-of-sion.com.

[313] Informe fechado el 4 de mayo de 1954. Se reproduce en priory-of-sion.com.

[314] La inscripción en el registro de sociedades del Priorato apareció en el Boletín Oficial de la República Francesa del 20 de julio de 1956, número 167, página 6731. El Sión no se refería al monte de Jerusalén (ya hemos dicho que Plantard era furibundo antisemita), sino a una montaña cercana al pueblo en la que proyectaba instalar la casa central de su orden. Lógicamente, fundó una nueva revista para propagar sus enseñanzas, *Circuit*, acrónimo de *Chevalerie d'Institutions et Règles Catholiques d'Union Indépendante et Traditionaliste*. El primer número apareció el 27 de mayo de 1956. Sólo le siguieron otras once revistas cuyo tema principal fue denunciar el abuso de los alquileres de viviendas en la zona, que estaban altísimos. De hecho, la revista y la orden nunca pudieron disponer de locales propios. El domicilio social seguía siendo el modesto apartamento de los Plantard.

[315] Corbu había publicado esta fantástica historia en una serie de artículos aparecidos en el periódico *La Dépêche du Midi* entre el 12 y el 14 de enero de 1956. En 1963 Corbu vendió la finca de Saunière a Henri Buthion (1924-2002). Murió en accidente de circulación, en 1968. Su hija Claire regenta el Museo Saunière de Rennes-le-Château.

[316] Debió tomarle cierto apego porque testó a su favor dejándole todos sus bienes además de cuantiosas deudas que tuvo que liquidar pignorando parte de la herencia.

[317] Edición original *Les Templiers sont parmi nous, ou, L'Enigme de Gisors*, Editions Julliard, 1962.

[318] En 1988, Gérard de Sède, cabreado por la gran cantidad de libros que aparecían, a cual más fantasioso, sobre Rennes-le-Château publicó un libro crítico: *Rennes-le-Château: el informe, las imposturas, los fantasmas, las hipótesis*, en el que pone a caer de un burro a los seguidores del mito, pero sin admitir que también su libro se basa en falsedades y reproduce como pruebas documentos falsificados.

[319] Hoy ha desaparecido porque el dueño del terreno la hizo demoler en 1988 para ahuyentar a los curiosos y buscadores de tesoros que le pisoteaban los cultivos y le tenían la finca más agujereada que un colador.

[320] El escultor y pintor Paul Giscard vendía esculturas religiosas por catálogo. Algunas páginas se reproducen en el libro de Marie de Saint-Gély *Bérenger Saunière, prêtre Rennes-le-Château 1885-1917*, Bélisane, 1989 y 2005, págs. XLII, XLIV y XLV.

[321] Trabajó como actor de reparto en la serie de los años sesenta *Los Vengadores*, ¿recuerdan? Ya veo que no. Bueno, al menos recordarán a Diana Riggs, la chica que hacía de señora Peeler, tan suculenta.

[322] Robert Charroux, *Trésors du monde enterrés, emmurés, engloutis*, Fayard, 1972.

[323] Los tres documentales fueron: *Chronicle: The Lost Treasure of Jerusalem?*, 1971; *The Priest, the Painter, and the Devil*, 1974, y *The Shadow of the Templars*, 1979 , este último ya asociado a Baigent y Leigh.

[324] Michael Baigent, Richard Leigh and Henry Lincoln,*The Holy Blood and the Holy Grail*, Jonathan Cape, Londres, 1982. Edición española de Martínez Roca, Barcelona. En 1987 Lincoln y compañía publicaron un segundo libro *The Messianic Legacy*, Henry Holt & Co, en el que ampliaban la superchería con nuevas «pruebas». Se publicó el mismo año en español por Martínez Roca como *El legado mesiánico.*

[325] La historia del cura que encuentra un tesoro con los añadidos de la estirpe merovingia puede colar, pensará el lector, pero esto de que Jesucristo terminara sus días en Francia parece inverosímil. ¿Y no es más inverosímil —aplique usted la lógica, por favor— que un muerto resucite, un muerto que estaba bien muerto y hasta el centurión Longinos, un buen profesional, lo había rematado de una lanzada? Con la necesaria apoyatura documental, una mentira, por gorda que sea, cuela como verdad, e incluso se convierte en dogma de fe. Es lo que ocurrió con el asunto de Rennes-le-Château. Por eso acuden tantos visitantes a la aldea.

[326] El asunto trajo cola, lo que son los celillos y las envidias en esta bonita, aunque jodida, profesión literaria. En marzo de 2006, Baigent y Leigh llevaron a los tribunales, por conculcación de *copyright* (una manera elegante de decir plagio), al editor de Dan Brown, Random House, pero el tribunal falló a favor del denunciado. Con elegancia británica, Lincoln prefirió no enredarse en el asunto.

[327] Marie Franck, *Rennes-le-Château: Etude Critique*, SRES, 1978; Pierre Jarnac, *Histoire du Trèsor de Rennes-le-Château*, Editions Belisane, 1985, Massimo Introvigne, *Los Illuminati y el Priorato de Sión*, Rialp, 2005.

[328] Las «líneas ley» son supuestas alineaciones de monumentos antiguos que señalan recorridos de energía electromagnética. Los divulgó el galés, cervecero y arqueólogo aficionado Alfred Watkins (1865-1935), autor de los libros *Early British Trackways* (1922), y *The Old Straight Track* (1925). Hoy tiene seguidores que descubren «líneas ley» en todo el mundo. Servidor mismo ha usado la idea en alguna de sus novelas de historia-ficción.

[329] La publicó Jean-Luc Chaumeil, uno de los primeros publicistas que se lucraron con el tema de los misterios del cura Saunière. Tras romper con Plantard, se dedicó a desenmascararlo en diversos libros y artículos.

[330] Estipendio o, a veces, donativo es el eufemismo con el que la Iglesia denomina sus tarifas por servicios sacramentales. También las llaman «ofrendas sacramentales».

[331] Les presentó las cuentas del Gran Capitán para justificar tamaños ingresos (venta de postales, venta de una valiosa colección de sellos reunida desde su infancia, premios de lotería…), pero, a pesar de sus esfuerzos, las cuentas no cuadraban. Por otra parte, los repetidos anuncios publicados en prensa demostraban que llevaba años traficado con las misas.

Enciclopedia Eslava
Juan Eslava Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Juan Eslava Galán, 2017
© Espasa Libros, S. L. U., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
HYPERLINK “http://www.planetadelibros.com”
http://www.planetadelibros.com

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

Imagenes de interior: © tkachuk-Shutterstock; © AP; © SPL-Age Fotostock; © Mel
Longhurst/Akg-images/Album; EFE; © Oronoz/Album; © Fine Art Images/Album;
© Mondelo/EFE; © Andre Held/Album/Akg-images; Lebrecht Authors/Album;
© Erich Lessing/Album; AESA; Album; sfgp-Album; Fototeca © Paloma Javier
Galan-EFE; © Livio Anticoli/Gamma-Rapho/Getty Images; Akg-images/Album;
Documenta/Album; © C. Sappa/DEA/Album; © David Lees/The LIFE Images

Collection/Getty; © Tirithel-Wikimedia Commons; © Ciro Fusco/EFE; cortesia de
© Nacho Ares; © Carol Anne/Shutterstock; © Pierre Perrin/Sygma/Getty Images;
© Angel M. Felicisimo; Getty Images; Wikiwand; Enrique Iniguez Rodriguez (Qoan);
L. Morales. Fondo IAI. Universidad de Jaen; Javier Sierra; I. Castro y archivo personal
del autor.

Primera edición en libro electrónico (epub): NOVIEMBRE DE 2017

ISBN: 978-84-670-5114-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Safekat, S. L.
www.safekat.com